# OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

## XXIV

## MEMORIAS

ORACIÓN DEL 9 DE FEBRERO

MEMORIA A LA FACULTAD

TRES CARTAS Y DOS SONETOS

BERKELEYANA

CUANDO CREÍ MORIR

HISTORIA DOCUMENTAL DE MIS LIBROS

PARENTALIA

ALBORES

PÁGINAS ADICIONALES

*letras mexicanas*

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

*letras mexicanas*

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

XXIV

OBRAS COMPLETAS DE

# ALFONSO REYES

# XXIV

Primera edición, 1990


Av. de la Universidad 975; 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-0346-X (Obra completa)
ISBN 968-16-3398-9 (Tomo XXIV)

Impreso en México

# ALFONSO REYES

## MEMORIAS

*Oración del 9 de febrero*

*Memoria a la facultad*

*Tres cartas y dos sonetos*

*Berkeleyana*

*Cuando creí morir*

*Historia documental de mis libros*

*Parentalia*

*Albores*

*Páginas adicionales*

**letras mexicanas**

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

# INTRODUCCIÓN

## *El conjunto de las memorias*

DESDE que llegó a la mitad de su vida, en 1924, Alfonso Reyes sintió la necesidad de comenzar a acumular materiales para las que deberían ser sus memorias. Inició entonces su *Diario,* que él llamaba de trabajo, y que continuó con raras interrupciones hasta sus últimos días de vida.*

Además de este registro cotidiano de su vida y sus trabajos, Reyes persistió en la idea de relatar sistemáticamente sus memorias. Sin embargo, sus escritos de esta índole se dedicaron durante muchos años a temas especiales; a desahogarse del gran dolor que le causó la muerte de su padre *(Oración del 9 de febrero),* a analizar su propio temperamento, enfermedades y achaques *(Memoria a la Facultad),* a referir incidentes picarescos *(Tres cartas y dos sonetos),* a narrar una hazaña deportiva automovilística *(Berkeleyana)* y a contar las experiencias que tuvo con sus padecimientos cardiacos y las reflexiones que le provocaron *(Cuando creí morir).* Y sólo en sus últimos años inició por dos cabos el relato ordenado de sus recuerdos. En el primero, comenzó a relatar la historia de sus libros, en la trama de su evolución intelectual, de su vida literaria en México y en Madrid y de sus peripecias personales, en que sólo llegó hasta 1925 *(Historia documental de mis libros);* y en el último, el relato general de su vida, de la que sólo alcanzó a contarnos los orígenes de su familia y las proezas de su abuelo paterno y de su padre *(Parentalia),* y la vida en Monterrey, cuando Alfonso Reyes era niño y el general Bernardo Reyes jefe militar y luego gobernador del estado *(Albores).*

Los escritos de memorias que tenemos de Alfonso Reyes son, pues, aspectos y fragmentos de su vida, pero, como suyos, tienen vivacidad y encanto. Reyes sabía ver el mundo exterior, apresar paisajes, ambientes y situaciones; recrear personajes que vuelven a ser vivien-

* El *Diario,* 1924-1959, de Alfonso Reyes, es una obra muy extensa, ya que se encuentra manuscrita en quince cuadernos de cien a ciento cincuenta páginas cada uno. En el libro llamado *Diario, 1911-1930,* con prólogo de Alicia Reyes y nota del doctor Alfonso Reyes Mota (Universidad de Guanajuato, México, 1969), se han reunido dos textos sueltos, "Días aciagos" y "1912-1914" —que se reproducen en el presente volumen— y pasajes del *Diario* de 1924 a 1930. Se encuentra, pues, inédito en su mayor parte. Cuando se concluya su transcripción, ya iniciada, y sea posible considerarlo en conjunto se decidirá su edición.

tes gracias a dos o tres rasgos maestros, y sobre todo, comunicarnos el fervor que sintió por su padre, con un ardor que enciende y no ciega a su pluma. Y al mismo tiempo, Reyes tuvo siempre la obsesión de estudiarse a sí mismo, como Montaigne, no para alabarse sino porque este examen honesto y desapasionado resulta ser el campo más propicio para intentar el conocimiento del hombre y de sus pasiones.

La vida de Alfonso Reyes fue una hazaña de la voluntad y la imaginación, y estas memorias fragmentarias suyas nos permiten seguir su camino.

### *Oración del 9 de febrero: 1930*

La veneración por el recuerdo de su padre y el dolor por su trágica muerte fueron constantes en el corazón de Alfonso Reyes. En *Parentalia* hará la crónica y exaltará los hechos guerreros del soldado, y en *Albores* fijará las imágenes de la infancia del futuro escritor, a la sombra famosa y providente del padre gobernante. Muchas otras presencias del padre aparecerán en los escritos de Reyes, entre ellas este conmovedor soneto:

9 DE FEBRERO DE 1913

¿En qué rincón del tiempo nos aguardas,
desde qué pliegue de la luz nos miras?
¿Adónde estás, varón de siete llagas,
sangre manando en la mitad del día?

Febrero de Caín y de metralla:
humean los cadáveres en pila.
Los estribos y riendas olvidabas
y, Cristo militar, te nos morías...

Desde entonces mi noche tiene voces,
huésped mi soledad, gusto mi llanto.
Y si seguí viviendo desde entonces

es porque en mí te llevo, en mí te salvo,
y me hago adelantar como a empellones,
en el afán de poseerte tanto.

Río de Janeiro, 24 de diciembre de 1932.
OC, X.

El dolor alcanzará una transfiguración memorable en la *Ifigenia cruel*, de 1924.*

* Borges le dedicó este pasaje de su "In memoriam A. R.":

*Si la memoria le clavó su flecha*
*Alguna vez, labró con el violento*
*Metal del arma el numeroso y lento*
*Alejandrino o la afligida endecha.*

La *Oración del 9 de febrero,* compuesta en Buenos Aires en 1930, "el día en que habría de cumplir sus ochenta años", y diecisiete años después de los acontecimientos de 1913, nunca será publicada por Alfonso Reyes. Se dará a conocer, póstuma, en México, 1963, por Ediciones Era, con reproducción del manuscrito en facsímil y prólogo de Gastón García Cantú. Acaso don Alfonso la guardaba como si fuera una invocación y un lamento privados. En ella no volverá a narrar la fama del soldado y gobernante y nunca quiso detenerse en las circunstancias de la muerte de su padre; su único tema es la persistencia del desgarramiento y los recursos que ha encontrado su autor para sobrellevar la pérdida y mantenerlo presente en su ánimo:

> Discurrí —escribe— que estaba ausente mi Padre —situación ya tan familiar para mí— y, de lejos, me puse a hojearlo como solía. Más aún: con más claridad y con más éxito que nunca. Logré traerlo junto a mí a modo de atmósfera, de aura. Aprendí a preguntarle y a recibir respuestas. A consultarle todo.

Y más adelante, en una de esas inútiles rebeldías que solemos tener contra las que consideramos injusticias del destino, dice:

> No lloro por la falta de su compañía terrestre, porque yo me la he sustituido con un sortilegio o si preferís, con un milagro. Lloro por la injusticia con que se anuló a sí propia aquella noble vida; sufro porque presiento al considerar la historia de mi Padre, una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo; me desespera, ante el hecho consumado que es toda tumba, el pensar que el saldo generoso de una existencia rica y plena no basta a compensar y a llenar el vacío de un solo segundo. Mis lágrimas son para la torre de hombre que se vino abajo; para la preciosa arquitectura —lograda con la acumulación y el labrado de materiales exquisitos a lo largo de muchos siglos de herencia severa y escrupulosa— que una sola sacudida del azar pudo deshacer...

En las páginas finales de la *Oración,* sin entrar en detalles, Reyes narra la "maraña de fatalidades" en que se vio envuelto el general Bernardo Reyes, los largos meses de prisión en Tlatelolco y su desmoronamiento interior hasta el momento del último llamado insensato "a la aventura, único sitio del Poeta". Y concluye:

> Aquí morí yo y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de Febrero. Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día.

Después de la *Oración del 9 de febrero* se recogen dos breves apuntes autobiográficos, "Días aciagos", que refieren la tensión familiar en los días previos a la tragedia, y "1912-1914" que narran lo que hizo Reyes posteriormente, su salida de México, su viaje a París, y con un salto de algo más de un año, sus primeras experiencias

en Madrid, que volverá a narrar en la *Historia documental de mis libros.*

### *Memoria a la Facultad: 1931*

Se llama "Memoria a la Facultad" el curioso texto escrito en Río, en 1931, y que Reyes no incluyó en sus colecciones, porque es un informe acerca de la índole biológica y psíquica del autor y acerca de los traumatismos, operaciones y enfermedades que ha padecido, y está destinado a informar de ellos a su "médico ideal". Escribir de tan peregrina materia un ensayo interesante es privilegio del estilo de Alfonso Reyes, de la llaneza y simpatía y de la penetración psicológica con que están referidas sus materias. Al describir su temperamento, Reyes explica también su "metabolismo literario":

> Se figuran mis amigos —dice— que soy aprensivo. Yo creo que lo concluyen de que soy nervioso, y sobre todo, de que explico y expreso cuanto siento y cuanto me acontece. En esto, soy de una indiscreción heroica. Mi vida no me sabe a nada si no la cuento. Abro los ojos por la mañana; lo primero que hago es contar mis sueños de la noche anterior; después, si me "gruñen las tripas", explico cómo y por qué me gruñen hoy de distinto modo que ayer. Y así, lo mismo que doy cuenta de mis lecturas y reflexiones diarias a cuantos me rodean, les doy cuenta también de las cosas de mi cuerpo y de mis reacciones más íntimas... Y me pasa lo que a los griegos: que desconfío de los que no lo cuentan todo, de los callados, de los solemnes.

Con humor y precisión, refiere sus descalabraduras de muchacho, la operación para extirparle las adenoides, la circuncisión —a manos del doctor Aureliano Urrutia—, un ataque de peritonitis y otro de tifoidea, una enfermedad venérea y sus recaídas, contadas con la misma naturalidad, y hasta una sarna. El relato se interrumpió aquí y quedaron en el tintero los males crónicos, "mucho más importantes".

Una "indiscreción heroica", ciertamente, y una curiosidad literaria.

### *Tres cartas y dos sonetos: 1932, 1933 y 1951*

En uno de los cuadernos de su *Archivo* (serie B, Astillas, núm. 2, México, 1954), Reyes reunió bajo este nombre cartas que escribió en 1932 y 1933 a amigos a los que llama "Filomeno" y "Fabio", contándoles rarezas literarias y aventuras galantes, y los sonetos que cruzó con Enrique González Martínez en 1951. Se incluyen entre las memorias ya que cuentan episodios de la vida de Reyes.

El "Filomeno" al que dirige la primera carta, de Río, el 30 de junio de 1932, es por el contexto un cubano al cual no logro identificar. A este corresponsal, desconocido o imaginario, le cuenta

Reyes, con pormenores de bien enterado, en qué consisten las faenas taurinas, para luego aplicar su técnica a las faenas amorosas, tan entendido en los recursos de que conviene echar mano como erudito en las referencias cultas con que las ilustra.

Las dos cartas a "Fabio", del 26 y 30 de junio de 1933, están dirigidas sin duda a Julio Torri, su viejo amigo de los días ateneístas, pues repite al principio de la primera la anécdota divulgada en otros textos de cómo conoció Reyes a Torri en la Escuela de Derecho. (Este par de cartas deben ser incorporadas por Serge I. Zaïtzeff al epistolario de Reyes y Torri que ha reunido en: Julio Torri, *Diálogo de los libros*, FCE, México, 1980.)

Volviendo a la primera de estas cartas, está dedicada a contar con mucha sal muestras de la manía iberoamericana por los libros de J. M. Vargas Vila, aquel extraño fenómeno de semiliteratura erótica, que han disfrutado enorme éxito popular. Reyes le cuenta la afición de los cariocas por estos libros, de un revolucionario, de dos "frutitas de la tierra" y de un ministro, lectores fervientes del colombiano. Y le dice también que supo que Vargas Vila "se carteaba con algún prohombre de México", el cual parece haber sido Álvaro Obregón. Alguna vez oí decir que, cuando José Vasconcelos hacía los "clásicos verdes", el presidente Obregón le había pedido que incluyera entre ellos a Vargas Vila, y que se le hizo una edición especial, de un solo ejemplar a él destinado. Nada comprueba la leyenda. Para sazonar estas referencias al entusiasmo popular por Vargas Vila, repetiré la historia que me contó Germán Arciniegas. Lo invitaron a visitar un penal colombiano y le preguntó a un preso: "Y tú, ¿por qué estás aquí?" "Vera usted, doctor —le contestó—. Un día pregunté a un amigo mío quién era el mayor escritor del mundo: Pues Victor Hugo, me contestó, y yo tuve que hundirle mi cuchillo en la panza porque no iba a dejar que ofendiera a Vargas Vila, que es el mayor escritor del mundo."

Sobre la personalidad de Vargas Vila hay un buen estudio de J. G. Cobo Borda, "¿Es posible leer a Vargas Vila?" (*La alegría de leer*, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1976), pero me parece que sigue faltando un examen del fenómeno de su popularidad en los países americanos.

Algo tenía Vargas Vila. ¿Cómo olvidar aquellas frases suyas que Borges consideró como "la injuria más espléndida que conozco"?: "Los dioses no consintieron que Santos Chocano deshonrara el patíbulo, muriendo en él. Ahí está vivo, después de haber fatigado la infamia." Y añadió Borges que la injuria es tanto más singular "si consideramos que es el único roce de su autor con la literatura" ("Arte de injuriar", 1933, *Historia de la eternidad*, 1953).

En la otra carta de Reyes a "Fabio"-Torri le cuenta con delectación su encuentro con Jacy, "la corza mestiza", de padre mexicano y madre negra brasileña. La descripción de la belleza de la muchacha es tan persuasiva como el comentario del embajador Reyes:

Porque yo he venido aquí a armonizar dos pueblos, dos razas. Y ahora resulta que un humilde indio de Veracruz, el padre de Jacy, lo había logrado antes que yo, ¡y de qué manera, Fabio mío!

Concluye este cuaderno con los sonetos que se cruzaron, a la buena usanza de antaño, Alfonso Reyes y Enrique González Martínez, para contarle aquél la confusión que causó en una señora por usar una fórmula de cortesía en desuso, y contestarle éste que "le ganó Freud", como suele decir Alí Chumacero. Buen pretexto para dos ingeniosos sonetos.

*Berkeleyana: 1952*

En otro cuaderno de su *Archivo* (Serie A, Reliquias, núm. 1, México, 1953), que llamó *Berkeleyana* y redactó en 1952, Reyes dejó una curiosidad: el relato minucioso del viaje que, en la primavera de 1941, hizo acompañado de su hijo y un chofer, en un Buick Sedán, modelo 1939, desde la ciudad de México, para recibir el doctorado que le otorgó la Universidad de California, en Berkeley. Probablemente con el fin de pasar por su tierra natal, eligieron la carretera que, muy al oriente, va de la ciudad de México a Nuevo Laredo, pasando por Monterrey. Desde allí cruzaron, en el país vecino, los estados de Texas, Nuevo México y Arizona, hasta llegar a California, subir a Los Ángeles y a la vecina Universidad de Berkeley. En el transcurso del viaje don Alfonso cumplió sus 52 años y aún no había sufrido sus avisos cardiacos. Aunque ahora realizan hazañas casi semejantes los autobuses que van a los Estados Unidos de América, en etapas más cortas, la que narra Reyes lo fue por haber recorrido un promedio de mil kilómetros diarios, turnándose en el volante el chofer Germán y el hijo Alfonso, durante cuatro días y noches, en el viaje de ida y otros tantos en el de regreso. Recorrer 500 o 600 kilómetros diarios es soportable, pero hacer el doble durante cuatro días es una hazaña deportiva, teniendo en cuenta las averías que tuvieron y el cruce de largas zonas desérticas. Si existían ya vuelos a Los Ángeles, don Alfonso debió decidir el viaje por carretera con cierto espíritu deportivo y para ahorrarse gastos.

Tras de las impresiones y peripecias del camino, la estancia en la Universidad de Berkeley fue ocasión para trabar amistad con las autoridades universitarias y reencontrar a maestros distinguidos: el hispanista Sylvanus Griswold Morley, el historiador Herbert I. Priestley y el antiguo historiador de la literatura hispanoamericana, Alfred Coester. Reyes asistió al examen doctoral de Philip Wayne Powell, quien desde entonces se interesaba en la guerra chichimeca y, por invitación del historiador P. A. Martin, hizo una exposición a los alumnos del seminario de Martin acerca de la intervención francesa en México.

Esta historia de viaje, registro escueto de hechos, sin adornos

ni divagaciones ni asociaciones, muestra el animoso espíritu de Reyes, que también se atrevía con las hazañas deportivas.

## *Cuando creí morir: 1947, 1953 y 1947*

*Cuando creí morir* está formado por tres secciones —que llevan como subtítulos *Andantino, Maestoso* y *Rubato,* como los movimientos de una sonata— de temple y contenido diverso. Reyes lo guardó inédito, y poco después de su muerte, como homenaje a su autor, se publicó la segunda parte en *México en la Cultura,* de *Novedades,* el 3 de enero de 1960. La primera y la tercera partes, escritas ambas en 1947, son dos graves meditaciones. La primera, "Los cuatro avisos", es una reflexión moral en la que, después de haber sufrido los primeros avisos de su dolencia cardiaca, se propone decantar los principios que considera que han regido su vida, y encuentra que son el Cinismo, como verdad y realidad, y el Estoicismo, como dignidad; y añade, "sin olvidar la cortesía como brújula de andar entre los hombres".

La tercera parte, "Una enseñanza", es otra reflexión dedicada al dilema del hombre de estudio que acepta un cargo político y, en nuestro medio, sufre un duro tropiezo contra "las fuerzas oscuras". Reyes analiza con sagacidad el problema y encuentra que el hombre puro al que considera "quiso vender al Diablo tan sólo la mitad de su alma, transacción imposible", mientras que "las Eminencias Grises... despliegan la acción y están a encubierto de las reacciones: ellas pueden mantener la proporción de crueldad indispensable para hacer el bien a los hombres; ellas disfrutan de irresponsabilidad". En suma, que el ejercicio y el triunfo en asuntos públicos implican la aceptación del mal y la crueldad. La meditación de Reyes —cuyo sujeto se transparenta— es sabia, aunque tiene una relación muy débil con el tema general del escrito de que forma parte.

El relato sustancial de *Cuando creí morir* se encuentra en la segunda sección que repite el título general, y fue escrita años después de las reflexiones que la anteceden y siguen, en enero de 1953. Ésta es, propiamente, una crónica de su enfermedad: infarto o trombosis coronaria; de los cuatro avisos o ataques que sufrió, el 4 de marzo de 1944, en febrero y en junio de 1947, y el 3 de agosto de 1951. Con su gusto por la precisión, don Alfonso relata los síntomas y las consecuencias de cada uno, y en el último, en que debió ser internado en el Instituto Nacional de Cardiología, y puesto que lo sorprendió trabajando en el *Polifemo* de Góngora, refiere las "deliciosas visiones gongorinas" que tuvo durante su duermevela, en que "todo era pluma, miel, cristal, oro, nieve, mármol, armonías en blanco y rojo". En la graciosa fantasía que escribió sobre estos días, cuenta que se vio transportado al cielo y que, antes que San Pedro lo anotara en su registro de entrada, un arcángel le dijo: "Creo que este pobre

señor tenía una obra a medio escribir", lo que determinó que San Pedro le prorrogara su permiso "de turismo en la tierra". Por ello, dice Reyes, "yo siempre tengo un libro a medio escribir y procuro no darle término sin haber antes comenzado el siguiente".

Recojo de este singular documento que es *Cuando creí morir* una observación que, antes o después de que la escribiera, escuché de labios de don Alfonso y que entonces me llenó de confusión: "Comprendí que nuestro mayor y auténtico placer físico no está en el amor, sino en la respiración."

Aunque tuvo que ser más cuidadoso para evitar fatigas físicas, el hecho es que su actividad intelectual, después de su salida del hospital, fue enorme, como lo registra en estas páginas. Cuenta Reyes que una de sus alegrías, aún convaleciente, fue la de recibir el precioso homenaje que Fernando Benítez y Miguel Prieto le organizaron, en el número 140, del 7 de octubre de 1951, del suplemento *México en la Cultura,* de *Novedades,* totalmente dedicado a Alfonso Reyes, con textos y fotos suyas, dibujos de Elvira Gascón y estudios de varios escritores. Una joya por su diseño tipográfico y el gusto y calidad de sus textos.

A pesar de que durante sus últimos meses don Alfonso padeció por su enfermedad y requería el oxígeno —que cuando se le hizo la grabación de sus discos para inaugurar la serie de Voz Viva, de la UNAM, tenía que inhalar tras de cada párrafo—, sobrevivió quince años al primer ataque de 1944, y ocho al último y más grave de 1951. Nunca fue un enfermo ni atemorizado ni aprensivo, y sus últimos años fueron de los más fructíferos de su carrera intelectual.

### *Historia documental de mis libros: 1955-1959*

Desde 1926, cuando Alfonso Reyes se encontraba aproximadamente a la mitad de su vida y a la tercera parte de su obra, aunque ésta era ya considerable y compleja, escribió la "Carta a dos amigos", Enrique Díez-Canedo, en Madrid, y Genaro Estrada, en México (*Reloj de sol,* Madrid, 1926; OC, IV), confiándoles el cuidado de su obra —de don Alfonso— y dándoles indicaciones respecto a la organización y grado de atención que deberían recibir sus papeles. Ambos albaceas literarios morirían, Estrada en 1937 y Díez-Canedo en 1944. Sintiendo ya cercanas sus propias postrimerías, Reyes inició en 1955 la publicación sistemática de sus escritos en sus *Obras completas,* y el mismo año dio principio a la *Historia documental de mis libros,* otra manera de relatar su vida, que estuvo siempre hecha de libros y consagrada a ellos.

Su existencia no le bastó para terminar esta nueva tarea. En el número de enero-febrero de 1955, de la revista *Universidad de México,* que dirigía Jaime García Terrés, comenzó a publicar, muy bien ilustrada con fotos de los personajes y acontecimientos, la *Historia documental.* Continuó la publicación durante 1955, 1956 y hasta

septiembre de 1957 en la misma revista; en septiembre de 1959, la serie se reanudó en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, y se interrumpió en diciembre de este último año por la muerte de don Alfonso. Además, poco después de publicado el primer capítulo, Reyes dio a la revista *Armas y Letras* (abril de 1955), de la Universidad de Nuevo León, en Monterrey, su tierra natal, una nueva versión ampliada de dicho capítulo de sus memorias literarias, que sustituye al de *Universidad de México*. En resumen, don Alfonso publicó 18 inserciones, con XIII capítulos en *Universidad de México;* 4 capítulos en *La Gaceta*, del XIV al XVII, final, más la versión ampliada del capítulo primero. Todo un libro de gran interés que ahora se reúne por primera vez.

A pesar de su extensión, los diecisiete capítulos de la *Historia documental de mis libros* sólo cubren desde los inicios literarios de su autor y el primer libro de su mocedad, revelador de su talento, *Cuestiones estéticas*, de 1911, hasta el año de 1925. Es decir, los años ateneístas de México y la fecunda década madrileña, de 1914 a 1924. Falta, pues, al menos, otro tanto: la etapa sudamericana y la gran cosecha de sus últimos veinte años en México.

Lo que tenemos de la *Historia documental* es espléndido, salvo algunas enumeraciones monótonas. Reyes se ve a sí mismo y a sus obras a la vez desde dentro, con amor, y con cierta perspectiva, como si se tratara de hechos externos. Se da, pues, importancia o, como si fuera un investigador que estudia una obra ajena, le da importancia a cada minucia de la elaboración de sus libros, a sus fechas, a los estímulos de la composición, a los pormenores de la edición y a los comentarios que recibieron.

Y, además, nos cuenta la vida que alimentaba sus escritos. En los primeros años madrileños, después de que sale de París en guerra, con mujer e hijo y desposeído de su modesto puesto diplomático, de 1914 a 1919, aprende a ganarse la vida con la pluma, "como el abuelo Ruiz de Alarcón". Francisco A. de Icaza, que conocía bien aquel ambiente, no disimuló su inquietud: "Posible es —le dijo— que usted logre sostenerse aquí con la pluma, pero es como ganarse la vida levantando sillas con los dientes." Pero lo logró, haciendo al principio trabajos venales, como traducciones a destajo y una monografía sobre el azúcar, periodismo literario en diarios y revistas, y empeñando sus pequeñas joyas para salir de apuros. Y lo que es más notable, escribiendo, en estos años duros, algunas de sus más hermosas obras de creación, *Visión de Anáhuac, El suicida* y *Cartones de Madrid*, todas de 1917; y lo que es heroico, consagrándose, entre fríos y hambres, a las investigaciones históricas y filológicas, bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal, pues de estos años son sus trabajos sobre Fray Servando, Quevedo, el Arcipreste de Hita, Ruiz de Alarcón, Gracián, el *Poema del Cid* y Lope de Vega; su colaboración con Raymond Foulché-Delbosc en la preparación de las obras de Góngora, y sus investigaciones eruditas como las dedicadas

a un tema de *La vida es sueño*, de Calderón, y a Mateo Rosas de Oquendo. Las penalidades con que se realiza una obra no cuentan para su valoración; aún así, sorprende el espíritu alerta, y la alegría creadora en las obras del Reyes de estos años. A partir de sus libros madrileños queda forjado su prestigio literario; el mito Alfonso Reyes había sido creado.

Todo esto, los trabajos y sus circunstancias, los viejos y los nuevos amigos, en unos años luminosos de las letras españolas, con las grandes figuras de la generación del 98 en su madurez y los nuevos escritores que empiezan a surgir; las excursiones en busca de la historia y la leyenda; las celebraciones literarias, como la de los cinco minutos en honor de Mallarmé que promueve Reyes, el ambiente áspero y cordial de la vida madrileña; el esfuerzo con que va abriéndose camino y las penalidades que va superando; el trabajar al mismo tiempo en tantos frentes y el aprender haciendo; el encontrar reposo para el poema y la prosa artística; el ir conquistando un lugar en una sociedad literaria que lo desconocía, y el proceso de elaboración de sus obras, está contado en la *Historia documental*. Quedan aquí un cúmulo de datos para el curioso de la vida española en la década 1914-1924 y una historia humana e intelectual admirable.

Entre tantos pasajes interesantes de esta obra quiero destacar, como a contrapelo, la historia de una frustración literaria. Al referir los estímulos de que nacieron sus obras, cuenta Reyes (cap. IX) lo que le ocurrió con uno de los poemas de *Huellas* (OC, X), el llamado "Caricia ajena", que dice:

> Exhalación clara que anhelas
> —a no perturbar un temblor—
> por iluminar si desvelas,
> por dormir si enciendes amor.
>
> Desde el hombro donde reposas,
> caricia ajena, ¿cómo puedes
> regar todavía mercedes
> en complacencias azarosas?
>
> Tu fidelidad sobrenada
> en vaga espuma de rubor,
> y te vuelves, toda entregada,
> y regalas, desperdiciada,
> los ojos cargados de amor.

Y ahora, el comentario y la historia que cuenta Reyes:

> "Caricia ajena"... es un poema cuya realización no pudo alcanzar a la intención, a causa de cierta oscuridad que lo desvirtúa. Yo le conté a Enrique Díez-Canedo que el estímulo u ocasión de este poema fue el haber visto, en la plataforma de un tranvía madrileño, a una mujer que acaricia-

ba a su enamorado, y llena de ardor, volvía después el rostro hacia los demás pasajeros, sin darse cuenta de que a todos parecía envolvernos en la emoción amorosa que todavía traía en los ojos; de modo que todos recibíamos la salpicadura de la "caricia ajena".

Quien tantas veces acertó a captar las experiencias más sutiles, en esta vez los versos se le rehuyeron, porque la poesía había quedado en el relato de los hechos.

*Parentalia: 1949-1957*

En las primeras páginas de este libro con el que Reyes inició sus memorias, al referirse a las mezclas de sangres que confluyen en su persona, exclama: "¡Qué dolor constante mi trabajo, si no llego a saber a tiempo que el único verdadero castigo está en la confusión de las lenguas, y no en la confusión de las sangres!" Y explica en seguida que

El arte de la expresión no me apareció como un oficio retórico, independiente de la conducta, sino como un medio para realizar plenamente el sentido humano. La unidad anhelada, el talismán que reduce al orden los impulsos contradictorios, me pareció hallarlo en la palabra.

Y concluye el elogio de la salvación y justificación que es la palabra para el hombre, con una confesión y un deseo:

¿Se entiende lo que ha podido ser para mí el estudio de las letras? Doble redención del verbo: primero, en la aglutinación de las sangres; segundo, en el molde de la persona: en el género próximo y en la diferencia particular.

Y si hemos de salvar algún día el arco de la muerte en forma que alguien quiera evocarnos, Aquí yace —digan en mi tumba— un hijo menor de la *Palabra.*

Más adelante, al hablar de la herencia universal de sus sangres y del "arraigo en movimiento" que le tocaría, dice:

El destino que me esperaba más tarde sería el destino de los viajeros. Mi casa es la tierra. Nunca me sentí profundamente extranjero en pueblo alguno, aunque siempre algo náufrago en el mundo.

Borges confirmará esta rara condición universal de don Alfonso en el precioso "In memoriam A. R." que escribió a la muerte de su amigo:

Supo bien aquel arte que ninguno
Supo del todo, ni Simbad ni Ulises,
Que es pasar de un país a otros países
Y estar íntegramente en cada uno.

En los retratos que traza de su parentela, es sorprendente el arte de Reyes para transformar una simple alusión —por ejemplo, un cierto abuelo de su abuela Josefina Sapién, que solía venir de Manila cargado de maravillas orientales— en un lindo cuento, que le permite explicar de alguna manera ciertos rasgos de su cara e inclinaciones de su carácter. Su destreza literaria lo hace convertir en figuras legendarias, en mitos, a los personajes que describe. Sin necesidad de magnificarlos ni de acentuar sus rasgos, y conservándoles su propia condición, los va conformando con un dibujo literario cuyo arte es invisible y cuyos resultados son el encanto de la lectura de estas páginas.

Y de cuando en cuando, la sal de los recuerdos y asociaciones oportunas: el libro de los hermanos Tharaud sobre Persia e Irán, en que se buscan huellas de un tío de Rousseau, le sirve para explicarse el gusto del filósofo por "vestirse a la armenia", y le permite añadir que el mismo Reyes podría vestirse de "traficante océanico", a cuenta del abuelo oriental. O el relato de los viajes que el abuelo Domingo Reyes hacía entre La Barca y Guadalajara, de donde venía cargado de curiosos regalos, y

> traía los dulces y las frutas en unos bacines nuevos de plata o de oro macizos, de esos que tanto admiraban al niño Francis Jammes y que había llevado a Pau su tío el Mexicano.

O cuando deja caer una preciosa cita:

> Al corazón le importa acordarse, aun cuando sea con errores de aproximación, como en Lupercio Leonardo de Argensola,
>
> la sombra sola del olvido teme.

O cuando, al recordar a una tía abuela, maestra a la que afligían los disparates del habla de la gente, la compara con "San Vicente [quien] tomaba a su cargo los dolores de la parturienta".

O cuando ilustra pasajes de sus escritos con alusiones históricas, tan naturales como si fuesen refranes, pero que son el fruto de su memoria privilegiada y de su sentido de la oportunidad:

> los demonios andaban sueltos, como antes de que Salomón los encerrara en el camello, Éolo había desatado sus pellejos.

O bien: "los caballos, como los gansos del Capitolio, dan la alarma".

La extensa rememoración del abuelo coronel Domingo Reyes (cap. II), tramada en la historia de las luchas civiles de mediados del siglo XIX, es convincente de la sobria valentía militar del abuelo, aunque no consiga la fluidez habitual en la pluma del nieto Alfonso.

La evocación del padre Bernardo Reyes (cap. III y Apéndices), al que Reyes siente como un héroe de la Antigüedad, culminación

de la *Parentalia*, lleva al principio un par de hermosas páginas sobre el olvido y la memoria y un conmovido elogio a la afición del padre por la historia y la poesía y a su vocación romántica de guerrero. Entre las páginas que relatan las correrías y hazañas militares de don Bernardo, cuando andaba en la guerrilla contra la intervención francesa, hay apuntes interesantes sobre la bravura de los indios mexicanos y acerca del miedo y el pavor durante las batallas, y es una hermosa página épica el relato de la proeza del guerrero en Villa de Unión, al que Reyes dedicó también un poema con este título. Y en esta extensa etopeya hay tanto páginas airadas, como las que narran la barbarie y las crueldades de Manuel Lozada, el Tigre de Álica —al que combatió Bernardo Reyes—, como otras de serena belleza, como el elogio del árbol.

*Parentalia* está dividida en tres secciones. La inicial, "Primeras imágenes", se abre con dos capítulos que podrían llamarse reflexiones sobre los orígenes, y está dedicada al recuerdo de los abuelos y de la madre; la segunda, "Milicias del abuelo", refiere la historia del coronel Domingo Reyes, abuelo paterno; y la última, "Enseña de Occidente", relata los hechos militares y políticos del padre, que llegará a ser el general Bernardo Reyes. A pesar de su extensión sólo alcanza hasta antes de la gubernatura en el estado de Nuevo León. El amor y la admiración de Alfonso Reyes por la figura de su padre, que fue creciendo con el tiempo, aquí concluye con este pasaje conmovedor, que nos da el temple y el fervor que alientan estas páginas:

> Y ciertamente, aquel extraordinario varón —hermoso por añadidura— era, además de sus virtudes públicas y su valentía y su pureza, un temperamento de alegría solar, una fiesta de la compañía humana, un lujo en el trato, un orgullo de la amistad, una luz perenne y vigilante en la conciencia de los suyos.

### *Crónica de Monterrey I. Albores: 1959*

El relato de este "Segundo libro de recuerdos", que su autor no pudo ver impreso (El Cerro de la Silla, México, 1960, editado por Manuela Mota de Reyes), se inicia con una rememoración de lo que era la vida de Monterrey en la época cercana al nacimiento de Alfonso Reyes: los barrios principales, la organización incipiente de la ciudad, los juegos y diversiones infantiles, la situación del ya general Bernardo Reyes como jefe de la zona militar, y poco después gobernador del estado de Nuevo León. Este cuadro de circunstancias enmarca el nacimiento de Alfonso, el 17 de mayo de 1889 a las nueve de la noche, contado con delicado encanto. La "Onomástica y santoral" siguiente da ocasión a Reyes para referir el origen de su nombre, el santo que es su patrono, San Ildefonso, del 2 de agosto, y el de su día de nacimiento, San Pascual Bailón, y algunas de las con-

fusiones de la homonimia —narradas por extenso en otro lugar—, sobre todo las confusiones con el rey de España de sus años de embajador, Alfonso XIII. La descripción de las casas de la infancia, la de Bolívar y la de Degollado, está transfigurada por el recuerdo. La amplitud, el orden y la multiplicidad de sus reinos: el cuartel general y la casa doméstica, el patio y sus habitaciones, el traspatio, la huerta y los corrales; los tres grados de sus habitantes: los mayores, los niños y los criados, y los árboles y los animales, todo bajo la sombra providente del general Reyes, se convierte en un reino encantado. Todo es magia y prestigio.

El retrato de Paula Jaramillo, la primera nodriza del niño Alfonso, convertida por Reyes en Ceres de bronce, es una linda página:

> De ella conservo mi afición a la piel morena y mi confianza en yo no sé qué piedad nutricia y generosa hasta ignorar el pecado, que me parece manar de los senos mismos de la vida. De ella, un sabor de paganismo trigueño muy lejano a las jactancias olímpicas y que acaso vienen desde la Grecia más arcaica y terrena, hecho de virtud placentera y seria a la vez, penetrante, consoladora.

Los recuerdos de los hermanos —Alfonso fue el noveno de los doce hijos de su madre—, los que se fueron niños y los que sobrevivieron, están llenos de chispa. De León, medio hermano mayor, cuenta que tenía "una fuerza prodigiosa" y muchas novias, y que un día:

> Encontró a una "pelando la pava" con otro galán, junto a una de aquellas ventanas de barrotes de hierro... Abrió un poco los barrotes, le metió al rival la cabeza, volvió a cerrarlos lo indispensable, y ahí lo dejó aprisionado y dando gritos.

Entre los retratos de los personajes de la casa paterna hay algunos muy vivaces, como el del cocinero francés, Luis; lo mismo que ciertas escenas, como "Bautizo en invierno", que cuenta la impresión de una rara nevada en Monterrey, mientras en la casa se celebraba un bautizo. Merecen destacarse también las páginas en que describe "El equilibrio efímero", los sustentos morales que, para el niño, eran los apoyos de aquel universo: la fortaleza y el sistema de entusiasmos que armaban la mente de su padre, "mezcla del Zeus olímpico y del caballero romántico": la devoción por México, y don Porfirio, como el centro y el apoyo del bienestar de aquel mundo del antiguo régimen.

Los retratos de servidores, mozos, "caballerangos" y gente de variados oficios, de aquellos días de infancia, son páginas amenas por la penetración psicológica y el ágil dibujo de aquellos personajes singulares del norte, especialmente del hazañoso Ceferino García.

Otro de los servidores aquí retratados es Indalecio, el del relato "Donde Indalecio aparece y desaparece", de 1932, suprimido de es-

tas páginas ya que se incluyó, como parte del libro *Quince presencias* (1955), en el tomo XXIII de estas *Obras completas.*

"El salto mortal" relata una función de circo, con su público elegante y popular, el cual, al anunciarse el "salto mortal" que haría una niña cirquerita, se opone a que corra peligro y el número se suspende. La descripción de las indumentarias y el cortejo ceremonioso que forma cada familia de respeto, y el brillo multicolor del circo están muy bien logrados.

Lo del salto suspendido, ocurrió, precisa Reyes, en un pequeño circo tejano. El circo legendario de la época fue el Circo Orrin, al cual dedica el siguiente capítulo, para recordar la gracia del payaso Ricardo Bell, sus múltiples esplendores y las grandes pantomimas, sobre todo La Acuática, que concluían las funciones. Además de los libros sobre el tema, de Manuel Mañón y de Armando de Maria y Campos, que menciona Reyes, puede verse el hermoso libro sobre Ricardo Bell que escribió su hija Sylvia Bell de Aguilar: *Bell,* México, 1984.

*Páginas adicionales*

Al final del presente volumen se reúnen algunos fragmentos inéditos de Reyes acerca de sus años estudiantiles, en Monterrey y en la ciudad de México, a los que puso el título de *Toga pretexta;* y un curioso apunte sobre una *Teoría del sable,* que puede asociarse a las aficiones del general Bernardo Reyes.

José Luis Martínez

*Febrero de 1989.*

# I

## ORACIÓN DEL 9 DE FEBRERO

## [*1930*]

# I

Hace 17 años murió mi pobre padre. Su presencia real no es lo que más echo de menos: a fuerza de vivir lejos de Monterrey, estudiando en México, yo me había ya acostumbrado a verlo muy poco y a imaginármelo fácilmente, a lo cual me ayudaba también su modo de ser tan definido, y hasta su aspecto físico tan preciso y bien dibujado —su manera de belleza. Por otra parte, como era hombre tan ocupado, pocas veces esperaba yo de él otra cosa que no fuera una carta de saludo casi convencional, concebida en el estilo de su secretaría. Y a propósito de esto me acuerdo que la señora de Lancaster Jones —doña Lola Mora— su amiga de la infancia, quejándose de aquellas respuestas impersonales que redactaba el secretario Zúñiga, un día le escribió a mi padre una carta que comenzaba con este tratamiento: "Mi querido Zúñiga: Recibí tu grata de tal fecha, etcétera"...

Hacía varios años que sólo veía yo a mi padre de vacaciones o en cortas temporadas. Bien es cierto que esos pocos días me compensaban de largas ausencias porque era la suya una de esas naturalezas cuya vecindad lo penetra y lo invade y lo sacia todo. Junto a él no se deseaba más que estar a su lado. Lejos de él, casi bastaba recordar para sentir el calor de su presencia. Y como su espíritu estaba en actividad constante, todo el día agitaba las cuestiones más amenas y más apasionadoras; y todas sus ideas salían candentes, nuevas y recién forjadas, al rojo vivo de una sensibilidad como no la he vuelto a encontrar en mi ya accidentada experiencia de los hombres. Por cierto que hasta mi curiosidad literaria encontraba pasto en la compañía de mi padre. Él vivía en Monterrey, ciudad de provincia. Yo vivía en México, la capital. Él me llevaba más de cuarenta años, y se había formado en el romanticismo tardío de nuestra América. Él era soldado y gobernante. Yo iba para literato. Nada de eso obstaba. Mientras en México mis hermanos mayores, universitarios

criados en una atmósfera intelectual, sentían venir con recelo las novedades de la poesía, yo, de vacaciones, en Monterrey, me encontraba a mi padre leyendo con entusiasmo los *Cantos de vida y esperanza,* de Rubén Darío, que acababan de aparecer.

Con todo, yo me había hecho ya a la ausencia de mi padre, y hasta había aprendido a recorrerlo de lejos como se hojea con la mente un libro que se conoce de memoria. Me bastaba saber que en alguna parte de la tierra latía aquel corazón en que mi pobreza moral —mejor dicho, mi melancolía— se respaldaba y se confortaba. Siempre el evocarlo había sido para mí un alivio. A la hora de las mayores desesperaciones, en lo más combatido y arduo de las primeras pasiones, que me han tocado, mi instinto acudía de tiempo en tiempo al recuerdo de mi padre, y aquel recuerdo tenía la virtud de vivificarme y consolarme. Después —desde que mi padre murió—, me he dado cuenta cabal de esta economía inconsciente de mi alma. En vida de mi padre no sé si llegué a percatarme nunca. . .

Pero ahora se me ocurre que sí, en cierto modo al menos. Una vez fui, como de costumbre, a pasar mis vacaciones a Monterrey. Llegué de noche. Me acosté y dormí. Al despertar a la mañana siguiente —muchas veces me sucedía esto en la adolescencia— ya tenía en el alma un vago resabio de tristeza, como si me costara un esfuerzo volver a empezar la vida en el nuevo día. Entonces el mecanismo ya montado funcionó solo, en busca de mi equilibrio. Antes de que mi razón la sujetara, mi imaginación ya estaba hablando: "Consuélate —me dijo—. Acuérdate que, después de todo, allá en Monterrey, te queda algo sólido y definitivo: Tu casa, tu familia, tu padre." Casi al mismo tiempo me di cuenta de que en aquel preciso instante yo me encontraba ya pisando mi suelo definitivo, que estaba yo en mi casa, entre los míos, y bajo el techo de mis padres. Y la idea de que ya había yo dispuesto de todos mis recursos, de que ya había agotado la última apelación ante el último y más alto tribunal, me produjo tal desconcierto, tan paradójica emoción de desamparo que tuve que contenerme para no llorar. Este accidente de mi corazón me hizo comprender la ventaja de no abu-

sar de mi tesoro, y la conveniencia —dados los hábitos ya adquiridos por mí— de tener a mi padre lejos, como un supremo recurso, como esa arma vigilante que el hombre de campo cuelga a su cabecera aunque prefiera no usarla nunca. No sé si me pierdo un poco en estos análisis. Es difícil bajar a la zona más temblorosa de nuestros pudores y respetos.

De repente sobrevino la tremenda sacudida nerviosa, tanto mayor cuanto que la muerte de mi padre, fue un accidente, un choque contra un obstáculo físico, una violenta intromisión de la metralla en la vida y no el término previsible y paulatinamente aceptado de un acabamiento biológico. Esto dio a su muerte no sé qué aire de grosería cosmogónica, de afrenta material contra las intenciones de la creación. Mi natural dolor se hizo todavía más horrible por haber sobrevenido aquella muerte en medio de circunstancias singularmente patéticas y sangrientas, que no sólo interesaban a una familia, sino a todo un pueblo. Su muerte era la culminación del cuadro de horror que ofrecía entonces toda la ciudad.

Con la desaparición de mi padre, muchos, entre amigos y adversarios, sintieron que desaparecía una de las pocas voluntades capaces, en aquel instante, de conjurar los destinos. Por las heridas de su cuerpo, parece que empezó a desangrarse para muchos años, toda la patria. Después me fui rehaciendo como pude, como se rehacen para andar y correr esos pobres perros de la calle a los que un vehículo destroza una pata; como aprenden a trinchar con una sola mano los mancos; como aprenden los monjes a vivir sin el mundo, a comer sin sal los enfermos. Y entonces, de mi mutilación saqué fuerzas. Mis hábitos de imaginación vinieron en mi auxilio. Discurrí que estaba ausente mi padre —situación ya tan familiar para mí— y, de lejos, me puse a hojearlo como solía. Más aún: con más claridad y con más éxito que nunca. Logré traerlo junto a mí a modo de atmósfera, de aura. Aprendí a preguntarle y a recibir sus respuestas. A consultarle todo. Poco a poco, tímidamente, lo enseñé a aceptar mis objeciones —aquellas que nunca han salido de mis labios pero que algunos de mis amigos han descubierto por el conocimiento

que tienen de mí mismo. Entre mi padre y yo, ciertas diferencias nunca formuladas, pero adivinadas por ambos como una temerosa y tierna inquietud, fueron derivando hacia el acuerdo más liso y llano. El proceso duró varios años, y me acompañó por viajes y climas extranjeros. Al fin llegamos los dos a una compenetración suficiente. Yo no me arriesgo a creer que esta compenetración sea ya perfecta porque sé que tanto gozo me mataría, y presiento que de esta comunión absoluta sólo he de alcanzar el sabor a la hora de mi muerte. Pero el proceso ha llegado ya a tal estación de madurez, que estando en París hace poco más de dos años, me atreví a escribir a un amigo estas palabras más o menos: "Los salvajes creían ganar las virtudes de los enemigos que mataban. Con más razón imagino que ganamos las virtudes de los muertos que sabemos amar." Yo siento que, desde el día de su partida, mi padre ha empezado a entrar en mi alma y a hospedarse en ella a sus anchas. Ahora creo haber logrado ya la absorción completa y —si la palabra no fuera tan odiosa— la digestión completa. Y véase aquí por dónde, sin tener en cuenta el camino hecho de las religiones, mi experiencia personal me conduce a la noción de la supervivencia del alma y aun a la noción del sufragio de las almas— puente único por donde se puede ir y venir entre los vivos y los muertos, sin más aduana ni peaje que el adoptar esa actitud del ánimo que, para abreviar, llamamos plegaria.

Como él siempre vivió en peligros, y como yo poseo el arte de persuadirme (o acaso también por plástica, por adaptación inconsciente) yo, desde muy niño, sabía enfrentarme con la idea de perderlo. Pero el golpe contra la realidad brutal de haberlo perdido fue algo tan intenso que puedo asegurar que persiste; no sólo porque persistan en mí los efectos de esa inmensa herida, sino porque el golpe está aquí —íntegro, vivo— en algún repliegue de mi alma, y sé que lo puedo resucitar y repetir cada vez que quiera. El suceso viaja por el tiempo, parece alejarse y ser pasado, pero hay algún sitio del ánimo donde sigue siendo presente. No de otro modo el que, desde cierta estrella, contemplara nuestro mundo con un anteojo poderoso, vería, a estas horas —porque el hecho anda todavía vivo, revoloteando como fantasma de la

luz entre las distancias siderales— a Hernán Cortés y a sus soldados asomándose por primera vez al valle de Anáhuac.

El desgarramiento me ha destrozado tanto, que yo, que ya era padre para entonces, saqué de mi sufrimiento una enseñanza: me he esforzado haciendo violencia a los desbordes naturales de mi ternura, por no educar a mi hijo entre demasiadas caricias para no hacerle, físicamente mucha falta, el día que yo tenga que faltarle. Autoritario y duro, yo no podría serlo nunca: nada me repugna más que eso. Pero he procurado ser neutro y algo sordo —sólo yo sé con cuánto esfuerzo— y así creo haber formado un varón mejor apercibido que yo, mejor dotado que yo para soportar el arrancamiento. Cuando me enfrenté con las atroces angustias de aquella muerte, escogí con toda certeza, y me confesé a mí mismo que preferiría no serle demasiado indispensable a mi hijo, y hasta no ser muy amado por él puesto que tiene que perderme. Que él me haga falta es condición irremediable: mi conciencia se ha apoyado en él mil veces, a la hora de vacilar. Pero es mejor que a él mismo yo no le haga falta —me dije— aunque esto me prive de algunos mimos y dulzuras. También supe y quise cerrar los ojos ante la forma yacente de mi padre, para sólo conservar de él la mejor imagen. También supe y quise elegir el camino de mi libertad, descuajando de mi corazón cualquier impulso de rencor o venganza, por legítimo que pareciera, antes de consentir en esclavizarme a la baja *vendetta.* Lo ignoré todo, huí de los que se decían testigos presenciales, e impuse silencio a los que querían pronunciar delante de mí el nombre del que hizo fuego. De paso, sé que me he cercenado voluntariamente una parte de mí mismo; sé que he perdido para siempre los resortes de la agresión y de la ambición. Pero hice como el que, picado de víbora, se corta el dedo de un machetazo. Los que sepan de estos dolores me entenderán muy bien.

No: no es su presencia real lo que más me falta, con ser tan cálida, tan magnética, tan dulce y tan tierna para mí, tan rica en estímulos para mi admiración y mi fantasía, tan satisfactoria para mi sentido de los estilos humanos, tan halagadora para mi orgullo de hijo, tan provechosa para mi sincero

afán de aprendiz de hombre y de aprendiz de mexicano (¡porque he conocido tan pocos hombres y entre éstos, tan pocos mexicanos!). No lloro por la falta de su compañía terrestre, porque yo me la he sustituido con un sortilegio o si preferís, con un milagro. Lloro por la injusticia con que se anuló a sí propia aquella noble vida; sufro porque presiento al considerar la historia de mi padre, una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo; me desespera, ante el hecho consumado que es toda tumba, el pensar que el saldo generoso de una existencia rica y plena no basta a compensar y a llenar el vacío de un solo segundo. Mis lágrimas son para la torre de hombre que se vino abajo; para la preciosa arquitectura —lograda con la acumulación y el labrado de materiales exquisitos, a lo largo de muchos siglos de herencia severa y escrupulosa— que una sola sacudida del azar pudo deshacer; para el vino de siete cónsules que tanto tiempo concentró sus azúcares y sus espíritus, y que una mano aventurera llegó de repente a volcar.

Y ya que el vino había de volcarse, sea un sacrificio acepto: sea una libación eficaz para la tierra que lo ha recibido.

## II

De todas sus heridas, la única aparente era la de su mano derecha, que quedó siempre algo torpe, y solía doler en el invierno. La izquierda tuvo que aprender de ella a escribir y trinchar y también a tirar el arma, con todos los secretos del viejo maestro Ignacio Guardado. Lentamente la derecha pudo recobrar el don de escribir. Hombre que cumplidos los cincuenta años, era capaz de comenzar el aprendizaje metódico de otra lengua extranjera no iba a detenerse por tan poco.

Hojeando en su biblioteca, he encontrado las cuatro sucesivas etapas de su firma: La primera, la preciosa firma llena de turgencias y redondeces, aparece en un tomo de *Obras poéticas* de Espronceda, París, Baudry, 1867, y en una *Cartilla*

*moral militar* del Conde de la Cortina, edición de Durango, Francisco Vera, año de 1869. La segunda, la encuentro en un ejemplar de las poesías de Heredia, y lleva la fecha de Mazatlán, 1876. Aquí el nombre de pila se ha reducido a una inicial y el rasgo es más nervioso y ligero aunque todavía se conserva la misma rúbrica del adolescente, enredada en curvas y corazones. La tercera fase la encuentro en cartas privadas dirigidas al poeta Manuel José Othón por el año de 1889. Aunque después de la herida, todavía resulta muy ambiciosa. La cuarta fase es la que conoce la fama, la que consta en todos los documentos oficiales de su gobierno, y es ya la firma del funcionario, escueta, despojada y mecánica.

## III

Pero hemos entrado en su biblioteca y esto significa que el caballo ha sido desensillado. En aquella biblioteca donde había de todo, abundaban los volúmenes de poesía y los clásicos literarios. Entre los poetas privaban los románticos: era la época mental en que el espíritu del héroe se había formado. El hallazgo de aquella firma juvenil en un ejemplar de Espronceda tiene un sentido singular.

Después de pacificar el Norte y poner coto a los contrabandos de la frontera —groseros jefes improvisados por las guerras civiles alternaban allí con los aprovechadores que nunca faltan, y se las arreglaban para engordar la hacienda con ilícitos medros— vinieron los años de gobernar en paz. Y como al principio el General se quedara unos meses sin más trabajo que la monótona vida de cuartel, aprovechó aquellos ocios nada menos que para reunir de un rasgo los incontables volúmenes de la *Historia de la Humanidad* de César Cantú. Toda empresa había de ser titánica para contentarlo y entretenerlo. Aunque fuera titánicamente metódica como lo fue su gobierno mismo. Otros hablarán de esa obra y de lo que hizo de aquella ciudad y de aquel Estado. Aquí el romántico descansa o, mejor dicho, frena sus energías y administra el rayo, conforme a la general consigna de la paz porfiriana. Aquella cascada se repartirá en graciosos riachuelos y éstos, poco a poco fueron haciendo del erial un

rico jardín. La popularidad del héroe cundía. Desde la capital llegaban mensajeros celosos. Al fin el dueño de la política vino en persona a presenciar el milagro: "Así se gobierna", fue su dictamen. Y poco después, el gobernador se encargaba del Ministerio de la Guerra, donde todavía tuvo ocasión de llevar a cabo otros milagros: el instaurar un servicio militar voluntario, el arrancar al pueblo a los vicios domingueros para volcarlo, por espontáneo entusiasmo, en los campos de maniobras; el preparar una disciplina colectiva que hubiera sido el camino natural de la democracia; el conciliar al ejército con las más altas aspiraciones sociales de aquel tiempo; el sembrar confianza en el país cuando era la moda el escepticismo; el abrir las puertas a la esperanza de una era mejor. Al calor de este amor se fue templando el nuevo espíritu. Todos lo saben, y los que lo niegan saben que engañan. Aquel amor llenaba un pueblo como si todo un campo se cubriera con una lujuriosa cosecha de claveles rojos.

Otro hubiera aprovechado la ocasión tan propicia. ¡Oh, qué mal astuto, oh qué gran romántico! Le daban la revolución ya hecha, casi sin sangre, ¡y no la quiso! Abajo, pueblos y ejércitos a la espera, y todo el país anhelante, aguardando para obedecerlo, el más leve flaqueo del héroe. Arriba, en Galeana, en el aire estoico de las cumbres, un hombre solo. Y fue necesario, para arrebatarlo a aquel éxtasis, que el río se saliera de madre y arrastrara media ciudad. Entonces requirió otra vez el caballo y burlando sierras bajó a socorrer a los vecinos. Y poco después salió al destierro. No cabían dos centros en un círculo. O tenía que acontecer lo que acontece en la célula viva cuando empiezan a formarse los núcleos, ¿poner al país en el trance de recomenzar su historia? Era mejor cortar amarras.

Ya no se columbra la raya indecisa de la tierra. Ya todo se fue.

## IV

PORFIRIO DÍAZ entregó la situación a la gente nueva y dijo una de aquellas cosas tan suyas:

—Ya soltaron la yeguada. ¡A ver ahora quién la encierra!

De buenas intenciones está empedrado el infierno. Y cuando, a pesar de la mejor intención que en México se ha visto, el país quiso venirse abajo ¿cómo evitar que el gran romántico se juzgara el hombre de los destinos? Durante unas maniobras que presenció en Francia, como sentía un picor en el ojo izquierdo, se plantó un parche y siguió estudiando las evoluciones de la tropa. Al volver del campo —y hasta su muerte lo disimuló a todo el mundo— había perdido la mitad de la vista. Así regresó al país, cuando el declive natural había comenzado. Mal repuesto todavía de aquella borrachera de popularidad y del sobrehumano esfuerzo con que se la había sacudido, perturbada ya su visión de la realidad por un cambio tan brusco de nuestra atmósfera que, para los hombres de su época, equivalía a la amputación del criterio, vino, sin quererlo ni desearlo, a convertirse en la última esperanza de los que ya no marchaban a compás con la vida. ¡Ay, nunca segundas partes fueron buenas! Ya no lo querían: lo dejaron solo. Iba camino de la desesperación, de agravio en agravio. Algo se le había roto adentro. No quiso colgar el escudo en la atarazana. ¡Cuánto mejor no hubiera sido! ¿Dónde se vio al emérito volver a mezclarse entre las legiones? Los años y los dolores habían hecho ya su labor.

Y se encontró envuelto en una maraña de fatalidades, cada vez más prieta y más densa. Mil obstáculos y los amigotes de ambos bandos impidieron que él y el futuro presidente pudieran arreglarse. Y todo fue de mal en peor. Y volvió a salir del país. Y al fin lo hallamos cruzando simbólicamente el río Bravo, acompañado de media docena de amigos e internándose por las haciendas del norte donde le habían ofrecido hombres y ayuda y sólo encontraba traición y delaciones.

Los días pasaban sin que se cumplieran las promesas. Al acercarse al río Conchos unos cuantos guardias rurales empezaron a tirotear al escaso cortejo. Unos a diestra y otros

a siniestra, todos se fueron dispersando. Lo dejaron sólo acompañado del guía.

Era víspera de Navidad. El campo estaba frío y desolado. Ante todo, picar espuelas y ponerse en seguro para poder meditar un poco. Y por entre abrojos y espinares, desgarrada toda la ropa y lleno de rasguños el cuerpo, el guía lo condujo a un sitio solitario, propicio a las meditaciones. Allí toda melancolía tiene su asiento. No se mira más vegetación que aquellos inhospitalarios breñales. El jinete echó pie a tierra, juntó ánimos, y otra vez en su corazón, se encendió la luz del sacrificio.

—¿Dónde está el cuartel más cercano?

—En Linares.

—Vamos a Linares.

—Nos matarán.

—Cuando estemos a vista de la ciudad, podrás escapar y dejarme solo.

Es ya de noche, es Nochebuena. El embozado se acerca al cabo de guardia.

—Quiero hablar con el jefe.

Pasa un instante, sale el jefe a la puerta. El embozado se descubre, y he aquí que el jefe casi cae de rodillas.

—¡Huya, huya, mi general! ¿No ve que mi deber es prenderlo?

—¿Eres tú, mi buen amigo, mi antiguo picador de caballos? Pues no te queda más recurso que darme tus fuerzas o aceptarme como prisionero.

—¡Señor, somos muy pocos!

—Entonces voy a levantar la voz para que todos lo oigan: Aquí vengo a entregarme preso, y que me fusilen en el cuartel.

Entre los vecinos lo han vestido, ¡tan desgarrado viene! Nadie disimula su piedad, su respeto. Todos han adivinado que con ese hombre se rinde toda una época del sentir humano. Ofrece su vida otra vez más. ¿Qué mejor cosa puede hacer el romántico con su vida? ¡Tirarla por la borda, echarla por la ventana! "¡Pelillos a la mar!", dice el romántico. Y arroja a las olas su corazón.

## V

MÁS tarde, trasladado a México, se consumirá en la lenta prisión, donde una patética incertidumbre lo mantiene largos meses recluso. La mesa de pino, el melancólico quinqué, la frente en la mano, y en torno la confusa rumia de meditaciones y recuerdos, y todo el fragor del *Diablo Mundo*: es, línea por línea, el cuadro de Espronceda ¡aquel Espronceda que fue tan suyo y que él mismo me enseñó a recitar!

En el patio cantan los presos, se estiran al sol y echan baraja. Aquello es como una llaga por donde se pudre el organismo militar. Un día de la semana, las soldaderas tienen acceso al patio, donde montan tiendas de lona para esconder su simulacro de amor. Después que el dueño se sacia, se pone a la puerta de la tienda y cobra la entrada a los demás a tantos centavos. Tortura propiamente diabólica presenciar estas vergüenzas el mismo que fue como ninguno, organizador de ejércitos lucidos y dignificador de la clase guerrera a los ojos de la nación.

La melancolía, los quebrantos, resucitaron en él cierto paludismo contraído en campaña. Todas las tardes, a la misma hora, llamaba a la puerta el fantasma de la fiebre. Los nervios se iban desgastando. Vivía como en una pesadilla intermitente. ¿Cuál era el delirio?, ¿cuál el juicio? El preso tenía consideraciones especiales, y aquel hombre bueno que se vio en el trance de aprisionarlo ¡qué más hubiera deseado que devolverle su libertad! Dos grandes almas se enfrentaban, y acaso se atraían a través de no sé qué estelares distancias. Una todo fuego y bravura y otra toda sencillez y candor. Cada cual cumplía su triste gravitación, y quién sabe con qué dolor secreto sentían que se iban alejando. Algún día tendremos revelaciones. Algún día sabremos de ofertas que tal vez llegaron a destiempo.

Bajo ciertas condiciones, pues, el preso podía ser visitado. Entre los amigos y amigas que, en la desgracia, se acercaron a él, abundaban naturalmente los afectos viejos, los que llegan hasta nosotros como ráfagas de la vida pasada, envueltos en memorias de la infancia y de los tiempos felices. Tales

visitas, por confortantes que parezcan, escarban muy adentro en la sensibilidad de un hombre exaltado y, en los entreactos de la fiebre, cuando la clara visión de aquel ambiente abyecto de cárcel volvía como un mal sabor a la conciencia, aparecían aquellos hombres y aquellas mujeres cargados de recuerdos, llenos de palabras sobresaturadas de sentido, demasiado expresivos para convenir al régimen de un hombre en crisis. Todo debió haber sido neutro, gris. Y todo era clamoroso y rojo.

Y todavía para enloquecerlo más, y por si no bastara la trágica viudez de una hija cuyo marido fue asesinado unos meses antes, llegaron a la prisión las nuevas de las trastadas que andaba haciendo el caudillo Urbina, aquel que murió tragado por el fango. Urbina había secuestrado al marido de su hija menor, y ésta había tenido que rescatarlo a precio de oro, empeñando para toda la vida la tranquilidad económica de su hogar. Imaginad la cólera del Campeador ante las afrentas sufridas por sus hijas.

No era todavía un anciano, todavía no se dejaba rendir, pero ya comenzaba a abrirse paso difícilmente entre las telarañas de la fiebre, la exasperación, la melancolía y el recuerdo.

También Pancho Villa estaba, por aquellos meses, preso en la cárcel militar de Santiago. Pancho Villa escaparía pronto con anuencia de sus guardianes, y por diligencia de aquel abogado Bonales Sandoval a quien más tarde hizo apuñalar, partir en pedazos, meterlo en un saco, y enviarlo a lomo de mula a Félix Díaz, para castigarlo así de haber pretendido crear una inteligencia entre ambos. El caballero y el cabecilla alguna vez pudieron cruzarse por los corredores de la prisión. Don Quijote y Roque Guinart se contemplaban. El cabecilla lo consideraría de lejos, con aquella su peculiar sonrisa y aquel su párpado caído. El caballero se alisaría la "piocha", al modo de su juventud, y recordaría sus campañas contra el Tigre de Álica, el otro estratega natural que ha producido nuestro suelo, mezcla también de hazañero y facineroso.

La visión se borra y viene otra: ahora son las multitudes que aclaman, encendidas por palabras candentes que caen,

rodando como globos de fuego, desde las alturas de un balcón, se estremece aquel ser multánime y ofrece millares de manos y millares de pechos. Pero esta visión es embriagadora y engañosa, y pronto desaparece, desairada —tentación que se recoge en el manto— para dar lugar a otros recuerdos.

## VI

AQUEL roer diario fue desarrollando su sensibilidad, fue dejándole los nervios desnudos. Un día me pidió que le recitara unos versos de Navidad. Aquella fue su última Navidad y el aniversario de la noche triste de Linares. Al llegar a la frase: *Que a golpes de dolor te has hecho malo,* me tapó la boca con las manos y me gritó:

—¡Calla blasfemo! ¡Eso, nunca! ¡Los que no han vivido las palabras no saben lo que las palabras traen adentro!

Entonces entendí que él había vivido las palabras, que había ejercido su poesía con la vida, que era todo él como un poema en movimiento, un poema romántico de que hubiera sido a la vez autor y actor. Nunca vi otro caso de mayor frecuentación, de mayor penetración entre la poesía y la vida. Naturalmente, él se tenía por hombre de acción, porque aquello de sólo dedicarse a soñar se le figuraba una forma abominable del egoísmo. Hubiera maldecido a Julien Benda y su teoría de los clérigos. Pero no veía diferencia entre la imaginación y el acto: tan plástico era para el sueño. De otro modo no se entiende que él tan respetuoso de los clásicos, arrojara un día su Quevedo, exclamando con aquella su preciosa vehemencia: "¡Miente! ¡Miente!", porque tropezó con el siguiente pasaje en *La hora de todos y la fortuna con seso*:

"Quien llamó hermanas las letras y las armas poco sabía de sus abalorios, pues no hay más diferentes linajes que hacer y decir." ¡Miente, miente! Y el poeta a caballo entraba por la humanidad repartiendo actos que no eran más que otros tantos sueños. Y aún tienen del sueño y del acto puro,

el haber sido desinteresados: actos ofrecidos a los demás, actos propiciatorios, actos para el bien de todos, en que se quemaba el combustible de aquella vitalidad desbordada.

¿Dónde hemos hallado el airón de esa barba rubia, los ojos zarcos y el ceño poderoso? Las cejas pobladas de hidalgo viejo, la mirada de certero aguilucho que cobra sus piezas en el aire, la risa de conciencia sin tacha y la carcajada sin miedo. La bota fuerte con el cascabel del acicate, y el repiqueteo del sable en la cadena. Aire entre apolíneo y jupiterino, según que la expresión se derrame por la serenidad de la paz o se anude toda en el temido entrecejo. Allí, entre los dos ojos; allí, donde botó la lanza enemiga; allí se encuentran la poesía y la acción en dosis explosivas. Desde allí dispara sus flechas una voluntad que tiene sustancia de canción. Todo eso lo hemos hallado seguramente en la idea: en la Idea del héroe, del Guerrero, del Romántico, del Caballero Andante, del Poeta de Caballería. Porque todo en su aspecto y en sus maneras, parecía la encarnación de un dechado.

Tronaron otra vez los cañones. Y resucitado el instinto de la soldadesca, la guardia misma rompió la prisión. ¿Qué haría el Romántico? ¿Qué haría, oh, cielos, pase lo que pase y caiga quien caiga (¡y qué mexicano verdadero dejaría de entenderlo!) sino saltar sobre el caballo otra vez y ponerse al frente de la aventura, único sitio del Poeta? Aquí morí yo y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de Febrero. Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día.

Cuando la ametralladora acabó de vaciar su entraña, entre el montón de hombres y de caballos, a media plaza y frente a la puerta de Palacio, en una mañana de domingo, el mayor romántico mexicano había muerto.

Una ancha, generosa sonrisa se le había quedado viva en el rostro: la última yerba que no pisó el caballo de Atila; la espiga solitaria, oh Heine que se le olvidó al segador.

*Buenos Aires, 9 de febrero de 1930.*

*20 de agosto de 1930, el día en que había de cumplir sus ochenta años.*

## DÍAS ACIAGOS

*México, 3 de septiembre de 1911.*

ESCRIBO un signo funesto. Tumulto político en la ciudad. Van llegando a casa automóviles con los vidrios rotos, gente lesionada. Alguien abre de tiempo en tiempo la puerta de mi cuarto, y me comunica las últimas noticias alarmantes que da el teléfono. Por las escaleras, oigo el temeroso correr de la familia y los criados. Pienso con fatiga en mi madre enferma y en mi hermana viuda, Amalia, y hago ejercicios de serenidad, esforzándome para que los rasgos de mi pluma sean del todo regulares. Bettina, pensando en Goethe, solía recordar la sentencia de David: "Cada hombre debe ser el rey de sí mismo."

Atmósfera impropicia (¿o propicia?) a mis ejercicios espirituales. ¡Y estos días estaba yo tan enamorado de los análisis minuciosos y lentos! Goethe —lleno estoy de su recuerdo estos días, seguro que la observación amorosa de las particularidades de cada objeto y los matices de cada idea es el principal secreto de su poesía.

Horas después. Me voy habituando a la incomodidad. Hay escándalo —me digo—. Así es el mundo: así está hoy la naturaleza. ¿Cae la lluvia? Se moja uno. ¿Caen tiros? Pues imagino que éste es, por ahora, el escenario natural de la vida.

Hace más de un mes que estamos así. Aun las mujeres de casa tienen rifle a la cabecera. El mío está ahí, junto a mis libros. Y éstos —claro está— junto a mi cama. Los libros ahuyentan la visita de toda esa gente estorbosa. Hasta aquí sólo llegan los que deben llegar.

Tengo tres ventanas: dos al jardín, y otra a la calzada del coche. Frente a ésta, una pared de ladrillos, vestida de verdura. Sobre la pared, apenas asoman la cabeza algunas ca-

sas, y unos árboles caprichosos que, por la mañana, al abrir los ojos —como la ventana da al sur—, me parecen, sobre la luz verde del cielo, masas de humo suspendidas en el licor de la madrugada.

Mis otras dos ventanas, las del jardín, casi no tienen horizonte o fondo lejano, pero sí un grato primer término: dan vista al jardín, espeso de árboles, con el claro parpadeo del estanque; la cochera al fondo, las caballerizas y el *garage*. También puedo ver la caseta interior de la servidumbre, ahora ocupada por rancheros y rifleros del norte, gente leal que ha querido a toda costa custodiar de cerca a mi padre.

En el jardín hay unos gansos, que suelen disparar su gritería salvaje entre la noche, y casi siempre al amanecer. Yo hablo con ellos, chascando la lengua de cierto modo. Me responden, y se acercan renqueando. Llegan hasta debajo de mi ventana, rechinando a su modo y arrastrando el vientre sobre las alfombras de violetas. Son lerdos, cierto; pero, como dice Rodin, *ils ont la ligne*.

Dos enredaderas logran trepar hasta mis ventanas, y casi entran a visitarme (¡oh, Clara d'Ellébeuse!): una madreselva —sí, Gustavo Adolfo—, una madreselva tupida y floreciente; y la otra, una enredadera de hojas anchas frescas. Con ellas llega hasta mí un mensaje directo de la tierra negra de abajo: les ayudo a entrar, las estimulo; deshago sus ovillos vegetales, y oriento sus hilos hacia adentro. Me figuro que echo la escala, y mis enamoradas, las dos trepadoras, suben a mis ventanas.

Mi interior. Mi gran estante de libros y la escalerilla de mano; mis dos mesas de oloroso cedro; mis viejas y cómodas butacas. Pero sé que mi estancia ha de ser transitoria, y la casa misma me es ajena.*

Horas después. El piso bajo (puertas abiertas, sesión permanente, desfile de la política, pelea, tumulto, Caballeros de la Orden de la Última Gota de Sangre, como yo les llamo) ha triunfado al fin sobre el piso alto, donde se refugia la fami-

* Era la casa número 44 en la calle de las Estaciones. De entonces data mi poema "Cena primera de la familia dispersa" (*Huellas*, México, 1923, pp. 136-139), muy corregido ya después de su primera aparición, como sucede con casi todas mis poesías. (*Obra poética*, 1952, pp. 38-42.)

lia. Mis hermanas han bajado. La excitación ha ganado al fin toda la casa.

Todos van llegando, y cada uno cuenta una historia, pero mi padre todavía no regresa. Dicen que la multitud ha sitiado la casa de los manifestantes. En vano he intentado hablarle por teléfono. Logro comunicarme con el presidente De la Barra, y le hago saber lo que me dicen: que al fin los manifestantes han roto el sitio, y se dirigen, en busca de seguridades y garantías, al Castillo de Chapultepec. Se lo aviso para que disponga las medidas de protección. Aunque parezca usado, me tocaba hacerlo: soy el mayor de los varones que han quedado en casa.

Gran movimiento en las habitaciones y en el jardín. En la azotea de enfrente hay hombres armados. Grupos de policía en las esquinas. Yo tengo un puesto fijo, un refugio en el desván, desde donde puedo ver sin ser visto y, si llega el caso, hacer fuego. Tengo cierta experiencia. Esto se ha vuelto una verdadera fortaleza, y no quiero ni que vengan los amigos a saludarme, por el temor de que se queden encerrados en casa. Cada semana, cada domingo, se repiten estas inquietudes, si bien la de hoy es más acentuada.

Mi padre ha llegado al fin. Como está ileso, ya no oigo nada; no quiero saber nada. También he alzado otra fortaleza en mi alma: una fortaleza contra el rencor. Me lo han devuelto. Lo demás, no me importa.

Vuelvo a mi habitación. Todo tiene aquí una luz distinta. Cierro mi puerta; y eso y lo otro y aquello se quedan fuera sin remedio.

Todavía después. Tregua de dos o tres horas en que pueden salir de casa. Es de noche. Hay mucha gente y mucho ruido. Me he acostumbrado a no hacer caso de alarmas. Cuando me dicen que tenga mi arma preparada, me parece que estoy jugando a la guerra.

Abajo, todo es contradicciones. Uno asegura que vienen dos mil hombres. Otro, que doscientos. Pierdo la paciencia y el tiempo, y engaño mi amargura encerrándome a escribir —a escribir por escribir; "como cosa boba", decía Santa Teresa.

Son cerca de las diez de la noche, y dos horas y media que nos están diciendo: "¡Que llegan!"

Un rato de conversación con mi madre: buena falta le hace que la distraigan.

*7 de septiembre.*

Entre este peligro, esta presión de sobresaltos, entre estos imperiosos deberes de guardar la casa a mano armada ¡una carta convidándome a ir a Italia! Un sabio, un hispanista de Italia, Farinelli, me escribe desde Hungría, donde ha recibido mi primer libro, *Cuestiones estéticas*. Poco después, Boutroux, el filósofo, me escribiría desde París, preguntándome si alguna vez nos veríamos para discutir juntos sobre los temas de mi libro. ¡Si supieran, si supieran los europeos! Mi emoción es muda. Espero, para contestar, a que pasen los días fatales: el 15 y el 16 de septiembre. Si salgo con vida, les contestaré en qué momentos me han llegado sus cartas.

¿Y si entraran a saco en casa? Veo mis libros y mis papeles dispersos.

¡Y esta jaqueca constante, igual! ¡Y el sueño agitado! ¡Y el ruido de anoche, en las caballerizas, que parecía que estaban alzando una pirámide!

¡Ay, viajes a Italia, a Francia! ¡Compañía de sabios europeos!

Apago la luz. Sea lo que ha de ser. ¿Está el rifle junto a la cama? Sin el seguro.

*Noche del 15 de septiembre.*

Estábamos amenazados de muerte. Así se paga el pecado de hacerse amar un día por el pueblo. Hice inventario y memoria de asuntos pendientes, manifestación de últimas voluntades. ¡Qué aguda alegría considerar con desinterés las cosas, eliminando todo apetito personal, prescindiendo completamente del yo! ¡Qué viento fuerte y nutritivo de "aerostación mística"! Mi alegría, mi extraña alegría, sin duda irradiaba de mí. Porque mi esposa, leyendo sobre mi hombro lo que

yo redactaba, también tenía un vago contento. Gustosa cosa llegar a los saldos de las cuentas. La vecindad de la muerte tiene sus encantos, su bienestar.

Cerca de las ocho de la noche. Abajo, los amigos, armados. Se espera eso para después del "grito", después de medianoche. Estoy alegre. Y tal vez no creo en el peligro.

Todas las mujeres de la familia dejan la casa por la tarde: es la "orden general de la plaza". Sólo quedamos aquí los hombres. A mi madre le he confiado mis manuscritos.

*16 de septiembre.*

Anoche dormí mi mejor sueño. No pasó nada. Noche del mismo día. Pasamos el día acuartelados. Sin novedad en la plaza.

Leyendo, y conversando con mi hermano menor, Alejandro, que tiene la virtud de llevarme el genio.

Llueve. Echo ya de menos mis papeles.

Hay mucha gente en casa, pero todos parecen, hoy, tranquilos. Dicen que se abrieron las Cámaras sin escándalo.

Salí a saludar a mi madre. Tenía una alegría —¿cómo lo diré?— de persona avezada: mujer de guerrero al fin.

Recogí mis papeles, y pasé al cuaderno estos apuntes, acaso inútiles.

## 1912-1914

DESPUÉS de leer las páginas anteriores se comprenderá fácilmente mi estado de ánimo por aquellos días. Hay cosas que no me gusta explicar. Harto hago con levantar un poco el velo.

Ya se sabe lo demás. Pasó el tiempo. "Eso" cada vez se puso peor. Nació mi hijo.

Llegó la Navidad de 1912, la rendición de Linares. El pobre oficial de guardia no daba crédito a sus ojos. ¡Había sido "picador" de mi casa, amansador de nuestros caballos en Monterrey! Llorando y casi de rodillas, le pedía a su prisionero voluntario que no se le entregara a él, que se fuera a otra parte.

Lo demás no puedo contarlo, aunque queda en el recuerdo de todos. Cuando vi caer a aquel Atlas, creí que se derrumbaría el mundo. Hay, desde entonces, una ruina en mi corazón.

¿Podía soportar tanta sangre y tantos errores? Mi dolor fue tan despiadado que ni siquiera quiso ofuscarme. Mi hermano aceptó en mala hora un sitio en el Gobierno, y no pudo emanciparse a tiempo como tanto se lo pedí. También, en compañía de Pedro Henríquez Ureña, me atreví a pedirle a Enrique González Martínez, y también en vano, que dejara la subsecretaría de la Instrucción Pública (como se llamaba todavía entonces). Yo renuncié a la secretaría de Altos Estudios. Huerta me convidó para ser su secretario particular. Le dije que no era ése mi destino. Mi actitud me hacía indeseable. Me lo manifestó así en Popotla. Adonde me había citado a las 6 de la mañana y donde todo podía pasar. Yo me presenté lleno de recelo y en vez de aquel Huerta campechano y hasta pegajoso (a quien yo me negaba ya a recibir meses antes en el despacho de mi hermano, porque me quitaba el tiempo y me impacientaba con sus frases nunca acabadas), me encontré a un señor solemne, distante y autoritario.

—Así no podemos continuar —me dijo— la actitud que usted ha asumido...

Me apresuré a presentar mi tesis para recibir el título de abogado, me dejé nombrar secretario de la Legación en París, y al fin consentí en salir de México, el 10 de agosto de 1913, a las siete de la mañana, por el Ferrocarril Mexicano. Además de mi mujer y mi hijo, me acompañaron hasta el puerto mi madre y el tío Nacho.

Bajo los puentes había piquetes de tropa, precaución contra dinamiteros.

Por la noche, la calurosa Veracruz ardía en fuego vivo. Pero había un aire sustancioso y suave de respirar, que al instante me curó la tos de las mesetas. Sonriendo, recordaba yo las tónicas carcajadas de Antonio Caso, que acababan siempre en un acceso de tos. Os echaba de menos, amigos míos. Noche de calor. Mi hijo, desnudo, se revuelve, desesperado, en la cama. Descubro que tiene sed, y la criatura bebe sin parar, un buen rato.

Al día siguiente, me di el gustazo de desayunar en los portarles de Diligencias. Arroyo, el piloto, es mi viejo amigo. Nos ha olido, y viene a proponerme un paseo en su barca.

Vamos a la isla de Sacrificios.

Vegetación "chaparra"; formación arenosa; calzadas entre árboles de corteza plateada y ramas en forma de parasol. Por el suelo, las hormiguitas arrastran cadáveres de cangrejos. No hay tiempo de ver el Lazareto ni el Faro. Guarda el Lazareto un Felipe Lera, hombre de chupados pómulos, color de nicotina en uña de fumador y zapatos rotos. Es hermano, me dice, de don Carlos Américo Lera, el diplomático autor de la obra *Nacionales por naturalización*. Está poco informado de la vida de éste. Casi no nos deja el calor.

Por la tarde nos instalamos en el "Espagne", que ha atracado lentamente. "Rue de la Havane, Cabina núm. 439-441-443." Dormimos a bordo, para hacernos a la nueva casa.

Al día siguiente —el 12— de agosto de 1913 se hace a la mar el trasatlántico. El mar se enturbia de tierra un instante. En un vaporcito, salen a despedirnos hasta la boca del puerto mi madre, el tío Nacho, el licenciado Serralde, el padre de Carlos Lozano, y Rómulo Lozano, y Rómulo Timperi, mi

maestro de armas, cuyo hijo viene a bordo. Mar adentro, unos acorazados norteamericanos ensayan sus cañones sobre una barquita lejana, alarde propio de las "fuerzas de ocupación".

Recuerdo, entre los pasajeros, a José R. Aspe y su familia; la viuda de Julio Limantour con los suyos; el hispano-mexicano Noriega, y su hermana, tipo Rubens; algunos "lagartijos" indefinibles (así se llamaban todavía los "fifís"), en zapatillas de baile, que ellos creen calzado de barco; Carlos Lozano, que consintió en tocar el piano a bordo casi todas las noches; Madame Varcass, esposa de un húngaro, hacendados de Morelos, y su hija adoptiva, la pequeña Magda, a quienes acompañaba siempre el ingeniero Salvador Etcheagaray; el alsaciano Henry Schmoll, comerciante en joyas, que trae un diario de la decena trágica y anda muy mareado. Yo lo obligo a pasear por el puente, y la gente dice: "Allí va Alfonso con su pelele." Dos curas a bordo; don Genaro García, zacatecano, ex-gobernador de la era porfiriana, moribundo ya de viejo, flaco y rico; Nagore, su médico, el hermano del juez que amparó a Félix Díaz cuando el alzamiento de Veracruz; Fernando Galván, todo el día zumbando de solicitud y conversación; el licenciado Riba Cervantes, que va a Londres a lo del petróleo; Atilio Timperi, hijo de mi maestro Rómulo, que va a Italia solo —es un niño de 10 o 12 años como he dicho—; Rómulo Laralde y su familia: recuerdos de mi infancia de Monterrey; su linda hija Estela.

El día 13, en lo más alto del vapor, descubro a un hijo de Chucho Contreras, el escultor de los modernistas. Va a los Estados Unidos, vía Cuba, a continuar sus estudios. ¿Qué habrá sido de él?

Atilio Timperi se acuerda a veces de que es un niño, y se encierra a llorar en su camarote. Ahí lo encuentra Merignac, el campeón de florete a cuya guardia viene confiado. Y el niño sale otra vez a los puentes, con los ojos enrojecidos, y distribuye bombones de chocolate entre las señoras. Cuando yo conocí a este niño, en la Sala Timperi, lo llevaban todavía en brazos. Era una bolita de carne con ojos vivísimos,

que daba unos mordiscos tremendos. Yo me entretenía provocándolo, hasta que el maestro Timperi me llamaba, otra vez, al "plastrón".

Brisa suave y pegajosa. La gente dice:

—Ahí viene Alfonso con su pelele.

Soy yo, que llevo del brazo al alsaciano Schmoll, mi puntilloso alsaciano. Me he propuesto curarle el mareo, y lo consigo, después de pasearlo por todo el vapor, a grandes pasos, durante dos días.

Visitamos la 2ª y la 3ª clases. ¡Oh, América de mis abuelos! ¡Hay todavía criollos con loros! Bajamos a las entrañas del buque: máquinas que escurren aceite negro, marinos peludos, desnudos, sudorosos, dormidos. Damos con la carnicería y vemos destazar los bueyes. Las cosas infunden pavor, vistas por dentro. Se pierde la confianza en el equilibrio del barco, a fuerza de ver jadear sus máquinas. La conciencia es, ante todo, pánico.

El día 14 llegamos a La Habana, donde el vapor tomaba carbón, y bajamos a saludar a los amigos. No encontré a nadie. Max Henríquez Ureña en Santiago. El cónsul Esteva tuvo la bondad de indicarme la casa del ministro Godoy en el Vedado, y éste y su familia nos recibieron con exquisita cortesía en un jardín lleno de brisa.

¿Quién puede olvidar los refrescos de La Habana? ¿Y el Malecón, en puesta de sol? ¡Oh paraíso de color y calor, una vez sentido y siempre evocado! Andamos bajo el fuego de Dios, como beduinos, con la cría a cuestas.

Carlos Lozano se volvía loco, con esos enredos del cambio de monedas. —Yo comprendo —me decía— que me sale a flor lo "Zacatecas".

Al otro día, muy de mañana, vino al barco a saludarme el poeta Chocano.

Poco después, entramos en aquel mar saltón y transparente, ansioso de dejar ver su fondo, con coquetería rayana en impudor. Más tarde, el Atlántico de acero, el mar sólido, gris e igual. Ondas frías de Terranova, y vuelta al calor.

En la cena del capitán, bombones con versitos de sorpresa. No podían ser más oportunos los que nos tocaron a cierta

vecina y a mí. Ella, mujer a quien ya abandonaban la juventud y el marido, y presa del abogado que se ocupaba en desenredar o enredar su caso, leyó su papelito, y decía:

*Amitié, viens à mon secours*
*puisqu'il n'est plus temps de l'amour.*
*La vie s'écoule, il fait tard,*
*et il coûte cher l'avocat bavard.*

Y a mí, que ando desorientado desde que, al pisar el barco, me sentí extranjero y desposeído de los privilegios familiares que he gozado gratuitamente en mi tierra —y me tocó esto:

*Tu n'es pas riche et c'est folie*
*de vouloir qu'on te glorifie.*

El domingo 24 arribamos a La Coruña, llena de luces de color; y al día siguiente, Santander nos saludó con fiesta de gaviotas. Los prácticos españoles eran hombres ágiles y flacos, que de un salto escalaban el barco. Al llegar al turbio St. Nazaire, el práctico resultó ser un señor sedentario y gordo, que por poco naufraga con su lanchita al acercarse al "Espagne".

Esa misma tarde llegamos a París. Fuimos a dar a un pobre hotel, en la Rue de Trévise; adonde me mandó Modesto Puigdevall, porque allí trabajaba Miguel, su hermano (Modesto, el que llegó a ser dueño del restaurante *Silvain,* en México, y que había sido criado de mi padre en París).

Caí, abierta la cabeza en pedazos, al recibir el golpe de masa de París.* Queda constancia de mis primeras impresiones en algunas páginas de *El Cazador* (por ejemplo: "Los ángeles de París", "París cubista", etcétera).

* En París permanecí desde agosto de 1913 hasta octubre del siguiente año de 1914. Entonces me trasladé a San Sebastián, y de allí a Madrid. El viaje de París a España, en "Rumbo al sur", *Las vísperas de España,* Buenos Aires, 1937, pp. 123 a 126. Las siguientes notas completan aquellas páginas.

*2 de octubre de 1914.*

Para reunirnos con Jesús Acevedo, Ángel Zárraga y yo paramos en Carreteras núm. 45, posada de la Concha, Concha Cabra en recuerdo del Dómine Cabra de Quevedo, según es la apariencia. Nos dan una alcoba interior. La exterior que comunica con ella la ocupa el estudiante "quebrantahuesos", así llamado porque cena pajaritos fritos y deja los huesos sobre la chimenea. Comienza el año escolar, y el quebrantahuesos deja cada día otro libro de texto sobre su mesa. Una mañana aparece junto a la mesa un loro en su estaca.

Acevedo "me esperaba", en toda la profundidad del vocablo. Había suspendido, entretanto, sus emociones. Zárraga se va reintegrando en la vida del café madrileño, esa vida ateniense. A todos les cuenta cómo va a encerrarse en Toledo entre cuatro paredes encaladas, a moler él mismo sus colores y a pintar.

Yo he venido, como Ruiz de Alarcón, a pretender en Corte, a ver si me gano la vida. Mientras me oriento, dejé en San Sebastián a mi mujer, mi niño y mi criada bretona.

Acevedo se va una mañana a Aranjuez. Ángel, una tarde, se va a Toledo. Eduardo Colín, que está en la Legación Mexicana, me lleva esa noche a los barrios bajos, cosa terrible en su mortecina quietud, sus calles de piedra, sus faroles de gas. A medianoche, Teatro Madrileño: público de caras fruncidas en cicatriz, que ruge, soez. Hampa que injuria a las cupletistas. La injuria de la calle de Atocha, como el piropo de la calle de Alcalá, son amor represo, imaginación turbada.

Por una peseta, salen hasta doce mujeres, una tras otra, o dos a un tiempo en una danza de empellones y obscenidad cruda. Cantan mal, bailan regular. Una, admirablemente. Si Dorian Gray la descubre aquí, se casa con ella. La bailarina se entrega a la danza y no oye al público. Su garganta se martiriza y sus ojos se extravían. Lo demás: camareras escapadas de noche, debutantes pobres, camino del prostíbulo. Saben reír cuando el público las maltrata. Todo, el gusto de Monsieur de Phocas. Quiroz, el pianista, es víctima del público. Una vista cinematográfica es interrumpida a silbidos.

Vuelvo a la posada de Concha Cabra. ¿Es Ángel Zárraga

esa sombra inconsistente de la otra cama? ¡No puede ser! Terror del cuento de Stevenson: ¿será un cadáver?

Enciendo la luz. Es un viejo escuálido y tosijoso, hermano de Concha. Vivimos en pleno *Lazarillo de Tormes.*

Al día siguiente, me mudo a una posada a San Marcos, 30, 2º izquierda: Doña Justa. ¿Doña Justa Cabra? Veremos. Aún no he comido. Cuarto esencial, diminuto y limpio. Lo he poblado en un minuto con mi melancolía y mis recuerdos. Mi familia, en San Sebastián, espera que yo me instale y la llame a mi lado.

Tardes del Ateneo. Compañía de geniecillos indiscretos. Amistad naciente de Díez-Canedo, que conoce la literatura mexicana. Él me presenta con Acebal, en La Lectura, para cuya colección de clásicos prepararé un Ruiz de Alarcón. El caballeroso Acebal, mientras nos recibe, apura un vaso de leche. A su lado, otra barba francesa (o mejor del Greco): Juan Ramón Jiménez, sonrosado y nervioso, dueño de raras noticias médicas adquiridas a través de exquisitos males. Me mira con ojos desconfiados y ariscos.*

*8 de octubre.*

¡Doña Justa me tiende la cama en persona!

¿Qué estoy leyendo? *La Nation Armée*, de Von der Goltz, traducción de H. Monet, lo único que traje conmigo.

Noche de frío. Me echo la gabardina en la cama. Una madre llora por su hijo que se le muere, y grita toda la noche. Mañana me mudo.

*9 de octubre.*

Me mudo a la casa inmediata. Posada más cara, pero de mejor aire. Por la tarde, me visita Ventura García Calderón, que está aquí, en la Legación del Perú, y hace tertulia en el Correo con José Francés y Diego San José.

Acompaño a Ventura a casa de Tomás Costa, hermano del

* Pronto seríamos grandes amigos.

gran Joaquín Costa, que nos recibe con gran prosopopeya y nos muestra la colección de obras de su hermano que está publicando.

Por la noche, llega Acevedo a Aranjuez.

*10 de octubre, 1914.*

¡Gracias, primer noche de reposo!

Alfonso Reyes, *Diario. 1911-1930,* Prólogo de Alicia Reyes, Nota del doctor Alfonso Reyes Mota, Universidad de Guanajuato, México, 1969, pp. 23-40.

# II

## MEMORIA A LA FACULTAD

[*1931*]

I

Cuando yo encuentre mi médico ideal pondré en sus manos esta memoria. Yo no necesito que mi médico ideal sea infalible. Aparte de las condiciones de general aptitud y aun de simpatía —yo, sin esto, no ando— sólo pido de él dos cosas: 1º que sea, además de un médico, un sabio. Es decir —limitemos la terrible palabra— que el médico pragmático, el que cura y prescribe tratamientos, se acompañe en él de un estudioso desinteresado, de un lector asiduo que no duerme tranquilo si no ha despojado antes los catálogos de novedades, de un poeta del pensamiento capaz de pasarse un día entero de buen humor cuando ha encontrado una expresión feliz para bautizar un síntoma. Y 2º que se resigne a trabajar conmigo, a explicarme lo que se propone hacer conmigo y lo que piensa de mí, a asociarme a su investigación. Yo reclamo el privilegio de juez y parte, porque soy capaz de desdoblamiento y sé muy bien considerarme objetivamente y con frialdad. Además estoy seguro de que yo puedo ayudarle a mi médico; de que orientado por él, puedo proporcionarle datos preciosos. Finalmente, el médico que no cuente con mi inteligencia está vencido de antemano: el que quiera curarme sin contar con mi comprensión, que renuncie. Lo que no acepte mi mente, difícilmente entrará en mi biología. Tal es mi modo de ser, y seguramente hay muchos pacientes de mi género. Los médicos debieran pensarlo seriamente, y aceptar nuestra colaboración con humildad.

II

A veces me han tomado por aprensivo. No soy aprensivo: no tengo miedo a la enfermedad, ni ejerzo sobre mí mismo esa

autosugestión consciente que caracteriza al *malade imaginaire*. Y el hecho de que haya yo sentido náuseas con el embarazo de mi mujer me parece un fenómeno demasiado general y, después de todo, muy explicable en el animal afectivo que es el hombre.

Creo que cierto género de representaciones biológicas, sobre todo si son cosas entrañables y vienen mezcladas con emociones, provocan naturalmente la náusea. Un sentimiento muy parecido era ese "dolor de examen" —como le llamaba yo de niño— esa contracción hacia la región del vientre que sentía yo al acercarse, a fin de curso, los exámenes escolares. Me figuro que mi madre experimentaba la misma sensación: cierta vez, esperábamos en casa el regreso de mis hermanos mayores, que venían de vacaciones a Monterrey. ¡Acaban de llegar!, gritó mi madre. Preguntamos a la estación por teléfono, y en efecto, en ese preciso instante el tren acababa de llegar. "Yo estaba segura, dijo ella, porque sentí aquí una patadita", y señalaba la región baja del gran simpático. "¡Mamá, por favor! —dijo una hermana—. Querrás decir que lo sentiste en el corazón." "No, rectifico mi madre: no se trata de literatura. La gente nerviosa como yo, no siente estas cosas en el corazón, sino aquí." Pero yo mismo recuerdo lo que me aconteció, cuando mis hermanas —mayores que yo— me abrieron los ojos sobre algunos misterios de la vida matrimonial, la concepción, el embarazo y el nacimiento. Ellas llevaban la mira de evitar que, en mi candor, siguiera yo cometiendo inconveniencias. En efecto, aquella misma noche se había producido en la casa un silencio pavoroso cuando, al anunciársenos que teníamos una primita más, dije yo con toda ingenuidad —aplicando las observaciones que de tiempo atrás venía haciendo—: "¡Ah, entonces por eso estaba enferma mi tía!" Mis hermanas me lanzaron unas miradas furiosas. Yo, en cuanto las personas mayores nos dejaron solos, les pedí explicaciones. Y ellas se decidieron a contarme lo que sabían. Unos instantes después, yo vomitaba todo lo que había cenado. Sencillamente.

Y el último ejemplo que recuerdo de esta náusea histérica tiene alguna curiosidad. Fue hace poco tiempo, en Buenos Aires. Una joven, que inauguraba fogosamente su vida se-

xual, me hablaba con admiración de cierta bella mujer de quien estaba enamorado un hombre de espíritu (excepcional). ¡Y pensar —le dije yo— que, según cuentan por ahí, ella prefiere cualidades más materiales! Y le conté lo que me habían dicho: que aquella bella mujer tenía un amante, y que éste había ganado en el Jockey Club un concurso de garañones, por las dimensiones privilegiadas con que la naturaleza lo había dotado. Todo fue oírme decir esto, y la jovencita palideció, vaciló un poco, y echó a correr presa de una náusea incontenible.

## III

La náusea histérica me ha llevado lejos. Decía yo, pues, que no soy aprensivo ni temo a las enfermedades. Hasta parece que soy un buen enfermo. Obedezco al médico con la más absoluta buena fe, y, puesto en el potro, conservo mi buen humor y divierto a mis visitas. Cuando, hacia 1910, padecí un terrible cólico en el vientre que estuvo a punto de matarme y que nunca supe lo que fue, aunque provisionalmente declararon que era peritonitis, me pusieron a régimen de hielo puro por alimento, y hielo sobre el vientre, y me ordenaron que me mantuviera inmóvil boca arriba. Ni un solo instante abandoné la postura prescrita. Cuando, varios días después, me levantaron la penitencia, se encontraron con que me dolían los pulmones al respirar en otra postura, y que los talones de los pies estaban llagados en la parte que descansaban sobre las sábanas. Cuando, hacia 1924, me sometí en México a unos lavados y sondeos uretrales, me comprometí a contarle un cuento al doctor Margáin todos los días, mientras él introducía la sonda, y lo hice al pie de la letra. A veces me dejaba la sonda un instante, y luego me daba orden de expulsarla. Y yo lo iba haciendo poco a poco, con pequeñas contracciones. "Eres un fakir", solía él decirme. Finalmente, fuera de mis primeras y brutales experiencias con un dentista salvaje que había en Monterrey, algún *cowboy* del Norte que cambió el oficio al cruzar la frontera y que

se llamaba el doctor Leech —hombre verdaderamente grosero de manos, que me hizo sufrir lo indecible siendo yo muy niño, me desportilló una encía y me dejó definitivamente sin una muela— todos mis ulteriores tratos con el odontólogo —y no han sido pocos— fueron para mí una distracción, y una distracción inteligente, en la que participa mi espíritu: me hago explicar la operación, aprecio el progreso del trabajo, admiro la miniatura plástica, y no me preocupo mucho por mi dolor, que dura poco. Cuando yo cuento esto a la gente, piensa que son jactancias o chistes, y nadie me lo quiere creer.

Todo esto es para decir que soy buen enfermo, pero, principalmente, para afirmar que en mí no se da aquel viñedo específico a la enfermedad que todos los médicos conocen en algunos de sus pacientes, y que a veces —en los extremos histéricos— creo que llega hasta fingir los síntomas.

## IV

Sin embargo, por algo se figuran mis amigos que soy aprensivo. Yo creo que lo concluyen de que soy nervioso, y sobre todo, de que explico y expreso cuanto siento y cuanto me acontece. En esto soy de una indiscreción heroica. Mi vida no me sabe a nada si no la cuento. Abro los ojos por la mañana; lo primero que hago es contar mis sueños de la noche anterior; después, si "me gruñen las tripas", explico cómo y por qué me gruñen hoy de distinto modo que ayer. Y así, lo mismo me doy cuenta de mis lecturas y reflexiones diarias a cuantos me rodean, les doy cuenta de las cosas de mi cuerpo y de mis reacciones más íntimas. Yo así soy, capaz de leerle los versos que acabo de escribir al canciller de mi Embajada, o de contarle al cobrador de la luz eléctrica mis últimas meditaciones sobre Goethe. Y me pasa lo que a los griegos: que desconfío de los que no lo cuentan todo, de los callados, de los solemnes. Si me gusta, sonrío, y si me duele me quejo. Creen algunos por eso, que concedo demasiada

atención a mis miserias corporales, y de ahí concluyen que tengo miedo a la enfermedad. Todo se les ocurre, menos pensar que si así procedo es porque doy una inmensa importancia al hecho de expresar mi vida, de ponerla en palabras. El proceso o metabolismo literario —si se me permite esta expresión— es una determinante de mi temperamento que mi médico debiera tener muy en cuenta: lo domina todo, lo explica todo.

Pero hay cosas que, ligeramente consideradas, pudieran llevar a la conclusión de que soy aprensivo. Unas pueden llamarse argumentos de sugestión inconsciente, y otras pueden agruparse bajo la teoría de los síntomas atenuados, de que hablaré más tarde. Por ahora voy a referirme a un caso de sugestión inconsciente que, por ser el más agudo, es el más característico y tiene verdadero encanto.

Estando en Madrid, me traen una mañana hasta la cama los periódicos del día. Lo primero que leo es un telegrama de París, en que se anuncia que se ha desatado en aquella ciudad una singular epidemia de hipo. La cosa me hace reír, me parece divertidísima, y no vuelvo a pensar en ella. Un par de horas más tarde estaba yo, en mi Legación, casi imposibilitado de trabajar por un ataque de hipo pertinaz e incesante. Dos días duré en ese estado. Ya me dolía toda la caja del cuerpo. Cuando logré parar, me parecía que no respiraba lo bastante: me hacía falta el espasmo inspiratorio del hipo. Supe entonces que había, en Madrid, otra víctima más de aquel telegrama contagioso: el poeta Manolo Machado. Ni él ni yo tuvimos "miedo" a la epidemia. No fue, para él ni para mí, caso de aprensión. Ni siquiera creímos haberle dado importancia a la noticia. Pero la subconsciencia se puso a hacer de las suyas, ella sabe por qué. Aprensión, temor consciente, no lo hubo. Ni entonces, ni nunca. Yo he conocido algunos temores: me han asustado sobre todo las cosas; y de niño, lo sobrenatural, con mucha frecuencia; los hombres, muy poco; las enfermedades, casi nada.

## V

Y ahora vamos a la teoría de los síntomas atenuados. Yo estoy convencido de que soy un enfermo de tinta débil; que al llegar a mí, el mal suele borrar sus manifestaciones habituales, por no sé qué cortesía que cuadra muy bien con mi manera de ser y con mis ideas sobre la urbanidad mexicana.

Generalmente, el mal llega en su forma mínima o menos maligna; pero por lo menos, no se hace reclamo, no se anuncia con la propaganda de síntomas que traen los libros de patología. Es decir: que cuando no es benigno, por lo menos es bien educado. Me figuro que la medicina tendrá un lenguaje para traducir mis ideas: yo siento que hay temperamentos espesos y temperamentos delgados. En aquéllos, la enfermedad echa raíces y suelta follaje, es frondosa, hincha los cuadros clásicos de la sintomatología. En los temperamentos delgados, como el mío, la enfermedad es una ligera parásita que se esconde y flota levemente. Esto —repito— aun en los casos de gravedad.

Pero ¿he tenido yo enfermedades graves? Es el momento de hacer mi historia, de dejar el índice de mis dolencias agudas, examinándolas a la luz de la teoría de los síntomas atenuados. En cuanto a mis dolencias crónicas, de propósito las dejo para después.

## VI. Contusiones

En el orden de las contusiones: algunas erosiones por golpes en la cabeza, de esos que llamábamos "descalabradas"; un velocípedo que resbaló en un suelo lluvioso y me arrojó con la frente sobre el suelo, sin más resultado que un espléndido chichón que me curaron con árnica; caídas sin consecuencias y porrazos de arte menor. Ni brazo quebrado ni pie torcido. No fui un niño travieso, no había por qué sufrir más daños. Sólo una vez, en la casa de un amigo, el jardinero —sin malicia ninguna— jugaba a tirarme arenitas. De pronto me des-

interesé del juego y volví la espalda. En mala oportunidad lo hice. Él, en ese preciso instante, creyendo que yo lo veía, acababa de tirarme con una pesada piedra caliza, más grande que sus dos manos juntas. Sin duda la tiró sin fuerza, porque estaba cerca de mí, pero yo recibí el mazazo en el cerebelo, y creí que el mundo bailaba, sentí que se me doblaban las piernas y me arrojé en los mismos brazos del pobre hombre para que me sostuviera. La sangre me bañó la nuca, y creo que también me salía por la nariz. Los demás servidores intervinieron. La madre de mi amigo, que andaba de visita, regresó a todo correr. Me atendieron con solicitud. Si esto pasó hacia las 4 de la tarde, a las 7 de la noche yo volvía a casa solo y en bicicleta, y sin vendaje ninguno, lo cual me prueba que, a pesar de la conmoción, el golpe no ha de haber sido tan fuerte. El jardinero creyó que me había matado, y huyó abandonando a su mujer con un niño en brazos. Fue necesario darle todas las seguridades para que se decidiera a volver. Yo no llegué a perder conciencia, y sólo preguntaba si no me había quedado el cráneo aplastado. Sangré mucho, eso sí. Yo tendría entonces unos ocho años, acaso menos. Por temor de que me prohibieran volver a casa de mi amigo, oculté el caso.

Días después, una hermana mayor me descubrió la herida, al peinarme. Me hicieron contar la verdad. Yo, sin ser cierto, declaré que me dolía la cabeza, porque no tenía ganas de ir al colegio. Mi padre lo comprendió así —yo nunca he sabido engañar a nadie— pero me dejó el día de huelga. Lo cuento con todos sus detalles, para que mi médico ideal saque consecuencias, si es que él considera que las hubo.

## VII. Garganta

Yo tenía alguna afección en la garganta, de que sólo me ha quedado un carraspeo nervioso, una tosecita maniática de tiempo en tiempo. Varias veces me habían tratado, pero sin constancia. Yo no sufría precisamente, nada me dolía, pero

la voz me salía muy ronca y algo ahogada. Mi voz ha sido después tan firme y tan sólida, que no me acordaría de aquellos vergonzosos orígenes a no ser por ciertos testimonios. El domingo 13 de junio de 1897 (es decir: que yo tenía ocho años) unos amiguitos y yo organizamos una famosa becerrada, en que fue lidiado un becerro tan tierno y tan inofensivo como nosotros. Yo fui uno de los espadas y mi apodo o alias era "El Ronquito", clara alusión a mi defecto de entonces. Conjeturo que sería el año siguiente cuando me pusieron en manos de un especialista, que tras de darme toques y hacerme inhalaciones durante más de un mes, decidió operarme. A mí nada me dijeron, naturalmente. Estábamos de veraneo en la montaña, en las casas del Mirador, cuando vi llegar tres médicos a caballo. Uno era el doctor Steel, mi especialista, otro, el doctor González y otro, el que dio el anestésico, el doctor Leal. Hubo que confesarme que la cosa era conmigo. Con mi docilidad natural, me resigné a todo. Me contaron que sólo se trataba de limpiarme y desinfectarme la garganta, pero yo —que había aprendido a conocer los instrumentos del doctor Steel— contesté que todas aquellas cosas servían para cortar. Me senté en la mesa de operaciones, y sólo pedí que no me obligaran a acostarme mientras yo no quisiera. El cloroformo fue haciendo sus efectos. Una servicial amiga de la familia, que se creyó obligada a presenciarlo todo, me importunaba a cada rato, preguntándome si no empezaba yo a oír campanitas. Me acuerdo perfectamente de sus palabras, del tono mismo de su voz, pero me acuerdo también de que las palabras no tenían sentido para mí, y cada vez que ella interrogaba: ¿no oyes campanitas? yo contestaba mecánicamente: ¿Cómo campanitas? Aquella pregunta era una verdadera tortura. ¿Por qué no la hicieron callar los médicos? Los objetos empezaron a deformarse. Me interesaban singularmente las proporciones enormes y torcidas que iba tomando la cara del doctor González. El sueño me rendía. Decidí acostarme. No supe más.

Cuando abrí los ojos otra vez, tuve una inmensa sensación de alegría, una como sorpresa de resucitado, y un placer intenso en ver la luz. Yo estaba tendido en una cama. Mi madre, que se encontraba junto a mí, me hizo señas para que

no hablara, me detuvo para evitar que me sentara, y me dio una rápida explicación sobre lo que había sucedido y asegurándome, como era la verdad, que me habían extirpado las adenoides o cosa parecida. Me describió las precauciones y régimen a que quedaba sometido, y no sé por qué me impresionó sobre todo aquello de guardarme del sol durante varios días. Naturalmente, mis hermanas me contaron toda la operación, y hasta me enseñaron unos trocitos de sandía para darme idea de cómo eran las vegetaciones que me habían extirpado.

Más tarde he oído decir que el cloroformo está en este caso contraindicado, y que fue una temeridad lo que hicieron conmigo. Yo sólo he tenido motivos para felicitarme. Y la firmeza y regularidad de mi voz es el único orgullo que todavía me queda.

Cierto es que no puedo desterrar la pecadora costumbre de soplar por la nariz como para reventar una burbujilla inexistente a la entrada de la faringe, pero eso no creo que venga de aquel mal de mi infancia. Veamos: alguna afección catarral había sin duda en torno al mal de garganta, porque de niño me enseñaron a darme lavados de agua boricada por las fosas nasales. Años más tarde, ya en los veinte, espontáneamente se me ocurrió volver a los antiguos lavados, usando esta vez agua de sal. A partir de entonces, comenzó la manía; desde entonces, tengo la impresión de que hay algo en la pituitaria, y siento leves obstrucciones. A veces, se produce por un instante uno como relajamiento, se afloja algo como un diafragma contraído, percibo clarísimamente un ruido como el de membranas que se movieran, el aire me entra con más libertad y, por unos instantes, respiro con delicia. Poco después, el sistema se cierra, y volvemos a las andadas.

Me pregunto si en la mayoría de los hombres no habrá pequeños fenómenos de esta especie, males descuidados que están, sordamente, poniéndose de acuerdo entre sí para dar un día un golpe de mano y acabar con nuestra vida. Más adelante me referiré a otro pequeño padecimiento abandonado que anda por ahí.

## VIII

Tenía yo quince años más o menos, cuando la epidemia de fiebre amarilla en Monterrey, epidemia que duró un solo verano y fue victoriosamente combatida por las medidas de higiene pública que dictó mi padre. La gente huía rumbo a Saltillo, clima más fresco y salubre. Las aulas del Colegio Civil estaban desiertas, y las conferencias de los profesores se interrumpían cuando se oía zumbar un mosquito: toda la clase se dedicaba entonces a darle caza. Llevábamos al pecho unos saquitos de alcanfor. Sabíamos que había que cegar los charcos, poner redes sobre los depósitos de agua, echar petróleo dondequiera que había humedades. Conocíamos al mosquito anillado, y no ignorábamos que el mal se propaga por la hembra, y que la hembra se distingue en que se para sobre las paredes horizontalmente, a diferencia del macho que adopta la estación vertical.

Un criado nuestro resultó contaminado. Mi padre quiso que fuera curado en casa, para dar prueba pública de que era posible aislar el mal. Las ventanas y la puerta del cuarto en que estaba el criado fueron cerradas por un sistema de bastidores con fina red metálica. El criado sanó y siguió sirviéndonos. Ninguno de los demás, que entraban a verlo, se contagió.

Una noche, mi padre y yo caímos con fiebre al mismo tiempo. El médico declaró que los síntomas eran claros, y aún recuerdo que habló de la descomposición de la orina. Mi padre tenía un banquete político al día siguiente. Se levantó de mañana, se bañó, se arregló, y a mediodía contestaba los discursos de sus amigos en una mesa de 300 cubiertos, y no volvió a sentirse mal, ante el asombro del médico que, como dice la gente, se hacía cruces. Yo me quedé más tiempo en cama, pero debo confesar que el ejemplo de mi padre se apoderó de mí. Me parecía muy elegante eso de haber contraído la epidemia, pero más elegante me parecía vencerla por un acto de voluntad, como lo había hecho mi padre. Ello es que a los dos días el médico declaró que los síntomas se habían desvanecido como por ensalmo, y a los

cuatro días me dio de alta. ¿Habráse visto una fiebre amarilla más bien educada? Sólo quiso dejar tarjeta en la casa del gobernador. Naturalmente que el especialista que esto lea se inclina más bien a dictaminar contra el médico que nos atendió. No sé qué decir, pero no era un incompetente, y en varias ocasiones había probado merecer la confianza, no sólo de mi familia, sino de mi ciudad.

## IX

A los dieciséis años yo vivía en México, en la casa de mi hermano Rodolfo. El doctor Zárraga era el médico de confianza de mi hermano. Mi padre, que por lo demás apreciaba mucho al doctor Zárraga, tenía sobre la Facultad ciertas ideas adquiridas en Molière que nunca lo abandonaron hasta el fin de sus días. Mi hermano, al contrario, parecía experimentar cierto placer en descubrirse síntomas y en acudir a su médico. Ahora bien, como Zárraga era un cirujano eminente, mi padre colegía de aquí que —bajo la provocación de un cliente tan propicio— Zárraga no podría resistir a la tentación de entregarse constantemente al deporte del bisturí, y poco a poco les amputaría a mi hermano y a mi cuñada los brazos, las piernas y hasta la cabeza. Cuando se decidió que yo continuara en México, en la Preparatoria, los estudios del bachillerato comenzado en el Colegio Civil de Monterrey, mi padre había dicho: "Lo que temo es que, en casa de su hermano, al instante entreguen al muchacho a las experiencias de la cirugía, y dentro de un año me lo devuelvan con un pedazo menos." Y la burlesca profecía se cumplió.

Un leve desgarramiento, acompañado de inflamación y comezones, hicieron pensar al doctor Zárraga que era mejor cortar por lo sano; que aquello era demasiado estorboso y expuesto a peligros; que esta vez la Puerta Falsa de Santo Domingo había tenido piedad de mí, limitándose a dar un aviso, pero que otra vez la cosa podía ser muy seria, y entonces ya sería tarde para acudir con el remedio. Quiso la suerte que en aquellos días el doctor Zárraga tuviera no sé

qué infección o heridas en las manos, consecuencias de su mismo trabajo profesional. Por otra parte, mi hermano había llegado, en su contemplación de la cirugía, a cierta elegancia ya académica y rigurosa que lo hizo pensar que cada operación debiera ser hecha por un especialista. Decidióse, pues, que el célebre doctor Aureliano Urrutia —que por entonces sólo amputaba, y con gran éxito, en la mesa de operaciones— debía hacerme la circuncisión. Yo había conocido a Urrutia, en ocasión de una visita que hice a su sanatorio en nombre de mi padre, para pedir nuevas del general Victoriano Huerta, compadre de Urrutia, que a la sazón estaba recién operado. Sabiendo que yo me destinaba al Derecho, Urrutia me llamó desde el primer momento "Señor licenciado". Urrutia jugaba pelota todos los días con Luis Cabrera. Indio sano de buen barro lustroso, tenía un gran aspecto de salud, afectaba cierta cortesía untuosa y solemne, con mucha suavidad en las formas, pero con firmeza. Me llamaron la atención sus manos pequeñas y repletas, como pelotitas lisas e infladas. De esas manos vine, poco después, a ser paciente.

Aún recuerdo con sumo desagrado aquella sorpresa. Ser bien lavado y afeitado antes de la operación me parecía lo más natural del mundo, aunque no dejó de chocarme la insistencia con que el cirujano me lavaba la rabadilla. A mí me habían dicho que esta pequeña operación se hacía con anestesia local. Pero el cirujano me puso boca abajo y me dijo: "No se mueva ahora, señor licenciado, que esto es lo único que molesta." Y en ese instante sentí el pinchazo de la aguja de cocaína en la espina dorsal, mucho más desagradable para la imaginación que para el cuerpo, porque realmente el dolor es mínimo y la impresión psíquica enorme. Por lo menos, así lo fue para mí, que no me esperaba aquel exceso. Era inútil protestar ya. Me volvieron de espalda, me cubrieron la cara, y empecé a oír ruiditos de tijeras. Tras unos minutos el doctor Urrutia me dijo: "¿Cree usted que podemos ya comenzar, señor licenciado? ¿Ya habrá penetrado bien la anestesia?" Yo comprendí el juego. Pero soy de los que no gustan de echar a perder a nadie sus efectos: me dejo contar un cuento que ya sé, me hago el sorprendido cuando veo que quieren sorprenderme, y hasta me he dejado

decir, de cierto escritor amigo mío, que *El arte en silencio* es un libro muy importante de un poeta francés, que se llamó Rodenbach. Siguiéndole, pues, el humor, al doctor Urrutia, le contesté: "Doctor, ¡quién sabe si todavía sea muy pronto!" "¡Pues sépase usted, señor licenciado, que ya hemos acabado!", exclamó él con voz de triunfo, quitándome el lienzo de la cara. Y mi hermano Bernardo, que me acompañaba en la operación, me aseguró que, en efecto, la cosa había sido ejecutada con suma destreza y sin pérdida de sangre.

De allí me acostaron en una cama, recomendándome que no me incorporara y dejara pasar los efectos de la cocaína. Después de un largo reposo, cuando llegó la hora de volver a casa, me di cuenta de que tenía las nalgas infladas y no me entraban los calzones. Como yo, acostado, no sentía trastorno ninguno, quise incorporarme y vestirme solo, pero en cuanto levanté la cabeza, un mareo terrible me hizo caer en la cama. Me medio vistieron y me sacaron en brazos. El viaje en coche hasta casa fue una tortura. No era la operación lo grave: lo grave había sido el anestésico. Mi cuñada nunca me ha querido perdonar que, cuando me entraban a la casa en brazos sufriendo los más espantosos vértigos, la rechacé sin hacer caso de su solicitud gritando: "¡Quítate, quítate de ahí!" Y es que yo sentía que iba a vomitar de un momento a otro. Y vomité, vomité sangre. Y tuve que estar varios días en cama, dejando pasar los efectos de la famosa inyección, con fuertes dolores de cabeza. Y por muchos días me duró cierta impresión de tirantez en la rabadilla, al grado que pedí al profesor de gimnasia que me excusara de los movimientos de flexión. Y poco después tuve ocasión de conocer a un joven que andaba con muletas como resultado de una inyección semejante. Era, por más señas, pariente del escritor Mariano Silva, y entiendo que murió de las consecuencias del anestésico. Y el colmo fue cuando, en la clase de Química, oí explicar al profesor ayudante de Almaraz, don Julián Sierra, que los alcaloides se dividen en volátiles y fijos, y que los fijos, como la cocaína, se quedan durante años en el cuerpo, sin que sea fácil eliminarlos, de modo que una partícula perdida de cocaína, viajando por el organismo, puede un buen día llegar al cerebro y producir la locura. Sin em-

bargo, desde ahora declaro que mis jaquecas —de que hablaré después— son anteriores a la cocaína, y son de siempre.

## X

Y ahora toca el turno a lo que hemos llamado el ataque de peritonitis. Yo andaba ya en los 21 años, y vivía en México. Una noche, volví a casa con un dolor fijo y profundo en la "boca del estómago": un dolor fino como una aguja. Acudí a los lavados, sin ningún éxito. Un dolor inflamatorio comenzó a extenderse en torno a aquel centro fulgurante, a manera de resplandor. Ese dolor inflamatorio me causaba la impresión de un obstáculo, y me hacía vomitar. Era tan terrible la náusea, que tuve que tomar té e infusiones para tener algo que arrojar, pues de lo contrario las arcadas me sacudían en vano y parecía que quería yo echar las entrañas. El dolor subía, subía hacia el esófago como una marea, y al fin me causó como una asfixia parcial, porque sólo me dejaba respirar —digamos— dos centímetros de aire: todo lo demás, estaba inundado de dolor. Desde la cama, veía yo los originales de mi libro, *Cuestiones estéticas,* que había comenzado a sacar en limpio, y me decía con tristeza que iba a morir sin ver siquiera mi primera obra publicada. Pero el dolor se hacía insoportable, y la muerte no venía. Yo trataba de sentir sus pasos, la deseaba ya como un alivio urgente, y como me daba cuenta de que todavía mi conciencia estaba muy despierta, conjeturaba, con verdadera desesperación, que la muerte todavía iba a tardar mucho. Ya no tenía yo fuerzas a qué recurrir. Apenas me quedaba resuello. El facultativo decidió ponerme un par de inyecciones de morfina, mientras iba a consultar con un camarada, y yo me quedé dormido como un bendito. Cuando los dos médicos se me acercaron, yo abrí los ojos, me di cuenta de que mi naturaleza ya había vencido, durante el sueño piadoso de la morfina; y aunque el dolor estaba todavía allí, agazapado y amenazante, taladrándome el punto fijo del vientre, vi que ya podía respirar y dije: "Ya no me muero, doctor, ya ven-

cimos." El doctor me miró asombrado sin querer dar crédito a sus oídos. Parece que aquella reacción era imprevista. Parece, oh Molière, que según las leyes estaba mandado que yo muriera. Pero aconteció lo de siempre: aunque nunca creo haber padecido dolores más agudos, hay que confesar que el mal para ser peritonitis, fue bastante benigno, puesto que el peligro se retiró solo en algunas horas y sin dejar huellas según parece.

## XI

Madrid, año de 1915, tifoidea, cosas de la vida pobre y el agua con bacilos. El mal dura un mes, y cuando ya casi me levanto, se me ocurre afeitarme, y ese día recaigo para otro mes. Habito una casa muy húmeda y modesta. El techo es de bóvedas con viguetas de hierro. La cama es más ancha que el tramo de las viguetas. Las viguetas escurren, de tiempo en tiempo, una gotita de agua. Y es fuerza que cada tantas horas me cambien de dirección la cama, para que la humedad no se acumule en un solo punto del colchón. ¡Hay que haber pasado estos trabajos! Poco dinero en casa, y con ese poco van viviendo mi mujer, mi hijo, mi criada bretona. Yo, con una temperatura que oscilaba rabiosamente entre 35 grados y 42 grados de fiebre, vivo en éxtasis, en un estado de ecuanimidad y hasta de placer indescriptible. Ni un solo dolor —fuera de las incomodidades de los enemas diarios— y ni siquiera mi clásica jaqueca. Un gran ánimo de conversación, que hacía que mi médico se olvidara de sus deberes por el gusto de oírme. Varios amigos, que tenían la paciencia de visitarme, se divertían y pasaban buenos ratos conmigo. Yo no hacía más que conversar, sin perder la conciencia un punto. El más duro de mis deberes —mantener a mi niño metódicamente alejado de mí— lo cumplí a la letra. Se produjo en mí una efervescencia de recuerdos: todo el día evocaba cosas de mi vida pasada. Entonces, en plena enfermedad, concebí el proyecto de un libro de memorias que voy realizando muy despacio.

Después, en la convalecencia, cuando el apetito viene triunfante y los intestinos recién forrados reclaman raciones pantagruélicas; entre los gozos de este verdadero renacimiento del gusto que sucede a la tifoidea, supe con asombro que los enfermos de tifoidea, o se mueren mucho antes de los dos meses, o quedan con la mente débil y, en todo caso, padecen desmayos, enajenaciones y terribles dolores de cabeza, dolores que no se me presentaron a mí, a pesar de ser el padre de las jaquecas.

Por lo demás, parece que esta vez el mal dejó huella: no se juega impunemente con estas cosas a lo largo de 60 días. Ante todo, apresuró mi calvicie. Además, allá por el rincón izquierdo, arriba del cuadril, donde dobla el intestino grueso, el epitelio, al cicatrizar, formó un tirantito o una arruga: allí me ha quedado la sensación de un pequeño obstáculo que, en los inviernos de Europa, llegaba a ser un dolor suave. Yo le llamo mi puñalada, mi herida. Es, junto al síntoma de la nariz, el otro mal abandonado a que ofrecí referirme. No hay día que no sienta la necesidad de hacer allí un pequeño masaje; el tacto, el movimiento, me alivian. Y hasta me figuro que he hecho un descubrimiento singular.

## XII

Se sabe que, a partir de Asuero y su célebre toquecito en el trigémino, hay por el mundo muchos médicos dedicados a buscar empíricamente los reflejos del cuerpo: esos pulsos misteriosos que se encargan de mandar una orden inapelable e inmediata al organismo, y que abrevian en un segundo los efectos de un tratamiento de varios meses; algo en suma que equivale, en el orden terapéutico, a esos puntos de extremo dolor que los luchadores japoneses estudian y conocen para rendir con el mínimo de esfuerzo al adversario.

Ya he dicho que de tiempo atrás vengo practicando por instinto ese suave masaje en "mi puñalada". Yo me daba cuenta de una inmensa sensación de alivio y hasta de descarga. Sólo

hace unos cuantos días, oyendo hablar de las experiencias de un médico prospector de reflejos, he caído en que he descubierto uno de los reflejos del estómago. Cuando yo, tendido en la cama, paso los dedos por esa región del costado izquierdo (y a veces, me basta acostarme sobre el lado derecho, y poner voluntad en que la región sensibilizada se hunda un poco por su propio peso, de modo de no forzarla yo) claramente acontece una descarga que yo interpreto como un vaciarse del estómago a los intestinos; se producen los inequívocos ruidos, y generalmente hay alguna expulsión de gases. El médico que quiera prestar atención a mi tosca experiencia e investigarla con sus aprestos técnicos puede llegar a algún resultado. Por ejemplo, a evitar que el estómago conserve residuos perezosamente, residuos que dan lugar a fatigas y fermentaciones. Proceda a la prueba aplicándose ese micrófono que suelen usar en sus auscultaciones. No dudo que escuchará el torrente de residuos que fuerzan la compuerta y se escapan por los caños.

## XIII

Durante mis cinco primeros años de Madrid, alejado del servicio de mi país, viví de mi pluma. El periodismo, la filología, las cátedras llenaban mi tiempo. Alguna vez tuve que forzar un poco la máquina. La jaqueca me dio un aviso, pero yo no le hice caso, porque la jaqueca en mí es como el pastor de la fábula, que a cada rato anuncia el lobo por el solo gusto de asustarme. Me empapé la frente de colonia, me amarré un pañuelo en las sienes, y seguí ensartando palabras. Poco a poco, las cuentas se me caían de los dedos, y el hilo se me iba de las manos. Quiero decir, que me faltó la energía para continuar mis pensamientos y se me olvidaban las palabras. Paré en seco. El doctor Calandre acudió a tiempo; como un general en plena batalla: "A obedecerme, o no respondo. La fatiga es un fenómeno acelerado. Si la dejamos continuar, crecerá en progresión geométrica. Ahora, a la

cama. No hacer nada, y sobre todo, no leer ni escribir, ni hacerse leer una sola línea. Un poco de sobrealimentación. Abandonarse. Hay enemigos que se vencen sin combatir." Al cabo de un mes, era ya otro.

## XIV

La ineducación sexual ha sido uno de los males mayores de la época recién pasada. Todavía yo estudié fisiología en un texto traducido del inglés que ignoraba completa y absolutamente los órganos y las funciones de la reproducción. Verdad es que, en mi caso personal suplieron el defecto, y me defendieron de muchos peligros. En cierta medida mi afición a estudiar por mi cuenta y fuera de la escuela (fue así como hice mi cultura filosófica y literaria), mi natural moderación y poco gusto por las francachelas juveniles en los burdeles, mi misma situación familiar y social que me acostumbró pronto a vivir como a la vista del público y, sobre todo, una gran pasión amorosa que se encargó de formar mi adolescencia lejos de toda contaminación y grosería. Llegué hasta los treinta años sin un solo tropiezo, y muy contento de mi buena suerte. Y entonces, ya hombre casado, con hijo y con experiencia, en una ausencia de mi familia que se quedó en Madrid, me encontré dando unas conferencias en la Facultad de Burdeos, año de 1919 y por los días del armisticio. Y allí aprendí, en forma y con manifestaciones algo crueles, lo que nunca había aprendido hasta entonces. Recuerdo que cuando otra vez crucé la frontera rumbo a España, noté las primeras extrañezas, y poco después había una como leve película, y más tarde flujo y sangre. Comencé a curarme en Madrid con mi médico de cabecera que, tal vez por no ser especialista y también por operar en casa y sin una instalación adecuada, sólo logró —después de ponerme en cama y a dieta de leche pura— mitigar el mal, sin desterrar del todo la clásica gotita clara que es la amenaza del mal crónico.

En cuanto se dio cuenta, como yo por lo menos ya no su-

fría tanto como al principio y ya era dueño de mi cuerpo, me llevó al especialista, quien me hizo los lavados más en forma, y hasta tuvo que emplear aquel molestísimo masaje para librar la próstata. Sufrí mucho, física y moralmente. El tratamiento total duró unos tres meses. Perdí en buena parte mi glorioso chorro de otros días, y aquel sentimiento de lo intacto, de lo ileso, que tanto bien hace a la representación que cada uno tiene de su propio cuerpo. Pero en fin, quedé sano y fuerte.

Yo había oído hablar de recaídas, y de recaídas a largo plazo. Cinco años después, es decir en 1924, cuando me disponía a regresar a México, constaté otra vez cierta humedad matinal, aunque ahora muy clara y ligera. Volví con mi especialista. Después de un análisis, no quedó del todo seguro, y me dijo que lo mejor era provocar. Un par de inyecciones de plata se encargaron de atraerme un flujo abundante. Tengo la sensación de que esta vez mi especialista fue algo violento y no tuvo en cuenta mi temperamento de enfermo atenuado. El primer lavado fue tan caliente que me puso enfermo. Apareció fiebre, y con la fiebre se contuvo el flujo. A los dos días volvió la temperatura normal y el mal siguió su curso, y las curaciones fueron ya más moderadas. El mal en sí no me hizo sufrir nada esta vez, fuera de las incomodidades, tengo motivos para creer que no había infección alguna y que el especialista fue algo de prisa. Describo las cosas como pasaron, para que mi médico ideal juzgue el caso.

Yo tenía orden de embarcar. Me dieron algunas reglas y precauciones, y salí de España enfermo y enfermo llegué a México. El mar aumentó el flujo. El médico de a bordo se limitó a prestarme sus aparatos y me dejó entregado a mis fuerzas. Tras una ausencia de once años, en que mi vida literaria fue muy activa, me esperaban, en La Habana y en México, banquetes criollos y platos regionales, con los consabidos picantes y otros tormentos. Me defendí lo que pude. A los dos días de llegar a la ciudad de México, me entregué a mi paisano el doctor César Margáin, y siempre me felicitaré de ello. Contrastaba con la rudeza del especialista español la increíble suavidad del tratamiento nuevo. Margáin

parecía tomar en cuenta mi psicología y mi sistema nervioso, había inventado una modificación de los lavados que los hacía mucho más tolerables. Me aplicó los masajes, y me sometió —habiendo logrado amansar mi cuerpo— a las dilataciones con sondas cada vez mayores. Ya he dicho la serenidad con que resistí este tratamiento. Fuera del temor que me causó la primera sonda, y el levísimo dolor de la segunda, lo cierto es que no volví a sufrir nada, y aun me producía cierta impresión de alivio aquel momento en que el operador da la vuelta al largo gancho metálico para penetrar la uretra profunda. No quise yo mismo darme de alta hasta no anular todas las pruebas. De esta vez me decidí a acabar con los últimos resabios del mal. Recobré la antigua parábola de la primera juventud, la plena elasticidad del chorro. Ya han pasado siete largos años. Loado sea Margáin.

## XV

Como de costumbre, yo pasaba en Deva el verano de 1923. Sobrevino una serie de contratiempos, a que una preocupación erótica excesiva servía de fondo. Me fui poniendo en estado de sobrexcitación nerviosa. Caí en cama, sin poder definir justamente lo que tenía. Por de contado, habría jaqueca. No me acuerdo ya si hubo fiebre. Lo único de que me acuerdo es que la boca se me llenó de saliva. Esta molestísima sialorrea duró dos o tres días. Mi hermano declaró que el mar me estaba cansando; me arrancó de la cama y me hizo seguirlo en una excursión a Roncesvalles, donde no me acordé más de mis achaques, con el aire puro, la buena agua y el ejercicio, el cambio de ambiente y el olvido de mis contratiempos, la buena comida en la fonda de Burguete, las noches profundas y quietas, y toda aquella atmósfera que comienza ya a ser celeste.

## XVI

Viviendo en París, por 1926 atrapé un contagio de sarna. Atendido por un médico de experiencia, me curé con el tratamiento guerrero de las dos horas divididas en cuatro tiempos:

1/2 hora para romperme el pellejo con jabón negro.
1/2 hora para untarme de azufre.
1/2 hora para bañarme con abundante jabonadura.
1/2 hora para mitigarme las llagas con vaselina y forrarme de talco.

Y con esto acaban mis males esporádicos y empieza el relato —mucho más importante para mi médico ideal— de mis males crónicos.

# III

## TRES CARTAS Y DOS SONETOS

[*1932-1933, 1951*]

## I. CARTA A FILOMENO

*Río, 30 de julio de 1932.*

MI CARO Filomeno: Ante todo, ciertas explicaciones previas, pues hallo que a usted, como a su compatriota Emilio Roig de Leuchsenring, tengo que explicarle la técnica de las corridas de toros. No quiero que se me quede usted en ayunas, como le pasó al ex presidente don Francisco León de la Barra cuando vivía ya en París. Sucede que acertó a pasar por Madrid y visitó al conde de Romanones. Salió confuso.

—Compañero —me preguntó con su habitual afabilidad—. ¿Qué es "el gallo"?

—¡Señor! —empecé a contestarle, un tanto asombrado—. El gallo es un ave doméstica, orden de las gallináceas, sultán de las clásicas gallinas, que, según nos explica Luciano de Samosata en su diálogo de *El Sueño o el Gallo*...

—Sí, sí, ya lo sé. Pero ¿qué quiso decirme entonces el conde de Romanones?

—¿Se habrá dedicado a la avicultura?

—No, verá usted. Me contó de un estruendoso éxito que acaba de tener ante la Cámara de Diputados, y acabó diciéndome: "Salí de la suerte que ríase usted del gallo."

—¡Acabáramos! Don Francisco: no diga usted "el gallo", sino "el Gallo".

—No veo la diferencia.

—Es que usted ha dicho "el gallo", con minúscula, y yo he dicho "el Gallo", con mayúscula. El Gallo es un famoso torero que, en sus ratos felices, deja a los públicos en estado de frenesí.

—¿Un torero? Pero ¿es posible que una persona tan respetable como el conde de Romanones?... etcétera.

Pues bien, Filomeno, para que no padezca usted un desconcierto semejante, ya que en su tierra no se conocen los

Toros, voy a darle unas explicaciones indispensables al buen entendimiento de lo que "se ha de seguir".

1. Se llama "faena", el trabajo preparatorio de "pases de muleta" que hace el matador, para poner al toro en condiciones de aturdimiento y fatiga que hagan posible el tirarse sobre él y darle la estocada final. Así, se dice de tal matador que hizo una buena o una mala faena antes de matar su toro.

2. Esta "faena" no debe prolongarse indefinidamente, sino que tiene un tiempo reglamentario, al cabo del cual el "Juez de Plaza" (la autoridad municipal que preside la lidia), le manda dar al matador, con el "Alguacil", el primer aviso; a los pocos minutos, el segundo, y poco después, el tercero. Dado el tercer aviso, el matador abandona la faena y se entiende que ha fracasado, que no pudo matar al toro.

3. Entonces, para sacar al toro del coso, ruedo o pista, se abre el toril y se dejan entrar los mansos, los bueyes. Éstos, en manada, arreados por los vaqueros, envuelven al toro bravo, y se lo llevan entre ellos, otra vez, por donde ha venido. Aquí acaba la historia pública del toro, única que por el momento nos interesa.

4. Cuando el matador mata bien su toro, recibe, en premio de su destreza y arte, los siguientes testimonios de complacencia del público, que pongo aquí por orden creciente de importancia, y de menor a mayor:

I. Ovación: No necesito explicarlo.

II. Vuelta al ruedo: El diestro recorre toda la pista, recibiendo los aplausos de todas las zonas del público frente a las cuales va pasando. Generalmente, lo hace corriendo, para acabar cuanto antes el rito.

III. Si la estocada misma ha tenido gran valor, a petición del público, que lo solicita a gritos o bien agitando los pañuelos, el juez le manda dar la oreja del toro recién muerto, y el puntillero corta la oreja y se la da al matador, el cual recorre la pista al trote, mostrándola al público. Este premio, según los clásicos, no se concede a la faena, sino a la estocada misma.

IV. En casos excepcionales de acierto, se conceden *mesmo* ¡las dos orejas!

V. Todavía, si la cosa es mejor, se le otorga al matador

el rabo del toro. Entre aficionados, para hablar de un gran éxito (de un orador, etcétera), se dice por eso: "Fulano ayer cortó rabo." Esto ya casi nunca se ve, pues los públicos se han vuelto sobrios, y consideran que conceder el rabo resulta algo excesivo y cómico.*

Lo supongo a usted ya compenetrado de las anteriores nociones, y continúo adelante por la senda a que el deber y la amistad me están obligando:

Sucede que días pasados hablamos usted y yo de aquello de llegar a tiempo o de aquello de quedarse atrás en ciertas faenas y lides que no por acontecer en privado resultan menos azarosas para un hombre sensible. A veces, hasta la cosa anda entre cuernos. Y quiero, para su uso personal, arrancar aquí unas traviesas coplillas a los planteles de mi Musa, coplillas en que va escondido —como la abeja entre flores— un consejo:

Helas aquí, y usted las perdone:

Si quiero de un empellón
dar término a la faena,
los tres avisos (¡qué pena!),
los mansos (¡qué confusión!).

Mas si empiezo con el dedo
lo que de otro modo acabo,
ovación y vuelta al ruedo,
las dos orejas y el rabo.

Conque ya está usted servido, y ya ve usted que la regla de las buenas faenas, para ciertos bichos "quedados", o sea remisos y que no acometen con decisión, está toda en comenzar digitando aquel granito melindroso o gotita de azogue que tanto se escabulle bajo la yema del dedo, y al que las ingenuas de mi tierra llaman "la semillita". Y después, y sólo después de tener al bicho medio aturdido, ponerse en suerte con el estoque, y entonces clavarlo, como dice el arte, "hasta los propios rubios" y hasta empapar el puño. Que ya, en premio de tal fatiga, se encontrará usted, adentro, con aquel tropezón sabroso que no sé cómo ponderar, a poco que dé

* ¡Ahora se dan hasta las pesuñas! El público se ha echado a perder. En estos excesos se aprecia la decadencia de las artes. 1947.

usted de manos a boca (como quien dice), con aquella parte profunda y escurridiza de la entraña que algunas desdichadas llaman "tu hermano".

Para tranquilizarlo, le diré que el subterfugio digital no es perversión de nuestro siglo ni de las castas aristocráticas: esto último porque, como decía don Juan Valera, en materia de secretos eróticos cualquier gañán del campo sabe lo mismo que el Aretino; y aquello primero porque, hasta donde yo alcanzo, ya en el siglo XVI decía el sabio Luis Vives, lumbre del Renacimiento español, hablando de los nombres de los dedos en sus celebrados *Diálogos latinos,* que el dedo medio también se llama infame, y que el que quiera saber por qué, consulte a Gerardo Juanes en sus *Etimologías: Dictus est verpus, a verrendo podice: quam ob causam impudicus, et infamis vocatus est.*

Conque en eso estamos y así quedamos; y no todo ha de ser vivir y vivir para jamás contar, y salgo por una puerta y entro por otra, y todo lo demás que dicen los cuentos de las viejas.

*Vale et me ama.*

A. R.

P. S.—¿Que le agradaría conocer una autoridad más moderna? Pues asómese al *De Figuris Veneris* del erudito F. C. Forberg (1770-1848), vea lo que trae sobre la *manus officiosa* y quedará usted edificado.

## II. DOS CARTAS A FABIO

### 1

*Riojaneiro, 26 de mayo de 1933.*

MI CARO Fabio: Te estoy siguiendo en tus artículos de *El Nacional,* y echo de menos tus cartas de otros días. Tu largo silencio no puede quedar sin castigo. Helo aquí: la reciente muerte de Vargas Vila me ha hecho recordarte. No te indignes antes de oírme.

Fabio mío, yo te conocí escondido bajo una mesa de lectura, en la Biblioteca de la Escuela de Derecho, cuando cursábamos el primer año y tú llegabas apenas de Torreón. Unos cuantos muchachos, todos paisanos tuyos, te asediaban y te lanzaban libros a la cabeza, porque acababas de declararles, con un valor más fuerte que tú, que Vargas Vila era un escritor pésimo, si es que estas dos palabras pueden ponerse juntas. En ese momento entré yo. Tú apelaste a mi testimonio como a un recurso desesperado, y esta oportuna digresión dramática modificó el ambiente de la disputa, comenzó a apaciguar los ánimos, y te dio medio de escapar. Ya en la calle, me tomaste del brazo y me hablaste de aquel volumen de la Rivadeneyra, creo los *Novelistas anteriores a Cervantes,* recopilados por Buenaventura Carlos Aribau. Desde entonces fuimos amigos.

Vargas Vila despertaba en mí no sé qué desagrados o recuerdos de la última infancia, del autoerotismo, y del estéril ardor. Después, muchos años después, supe que él andaba por Madrid al mismo tiempo que yo, y que se carteaba con algún prohombre de México. Éste, para fortuna mía, en vez de emplear la Legación —donde yo estaba— como mediador de sus admiraciones literarias, escogió el Consulado General de Barcelona. Así es que no tuve nunca que tratar con

Vargas Vila, de quien me aseguraron que era un conversador menos desagradable de lo que podría suponerse, y a quien sólo una vez encontré, en la figura de un hombrecito avejentado y nada varonil, con aire y acento de yucateco. Y lo olvidé.

Volví a México, y he aquí que Vargas Vilas se apareció por allá a probar fortuna, sin duda confiando en la acogida que podría prepararle su ilustre amigo mexicano. Pero nadie quiso hacerle caso —aunque, a decir verdad, él había roto lanzas en defensa de la política mexicana de entonces— y hasta lo trataron mal los periódicos. Un autor de entrevistas juntó toda una colección de opiniones despectivas para Vargas Vila, y a mí, que ni siquiera dije esta boca es mía, me colgó yo no sé qué vagas impertinencias. Un paisano mío, en un rapto de literatura y alcohol, fue a preguntar por Vargas Vila al hotel donde éste se alojaba, y lo amenazó con pegarle en desagravio a las Musas ofendidas. Vargas Vila debe de haber salido de nuestra ciudad muy decepcionado, pero hay que decir en su honor que siguió siempre mostrándose muy amigo de México.

Pasan los años. Llego a la Embajada de Río, y me encuentro con que en esta Embajada se recibe gratuita y periódicamente, con desesperante regularidad, cierta revista de Vargas Vila llamada *Némesis,* la cual viene dirigida al "Ministro de México". Esto indica que el servicio de suscripción data de los años en que esta Embajada era todavía Legación: once años cuando menos. Aunque no te fíes de esta inferencia, porque ya sabes que la confusión de Consulado, Legación y Embajada es general. Y ésta es la historia de mis relaciones con Vargas Vila.

Pero, Fabio, donde menos se piensa salta la liebre, y yo estaba condenado a encontrarme aquí a Vargas Vila hasta en la sopa; o, para no exagerar, hasta en esos bajos fondos a los que nos conduce, a veces, un duende travieso. Verás:

Allá, cuando la revolución de 1930, que derrocó en sus postrimerías al gobierno de Washington Luis, me tocó refugiar en mi Embajada a un funcionario caído, un joven de mirada intensa, de casi epiléptica nerviosidad, moreno a lo andaluz, y que acostumbraba llevar la vida peligrosa. Él me

confesó que "ni una sola de todas *ésas* se le había escapado". Y, por este motivo, y porque la policía tiene tanto que ver con *ésas,* se establece la asociación. En cuanto el funcionario, que en efecto era de la policía, vio mis libros y supo que yo andaba en achaques de letras, me dijo con la característica cortesía brasileña que tú aprecias tanto como yo, tratándome en tercera persona y subiéndome a la excelsitud: "A Vuestra Excelencia le gustará mucho Vargas *Vilas*. . ." (Porque así lo llaman aquí, invariablemente, por oculto estímulo de concordancia gramatical.)

Yo disimulé mi sorpresa, pero luego comprendí que el nombre de este autor venía a ser como un santo y seña, y que, en ciertos ambientes, se lo usa para dar a entender que se está al tanto de las sublimidades poéticas de nuestra habla. (Y conste que sólo trato aquí de "ciertos ambientes", y para nada toco el verdadero mundo literario, tan fuerte y serio aquí como en cualquier parte.)

Al año siguiente, fue Amelinha —una irresponsable frutita de la tierra, tan pagana y tan natural, tan jugosa, mansa y besucona que hay que perdonarle todos sus embustes y aceptarla como ella es— quien, para darlas de leída en letras españolas, me dijo: "Me gustan los libros intensos. Leo mucho a Vargas *Vilas*."

Ya irás entendiendo por aquí que el mitológico colombiano hace de extracto de cantárida, de salpimienta o cosa así, y que su lectura es frecuentada por las mozas de la libreta o que están cerca de "libretarse" (otros dirían: libertarse), así como por las autoridades a quienes incumbe el registro de la galantería.

El otro año —y no temas, que con éste llego al que vivimos— fue Consuelo, una princesa todavía sin trono, que por ahora toca el piano en máquina de escribir, y esconde algo y entrega lo demás, quien me dijo que todos sus ratos de soledad (pocos, según colijo) los pasaba leyendo, y que, en español, Vargas *Vilas* era, naturalmente, el preferido.

Y lo mismo sé de algunos pollos contaminados del mal, que se daban a las drogas y a los marineros en la calle de la Candelaria, donde aconteció la trágica y misteriosa muerte de cierto joven aristócrata, destrozado por sus compañeros de

orgía en un arrebato de sadismo y en un delirio de salacidad verdaderamente vargasviliano, o digno de la periódica matanza de zánganos en cualquier panal.

Y ahora, cuando Zezé, una paulista de raíz italiana que pretende hablar en español y asegura que le gustan las curiosidades "jinesas" —que así traduce ella por "chinas"—, se empeña en demostrarme su familiaridad con el pensamiento de Hispanoamérica, me apresuro a taparle la boca haciendo que la acaricio, y exclamo:

—¡Ya lo sé, no me lo repitas tú también! Es un gran escritor si quieres. Pero, por favor, no me lo nombres ahora.

Que dejármelo nombrar en esos momentos, sería lo que aquí se llama en lengua soez y muy expresiva: *estragar a foda.*

¡Ah! También el Ministro de Educación y Salud Pública acaba de darme el pésame por la muerte de Vargas *Vilas,* añadiendo:

—Porque yo le *confieso* que poseo, leo y admiro todas sus obras.

Fabio: un rato de buen humor no le estorba a nadie, y todo lo que te digo no pasa de una inocente caricatura, aplicada sólo al más humilde aspecto de la realidad. Amo al Brasil con firme afecto, más allá, mucho más allá de "las relaciones que dichosamente unen a nuestros dos Estados".

Esto dicho, tengo la conciencia tranquila para enviarte aquel viejo abrazo que nos estamos devolviendo hace años. Tú cumplirás tus 44 en junio. Yo acabo de cumplirlos en este mayo que corre. Sé feliz.

A. R.

## 2

*Riojaneiro, 30 de junio de 1933.*

QUERIDÍSIMO Fabio: Y ahora te voy a contar lo que me pasó, para que no digas que me lo como solo. ¡Aguanta y escucha!

Con su arquería severa de dos pisos, el viejo acueducto portugués cruza la Avenida Mem de Sá y soporta sobre sus

lomos, allá arriba, el tranvía suburbano. El tranvía corre, en la noche, como una escolopendra luminosa. Un día, Le Corbusier, contemplando este espectáculo único, concibió la idea de "reurbanizar" la ciudad de Río conforme a un sistema de puentes y arcadas que saltaran de colina en colina. El barrio de Mem de Sá es lo que se dice mal frecuentado. Mal frecuentadas las ferias de desperdicios —el antiguo Volador de México, el Rastro de Madrid—, y, sin embargo, a ellas acuden los entendidos para descubrir, entre cachivaches informes, la impagable presea olvidada.

El Bar Saturno corta la esquina como un pequeño corredor con salidas a Mem de Sá y a la Lapa (otra que tal canta). Preside el ambiente de borrachería a la cerveza el busto de un célebre escritor portugués, Alejandro Herculano. ¿Cómo habrá venido a dar aquí?

Las mujeres que sirven a la feligresía son responsables de sus clientes: pagan ellas mismas, en el mostrador, las consumiciones, y luego se hacen reembolsar.

Cuando entré, Jacy, la corza mestiza, estaba cantando con un aire melancólico, al son de una musiqueta en sordina. Le hice seña, y vino a servirme el *chop* de reglamento.

—¿Te sientas conmigo?

—Me han convidado a cenar aquellos borrachos. Vendré a tomar aquí el postre.

Y cuando acabó con sus borrachos volvió junto a mí. Hablábamos en español.

—¿Argentino?

—Mexicano.

—Mi padre también era mexicano —dice acercando el rostro.

—Lo sé. Por eso he venido a conocerte.

Y he aquí que mi misión está concluida, realizada. Porque yo he venido aquí a armonizar dos pueblos, dos razas. Y ahora resulta que un humilde indio de Veracruz, el padre de Jacy, lo había ya logrado antes que yo, ¡y de qué manera, Fabio mío!

Herminio Franco llegó a Bahía, donde sus artes de músico —tocaba todos los instrumentos— lo hicieron famoso entre gente *bamba*. Allí, como el rey Salomón, se encontró con una

negra hermosa. Y tuvo hijos e hijas. Murió dejando a Jacy de tres años. Ella corrió teatros populares y otras andanzas, por todo el litoral, desde el norte hasta Porto Alegre. Se gana la vida casi desde los diez, y aún no ha llegado a los veintiuno. (No me pongas esa cara larga, que no te sigo contando.) Sirve en el bar desde las seis de la tarde hasta las dos de la madrugada, salvo los miércoles que es descanso, y de día ofrece su cuerpo.

Fina como corza, justa y ceñidita, dos manzanas en el pecho, y el anca de un dibujo irrealmente perfecto, contrastada por aquella breve ondulación del vientre tan característica de las mulatas; los pies, levemente palmípedos; la piel, toda de miel oscura y canela. Y sin aquel gesto zoológico, canino, de la negra pura o de las muy mulatas de aquí; atenuadas las anfractuosidades de las facciones por la suave mezcla del indio mexicano; la boca delgada y gustosa, aunque alargada; la naricilla palpitante; los ojos acariciadores, intensos y confiados; el pelo, no de lana crespa, sino de un vapor abombado y liso, que traza sobre su frente una diagonal perfecta y va a formarle por la nuca un penacho salvaje de cazadora de cráneos.

—¿Qué quieres?

—Viajar. Correr mundo, aunque sea sirviendo como criada.

—¿Eres tan buena como hermosa?

—Regular más bien.

—¿Me cuentas tu historia?

—Es demasiado pronto.

—Quiero verte desnuda.

—No es muy difícil. Me gustan los hombres que me tratan bien.

Y abre, por los ojos, dos grifos de dulzura hipnótica, de serpiente todavía entredormida o que se hace la boba...

(...Envolverla, bañarla, absorberla, penetrarla, apretarla, invadirla, romperla y modelarla otra vez. Andarle por los escondrijos del ser, lo mismo entre los hacecitos de los recuerdos que entre los racimos de los dedos. Despeinarla y peinarla. Hacerle chascar las coyunturas. Oírla con su guitarra, y luego hacerla danzar sin música, al son de sus pisa-

das. Pero, sobre todo, viajar mar adentro de sus ojos, navegar a lo largo de sus miradas como por un río que bordean juncos, navegar con balsa, con jangada, con canoa de patas de araña.)

—Sulamita —digo de repente.

Y ella, como si entendiera:

—Aquí estoy.

Me acompañaba Cicero Dias, pintor loco y genial. Sólo tú lo sabes. Nadie más. Tu viejo cómplice.

A. R.

## III. DOS SONETOS

### 1

### De A. R. a E. G. M.

Sin darme cuenta de lo que decía
y en un instante de atolondramiento,
le dije a una mujer que yo quería:
—¿Cuándo me brindas el gustoso asiento?

Y contestó la muy señora mía:
—¿Por quién me toma usted? —Dudé un momento;
pude rectificar la tontería,
pero no me dejó mi engreimiento.

Y se acabó un amor por un descuido.
¡Ay Enrique admirado y tan querido!
Yo intentaba decir: —Dame el reposo,

dame serenidad y confianza—.
¡No conté con el Diablo y su asechanza,
ni con que soy un tanto candoroso!

*29-IV-1951*

### 2

### De E. G. M. a A. R.*

La letra mata y el hablar traiciona;
detrás de la canción vive el engaño.

* A reserva de corrección y variantes.

Alfonso, ya lo ves: ¡error tamaño
en tu clara y helénica persona!

El freudiano deseo se arrincona
y salta al fin, para vergüenza o daño,
como lobo en las filas del rebaño
o batracio en las fuentes de Helicona.

Cuando quieres lograr "el dulce asiento",
¿por qué te extrañas de que el verbo asuma
el disfraz del oculto pensamiento?

El ambiguo favor, envuelto en bruma,
más que la rima lo pidió el intento;
más lo pidió la mano que la pluma.

*México, a 1 de mayo de 1951*

# IV

## BERKELEYANA

[*1941*]

[*1952*]



## I. ANTECEDENTES Y GENERALIDADES

1. La hazaña deportiva que voy a narrar —si yo hubiera recibido desde niño una educación adecuada, o si, por ejemplo, hubiera nacido en la vecina república del norte, de modo que los hábitos y el ambiente lo estimulasen y permitiesen— me habría ganado cuando menos, pregonada a tiempo por los periódicos, el obsequio de un flamante automóvil por parte de la casa *Buick*. Pues, ciertamente, si tal hazaña honra a mis "pilotos" —mi hijo y mi *chauffeur* Germán—, no honra menos a los fabricantes de una máquina que resultó ser segura y potentísima. Sólo al regresar nos dimos cuenta de la maravilla que habíamos realizado; sólo al regresar se apoderó de nosotros algo como un miedo retrospectivo, ante los peligros y obstáculos que habíamos vencido sin percatarnos cabalmente. Tanto en los Estados Unidos como en México se resistían a creernos, y sin embargo todo sucedió tal como aquí lo digo.

Ello es que en cuatro días con sus noches nos trasladamos desde México a Berkeley, y en igual tiempo volvimos al punto de partida, tras de permanecer unos siete días en Berkeley; de modo que el viaje redondo ocupó del 13 al 30 de mayo de 1941. El cómputo resulta aproximadamente a 1 000 kilómetros diarios. Tripulábamos un Buick Sedán de cinco asientos, modelo 1939, placa mexicana nº F. 1250. El camino, en los Estados Unidos, era desconocido para nosotros. Pero en cada puesto oficial solicitábamos el mapa de carreteras y las indicaciones precisas. No hubo, pues, lugar a errores ni desvíos.

La precipitación del viaje se explica porque yo debía encontrarme en Berkeley a fines de mayo para el objeto que se dirá, porque me fue imposible salir de México antes del día 13, y porque era indispensable que estuviera yo de regreso el 31 del propio mes, para proceder a los pagos mensuales en El Colegio de México. En efecto, yo mismo —como

presidente de la institución— debía firmar los cheques y órdenes del caso, en razón de encontrarse de viaje por Sudamérica Daniel Cosío Villegas, secretario y administrador que habitualmente se entendía con estos trámites. Repito que nunca nos hubiéramos arrojado a tan descabellada aventura (y puedo decir, con Rubén Darío, "si no caí fue porque Dios es bueno"), si llegamos a consultarlo antes con persona competente y cuerda. La ignorancia y el candor nos llevaron y nos trajeron en triunfo.

2. Sucede, pues, que el doctor Robert G. Sproul, presidente de la Universidad de California, División Norte (Berkeley) me escribió el 25 de abril de 1941, haciéndome saber que, por decisión de los regentes y a proposición del director de la Facultad, aquella Universidad había resuelto concederme el grado honorífico de *Doctor of Laws* (LL. D.), único doctorado honorífico que allí se otorga. Yo debía recibir el grado en persona, ya al celebrarse los *Commencement Exercises* de fines de mayo en la propia División Norte (Berkeley), o bien a mediados de junio, en la División Sur (Los Ángeles), o, finalmente, si yo así lo prefería, en marzo del siguiente año, 1942, con ocasión de las ceremonias del *Charter Day*. Comprendí al instante que no se trataba de premiar en mi persona méritos o cualidades propios, sino de otorgarme simbólicamente un honor más bien dirigido como un mensaje de simpatía a los estudiosos de mi país; y me creí por eso doblemente obligado a apresurar mi viaje, aprovechando la primera de las tres fechas indicadas, para así corresponder cuanto antes con mi presencia a tan señalado favor.

Cuando, en 1910, el inolvidable maestro Justo Sierra, Ministro de Instrucción Pública bajo Porfirio Díaz, inauguró nuestro nuevo régimen universitario, convidó como madrinas de la Universidad Nacional de México a la tradicional y materna Universidad de Salamanca, por obvios respetos de familia; a la Sorbona, como la más vieja Universidad del Antiguo Continente, y a la Universidad de California como la más joven del Nuevo Mundo. En aquella ocasión, el presidente de la Universidad de California, el ilustre doctor Benjamin I. Wheeler, cuyo recuerdo vive aún entre las genera-

ciones escolares de Berkeley, vino en persona a México para concurrir a los actos inaugurales. La Universidad de California pareció, pues, recordar sus lazos con la Universidad Mexicana, al honrarme —primer latinoamericano así agraciado—, con el título LL. D. Tal era para mí el sentido de esta designación. Así lo manifesté en mi primer entrevista al presidente Sproul, y también le dije: "Como ustedes deseaban que tanto honor saltara sobre mi cabeza para recaer en los universitarios mexicanos, acaso hicieron bien en escoger una persona de no muy elevada estatura." Tales fueron, pues, los antecedentes y motivos del viaje.

3. Entiéndase bien, para que yo quede en plena libertad de contar algunos rasgos pintorescos y ciertos inevitables contratiempos en mi desatentada carrera de ida y vuelta, que conservo el más vivo agradecimiento a las singulares atenciones y facilidades de que fui objeto con tal ocasión, por parte del Embajador de los Estados Unidos en México, míster Josephus Daniels y del Consulado General de aquel país en esta ciudad; de varios funcionarios del Departamento de Estado que, desde Washington, tuvieron la fineza de dictar instrucciones encaminadas a facilitar mi ingreso al país del norte; de las autoridades de frontera y los *Bureaux* de Carreteras, los cuales extremaron conmigo sus más delicadas cortesías. Inútil añadir mi gratitud para la Universidad de California (Berkeley) que, además de honrarme de manera tan especial, me dispensó la más cordial acogida. La señora Sproul y el presidente, los profesores y los estudiantes contribuyeron de mil modos a hacer grata mi estancia en aquel *campus*. La lista de mis agradecimientos sería inacabable, pues tendría yo que incluir en ella a muchas personas privadas con quienes me puse en contacto durante mi rápido viaje, y a quienes debo aquellos auxilios indispensables en una travesía de automóvil a la vez tan larga y tan presurosa.

4. Como lo he adelantado, empleé diecisiete días en el viaje redondo (noche del 13 de mayo a tarde del 30 de mayo, 1941). Escogí la ruta que va de la ciudad de México a Laredo (Texas), y de ahí continué a Eagle Pass, El Paso, Phoe-

nix, Los Ángeles, San Francisco y Berkeley, habiendo logrado realizar este recorrido a través de media República Mexicana y de los estados de Texas, Nuevo México, Arizona y California en sólo cuatro días y medio a la ida y otro tanto a la vuelta, tras de permanecer en Berkeley del 18 de mayo en la tarde al 25 de mayo por la mañana. Tuve, así, oportunidad, de disfrutar los más espléndidos espectáculos naturales y el trato sencillo y fraternal de la gente en el país vecino, por las carreteras, los hoteles y los campamentos de turismo; comprobé la excelencia y facilidad de las vías de comunicación, las cualidades de mi Buick y la buena contextura de mis neumáticos mexicanos. Mi modesto alarde deportivo —que para mí, en el recuerdo, se va agigantando con los años— hubiera sido de todo punto imposible si no hubieran funcionado con la mayor regularidad, y a veces con militar exactitud, todos los elementos mecánicos y humanos de relación entre nuestros dos países. Mi *chauffeur* Germán era lo que en términos de oficio acostumbran llamar un "as del volante", además de un consumado mecánico. Pero no se quedó atrás mi hijo, que reveló una resistencia increíble, un puño firmísimo y una exacta regulación nerviosa durante los largos trechos que tomó el carro por su cuenta, a pesar de que lo afligían por veces ciertos dolores reumáticos que llegarían a ser graves, y de que sólo lo salvó al fin una dolorosa operación renal, practicada más tarde por nuestro excelente amigo y gran cirujano el doctor Aquilino Villanueva.

Conservo inolvidables recuerdos de la audaz carretera que traspone la sierra de Hidalgo (la cual después había yo de cruzar varias veces en visitas a Monterrey), y que recorrimos entonces a la luz de la luna; de aquellos desiertos septentrionales llenos de intenso y varonil encanto; de los perfumados campos de Arizona que lucían las galas primaverales; de Coolidge Dam que atravesé a la hora del crepúsculo; de la caprichosa zona montuosa que ocupa la región minera entre Miami y Superior; de los paradisiacos parajes californianos; del admirable puente de San Francisco, que cruzamos entre un arrobamiento de sol y agua, casi fantástico e irreal. En el término me esperaba la graciosa ciudad de Berkeley, con su reposado ambiente de jardines y parques, y de labo-

riosidad juvenil, donde sobresale el campanile de la Universidad como un índice siempre alerta.

Pero, antes de saludar a Berkeley, desmenucemos estos recuerdos que acabo de evocar en conjunto, y veamos, casi en las notas de mi diario, cómo se desarrolló la primera parte del viaje, o sea la jornada ascendente.

## II. LA JORNADA ASCENDENTE

5. El 13 de mayo de 1941 carecía yo aún de noticias sobre el día exacto en que se me conferiría el grado en Berkeley, pero sabía de sobra que apenas quedaba tiempo para realizar mi viaje de ida y vuelta, dentro de las fechas extremas. Habíamos proyectado salir de casa a la mañana siguiente. Pero mi inquietud iba en aumento, y al fin, como todo estaba dispuesto, salimos de la Avenida Industria a las 8:15 de la noche. Cargamos 50 litros en el puesto de Miravalle. Corto circuito causado por el tapón de aceite. Nueva carga de 50 litros en Ixmiquilpan. La sierra bañada en luna. Germán y mi hijo se alternan al volante: aquél, hasta el kilómetro 328; éste, de ahí a Ciudad Valles. A las 4 a.m. del día 14, en Ciudad Valles, 52 litros de gasolina y 2 de aceite. Maneja Germán hasta Ciudad Victoria (708 kms.), donde llegamos a las 7 a.m. y descansamos en el Hotel Sierra Gorda. Baño y desayuno. Averiguo la penosa muerte de Francisco Benítez, mi paisano y amigo de la infancia, hermano de José Benítez. Salimos de Ciudad Victoria a las 10 a.m., alternando tez. Hacia mediodía cruzamos por Monterrey sin detenernos más que para saludar a mis hermanas María y Amalia y sus familias, y enviar un recado al doctor Livas, Director de Educación Superior. Continuamos, suprimiendo el almuerzo de mediodía, y llegamos a Laredo (México) como a las 4 p.m. Cruzamos la frontera y dormimos en Laredo (Texas), Hotel Plaza.

6. El día 15 de mayo desayunamos con José Montemayor hijo, antiguo amigo de la familia, agente de aduana en la

frontera. Tras de revisar y arreglar el auto (el condensador del radio hacía tierra y se había quemado), proseguimos el viaje a las 10 de la mañana, entre los augurios pesimistas de todos, que nos aseguran no podremos llegar a Berkeley en lo que falta del mes. En la primer parada, un nativo de Ciudad Victoria, conocedor de la región, nos aconseja un pequeño desvío en la ruta marcada por las autoridades de Laredo, para ahorrar camino: de Carrizo Springs seguiremos a Eagle Pass y a Del Río, en vez de hacer la línea quebrada subiendo por el norte a Uvalde y de allí a Del Río. En Marathon cambiamos una cámara pinchada y, suprimiendo nuevamente el almuerzo, vamos a cenar a Van Horn hacia las 10 de la noche. La sirvienta tenía mucha prisa por irse al cine. Nos hartamos de refrescos por los desiertos de Texas. Pasando, pues, de Carrizo a Eagle Pass, en vez de subir a Uvalde, llegamos a El Paso después de las 12:30 de la noche, hora local (o las 0.30 del día 16, como dirían los técnicos) o sea una hora menos que en México. En El Paso tuvimos un instante la tentación de comprar un *trailer*. Por suerte no lo hicimos.

Al correr por la magnífica y anchurosa carretera, solíamos, a la manera mexicana, pedir el paso con el *claxon*. El conductor del auto que dejábamos atrás nos miraba, extrañado, y a veces nos hacía ademanes que sin duda eran de interrogación y nosotros interpretábamos como señal de disgusto, aplicando siempre nuestra psicología y malos hábitos nacionales. Estas señas llegaron a ser desesperadas en el caso de un viejo que conducía su automóvil a apreciable velocidad. Nos reímos y comentamos: "Es un antiguo campeón universitario, fue un notable *Alpha-Beta-Gamma* o cosa parecida en el club de su *Alma Mater*, allá en los días de su juventud, y todavía le da rabia que alguien lo deje atrás." Al fin comprendimos que, a diferencia de lo que sucede entre nosotros, en esas carreteras no hace falta pedir el paso, se lo dan a uno espontáneamente en cuanto lo ven acercarse por el espejo, y los ademanes, en efecto, eran preguntas solícitas que venían a decir: "¿Por qué bocinan ustedes? ¿Les pasa algo? ¿Se les ofrece algo?" Pernoctamos en *Del Camino Courts*. El 16, retocamos y examinamos ruedas (baleros y

tazas), balatas, caja de velocidades, etcétera. Tras de desayunar en un restaurente cercano, continuamos la ruta.

7. Salimos, pues, de Texas, el día 16 de mayo —un viernes por más señas— y entramos en Nuevo México, y de ahí, en Arizona y su hermosa comarca. Este día fue accidentado.

En pleno desierto se rompió la banda del ventilador. El motor echaba humo. En un rancho que encontramos al paso, el jardinero, que regaba sus surcos con una manguera, se negó terminantemente a darnos un poco de agua. Llegamos como pudimos a Enchanted Valley (Nuevo México). "¡Que aparezca otra banda!", gritó Germán, y —como era propio de un Valle Encantado— en ese mismo instante mi hijo descubrió por el suelo otra vieja banda que arreglamos de cualquier modo y nos permitió continuar hasta la próxima estación de gasolina, donde reparamos el desperfecto.

8. A la caída de la tarde, ya estábamos en Coolidge Dam. En la estación de gasolina, plena montaña, nos despachó una jovencita coqueta y linda, que, por sus estudios escolares, tenía noticias de México y no se cansaba de hacernos preguntas. Penetramos en el distrito minero de Miami y, por un singular y dantesco embudo de montaña, bajamos hasta el purgatorio de Superior, lleno de mexicanos y semimexicanos, cuando ya había caído la noche. Cenamos donde pudimos, pues, como de costumbre, veníamos haciendo sólo dos comidas y nos apremiaba el hambre. Paramos, pues, en un fonducho de mal aire, donde todos hablaban un español aproximado y donde las mujeres, desde el fondo de la sala, guarecidas por los armarios del bar y reflejadas en un espejo alto y convenientemente inclinado, nos hacían señas. Sentados a la puerta, tuvimos la pena de ver pasar, arrastrado por un remolcador, el auto de un oficial norteamericano que varias veces había intentado ganarnos la delantera, a lo largo de los desiertos. Continuamos; pasamos la ciudad de Phoenix, que nos pareció inacabable, y a la madrugada tocamos la línea de California.

9. Tras una inspección, como la que habíamos pasado ya en algún otro sitio, una inspección en un puente, donde el guar-

dia, amablemente, nos habló casi en español y nos ofreció agua helada, que buena falta nos hacía, entramos por California, a las 2½ de la mañana, hora local (dos menos que en México). Aún teníamos por delante otro desierto, pero menos angustioso que los anteriores. En aquéllos, el calor había sido tan extremado que varias veces abrimos la cubierta del motor por ambos lados, a objeto de ventilarlo un poco.

Habíamos venido por el camino esperando el feliz instante en que una chica, alzando graciosamente la falda para dejar ver sus encantos y haciendo ese ademán del pulgar que suele verse en el cine, nos pidiera transporte, nos pidiera *carona* —como dicen los brasileños—, pero el único que nos paró, solicitando que lo acarreáramos de un pueblo a otro, fue un pobre muchacho flaco y huesudo que apenas cabía en el auto, que trabajaba en los *caterpillars* de los sembrados vecinos, que no sabía bien a dónde iba y que se las arregló para pisotear cuantos sombreros y prendas de vestir llevábamos por ahí tirados en el piso del carro.

El calor y la fatiga de los desiertos habían sido agobiadores. Hacía, como dicen en España, un "sol de justicia". Pero la experiencia valía la pena, siquiera por disfrutar las auroras y los ocasos, los espejismos de la lejanía, caldeada al sol y que ponía el aire tembloroso, los ensanches del espacio que parecen confortar el alma y son todavía más generosos que en la pampa argentina; al menos por la región de Tandil, única que conocí de veras, donde las ondulaciones del suelo cortan la vista a trechos (consúltese *La pampa, promesa,* de Ortega y Gasset). Los ejércitos de cactáceas, nopales, órganos y otros engendros vegetales de la sed de la tierra, aunque nunca tan agresivos como en el trecho de Monterrey a Laredo, son un espectáculo fantástico. De tiempo en tiempo, un refugio perdido, una suerte de campamento, diminuta mancha humana con pujos de museo piel-roja. Y luego, otra vez, como en el potosino campo de Othón, "el desierto, el desierto y el desierto".

California, en cambio, se anuncia por el revuelo de chiquillas con cestos de frutas. De noche, caímos en una verdadera ilusión de magia árabe. Sedientos y cansados (¡oh *rothbear* inolvidable y piadosa, menjurje de zanahoria que tantas

veces me supo a ambrosía y a néctar!), dimos de repente con un café, al lado del camino, en forma de rotonda abierta generosamente a todos los rumbos, de donde salían unas muchachas vestidas como de *ballet,* túnicas mínimas y las piernas al aire, y nos servían en el mismo auto cosas relucientes, burbujeantes, heladas, oro líquido, plata fluida y fría, ¡qué sé yo! Al regreso pasamos de nuevo por ese sitio; pero era de día, la rotonda estaba oscura y cerrada, de aquel fuego sólo quedaban las cenizas, se había disipado el prestigio y apenas se veían los útiles de guardarropía usados por el ilusionista, por el raro encantador que días atrás quiso deleitarnos con sus engaños.

10. Estamos ya en el 17 de mayo. Rendimos la primera etapa de California en Blythe, *Green Lantern Courts,* donde nos recibe una preciosa viejecita cuya familia ha estado en México. Dormimos hasta las 8:15 a.m. Obsequio a Germán un *slack* azul. Seguimos el viaje hacia las 10 de la mañana. Vuelve a calentarse el auto por falta de aceite. En el puesto de gasolina, como el agua del carro hervía, Germán se quema el brazo y la cara al sacar el tapón. El tapón es arrojado a distancia por el chorro de vapor y agua, y lo perdemos definitivamente. El hombre que nos despachaba en el puesto contempla la escena con una completa indiferencia, como si se tratara de animales y no de hombres; menos aún, de objetos.

Los hombres del campo, grandes manuales, son almas en rudimento. A veces no hablan siquiera inglés, sino una docena de frases hechas.

A las 4 p.m., en el precioso Riverside, el pueblo celebraba su aniversario y la memoria del misionero español que lo fundó (la Misión de Ansa). Todos andaban a caballo, vestidos de "californianos de cine", con sombreros de cintajos y trajes de borlitas. Pasamos Los Ángeles con cierta dificultad, por los enredos y desvíos provisionales que había en las calles. Nadie quiere recibirme cheques del American Express Company. En los hoteles, me pedían en cambio que pasáramos allí por lo menos una noche: ¡imposible! Los bancos ya estaban cerrados, eran las 5:30 p.m. del sábado. Un cambis-

ta, a quien pedí el servicio, me dijo frescamente que me dirigiera al manicomio.

Después averigüé que acababan de darse ciertas falsificaciones, y el comercio estaba alarmado. Nuestro aire de viajeros a medio vestir y de gente extraña no era para inspirar confianza. Seguimos de frente por Hollywood, con mucha inquietud, pues yo llevaba ya todos mis fondos en los cheques de viajero, y la gasolina pronto podía acabársenos. Nos detuvimos en una posada de italianos, que, por ser fin de semana, habían guardado en el banco todas sus ganancias y no podían cambiarnos los cheques. La vieja italiana, compadecida, me ofrecía diez dólares prestados, que naturalmente no acepté. En un hotelito de Ventura resolvimos finalmente el problema. Conté mi historia a una vieja rojiza que estaba en la caja y tenía aire de cólera bíblica. Se puso aún más encendida, y creí que me iba a enviar a la cárcel. Para sorpresa mía, exclamó: "Señor, me da mucha vergüenza que suceda esto en mi país con un viajero de otras tierras. Déme sus cheques, y ahí tiene usted el dinero que necesita." Poco después, cenamos, a la hora aproximada en que yo cumplía mis 52 años: a las 8 p.m.

A medianoche, entrábamos en la linda posada de Andersen's, *The Valley Inn*, Buelleton, California, no lejos de Santa Inés. Se encendieron de golpe todas las luces para recibirnos. Se nos trató a cuerpo de rey. Descansamos de los contratiempos, nos dieron de cenar unos guisantes deliciosos, especialidad de la casa (*Split pea soup:* 100 mil platos al año).

11. Se preparaba un rodeo en Santa Inés, y todos nos convidaban a presenciarlo. No podíamos detenernos. Salimos de *The Valley Inn* el domingo 18 de mayo por la mañana.

Desde que entramos en California, nos ha llamado la atención ver, en la calle, el letrero de los "lectores místicos" o adivinadores psíquicos; y a la entrada de las poblaciones, nos han encantado los dátiles helados y las bebidas refrescantes. Un anuncio muy oportuno de los ferrocarriles muestra a un señor recostado cómodamente en el asiento del

*pullman* y servido por el *porter* negro. El letrero dice: "La próxima vez, deje su auto y venga en tren."

Hacia las 5 p.m. entramos en San Francisco, ciudad decididamente simpática. Pasamos el puente en estado de alta emoción, y oyendo por la radio el himno californiano.

12. No se queden en el tintero ciertas amenidades técnicas del camino, como por ejemplo ese trozo de carretera recta, medido a doble decímetro, donde un letrero previene al conductor de cómo debe "cronometrar" su auto y registrar el estado de su "speedómetro": verdadera pista de ensayo. Otras veces, también en los trozos rectos, aparece una cuneta de tiempo en tiempo, previamente anunciada con bastante antelación para que reduzca uno su velocidad: el objeto es evitar que, en la recta, el conductor se entregue a la inercia de la aceleración creciente y llegue a perder la mesura y el gobierno de su motor. Alguna vez faltó el previo aviso y dimos un salto estupendo. Dispuestos a encontrarlo todo divertido, resolvimos que aquella era la "cuneta-sorpresa", y que nuestro comentario le haría mucha gracia a cualquiera de nuestros "primos", gente por lo general bonachona y dispuesta al fácil humorismo.

También nos hacía reír el exceso de avisos, que después de todo era efecto de la más sana y recomendable cautela. Cuando el tajo del camino era de tierra floja, nunca dejaba de advertirlo algún anuncio, sin duda para evitar las sorpresas de los posibles desmoronamientos que podían rodar piedras y terrones sobre la pista. Pero nosotros, mexicanos valientes, lo encontrábamos naturalmente risible y decíamos: "Aquí hay un letrero que avisa el paso de un gusano."

## III. ESTANCIA EN BERKELEY

13. ¡Berkeley, al fin! 6 p.m. hora local. Comienza la segunda parte del relato, o sea la estancia en Berkeley. Orientados por el campanile de la Universidad, buscamos algún

hotel cercano al *campus,* y damos con el horrible y maloliente Carlton (en todas partes cuecen habas), de donde huimos espantados, para caer en el puritano Hotel Durant, de viejas solteras y viudas pensionadas. Nos reciben, sí, aunque con manifiesto recelo. Después he comprendido: Germán tiene aire de "pachuco", y usa unos pantalones de medio talle que casi le salen del pecho, al modo de esa triste casta de los Estados Unidos.

Deshago mi maleta. Descubro con alarma y escándalo que, aparte del *slack* con que he hecho el viaje, sólo traigo un *smoking* completo y un traje gris ¡sin pantalones! Estoy por regresar a México, pero ya he notificado por teléfono mi llegada al presidente Sproul, quien me ha citado para la mañana siguiente. Mi hijo está afligido de sus reumas, que se han exacerbado en el viaje. Para colmo, averiguo que la ceremonia universitaria a la que he de asistir ¡sólo tendrá lugar el día 24! ¡Haberlo sabido!

14. El lunes 19 de mayo me echo a la calle muy de mañana en busca de un traje, para poder presentarme a la Universidad. Desconozco la ciudad, y mi talla es sencillamente extravagante para las tallas *standard* de los Estados Unidos. Fracaso en dos o tres tiendas. Llego a una fábrica de trajes, Roos Bros., firma conocida en varias ciudades del país, a tiempo que está abriendo las cortinas de hierro un joven afable y diligente. Todo él respira un aire de *Manual del vendedor perfecto.* Estoy seguro de que, en el código o guía de su oficio, acaba de leer algún precepto que dice: "Sonría a su primer cliente, déle gusto a toda costa, y tendrá un día próspero." Lo cierto es que movió cielo y tierra, y salí de allí una hora después vestido con un traje nuevo y, a fe mía, bastante presentable. ¡Grandes suspiros de alivio y satisfacción!

A la hora de la cita, elegantemente trajeado, llamaba yo a la puerta del presidente Sproul. Resulta que él me había enviado una carta con la fecha exacta y demás detalles e instrucciones para la ceremonia, pero su carta ya no pudo alcanzarme.

Hablo por teléfono al profesor Sylvanus Griswold Morley, hispanista eminente y amigo mío desde los días de Madrid

(¿1920?). Torres-Rioseco, ausente. Entre los estudiantes que me saludan, y que hablan español a la perfección, hay discípulos suyos. El historiador Herbert I. Priestley, catedrático de historia de México y director de la Biblioteca Bancroft —depósito de verdaderos tesoros que interesan a la tradición común de México y los Estados Unidos en esta zona occidental— será mi heraldo, y quien me acompañe en la ceremonia del grado. Por lo pronto, nos llevó a almorzar al Club de la Facultad, donde me presentó con varias personalidades universitarias: entre otras, los historiadores H. E. Bolton (veterano ilustre), F. L. Paxton y R. J. Kerner, y Luna, el joven profesor mexicano. No pudieron, me explicaron, alojarme en la International House, y naturalmente yo me alegro, pues estoy viejo para la vida en comunidades. Por la tarde, especialmente invitado por el doctor Priestley, concurrí como sinodal al examen del joven Philip Wayne Powell (Ph. D.) cuya tesis versaba sobre *Military Administration of the Chichimeca Warfare in New Spain, 1550-1595,* donde tuve ocasión de apreciar el interés que aquí se concede a la historia mexicana. De noche, en el cine, oigo a alguien, en el público, aplaudir las manifestaciones "aislacionistas" de Lindberg, cuando ya el país respira guerra y ya por las carreteras hemos cruzado destacamentos militares que se trasladan de un sitio a otro con actividad manifiesta.

15. El martes, 20 de mayo, Priestley y Morley nos llevan a almorzar en la *Fish Grote,* un restaurante famoso con lamentables vistas sobre líneas férreas, montones de "chatarra" y vagones, y ese triste ambiente de estación, orilla por donde las ciudades se deshacen. Las especialidades de la casa: el excelente pescado, y otra, realmente paradójica: el no dar postre. Cerveza nada comparable a la que gozamos en México. Paseo por Richmond y Albany, lugares poco atractivos.

Por la noche, el profesor Kerner, que sucede al ya jubilado profesor Bolton en Ciencias Sociales y desempeña una cátedra de historia centro-europea, hombre condecorado y protocolar, nos lleva a cenar al *Bohemian Club,* de San Francisco. El Club, centro de indudable interés social, es ostentoso y rico, mucho más *pompier* que bohemio, cargado y recargado

de objetos artísticos mediocres y malos. Al inscribirme a la entrada, tengo la pena de comprobar que el profesor Kerner me había tomado por el Embajador de México en Washington, al tener noticia tal vez de mi grado de embajador, aunque en retiro.

16. El miércoles 21 de mayo, el doctor Morley nos lleva en su auto a la Universidad de Stanford, linda y graciosa, con aire entre rústico y religioso, y sus grandes corredores y arcos de hacienda. Saludamos al presidente R. L. Wilbur y, entre otros, al amable historiador de la literatura hispanoamericana Alfred Coester, a quien sólo conocía por correspondencia (y que, en su obra, me confunde con la generación poética de los modernistas, Nervo, Tablada, etcétera, que tantos lustros me llevan), así como a mis antiguos amigos el filólogo y folklorista Aurelio Macedonia Espinosa (conocido mío desde Madrid, tiempos del Centro de Estudios Históricos) y el historiador P. A. Martin, autor del *Who's Who in Latin America,* con quien yo correspondía de años atrás y a quien encontré por 1926 en un congreso histórico de Buenos Aires, donde tuve con él un cambio de públicas cortesías, por haber él declarado abiertamente que la invasión norteamericana en México, año de 1847, no enorgullecía a ninguno de sus compatriotas conscientes y honrados. El doctor Martin, con un despejo de propietario, nos hizo conocer las dependencias de la Universidad: capilla, biblioteca, los dos teatros, la Torre Hoover (consagrada a la colección de publicaciones sobre la guerra de 1914-1918), los tres bustos de la familia Hoover —los fundadores de la Universidad—, que no dejan de atraer las burlas de los escolares, quienes suelen llamar al grupo "la Santísima Trinidad".

Almorzamos en la misma Universidad, a invitación de Martin. Después, él tuvo la ocurrencia de "imponerme un tributo", como él mismo dijo: me convidó a su seminario sobre la Intervención Francesa en México, donde yo tuve ocasión de exponer a los estudiantes ciertas ideas: 1) Les transmití recuerdos que conservo por tradición familiar, puesto que mi padre fue militar desde aquella época y ganó en aquellas campañas liberales sus primeros grados; cómo los ca-

ballos franceses se desbocaban, por ser de freno duro, y entregaban prisioneros a los jinetes; cómo los caballos mexicanos sustraídos por los franceses mordían el freno y volvían a su querencia, trayendo también, a cuestas, su cautivo; cómo las guerrillas mexicanas, con su movilidad de floretes, desconcertaban a las tropas napoleónicas; cómo un francés decidió pasarse a las filas mexicanas para "luchar por la libertad", y a poco se arrepentía y lamentaba de no tener zapatos ni comida, y puntuaba sus lamentaciones con esta queja: "Muchas gacias, muchas gacias, libegtad!" 2) Les dije que el pueblo mexicano nunca consideró aquella lucha como una guerra contra el pueblo francés, sino contra los ejércitos profesionales de las dinastías europeas, de suerte que no se produjo animadversión, no digamos hacia Francia, ni siquiera hacia los oficiales franceses. Muchos de ellos se volvieron mexicanos y se casaron en México, así como la rauda incursión de las armas francesas dejó ciertos rasgos en nuestras costumbres o en nuestra lengua: el *versa* que servía el café —*verser*— todavía en los restaurantes porfirianos, y de que Luis Urbina me contaba como un recuerdo de su juventud; el término *mariachi* para la murga de los festejos familiares, y que todos convienen en derivar de la palabra *mariage.* 3) Finalmente, procuré hacer ver a los estudiantes de Martin cómo la política de fraternidad y solidaridad continental entre los pueblos de América no databa de los recientes pactos de cooperación y mutua defensa, ni de la "política del buen vecino", y ni siquiera de la Unión Panamericana (1888). No se trata aquí —les dije— de una invención oficial, sino de un sentimiento antiguo y espontáneo ante las amenazas imperiales del Viejo Mundo. Así como entonces se conmovió la América Hispana, al punto que en la Argentina hay pueblos con el nombre de Juárez el libertador mexicano, y en Chile se crearon clubes políticos y sociedades y se enviaron a México voluntarios y dinero para ayudarle en su defensa, así también los Estados Unidos, en saliendo de su Guerra de Secesión, se pusieron en guardia e hicieron un ademán protector de las libertades continentales. Esta actitud es generosa, pero estaba asimismo dictada por un claro entendimiento del propio interés entre los pueblos americanos.

Días después, ya de regreso a México, para completar mi charla con sus estudiantes, envié al profesor Martin la copia de una curiosa carta del futuro Tigre Clemenceau, cuando, muy joven aún y reñido con su familia, escribía a París desde Nueva York condenando con iracundia la invasión napoleónica y expresando sin reservas su simpatía para México. Desgraciadamente —aunque me apresuré a rectificar— el profesor Martin no entendió bien mi frase española: "el joven Clemenceau", y creyó que se trataba de algún *Clemenceau Junior,* lo cual era francamente absurdo por las fechas y, además, no hubiera tenido interés alguno.

Por la tarde, a las 6 p.m., Morley nos lleva a la Cliff House donde cenamos frente al mar, a la vista de los pelícanos y de las focas que son la atracción de la casa.

17. El jueves 22 de mayo paseamos por Berkeley. De noche cenamos en casa de Morley con el profesor Priestley, el anciano Bolton, el mexicano Luna, varios catedráticos españoles, ecuatorianos, etcétera. Allí tengo el gusto de encontrarme con el norteamericano que mejor habla español, el simpático y viejo cervantista doctor Schevill. La conversación es animada, salvo cuando Bolton empieza a contar insignificancias de archivólogo. "Nosotros —me dice Priestley con melancolía— no sabemos ya ni conversar. Compare usted la charla de los hispanos y la nuestra."

Sólo mucho después caigo en la cuenta de que no he llegado a saber de Erasmo Buceta, que debe de andar por aquí y que acaso no quiso verme porque ha tomado muy por lo serio el franquismo y la hispanidad de hojalata. Sólo mucho después caigo en que Morley me habló de él muy discretamente, diciéndome, creo, que era el más consumado lector de literatura española que había en el mundo... Acaso Morley quiso sondearme y juzgar, por mi reacción, si me sería grato ver a Buceta, y yo no me percaté, porque verdaderamente yo había olvidado que Buceta era catedrático en California. Siento no haberlo encontrado. Su actitud ante la política española no era motivo para esquivarlo, como no lo fue en el caso de Espinosa. Conocí a Buceta muy joven en Madrid. Era muy amigo de mi fraternal Antonio G. Solalinde, y yo

lo consideraba con estimación y simpatía, aunque poco después, cuando él ya había venido a Norteamérica, descubrí casualmente que mis sentimientos no eran del todo correspondidos. Un día Solalinde me pasó descuidadamente una carta de Buceta que, entre cosas, y al preguntarle por los compañeros del Centro de Estudios Históricos, le decía: "¿Y Reyes? Ése sí que no me parecía muy *fuerte*." Hoy, tras el tiempo y las pruebas a que podemos remitirnos, esa frase da risa. En aquel momento, a mí no me molestó para nada. Ante todo, porque yo comprendí el esfuerzo de benevolencia que escondía ese vago eufemismo; después, porque ya entonces, aunque eran los tiempos de mi mayor pobreza y lucha en Madrid, yo sabía bien el grado de fuerza que podía alcanzar y cómo andaba en la comparación y medida con otros; y además, porque me parecía muy natural que un muchacho aún sin experiencia, hasta poco antes recluido en su mundillo madrileño y su Residencia de Estudiantes, no entendiera a un hombre como yo, caído de otro planeta, de muy distinta extracción y formación. La precocidad de mis experiencias y sufrimientos —de que mis camaradas madrileños no tenían ni la menor noticia— y aun mi índole de mexicano, me permitían ya considerar como menores de edad a muchos de ellos. La apreciación de Buceta no me afectaba. Seguí y sigo todavía sintiéndome su amigo. Lo averiguará si llega a leer estas líneas.

18. El viernes 23 de mayo decidimos ir solos a San Francisco y visitamos al señor Escalona, Cónsul de México. Le preguntamos dónde podía comprar mi hijo una camisa, y tuvo la fineza de ponernos en manos de alguno de sus subordinados para que nos llevara a una tienda. Este joven, un perfecto imbécil, ignoraba absolutamente con quién trataba y asumió la grotesca actitud de un elegante de gran ciudad obligado a soportar durante unos instantes la compañía de unos campesinos. Pero, en suma, nos prestó el servicio que de él requeríamos, y después se reintegró en la nada.

De tarde, el Hotel Durant nos comunica que no puede reservarnos el alojamiento por un día más, en vista de compromisos anteriores, y la misma administración nos arregla el

traslado al precioso Claremont Hotel, en las faldas de la colina, magnífico sitio con vistas a la Golden Gate y a toda la bahía de San Francisco, que lamentamos no haber disfrutado desde el primer instante.

Por la noche, la cena ritual en casa del presidente Sproul y su señora, con los futuros doctorandos, menos el almirante H. E. Yarnell, que aún no había podido llegar. Entre estos personajes, tuve el agrado de encontrar al Ministro de China en Washington, al doctor Ch. A. Palache, mineralogista, de la Universidad de Harvard; al doctor W. L. Jepson, botánico, de la Universidad de California; al doctor A. L. Loomis, físico-químico, director de los Laboratorios Loomis (Tuxedo Park, Nueva York).

19. El sábado 24 de mayo es el día de la gran ceremonia. Almorzamos en el Glade o cañada, donde fue *toastmaster* mister Charles S. Wheeler, presidente de la California Alumni Association. En el grande estadio universario, ante 40 000 personas, se presentaron 4 117 estudiantes. Los cinco doctorandos recibimos solemnemente nuestras insignias y diplomas de LL. D.; yo, asistido por el doctor Priestley. Escuché con emoción las palabras del presidente Sproul, llenas de simpatía y comprensión para México. Durante el acto, y como yo manifestase a Priestley mi admiración ante aquel numeroso grupo de estudiantes, otra vez se revela la melancolía de este hombre: "Pero éstos no son como los estudiantes de su tierra —dice—. Éstos nada más han venido aquí para después obtener un *job.*" Supe meses después que el historiador Priestley se había visto envuelto, años atrás, en no sé qué manifestaciones contra México, por seguir la política petrolera de Doheney.

El amigo Morley nos tomó a Bolton y a mí una buena fotografía a colores, en las gradas del estadio. Bolton luce su magnífica toga canadiense, roja y blanca, y yo la toga negra de mi nuevo grado. Morley me envió a México la fotografía, y yo le correspondí con la décima que he publicado en *Cortesía*, p. 302 y que está firmada en 17 de junio de 1941:

Llega, Silvano, hasta mí
la imagen de los Doctores:

cuervo y faisán los colores,
ébano, armiño y rubí.
Ya tengo, gracias a ti
—para vivir advertido—
el parangón desmedido
del sabio y del mentecato,
que es un consejo el retrato,
no un "engaño colorido".

Después de la ceremonia, una familia mexicana cuyo nombre siento haber perdido se acercó a saludarme. La ceremonia, en total, duró de las 11½ a.m. a las 5 p.m.

Durante mi permanencia en Berkeley recibí amables invitaciones del *campus* universitario de Los Ángeles y de los buenos amigos de la Unión Panamericana, desde Washington, para que pasara a visitarlos; pero mis obligaciones me impedían retardar el regreso a México.

Para agradecer a Sylvanus G. Morley sus muchas atenciones, el 25 de mayo, y a punto de salir de Berkeley, le envié esta décima que también he recogido en *Cortesía,* p. 301:

Sólo en el nombre Silvano;
en el perfil, don Quijote,
¡qué bien le acomoda el mote:
Quijote Californiano!
Otro no vi más urbano,
más sabio ni más cortés;
que, al recordarlo después,
no se le alcanza la edad,
pues en breves horas es
Matusalén de bondad.

## IV. LA JORNADA DESCENDENTE

20. EL DOMINGO 25 de mayo hacemos las maletas a las 6:30 de la mañana. Bien hubiéramos querido regresar por Yosemite y el Gran Cañón, pero esto nos obligaría a un rodeo, y mi tiempo era limitado. Retornamos, pues, por la misma ruta. Salimos de Berkeley a las 9 a.m. Cruzamos por San

Francisco. Almorzamos en King City (California) a la 1 p.m. Llegamos por Santa Mónica a Los Ángeles, y a las 9½ p.m., tras un recorrido de más de 600 kms., paramos en el Hotel Plaza, Hollywood, Vine St. Cenamos en el Hollywood Boulevard, donde nos tomaron por pobres extras del cine y nos sirvieron generosas raciones. A medianoche, ya dormíamos tranquilamente con la grata conciencia de haber cumplido la parte más importante del viaje. Sólo faltaba llegar a México en el tiempo preciso. Pero nos guiaba una buena estrella.

21. El lunes 26 de mayo nos consideramos con derecho a pasear toda la mañana por Hollywood. Al cónsul de México, que me era desconocido, me limité a saludarlo por teléfono. Ramón Novarro, a quien traté y recibí en mi Embajada de Río de Janeiro años atrás (y por cierto que su hermanita me sustrajo un precioso juguete de madera fina, un pato-cigarrera de *Dunhill*), estaba ausente. Más valió así: poco después, Novarro apareció por México, me acerqué a saludarlo, no me reconoció y se alejó rápidamente con cualquier pretexto. Tal vez pensó el infeliz que le iba yo a pedir un autógrafo.

A las 2:30 p.m. continuamos con rumbo a Blythe, a donde llegamos a las 8:30 p.m., y nos hospedamos nuevamente en The Green Lantern. La linda viejecita nos recibió con graciosa hospitalidad. Hubo que destornillar el silenciador del auto, que estaba muy obstruido y se calentó mucho por la noche.

Durante la mañana del martes 27 de mayo cubrimos la etapa de Blythe a Phoenix, a donde llegamos a mediodía, cambiamos el "mofle" y almorzamos en Tavern. Fuimos a cenar en Duncan a la 1½ de la madrugada siguiente, miércoles 28, y poco después descansamos en El Paso, *Del Camino Courts*.

En cuanto fue posible, seguimos el viaje. El auto empezó a echar llamas por la parte baja del motor. Nos salimos de la carretera para examinarlo. A poco se nos acercó un hombrón moreno a quien habíamos pasado poco antes y que conducía un camión de fruta. Nos habló en español: "Soy árabe" —dijo—. Ustedes, mexicanos. Es como si fuéramos compa-

triotas. Comercio en fruta por estos pueblos. Duermo en mi camión. Lo tengo todo bien dispuesto y previsto. Puedo ayudarles. Traigo toda la herramienta necesaria. Vengan conmigo." ¡Oh sorpresa! La caja de herramientas estaba vacía, lo habían robado. "¡Pues sí que es como si fuéramos compatriotas!" —le dijimos. Nos arreglamos de algún modo, y a la medianoche dormíamos nuevamente en Laredo, Hotel Plaza.

El jueves 29, de mañana, saludamos al cónsul Osornio, y tuve una grande emoción al encontrar en nuestra oficina consular, y en situación bastante modesta, a Emilio Valenzuela, hijo del inolvidable don Chucho, el de la *Revista Moderna*. Hicimos algunas compras, arreglamos el auto, cruzamos la frontera a las 5 p.m. y a las 9 de la noche estábamos en Monterrey, de donde, sin dormir y tras saludar rápidamente a mis hermanas, proseguimos el viaje. Desde Monterrey me comuniqué telefónicamente con Manuela, para advertirle que no debía venir hasta Ciudad Valles, pues no había ya tiempo. Todavía sufrimos otro percance: se reventó la banda del ventilador; la sustituimos con una banda de camión que dio excelente resultado.

Ya habíamos pasado El Mante cuando, de repente, sin la menor señal, la carretera apareció desempedrada y escarbada. No sé cómo mi hijo, que iba al volante y a todo correr, acaso a unos 95 o 100 kms., y que había venido sufriendo dolores reumáticos en las manos, logró gobernar el auto e ir morigerando la marcha hasta la lentitud conveniente.

Y entonces sucedió algo grotesco: apareció un agente del tránsito en motocicleta y nos hizo parar. Nos preguntó de dónde veníamos ¡y si teníamos algo que declarar! ¡Y andábamos más acá de El Mante! Sería la una de la madrugada del viernes 30 de mayo. Estábamos solos en mitad del campo. Yo pude haberle dicho que venía sencillamente de Monterrey. Le dije la verdad: que veníamos de los Estados Unidos. "¿Y no pagó usted ningún derecho?" "No, porque nada tengo que declarar y soy embajador como puede usted verlo en este pasaporte, y mucho menos estoy dispuesto a hacer declaraciones de aduana en este punto del territorio nacional y cuando ya pasé las dos revisiones de la autoridad

competente." Estas explicaciones, y el hecho de que éramos tres, convencieron al singular agente, que se alejó otra vez en su motocicleta, no sin haber dicho antes: "¡Bueno! Entonces, ni modo..."

22. A las 2:15 p.m. del propio viernes 30 de mayo, estábamos otra vez en México y en mi casa. Al otro día pude firmar tranquilamente las órdenes de pago que esperaban mi autorización.

He tardado mucho en juntar estos apuntes, y temo que mis impresiones hayan perdido su frescura a los once años de distancia. Acaba de acontecer la Carrera Panamericana, de Tuxtla a Ciudad Juárez. La radio y los diarios no hacían más que dar y comentar noticias de autos y carreteras. Yo también, en cierta manera, me sentí campeón y quise referir mi caso. Y como decían por epílogo los cuentos de mi infancia, *entro por un canasto y salgo por otro, y el que no lo crea que me cuente otro.*

*1952.*

# V

## CUANDO CREÍ MORIR
## [*1947, 1953, 1947*]

## I. LOS CUATRO AVISOS

*(Andantino)*

El aislamiento, una dolencia que no abate y deja margen a la meditación, determina un clima propicio para el examen de la propia conducta. Y más cuando la enfermedad hace padecer poco, pero se sabe mortal y que puede vencernos de súbito en cualquier instante, al menor descuido.

Vivir bajo una amenaza durante uno, dos, tres meses, puede aniquilar; pero también puede despejar en grado increíble nuestra visión del mundo. Los vapores que estorban la contemplación se disipan. Las cosas adquieren perfiles firmes y una nitidez deslumbradora. El olvido de los pequeños cuidados diarios, el reposo del cuerpo, la certeza de que el fin puede sobrevenir de repente, todo ello crea un desasimiento, una indiferencia superior que aclara y limpia la atmósfera del espíritu. Nos acercamos a la Éstix y comenzamos a contemplarlo todo como en el recuerdo. Y ¿hay cosa que, siendo más nuestra, nos sea más ajena que el recuerdo? —¿Aquél era yo? —nos decimos. Y así, desde este término indeciso, nuestra propia persona se deja observar a lo lejos.

Los médicos nos han dicho: —Ya nunca serás el que eras. Hazte a la idea de vivir de hoy más a media rienda. Otro ritmo, otra cantidad vital. Nada de las agilidades de ayer. Aunque no percibas padecimiento alguno, imagínate que llevas por corazón un jarrito de barro frágil, el cual ha comenzado a rajarse. (Acuérdate del cuento que te refirió Ávila Camacho.) De modo que... ¡mucho cuidado! ¡Parsimonia! Y, como dice el llamado "músico-poeta" en su disparate delicioso, cruzar la vida "con la lentitud de un personaje". Un eco en mi romance: "Cerro de la Silla":

> ¡El corazón! Urna rota.
> ¡Qué juguete el corazón!

¡Pobre jarrito rajado!
¡Cerro mío: te lo doy!

El solo programa, por cuanto convida a ser otro en cierta manera, convida también a considerar a ese otro, al de antes, con alejamiento y despego. ¡Qué privilegiada situación para las reflexiones éticas! ¿No me envidias, lector? ¡Oh, sí! Me envidias seguramente, a poco que, en tus horas de soledad, hayas sentido palpitar esos reflejos azulados que, como en el poeta romántico, anuncian la vecindad de unas alas, de unos ángeles invisibles.

## 2

¡Tantas filosofías han brotado en la soledad, junto a la estufa de Descartes, en la cueva de Andrenio, en la torre del Vigía árabe! Y veamos, ¿a qué doctrina pediremos refugio en esta "noche del alma solitaria"? ¿Qué principios nos han conducido a lo largo de la existencia hasta el punto en que hoy descansamos? Muchos seguramente. Más de una vez habremos andado y desandado el camino. Más de una vez, creyendo cruzar las tempestades de la herejía, habremos caído, como el ensayista inglés, en el modesto ancoraje de la ortodoxia. Tal noción pudo seducirnos un día por atrevida y valiente, tal otra por elegante y sencilla, la de más allá por fastuosa y deslumbradora. Pero aquí, en esta quietud, en este silencio a que ahora nos acogemos, descubrimos que dos o tres sentimientos fundamentales han acompañado nuestra jornada, ostensible o secretamente, ríos subterráneos que de tiempo en tiempo afloran y nunca dejaron de retumbar en los hondos senos de nuestro ser.

Esta hora de soledad obliga a aceptar algunas evidencias, algunos lugares comunes que en vano tratan de disimular ante el mundo la capa de mundanidad con que solemos andar entre los hombres y los libros. ¿Hay nada más impopular que el lugar común, en esta clase u oficio de la inteligencia y las letras a que tenemos la honra de pertenecer? No: an-

tes cualquier circunloquio o rodeo mental, cualquier perífrasis que dé aire de novedad, de paradoja, de *dolce stil nuovo*, de perla culta, de preciosismo, de vida y pensar peligrosos, de inmersión, no digamos ya en lo sobrenatural —que la religión es vieja como el mundo—, sino en la suprarreal, lo sonambúlico, lo perteneciente a alguna otra esfera ajena al sentido y a la razón... ¡Todo, antes que lo obvio!

¿Pensáis que exagero? Pues acercaos a vuestros amigos y enemigos, leed lo que por ahí se escribe, andad por ahí un poco en los campamentos literarios y luego me contaréis las nuevas. Y os ofrezco desde aquí un premio si siquiera me traéis un uno por ciento de grano, de evidencia, de lealtad para con la propia imagen del mundo, entre toda esa paja de ideas postizas, de frases mandadas hacer, de actitudes voluntariamente violentas. ¡Ay, cuánta humildad, cuánto sacrificio hacen falta para acercarse, desnudo, hasta la verdad!

## 3

Ea, pues, coraje. ¿Cuáles son esos dos o tres principios a que reducimos ahora nuestro mundo, al decantarlo y limpiarlo de heces y materias ociosas? Prescindamos del orden sagrado, de la religión, que es cosa aparte. Atengámonos a lo terreno, cuya dignidad no podría negar la sana teología, aunque se esfuercen por negarla todos los extravíos ascéticos. Aquí, para hollar esta tierra (y no para soñar o esperar en lo ultraterrestre); aquí, para viajar a lo largo de la carrera humana, dos filosofías morales, con las que desde luego nunca hemos cumplido cabalmente, se nos representan ahora como términos de la evidencia, como dos ángeles guardianes y custodios junto a nuestro lecho. Y tales son el Cinismo y el Estoicismo; pero sin olvidar la cortesía como brújula de andar entre hombres: que quede bien claro.

Y ojalá que el solo haber nombrado estas dos doctrinas no alarme a los incautos, y mi suerte me depare lectores que posean, al menos, alguna noticia sobre la historia de las cul-

turas y sepan referir estas denominaciones a la Grecia que las vio nacer. Porque entonces sabrán también que el estoicismo y el cinismo —y este último sobre todo— distan mucho de significar, para los entendidos, lo que significan hoy por hoy en la conversación y el uso corrientes; que estoicismo no es mera resignación pasiva, sino una participación de la mente en el proceso del mundo, ni cinismo es en modo alguno desvergüenza o procacidad o ilícita desaprensión. Pena da que las palabras se gasten, se ensucien y perviertan, y así decaigan de su grado. Lo mismo ha pasado con el epicureísmo, que tantos toman hoy por una baja sensualidad, cuando fue una alegría del espíritu, un jardín en que se cultivaban como arbustos los más nobles estímulos. Y es suerte que los filósofos cirenaicos —amos y no esclavos de sus placeres, pero, eso sí, amigos de los placeres del cuerpo— hayan sido olvidados, porque, al menos, la posteridad, ignorándolos, los respeta.

Pero cuando se dice "estoico", los más creen ver un varón de mal genio y ceño fruncido; * y cuando se dice "cínico", algo muy parecido a eso que hoy se llama "el político profesional", el poder en menos si acaso. Y si nos pusiéramos a sacar inventario de los términos decaídos y venidos a menos, y los términos de arribada o "nuevos ricos", no sé a qué consecuencias llegaríamos sobre el valor, o siquiera el carácter de nuestra época. ¡Época que ve en la propaganda una virtud intrínseca; en disolver la persona dentro del grupo, el *summum* de los deberes cívicos y humanos; a la que no importa, ante todo, el averiguar si las doctrinas son verdaderas o falsas, sino el averiguar si son teóricas (académicas) o prácticas (de aplaudida charlatanería); usadas o nuevas, respetuosas (que se tienen por desdeñables) o audaces (así lo sean en la equivocación aceptada y sabida); época que llama "dinámico" a lo grosero, y que a todas horas califica con el excelso nombre de "realidad" a la falta de aseo en todas las formas corporales o espirituales!

* "...cette vertu stoique qu'on peint avec une mine sevère, un regard farouche, des cheveux hérissés, le front ridé et en sueur, dans une posture pénible et tendue, loin des hommes, dans un morne silence, et seule sur la pointe d'un rocher..." Charla de Pascal con M. de Saci, según N. Fontaine, *Mémoires de Port Royal,* en las *Mémoires* del oratoriano P. N. Desmolets (1728).

## 4

El cinismo exige un despojo muy semejante a la cautela de las exploraciones científicas. En el fondo, impone una sumisión a los datos de la existencia; a aquello que, si no me equivoco, los filósofos suelen llamar "lo dado". Por su parte, el estoicismo propone una determinada figura del universo y espera, a medio camino, que el hombre se acerque a aceptarla, orillas del río sobrenatural donde han pactado su acuerdo el yo y el no yo. De suerte que, contra lo que generalmente se supone, en el cinismo hay también un tanto de obediencia, y en el estoicismo, un tanto de libre elección.

Esta vez cinismo quiere decir realidad auténtica, realidad desnuda, y no escondida a su pozo ciertamente, sino brevemente expuesta al sol a modo de árbol ya brotado. Esta vez estoicismo quiere decir, desde luego, acatamiento a las normas universales que escapan a nuestro albedrío, pero aceptación por libre disciplina y por sanción intelectual, emancipación por el entendimiento, y obediencia a lo que ha de ser obedecido: filosofía que sale al encuentro de la Creación y quiere colaborar con ella, siquiera acatándola. En suma, y reduciéndolo a la expresión más simple, verdad de un lado, y de otro, dignidad. Verdad sin estorbosas patrañas ni refracciones, sin disimulos ni acarreos parasitarios, sin pestañas ni adiposidades, asepsia perfecta, inteligencia. Y dignidad sin veleidades de lucha contra lo imposible —triste figura ésta, en que el hombre decae en simio y aun lanza alaridos estériles—, y libertad por comprensión, o sea, otra vez, asepsia perfecta, inteligencia. Y, sin remedio, la inteligencia significa crueldad, alegre sometimiento, bien templado acero.

Tal era la espada que, sin recordarlo ni saberlo, habíamos llevado al cinto. Tal la que tenemos aquí, colgada junto al lecho; la espada, como en el romance,

> que estaba vieja y mohosa
> por la ausencia de su amo.

Pues, en verdad, creo que la guardo por herencia desde mis abuelos.

Pero ¡qué acero! Y cómo rebrilla, a poco que la reclusión y la soledad nos han dado tiempo y antojo de limpiarlo y probarle el filo. Cinismo: verdad; estoicismo, dignidad. ¡Qué par de ángeles a la cabecera! ¡Qué dos reflejos del mandoble! Gracias, soledad; gracias, amenaza de muerte, que tales presentes me habéis traído. Verdad tan saludable y tan confortante como el agua helada para el sediento; dignidad tan severamente seductora como la conciencia misma de ocupar el sitio que nos incumbe. Al pan, pan, y al vino, vino, sí: y un adjudicar lo suyo, y nada más que lo suyo, a la piedra, a la flor, a la bestia, al hombre. Justicia que no sólo atribuye y distribuye las escalas de la realidad, sino que contenta el espíritu y hasta el cuerpo, como martillazo que da en el clavo. Alegría de la inteligencia, cruel por insobornable —cierto— y por precisa; pero gustosa por cuanto sacia igualmente la voluntad y el entendimiento. Transparencia que parece acortar distancias y hasta fundir sujeto y objeto —propia capacidad humana— o, para decirlo con el místico: "Amada en el amado transformada."

Un mínimo de verdad: cinismo; un máximo de decencia: estoicismo. Con eso basta.

*2 de julio de 1947.*

## II. CUANDO CREÍ MORIR

*(Maestoso)*

RECIBÍ el primer aviso el 4 de marzo de 1944. A las tres de la madrugada, mientras yo escribía afanosamente ciertas páginas de intención filosófica que aún no he llegado a recoger (creo se llamarán *Perfiles del hombre*),* el brazo izquierdo empezó a dolerme de forma que me era imposible moverlo. Para sujetar mis cuartillas sobre la mesa, tuve, pues, que levantar el brazo con la mano derecha y ponerlo a modo de pisapapeles. A poco —tal fue mi impresión— oí que alguien gritaba dentro de mí, adueñándose de mi voz a pesar mío: era yo mismo, a efectos de la pena que se había vuelto agudísima y ahora me afectaba ya el pecho.

Con todo, entonces el mal no resultó ser orgánico, sino puramente funcional: digamos, de fatiga. Un poco de reposo en México y en Cuernavaca (donde me reuní con Enrique Díez-Canedo, también herido ya de la dolencia que había de llevárselo), me alivió en términos que me juzgué definitivamente curado. Durante mi obligado aislamiento, pude trabajar con moderación. Revisé pruebas de algunas publicaciones en marcha, y sobre todo, del *Deslinde*; escribí algunos artículos; compaginé la segunda serie de mis *Capítulos de literatura española.* Hacia comienzos de mayo recobré el paso de andadura.

El segundo aviso: Desde mediados de febrero, en 1947, al regresar de un rápido viaje a Francia para presidir la Delegación Mexicana a la Primera Asamblea Internacional de la UNESCO, empecé a sentir nuevos trastornos, y por marzo caí en cama resueltamente. Esta vez el mal era orgánico, y los exámenes revelaron el primer ataque de la trombosis coronaria. A fines de abril pude volver a mis negocios.

* *Andrenio: Perfiles del hombre,* en el tomo XX de estas *Obras completas* [E.].

Al mes siguiente, mi *Diario* registra una febril actividad literaria.

El tercer aviso: A comienzos de junio, el propio año de 1947, preparaba yo un viaje a la Universidad de Princeton para recibir el Doctorado Honorario en letras (lo que sólo pudo ser el año de 1950), cuando sobrevino un nuevo ataque, exactamente la mañana del día miércoles 4. No interrumpí mis labores. Seguí escribiendo en cama, despachando asuntos de El Colegio de México y hasta recibiendo algunas visitas. Sólo hacia fines de agosto empecé a recobrarme muy lentamente, y aún tardé días en abandonar mi reclusión.

Entretanto, me ocupé, cuando menos, de la traducción de Bowra *(Historia de la literatura griega)*; releí por gusto a Renan *(Histoire du Peuple d'Israel)*; preparé el libro *Letras de la Nueva España* fundado en la versión anterior (*Las letras patrias*, volumen misceláneo de varios autores llamado *México y la cultura*, iniciativa de Jaime Torres Bodet, entonces secretario de Educación); puse al corriente mi bibliografía; dispuse para la imprenta los volúmenes *A lápiz, De viva voz, Entre libros, Grata compañía;* organicé las notas para un curso del Colegio Nacional sobre la religión griega; añadí a mi Archivo los folletos sobre *Leticia, La inmigración en Francia, Burlas literarias,* y comencé a copiar para la misma colección los *Momentos de España* y la *Crónica de Francia* (1ª parte); ordené para posible publicación un primer volumen de mi *Diario,* proyecto que aún duerme; retoqué pasajes de mi inacabable *Mallarmé* y la inacabada *Historia de un siglo;* confeccioné el tomo de versos *Cortesía. . .* Sin contar poesía, y artículos para revistas y suplementos literarios de los periódicos, y los arreglos con Raimundo Lida, a quien acabábamos de traer a México, para la *Nueva Revista de Filología Hispánica* que pronto habría de aparecer aquí bajo la dirección de Amado Alonso, entonces trasladado de su Instituto de Filología de Buenos Aires a la Universidad Cambariense de Harvard.

Aunque estos sucesivos ataques eran ciertamente más graves que la perturbación sufrida en 1944, la verdad es que yo padecí con ellos mucho menos, y ya se ve que ni siquiera

solté la pluma ni tuve que reducir mis actividades. La amenaza era grave, pero el sufrimiento muy llevadero.

El cuarto aviso: Cuando realmente creí morir fue el año de 1951, y ni tuve entonces los ánimos ni la posibilidad de escribir regularmente, salvo que dicté, entre los hipos que no me perdonaban de día ni de noche, ese soneto *Visitación* que aparece al final de mi *Obra poética* (1952), soneto con que quise saludar la vecindad de la muerte.

Sucedió, pues, que, el 3 de agosto, trabajaba yo en el *Polifemo* de Góngora "muy quitado de la pena" como suele decirse; y al día siguiente, en mi *Diario,* desaparece mi letra, y mi mujer deja los siguientes apuntes:

> Siguió trabajando en el *Polifemo* de Góngora. Fuimos al Cine Metropólitan. A media función, padeció un ahogo. Se puso de pie y pasó la molestia. Pudimos acabar de ver la película. Al otro día, domingo 5 de agosto, fuimos a almorzar a casa del doctor Ignacio Chávez, en compañía de los matrimonios Ávila Camacho, Baz, Fournier, Martínez Báez, Suárez, Villaseñor. Concurrió también Enrique González Martínez. El doctor Chávez celebró ese día su onomástico, pues el día primero se encontraba ausente en Monterrey. Volvimos a casa no antes de las 8 de la noche. Nos trajeron los Villaseñor en su auto. Al subir la escalera de su biblioteca, Alfonso se sintió asfixiado y se dejó caer en el diván donde duerme para no alejarse de sus papeles. Lo atendió de urgencia nuestro hijo. El día 6 viene Ignacio Chávez muy de mañana. El día 7, Alfonso es trasladado al Instituto de Cardiología con los pulmones ya edematizados, las uñas y los labios cianóticos. Nunca llegó a perder el sentido.

Aún recuerdo que, a poco de sobrevenir el ataque —ya con muchos ahogos y el dolor agudo como una barra pesada sobre el pecho— mi hijo me ayudó a ir al baño casi llevándome en peso. Allí tuve una curiosidad malsana, y encendí la luz para ver mi cara en el espejo: era la de otro hombre desconocido, socavado y extraño. Y dije: "¡En qué momento se deshace uno!" Por algún tiempo, parecía que me pasaba sobre el corazón todo un tren de artilleros.

Cuando me transportaban al Instituto, se apoderó de mí un sentimiento como de alegría que yo no acierto a definir ni entender. Parece que la esperanza del oxígeno bastaba para reconfortarme. La idea de ir acarreado en uno de esos

coches que "echan sirena", el ruido de la calle, todo me producía una singular impresión de contento y aun de comicidad.

Años después he leído el caso de un cardiaco, también afligido de trombosis coronaria, que se defiende extremando su voluntad de vivir hasta un estado de irritación artificial, encuentra feo el color de las paredes, malo el whisky que le dan, importuno el timbre de un teléfono, etcétera. Y él llega a atribuir parte de su curación a este esfuerzo de rebeldía (Charles Yale Harrison, *Thank God for my Heart Attack*, 1949). La verdad es que yo no conocí ese estado de ánimo, antes me entregué al tratamiento con placentera docilidad.

En cuanto a la supresión del tabaco, no me costó ningún esfuerzo. Ante todo, yo comencé a fumar a los 30 años, como consecuencia de mi frecuentación con señoras afectas al cigarrillo en las reuniones diplomáticas, que solían pedirme fuego. Pronto me pasé a la pipa, la cual hizo mis deleites allá cuando era dable obtener el espléndido tabaco y *mixture* preparado por la casa Dunhill, donde me habían asignado un número para mi fórmula preferida. Cuando volví de Europa a América, volví también al cigarrillo, porque me daba yo cuenta de que sacar la pipa, en una sala, era aquí como desenfundar una pistola. Llegué a fumar mucho, a todas horas, y entre los insomnios. Si a los comienzos sólo fumaba yo en los ocios, después me aficioné a fumar escribiendo, o a escribir fumando, que es ya la senda de perdición. Y sin embargo, puedo decir con Mark Twain que quitarme el tabaco no me parecía cosa difícil, puesto que me lo quité varias veces: la primera, durante un año, por decisión propia, y entonces distraía yo el ansia del cigarrillo tomando un lápiz entre los dedos; la segunda, después del doloroso aviso que recibí el 4 de marzo de 1944, también por decisión propia, ya que yo mismo lo propuse al doctor Chávez, quien al instante lo aprobó, por supuesto. Yo me daba cuenta de que no era fumador nato, y que en esto como en otras cosas, mi cuerpo tiene una natural repulsión contra el vicio. De modo que, cuando vino ahora la estricta prohibición de fumar, me encontró dispuesto. Durante la verdadera enfermedad, ni me pasaba la idea por la mente; durante la convalecencia,

no experimenté la menor ansiedad. Sólo, a veces, sueño que fumo.

Lo único que de veras me hacía sufrir era el no poder bajar de la cama para ciertas cosas, el abominable y obligado uso del "cómodo" o "patito", lo más "incómodo" que existe. Ya era tiempo de que se acabara con esta tortura y se inventara algún otro procedimiento menos ingrato. Seguramente que semejante molestia contribuye a empeorar al enfermo. Pero aun contra esa desazón procuraba yo luchar, no a fuerza de irritabilidad como Harrison, sino a fuerza de buen humor. Así, viendo un día, desde la ventana de mi cuarto, en los llanos que se extendían a espaldas del Instituto, a un infeliz que se entregaba, en cuclillas, a lo que pedía de él la naturaleza, llamé a la enfermera y le dije: "¡Pronto, llévele usted el cómodo a aquel hombre!" Y me venían al recuerdo los versos de Valle-Inclán en *La pipa de Kif*:

Jalapa: iglesias y costanillas.
Tras de las bardas, uno en cuclillas.
La consabida "inquietud
de la época" me irrita,
porque me parece sandia,
por Dios, esta consabida
inquietud; y el "dinamismo"
y toda esa bobería
moderna sólo han logrado
sacarme de mis casillas.
Ayer tanto disparate,
la verdad, me divertía,
pues eran tiempos mejores
que daban tiempo a la risa,
daban tiempo a los salaces
y a las doctas disciplinas,
a las sabrosas lecturas,
a las charlas divertidas.
Hoy el tiempo, Padre Alfonso,
es otro, es tiempo de cuita,
porque hoy vivimos en
el tiempo de Protrombina.

*28-VII-1953.*

(*Constancia poética, Obras completas*, Vol. X.)
*México en la Cultura* (Suplemento de *Novedades*), 3-I-1960.

También me costaba algún trabajo —pues estoy acostumbrado a vivir y aun dormir, en mi espaciosa biblioteca— aceptar las dimensiones penitenciarias de mi célula y procuraba yo que abrieran mi puerta lo más del tiempo. De noche, el encierro me causaba una profunda tristeza. De día, al menos, el paso de las aprendices de enfermeras —que aún no contaban con instalaciones aparte— me divertía y me devolvía el gusto de la vida.

La deshidratación a que fui sometido como precaución contra el edema pulmonar, la dieta sin sal, la inmovilidad, el suero, las pruebas de sangre, los piquetes, todo eso lo soporté con resignación, y gracias que no me privaron completamente del café, pues me hace falta para dormir —aunque no lo tomo en exceso—, así como a otros los desvela.

Una semana de hipo constante ("Doctor Chávez —me quejaba yo—, cúreme el hipo y le ofrezco curarme solo de lo demás"), un mes bajo la tienda de oxígeno y, en total, cerca de tres meses de quietud en el lecho; electrocardiogramas, inyecciones, medicamentos, tomas de presión arterial, fricciones de alcohol y mudas de la ropa haciéndome rodar a uno y a otro lado... Durante los primeros días, bajo la influencia de los hipnóticos y en un perpetuo duermevela, yo creía estar escribiendo, sin distinguir bien entre el sueño y la vigilia, y despertaba muy poco a poco. Seguía prendido a Góngora, y Góngora me llevó de la mano por el túnel de la inconsciencia. Le debo deliciosas visiones. Tres años después, recordando aquellas experiencias, he escrito la siguiente página:

### De turismo en la tierra

Yo caí muerto en 1951 con un grave infarto en la coronaria. Fui internado en el Instituto Nacional de Cardiología, cuyos elogios había yo contado siete años antes, sin sospechar que alguna vez probaría yo por mí mismo sus excelencias. Me salvó el saber de don Ignacio Chávez, y también —estoy cierto de ello— me salvaron el amistoso ardor y la firme voluntad que puso —nuevo Heracles— en arrancarme a los brazos de la muerte. A su lado, me velaba de cerca el inolvidable doctor Esclavissat, joven interno para quien estoy seguro de haber sido algo más que un simple paciente. Ahora vivo disfrutando de unos últimos años obtenidos por benevolencia.

Pues allá, en el "trasmundo" yo sé bien cómo sucedieron las cosas. Los médicos me administraban hipnóticos. En mis sueños, se revolvían las imágenes de la poesía gongorina, a cuyo estudio estaba yo consagrado por los días en que caí enfermo. De modo que todo era pluma, miel, cristal, oro, nieve, mármol, armonías en blanco y rojo. El doctor Chávez solía decir humorísticamente a quien le pedía nuevas de mi salud: "No puedo saber cómo se encuentra. Cuando lo interrogo, me contesta recitándome pasajes de Góngora."

Pero, en uno de mis sueños, me vi transportado al cielo —adonde sin duda alguna he de ir a parar, que sobre esto no hay discusión—, y he aquí la escena que presencié:

San Pedro abría ya su libro de registro para darme entrada —el Libro Diario—, cuando cierto arcángel con letras se asomó sobre su hombro y le dijo:

—Creo que este pobre señor tenía una obra a medio escribir.

—¿Qué haremos? —dijo el viejo bonachón rascándose la cabeza con la pluma, y requiriendo arenilla y agua de huizache extendió un documento azul.

—¿Y eso? —le preguntó el arcángel.

—Esto es que le prorrogamos su permiso de turismo en la tierra.

Y yo, que entiendo de estas cosas, me he inspirado, desde entonces, en el ejemplo de cierto millonario siriolibanés que vivía en Río de Janeiro. Yo admiraba siempre, al pasar por la avenida Oswaldo Cruz, unos estupendos jardines, dignos de un rajá oriental. Pero en aquellos jardines se alzaba una casa que parecía un enorme pastel confitado, llena de columnitas salomónicas, cúpulas, requilorios, adornos y adornajos. Y un constante ir y venir de albañiles daba idea de lo que pudo ser la construcción de las pirámides egipcias, del Templo Mormónico en Lago Salado, de Chicomostoc en Zacatecas. Y no sabían qué hacerle a aquella casa, pero cada día le añadían algo. Pedí explicaciones:

—¡Ah! —me dijo mi fino amigo Sócrates Barboza—. Es la casa del siriolibanés. Una vieja cartomántica le auguró que moriría en cuanto acabara su construcción. Por eso no la acaba nunca y todos los días le aumenta un pedazo.

Y ahora, pacientes amigos, ¿se explican ustedes por qué yo siempre traigo otro libro a medio escribir y procuro no darle término sin haber antes comenzado el siguiente? (*Las burlas veras*, primer ciento, 1957, nota de 1954).*

Vino perezosamente el alivio. Tuve que aprender a andar de nueva cuenta. Aunque después del mundo oxigenado el aire me sabía a humo, comprendí que nuestro mayor y autén-

* Puesto que aquí figura, se suprimió de este libro, en el tomo XXII, de las presentes *Obras completas* [E.].

tico placer físico no está en el amor, sino está en la respiración, y comprendí también por qué las místicas primitivas confunden la "psique" con el resuello. Hacia el costado del corazón sentía yo cierta extrañeza; pero poco a poco desapareció esta conciencia de la víscera que, si no me engaño, es síntoma de anormalidad. Por mera ociosidad escribí, al caer de la pluma, estos versos ramplones:

### Infarto

Antes de la trombosis, a lo que yo recuerdo,
jamás he padecido tan rara sensación:
hoy, algo sobra o falta por el costado izquierdo
y llevo como a cuestas mi propio corazón.

El doctor Chávez me explicó un día que el mal hubiera sido mucho más temible si no me encuentra un poco viejón; pues con la edad se desarrollan no sé qué filamentos vasculares, los cuales permiten cierta circulación secundaria o complementaria y así contrarrestan de algún modo el obstáculo del infarto. Yo, interpretándolo a mi manera.

—Entiendo —le dije—. Con los años el corazón cría barbas.

El doctor Livas, de Monterrey, que estaba presente, exclamó:

—¡Excelente explicación! Es la que daré en adelante a mis discípulos.

Ya lo saben todos los cardiacos: después del alivio, arrastré algún tiempo ese misterioso dolorcillo en el brazo izquierdo, cerca del hombro, que viene a ser un aviso providencial y como que quiere aconsejarnos: "Acuérdate de tu corazón. No corras, no saltes, no riñas, no te excites, no frecuentes los sitios tumultuosos de la ciudad ni concurras a reuniones muy numerosas, no hagas lo que mucho te enoje, sé mesurado en todo según la teórica griega (porque en la práctica, como es natural, cada uno hacía de su capa un sayo), déjate deslizar por las horas lo más que puedas, y acuérdate de que el solo correr de los días y la tranquilidad están trabajando para ti. Hasta vivirás más confortable que antes, cercenadas

las mil importunidades que constantemente asaltan nuestra serenidad."

Por algún tiempo también —y aún reaparece esa sensación de cuando en cuando— me preocupaban los saltos arrítmicos del pulso, que se sienten como un tropezón o un paso en falso; y tuve que habituarme a desentenderme de ellos y a no estar palpando constantemente los latidos de la muñeca, lo que es alimentar un sentimiento morboso.

El presidente Ávila Camacho —cardiaco también y ya desuncido, a la sazón, del tremendo yugo gubernamental— me tranquilizaba:

—Usted y yo somos el plato rajado, consuélese. Una familia compró en Londres una costosísima vajilla y la trajo a México. A causa del viaje, un plato llegó en malas condiciones. "¡Cuídenme este plato rajado!", recomendaba la señora. Y, en efecto, a los dos años, entre la servidumbre y los niños habían dado cuenta de toda la vajilla, menos del plato rajado, tal vez porque cosa mala nunca muere.*

Pero me costó trabajo dejarme engañar otra vez por las apariencias de la vida, y como que me faltaba el refugio del Instituto. (¿No llaman a esto "hospitalosis"?) Había yo visto muy de cerca la sombra, y la sombra da un gusto muy pegadizo.

El 12 de octubre de 1951, reaparece mi letra en el *Diario*. Allí declaré la sorpresa y la honda emoción con que, cinco días antes, recibí aquel magnífico y generoso suplemento de *Novedades*, donde algunos jóvenes quisieron seguramente ayudar a mi cabal recuperación, juntando un puñado de testimonios afectuosos y fotografías de mis distintas edades.** Ojalá ellos prueben a su vez y cosechen el fruto de su nobleza cuando alcancen mis años, y se vean entonces rodeados por la misma ardiente simpatía con que ellos quisieron recibirme en mi segundo ingreso a la tierra.

—Lo que siento —expliqué a mis amigos— es el grave error, el error ridículo en que acabo de incurrir a ojos del

* Ver la primera serie de mis *Burlas veras*, 1957 (y OC, t. XXII).

** Es el número 140, del 7 de octubre de 1951, de *México en la Cultura*, de *Novedades*, dirigido entonces por Fernando Benítez y Miguel Prieto. Totalmente dedicado a Alfonso Reyes. Es uno de los números más hermosos de la mejor época de este suplemento. [E.]

Eterno. Apenas había yo publicado en *Ancorajes*, cierta jactanciosa declaración en que me ofrezco a vivir no menos de ochenta y cuatro años y afirmo (evocando a Goethe) que, salvo accidente, la muerte sólo puede acaecer cuando le damos permiso de presentarse, y he aquí la lección, el advertimiento que recibo en castigo de la *hybris*, de la extralimitación, que tanto asustaba a los griegos. El destino ha querido llamarme al orden. Y van cuatro campanillazos. Temo no resistir el quinto.*

Del presidente Alemán abajo —pasando por varios gobernadores de los estados que me invitaban a pasar la convalecencia en sus respectivas comarcas—, recibí entonces singulares muestras de afecto. Quisiera también que mi gratitud llegase al personal del Instituto, el cual tan cuidadosamente y sin excepción me tendió la mano en las horas críticas, y aun a aquella tropa de palomas —las jóvenes estudiantes de enfermería— que todos los días se posaban un instante en torno a mi cama y me confortaban con su dulce, su discretísima presencia. Resignado a morir, yo sentía que me acompañaban muellemente a la tumba. Pero resulta que aún tenía yo algo qué hacer por acá abajo.

Y así sucedió que volviera al yunque, aunque con mesura, porque todavía tuve que sufrir una larga serie de operaciones bucales aconsejadas por los exámenes del laboratorio. El 22 de octubre de 1951 me trajeron los primeros ejemplares de mi *Ilíada*, que estuve a pique de no ver ya en letras de molde, y el día 30, la tirada aparte de mi artículo *En torno al estudio de la religión griega* (*Memoria del Colegio Nacional*, V, 5). Olfateo mi trabajo en marcha sobre el *Polifemo* de Góngora, el que mis ataques cardiacos interrumpieron, sin atreverme aún a tocarlo y con cierto supersticioso temor; menos me atrevo de momento con la *Mitología griega* ya comenzada, y que dejé en el punto neurálgico por excelencia: la figura del tremendo Diónimo, en efecto, me infunde verdadero pavor y sé que me va acostar muchos desvelos.

Un mes más tarde, me veo corrigiendo ya *La antigua retórica* para una posible reedición y confeccionando, para la nueva *Memoria del Colegio Nacional*, una *Interpretación*

* La historia posterior muestra que voy resistiendo, 1959.

*de las edades hesiódicas* que me ha salido algo recargada y difícil. Y a comienzos de diciembre, pergeño y aderezo cierto breve estudio, que andaba olvidado por ahí, sobre el tránsito entre la Antigüedad y la Edad Media y empiezo a ordenar papeles ya escritos con anterioridad; la primera serie de *Marginalia;* la *Parentalia* o comienzo de mis memorias, de que doy fragmentos a los *Cuadernos Americanos;* y releo, corrigiendo, lo que llevo hecho de *La filosofía helenística,* todo lo cual me ocupa los últimos días del año, que paso entre arritmias, disneas y torturas dentales.

La cuesta de enero, en 1952, fue más plácida de lo que yo esperaba. La recuperación se fue acelerando. El 18 de marzo de 1952, por la noche, y saltando de la cama como en los buenos tiempos, escribí de un tirón un ensayito sobre Sófocles y "la posada del mundo". Era la primera vez que me entregaba de nuevo a un trabajo de creación, pues hasta hoy todo había sido poner en orden papeles ya preparados, corregir cosas hechas, etcétera. Al principio no me di cuenta de que había realmente dado el primer paso en la reanudación de mi trabajo regular. Cuando me percaté de ello, me sobresalté un poco y me conmoví al punto que suspendí unos instantes la escritura y acudí al Cardiosedín (confieso que el trago de whisky nunca me ha proporcionado una verdadera sensación de alivio; para mí, puede ser un agrado, pero nunca ha sido un remedio).

En sucesivos meses, reanudé mi curso en el Colegio Nacional, di conferencias, publiqué la segunda versión de *Homero en Cuernavaca* y la primera serie de *Marginalia,* y en mi Archivo, la *Crónica de Francia,* II y la *Cartilla moral.* Y ¡al fin! la recopilación de mi *Obra poética* que desde hace tanto me debía yo a mí mismo.

De Buenos Aires (Colección Austral) me llegaron el tomito de *Medallones* y la segunda edición de *La experiencia literaria* (Losada); y aquí, en la colección de los nuevos filósofos sobre México y lo Mexicano, pude dar una breve antología de fragmentos, *La X en la frente* (Porrúa y Obregón). Acabé las *Memorias de cocina y bodega,* arreglé el original del *Árbol de pólvora,* publiqué varios ensayos y artículos en periódicos y revistas. . .

¿A qué seguir? San Pedro se ha hecho de la vista gorda, querido Ignacio: puede usted estar satisfecho de su ciencia, su atingencia y su diligencia. ¡Venga ese electrocardiograma!

*Enero de 1953.*

## APÉNDICE

### El tiempo de Protrombina

Impresionaron al Padre Alfonso Méndez Plancarte ciertos análisis médicos a que estaba yo sometido, y me dio este pie forzado: "el tiempo de Protrombina". Burla burlando se le dedicó esta jugarreta:

Padre Alfonso, Padre Alfonso,
te diré lo que sabía,
que muchas cosas suceden
sin que nadie las impida.
Pues héte que los políticos
andan a la rebatiña
porque dicen que no dicen
lo que dicen que decían.
Héte que casi revientan
de embustes los periodistas,
y no hay respeto al decoro
de vecinos y vecinas.
Héte que anhelar la paz
resulta cosa dañina,
y el bien social se revuelve
entre no sé qué malicias.
Héte que los mozalbetes
la gramática descuidan
y se vuelven escritores
por artes de brujería.
Ayer, cuando yo era mozo,
las cosas eran distintas,
que aunque siempre ha habido fraudes
y siempre hubo mentiras,
ayer el mal cabalgaba
a caballo o en berlina,
en bicicleta a lo más,

nunca en máquina más viva,
y hoy el mal circula en auto,
en aeroplano camina,
anda en cohete de chorro
y en radio se comunica.
Éramos ayer tan cándidos
como la virtud quería:
hoy no, que vivimos en
el tiempo de Protrombina.

Padre Alfonso, Padre Alfonso,
tú que los libros practicas,
ayúdame a descifrar
esta nueva algarabía;
tú que al bien te has consagrado,
bríndame la medicina
para llevar con paciencia
tanto enredo y tanta insidia;
tú que, sin darlas de santo,
en la gracia te iluminas,
mándame un rayo furtivo
que me encienda una sonrisa.
Ayer yo miré con sorna
lo que hoy contemplo con ira,
tal vez porque los resortes
se me han gastado en la lidia.

## III. UNA ENSEÑANZA

*(Rubato)*

1

Hemos visto vacilar un instante, en la cima de sus destinos, a un varón cabal, a un hombre de reconocida inteligencia científica, altivo además y buen soldado del bien, organizador, creador social, algo duro a veces, siempre acertado, dotado para animar y conducir esos entes medio colectivos, medio abstractos que llamos instituciones. El caso, en apariencia, no tenía nada de singular ni daba lugar a muchos comentarios; pero en esta predisposición ética a que nos inclinan la soledad y la salud quebradiza, pareció abultarse a nuestros ojos y quiso dictarnos una enseñanza.

Nuestro hombre, sencillamente, aceptó de pronto un cargo político y dejó de lado, provisionalmente, sus acostumbrados estudios. ¿Por qué no prestar su mente acerada y su fuerte brazo a la cosa pública? ¿Por qué no llevar así, hasta la camarilla secreta de los gobiernos —siempre improvisados e improvisadores por naturaleza y necesidad— un poco de luz, un poco de pensamiento, garantizando de paso la continuidad y el sostén a esa llorosa Cenicienta que es, entre nosotros, la cultura?

"Después de todo —me pareció oírle decir— mal podemos quejarnos de lo que sucede, si siempre abandonamos la rienda al mal cochero. ¿Por qué no reclamar nuestra parte en la obra social, si no queremos, y menos a la hora del peligro, que sólo la ignorancia y las bajas pasiones se distribuyan el mundo y lo manejen? El desistimiento de los aptos ha dejado el sitio a los ineptos; el de los justos, a los malvados, a los prevaricadores, a los sensuales. Pues ¿a quién vamos a culpar? ¿Cómo dar la espalda a los compromisos más altos, más temibles y más honrosos?

"Claro es que entrar en la acción significa entrar en la transacción. La utopía sin mancha se escribe en las bibliotecas, en los gabinetes solitarios, en las Torres de Marfil. Pero, en saliendo a la calle, hasta las constituciones políticas, concebidas a ciencia y paciencia para ser fielmente ejecutadas, resbalan hacia esa zona hechizada de las refracciones, los compromisos, los subterfugios. Como que son equilibrios estáticos que luego se pretende aplicar a seres en movimiento continuo, como que nunca son previsibles teóricamente las infinitas provocaciones de la realidad.

"Y si a esto se añade la general mediocridad de los ejecutores ¿qué esperar? Y, con todo, a esos mediocres (lo son en el mejor de los casos) no sabemos agradecerles el que nos dejen leer, meditar y escribir en paz, el que se entiendan con el diario acarreo de la basura. Tal vez en ello esté su deleite y no se sientan sacrificados, sino más bien premiados, cierto; pero ello no amengua los motivos de nuestra gratitud. No nos lamentemos, pues, ante los fracasos de la gentuza a quien hemos cedido la jefatura moral y material de las sociedades. Reclamemos lo nuestro, asomémonos alguna vez a la plaza del mundo, suframos también lo que nos toca, y veamos de poner orden en esta confusión lamentable. Yo también quiero —*dulce et decorum*. . .— morir un poco por la patria."

Así monologa el hombre cabal, llegado a la cima de sus destinos. Y el separar lo que haya de lucidez y lo que haya de ceguera en sus esperanzas y en sus resoluciones sobrepasa las capacidades humanas. Sólo la prueba de la acción puede decidirlo.

## 2

Y al día siguiente ¡qué desastre! Las fuerzas oscuras, siempre alerta, se habían organizado en su contra. "Los otros" han querido dejarlo entrar a su recinto sólo para dignificarse con su compañía o para jactarse de ella; para encubrirse, para demostrar que nadie está exento de fracasos o para alar-

dear de una categoría que en verdad no les corresponde. Dios ha dicho a Satanás: "Pero ¿has visto a Job, has visto a Fausto?" Y Satanás baja con su saco de tentaciones intentando corromper al héroe. Todos se las habían arreglado para que nuestro hombre, al primer intento, quedara cogido en una trampa. Obstáculos a diestra y siniestra; imposibles al frente y atrás, sólo el vergonzoso camino de la derrota y de la fuga. A veces, era menester cerrar los ojos y fingir que no se veía...

"Ahora, hay que mantenerse a toda costa y no confesar el vencimiento —parecía decirse nuestro héroe—. Tal vez las cosas muden, tal vez se pueda todavía hacer algo de provecho. Lo peor es darse por vencido al comienzo de la campaña. Hay que soportar lo más posible por tal de salvar algunas especies del bien, asimismo para acechar el acaso, el cambio probable de las circunstancias, y saltar a lomos del instante oportuno. Si otros han triunfado ¿por qué no el apto, el superior?"

¡Ay! Por lo pronto, héte al hombre puro en el trance del que quiso vender al Diablo tan sólo la mitad de su alma, transacción imposible. Héte al hombre puro en situación de defenderse a sí mismo, es decir —como los demás—, en el "paso deshonroso" de defender un empleo público... ¡cuando él había consentido en descender hasta los dantescos círculos sólo para garantizar las labores de la cultura y la inteligencia! Irrisión e ironía que, a solas, lo llenan de amargura; falso esfuerzo en que sólo lo sostiene su hombría, su afán de no dejarse abatir sin librar una o dos batallas.

"El tiempo y yo para otros dos", solía decir el emperador Carlos I de España. Dar tiempo al tiempo. Entretenerse por ahora en escaramuzas secundarias. Que se oiga sonar el nombre —no lo olviden todos y se alejen—, y que el nombre se oiga asociado a dos o tres actos loables, aunque sean de poca monta. Un manazo aquí, un escobazo allá, el plumero por el otro rincón, tal o cual fumigación higiénica. Ya llegará la hora. Y, entretanto, contentar, como se pueda, con buenas palabras, a aquella pobre Cenicienta que sigue tan olvidada como antes y que acaso ha empezado ya a considerarlo con desconfianza.

"Porque —reflexiona ella— ¿y para eso hemos desairado las aficiones estudiosas? ¿Para transigir y guardar el puesto? ¿Nada más?

"¡Oh, no! —responde el héroe en uno como secreto diálogo con las sombras—. No hay que impacientarse, hay que darme un crédito moral y un plazo equitativo. La experiencia es nueva, nueva para mí y para mis asociados y enemigos. Ellos contaban ya con la delantera, con el momento de inercia: esperamos aún el instante de la sorpresa, de la iniciativa, que será el mío.

"Pero —objetan las sombras— ¿y la *labor del minuto y el prodigio del año?* ¿La lenta, insensible corrosión que cada segundo opera en tu ser? ¿Has contado con ello? Hoy es una leve capa de polvo; mañana será una pátina adherida, y al fin, una corteza geológica, bajo la cual queden enterradas y fosilizadas las virtudes de antaño. Mientras llega ese instante tan suspirado del triunfo, el fango te habrá digerido irremediablemente. Tú mismo no sabrás ya dónde queda el norte que seguías.

"¡Tregua, tregua! —exclama él, algo confuso—. No me aniquiléis en la cuna, ya que me esperaban aquí las serpientes como al bastardo mítico. No os convirtáis también vosotras, sombras amigas, en otras falanges obstructoras."

Así grita el triste, cada vez que logra sacar la cabeza de la hirviente faz que ya lo devora.

## 3

Y es que la virtud no sólo está hecha de impulsos positivos, sino también de indolencia, de dejadez y de abandono. El bien tiene, desde luego, condiciones de iniciativa. Pero también —y no son menos preciosas— ciertas condiciones de resistencia que se parecen a la pereza, al peso material, a la sordera y la desgana.

Quien sabe dominar los destinos, juega —o se deja felizmente jugar— entre estos polos de la energía positiva y la

negativa. Puesto frente al descomedido empeño de obrar los bienes imposibles, aquellos que escapan a su pulso, no vence atacando sino huyendo. Y cuando lo quieren hacer Papa a la fuerza, escapa a la montaña y se embosca donde nadie lo encuentre.

"¿Qué? ¿Componer yo el mundo nada más que con mis solas manos? ¿Pues no es mil veces mejor que las aplique a mi oficio y cultive como yo sé —y lo sé bien— mi humilde parcela?" Así suelen decir algunos y, entre ellos, los que comúnmente pertenecen a la casta de los viejos bohemios, medio gruñones, medio desengañados.

No busquemos ejemplos clásicos, aprendidos en el aula retórica. Acudamos a lo muy cercano y conocido. Andan por ahí algunos precursores de "Monsieur Teste" que quieren pensar en silencio y sólo discurrir a solas. Saint-Paul Roux oculto en su provincia; Othón, ave de los desiertos; Antonio Machado en su Soria fría; o Larbaud, viajero incansable para mejor resguardar cierto margen o distancia y no dejar que se lo apropiaran los ambientes; o tal vez Baroja, si llega a ser verdad que ha sido un "hombre errante y humilde". Descartes, Bayle, Voltaire, Nietzsche, Tolstoi, el mismo San Jerónimo, son los patrones de esta gente alejada.

Desde fuera de la sociedad, estos díscolos la orientan y la mantienen, la hacen posible: hierofantes de aquella limpieza elemental que se pierde en el contubernio. Y la prueba de que son necesarios y que la sociedad no soporta sus claudicaciones, como las soporta —si no las perdona— en "los otros". Y cuando se da la defección vergonzosa, la sociedad clama, se indigna, se siente defraudada como al desliz de una vestal.

Por supuesto que la proporción entre las virtudes positivas y las negativas es variable y difícil de determinar. Y aun es de creer que cada naturaleza necesita, para salvarse de la contaminación, otra dosis diferente de resistencias. Sin contar con que la mezcla produce los afectos más inesperados. Hay falsos mundanos que pasean por los salones como envueltos en un aura de ensimismamiento, parientes cercanos de esos falsos frívolos que lo son a fuerza de profundidad y por una sabia economía: algún Don Juan envejecido que ha descubierto el secreto de frecuentarlas a todas y no entre-

garse ya a ninguna; cierto diplomático solterón de la vieja escuela, cuyo comedor todos conocen y cuya cámara de recogimiento nadie ha visto nunca. Éstos ganan su libertad mediante una acertada interferencia entre las opuestas corrientes de sujeción.

Y, a la otra parte, hay también los falsos solitarios: la tullidita cuyo *boudoir* es centro de la política eclesiástica; el poeta viejo, en torno a cuyo lecho de recletudinario pasan su prueba de admisión los candidatos a las letras; aquella insignificante señorita que vive como si muriera y resulta que corresponde con Shaw, con Keyserling, con el explorador Amundsen. Lo menos que diremos de estas criaturas es que se emparientan con las matronas de lenocinio, que nunca van a ningún lado, pero a quienes todos van a buscar, allá en sus escondrijos.

## 4

Pero estos dos órdenes de virtudes —las vírgenes locas y las prudentes— ¿pueden a voluntad suscitarse como quien abre la jaula a un montón de pájaros? ¿O pueden movilizarse, dado el caso, unas contra otras, como los guerreros engendrados por los colmillos del dragón? ¿O se cambian de lugar a la medida de nuestro antojo, para conservar el nivel, al modo como se cambian de platillo los pesos adecuados? Hay quienes lo hacen por instinto. ¡Qué no hace el instinto! Tan sabio es, en ocasiones, que más se lo tomaría por inteligencia acumulada y acendrada, y entonces la misma razón pasa por instrumento para ir fabricando el producto secular del instinto.

Pero, cuando la educación sea verdad, acaso se enseñe a los niños, desde muy temprano, a conjugar apropiadamente las alas de aire y los pies de plomo. Y entonces saldrán atletas morales que cambien del todo, en la sociedad, el polígono de las fuerzas.

Los verdaderos hombres de mando, los grandes capitanes, suelen entender en estos achaques, y así logran manejar sus

equipos y sus mesnadas, sus estados mayores. Pero difícilmente nos revelarían su secreto; ante todo, porque ellos ignoran poseerlo, como acontece con las más profundas e íntimas excelencias, que perduran en olor de candor, que no admiten la exhibición estéril, la mostración, la enseñanza teórica, y van siempre como implícitas en los actos. Y además, los capitanes difícilmente nos revelarían su secreto, porque el encantamiento se rompe al revelarse y porque es de buena estrategia el no descubrir a los pelotones humanos los resortes con que se los mueve.

Aquí y allá, de repente, hay atisbos, indiscreciones, rápidas vislumbres que dejan sentirse a la pasada, o por descuido o por perversión. (Así el mucho arte, por ejemplo, se complace, a veces, en trabajar a contrapelo.) Considérese, pongamos por caso, cómo algún moralista echa mano de los testimonios militares; cómo Paul Valéry, intelectual de solemnidad, saca partido de las frases de Napoleón para manejar escuadras de ideas. Alguna vez hemos dicho que Napoleón y otros amos de hombres son los adivinadores verdaderos, y no esos tristes ilusionistas de los teatros. Pues éstos, que esterilizan su efecto al privarlo de sentido vital, a lo sumo adivinan el retrato que llevamos en la cartera, la carta que hemos escogido, el número que pensamos; mientras que los videntes auténticos —dejando la virtud en su oscuridad entrañable— nos "dicen", nos dictan la historia.

Y sería el mejor argumento para metapsíquicos y espiritistas el confesar que los llamados "espíritus", convocados en torno al velador y a la mesita parlante, sólo pueden, a lo sumo, averiguar dónde olvidamos el paraguas, por lo mismo que, al exhibirse y al descubrir su juego, lo hacen por mucho ineficaz; y al contrario, en la vida diaria, entre la trabazón de actos útiles, no descubiertos artificialmente por medios mecánicos, tal vez nos cuchichean al oído; nos aconsejan como a Sócrates su demonio; nos empujan o nos retienen, como la invisible Atenea a los príncipes de Homero.

Porque las verdaderas potencias de la vida avanzan, a lo Descartes, enmascaradas: *Larvatus prodeo.* Y esto implica tal vez el éxito de todas las Eminencias Grises. Ellas despliegan la acción y están a encubierto de las reacciones; ellas

pueden mantener la proporción de crueldad indispensable para hacer el bien a los hombres; ellas disfrutan de irresponsabilidad, lo cual las pone a salvo de flaquezas y componendas y hasta les permite no dar cuenta de sus motivos.

Ya lo sabemos, sí: en esa fragua se engendran también los crímenes sociales. Pero ¿quién ha dicho que el bien y el mal no brotan del mismo corazón, sístole y diástole inseparables de su marcha secreta? En todo caso, esa suerte de califato —el alejamiento y la espalda vuelta a los miramientos sociales—, esa virginidad retesada, hacen al sacerdote y al santo. Las *Enéadas* acaban predicando la fuga del solitario en busca del Solitario. "Olvida los nombres de tu pueblo", dijo el Maestro. Y un escritor contemporáneo los corea a su modo, al grito de "¡Os detesto, familias!" "Si éramos —dice San Jerónimo— raza real y sacerdotal, no salgamos más del santuario." "Hermano mío: ¿qué haces en el siglo, tú que eres muy grande para el mundo?" (*Jeron.*, Carta XIV: a Heliodoro.)

Y perdóneseme si en esta hora de desfallecimiento, postrado en el lecho donde creí morir, como el personaje de *La guerra y la paz,* me he vuelto hacia el muro cuando me hablaban de las trivialidades del siglo, para ir ensayando a la callada el largo sueño que me espera.

*1947*

# VI

## HISTORIA DOCUMENTAL DE MIS LIBROS

[*1955-1959*]

# I. CUESTIONES ESTÉTICAS *

*(Segunda versión)*

## 1. *Antes del libro*

En 1926 dirigí una "Carta a dos amigos" (*Reloj de sol*, páginas 193-206 y segunda edición de *Simpatías y diferencias*, II, pp. 335-345), cuyo objeto —entre burlas y veras— se reducía a proponerme a mí mismo una posible organización para la futura reedición de mis libros. Como lo manifiesto en las páginas con que se abren estas recordaciones ("De mi vida y mi obra"), aquel plan quedó ya cegado por el crecimiento ulterior. Todo ha cambiado. Han muerto los dos amigos a quienes, siquiera por alegoría, nombraba yo albaceas literarios: Enrique Díez-Canedo y Genaro Estrada. A ellos y a Pedro Henríquez Ureña, que siempre me acompañó y me acompaña, invoco ahora con melancolía y les dedico estos esfuerzos por esclarecer el sentido de mi propia jornada.

En aquella "Carta", al referirme a lo que he llamado mi prehistoria (subgrupo 1º del grupo E), escribí estas palabras:

En cuanto al subgrupo 1º, entramos en el reino de las reliquias familiares. Será preferible que lo aprovechen ustedes como documentación para el ensayo previo que ha de preceder a la edición. Este subgrupo es más rico de lo que parece. No sé si lo abarcará mi memoria. Por lo demás, por ahí queda mi obra pueril en prosa y en verso (siete cuadernos), y en mi *Diario* de trabajo, muy tardío por cierto, aparecen todos los datos (Cuaderno 1º). ¡Figúrense ustedes, pacientes amigos, el aburrimiento de una excursión que empiece desde los temas escolares sobre Hidalgo y Washington, Juárez y Lincoln, Vercingetórix y Cuauhtémoc, las grutas de Pesquería, el antiguo Egipto, la ausencia de la patria, el bosque de Cha-

* Estas páginas no son la mera reproducción de las publicadas bajo igual título en la revista *Universidad de México*, enero-febrero de 1955, sino que representan una versión posterior, corregida y aumentada.

pultepec (y todavía antes, los estudios infantiles de magia negra y cierta teoría original de "la resta de nueves" que es como una adivinación de los logaritmos) hasta el primer artículo que me publicó la *Revista Moderna* (artículo sobre Julio Ruelas, que he dejado caer pudorosamente), o, poco más acá, hasta mi tesis de abogado: *Teoría de la sanción*, en que traté de examinar el Derecho por la otra punta —no ya a partir de las definiciones, sino, pragmáticamente, en el remate de las sanciones. Y todo esto, pasando por una selva enmarañada de discursos, novelones infantiles, una conferencia sobre Moissan y el horno eléctrico (porque yo, amigos míos, fabriqué a la vista del público un diamante artificial, cierta memorable noche de la Escuela Preparatoria); por cierto paseo "De una cuestión retórica a una sociológica"; por ciertas páginas presuntuosas para introducir la lectura de los diálogos de Platón y otras inocentes audacias.

Este párrafo sibilino necesita alguna explicación. Dejemos la magia y los paralogaritmos, los novelones y demás morralla que ocupa de los once hasta los quince años. Los paralelos biográficos y la expedición a la gruta de Pesquería (Villa García) pertenecen a la etapa del Colegio Civil de Nuevo León: 1903 a 1904. La disertación sobre Egipto y otra sobre el Cálculo Infinitesimal que olvidé en la enumeración anterior pertenecen ya a la Preparatoria de México: 1905. También se me escapó en la "Carta" una composición preparatoriana sobre el eterno paso de Aníbal por los Alpes, que me fue encomendada por el maestro Sánchez Mármol.

Yo había aventurado mis primeros versos "públicos" ("Duda", tres sonetos) en *El Espectador* de Monterrey, el 28 de noviembre de 1905, encontrándome en mi tierra de vacaciones, pues ya para entonces estudiaba yo en la Preparatoria de México. Mis sonetos se inspiraban en un grupo escultórico de Cordier, visto en una fotografía de *El Mundo Ilustrado*: un viejo de volteriana apariencia desliza al oído de un espantado jovencete las especies del escepticismo y del descreimiento. Mi posición era enteramente objetiva, aunque triste, y dejaba la cosa "en duda". Para sorpresa mía, cuando muchos años más tarde me hice cargo de nuestra Embajada en la Argentina, me encontré, allí a pocos pasos, el

propio mármol de Cordier que parecía hacerme señas desde la Plaza San Martín. Lo tuve por augurio propicio.

Pero volvamos a mis sonetos. Mi padre los encontró aceptables; don Ramón Treviño, el director del periódico, los publicó; y luego los reprodujo en México el diario *La Patria*, el que dirigía don Ireneo Paz, abuelo de Octavio.

—¿Qué dice el poeta? —me saludó cierto amigo de la familia.

—¡No! — le atajó mi padre—. Entre nosotros no se es poeta de profesión.

Pues si, por una parte, aplaudía y estimulaba mis aficiones, por otra temía que ellas me desviasen de las "actividades prácticas" a que se está obligado en las sociedades poco evolucionadas. Y, en verdad, como más tarde he dicho, aplicando la palabra de Larra, en México escribir es llorar. ("El Premio Nacional de Literatura", *De viva voz,* 1949.)

Merecieron ya edición en folleto, por decisión del jurado calificador (Manuel Sánchez Mármol, Luis G. Urbina y Manuel G. Revilla), mis temas de examen para los cursos de literatura en la Escuela Preparatoria (1907), a saber: "El hombre debe amar a la patria" (y no "La ausencia de la patria", como por error lo dije en la "Carta") y la "Descripción del Bosque de Chapultepec". La conferencia sobre Moissan también se publicó en folleto (1907). Las palabras sobre los diálogos de Platón se quedaron inéditas y se perdieron. El articulito "De una cuestión retórica a *una* sociológica" (y no "*a otra*", como consta en la "Carta") apareció en el *Boletín de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria* (sociedad fundada por mí), Nº 2, 18 de marzo de 1907, pp. 21-24. En febrero de ese mismo año, para celebrar el primer aniversario de dicha sociedad, pronuncié un discurso que se publicó en la *Revista Moderna,* agosto de 1907, Nº 6, pp. 340-344, al que volveré a referirme.

En cuanto al artículo "Julio Ruelas subjetivo" (*Revista Moderna,* septiembre de 1908, pp. 12 y sigs.), la verdad es que nunca me atreví a recogerlo porque mis amigos, los verdaderos críticos de arte, me aseguraron que era muy deficiente. Sin embargo, el muy autorizado Justino Fernández acaba de recordarlo y citarlo con elogio en su excelente obra:

*Arte moderno y contemporáneo de México* (1952). A la muerte de Ruelas, dice, "ninguno habló tan acertadamente como A. R." (pág. 210). "Ya me he referido antes y en relación con Ruelas a esta crítica ejemplar, y no es necesario insistir en ello, mas éste es el sitio en que hay que señalar el nivel a que había llegado la conciencia crítica (1908), antes que todo acabase por ser modificado. Que A. R. señalara oportunamente el sentido del arte nuevo, la conciencia de que las visiones subjetivas son la radical realidad, en contra del supuesto objetivismo con que antaño se pretendió juzgar el arte, es muestra de que los tiempos eran otros, pero pocos lo comprendieron así. R. fue uno de ésos. El siglo estaba claramente a la vista" (pp. 269-270). Y con igual aprobación, que mucho me honra, me cita y comenta en otros lugares de este libro.

En cuanto a mi tesis sobre la *Teoría de la sanción,* se publicaría, sin tener yo noticia de ello, en el *Diario de Jurisprudencia y Legislación del Distrito y Territorios Federales,* dirigido por el licenciado don Victoriano Pimentel —uno de los sinodales de mi examen profesional—, del 29 de julio de 1913 en adelante.

Para explicarme sobre mi "Carta a dos amigos" he debido adelantar algunas noticias. Despejado el campo, puedo trazar la ruta que conduce a las *Cuestiones estéticas.*

## 2. *Camino del libro*

Pisaba yo las últimas gradas de la Preparatoria y, a falta de mejor cosa, me disponía para la carrera de Derecho, procediendo por aproximación, cuando aconteció mi verdadero acceso a la vida literaria. Un poeta potosino, José María Facha, un sobrino de Othón, que había obtenido en Monterrey su título de abogado porque creo lo desterró de San Luis su inquina contra monseñor Montes de Oca, apareció unos días por México. Aunque mayor que yo, éramos buenos amigos. Salimos a pasear juntos el domingo por la mañana, a la moda de entonces, por la Avenida de San Francisco y Plateros. Nos encontramos con uno de los más oscuros colaboradores de

una revista juvenil que iba a lanzarse por esos días, y él nos invitó a visitar a los poetas que a esa hora se reunían en la redacción.

Yo había contemplado con envidia y anhelo los anuncios de la tal revista, *Savia Moderna,* algo como una hija de la célebre *Revista Moderna,* aún viva y operante por obra y gracia de don Chucho Valenzuela y los últimos modernistas; pero distaba mucho de figurarme que pronto me sería posible ingresar en sus filas; me daba cuenta de que era demasiado temprano. Nos encaminamos a la Avenida del Cinco de Mayo, donde estaba la redacción de *Savia Moderna,* cuyo director efectivo era Alfonso Cravioto. Cravioto se apartó conmigo. Había figurado tiempo atrás en ciertos actos de oposición contra el gobierno de mi padre, y eso mismo —como hombre bien intencionado que es— lo hizo desear conocerme y mostrarse afable. A poco, ya publicaba yo mis renglones tanto en esta revista como en la de Valenzuela, con quien pronto me relacionó su hijo Emilio.

En 1906 hice, pues, en *Savia Moderna* mi aparición poética con el soneto "Mercenario", que era sin duda defectuoso, que me valió algunos reproches verbales del profesor Manuel G. Revilla y de cierto prefecto preparatoriano —un señor Zubieta— aficionado a la literatura, y que se publicó ya muy corregido en mi primera colección de versos: *Huellas,* 1923. (Y no "1922" como reza la portada, ni menos "1933" como se imprimió por error en mi *Obra poética,* 1952.) A Cravioto le impresionó mucho que, en vez de perderme en vaguedades sentimentales, me ciñera al código parnasiano. Ricardo Gómez Robelo consideró, sin embargo, que no convenía dejarme entumecer en aquellas normas, sólo útiles como aprendizaje, y se propuso, por encargo de la revista, darme unos consejos escritos. Al cabo le fue más cómodo cumplir su cometido mediante la conversación y el trato. Por lo pronto, él me hizo leer a Baudelaire; y poco después, por contaminación de Acevedo, "absorbí" a Verlaine en veinticuatro horas. Manuelito de la Parra, poeta de emoción y delicadeza, aunque mal psicólogo, me dedicó entonces unos versos ("Al poeta niño"), extrañado de que no confesara yo las dulzuras e ingenuidades de mi corazón de adolescente

(¡sí, bueno es eso: dulzuras e ingenuidades del adolescente, lo más ferozmente complicado que hay en el mundo!), y casi rogándome que no hiciera versos sabios ni me dejara llevar de la tradición ni la cultura: "Y cuéntanos un poco de las almas de armiño", concluía candorosamente. Cree . . .el cordero que todos son de su apero.

Un día, Pedro Henríquez Ureña, educador desde la infancia y que había escuchado con interés mis discursos preparatorianos de 1907 —científico el uno y dedicado a la muerte de Moissan, literario el otro y dedicado a la Sociedad de Alumnos— me aconsejó someterme con mayor frecuencia a las disciplinas de la prosa, como parte de mi aprendizaje y para habituarme a buscar la forma de mis expresiones no exclusivamente poéticas. Un "vate" coahuilense poco recordado hoy en día, Miguel Pereyra, hermano de Carlos el historiador, que era mi amigo aunque también me llevaba años —por lo visto, yo estaba predestinado a la compañía de mis mayores— conoció una de esas alocuciones —la literaria— cuando yo la estaba redactando.

—Yo creo —me dijo— que usted va a acabar en la prosa, que es la música clásica.

Me puse, en efecto, a la prosa, con cierta asiduidad y afición, sin por eso abandonar los versos. Pues "yo comencé escribiendo versos, he seguido escribiendo versos y me propongo continuar escribiéndolos hasta el fin". (Prólogo a *Huellas.*) Entre 1908 y 1910 elaboré todos los ensayos de *Cuestiones estéticas.* A la primera fecha corresponde el más extenso —la interpretación de la "Electra" en el teatro ateniense— que data de mis diecinueve años.

A punto estuve de no conocerle la cara a mi primogénito. Apenas copiado el manuscrito, sufrí un grave ataque de peritonitis ganado en buena lid, por andar practicando los saltos y contorsiones del Jiu-Jitsu (yo era entonces sumamente ágil) con Julio Torri, en la Escuela de Derecho, durante los ratos perdidos.

### 3. *Crónica editorial*

El libro *Cuestiones estéticas* fue enviado de México a París para su publicación en la casa Ollendorff. Apareció a co-

mienzos de 1911. El colofón dice: "Chartres.—Imprenta Ed. Garnier.—28.10.10." Lo que alguna vez me ha hecho incurrir en confusión. Pero consta por cierta carta que la obra no salía aún de los talleres el 16 de febrero de 1911; los más antiguos acuses de recibo que he conservado datan de junio, y del siguiente mes de julio las primeras críticas de la prensa. Adviértase que la conferencia sobre Othón (1910), aunque conocida antes, es de elaboración posterior. Lo propio acontece, desde luego, con la conferencia sobre el paisaje en la poesía mexicana (1911).

Antes de la Guerra Europea (1914-1918), las casas Garnier y Ollendorff eran, en Francia, los principales centros editoriales para libros en español. Desde México, Pedro Henríquez Ureña se había puesto en contacto con el encargado de estas ediciones en Ollendorff, su compatriota el dominicano Gibbes, y allí acababa de publicar sus *Horas de estudio*. "Todas lo son para usted, muchacho", le había dicho don Justo Sierra al recibir el volumen. Entretanto, Francisco García Calderón, el joven escritor peruano a quien ya rondaba la fama, se había relacionado desde París con Pedro, con Antonio Caso y conmigo. Aprovechando estas circunstancias y la presencia de mi familia en París (yo permanecí en México para continuar mis estudios de abogado), se arregló la edición de *Cuestiones estéticas* en la "Librería P. Ollendorff", que ésta era su razón social.

Sea dicho de paso, Gibbes era hombre puntual y cortés, aunque le agradaba darse importancia como a algunos intermediarios, se tenía por muy experto en gramática y, en cierto original de García Calderón, aun pretendió corregir las frases, poniendo invariablemente los adjetivos después de los sustantivos, pues alegaba que hacerlo al revés no era castizo. De abrojos así está lleno el campo.

Yo hubiera deseado examinar desde México las galeradas de mi libro. Pero, a mediados de noviembre de 1910, Gibbes nos aseguró que ya no era posible y que "todo cambio de palabra o frase implicaría una nueva composición y el ingrato trabajo de rehacerlo todo, lo cual no entra en lo estipulado". Yo no me proponía tanto hacer correcciones de autor cuanto vigilar la pureza de la impresión. Gibbes ofreció ha-

cerlo por mí cuidadosamente; pero, en cuanto me llegó el libro, tuve que mandar imprimir cuatro páginas de erratas —setenta y tres faltas en total—, y otras he añadido después. En la ya citada "Carta a dos amigos" he confesado haber incurrido también por mi cuenta en varios errores de nombre y fecha, etcétera, que ofrecía dejar apuntados en mi ejemplar propio. Pero al fin he hecho algo mejor: acabo de aderezar —junto con el índice de autores y obras citados a lo largo del libro— una declaración de erratas y correcciones indispensables y la he remitido a mis amigos los bibliotecarios de la Universidad Neoleonesa, que con tanta paciencia han empezado a establecer mi bibliografía.

Cuando fui más tarde a París (1913), Gibbes me hizo saber que mi libro se había vendido sobre todo en Colombia, sin duda porque en México mis obsequios habían hecho la competencia al mercado. Esto, puedo decir ahora, fue el adelanto a cuenta de la Gran Cruz de Boyacá que Colombia me otorgaría en 1945.

## 4. *Consideraciones finales*

Al recibirse mi libro en México, alguien exclamó: "Sorpresa de la prematurez." Tuvo mejor acogida de lo que yo podía desear. Pero los más descontetadizos comentaban entornando los ojos: "Este Henríquez Ureña, con sus consejos, nos ha matado en flor a un poeta." Pues ¿qué sería del frágil corazón humano si no se desahogara decretando una que otra vez la ruina del prójimo?

Este libro nos transporta a los días trepidantes del Ateneo de la Juventud, donde yo era el benjamín mientras no se presentó Julio Torri, mi menor en un mes. Es conmovedor volver los ojos hacia el amanecer de una nueva era. Es conmovedor percatarse de lo que pudieron lograr, por su sola vocación fervorosa, aquellos muchachos autodidactos, que no contaron con verdaderos maestros en el orden de sus aficiones, ni tenían apenas público ni estímulo de ninguna especie, y que salieron a la liza cuando aquí no había estudios organizados de filosofía, de humanidades, de letras... Como que esa ge-

neración —la Generación del Centenario— había de echar los cimientos para la futura Facultad de Filosofía y Letras, acudiendo a desempeñar gratuitamente las cátedras en aquella incipiente Escuela de Altos Estudios que, por las conmociones de la época, se había quedado realmente en el aire, sin recursos y sin programas. En efecto, pronto estalla la revolución, el régimen muda; y, como siempre acontece, solapadas bajo los anhelos legítimos de reforma se deslizan algunas exorbitancias demagógicas. ¿Universidad, Altos Estudios, Facultades, Doctorados? ¿Traje de frac para un pueblo que anda descalzo? No, la cultura es aristocracia. ¡Abajo la cultura! Por respeto a los pies —nueva fábula de Menenio Agripa— querían cercenarnos la cabeza.

En mi ensayo "Pasado inmediato" he descrito detenidamente las dos campañas y los diversos hitos en que se desarrolló la acción de los muchachos del Centenario, y aquí me limitaré a una breve enumeración sólo para fijar las ideas:

*Primera campaña:* 1) *Savia Moderna* (1906).—2) Exposición de la nueva pintura, organizada por Gerardo Murillo ("Doctor Atl"). Véase mi conferencia "La pintura mexicana en La Plata", 23 de septiembre de 1929 (*Norte y sur*, 1944).—3) Manifestación por Gutiérrez Nájera contra los que pretendían dar un paso atrás en la marcha de nuestras letras (1907).—4) Muerte de *Savia Moderna* por el viaje de Alfonso Cravioto a Europa. Fundación de la Sociedad de Conferencias. Conferencias en el Casino de Santa María (1908).—5) Proyecto de conferencias sobre Grecia y lectura colectiva del *Banquete* de Platón.—6) Manifestación en memoria de Gabino Barreda, el educador liberal, donde se expresa una nueva conciencia política (1908).—7) Conferencias en el Conservatorio Nacional.—8) Conferencias de Antonio Caso sobre el Positivismo, en la Preparatoria (1909).—9) Fundación del Ateneo de la Juventud (fines de 1909).—10) Conferencias del Centenario en un local de la Escuela de Derecho (1910).—La nueva Universidad y la Escuela de Altos Estudios. La Revolución (1910-1911).

*Segunda campaña:* 1) Ocupación de la Universidad y, especialmente, de Altos Estudios.—2) Fundación de la Universi-

dad Popular, flotante (13 de diciembre de 1912).—3) Conferencias en la Librería de Gamoneda, etcétera (1913-1914). Para entonces yo ya estaba ausente de México.

Evocado así el cuadro de época (1906-1913), vuelvo a la historia de mi libro.

Francisco García Calderón se encargó de apadrinar la obra y le puso un prólogo espontáneo. Tuvo el acierto de prevenir prudentemente al lector sobre las circunstancias de mi ambiente y de mi persona —incluso mi edad, por si en el exceso de adornos se notaba la pluma nueva—, y pintó a grandes brochazos la fisonomía de nuestro Ateneo y sus figuras principales: Caso, los hermanos Henríquez Ureña, Acevedo, Cravioto. Añádase el nombre de José Vasconcelos, que acababa de incorporársenos, y los demás que menciono en mi "Pasado inmediato".

Cabe preguntarse si el título *Cuestiones estéticas* era adecuado. Desde luego, el libro se limita a la crítica literaria. Pero quise dar a entender que todos estos ensayos eran como otros tantos asedios a una misma plaza fuerte, la cual no acababa de rendirse; otras tantas aventuras mentales en torno a una doctrina estética que no se define directamente. No había llegado la hora de *El deslinde,* la hora varonil de enfrentarse con las abstracciones. Hasta pergeñé un prólogo para justificar mi título, pero al fin opté por no perder el tiempo en satisfacciones no pedidas. De aquí que siempre haya recordado con especial simpatía la crónica que, sobre mi libro, publicó en Francia Jean Pérès (*Bulletin de la Bibliothèque Américaine,* París, 1912). Este crítico, sin desconcertarse ante la apariencia fragmentaria del libro, acertó a seguir su nervio central casi como lo hubiera hecho yo mismo.

En cuanto al contenido del libro, varias veces he declarado que yo suscribiría todas las opiniones allí expuestas, o "prácticamente todas", como suele decirse. Hay conceptos, temas, de *Cuestiones estéticas* derramados por todas mis obras posteriores: ya las consideraciones sobre la tragedia griega y su coro, que reaparecen en el Comentario de la *Ifigenia cruel;* ya algunas observaciones sobre Góngora, Goethe o bien Mallarmé, a las que he debido volver más tarde, y sólo en un

caso para rectificarme apenas. Mis aficiones, mis puntos de vista, son los mismos.

Y, sin embargo, hasta hoy no me ha sido dable reeditar este libro, ya bastante escaso. Porque los libros, en ocasiones, parece que se los bebe la tierra como a la lluvia. Pero es mucha la tentación (y no sé si obedecerla es legítimo) de simplificar aquel estilo a veces rebuscado, arcaizante, superabundante y oratorio —esto lo señalaba ya el generoso dominicano Federico García Godoy—, estilo, en suma, propio de una vena que todavía se desborda y desdeña el cauce. Pues hay quien comienza por la timidez, y hay quien comienza por eso que se llama facundia, y a éste le conviene, como por ahí lo dejo dicho, aprender a escribir por el otro cabo del lápiz, es decir, con el borrador. En las varias veces citada "Carta a dos amigos", explico: "*Cuestiones estéticas* precede en seis o siete años (en verdad, cuatro) al resto de mis libros y se adelanta a ellos todo lo que va del niño brillante al hombre mediano. Gran respeto se le debe al niño. . ." A ver cómo me las arreglo algún día para lanzar una segunda edición, cerrando los ojos y sólo tocando lo indispensable.

Quiero concluir con una nota sentimental. No hay que alarmarse: no subiré el tono demasiado. La publicación de *Cuestiones estéticas* me valió, entre otras, dos cartas inolvidables. El 19 de agosto de 1911, Arturo Farinelli me escribía desde Austria, invitándome a continuar mis estudios a su lado, en Turín. El 31 de octubre del propio año, Émile Boutroux —benevolencia del viejo para el novato— me escribía desde París: "Tal vez se le ocurra a usted venir por acá cualquier día y charlar con nosotros sobre esos grandes asuntos que usted trata con tanta competencia como gracia y generosidad. . ." Pero yo, que a esas horas habitaba al lado de mi familia y mi padre recién desembarcado de Europa, en la casa Nº 44 de la calle de las Estaciones, la cual por instantes quiso convertirse en fortaleza, tenía que dormir —oh tiempos aciagos— con el 30-30 a la cabecera de la cama, cuando menos para satisfacer las reglas del género, la retórica del instante.

*México, 5-II-1955.*

Armas y Letras, *Monterrey, abril de 1955, año XII, núm. 4.*

## II. DE LAS CONFERENCIAS DEL CENTENARIO A LOS "CARTONES DE MADRID"

### 1. *El tránsito*

YA HE dicho que, entre las *Cuestiones estéticas* y mis libros posteriores, han de pasar unos cuatro años. Para cubrir el tránsito que va de aquella obra a los *Cartones de Madrid* —de mis últimos días en México a mis primeros días en España, pasando antes por París—, debo recordar aquí las dos "Conferencias del Centenario", por escrúpulo bibliográfico y aunque no se trate de verdaderos libros. Aún tuve tiempo de leer y de publicar estas conferencias antes de mi viaje. Nunca las he recogido en tomo.

El ensayo sobre "Los *Poemas rústicos* de Manuel José Othón" figura en el folleto *Conferencias del Ateneo de la Juventud* (México, Imp. Lacaud, 1910, pp. 15-60), y fue leído el 15 de agosto ese mismo año del Centenario. Hubo ecos favorables, y otros no precisamente desfavorables, pero un tanto burlescos. Las burlas más bien se dirigían contra el Ateneo en conjunto, sin ningún motivo especial.

Esta conferencia merece ya algunos retoques, pero veo que todavía se la cita y se la acepta en lo esencial. Fue reproducida, con otros estudios sobre Othón de Victoriano Agüeros, José López Portillo y Rojas, Luis G. Urbina y Jesús Urueta, entre los preliminares de las *Obras de Manuel José Othón* publicadas por la Secretaría de Educación Pública y al cuidado de S[alvador] N[ovo] en 2 volúmenes, México, 1928.

Con *El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX* representé al Ateneo en el Concurso Científico y Artístico del Centenario, promovido por la Academia Mexicana de Legislación y Jurisprudencia. La conferencia se publicó en folleto aparte (Tip. de la Vda. de F. Díaz de León, Sucs., 1911);

y por cierto quedó incompleta. En una nota final ofrecí que la redondearía más tarde. Nunca lo hice. Algunas páginas de este folleto, por ahora olvidado y aun entiendo que superado por la crítica posterior (Torres Bodet, Carmen Millán), pasarían a la *Visión de Anáhuac* como he de explicarlo más adelante. A este momento corresponde la elaboración de *El plano oblicuo,* cuya reseña dejaré para el día de su publicación, 1920.

Sobre esta conferencia (salvo una rápida crónica de *El Diario,* 14 de febrero de 1911: "Piensa como debe pensar, con su cabeza") no conservo comentario alguno, sea por lo corto de la edición, acaso agotada entre los miembros del Foro, sea porque el libro *Cuestiones estéticas,* que acababa de llegar entonces, se llevó toda la atención de la crítica. Con juvenil desenfado, me atrevía contra el popular "salmista" Manuel Carpio, haciendo donaire de su sandia religiosidad, la cual —dije— se reduce a un pueril asombro (menos que pascaliano, naturalmente) ante la infinidad de mundos y "globos" que el Inmenso Criador [*sic*] lanza por los espacios. No señalé suficientemente, en cambio, los aciertos de aquel poeta, aunque no los disimulé tampoco. A media lectura, tuve la pena de ver que un deudo de Carpio abandonaba el salón. Una hora después, no sé por qué causa, me encontré con don Justo Sierra. Ya le habían contado el suceso:

—Me dicen que acaba usted de sacrificar a Carpio. ¿En aras de qué divinidad?

—En aras de la Belleza, maestro.

—Bien hecho, bien hecho.

Acontecieron desgracias y tremendas convulsiones sociales. A Díaz sucedió De la Barra, y a éste, Madero. Me casé en 1911. Nació mi hijo al año siguiente. Llegó la Navidad de 1912, y con ella, la rendición de Linares, en que la estrella de mi padre declinó para siempre. Vino la calle de la Amargura, el confinamiento en Santiago Tlaltelolco, de donde mi padre salió para caer frente a la Puerta Mariana, Palacio Nacional, 9 de febrero de 1913, entre seis y siete de la mañana. Poco antes, aquel intachable liberal me había permitido aceptar el cargo de secretario en la Escuela de Altos Estudios, cargo para el cual me había nombrado Pino Suá-

rez por iniciativa del director Alfonso Pruneda y por diligencia de Luis Cabrera que manifestó singular empeño en el caso. "Sigue tu camino —me había dicho mi padre—. El mío se apresura ya a su término y no tengo derecho de atravesarme en tu carrera."

Todavía el presidente Madero —a través de Alberto J. Pani y por mediación de Martín Luis Guzmán— llegó a ofrecerme la libertad del general Reyes, si yo le daba mi palabra de que se retiraría a la vida privada. Pero yo no pude hacerlo, porque no era mi opinión —dada mi extrema juventud— la que podía dominar otras influencias y otros compromisos que arrastraban a mi pobre padre.

Cuando a su vez cayeron Madero y Pino Suárez, hice lo que estaba en mi mano: renuncié la secretaría de Altos Estudios, ahora bajo la dirección de Ezequiel A. Chávez, y sólo conservé el contacto con esa Escuela para fundar y desempeñar gratuitamente (como lo he explicado al reseñar las campañas de la Generación del Centenario) la primera cátedra de historia de la lengua y la literatura españolas. Pedro Henríquez Ureña, que era muy pobre, me trajo todos sus ahorros para que no se me obligara a cambiar de actitud. Acompañado de Pedro Henríquez Ureña, solicité de cierto amigo muy querido y muy admirado que me apartara de un cargo público, lo que no se pudo lograr. Inútilmente hice otros esfuerzos y aun rechacé la oferta de una alta secretaría particular. Anhelé poner tierra y mar de por medio y alejarme de la *vendetta* mexicana. (Léase, entre líneas, mi *Ifigenia cruel.*) Obtuve el título de abogado el 12 de julio de 1913. Me nombraron segundo secretario de nuestra Legación en París (hoy Embajada), nombramiento con su poquillo de destierro honorable. Emprendí el viaje a París a bordo del paquebote *Espagne* (un barco que muchos mexicanos recuerdan), el cual salió de Veracruz rumbo a Saint-Nazaire el 12 de agosto. Y en París permanecí hasta agosto del siguiente año, poco después de comenzada la guerra.

Sin duda que mi primer contacto con París me fue provechoso, pero lo calificaría yo mejor si lo llamo un provechoso desconcierto. Eran aquellos mis primeros pasos en tierra extraña. Ni siquiera disfrutaba yo libremente los placeres del

turista. Me absorbía la rutina de la Legación; y el servicio diplomático entendido a nuestra manera —es decir, muy mal— me convirtió prácticamente en un mecanógrafo de categoría. ¿Para eso habíamos hecho la carrera de Leyes y habíamos estudiado con cierta afición el Derecho internacional?

A título de curiosidad, contaré que entonces, para no perder mis relaciones editoriales y por mediación de mi paisano Carlos Barrera, amigo de la infancia (quien formaba parte del grupo revolucionario que esperaba su momento para, a su turno, hacerse cargo de la Legación de México en Francia), traduje anónimamente, sin afición ni ganas, *La novena de Coleta,* de Colette Yver, que Nelson publicó al fin muy alterada, creo que por 1914.

La fácil síntesis de Francia que yo me había forjado desde mi tierra se me quiso despedazar al choque de aquella realidad enorme y compleja. En mis ratos de mal humor, me sentía yo entonces más lejos de París que cuando, en la Avenida del Cinco de Mayo, de México, visitaba la Librería Bouret. Queda un eco de esta desazón en mi artículo "París cubista" (*El cazador*).

Poco a poco, mis ojos y mi sensibilidad se educaron. Comencé a discernir y a entender. En México sólo había yo llegado hasta los poetas simbolistas y los llamados decadentes. En París descubrí el nuevo movimiento que parte, digamos, de André Gide, y me encontré con la literatura militante de la *Nouvelle Revue Française.*

Yo echaba mucho de menos a los amigos de mi tierra. ¿Por qué no decir que los soñaba y lloraba en sueños? ¿Es esto un desdoro? Los hermanos Francisco y Ventura García Calderón vinieron a ocupar su sitio. En la *Revista de América,* que ellos publicaban, escribí algunos ensayos sobre la literatura mexicana, germen de mi *Pasado inmediato.* Francisco era mi vecino —cosa de la casualidad—, y una noche a la semana me permitía evocar, en su casa, las veladas aquellas de Santa María, en la biblioteca de Antonio Caso, a que me refiero en el final de *El suicida.* Cuando, a su turno, él y su esposa Rosa Amalia nos visitaban, Francisco se deleitaba paseando entre los libros de mi pequeña biblioteca, que ya

comenzaba a no ser pequeña y que yo había transportado heroicamente desde México hasta París.

Por suerte, se encontraban también allá dos antiguos camaradas míos, los pintores Ángel Zárraga y Diego Rivera, que navegaban las sirtes del cubismo y de otras revoluciones estéticas levantadas, sobre todo, por la gran marca de Picasso y aun las prédicas de Marinetti. Ellos me ayudaron a orientarme. En el taller de Diego y de Angelina Beloff conocí a Foujita y a Ilya Ehrenburg, que entonces escribía su primer libro o uno de sus primeros libros —*Julio Jurenito*—, al estímulo de Diego Rivera.

Me relacioné con Raymond Foulché-Delbosc, el sabio director de la *Revue Hispanique,* y no tardaría en darle algunas colaboraciones. Yo me figuraba que iba a encontrarme con un anciano; pero era un hombre en pleno vigor, alto y barbado, que hablaba español mejor que yo, vivía solitario en su departamento del Boulevard Malesherbes, atestado materialmente de libros, y sólo salía a la calle los viernes.

Entrado ya el verano, el sabio se fue de vacaciones al pueblecito de Bourron, cercanías de Fontainebleau, lugar predilecto de los paisajistas y de Robert Louis Stevenson, lo que ya he contado también en "El reverso de un libro". Me convidó un día a su lado y me hizo pasear por los campos de la dulce Francia. Años después, cuando yo ya me encontraba en Madrid, tuve la suerte de ayudarlo, en calidad de humilde albañil —pues él, desde Francia, era el arquitecto— para la edición monumental de las obras de Góngora fundada en el manuscrito Chacón, que el poeta dejó preparado a su muerte; pues nunca llegó a publicar una colección de sus poemas. Añadimos un epistolario, el testamento, las dos *vidas* escritas por Pellicer, y creo que hemos dejado, en tres tomos, una edición fundamental.

Mi amistad con Foulché-Delbosc duró mientras duró su vida. Y todavía después la heredó su joven esposa Isabel —dama anglocanadiense de origen— con quien se casó a últimas fechas. Guardo todavía varios libros antiguos (clásicos españoles, siglos XVI y XVII) que debo a la generosidad de Foulché-Delbosc. Conservo mi correspondencia con él, que hasta podrá servir para ilustrar algunos extremos de nuestra

edición gongorina.* Y cuando falleció en 1929, encontrándome yo al frente de nuestra Embajada en Buenos Aires, redacté anónimamente esta noticia necrológica para una revista de jóvenes:

> Su nombre está asociado a todas las modernas investigaciones sobre la historia literaria española. Manifestó su interés por América —con cuyos escritores mantuvo constantes e íntimas relaciones—, organizando y publicando en su autorizada revista una serie de monografías sobre las literaturas de nuestros países. Maestro consumado en asuntos de bibliografía, supo (y esto es característico de su obra) sacar la mayor cantidad posible de inferencias por sólo los datos materiales de un libro, considerado como objeto físico. Últimamente, sus preciosos trabajos en torno a la obra de Góngora habían dado popularidad a su nombre en el mundo de los no especialistas. Su actividad era ejemplar y deja seguramente mucha labor inédita. Deja también una de las mejores bibliotecas hispánicas del mundo. (*Libra*, I, Invierno —número único—, Buenos Aires, 1929, pág. 97.)

Su biblioteca, en parte, se dispersó en las ventas al martillo del Hôtel Drouot (París), y en parte, fue a asilarse en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, donde yo encontré algunos volúmenes, viejos conocidos míos.

La verdad es que, en la noticia necrológica de *Libra*, me quedé corto. Pude añadir que, más de una vez, Fouché-Delbosc desbordaba el campo de su estricta especialidad y, bajo seudónimos que le imponía el pudor —según podrá apreciarlo quien consulte su Catálogo y su Bibliografía, redactados después de su muerte por Julio Puyol y Alonso— llegaba hasta la literatura contemporánea. Pude añadir que aquel erudito implacable y áspero polemista, no exento de pasión y amargura, era, en lo personal, el más perfecto *honnête-homme*, según las mejores tradiciones francesas, ameno corresponsal, amigo exquisito y hombre de excelente compañía, capaz de los más firmes afectos. El mundo en que yo viviría más tarde en Madrid —me refiero especialmente al grupo de los filólogos e hispanistas— no era precisamente de su devoción. Ello no empañó nuestra amistad. Siempre lo recordaré con respeto y afecto.

* La correspondencia de Reyes con Foulché-Delbosc se publicó en *Ábside*, 1955-1957, tomos XIX a XXI, en diez entregas. [E.]

Una de mis primeras visitas en París fue para el maestro Ernest Martinenche que, por 1910, asistió, en México, al bautismo de la nueva Universidad, en representación de la venerable Sorbona, y que era uno de los centros obligados de toda relación con España e Hispanoamérica. "¡Qué Ernest Martinenche, ni qué ocho cuartos! —le decía Unamuno—. ¡Usted es don Ernesto Martínez!" En su casa conocí al gran poeta Jules Supervielle, que hacía entonces sus primeras armas, y al simpático y caballeroso Charles Lesca, ambos con un pie en el Uruguay y otro en Francia, aquél llamado a muy altas cumbres y éste muerto pocos años más tarde, cuando ya nos lo había arrebatado la política de la Acción Francesa.

Era Martinenche hombre vivaz y encantador, a quien la ciencia no le pesaba, dotado de un humor chispeante, y que tenía la mano y el espíritu siempre abiertos. Publicados ya aquellos libros sobre Victor Hugo y España, sobre el teatro español y Francia —donde, no lo olvidemos, examinó las influencias de nuestro Ruiz de Alarcón en Corneille—, vivía como desengañado y acaso se daba todo a su cátedra y al trato social. Cuando mi segunda estancia en París (1924 en adelante), era, con el poeta cubano-francés Armand Godoy (tradición de Armas y de Heredia), el animador de la *Revue de l'Amérique Latine*, de tan grato recuerdo para cuantos a ella nos acercamos.

Mi hermano Rodolfo que, naturalmente, acabaría por no entenderse con Huerta, y salió del Gabinete, asumió una actitud acusatoria en la Cámara, fue a dar a la cárcel con todos los diputados y finalmente fue desterrado, se reunió conmigo en París. Apenas comenzaba yo a recomponer mi idea elemental de Francia, cuando sobrevinieron dos accidentes que me obligaron a cruzar la frontera y a radicarme en España. Uno fue la Guerra Europea (1914-1918), y otro, al triunfo de Carranza, la supresión en masa del Cuerpo Diplomático y Consular Mexicano en el extranjero. O mejor, la suposición de que tal cuerpo de funcionarios no existía ni había existido nunca, o de que le cabía, en masa, alguna responsabilidad por lo que sucedía en México. Se procedió, cierto, a hacer algunas paulatinas y muy contadas excepciones. Pero, por lo pronto, hubo de todo entre los funcionarios abandonados a su

suerte. Yo sabía ya, desde que salí de México, que mi situación era precaria, y pronto traté con las casas Ollendorff y Garnier que, en principio, se manifestaron dispuestas a darme trabajo llegado el momento. Pero la guerra cerró las puertas de ambas oficinas editoriales y, de paso, a mí también me las cerró. ¿Qué podía yo hacer en París, extranjero de veinticinco años? ¿Podía yo regresar a México para mostrar mi alma por la calle y dar explicaciones sobre lo que he callado más de ocho lustros? Además, yo no tenía recursos para el viaje y, la verdad, quería seguir mi senda propia. "Ya no existen los Pirineos", me dije, y emprendí ese viaje a España de que he dejado la crónica en "Rumbo al sur" *(Las vísperas de España)*. De una vez para siempre cito estas páginas, que se relacionan con todo lo que ha de seguir, así como "El reverso de un libro" *(Pasado inmediato)*.

## 2. *En España*

Llegué, pues, a tierra española, donde mi hermano Rodolfo, ya acompañado de su familia, nos recibió en su casa. En San Sebastián permanecí menos de un mes, meditando mis primeros planes, antes de emprender "el sitio de Madrid", como hubiera dicho Henry James. Allí conocí a un gran español, "Azorín". Y aunque don Francisco A. de Icaza andaba también por la Bella Easo, sólo lo encontré más tarde en Madrid. Con ambos había de unirme una amistad inquebrantable.

"Azorín" es algo retraído. Mi nombre no le decía nada, y por aquellos tiempos, los mexicanos —fuera de Rodolfo Gaona— éramos allá desconocidos. Cuando le pedí por carta una entrevista, yo sé que vaciló un poco. Por suerte lo consultó con Icaza, tan mexicano como español por su larga residencia en Madrid y su vinculación con aquel mundo literario, donde gozaba de gran renombre. Icaza tranquilizó a "Azorín" respecto a mi modesta persona y me otorgó el *Nihil obstat*. "Azorín" me permitió visitarlo, y a poco paseábamos juntos por las playas. Vencido el primer obstáculo de aquella cara inexpresiva, aquella impasividad más escandinava que alicantina, aquella habla casi tartamudeante y defectuosa

(eliminación de la *c* fuerte), la finura y la incomparable sutileza de aquel hombre me subyugaron poco a poco. Ni él ni yo, lo digo con orgullo, hemos olvidado aquel encuentro. Quince años más tarde, me escribía con ese su estilo inconfundible que recuerda el tono de su voz:

> ...Yo tengo siempre presente la imagen del amigo, en San Sebastián, la primera vez que lo vi. Y luego, la sensación de una mañana —la del 13 de septiembre de 1914— en que paseé con él por el Paseo de los Fueros, a las once de la mañana. El cielo estaba azul, con unas nubecitas blancas. Claro que por algo me acuerdo yo de todos los pormenores de esa mañana...

A través del tiempo y las mudanzas, se ha mantenido esta relación, que el trato de Madrid, así como ciertas colaboraciones y viajes por el sur de Francia —los referiré más adelante— habían de hacer más estrecha. A tal punto, que estoy cierto de conocer a "Azorín" mejor que la mayoría de los hombres de mi generación, sin exceptuar a sus compatriotas.

Pero vuelvo al hilo de mi relato. Estábamos en San Sebastián. Decidí dejar allí a mi mujer, a mi hijo y a mi fiel criada bretona, mientras encontraba mi acomodo. Nuestro llorado Ángel Zárraga se hallaba a la sazón en Fuenterrabía. Nos pusimos de acuerdo e hicimos juntos el viaje a Madrid, a donde desembocamos el 2 de octubre de 1914. Y entonces rodé por esas posaditas de que en otra parte hago mención (Carta-Dedicatoria de los *Cartones de Madrid*). He venido "a pretender en Corte", a ver de ganarme la vida, como el abuelo Ruiz de Alarcón, a quien más tarde evocaría en mis palabras ante el Ayuntamiento, declarándome "un voluntario de Madrid" (*Calendario,* fragmento destacado del discurso ante el Ayuntamiento de Madrid que he recogido en *De viva voz*).

### 3. *Madrid y los "Cartones"*

Para reunirnos con Jesús Acevedo, Ángel Zárraga y yo paramos en Carretas Nº 45, frente a la antigua mazmorra de Correos. Posada de la Concha ("Concha Cabra", en honor del dómine de Quevedo). Nos dan una tras-alcoba, cuya parte

exterior ocupaba el estudiante Quebrantahuesos, que así fue llamado porque cenaba pajaritos fritos y dejaba en la chimenea los relieves de su yantar. Comenzaba el año académico, y el Quebrantahuesos olvidaba cada día otro texto sobre su mesa. Una mañana aparece, junto al armario, un loro en su estaca.

Acevedo, recién casado y también huido de México, donde había sido, bajo Huerta, director de Correos, "me esperaba", en toda la profundidad del vocablo, y había suspendido, entre tanto, sus emociones. Zárraga se va reintegrando en la vida del café madrileño, que ya conoció y practicó antes de su instalación en París; esa vida ateniense... A todos nos cuenta sus planes de encerrarse en Toledo, entre cuatro muros encalados, para pintar y moler él mismo sus colores. Acevedo se fue una mañana a Aranjuez; Ángel, una tarde, se fue a Toledo.

Eduardo Colín, que aún colgaba de la Legación de México, me llevó de noche a los barrios bajos, cosa terrible en su mortecina quietud, sus calles empedradas, sus faroles de gas como adormilados. Encallamos en el Teatro Madrileño: público soez y rugiente, de caras fruncidas en cicatriz; hampa que injuria a las cupletistas. La injuria en la calle de Atocha, como el piropo en la de Alcalá, son amor represo, imaginación turbada. Por una peseta, salen hasta doce mujeres, una tras otra, o bien dos a un tiempo en un juego de empellones y obscenidad cruda. Cantan mal, bailan regular. Una, admirablemente. Si Dorian Gray la descubre aquí, se casa con ella. Se entrega a la danza y no oye al público. Su garganta se martiriza y sus ojos se extravían y ausentan. Lo demás, nada: camareras escapadas de noche, debutantes pobres, camino más bien del prostíbulo. Saben reír cuando el público las maltrata. Todo, al gusto de "Monsieur de Phocas". Quiroz, el pianista, es víctima del auditorio. Una vista cinematográfica es interrumpida a silbidos: el público quiere carne humana, como el ogro del cuento.

Vuelvo a la posada de la Concha. ¿Es Ángel esa sombra de la otra cama? ¡No puede ser! Terror de las *Noches árabes* de Stevenson. ¿Si será un cadáver? Enciendo la luz: es un viejo escuálido y tosijoso, hermano de Concha. Vivimos en

plena Picaresca: *Lazarillo, Alfarache.* No soporto la compañía del azar. Al día siguiente —dicho y hecho— me mudo a otra posada, calle de San Marcos Nº 30, 2º izquierda. Es la casa de Doña Justa. ¿Doña Justa Cabra? Veremos cómo da de comer. Tengo un cuarto diminuto y limpio, pulido como si fuera de porcelana, como si fuera una borcelana. Lo he poblado en un instante con mi melancolía y mis recuerdos. Me siento aquí como encarcelado. Doña Justa me tiende la cama en persona. La noche es fría, me echo la gabardina encima. Una madre llora sin cesar por su niña que se le está muriendo. Decido mudarme nuevamente, y me mudo a otra posada próxima; más cara, pero de mejor aire. Dispongo de un cuarto exterior. Por entre las rejas de la ventana, compro a una vendedora ambulante los churros para el desayuno. La hija de la posadera es solícita y se declara seducida por mi habla de mexicano. Un día vino de Toledo Ángel Zárraga y almorzó conmigo. Allí disfruté las primeras noches de reposo y pude escribir. Volvió de Aranjuez Acevedo con su señora. Nos mudamos a la Pensión de Issoulié, los viejecitos franceses, calle de Génova. El matrimonio amigo tuvo allí su primer retoño.

He comenzado a acercarme por las tardes al Ateneo, conducido por Ángel Zárraga. Compañía de geniecillos indiscretos. Amistad naciente de Díez-Canedo, Gómez Ocerin, Pedro Salinas, Moreno Villa. Díez-Canedo me presenta con Acebal, en "La Lectura", para cuya colección de clásicos prepararé un Ruiz de Alarcón. El señor Acebal, mientras nos recibe, paladea un vaso de leche. A su lado, otra barba francesa, o mejor, del Greco: el poeta Juan Ramón Jiménez, atento y nervioso, con raras noticias médicas adquiridas a través de exquisitos males. Me mira con ojos fijos y penetrantes. ¡Tan amigos como llegaríamos a ser! Él ha confundido los recuerdos y ha escrito que me conoció en la plataforma de un tranvía, donde, en efecto, nos encontramos y conversamos al día siguiente.

Para recibir a los míos, que habían quedado en San Sebastián, procuré un alojamiento mejor. Descubrí, en la calle de Recoletos, una pensión de familia donde había varios mexicanos, a cargo de Mme. Adrienne Carcassonne, señora ange-

lical y gorducha. Su esposo, que estaba en la guerra, se escapó una vez para verla por unas horas, como lo hacían muchos *poílus,* a reserva de sufrir después un arresto. Una noche vino a cenar un viejo español, calvo y barbudo, alegre y autoritario, cabeza socrática, que usaba un birrete y no se lo quitó ni para ponerse a la mesa. Yo hablaba en francés con la señora, y pronto me vi envuelto en charla literaria con el personaje desconocido. Resultó ser Luis Ruiz Contreras, el traductor de Anatole France. Alejado ya del mundillo literario, era muy conocido entre la gente de pluma y había sido uno de los impulsores de la famosa Generación del 98 y fundador de la *Revista Nueva,* cuyo gimnasio he evocado en el *Reloj de sol,* con noticias que él me proporcionó, pues a él le daba ya pereza escribir.

Pasaron días. Me instalé al fin, con mi familia, en un pisito modesto pero lleno de luz, quemando mis últimos cartuchos. Era en las orillas de Madrid, a una cuadra del Paseo de Ronda, por donde acababa la ciudad: Torrijos, 42 duplicado, tercer patio, escalera C, 5º piso, letra B: letanía que enseñé de memoria a mi hijo por si alguna vez se perdía en la calle. Prieto, un mexicano de Orizaba que volvía a la patria, me vendió a precio piadoso unos muebles a medio uso. El resto se completó con cajones vacíos y un poco de buena voluntad. Frente a mí vivían unos albañiles catalanes. En un departamento contiguo se instalaron los Acevedo. Aquella noche me quedé sin una peseta. Había que comenzar desde el cero absoluto.

A la mañana siguiente, me dispuse a salir en busca de fortuna, sin duda esperando que algún pájaro del Señor me trajera la media torta como a San Antonio. Crucé el tercer patio, el segundo patio, el primer patio... Y al pasar frente al cuarto de los porteros, éstos me entregaron una tarjeta:

—Vino este señor a buscarlo. Que vaya usted a verlo, que lo necesita. Vive en Lista, a la vuelta.

La tarjeta era de don Luis Ruiz Contreras. Fui a verlo:

—Estoy algo cansado —me dijo—. Durante la cena de la otra noche lo estuve observando a usted. Se me ofrece traducir la *Historia de la Guerra Europea* que ha comenzado a publicar, en Francia, Gabriel Hanoteaux. Me conviene contar

con alguien que me desbroce el camino. Después, entro yo en acción y lo voy reduciendo todo a mi estilo personal. Le pago tanto por cuaderno. Aquí están los seis primeros cuadernos. Viene el invierno y usted necesita calentarse: aquí está el pago adelantado.

Y así salí de mi atolladero y empecé a satisfacer el apetito atrasado. En *Memorias de cocina y bodega,* Descanso 1º, he dicho ya que yo no comía entonces mucho, y que allí se me afinó la afición.

Poco después, el buen amigo Diego Redo, otro mexicano de la emigración, rica familia de hacendados y dueños de ingenios, inventó, para ayudarme yo creo, que íbamos a escribir una obra sobre el cultivo de la caña y la fabricación del azúcar, y trabajé en ello varios meses.

—Pues verá usted —me dijo sonriendo Enrique Díez-Canedo—. Yo me hallé una vez en trance de escribir algo sobre el cacao. Tal vez entre ambos podremos elaborar mañana un estupendo chocolate.

Poco después, se avecindó también en Torrijos Martín Luis Guzmán con su familia, recién llegado de México.

Entonces escribió su librito *La querella de México.* Cuando podíamos, Acevedo, Guzmán y yo nos íbamos valientemente a los Toros. Cuando no podíamos, divertíamos a las familias con parodias de óperas italianas o con "cuadros plásticos", inspirados en las colecciones de El Prado; por ejemplo, yo era el Conde Duque de Velázquez, Acevedo era el caballo en que va montado, y Martín Luis —yo no sé cómo—, simulaba el fondo del Paisaje. (Ver "Notas sobre Jesús T. Acevedo", 2ª ed., II, pp. 292-299.) Pepito Gamboa pasó también por ahí, como un raudo meteoro, con planes fantásticos sobre la fundación de una revista literaria. No sé qué fue de él, pero sé que no hubo revista.

Diego Rivera y Angelina Beloff estaban en Mallorca cuando se declaró la guerra: de allá se trasladaron a España. Vivían cerca de la Plaza de Toros, en compañía del escultor Lipchitz y de otro ruso-hebreo llamado Landau. Cuando Diego decidió volver a París para arreglar asuntos de su trabajo, Angelina se pasaba el tiempo con nosotros.

Aunque tardé, pues, en publicar mi segundo libro, no por

eso abandoné la pluma. Al contrario, nunca había yo colaborado más en revistas de Europa y de América, ni me había visto en el caso de someterme, para una parte de mi labor, a disciplinas filológicas más rigurosas. Pero de esto trataré después.

Mi larga permanencia en la Villa y Corte puede dividirse en dos etapas: la primera, de fines de 1914 a fines de 1919, en que me sostengo exclusivamente de la pluma, en pobreza y en libertad; y la segunda, de 1920 a 1924, en que, tras de haber sido unos meses secretario de la Comisión Histórica Paso y Troncoso, bajo la dirección de don Francisco A. de Icaza y en compañía de Artemio de Valle-Arizpe, me reintegro al Servicio Diplomático en nuestra Legación de Madrid (10 de junio de 1920), recibo un ascenso sobre mi antiguo grado (21 de enero de 1921), y, salvo el momento inicial o las jefaturas transitorias de Sánchez Azcona y Alessio Robles, me quedo cerca de cinco años como Encargado de Negocios *ad-int.* Nuestros asuntos con España eran entonces difíciles y hasta tremebundos. Pero me fue dable aprovechar en bien de nuestras relaciones las amistades e íntimos contactos que había establecido durante mi vida anterior, como escritor y periodista.

Por su orden de publicación, los libros de mi primera etapa madrileña son los siguientes: *Visión de Anáhuac,* 1915; *El suicida,* 7 de abril de 1917; *Cartones de Madrid,* agosto de 1917. Pero el orden de su elaboración, al que prefiero atenerme, es éste: *Cartones, Visión, Suicida.*

Las primeras páginas de *Cartones* datan, en efecto, de los primeros días de Madrid. Se escribieron sobre las rodillas, en las posadas y en la calle. Al tono desbordado de las *Cuestiones estéticas* sucede un estilo incisivo y corto. Me enfrento con un mundo nuevo y procedo conforme a la estética de la "instantánea" y cediendo al primer sabor de la sorpresa. Antes de juntar en un tomito estas notas, las fui publicando casi todas en *El Heraldo de Cuba,* 11 de febrero de 1915 en adelante. "El entierro de la Sardina", por ejemplo, apareció en *Las Novedades* de Nueva York el 25 de noviembre de 1915.

La primera edición de los *Cartones de Madrid* (México, Cvltvra, 1917, tomo IV, Nº 6, colección dirigida por Agustín

Loera y Chávez y Julio Torri) lleva una estampa de Goya en la portada y tiene un delicioso aire de trabajo de aficionados. Fue amablemente cuidada por Julio Torri y Manuel Toussaint. La dedicatoria "A mis amigos de México y de Madrid" está firmada en mayo de 1917. Por agosto de ese año me enviaron los 75 ejemplares de autor.

Yo siempre he creído, a juzgar por cierta carta que recibí desde Ronda, fechada en 27 de septiembre del propio año, que los *Cartones* contribuyeron a afianzar mi amistad con Rafael Calleja, quien, por conducto de Juan Ramón Jiménez, y creo que por iniciativa de éste, ya me había encargado antes la traducción de la *Ortodoxia* de Chesterton, y para quien ya preparaba yo a la sazón ciertas ediciones populares de clásicos españoles. Siento especial inclinación para los *Cartones*, porque el escribirlos era mi única distracción en horas de angustia y por las valiosas amistades que creo deberles. "Azorín", ya en trato muy frecuente conmigo, me decía en una de sus preciosas miniaturas epistolares: "...su exquisito libro, esencia de España". Todas las palabras de "Azorín" valen oro. En México tuve la suerte de cosechar dos efusivos comentarios, ambos firmados con seudónimos: uno del "Licenciado Vidriera" (José D. Frías), *El Universal*, 18 de agosto de 1917, y otro de "Arkel" (Carlos González Peña), *El Universal*, 24 del mismo mes.

Torri me animaba desde México a juntar los *Cartones* con ciertos relatos de viajero que yo había comunicado en carta a él y a Pedro Henríquez Ureña: mi paseo con Foulché-Delbosc por los alrededores de Fontainebleau; mi encuentro con el hispanista Martinenche, con Supervielle y Lesca; mis primeras impresiones sobre los hermanos García Calderón; mi "descubrimiento" de la *Nouvelle Revue Française*... Pero yo no había conservado ninguna de esas "cartas de relación". Posible es, sin embargo, que el consejo de Julio Torri ("¿No te seduce —me decía *cum grano salis*— la fama de narrador de viajes?") me haya llevado más tarde a agrupar los *Cartones* en la colección que llamé *Las vísperas de España* (Buenos Aires, *Sur*, 1937). Lo cual constituye una segunda edición.

La tercera edición consta en el volumen antológico *Dos o*

*tres mundos,* selección y prólogo de Antonio Castro Leal, México, "Letras de México", 1944 (donde el antologista suprimió la Carta-Dedicatoria " A mis amigos de México y de Madrid"), pp. 89-162.

Sobre el texto reproducido en *Las vísperas,* justamente —pues que la primera y la tercera ediciones circularon poco fuera de México— se han hecho algunas traducciones fragmentarias de los *Cartones*. Por ejemplo: *Das Begräbnis der Sardine* ("El entierro de la Sardina"), por R. Kaltofen, publicada en el *Morgenzeitung,* Mahrisch-Ostraw (Checoslovaquia), 15 de febrero de 1938 y reproducida en periódicos de Austria y Lucerna.

De la nota final que puse en *Las vísperas* copio los pasajes siguientes:

> José Ortega y Gasset me ha dicho que no entendí bien sus palabras en "El derecho a la locura". Como hay una justicia, yo pagué mi error viendo cómo cierto intérprete de Rivera aprovechaba las observaciones y aun las citas clásicas que allí aporto al tema del cubismo. *(Me refiero a los inocentes plagios que he señalado expresamente en mis "Epílogos" de 1953, Nº 4, segunda serie de* Marginalia.*)*
>
> Al releer estas páginas se me ocurren referencias a otros libros en que toco asuntos semejantes. A propósito del "Estado de ánimo", donde empiezo hablando de la Residencia de Estudiantes, me acuerdo de cierto pasaje que le dediqué en la 5ª serie de *Simpatías y diferencias (Reloj de sol).* Además del artículo sobre "Valle-Inclán, teólogo", me he ocupado del gran gallego universal en la 2ª serie de *Simpatías y diferencias* ("La parodia trágica", "Bradomín y Aviraneta"); en la 4ª serie, *Los dos caminos* ("Metamorfosis de Don Juan", "Apuntes sobre Valle-Inclán"), y en la 5ª serie ("El ramonismo en la actual literatura española", "Algo más sobre Valle-Inclán"), etcétera. *(Hoy puedo añadir:* "Un libro juvenil de Valle-Inclán", en la segunda serie *de Marginalia.)*
>
> A punto estuve de juntar con los *Cartones* cierta silueta de Codera y Zaidín que aparece en los *Retratos reales e imaginarios,* y cierta fantasía sobre "Los huesos de Quevedo" que figura en *El cazador.* Pero al fin no vi la ventaja de pasarme la vida haciendo y deshaciendo la tela de mis propios libros.
>
> Y como no quise caer en anacronismos, tampoco me resolví, en "Voces de la calle", a añadir una referencia a los pasajes en que Marcel Proust rozaría más tarde el mismo tema.

A mi llegada a Madrid, me encontré con Ventura García Calderón, entonces secretario de su Legación en España. Recuerdo que su hermano Francisco vino a pasar con él unos días. Ventura, que había tenido la amabilidad de llevarme a dos o tres zapaterías, porque yo aún no conocía el comercio, le decía a Francisco, frotándose las manos como quien descubre un pecadillo gracioso: "Ya di con la coquetería de Alfonso, tiene la coquetería de los zapatos pequeños." Y no, ay de mí: es que todo va con mi talla, al menos en este punto pedestre. Y entre mi talla y la de los García Calderón —"pichones de elefante", los llamaban sus condiscípulos en Lima— se notaba alguna diferencia.

Por entonces escribió Ventura *La verbena de Madrid* y unas brillantes entrevistas con Benavente y con Tomás Costa, el hermano de don Joaquín. Yo lo acompañé en esta ocasión (9 de octubre de 1914), y nos reíamos juntos de los humos que se gastaba el buen señor, creyéndose sin duda una reencarnación del "León de Graus". La manera como abrió la puerta corrediza de su salón, para deslumbrar con su presencia súbita a los dos embobados hispanoamericanos, fue verdaderamente teatral. De Monzie ha escrito sobre "las viudas abusantes" o "abusivas"). ¿Se ha escrito algo sobre los hermanos "abusantes"?

Ventura me había presentado con José Francés y su tertulia, que se reunía en las oficinas de Correos, calle de Carretas (aún no se inauguraba el nuevo edificio de "Nuestra Señora de las Comunicaciones"), y a la que concurría Diego San José, cuyo manejo del castellano interesaba a Ventura en aquel entonces. Pero yo eché por otros atajos. Y precisamente escribí "El derecho a la locura" ante la incomprensión de José Francés y otros críticos *ejusdem farinae*, cuando Diego Rivera, Angelina Beloff, María Gutiérrez Blanchard, el escultor Lipchitz, etcétera, abrieron su inolvidable exposición. María, pintora de extraordinario vigor, siempre denostada, incomprendida en su familia y en su mundo, perseguida por inicuas burlas en razón de sus defectos físicos —como siglos atrás nuestro pobre Ruiz de Alarcón—, emigró definitivamente a Francia y a Bélgica, cambió de lengua y se llamó en adelante, a secas, Marie Blanchard. No vivió mu-

cho. De aquella época, época de gran pureza en la pintura de Diego, conservo dos cuadros: *La Plaza de Toros de Madrid* (la plaza en la soledad, como creada por el torbellino de tierra gris plomiza y rosa que la circundaba por aquella orilla de la ciudad, asunto inspirado a Diego por Jesús Acevedo, que llegó a escribir sobre esto),* y *El mar de Mallorca,* en que el ácido verde-azul del agua parece haber corroído y haber dejado en carne viva las rocas de todos colores.

¡Diez años de intensa actividad en Madrid! ¡Y qué Madrid el de aquel entonces, qué Atenas a los pies de la sierra carpetovetónica! Mi época madrileña correspondió, con rara y providencial exactitud, a mis anhelos de emancipación. Quise ser quien era, y no remolque de voluntades ajenas. Gracias a Madrid lo logré. Cuando emprendí el viaje de San Sebastián a Madrid, pude sentir lo que sintió Goethe al tomar el coche para Weimar.

Universidad de México, *marzo de 1955, vol. IX, núm. 7.*

* J. T. Acevedo, "Paisaje del este: en torno a la Plaza de Toros", *El Fígaro,* La Habana, 1915.

# III. VISIÓN DE ANÁHUAC

TRAS ese primer choque o toma de contacto con el ambiente, de que es testimonio el librito *Cartones de Madrid*, instalado ya con mi familia, aunque modestísimamente, en la calle de Torrijos, el recuerdo de las cosas lejanas, el sentirme olvidado por mi país y la nostalgia de mi alta meseta me llevaron a escribir la *Visión de Anáhuac* (1915).

En el departamento de al lado, Jesús Acevedo labraba por aquellos días sus breves imágenes literarias, y especialmente, aquella paginita que llamó *Corrientes oceánicas* y que yo mismo me sentí deseoso de evocar junto a la *Visión de Anáhuac* en las notas que consagré a su recuerdo ("Notas sobre Jesús T. Acevedo", *Simpatías y diferencias*, 2ª ed., II, página 294).*

La *Visión* apareció primeramente en "El Convivio" de Joaquín García Monge (San José de Costa Rica, 1917). Aquel incomparable amigo y benemérito americano me seguía por todas partes con sus envíos y me hacía llegar sus publicaciones puntualísimamente.

La segunda edición fue el número inaugural de la colección "Índice" que comenzamos a publicar en Madrid Juan Ramón Jiménez y yo el año de 1923. Más adelante me explicaré al respecto.

La tercera consta en el volumen *Dos o tres mundos*, pequeña selección de mi prosa bautizada y preparada por Antonio

* Este artículo de Acevedo se publicó bajo el título de "La llegada del Galeón", en la revista madrileña *Alrededor del Mundo*, según creo recordar. Genaro Estrada, *Nuevas notas de bibliografía mexicana* (1954), p. 5, lo llama *La Nao*, y tal vez tenga razón: pero considera que es el único capítulo publicado hasta hoy del libro inédito que Acevedo dejó a su muerte, y para el cual, a modo de prólogo, yo escribí las notas a que arriba me he referido. La verdad es que Acevedo llegó a publicar algunos otros fragmentos, todos de 1915. Yo, al menos, guardo en mis archivos "Las Tres Gracias" (impresiones sobre cuadros del Museo del Prado), "Paisaje del este" (citado en mi anterior capítulo, a propósito de la "Plaza de Toros" de Diego Rivera) y "Paisaje del oeste". ¿No habrá un amigo piadoso que recoja estas deliciosas acuarelas?

Castro Leal para "Letras de México" (1944, pp. 179-218), a la cual ya me he referido.

La cuarta edición (México, 1953), donde hice ya algunos leves retoques, fue provocada por haberse adoptado la obra como texto para las máximas oposiciones de Francia: la "agregación de español". La poetisa y crítica Mathilde Pomès, que ha traducido mis versos y mi prosa y varias veces me ha dedicado comentarios tan benévolos como inteligentes, quedó encargada de explicar el texto a los candidatos, lo que es una suerte para mí. Las consultas que a este fin me ha dirigido hicieron nacer las presentes páginas, y de allí surgió esta historia de mis libros que voy redactando poco a poco.

Por último, el presente año de 1955 me encuentro con una inesperada quinta edición, al incorporarse mi opúsculo íntegro en una antología de la prosa moderna organizada por el señor Serrano Poncela para la Universidad de Puerto Rico, cuyas publicaciones dirige mi buen amigo Francisco Ayala. Esta antología ha sido impresa en México por los excelentes talleres de Rafael Loera y Chávez. Dado el objeto y el origen de la edición, me fue muy grato autorizarla.

Joaquín García Monge puso al frente de su edición ciertas palabras tomadas del prólogo con que Francisco García Calderón presentó mis *Cuestiones estéticas* y de un artículo que éste había enviado al *Fígaro* de La Habana por febrero de 1914. El 10 de marzo de 1917 me remitió los primeros diez ejemplares, disculpándose de que, en la página 7, renglón 4º, dijera: "La historia, obligada a *descubrir* nuevos mundos. . .", donde mi original decía: *describir*. Me gustó la errata, y la adopté decididamente en las posteriores ediciones.

Yo he sufrido mucho con las erratas. Toño Salazar me ha hecho una caricatura en que me presenta como un San Sebastián acribillado de flechas, que son erratas. Ya he dicho que el libro *Huellas* ("colección de erratas con algunos versos", según Ventura García Calderón) me metió en cama con fiebre. Pero también debo a las erratas algunos involuntarios aciertos, como el que acabo de mencionar. Véase sobre esto

mi artículo "Escritores e impresores" en *La experiencia literaria.*

A los comienzos del ensayo (pp. 12 a 14 de aquella edición, y 14 a 17 de la 4ª, la que hoy recomiendo), desde "El viajero americano" hasta "donde el aire se purifica", aproveché, con ligeros cambios, fragmentos que datan de 1911 y que constan, bajo su primera forma, en mi conferencia sobre *El paisaje.*

Fuentes principales: las *Cartas de relación* de Cortés; la *Historia verdadera de la conquista,* Bernal Díaz del Castillo, y la crónica del *Conquistador Anónimo,* que ahora resulta una invención del Ramusio; lo cual, por suerte, para nada afecta mi ensayo.

En la primera edición (1917), constaban también algunas de mis fuentes modernas: Fueter, sobre la transformación del género histórico, y Hörschelmann, sobre la representación de la flor en la pictografía indígena; pero suprimí ambas citas en las subsiguientes ediciones por una observación que me hizo, en carta privada (París, 20 de marzo de 1917), el hispanista francés Raymond Foulché-Delbosc, sobre la inconveniencia de perturbar con estas citas la evocación, la imagen del siglo XVI, en una obra de carácter no erudito o documental, sino exclusivamente artístico. Esto aparte, la obra sólo fue realmente advertida por la crítica en la segunda edición (Madrid, "Índice", 1923).

Entre los años de 1921 y 1922, Juan Ramón Jiménez y yo llegamos a publicar hasta cuatro números de una revista cuyo nombre se ha popularizado después. La revista se llamaba *Índice,* se deseaba hacerla aparecer mensualmente, tenía cierta calidad de transparencia, cierta condición de aérea vivacidad, vertiginosa y saludable, como todo aquello en que Juan Ramón pone la mano. La impresión era pulquérrima y fina, obra de García Maroto, que hoy es ya todo un mexicano. En aquellos cuadernos escribían solamente los jóvenes o los juveniles, y algunos hicieron allí sus primeras armas. Entre sus firmas, amén de las consagradas y conocidas (Juan Ramón, Antonio Machado, "Azorín", Ortega y Gasset, Díez-Canedo, Pedro Henríquez Ureña, Moreno Villa, Gómez de la Serna, Adolfo Salazar, Corpus Barga) se estrenaban, o se estrenaban

casi, las de Pedro Salinas, Antonio Espina, José Bergamín, Jorge Guillén, Federico García Lorca, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Marichalar. *Índice* no ofreció programa: demostraba el movimiento andando. Recogía páginas selectas, españolas y universales. Cada número llevaba un suplemento humorístico y caprichoso con un dibujito a colores: "La rosa de papel", "El lorito real", "La sirenita del mar", y en el 4º número, un trazo de Wladyslaw Jahl. En los suplementos, Enrique Díez-Canedo y yo inventábamos cartas cambiadas entre el Greco y don Luis de Góngora, un debate medieval entre Don Vino y Doña Cerveza, nos reíamos de los que discutían en serio nuestros documentos imaginarios, hacíamos un palmo de narices al "espíritu de pesadez". (Ver: *Burlas literarias*, Archivo de Alfonso Reyes: B-1, México, 1947, donde reproduzco esos juegos.) Guarden la revista quienes tengan la suerte de poseerla, que es ya una curiosidad bibliográfica.

A la revista sucedió, en 1923, la Biblioteca de Índice, que como he dicho se inauguró con la segunda edición de mi *Visión de Anáhuac* y cuyos sucesivos volúmenes son: Bergamín, *El cohete y la estrella;* Góngora, *Fábula de Polifemo,* que yo preparé; Espina, *Signario;* Benjamín Palencia, *Niños,* colección de dibujos, y Pedro Salinas, *Presagios*. El Nº 6, que se anunció y nunca llegó a publicarse, iba a ser un tomo de Rubén Darío, *Cartas y versos a Juan Ramón Jiménez*.

Recordaré, por su orden, los principales juicios sobre esta segunda edición, que, naturalmente, no me propongo copiar íntegros:

> Era necesaria la impresión totalizadora del poema, ajeno al engorro del análisis y del dato, pero agudo y pleno de emotivas esencias. Esto ha conseguido A. R.: un cuadro, una proyección vivaz y lírica del legendario valle de Anáhuac. La obra está concebida y escrita con una sorprendente, diríamos, *puntualización* de estilo... exactitud verbal, dinamismo, equilibrio fonético, elasticidad.—Antonio Espina. (Semanario *España*, Madrid, 31 de agosto de 1923.)

> A. R. es un transmutador de la emoción lírica en emoción geográfica... A. R. ha tallado con su visión, sobre la piedra de Anáhuac, el camafeo mexicano —cosas y hombres— que descubrieron

los centauros extremeños.—Corpus Barga. (*Revista de Occidente,* Madrid, julio-septiembre de 1923, I, 2.)

Mais voici que l'érudit et poète A. R., dont j'ai déjà étudié l'oeuvre, nous offre un petit livre, *Visión de Anáhuac,* où se trouvent de précieux éléments de folklore. Certes, c'est un ouvrage d'érudition et d'évocation ou l'auteur déploie son savoir et son don lyrique, mais qui abonde en détails sur les moeurs et les arts des anciens aztèques.—Francisco Contreras. (*Mercure de France,* París, 15 de octubre de 1923.)

El opúsculo de R. es una evocación del antiguo imperio azteca tal como lo hallaron los conquistadores españoles, trazada con finura y curiosidad literaria y la preparación erudita para las disciplinas históricas que el autor reúne.—E. Gómez de Baquero. ("La América vieja y la América nueva", *El Sol,* Madrid, 31 de octubre de 1923.)

A. R. quatunque vive a Madrid (o forse perchè vive a Madrid?) non può scordare di essere messicano. . .—Mario Puccini. (*Il Secolo,* Milán, 9 de noviembre de 1923.)

"Azorín", tras una alegoría gracianesca, diálogo entre el extranjero blanco y el nativo cobrizo, escuchado por un león, un caimán, un lobo, una serpiente y un águila, e interrumpido por la aparición de dos multitudes encontradas, dice:

A. R., el fino erudito —artista y erudito— acaba de publicar un libro singular. Se titula *Visión de Anáhuac* (1519). El libro de R. es una descripción espléndida de la Nueva España en los tiempos de la conquista. La prosa del autor se desenvuelve precisa, limpia, vivamente coloreada. Asistimos materialmente a una vida que no hemos vivido. . . Españoles y americanos tenemos nuestros antecesores en los hombres que pacientemente, a lo largo de los siglos, han labrado una civilización. . . A. R., en el epílogo breve y elevado de su *Visión de Anáhuac,* llega a una conclusión de humanidad, de piedad y de independencia. Merece plácemes nuestro amigo. Y merece aplausos sinceros por la labor tan limpia y amorosa que realiza día por día, de informar al público de su patria del movimiento intelectual español. Hombres como A. R., honran a su patria nativa y a la tierra española. ("Imitación de Gracián", *A.B.C.,* Madrid, 28 de noviembre de 1923.)

Y al día siguiente, me explicaba por carta: "Celebro que le haya gustado mi alegoría. La he escrito con verdadero

cariño. Hubiera yo querido precisar un poco más. Al hablar de las dos muchedumbres que avanzan, en una hubiera hecho ver 'reflejos de corazas'; en la otra, 'lanzas y ballestas'. Y antes hubiera también evocado —levemente— las hogueras de la Inquisición (para España) y los sacrificios humanos (para México). No lo he hecho por temor a las dos censuras: la del periódico y la gubernativa. Pero acaso lo haga cuando recoja en volumen el artículo." Ignoro si lo habrá recogido. En la colección de Aguilar no lo encuentro, a menos que le haya cambiado el título o que yo haya buscado mal en esos tomitos de tan arduo manejo y de papel tan delgado.

Esta alegoría de "Azorín" despertó la curiosidad de Federico García Sanchiz, quien, encontrándose en París, me pidió el libro al mes siguiente, y luego me escribió una larga y sabrosa carta de que entresaco esta observación ingeniosa: "Claro que también usted ve, contempla, analiza el espectáculo antiguo con ojos actuales. No hace un proceso, como 'Azorín'. Sencillamente, *complejamente,* hace una perspectiva adecuada a las circunstancias... Un detalle del libro lo explicará como una imagen: la *Visión* se refiere a 1519, y está fechada en 1915... Con los mismos números, distintas cifras, cantidades. Este juego vale por el otro."

Por el amor que muestra a la tierra mexicana, nos transporta a las páginas tan olvidadas y plenas, sin embargo, de un sublime mexicanismo, del Nigromante o de don Justo Sierra. El estilo de R. en la *Visión de Anáhuac* alcanza toda la nobleza de aquellos de nuestros mejores escritores que han trabajado por descubrir la rica alma de nuestro pueblo. Nota anónima. (*Conozca usted a México,* marzo de 1924.)

Norberto Pinilla califica la *Visión* como obra de un humanista poético y elogia la prosa en que está escrita. (*El Liberal,* Santiago de Chile, 24 de diciembre de 1933.)

La 4ª edición (1953) fue saludada con unas generosas palabras de Gabriel Arroyo, donde ofrece al lector un breve resumen bien calculado para despertar el apetito. (*Todo,* México, 1º de abril de 1954.)

La *Visión* ha sido fragmentariamente traducida varias veces: 1) Al inglés: en *Edna Poets,* 1932; y en *The Position*

*of America, and Other Essays,* trad. Harriet de Onís (Nueva York, A. A. Knopf, 1950). 2) Al alemán, trad. Inés E. Manz (*Berliner Lokal-Anzeiger, Unterhaltungs-Beilage,* Berlín, 23 de julio de 1932). 3) Al checo, por Zdenek Smid, con otras páginas más de *La saeta* y *La caída* reunidas en el libro *Triptych* (Brno, Atlantis, 1937). 4) Al francés (íntegra), que he dejado para el fin aunque sea anterior, por las reseñas que menciono a continuación. La descripción es la siguiente:

*Vision de l'Anahuac* (1519), trad. Jeanne Guérandel, introd. de Valery Larbaud, portrait de J. Moreno Villa, gravé par C. Aubert, París, Edit. de la *Nouvelle Revue Française,* 1927, 62 pp.

Jean Cassou hizo algunos retoques a la tradución. Yo recibí el tomo cuando me encontraba ya en Buenos Aires (20 de abril de 1928), aunque la obra se empezó durante mi segunda permanencia en París, donde residí desde fines de 1924 hasta el 21 de marzo de 1927.

En su introducción, Larbaud decía (traducimos):

> La breve *Visión de Anáhuac* es, bajo la forma de un tratadito histórico, un verdadero poema nacional mexicano. Es la descripción minuciosa como en los cuadros de Breughel, de la antigua ciudad de México, tal como ella apareció a los ojos de los conquistadores. También es una descripción lírica, y de un lirismo emparentado con el de Saint-John Perse: gran poema de colores y hombres, de monumentos extraños y de riquezas acumuladas; en suma, la verdadera "visión" ofrecida por el autor, en todo su brillo y su misterio.

Las siguientes citas dan testimonio de la acogida que el libro tuvo en Francia:

> Le Méxique, c'est l'Egypte des Amériques comme le Pérou en est l'Inde. Sur les hauts lacs, la capitale aztèque offre la réplique monumentale des Pyramides. R. l'évoque telle qu'elle apparut aux conquérants espagnols dans sa poésie et son réalisme. Il a réussi là un rare mélange des *Mille-et-une-Nuits,* et d'évocation quotidienne, de fantastique et de vérité, imaginé un procédé heureux dont l'application —si elle était possible— aux vieilles choses d'Occident en renouvellerait sans doute l'aspect et le sens de la manière la plus imprévue. Benjamin Crémieux. (*La Nouvelle Revue Française,* París, febrero de 1928.)

México —dice Jean Cassou—, y la prueba es la *Visión* de A. R., está llamado a dar la poesía original que se espera de los países nuevos. Larbaud comparaba la obra con los cuadros de Breughel, con los poemas de Saint-John Perse. Y concluye:

> Libro minucioso, sutil, oloroso y denso, que termina en una nota melancólica, evocación de toda una lírica perdida con el desaparecido imperio azteca. (*Les Nouvelles Littéraires,* París, 24 de marzo de 1928.)

Estas semejanzas entre la *Visión* y los poemas de Saint-John Perse han sido interpretadas como una influencia directa de mi librito sobre el poeta francés por Juan José Domenchina. ("A. R. y su *Visión de Anáhuac*", en *Hoy,* México, 22 y 29 de junio de 1940.) No sé si opinó lo mismo, consultado por Domenchina, nuestro Octavio Barreda, traductor mexicano de la *Anabase.* Todo es posible: la prioridad corresponde a mi libro (1917 y 1923), puesto que la *Anabase* es de 1924 o fines del año anterior. El caso no sería deshonroso para ninguno (y para mí, al contrario), puesto que sería el caso de una mera influencia de atmósferas. Pero no hay que fingir hipótesis, no hace falta admitirlo: cada uno por su sendero.

Respecto a la intención del libro, he escrito en carta a Antonio Mediz Bolio (Deva, 5 de agosto de 1922):

> Yo sueño —le decía yo a usted— en emprender una serie de ensayos que habían de desarrollarse bajo esta divisa: *En busca del alma nacional.* La *Visión de Anáhuac* puede considerarse como un primer capítulo de esta obra, en la que yo procuraría extraer e interpretar la moraleja de nuestra terrible fábula histórica: buscar el pulso de la patria en todos los momentos y en todos los hombres en que parece haberse intensificado; pedir a la brutalidad de los hechos un sentido espiritual: descubrir la misión del *hombre mexicano* en la tierra, interrogando pertinazmente a todos los fantasmas y las piedras de nuestras tumbas y nuestros monumentos. (*Simpatías y diferencias,* 2ª ed., México, 1945, II, pp. 264-265.)

Algunos se inclinan a considerar la *Visión* como mi poema por excelencia; otros optan por la *Ifigenia cruel,* que no

es evocación del pasado o del ambiente geográfico, sino mitología del presente y descarga de un sufrimiento personal. Entre aquéllos, recientemente, Octavio Paz, en el prólogo de la *Anthologie de la Poésie Mexicaine* (París, 1952), donde considera este ensayo como "un gran fresco en prosa".

Y yo, por mi parte, creo que mi premio ha sido el que todos repitan y hayan convertido en proloquio las palabras con que se abre mi libro: "Viajero: has llegado a la región más transparente del aire." Pero estas palabras, justas todavía para la diamantina meseta, ¿siguen siéndolo, en especial, para la ciudad de México y sus alrededores? ¿Quién, al volver de Cuernavaca por el Ajusco, no ha visto con pena ese manchón de humo, de bruma y de polvo posado sobre la ciudad? Han cambiado un poco las cosas desde 1915; y en 1940 tuve que escribir la "Palinodia del polvo" (*Ancorajes*, 1951), que se abre con este lamento: "¿Es ésta la región más transparente del aire? ¿Qué habéis hecho, entonces, de mi alto valle metafísico?"

Universidad de México, *abril de 1955, vol. IX, núm. 8.*

# IV. LOS DÍAS HEROICOS

DURANTE mi edad estudiantil, usé siempre en el reloj, a manera de "leopoldina", pues la tradicional "leontina" nunca fue de mi gusto, una botita de oro que todos mis compañeros conocían y hasta servía para identificarme y dar mis señas personales. Era recuerdo de cierta ocasión en que el Agregado Militar de Alemania le rompió a mi padre la bota fuerte, cabalgando en su compañía, al echársele encima para detenerle el caballo, que se había desbocado, o mejor, "había mordido el freno", con el cortés eufemismo que entonces empleaban los jinetes por respeto a su cabalgadura. Mi padre era Secretario de Guerra y Marina y había puesto a la moda —dignificación social del ejército— la Caza a la Zorra y otros deportes. El Club Hípico Militar competía con cierto club de caballistas al que pertenecían, entre otros, el dicho Agregado y el señor Albert, condueño de la Gran Sedería.

Aquella botita era un primor. En la suela llevaba grabada la fecha del episodio. El acicate se prendía al tacón por un par de chispas; la rueda giraba en libertad. Pero mi padre, poco dado a joyas, al punto de ni siquiera usar sortija de matrimonio, me dejó el disfrute de la botita. Un día, en la Preparatoria, se me cayó en una probeta de mercurio, se amalgamó y se puso plateada. La restauramos a la llama de alcohol. La espuela, que estaba soldada, se desprendió. Nunca se la pudo sujetar como antes. Tengo idea de que llegué a obsequiarla y, a la muerte de mi padre, por ser prenda suya, me la devolvieron.

Cuando, en 1913, salí para Europa, no recuerdo haberla llevado conmigo. La botita entra poco a poco en el misterio. Al cabo, no supe más de ella. Heredó su oficio, al ausentarme de México, otra "leopoldina" que se fue en mis maletas y era también presente paterno: un guardapelo de oro con un busto de Napoleón, sujeto a una cinta de seda negra. Napoleón se lanzó en mi compañía a la conquista del mundo. En

mis primeras escaramuzas madrileñas, yendo y viniendo entre el bolsillo de mi chaleco y el monte de piedad, Napoleón me sacó de apuros más de una vez, completando las sumas que me pagaban Ruiz Contreras por sus traducciones y Diego Redo por sus fantasías azucareras. (Ver cap. II.)

Mi madre, que aún contaba con algunos recursos a los comienzos de su viudez —en tanto se cambiaban las tornas y nos tocara valerla a sus hijos, Rodolfo con la casa de Ciprés y yo con una pensión mensual—, me ayudó un poco desde lejos; y lo hacía tan discretamente que sólo más tarde lo supe: yo tomaba sus ministraciones por préstamos de mi hermano. A ella, para tranquilizarla (como Maximiliano, recién llegado a México, lo hacía con Francisco José), le escribía yo unas cartas llenas de optimismo y fingidas buenas noticias. La pobrecita sonreía y callaba.

Mi hermano, que se había establecido en San Sebastián, me envió una docena de cartas dirigidas por sus amigos donostiarras a algunas personas de Madrid, en que se me recomendaba solícitamente; pero yo no pude aprovecharlas, porque estas personas eran gente de la política que andaba muy lejos de mi órbita.

Don Francisco A. de Icaza, antes ministro en Madrid, que me recibió con afecto verdaderamente paternal, no pudo disimularme su inquietud: "Posible es —me dijo sin rodeos— que usted logre sostenerse aquí con la pluma, pero es como ganarse la vida levantando sillas con los dientes." Y desde el primer instante me acompañó con su consejo y su valimiento, con su invariable afecto que cada vez se hizo más cercano.

Amado Nervo, hasta entonces primer secretario de nuestra Legación en España, quiso ayudarme de mil modos: me puso en tratos con Villaespesa; con uno de los Maeztu (no el escritor ni el pintor) que andaba en ciertos proyectos para la publicación de una revista; con *Caras y Caretas*, de Buenos Aires; con Gregorio Martínez Sierra, que dirigía la editorial "Renacimiento"; hasta con Villegas, el director del Prado, para que me diera un pase al Museo... Pero nada de esto prosperó y ni siquiera lo intenté empeñosamente.

Como Icaza había dejado también el puesto diplomático,

y el nuevo representante, Sánchez Azcona, aún carecía de título regular, entiendo que Nervo sirvió como intermediario ante el gobierno español, al menos en los primeros instantes. Pero la situación de Nervo tampoco era segura ni definida. Antón de Olmet, buen caballero y mal poeta, se dejó llevar de un arrebato cordial y solicitó del Congreso español una imposible pensión para Amado Nervo, quien naturalmente se apresuró a declinar la oferta antes de que la solicitud se discutiera. El semanario *España* —cuyo primer número apareció el 29 de enero de 1915— pidió noblemente que, no con pensiones puesto que no se trataba de inválidos, pero de alguna otra manera eficaz, se aprovechara a los mexicanos distinguidos, a quienes las peripecias políticas habían llevado "al regazo español". Nervo sólo fue reintegrado en sus funciones por septiembre de 1916; al año siguiente era ya Encargado de Negocios *ad-int.*, y luego continuó como primer secretario bajo el ministro Eliseo Arredondo. Todavía hizo que éste me comprara mi antiguo espadín diplomático, pues aún no se suprimía en México el uniforme. En junio de 1920, al retirarse de España, Arredondo me devolvería de nuevo el espadín, que a mi turno me tocaba ya usar. (Ver mi libro *Cortesía*, pp. 27-31.) Pero ya para entonces Nervo había regresado a México, adonde salió en mayo de 1918, y lo había sucedido en el puesto Luis G. Urbina.

Don Rafael Altamira, a quien yo conocía desde México (1910), me invitó a visitarlo en cuanto supo de mi llegada a España; pero no creyó oportuno presentarme, como yo se lo pedía, con don Francisco Giner de los Ríos —quien acaso me hubiera ayudado a encontrar más pronto mi camino—, porque, según me explicó, el ilustre anciano estaba ya muy cansado y achacoso. Yo creo que don Rafael nunca comprendió bien mi situación en España y las razones de mi viaje, pues cuando, poco después, nos cruzábamos en el Centro de Estudios Históricos, siempre me decía: "¿Usted por aquí? En su tierra es donde hace falta la gente como usted." Él no podía figurarse el dolor que me causaba con eso. Muchos años más tarde tuve el gusto de verlo otra vez en México, adonde volvió con los refugiados republicanos, y aquí murió rodeado del respeto que merecía. Trabajó hasta el último ins-

tante con ardor ejemplar. No se daba a partido, y cuando sus compatriotas se quejaban, solía decir, con tono zumbón, peinando sus barbas de octogenario: "Muy mal anda el mundo. La verdad es que vamos a tener una vejez muy triste."

En tanto, año de 1915, los tres huéspedes de Torrijos —Acevedo, Guzmán y yo— nos las arreglábamos como podíamos. Martín y yo llegamos a recorrer, sin éxito, las casas de pinturas, procurando vender algunos pasteles y unas acuarelas de Acevedo, visiones de arquitecto que no interesaban al *marchand*: la Puerta de Alcalá, paisajes de las afueras. "La casa en construcción", donde los albañiles trepaban por los andamios acarreando vigas, sogas, cubos. Este último cuadro me parecía una escena egipcia, algo como la edificación de las pirámides, y hoy daría cualquier cosa por recobrarlo, pero creo que ya ni existe. Poseo solamente un "Paisaje del Oeste". En otra parte he descrito la vida de mi amigo en Madrid. ("Notas sobre Jesús T. Acevedo", *Simpatías y diferencias*, 2ª ed., II, pp. 292-299.)

La situación llegó a ser dura. Cierta vez, aprovechando una buena oferta, compré un saco de patatas para asegurar por unos días la comida de mi familia, y a régimen de patatas nos pusimos. Pero la casa de Torrijos era húmeda como esponja, las patatas echaron brotes al calorcito de las camillas o braseros y ya no fue posible comerlas. En fin. . . aquí de Napoleón. Además, los tenderos de la esquina, con la bondad propia de aquel pueblo, me fiaban todo y esperaban pacientemente y simulando no percatarse, a que yo fuera pagando como podía.

Por suerte, aquella España —todavía de la "preguerra"— conservaba un ancho margen de gratuidad. Más de una vez pedí de beber en un pueblo, y en vez de agua me trajeron vino. "El vino lo da Dios", y no me quisieron cobrar. El mozo, en los Toros, se negaba a recibir doble propina: "Ya me ha dado su compañero." El cochero de punto prefería arrancar sin cobrarme, para que yo no me incomodara en cambiar un billete al término del servicio. ¡Utopía, Jauja! (Ver mi "Ensayo sobre la riqueza de las naciones", en *Cartones de Madrid.*) El solo espectáculo callejero tenía a mis ojos cierto aire de regocijo teatral, de zarzuela de los buenos

tiempos: *La verbena de la Paloma, Agua, azucarillos y aguardiente, El santo de la Isidra,* etcétera. Un mozo, la cesta de pan a la cabeza y cantando como el muchacho de Quevedo, a quien el gusto de la copla le quita la tentación de los bollos que va acarreando, entraba por toda Hermosilla echando la voz que daba gusto y entonando "La panderetera". El vendedor de naranjas ofrecía tantas por una peseta y, después de contarlas, añadía: "Y otra porque quiero, y otra porque me da la gana, y otra y otra y otra." ¡Utopía, Jauja!

¡Ay, pero era imposible cerrar los ojos a las realidades apremiantes! Los pregones y gritos callejeros siempre me han impresionado mucho. (Ver, en los *Cartones,* la página sobre las "Voces de la calle".) Y, sobre todo, las deformaciones que produce el engaño acústico, como en el poemita "Fonética" (*Obra poética,* p. 65). Así, cuando regresé a México en 1924 —edad de "fotingos" y "chafiretes", abolición de letreros y vuelta a los analfabéticos reclamos orales—, yo creía oír, en mi esquina del Ciprés, junto a la Alameda de Santa María, cosas tan absurdas como éstas: "¡Hacer la vida en secreto!", "¡Quemar a Roma, como Nerón!" Y en el Madrid de mis días, calle de Torrijos, oía yo, lleno de angustia, a un vendedor que siempre parecía gritar: "¡Requesón de Miraflores de la Sierra! . . . ¡Ir por ahí a implorar!" Y esta última frase —imaginada y fantástica— sentía yo que me la arrancaban del alma.

La sensación de penuria se acentuaba aún con el frío. Para defenderme, aprendí a cubrirme pecho y espalda con papel de periódico, y descubrí que un rato junto a una boca de calefacción en el Museo del Prado me daba calor para un par de horas.

Como la exasperación suele ser buena consejera, con las últimas pesetas acostumbrábamos darnos un rato de asueto en los cines céntricos, y luego volvíamos a pie, compungidos, hasta nuestro barrio distante. La "Fuga de Navidad" (*Vísperas*) guarda un eco de estas penalidades.

No tardé mucho, sin embargo, en emanciparme de trabajos postizos, y pude entonces aplicarme a tareas más de mi gusto. Ya he dicho en otra parte que, desde la inauguración de mi curso sobre "Historia de la lengua y la literatura españo-

las" en la Escuela de Altos Estudios de México, yo me carteaba con Onís, por consejo de Pedro González Blanco. Ya he dicho también que, gracias a Onís, me acerqué al Centro de Estudios Históricos —bajos de la Biblioteca Nacional—, para preparar el tomo alarconiano convenido con "La Lectura" a iniciativa de Díez-Canedo; que en el Centro me amisté, además, con Américo Castro, Tomás Navarro, Antonio G. Solalinde; que don Ramón Menéndez Pidal me agregó a su sección de Filología, entiendo que por sugestión conjunta de Castro y Onís. Entonces me consagré especialmente a la literatura española moderna, del Renacimiento en adelante, trabajando en una mesa doble (lidiando en plaza dividida) con el medievalista Solalinde, que ocupaba la otra mitad.

Era la hora de las "barbas institucionistas", que así podemos llamarlas por don Francisco Giner de los Ríos, el hombre de la Institución Libre de Enseñanza, quien había creado un nuevo ambiente en la vida cultural española; las de don Francisco, las de don Manuel B. Cossío, especialista en la pintura y la interpretación del Greco; las de don Rafael Altamira, historiador de la civilización hispánica, que parecía un Shaw sin malicia; las de los hermanos Barnés, de "La Lectura", uno de los cuales vino también a morir en México; las de su lugarteniente en las labores editoriales, Francisco Acebal, que se iba retirando de la vida literaria en Madrid, pero aún escribía con cierta frecuencia para los diarios argentinos; las de Juan Ramón Jiménez; y, sin salir del Centro de Estudios, las de don Ramón Menéndez Pidal, de Américo Castro, de Onís. Acaso las de Unamuno, las de Valle-Inclán y las de Baroja procedían de zona diferente. Por aquel entonces, Onís vestía de chaqué, fieltro de alas anchas, cuello de pajarita, corbata blanca de mariposa. Tanto él como Castro, que se trasladaron, uno tras otro, a los Estados Unidos, se afeitarían las barbas en su nueva etapa americana. Lo que me lleva a contar una anécdota de don Francisco A. de Icaza, otra barba insigne. Don Luis Palomo, hombre muy conocido por sus actividades de hispanoamericanista y que presidía alguna de esas amables sociedades dedicadas a estrechar los vínculos amistosos entre "la Madre Hispana y las Hijas de Ultramar", se parecía a don Francisco A. de Icaza

—salvo el empaque "virreinal" de éste— al punto que a veces los confundían. A don Francisco no le hacía gracia esta confusión, y me figuro que tampoco a don Luis. Un día don Francisco decidió cortar por lo sano, quiero decir que se afeitó barba y bigote y salió a la calle con otra cara. Pero sucede que ese mismo día se le ocurrió a don Luis echar mano de igual recurso... ¡y los dos volvieron a quedar tan parecidos como antes!

Pero vuelvo al hilo de mi historia. Calleja empezó a encargarme traducciones y ediciones populares de clásicos, y más cosas me hubiera encargado, según la benévola acogida que me dispensó, si no fuera porque yo no me sentía inclinado a aceptar horas de oficina y prefería seguir navegando bajo mi bandera de corso.

Se creó el semanario *España* (gerente, Luis G. Bilbao; directores sucesivos, José Ortega y Gasset —tácito— y Luis Araquistáin —expreso—), y me abrió sus puertas. Martín Luis y yo escribíamos allí una crónica de cine bajo el seudónimo "Fósforo". En junio de 1916, ya como único poseedor del seudónimo, trasladé mi crónica de cine al *Imparcial,* adonde José Ortega y Gasset me llevó, diciéndome: "El secreto de la perfección está en emprender obras algo inferiores a nuestras capacidades." (Ver: M. L. Guzmán, *A orillas del Hudson,* y mis *Simpatías y diferencias,* 2ª ed., I, páginas 291-292.) En punto a crítica cinematográfica, "Fósforo" había sido precedido por ciertas páginas de Federico de Onís, publicadas anónimamente en *España.* Pero si en *El Imparcial* mi colaboración se limitaba a las notas "Frente a la pantalla", en *España* fue más extensa y propiamente literaria.

Se fundó *El Sol,* diario en que José Ortega y Gasset hacía de Eminencia Gris, Manuel Aznar era secretario del Consejo de Administración, y que dirigía Félix Lorenzo, ex director de *El Imparcial,* y donde se me confió la página de los jueves dedicada a "Historia y Geografía". Había ciertos días de la semana para la biología y la medicina, la economía política, la educación, etcétera.

Mi actividad va adelantando por varios caminos que pueden enumerarse así:

1) La literatura personal, inventiva y de creación: *Carto-*

*nes de Madrid, Visión de Anáhuac* (libros ambos de que ya he tratado), *El suicida, El plano oblicuo, El cazador, Calendario* y las páginas más tarde recopiladas en *Las vísperas de España.*

2) La poesía, fiel compañera: *Huellas* (1923) reúne toda mi producción anterior.

Estos dos grupos representan el fondo de mi labor, la obra desinteresada y constante, la que mana como respiración, la que escribo sólo para mí. Los demás grupos fueron, más o menos, como decía Alarcón de sus comedias, "virtuosos efectos de la necesidad"; sin que niegue yo por eso que satisfacían, también, una parte de mis aficiones.

3) La filología y la erudición: trabajos en la *Revista de Filología Española* (Centro de Estudios Históricos), en la *Revue Hispanique* de París, en el *Boletín de la Real Academia,* etcétera, de que saldrán los tomos *Cuestiones gongorinas* (1927), las dos series de *Capítulos de literatura española* (1939 y 1945), *Entre libros* (1948), donde hay también muchas páginas periodísticas.

Los trabajos de este grupo me ocuparon aun antes de las faenas periodísticas y, por decirlo así, desde mi llegada. Sobre este segundo grupo es indispensable referirse constantemente a mi ensayo "El reverso de un libro" (*Pasado inmediato,* 1941, pp. 95-138), donde me he explicado ampliamente respecto a la historia de mis *Capítulos de literatura española,* primera serie. Lo cito de una vez para siempre. Aquí aprovecharé algunas noticias allí contenidas y añadiré otras complementarias.

4) Las ediciones: Fray Servando Teresa de Mier, Quevedo, Arcipreste de Hita, Alarcón, Gracián, el *Cid,* Lope, Góngora, Nervo, y una antología mexicana en que simplemente ayudé a Urbina. Por su naturaleza, muchos de estos trabajos se confunden con los enumerados en el grupo anterior, o sea los eruditos, y los examinaré al mismo tiempo.

5) La literatura periodística, recogida principalmente en *Retratos reales e imaginarios* (1920), las cinco series de *Simpatías y diferencias* (1921-1926, y 2ª ed., 1945), *Aquellos días* (Santiago de Chile, 1938, libro poco conocido en Méxi-

co), y otros no recopilados aún en volumen, como *Las mesas de plomo* y la *Historia de un siglo*.

6) Las traducciones: Chejof, Chesterton, Stern, Stevenson, Álvarez, etcétera.

7) Varia: *Guía del estudiante*, en colaboración con Solalinde (1918); *Lecturas: ensayos*, selección para el Instituto Escuela de Segunda Enseñanza (1920), etcétera. Aquí hay que mencionar mis colaboraciones anónimas y secundarias, que José María Chacón y Calvo ha recordado en algún artículo y que poco fruto dieron a mi verdadera bibliografía literaria: ya para la *Cultura Hispanoamericana*, o ya para la *Unión Hispanoamericana* (meros auxilios a Roberto Taub, antiguo diplomático mexicano y compañero de mi hermano Rodolfo). Estas labores eran más decorativas que reales; nunca las tomé muy en serio. Obra perdida: *Cartapacio de Torrijos*, donde Martín Luis, Acevedo y yo coleccionábamos cuentos de loros (comenzando por el que trae Riva Palacio) y otras curiosidades de nuestro folklore.

A fin de evitar confusiones, téngase presente que una es la fecha de elaboración, y otra, a veces muy lejana, la fecha de publicación. Nunca tuve mucha prisa en formar los volúmenes, y suelo dejar mis originales años y años en reposo, con más que horaciana cautela.

José Moreno Villa organiza los recuerdos de su infancia según los cuatro costados de la casa paterna (*Vida en claro*). Pita Amor, en la biografía novelada que está escribiendo, los reparte según las estancias: sala, comedor, alcoba, sótano, etcétera. Yo puedo ordenar mis obras madrileñas conforme a mis sucesivas "moradas"; y pido perdón por manosear esta palabra de tan noble abolengo. Mi drama se divide en cuatro actos:

1º Las posadas: Carretas, San Marcos, Argensola (esquina a Génova) y Recoletos, como mera etapa de tránsito;

2º Torrijos, de que algo se ha dicho y algo más queda por decir;

3º General Pardiñas, Nº 32. Escena primera: interior, alto; escena segunda: exterior, bajo.

4º Serrano, Nº 56, que corresponde a la segunda etapa de

Madrid, a la etapa diplomática, la cual en verdad comienza desde la segunda escena del tercer acto.

Como se ve, abundan los nombres de generales: es un sino. Aun mi vieja Avenida Industria, en México, acaba de mudar el nombre por el de un general, o más bien lo mudó hace tiempo, sino que los vecinos no hicieron caso mientras no se mandaron cambiar todos los letreros de la calle. Mis residencias madrileñas se van acercando cada vez más a las zonas céntricas (desde el Paseo de Ronda hacia la Castellana), conforme prosperan mis modestos negocios. El método que seguiré, expresa o tácitamente, para levantar el inventario de mis sucesivos trabajos no es más que la aplicación de las reglas mnemotécnicas que los antiguos retóricos aconsejaban a su orador; el proemio es como un vestíbulo donde hay tal mueble o tal busto; la sala de acceso inmediato deja ver estos tresillos, cuadros, objetos de arte... Así, recordando mis moradas una tras otra, espero que se me aparezcan las imágenes de las obras en que andaba entonces. En las posadas, los *Cartones*, según ya lo he dicho; en Torrijos, como lo he explicado, la *Visión*; también mis primeras investigaciones alarconianas, mis contactos iniciales con el Centro de Estudios Históricos y lo demás que diré a su tiempo. Por ahora, vencido ya el acto de las posadas, voy a extenderme sobre los trabajos de Torrijos, comenzando por el año de 1915 y, claro es, prescindiendo ya de la *Visión*, anteriormente considerada.

Universidad de México, *mayo de 1955, vol. IX, núm. 9.*

## V. RESUMEN DE DOS AÑOS

### *Torrijos, 1915*

AL PRIMER acto madrileño, o "acto de las posadas", corresponden casi todos los *Cartones de Madrid*: véase el segundo capítulo de estos apuntes. El siguiente acto, etapa de Torrijos, se inicia con la *Visión de Anáhuac*: véase el capítulo tercero. Aquí acomodan también los trabajos que enumero a continuación:

*a)* "Góngora y *La gloria de Niquea*": mi primera contribución de aliento a la *Revista de Filología Española.* (II, 1915, 3º, pp. 274-282. En adelante designaré esta revista con la sigla acostumbrada en el mundo de la erudición, a saber: RFE. Este trabajo ha sido recogido en mis *Cuestiones gongorinas.*) Posible es que tales páginas ofrezcan, de pasada, algún interés, ya sobre la personalidad de Villamediana, sobre los secuaces de Góngora, sobre la técnica de la octava real en el maestro cordobés, etcétera. Pero la tesis principal, la atribución a Góngora de la "Alegoría de Aranjuez" —prólogo en verso a *La gloria de Niquea,* comedia de Villamediana— no queda del todo esclarecida. En la edición gongorina de Foulché-Delbosc, preferimos por eso mencionar este fragmento entre las atribuciones dudosas. (*Obras* de Góngora, III, p. 129.) Tampoco se declaró convencido Dámaso Alonso, por la escasa fe que merece Angulo y Pulgar, autor del siglo XVII en que yo me fundaba. ("Crédito atribuible al gongorista don Martín de Angulo y Pulgar", RFE, XIV, 1927, 4º, pp. 368 y *ss.*) Yo mismo he abandonado ya esta tesis.

*b)* Sobre A. Coster, *Baltasar Gracián.* (RFE, II, 1915, 4º, págs. 377-387. Recogido en la primera serie de mis *Capítulos de literatura española* bajo el título: "Una obra fundamental sobre Gracián".) Respecto al punto "Gracián y Loyola", fácilmente se aprecia que algunas observaciones

de este trabajo fueron aprovechadas y desarrolladas en *El suicida* ("La filosofía de Gracián"). Pues, naturalmente, había una circulación de preocupaciones y temas entre mis diversas actividades.

*c)* "Contribuciones a la bibliografía de Góngora", especialmente las notas núms. 1 a 21, en colaboración con Martín Luis Guzmán. Para las siguientes, conté con la ayuda de Enrique Díez-Canedo, y son ya algo posteriores. (RFE, III, 1916, 2º, pp. 171-182, y IV, 1917, 1º, pp. 90-132. Todo ello recogido en mis *Cuestiones gongorinas.*) Al "instante filológico" de Martín Luis Guzmán, de que hoy pocos tienen noticia, corresponde también, entre otras cosas, la edición por él preparada de varios poemas inéditos de Gregorio Silvestre —siglo XVI—, que yo envié para su publicación a la *Revue Hispanique.* "—¿Se acuerda usted? —he preguntado recientemente a Martín, con objeto de comprobar el dato—. —¡Ya lo creo que me acuerdo! —me contestó—. Como que en esa transcripción casi me dejo los ojos... El soplo me lo dio don Ramón Menéndez Pidal, quien un día, cuando yo entraba a la Nacional, me enconsejó que buscara inéditos de Silvestre en la sala de manuscritos." Martín Luis, al mismo tiempo, mantenía cierta actividad de informador político, afecto al partido "villista", de que sólo guardo un testimonio: *Los sucesos de México. Boletín publicado por la Agencia Informativa del Gobierno Mexicano,* Madrid, 1º de mayo de 1915, Nº 1, España.

*d)* De 1912 a 1923 se extienden las reseñas que recogí en *Entre libros,* 1948. Las tres primeras son de México (*Argos, Mundial, Biblos,* 1912 a 1913); treinta y cinco se publicaron ya en la RFE, comenzando por una noticia sobre la antología española de Hills y Morley, I, 1914, p. 411, y acabando con una noticia sobre los ensayos de literatura cubana de José María Chacón y Calvo, X, 1923, Nº 4; una apareció en la *Revue Hispanique,* sobre una edición de *La española de Florencia,* de Calderón, LXI, 1917, Nº 99; sesenta y nueve corresponden al diario *El Sol* y van de 1917 a 1919; una, sobre la edición de Espronceda preparada por Moreno Villa, se entregó a la *Revista de Occidente,* 1, 1923, páginas 118-122; y dos más, sobre las *Dos mil quinientas*

*voces castizas,* de Rodríguez Marín, y sobre un "bestiario" de Hernández Catá, a la revista *Social,* de La Habana, IV, 1922, y II, 1923, respectivamente. El escritor cubano César Rodríguez ha publicado también una obra con el título *Entre libros,* título que él viene usando para sus crónicas bibliográficas en la revista *Avance,* de La Habana, desde 1934 según entiendo. En su nota allí aparecida el 23 de junio de 1948, en vez de gruñir como otro lo hubiera hecho, se declara ufano de la coincidencia; la cual, aunque inconsciente, bien pudo ser una verdadera influencia inconsciente, como yo se lo confesé por carta.

*e)* "Ruiz de Alarcón y las fiestas de Baltasar Carlos" (*Revue Hispanique,* 1916, y en la primera serie de mis *Capítulos de literatura española*). Me explico al respecto en "El reverso..." (*Pasado inmediato*). Toco el mismo asunto al final del artículo "Felipe IV y los deportes" (*Retratos reales e imaginarios*) y en el *Teatro* de Ruiz de Alarcón que preparé para "La Lectura", pág. xvii.

*f)* Notas ligeras, nunca reunidas en volumen, que solía yo enviar a varias revistas americanas, como a *Las Novedades* de Nueva York.

A fines de 1915, caí víctima de una tifoidea que me retuvo un mes en cama. Ya he dicho que la casa de Torrijos era muy húmeda. El techo era de ladrillo abovedado. De las viguetas caían gotitas de agua y, como la cama resultó mayor que el intervalo entre una y otra vigueta, había que cambiarla de sitio, ya en un sentido y ya en el sentido transversal, para que, tras de mojarse a lo largo, se mojara a lo ancho, dando tiempo a que se medio secara la otra parte. Entonces curaban la tifoidea con dos lavados intestinales diarios (¡yo debo de tener tripas "sellomáticas"!), y con dieta de leche y cierto carísimo jarabe de carne. Apenas repuesto, decidí mudarme, acercándome algo más al centro de la ciudad, a la casa Nº 32 (hoy 60), calle del general Pardiñas. Todavía tuve la mala suerte de que mi criada bretona (esa Anna Quéau que cito en "Rumbo al sur", *Las vísperas de España*), inundara el departamento, por haber dejado abiertos los grifos del baño cuando fue a lavar los pisos para preparar la mudanza. Además, no bien instalado allí, tuve una

recaída que se prolongó por otro mes. Me quedé hecho una sombra de mí mismo, repitiendo aquello de

> Aprended, flores, de mí
> lo que va de ayer a hoy.

## 2. *Pardiñas, 1916*

Y aquí el tercer acto, escena primera, de mis moradas en la Corte. Creo que se inicia más o menos con el año de 1916. Guzmán se marchó a Nueva York por el mes de marzo. Acevedo se trasladó con su esposa e hijo a otra posada donde le nació el segundo retoño, y luego —empedernido adorador del folklore— fue a dar por el barrio de Lavapiés, donde yo no creo que viviera a gusto. Ocupaba un verdadero sótano, con ventilas o semiventanas a la calle. Por ahí, los faunillos de la vecindad hacían sus diabluras, obligando a la pobre Dolores a limpiar constantemente el suelo. Acevedo se nos fue poniendo muy melancólico. Acabó por irse con los suyos a no sé qué ciudad de Texas. Y allí se apagó para siempre aquel mexicano tan fino, tan hijo de su ciudad como Sócrates, el que prefirió la muerte al destierro.

En Pardiñas comenzó para mí una era de intensa actividad. Allí aderecé *El suicida* y las obras que más adelante enumeraré. Pero un día hicimos una verdadera locura. El historiador Carlos Pereyra,* mi antiguo maestro en la Pre-

* Nota sin fecha, inédita. [E.]

NOTAS SECRETAS A LA "HISTORIA DOCUMENTAL DE MIS LIBROS"

Don Carlos siempre pedía las cosas de un modo indirecto: "Enciendan la calefacción de gas, porque el frío le va a hacer daño a Alfonso." A veces, se distraía de un modo muy singular; se comía él solo, sin pestañear, un frasco de mermelada que yo había traído a casa con algún esfuerzo. Otras veces, se apoderaba de mis proyectos, como lo hizo rápidamente en el caso del *Humboldt en América*, que yo le anuncié como un proyecto mío. Lo quise prevenir contra ciertos defectos de carácter de Blanco Fombona, con quien él había empezado a relacionarse para la publicación de sus libros desde antes de llegar a Madrid, y fue y le dijo a aquel hombre tan desigual y peligroso cuanto yo había opinado sobre él. Poco después se me ofreció hacer lo mismo para poner sobre aviso a Jiménez-Fraud, pero éste, discretísimo, me guardó las espaldas. Tanto, que Fombona me escribió agradeciéndome "mis ausencias", y añadiendo (la cosa no podía ser más clara): "Ya ve usted cómo siempre averigua uno lo que se dice por ahí." Recuerdo que, cuando don Carlos

paratoria y en la Escuela de Leyes, y luego Ministro en Bruselas, ahora cesado como los demás funcionarios de nuestro Servicio Exterior y obligado a salir de Bélgica por la invasión alemana, me escribía en términos tan apremiantes sobre la necesidad de juntarnos en la desgracia que, no bien llegado él a Madrid (15 de febrero de 1916), se me ocurrió traerlo a mi lado. Apenas teníamos sitio y, aunque él puso por condición el pagar todos sus gastos, ni nos movíamos con libertad ni redondeábamos la cuenta. Don Carlos venía directamente de Lausanne, donde entiendo que tenía alguna propiedad y donde dejó de momento a su esposa, la poetisa María Enriqueta, al "güero" Miguel, su sobrino e hijo del poeta del mismo nombre, y a su cuñado Leopoldo Camarillo, a quien la gente de *Savia Moderna* llamaba "el Camarillo rural", por una errata de ciertos versos míos que aludían al "caramillo rural". (Ya había muerto, en México, la madre

acababa de hablar con Fombona, yo le noté algo raro en la cara: pensando, caí en que era la expresión de un perro que, en los días de mi infancia, tenía en su casa mi cuñado Rafael Dávila, y que adoptaba igual expresión cada vez que hacía una trastada: romper una maceta por querer saltar sobre ella, etcétera. Y le dije a mi mujer: "Algo acaba de hacer Pereyra contra mí." Y así era, en efecto. Hasta para decir que vivía con nosotros lo hacía de cierto modo y con tono de protección: "Sí, allí tengo yo conmigo a estos muchachos." Con la mayor crueldad y crudeza, y sin que fuera el resultado de una discusión, sino en una conversación común y corriente, me decía atrocidades como ésta: "El general Díaz sí que era un buen gobernante; no como el general Reyes. que sólo era bueno para hacer alcaldadas." Todo esto me decidió a proponerle, sin manifestar por mi parte disgusto alguno, que buscara otro techo y otro amparo. Cuando, en 1924, volví rápidamente a Madrid, tras de mi regreso a México y de paso para París, llegó al andén de la estación a todo correr para decirme: "Icaza anda por ahí repitiendo que, habiendo usted sido simplemente un Primer Secretario y Encargado de Negocios *ad-int.* ante el gobierno español, y dado que usted sólo tenía la Encomienda sin placa de Isabel la Católica, lo más que le correspondía a usted era el ascenso a Comendador con placa, y no a Gran Cruz, como se lo han concedido." ¡Y para esto emprendió el viaje hasta la estación! Cuando ya vivía yo en Sudamérica, me censuraba en articulillos que enviaba a revistas poco accesibles, esperando que no llegaran a mis manos. Un día, a la publicación de mi *Juan Peña* en Río de Janeiro, me puso una carta impertinente, reclamándome el que yo lo presentara como precursor de la revolución mexicana (yo sólo decía que lo había sido del "revisionismo histórico" mexicano, lo que es cierto) y atribuyendo mi supuesto error al calor del Brasil. Además, las daba de amigo de mi padre, lo que nunca fue, como yo bien lo supe siempre y se lo dije en mi respuesta. Le senté las costuras con toda precisión y claridad en la carta con que le respondí. Dejó pasar tiempo y me pidió que olvidáramos el incidente. Pero ¿cómo olvidar sus crueldades, sus salidas acerbas, su falta de discreción y sentimiento de la presencia del prójimo? No sé cómo se entendaría con su esposa, la poetisa María Enriqueta, tan dulzona, sentimental y convencional. Era cínico, egoísta, despechado. ¡Lleno de defectos, el pobre!

de María Enriqueta, la viejecita que siempre hablaba de "mi hermano Roa Bárcena"). Don Carlos llegó a Madrid en ánimo de germanófilo rabioso, y censuraba acerbamente al rey Leopoldo por haberse opuesto a la invasión, lo que, según él, significaba haber sacrificado a su pueblo en aras de la retórica jurídica. Don Carlos vivió con nosotros dos meses y medio. El 1º de junio de 1916, se trasladó a una posada (Infantas, Nº 2), donde había parado a su arribo; y en octubre hizo a Suiza un rápido viaje de ida y vuelta para traer a su familia, y se acomodó en un pisito de Lista Nº 66, no lejos de mi casa. Entretanto, yo me había cambiado al bajo exterior (segunda escena del tercer acto), más alegre y espacioso y que, por el costado derecho, recibía la luz y el aire libre de los inmensos terrenos aún sin construcción y todavía un tanto campestres.

No se crea, sin embargo, que aquella casa del General Pardiñas carecía de defectos. José María Chacón, quien, a su llegada de Cuba, y tras un breve alto en la Residencia de Estudiantes (loma del Pinar), se instaló en otro departamento del propio edificio —departamento que todavía conserva después de tantos años, aunque vive ordinariamente en La Habana, así como todavía conserva a su guardiana y cocinera, la que cantaba la Marsellesa con letra española—, ha escrito un ameno artículo donde dice, refiriéndose al frío que pasábamos en la que él suele llamar *La casa de hielo*:

> No era el frío de la llanura ni el de la montaña; era un frío único, completamente desconocido para mí, que no parecía venir del aire, sino salir de lo más profundo de la tierra. No olvidaré nunca la imagen dantesca que esta dura impresión me sugería: la casa tenía por cimiento un enorme témpano de hielo. Así se explicaba que los brillantes radiadores estuvieran completamente helados. Así se explicaba también la ascensión inacabable del frío, que lentamente cubría de una capa de hielo todas las cosas. Estaban cerradas las puertas y las ventanas. ¿De dónde venía aquel aire sutil que apagaba el vacilante brasero? Sentíamos que, junto al frío que venía de las entrañas de la tierra, un ambiente de misterio envolvía nuestra casa. (*Alfonso Reyes y su impulso lírico,* Santa María del Rosario, octubre de 1922.)

Pero, antes del cubano Chacón, había aparecido por Madrid otro mexicano, también testigo de la invasión de Bélgi-

ca: Francisco Orozco Muñoz, el llorado amigo, autor del libro *Invasión y conquista de la Bélgica mártir*, a cuya edición madrileña de 1915 puso prólogo Amado Nervo. (La segunda, México, 1919, lleva prólogo de Antonio Caso.) Francisco me mostraba las sartas de petróleo sólido con que las tropas invasoras incendiaban las casas, y me contaba cómo, en compañía del arquitecto Pallares y con ayuda de un par de maniquíes, se había ganado la vida por las ferias, vendiendo postizos, aderezos y rizadores para el peinado. El pobre Francisco, tan dulce y exquisito en sus gustos, no abandonaría ya nunca sus amores de Bélgica, que fueron su premio y su destino.

Al fin me fue dable hacer traer mis libros, que yo había dejado en un guardamueble de París por la premura e incertidumbre de mi viaje, por falta de recursos y por falta de sitio donde acomodarlos. Para juntarme otra vez con mis libros tuve que hacer ahorros por más de un año y contraer una deuda con don Fernando Pimentel y Fagoaga, nuestro conocido financiero de tiempos de Porfirio Díaz.

Obras filológicas que corresponden a las dos moradas de Pardiñas, interior y exterior:

*a)* "Los textos de Góngora (Corrupciones y alteraciones)". (*Boletín de la Real Academia Española,* año III, tomo III, cuadernos XIII y XIV, junio y octubre de 1916; y *Cuestiones gongorinas,* pp. 37-89. En la p. 70, línea 19, donde me refiero a la "tercera" parte de la *Historia pontifical* de Bavia, he advertido después que el Ms. Chacón, base de la edición de Góngora en que colaboré con R. Foulché-Delbosc —véase el tomo II, p. 5 de tal edición— dice "cuarta parte". No sé ya cuál es la lectura correcta.)

*b)* En "El reverso de un libro" menciono cierta edición de *El peregrino en su patria* que ya daba yo por perdida. La historia no acaba allí, y el final consta en este artículo que reproduzco de la *Revista de Revistas,* México, 20 de febrero de 1955:

### NÁUFRAGO RESCATADO

A mediados de 1916, "Azorín" había sido encargado por la Casa Thomas Nelson and Sons, Ltd. (Edimburgo) de formar una colec-

ción de clásicos españoles y, a sugestión de Américo Castro, me encomendó una edición de *El peregrino en su patria,* obra de Lope de Vega que no había sido reimpresa desde el siglo XVIII y que sólo los eruditos manejaban y consultaban, más que por el texto mismo de la novela, para establecer precisiones sobre pasajes y cronologías de las piezas teatrales en ella insertas o mencionadas.

Envié mi trabajo a los editores en noviembre de 1916; pero la Casa Nelson tropezó con dificultades en España para llevar a cabo su proyecto y prescindió de la colección española. A ello me referí en mi Correo Literario, *Monterrey* (Río de Janeiro, marzo de 1932, Nº 8, p. 6), y en una notita titulada "Los libros náufragos", reproducida después en "El reverso de un libro" (*Pasado inmediato*), la cual, además de mencionar el *Peregrino* de Lope, mencionaba también cierta antología española compuesta por Enrique Díez-Canedo, y un *Quijote* de cuyo texto se encargó el malogrado Ángel Sánchez Rivero.

Entretanto, y al paso de mi trabajo, yo, que tenía instrucciones de sólo anotar lo absolutamente indispensable y de preparar un prólogo muy breve, escribí el ensayito sobre el *Peregrino* que he recogido en los *Capítulos de literatura española,* 1ª serie. (México, 1939, pp. 99-110.) Además, entresaqué del *Peregrino* el "cuento de espantos" que, bajo el título *Las aventuras de Pánfilo,* di a la Colección Granada de Alberto Jiménez-Fraud —director de la Residencia de Estudiantes—, Madrid, 1920. Posible es que me resuelva a publicar otra vez separadamente este relato infantil, único fragmento de mi edición que había logrado conservar.

Días pasados, estuve examinando mi correspondencia con "Azorín", recordé el caso y se me ocurrió escribir al Embajador de México en Londres, que lo es actualmente don Francisco A. de Icaza, hijo del ilustre cervantista, escritor, poeta y diplomático mexicano del mismo nombre, pidiéndole que averiguara si mi vieja copia del *Peregrino* se conservaba todavía de casualidad en los archivos de la Casa Nelson, y si ésta, en caso afirmativo, estaría dispuesta a devolverme el texto por mí preparado, en la inteligencia de que yo devolvería a mi vez la suma que había cobrado por este trabajo.

Apenas habían pasado veinte días, cuando el señor Icaza me contestó, enviándome la copia de la carta que le dirigiera el señor L. Murby, a nombre de la Casa Nelson. La cual no solamente manifestaba haber encontrado el texto en cuestión, debidamente guardado en su archivo y en muy buen estado, sino que asimismo declinaba el ofrecimiento de reembolso, elegante y caballerosa actitud muy digna de señalarse.

A estas horas, el paquete con la copia de *El peregrino en su patria* ha llegado ya a mi poder. Así ha podido recobrarse un "libro náufrago", que probablemente veremos pronto publicado bajo los auspicios de El Colegio de México.

La historia es edificante, porque prueba que aún existe la civilización, a pesar de treinta y ocho años de desastres bélicos, y porque una vez más confirma la bien ganada reputación de la caballerosidad británica.

*c)* El 23 de septiembre de 1916, Foulché-Delbosc me escribió desde París, pidiéndome que lo ayudara a dar término a su magna edición de Góngora, fundada en el Ms. Chacón, tesoro de la Biblioteca Nacional de Madrid:

No puedo ir a Madrid actualmente —me decía—, ni sé tampoco cuándo me será posible salir de París; por consiguiente, necesito tener en la Nacional una persona de confianza que se encargue, primero, de cotejar el manuscrito Chacón con las cuartillas que mandaré (habrá bastante por amputar y modificar para que resulten las cuartillas traslado fiel del original); y segundo, de cotejar el referido manuscrito Chacón con las primeras pruebas que vengan de la imprenta... Después de cotejadas las galeradas con el manuscrito Chacón, habría que devolverlas a la imprenta, la cual me mandaría las segundas pruebas, compaginadas ya, y yo haría una última revisión, valiéndome del ejemplar que tengo con mis apuntes y notas —todo lo cual se tomó hace años del Ms. Chacón, pero no es posible mandarlo a la imprenta, porque no lo entenderían. Calculo que dichas operaciones se habrían de efectuar sobre las dos terceras partes del Ms. Chacón, porque el primer tercio está ya corregido y no necesita nueva revisión... Todo está arreglado con la imprenta, la cual se compromete a acabar los dos tomos de la edición en tres meses.

Aunque me he referido ya a este asunto ("El reverso...", *Pasado inmediato,* pp. 123-124; prólogo de las cartas de R. F.-D. que publiqué en *Ábside,* México, 1955, XIX, 1; y capítulo II de esta *Historia documental. Universidad de México,* IX, 7 de marzo de 1955, p. 11), la carta de que transcribo los anteriores fragmentos necesita algunas explicaciones:

1º R. F.-D. tenía esta obra en preparación cuando menos desde 1901, pues en la traducción de la *Historia de la literatura española* de J. Fitzmaurice-Kelly hecha por A. Bonilla y San Martín (Madrid, España Moderna, p. 577), se lee: "Está en prensa una edición completa de Góngora, hecha por R. Foulché-Delbosc"; y, a partir de la segunda edición del Fitzmaurice-Kelly (Madrid, V. Suárez, 1916, p. 398), se da ya por publicada esta impresión en dos tomos.

2º En el prólogo a la edición gongorina, dice R. F.-D.: "Copié el manuscrito Chacón el año de 1900. Al publicarlo tantos años después, la suerte me deparó la amistad de Alfonso Reyes..., el cual no solamente me ha ayudado en una última revisión del manuscrito, sino que ha compartido conmigo la minuciosísima tarea de la corrección de pruebas. A él debo asimismo más de una valiosa sugestión relativa a la inteligencia de ciertas poesías..." (*Obras poéticas de D. Luis de Góngora,* Nueva York, The Hispanic Society of America, 1921, Bibliotheca Hispanica, I, p. xvi.)

3º Tengo entendido que, antes de acudir a mí, R. F.-D. usaba como auxiliar de esta edición, en Madrid, al archivero Lupián, el mismo a quien confió Emilio Cotarelo y Mori la edición académica de Lope de Vega por él heredada a la muerte de Menéndez y Pelayo. Lupián responde sin duda de los muchos errores notados en esta obra por Justo Gómez Ocerin. (RFE, III, 2º, 1916, pp. 184-193.)

4º Fue necesario rehacerlo todo, incluso dos o tres pliegos ya tirados, pues advertí graves errores de puntuación que hacían incomprensibles ciertas poesías.

5º Comencé a recibir el material de R. F.-D. el 25 de octubre de 1916. Aunque él pensaba que podríamos dar término al trabajo en tres meses, la obra sólo pudo publicarse en 1921.

6º Se encargó de la impresión la Casa Bailly-Bailliere (Núñez de Balboa Nº 21, Madrid), con quien sólo tomé contacto, tras el primer cotejo del Ms. Chacón en la Nacional, a mediados de enero, año de 1917.

7º El 1º de marzo de 1918, R. F.-D. me manifiesta su deseo de añadir a la edición gongorina un tercer tomo complementario, y me pregunta si estoy dispuesto a seguir colaborando con él en este nuevo tomo, lo que yo acepto desde luego.

8º Ya he contado ("El reverso..." y prólogo a la correspondencia con R. F.-D. publicada en *Ábside*) los trabajos que pasaba yo para mantener abiertos los infolios del Ms. Chacón, en lo que mi esposa me auxiliaba, y cómo me valí de ciertos aparatitos japoneses, o que así se decían, para

calentarme las manos y evitar que se me quedaran ateridas con el frío de la Nacional.

*d)* A los últimos meses de 1916 corresponde "Un diálogo en torno a Gracián", publicado en la primera serie de *Capítulos de literatura española* con algunas notas y retoques que datan de fecha posterior. En la p. 316, nº xii, explico cómo fragüé este supuesto diálogo con fragmentos de tres artículos de "Azorín" publicados en el *A.B.C.* de Madrid y con pasajes de una carta abierta en que yo contesté algunas de sus opiniones (*España,* Madrid, 21 de diciembre de 1916). A las notas de los *Capítulos,* pp. 280 a 281, sobre el reciente auge de Gracián, puedo ahora añadir el *Oracolo Manuale e Arte della Prudenza,* trad. E. Mele, Laterza. Hay otra versión italiana de Gracián por Monreale. El libro de Croce —posterior al libro de Coster sobre Gracián—, *Storia della Età Barroca en Italia,* es importante para el tema.

Erratas en los *Capítulos*: p. 291, línea 14, dice "gabatela" por "bagatela", y en la p. 316, línea 19, se lee "escogida" en vez de "recogida". En este libro he contado hasta hoy veintiséis erratas.—Refiriéndome a este ficticio diálogo, he dicho que bien pudiera figurar como tercer interlocutor Américo Castro, por su artículo "Gracián y España" (*Santa Teresa y otros ensayos*).

Universidad de México, *junio-julio de 1955, vol. IX, núms. 10-11.*

## VI. EL AÑO DE 1917

Este año de 1917 no fue menos fecundo que los dos años anteriores. Enumeraré mis publicaciones conforme a los "varios caminos" de mi actividad (cap. iv), aunque cambiando el orden según ahora conviene a los fines de esta exposición:

### I. *Trabajos eruditos*

*a)* "Un tema de *La vida es sueño*: El Hombre y la Naturaleza en el monólogo de Segismundo". (RFE, enero-marzo y julio-septiembre de 1917, recogido en la segunda serie de *Capítulos de literatura española.*) Debe leerse en relación con el ensayo sobre "El enigma de Segismundo" publicado en *Sirtes* (pp. 127-156). El fragmento con la traducción castellana de Plinio que dio origen a este trabajo me fue amablemente señalado por Américo Castro. "Azorín" me escribió el 15 de noviembre de 1917: "Muy hermoso su estudio sobre *La vida es sueño*. Definitivo." Y Pedro Henríquez Ureña me decía: "Muy bien, pero no te entregues del todo a esos esfuerzos atléticos de erudición, que te absorberían completamente." Lo que me ha hecho pensar mucho, y a muchos pudiera aplicarse. Y conste que todavía me dejé fuera la tradición del tema en la literatura científica y jurídica, así como en las figuraciones plásticas.

*b)* El ensayo "Sobre Mateo Rosas de Oquendo, poeta del siglo xvi" (RFE, 1917, IV), se recogió con un pequeño aditamento en la primera serie de los *Capítulos,* bajo el título de "Rosas de Oquendo en América". Aunque yo no descubrí a Oquendo, creo que logré incorporarlo a la historia de las literaturas americanas y, en especial, de la mexicana. Lo incluí ya en mis *Letras de la Nueva España* como autor que nos pertenece. Tampoco descubrí yo al Padre Mier, pero creo que mi edición madrileña, de que trataré más adelante, con-

tribuyó a lanzarlo en la circulación literaria. Me aseguran que, poco después de publicada mi monografía sobre Oquendo, don Luis González Obregón, en México, elaboró sobre ella un articulito que nunca ha llegado a mis manos.

*c)* Mis relaciones con la Editorial Saturnino Calleja —nominalmente, con Rafael Calleja— comenzaron cuando Juan Ramón Jiménez intervino en la dirección artística de las nuevas colecciones. (Ver "El reverso...", en *Pasado inmediato,* páginas 100 y *ss.*) Esta casa editora se había consagrado antes de preferencia a los libros de devoción y a los libros infantiles. Lo primero que se me encomendó, en diciembre de 1916, fue una traducción de la *Ortodoxia* de Chesterton. Y, exactamente el 16 de abril de 1917, Calleja me hizo otras tres ofertas: una edición del *Libro de Buen Amor* (Arcipreste de Hita), una edición de poesías de Góngora y una nueva traducción de Chesterton: *El hombre que fue Jueves.* Poco después, me propuso que preparara un texto del *Menosprecio de Corte* (Fray Antonio de Guevara). El Góngora y el Guevara no llegaron a definirse. De las traducciones se hablará un poco más adelante.

Procedí con suma prisa a establecer mi edición del Arcipreste. Justo Gómez Ocerin —también lo he contado en "El reverso..."— decía que me había yo sentado a la tarea con una resignación de paralítico; pues, en efecto, no me despegué de la mesa hasta verle el fin a mi *Libro de Buen Amor.* Entregué el original el 4 de mayo, once días antes del plazo. Y después, tuve que despachar en veinticuatro horas la corrección de todas las galeradas. Esta premura no fue un capricho ni un alarde: la casa editorial tenía sus normas, las cuales se habían dictado en vista de las publicaciones corrientes, y no de este nuevo tipo de libros a que su administración no estaba todavía acostumbrada. Se me enviaron las pruebas con instrucciones apremiantes, y yo no estaba para desairar el trabajo, por duro que fuese. No volvió a suceder: los editores se dieron cuenta y hasta me pidieron disculpas.

Al tener noticia del caso, Raymond Foulché-Delbosc me escribía desde París: "¡Caracoles con la corrección del Arcipreste en un día! Ríase usted del Sud-Express. Pero ¿sería un día bíblico de veinticuatro y *pico* de horas? A veces, hay

picos larguísimos. Por mi parte, bien sé que no me comprometería a semejante hazaña." Y añadía con cierta cautela: "En fin, veremos el resultado" (22 de junio de 1917). Creo que no lo defraudó el resultado, pues el 8 de agosto siguiente me envió una postal que decía: "El Arcipreste es una monada."

Examinando ahora mi correspondencia con Calleja, he hecho una observación curiosa: ya he contado que aquel caballeroso amigo consideraba con cierto recelo, al principio, la irritabilidad y susceptibilidad de la gente de letras, con la que apenas empezaba a tratar. Poco a poco se hizo querer de todos, y de todos mereció siempre la estimación más franca. Las primeras cartas que me dirigía eran gruñonas, revelaban una actitud de paz armada, expresaban cierta desconfianza ante el posible incumplimiento de los plazos y los convenios. Un mes después, sus cartas eran ya las cartas sencillas de un amigo. Conservo de nuestro trato el mejor recuerdo y siempre he de nombrarlo con afecto y con gratitud. Él mismo se nos ha revelado después como escritor.

Mi tomo del Arcipreste consta de un prólogo, un itinerario y mapa del viaje por el Guadarrama (recogido todo ello en la primera serie de los *Capítulos de literatura española*), el texto con traducción de arcaísmos al pie de la página, un índice de nombres según Ducamin y un índice de refranes y sentencias según Cejador. Para el itinerario consulté algún trabajo previo del señor Bernaldo de Quiroz y consulté asimismo con dos "guadarramistas" autorizados, que solían veranear en la sierra: don Ramón Menéndez Pidal y el poeta Enrique de Mesa.

Sobre la persona del Arcipreste y sus relaciones posibles con el o los autorretratos que se infieren de su poema, además del prólogo mencionado he escrito una breve nota, "Entre humoristas", en mi libro *Calendario* y, más ampliamente, he vuelto sobre ello en la monografía "La vida y la obra", segunda de las agrupadas bajo el título: *Tres puntos de exegética literaria* (*Jornadas* de El Colegio de México, Nº 38, 1945, pp. 33-34). Para el recto conocimiento del Arcipreste son hoy indispensables las investigaciones de Américo Castro, y tampoco debe olvidarse cierta aguda apreciación de

Dámaso Alonso publicada en la revista *Ínsula.* Nuevamente me referiré a mi Arcipreste al volver sobre ediciones de obras ajenas correspondientes a este año de 1917.

*d)* Como en el caso anterior, tengo que mezclar la noticia de una edición con la de un ensayo crítico a propósito de las *Páginas de Quevedo,* que di también a la Editorial Calleja acompañadas de un prólogo y unas apostillas. Por mayo tenía yo ya la obra en el telar. "Azorín", en *La Vanguardia* (Barcelona, 3 de julio de 1917), anunciaba la próxima aparición del tomito y mencionaba nuestras charlas en torno a Quevedo. "Perico el de los Palotes", "Colombine" o Carmen de Burgos, lo comenta en *El Heraldo de Madrid* el 3 de mayo de 1918; pero sin duda fue éste un comentario tardío, pues el colofón de mi Quevedo dice a la letra: "30 de septiembre de 1917". El prólogo y las apostillas pasaron a la primera serie de los *Capítulos.* Véase lo que digo al respecto en el inevitable "Reverso". Yo quise primeramente hacer, a guisa de prólogo, una apreciación muy general sin repetir los datos biográficos que constan ya en todos los manuales. Rafael Calleja me recordó el objeto popular de nuestra edición, y yo rehíce mis páginas de acuerdo con sus pertinentes observaciones. Los editores me pagaron el doble de lo contratado. "Dada su actividad —me decía Pérez de Ayala— ha de estar usted ganando una barbaridad de pesetas." No era para tanto, pero ya mi vida estaba segura. Lo cual se debió, más que nada, a mi relativa puntualidad para cumplir con mis plazos. Senté fama de hombre que no se dormía sobre el yunque.

*e)* El ensayo sobre Solís, el historiador de la conquista de México, ha sido suficientemente comentado en "El reverso..." Data de 1917, aunque sólo se publicó en *La Prensa,* de Buenos Aires, año de 1938. (*Capítulos,* primera serie.) Procede de la edición que preparábamos Pedro Magro y yo para "La Lectura". Era Magro otro colaborador de la Sección Filológica en el Centro de Estudios Históricos, especialmente consagrado a la geografía y a levantar la carta de las antiguas merindades de Castilla. A su muerte escribí "El consuelo" (*Calendario*), con las impresiones de la triste noche en que lo velamos, página que ha merecido el honor de

ser leída y transmitida por la estación radiodifusora de Gotemburgo el año de 1949.

*f)* El artículo sobre "La Garza Montesina" se escribió por 1917 y no fue posible que adquiriera la calidad de una verdadera investigación. No quise darlo a la RFE; durmió varios años entre mis papeles, y al fin lo publiqué en la revista *Sur* (Buenos Aires, N° 42, marzo de 1938; recogido en la segunda serie de los *Capítulos de literatura española,* México, 1945).

## II. *Ediciones de obras ajenas*

*a) Memorias de Fray Servando Teresa de Mier. . . ,* Madrid, Editorial América, 1917. (Biblioteca Ayacucho, bajo la dirección de don Rufino Blanco-Fombona.) Es reimpresión de la *Apología* de Fray Servando, según el texto publicado por el doctor José Eleuterio González ("Gonzalitos"); *Biografía del Benemérito Mexicano D. Servando Teresa de Mier y Noriega y Guerra,* Monterrey, Imp. José Sáenz, 1876. Por desgracia hay erratas que afean la edición, además de las que ya aparecen en el texto de Gonzalitos. Rufino Blanco-Fombona era un Orinoco editorial, inundó las librerías con abundantes ediciones de clásicos hispanoamericanos, obligaba a trabajar de prisa y no se le podía dar alcance. Sirva esto de disculpa posible. En mi prólogo debe corregirse este pasaje: página ix, líneas 16-17, dice: ". . .la parroquia de Santo Tomás, *rue Filles Saint-Thomas,* que hoy ya no existe"; y debe decir: "parroquia que hoy ya no existe", pues la calle existe todavía. Como lo he contado otra vez, en la misma p. ix, donde me refiero a la traducción de la *Átala* de Chateaubriand por Mier, que apareció firmada con el seudónimo de Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, o sea "Samuel Robinsón", por ser éste quien costeaba el libro, la nerviosa pluma de Blanco-Fombona metió estas palabras de su cosecha: "¿Sería la traducción en realidad obra de Mier, o sería de D. Simón Rodríguez?"

Sobre fray Servando he escrito en varias ocasiones. Las principales: 1) El prólogo recién mencionado; 2) artículos publicados en *El Sol* de Madrid y recogidos después en el

volumen de *Retratos reales e imaginarios* (México, Lectura Selecta, 1920), bajo el título: "Fray Servando Teresa de Mier"; 3) artículo llamado "Dos obras reaparecidas de fray Servando", también procedente de *El Sol* de Madrid e incorporado en *Reloj de sol* (5ª serie de *Simpatías y diferencias*, página 183, y segundo tomo de la 2ª ed., p. 328). Este artículo se refiere, en primer lugar, a la reedición de la *Historia de la revolución de la Nueva España* hecha bajo los auspicios de la Cámara de Diputados de México en 1922, obra publicada originariamente por fray Servando Teresa de Mier bajo el seudónimo de "José Guerra", Londres, 1813. Esta primitiva edición se perdió en un naufragio, salvo contados volúmenes. En 1907, los alumnos del curso de Historia en la Escuela Nacional Preparatoria —profesor, Carlos Pereyra— habíamos solicitado, a iniciativa mía, que el Ministerio de Instrucción Pública autorizara y pagara la reimpresión de esta obra, ofreciéndonos a cuidar nosotros el trabajo pero nuestra solicitud no fue atendida. El artículo del *Reloj de sol* en que me vengo ocupando daba también cuenta de la reaparición de esta obra perdida de fray Servando: la discutida traducción de la *Átala* que firmó "Samuel Robinsón". El hallazgo se debió a Jean Sarrailh, entonces profesor en el Instituto Francés de Madrid y hoy rector de la Sorbona, quien tuvo la fineza de darme cuenta de su descubrimiento antes de comunicarlo él mismo. Los datos pueden encontrarse en mi artículo y también en la contribución de M. Sarrailh al *Homenaje a Menéndez Pidal*: "Fortunas de *Átala* en España", 4). Notas bajo el nombre de "Cuaderno de apuntes: sobre el Padre Mier", referencias bibliográficas publicadas en mi Correo Literario, *Monterrey*, Río de Janeiro, Nº 5 (julio de 1931, p. 8), Nº 10 (por equivocación, dice: "9": marzo de 1933, pp. 9 y 10) y Nº 12 (agosto de 1935, página 5). Nunca he recogido en volumen ninguno de estos trabajos, que han envejecido ya ante las nuevas investigaciones publicadas en México y en los Estados Unidos. Véase especialmente el tomo de J. Miquel i Vergés, *Escritos inéditos de fray Servando Teresa de Mier*, El Colegio de México, 1944.

*b)* He mencionado ya mi edición del *Libro de Buen Amor*. Respecto a la ligereza con que la consideró el fino humanista

Félix Lecoy en sus *Recherches sur le "Libro de Buen Amor"* (pecado general de los especialistas cuando se enfrentan con una obra de tono literario y popular, aunque vaya bien cimentada en la erudición), ya me he desquitado en "El reverso..." (*Pasado inmediato*, pp. 99-100.) Contrasta tal actitud con la generosidad de María Rosa Lida de Malkiel en su preciosa edición del Arcipreste (Buenos Aires, Losada, 1941).

*c)* En cuanto a la edición de *Páginas* quevedescas también mencionada arriba, sólo me queda ya decir: me ahogó la abundancia del material, lamento no haber podido recoger allí todo lo que hubiera querido; pero el editor me obligó a suprimir muchas cosas para ceñirme al tamaño de la colección. Creo que nada sobra y mucho falta. La edición fue recibida con encomio por el hispanista florentino Achille Pellizzari (*La Rassegna*, Florencia, año XXV, Nº 6).

No sé de dónde tomaron los editores el extravagante retrato de Quevedo que hicieron tirar sin consultarme. Así tuve que explicarlo al sabio quevedista Ernest Mérimée, quien me decía en carta del 10 de abril de 1918: "...Gracias también por la linda antología del amigo Quevedo. Pero ¿dónde está el retrato suyo atribuido a Velázquez, y dónde las pruebas o probabilidades de autenticidad?"

## III. *Labores periodísticas*

Don Francisco Henríquez y Carvajal, padre de Pedro y Max Henríquez Ureña, era presidente de la República Dominicana desde fines de agosto de 1916. El 29 de noviembre del propio año, lo depuso un gobierno militar de ocupación. Salió de Santo Domingo en diciembre y siguió usando el título de *Presidente de jure,* que le correspondía por todo concepto. A comienzos de 1917, el periodista español don Luis de Oteyza, con lamentable inoportunidad, dio a la prensa madrileña un comentario chusco sobre Santo Domingo. Yo, entonces, escribí lo siguiente, bajo el título de "Trozos selectos: para la historia de la opinión pública", que apareció en el semanario

*España,* 20 de febrero de 1917 y fue luego reproducido por la *Revista Universal* de Nueva York:

Escribe Menéndez Pelayo, en su *Historia de la poesía hispanoamericana,* refiriéndose a Santo Domingo: "La Isla Española, la Primada de las Indias, la predilecta de Colón, aquella a quien el Cielo pareció conceder en dote la belleza juntamente con la desventura..."

Escribe en *El Imparcial* don Carlos Pereyra: "El Presidente Wilson inicia su apostolado en los momentos de consumar la ocupación de la República Dominicana, la hija primogénita de España en América, y cuando el doctor Henríquez, Presidente de aquella República, está en un calabozo, custodiado por centinelas yanquis."

Y escribe en *El Liberal* don Luis de Oteyza: "Figuraos, lectores, se trata de una antología de los vates de Santo Domingo. De aquella isla de donde, según Iriarte, trajo dos loros una señora y donde, según veréis, quedaron muchos más loros y algunas cacatúas."

Y, ¡oh qué bien escribe Rubén Darío, recordando al Eclesiastés! Oigámosle:

Tiempo hay de todo: hay tiempo de amar,
tiempo de ganar, tiempo de perder,
tiempo de plantar, tiempo de coger,
tiempo de llorar, tiempo de reír...

Verdaderamente, tiempo hay de hablar, tiempo de callar.

No hubo prisión ni calabozo, pero sí ultraje nacional. Alguien me dijo que el señor Oteyza era un duelista consumado. Yo, pobre de mí, tuve un instante de locura: "Yo no soy duelista —contesté—, porque en mi tierra, cuando hay un encuentro, se mueren los dos contrincantes." Feroz, ¿verdad? El señor Oteyza no quiso tomarlo por lo trágico y aun ha hallado modo de mostrar más tarde su simpatía por nuestros países.

Salvo esta realidad, mis labores periodísticas fueron exclusivamente literarias.

Prescindo de las ya referidas en el cap. IV y que corresponden a años anteriores ("Fósforo" en *España* y en *El Imparcial,* notas recogidas en *Simpatías y diferencias,* final del tomo II de la 2ª ed.).* Importa señalar la aparición de *El*

* A título de curiosidad, he aquí el índice de las notas de cine que prece-

*Sol* el sábado, 1º de diciembre de 1917. Mis colaboraciones para la página de "Historia y Geografía" de este diario, que fue confiada a mis manos, comienzan, pues, el jueves 6 de diciembre de 1917, en que di cuenta del fragmentario poema medieval sobre Roncesvalles, recién descubierto por don Ramón Menéndez Pidal, y continuarán todos los jueves hasta la supresión de esta página y de todas las páginas especiales del periódico, a fines de 1919. Véase el cap. V, en cuanto a la composición del tomo *Entre libros*, donde recogí parte de estas colaboraciones. Otras andan en las diversas series de *Simpatías y diferencias*, sobre todo en las tres primeras; otras, en el volumen *Retratos reales e imaginarios* (que tanto ha sufrido para su futura reedición, por lo mucho que le he entresacado, desarrollándolo en ensayos mayores); otras más, como los tres artículos sobre el Sionismo, en el tomo de crónicas *Aquellos días*; y otras finalmente nunca han sido incorporadas en libro, como *Las mesas de plomo* (notas en torno a la historia del periodismo, que Andrés González Blanco ha citado en su obra sobre la materia) y la *Historia de un siglo* (el XIX), que fue concebida para explicar el arranque de la guerra de 1914 y se me ha quedado un poco inútil, dada la abundancia de trabajos excelentes que han venido apareciendo después. Es decir, que aún no acabo de recoger todas mis contribuciones a la página de Historia y Geografía de *El Sol*. Lo cual no es de extrañar, si se considera la liberalidad con que concebí mis asuntos: Cuanto acontece en el tiempo —me dije— es Historia, y cuanto acontece en el espacio, Geografía.

Ahora bien, como había que considerar en mi página algunos temas de geografía física —que desbordaban el campo de mis conocimientos, limitados a la geografía humana—,

dieron a la sección de "Fósforo", *Frente a la pantalla*, y que se deben a la pluma de Federico de Onís, bajo el seudónimo de "El Espectador", todas publicadas en el semanario *España*, año de 1915:

Nº 1, 29 de enero, p. 6: "Asta Nelsen", "Un poco de atención".

Nº 2, 5 de febrero, p. 6: "La substantividad del cine", "El primer balbuceo", "Interpretación económica".

Nº 3, 12 de febrero, p. 6: "Hace falta un genio", "El cine y la literatura".

Nº 4, 19 de febrero, p. 5: "El cine y la pedagogía", "Dos modos de ver la vida".

busqué un colaborador adecuado y lo remuneré por mi cuenta. Yo recordaba haber leído, desde mis días de México, en la *Revista de Archivos,* cierto sugestivo ensayo de Juan Dantín Cereceda sobre la población de España. (Si no me equivoco, es el origen o larva de su libro sobre *Las regiones naturales de España,* cuyo primer tomo data de 1922.) Nadie, prácticamente, conocía aún al eminente geógrafo. Lo descubrí en el Instituto de Guadalajara, donde era catedrático; lo asocié a mi página, y creo que le procuré, al menos, la ocasión para que se le concediera su sitio. De entonces parte su renombre.

## IV. *Traducciones*

Me limito a las traducciones de libros, prescindo de páginas o poemas aislados. No puedo recordar si fue en este año o en el anterior cuando don Carlos Pereyra, que se había relacionado con el escritor húngaro Andrés Révész, colaboraba para las modestas empresas editoriales de éste con ciertas traducciones anónimas del francés y el inglés. A fin de ir más de prisa, solía partir en dos algún tomo de algún sociólogo o político ruso, y me confiaba la mitad de la obra.

*a)* Ya he mencionado dos traducciones de Chesterton: *Ortodoxia, El hombre que fue Jueves.* Otras vendrían después. La primera fue comenzada a fines de 1916 y se publicó al año siguiente; la segunda, planeada desde abril de 1917, sólo se hizo años más tarde. A la aparición de *Ortodoxia,* redacté una breve noticia para *El Imparcial,* recogida en *Grata compañía* con otras páginas sobre Chesterton.

*b)* Traducción, en compañía de Blanco-Fombona, de la obra escrita en francés por el tratadista chileno don Alejandro Álvarez, *El Derecho Internacional del porvenir,* Madrid, Editorial-América, 1917.

## V. *Varia*

*a)* Colaboraciones menores en *Cultura Hispanoamericana* y *Unión Panamericana,* de Madrid; en el *Bulletin de l'Améri-*

*que Latine,* de Martinenche, París; en *Las Novedades,* de Nueva York, etcétera.

*b)* Un folleto explicativo de las reglas con que se redactaba y confeccionaba la bibliografía de la RFE, en colaboración con Antonio G. Solalinde; folleto destinado a transformar a los lectores de la revista en auxiliares de su sección bibliográfica: *Revista de Filología Española... Sección de Bibliografía,* 1917, 22 páginas. Las hijas y nietas de la revista —*Revista Hispánica Moderna* (Nueva York), *Revista de Filología Hispánica* (Buenos Aires), *Nueva Revista de Filología Hispánica* (México)— han venido depurando el sistema por aquellos días establecido. Por aquellos días también, y a mi lado, aprendió a redactar sus primeras fichas bibliográficas un muchacho navarro recién aparecido en Madrid: el que después sería autorizado maestro de la filología española, Amado Alonso, hoy imborrable recuerdo entre sus muchos amigos y admiradores. (Sobre la *Revista de Filología Hispánica* que fundó y publicaba en Buenos Aires Amado Alonso, di una nota en *El Nacional,* 12 de diciembre de 1939, recogida en *Norte y sur,* pp. 233 y *ss.*) Cuando Amado Alonso se trasladó a la Universidad de Harvard y tuvo que abandonar aquella revista, fundé en El Colegio de México la *Nueva Revista de Filología Hispánica,* que aún seguimos publicando aquí, y le ofrecí la dirección para que en ella continuara su obra: México, I, 1, julio-septiembre de 1947. Nuestra revista, de cuya dirección me hice cargo nominalmente a la muerte de Amado Alonso y a partir de enero de 1953, ha merecido crédito en el mundo de la erudición hispánica; en México, sólo hemos cosechado un juicio periodístico en que se la llamó "revista de cantinfladas". Otro joven principiante, entre los gratos recuerdos de entonces, Jorge Guillén. Lo adiviné poeta desde los primeros instantes y le dije: "No se seque en la filología. *Tu Marcellus eris.*"

## VI. *Poesía*

Los poemas incluidos en *Huellas* que llevan fecha de 1917, páginas 53-60, 96, 183-186; y después, en la *Obra poética,*

páginas 56-62, y 307 *passim*: el poema *Minuta,* que empezó a declararse poco a poco desde el año 1917.

Si mucho se apura —y ya se ha dicho— toda poesía es poesía de ocasión. Cuando los hechos que la impulsan son puramente espirituales, la onda subjetiva disimula eso que llamamos la ocasión. Pero en estas páginas pueden traslucirse ciertas circunstancias de mi vida por aquellos días: la iniciación de mi hijo en las primeras letras, los momentos de silencio y melancolía, la preocupación galante y amatoria, el recuerdo de mi tierra natal y sus amapolas y monacillos, la sátira de los desterrados de México que no entienden a España, mi vagabundear por las calles, procurando convencerme de que era yo relativamente feliz.

## VII. *Prosa literaria no erudita ni periodística*

De propósito he dejado para el fin el libro de ensayos de 1917: *El suicida,* que he reeditado en 1954 y que será objeto de otro capítulo especial.

Mi frecuentación con los eruditos españoles de aquel tiempo no dejaba de causarme sorpresas. Algunos habían llegado a una irritabilidad increíble, y se les oía decir cosas como ésta:

—¿Han visto ustedes? El canalla de Puyol (o de Bonilla, o de Cejador, o de Cotarelo) dice que Barahona de Soto nació en 1547. ¡Qué canalla! ¡Barahona de Soto nació en 1548!

Mi amistad con "Azorín" se iba afirmando con el tiempo. Me recibía en la salita de su casa, tan inexpresiva como su rostro. Nunca conocí su taller. Me dejaba hablar, contestaba con dos o tres vaguedades. De pronto, comenzaba a sonreír y decía:

—¿Y qué hay de libros? —y, con muequecilla maliciosa, sacaba del bolsillo una miniatura, una verdadera curiosidad, alguna pieza rara cobrada por ahí, en las ferias y en los puestos de lance, durante sus correrías de cazador bibliográfico. A veces, dejaba la joya en mis manos:

—Es para usted, Reyes. Lo adquirí pensando en usted.

(He evocado el ambiente de estas ferias de libros viejos en mi artículo "Un paseo entre libros", 2º vol. de *Simpatías y diferencias*, 2ª ed., pp. 194 y *ss.*)

En este año de 1917, Américo Castro, José Moreno Villa, Antonio G. Solalinde y yo creamos el Ventanillo de Toledo, sitio de reposo dominical descrito en *Las vísperas de España* (páginas 69-75 y notas respectivas), también mencionado en "La Cucaña" (*Reloj de sol*, 2ª ed. de *Simpatías y diferencias*, II, pp. 213-215). El Ventanillo alcanzó fama internacional: todavía, a la muerte de Paul Hazard, Marcel Bataillon recordaba la visita de ambos al Ventanillo, la leyenda de San Baltasar, las pinturas murales de Moreno Villa (y más tarde, de Bagaría)... Ver *Le Figaro Littéraire*, París, 3 de abril de 1954.

Pero el Ventanillo no acaparaba todos nuestros ocios dominicales. Ahí están nuestros paseos por el Escorial o el Guadarrama. ("Un recuerdo de año nuevo", *Simp. y dif.*, 2ª ed., II, pp. 228-234: una noche en la "casita" del doctor Madinaveitia, suegro de Américo. Ahora se me antoja comentar mi incidente de la zapatería con este verso de *La gatomaquia*: "¡Oh cuántos males causa un zapatero!") Otras veces íbamos a San Rafael, donde veraneaba don Ramón Menéndez Pidal. ("El reverso...", *Pasado inmediato*, pp. 96-98.)

Si el Ventanillo mereció hasta cierto punto la fama, también hasta cierto punto —y, desde luego, para sus huéspedes— puede merecerla esa casa Nº 32 de la calle del General Pardiñas, donde hasta aquí viene sucediendo lo que dejo narrado. Allí vivimos Carlos Pereyra, José María Chacón y yo; allí llegó a vivir Solalinde con su madre doña Filomena, tan zamorana, tan elegante en su silueta esbelta y vestido negro; allí paró Pedro Henríquez Ureña en sus vacaciones de Madrid, verano de 1917, de que he tratado con detalle en mi reciente artículo "Encuentros con Pedro Henríquez Ureña" (*La Gaceta*, Fondo de Cultura Económica, I, 3, 15 de noviembre de 1954 y *Cuadernos*, París, enero-febrero de 1955); allí cedí a Pedro provisionalmente mi beca del Centro de Estudios Históricos para mientras estuviera en Madrid; allí recibimos ambos la visita de José Escofet, nuestro

camarada del Ateneo de México, ya vecino de Barcelona y pronto director del diario *La Vanguardia*. Allí se me aparecían de cuando en cuando, algunos mexicanos que andaban de paso por Madrid y que todavía me recordaban.

Universidad de México, *agosto de 1955, vol. IX, núm. 12.*

## VII. EL SUICIDA

RESPECTO al *Suicida* (tomo v de la Editorial Cervantes dirigida por Francisco Villaespesa y Luis G. Urbina, Madrid, 1917, y reeditado en México, Tezontle, 1954), he escrito en la "Carta a dos amigos":

> . . .debo a la austera verdad la confesión de que es un libro no del todo cosido, donde los diversos elementos no acaban de casar entre sí: se notan sutura y remiendos. Es posible que, con el tiempo y visto a distancia, todo eso se borre y el polvo de los años acabe por rellenar los huecos. Los críticos dirán entonces: —Este libro tenía más unidad de lo que su autor se figuraba.

Sin embargo, no parecen haberse realizado mis predicciones. En una crítica provocada por la segunda edición, y sin percatarse de que lo era, el libro fue considerado como una antología de ensayos entresacados de mis obras anteriores y completada con algunas páginas recientes. Es decir, que el autor de esta crítica se equivocaba al figurarse que *El suicida* era una colección de fragmentos escogidos en diversos libros, pero acertaba por instinto respecto a la génesis de la obra, que es un verdadero mosaico.

Quien haya leído mi ensayo "El revés de un párrafo" (*La experiencia literaria*) sabe ya que ese pasaje de *El suicida* llamado "La evocación de la lluvia", por ejemplo, data de México, julio de 1909 y apareció en *Nosotros*, Nº 1, México, 1912. En la revista *Argos*, de México, publiqué el 23 de febrero de 1913 un articulito —*De vera creatione et essentia mundi*— escrito en marzo de 1910, que luego se aprovechó, transformado, en "Los dioses enemigos" (2ª ed. de *El suicida*, pp. 84 y *ss*.). También de México (*Revista de Revistas*, 15 de diciembre de 1912) datan "Los desaparecidos"; y "La conquista de la libertad", de París, 1913. Y así podría yo ir marcando al margen tal párrafo, tal fragmento, que proceden de mi primera época mexicana o de mi primera estancia

en París, o en fin, de la etapa madrileña en que la obra fue finalmente confeccionada y publicada. Esto último acontece naturalmente con cuanto se refiere a la persona real cuyo suicidio (Ciudad Lineal, 2 de septiembre de 1916) provocó las primeras páginas.

Tengo a la vista cierta crónica enviada por Francisco García Calderón desde París al *Fígaro* de La Habana, febrero de 1914. Por ella caigo en que, ya para entonces, había yo mostrado al inolvidable amigo, no sólo páginas que luego serían aprovechadas en *El suicida* o *El cazador,* sino también otras que luego serían recogidas en algún futuro libro misceláneo como *Grata compañía* (México, 1948); así el ensayito sobre "*Las nuevas noches árabes* de Stevenson", que está firmado en México, abril de 1912. ¿Qué mucho, si en la segunda serie de *Marginalia,* apenas publicada el año pasado, todavía tendí una mano piadosa a cierta notita de 1909, "Lo que hacía la gente de México los domingos por la tarde"?

En artículo a que he de referirme nuevamente más adelante, Martín Luis Guzmán advertía:

> Recuérdese que A. R. comenzó a escribir en prosa desde 1908 (mucho antes escribía en verso), y que a partir de entonces no ha soltado la pluma un momento; de suerte que, acumuladas y acumuladas las cuartillas, su obra inédita comprende a esta hora tres o cuatro tantos iguales de lo publicado hasta aquí. Olvidar esto sería tender un puente de *Cuestiones estéticas* a *El suicida* a sabiendas de que hay tierra firme de por medio...

En efecto, al lado de mis libros orgánicos, escritos de una vez y conforme a un plan determinado, hay otros que se me han ido formando por acumulación y yuxtaposición de páginas independientes. No sólo los libros de "artículos desarticulados", en que ello es obvio, sino asimismo libros que adquieren *a posteriori* una organización de conjunto, como las *Memorias de cocina y bodega.* Por eso acostumbro fechar los fragmentos, siempre que me es dable, y poner como subtítulo de algunos volúmenes los años que cubre la colección.

Cuando se imprimía *El suicida,* a última hora, la imprenta (M. García y Galo Sáenz, Mesón de Paños) me pidió que añadiera algo al original para darle más cuerpo al libro. En-

tonces, entre lo que ya tenía por ahí y lo que pude emborronar prontamente, aderecé el "Monólogo del autor", y también la "Dedicatoria", que por ir al fin más bien equivale al "Envío" de las antiguas baladas.

Nunca fui muy lector de Trigo, y apenas me documenté sobre él en un estudio firmado por H. Peseux-Richard. (*Revue Hispanique,* 1913, XXVIII, Nº 74.) Aunque Rafael Cansinos Assens, al informar sobre *El suicida* (*La Correspondencia de España,* Madrid, 3 de septiembre de 1917) y compararlo con el libro que por esos días publicó Manuel Abril (éste sí dedicado a la persona y a la obra de Trigo), me hizo el honor de declarar que el espíritu de Trigo "sin duda se placerá más en estas páginas". Es verdad que añade, sin engañarse respecto al carácter de la obra:

> No es ya Felipe Trigo el protagonista de la obra; ni siquiera se lo nombra explícitamente, y la figura del muerto pasa por aquellas páginas como un enmascarado de tiniebla, convertido por la virtud de su desencarnación en un personaje abstracto: el suicida. Si no fuera por ciertas alusiones de un admirable grafismo, no sabríamos que se trataba de él, y nada rompería la solemne impersonalidad de estas meditaciones.

Poco antes, Unamuno me había escrito estas líneas, tan pletóricas de sí mismo como todo lo que él escribía:

> ...*El suicida* lo he leído con provecho. Lo tomé con interés desde que empecé su lectura, pues cuando se mató el pobre Felipe Trigo —el culto a la Vida, así con letra mayúscula, lleva a la muerte—, pensé escribir sobre ello. He anotado algunos pasajes de sus ensayos con ánimo de comentarlos alguna vez... Me gusta el género y me gusta como usted lo trata. Acaso haya demasiada literatura. Algo más de "misticismo activo", como usted le llama, estaría mejor. (Salamanca, 2 de junio de 1917.)

Martín Luis Guzmán escribió sobre *El suicida* las generosas páginas arriba citadas (*El Gráfico,* Nueva York, octubre de 1917, artículo después recogido en su libro *A orillas del Hudson,* México, Botas, 1920, pp. 47-52). Estas páginas provocaron un comentario acerbo, donde se decía entre otras cosas:

. . .La creación de literatos profesionales no es una ventaja indiscutible, y tal vez haya que revisar muy pronto lo que se llama la influencia de Pedro Henríquez Ureña. . . Lo que escriben Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán vale mucho menos de lo que pueden escribir. ("Revista sintética", *El Demócrata*, México, 2 de enero de 1921.)

Callamos el nombre del autor de estas líneas, que seguramente prefiere ya no responder de ellas.

"El ensayo es género que se hizo para usted", me escribía desde México el cordialísimo Enrique González Martínez (5 de septiembre de 1917). Y, desde San Antonio, Texas, por los mismos días, José Vasconcelos me envió una carta llena de entusiasmo y de cólera, de aplauso y berrinche, tan desigual y fraternal como lo fue durante unos años su sentimiento para conmigo. Acababa así:

Ya no hallo cómo parar. Adiós, un abrazo, una cordial felicitación, un grito de ánimo para la labor definitiva, te manda tu amigo a quien has conmovido con tu libro, haciéndole reconsiderar su destino.

La carta se perdió, anduvo errando, al fin dio conmigo cinco meses más tarde, y sólo pude contestarla en 12 de febrero de 1918:

Te agradezco el cariño y la varonil sinceridad de tu carta —le dije—. . . Debo comenzar por manifestarte que este libro no tiene verdadera unidad. . . Sólo me complazco en advertir que —salvo el fragmento que te agradó sobre "La evocación de la lluvia"— todo lo que te ha parecido bien está escrito en mi era europea, y lo que rechazas queda en el pasado. . . Como tú vendes pantalones, yo vendo libros. . . Ten paciencia y no desconfíes de mí. Entre la frívola charla madrileña de mi libro, te he hecho uno que otro guiño, me parece: para recordarte que soy el mismo Ulises de siempre. . . Algo de hierro voy ganando por dentro, y como en gran parte lo debo a España —no a las academias literarias, ojo: a los amigos escritores, a la calle, al pueblo, a los pueblos, a la roca viva del suelo, a la electricidad pura del aire— lo agradezco a España. . . ¿Que el jugueteo echa a perder las ideas serias? Yo no lo creo, aunque como tú pensó Unamuno. . . En fin, tu carta me deja muy contento y quisiera que continuaras siempre hablándome así. Algunas veces podré no aceptar en mi fuero interno lo que me digas, porque vamos llegando a la hora en que

no debemos cambiar de actitud ni por el consejo de un amigo querido...

En la "Despedida a José Vasconcelos", cuando éste dejó la Secretaría de Educación Pública y yo me encontraba en México de vacaciones diplomáticas, aludí también a estos extremos:

Fuimos siempre —le decía yo—, en nuestra concordia o nuestra discordia, buenos camaradas de guerra. Lo mismo cuando casi nos tirábamos los tinteros a la cabeza con motivo de una discusión sobre Goethe —¡ese precioso instante de nuestra juventud en que contrajimos para siempre los compromisos superiores de nuestra conducta!— como cuando, lejanos y desterrados, vendíamos, tú, en un pueblo de los Estados Unidos, pantalones al por mayor hechos a máquina; y yo, en Madrid, artículos de periódico al por menor, hechos también a máquina. (2 de julio de 1924, *Reloj de sol*; y 2º tomo de *Simpatías y diferencias*, 2ª ed.)

Años después, José, en sus memorias —escritas bajo la impresión de amarguras recientes, lo que explica muchos extremos—, si bien dedicó a mi esposa algunas amables menciones (pues ella, en efecto, fue siempre amiga cariñosa para Serafina y para sus hijos), dejó escapar algunas líneas impropias de la fraternidad que existió siempre entre nosotros, incluso en los días de París, aunque él era adversario del régimen, y yo —por carrera y no por "política"— representante diplomático. Pero yo sé bien que esa mala racha ha pasado, y creo que para siempre.

Xavier Icaza, en marzo de 1918, escribía sobre *El suicida*:

Es éste (*este libro*) una novedad en nuestra literatura. Habla de la tragedia humana, pero la observa a la manera inglesa, sin ampulosidad y sin tono solemne ni pedantería. (*El Pueblo*, México, 17 de febrero de 1919.)

Un artículo publicado en inglés por Pedro Henríquez Ureña recogía en los siguientes términos la opinión de Federico de Onís, quien para esta fecha se había trasladado ya de España a los Estados Unidos:

His recent work —*The Suicide*— is pronounced by Federico de Onís, the distinguished Professor of Spanish Literature at Colum-

bia University, to be the best book of essays of the English type writen in Spanish. It carries us, through interesting trains of reasoning and illustration, to delightfully unexpected vistas. Thus, the fact that several hundred persons disappear from greatest cities every month, without leaving any trace, leads him to discourse on the desire for change as one of the essential motives of human action, since not all who disappear are killed or flee from justice. (*The Minnesota Daily,* Minneapolis, 1º de mayo de 1918.)

El fragmento sobre "Los desaparecidos" impresionó también de modo especial a Xavier Icaza, en el artículo ya citado, y a Carmen de Burgos (*El Heraldo de Madrid,* 26 de agosto de 1917).

Siguió el libro su camino secreto y pasó, como tiene que suceder, de la clarinada de la crítica a la vida callada entre los lectores. Años después, don Rafael Arévalo Martínez me escribía desde Guatemala, el 7 de diciembre de 1939:

Unas palabras de *El suicida,* llamando "geniales" las figuras del caballo y del perro en la más conocida de mis obras (*El hombre que parecía un caballo* y *El trovador colombiano*) fueron para mí la clave del buen éxito. A partir de ellas tuve nombre en América. ¿Lo sabía usted?

Y así llegamos hasta la segunda edición (1954), con la cual tuve la suerte de interesar a una pluma joven: Henrique González Casanova (*Páginas y Letras,* México, 15 de mayo de 1954) ha tenido la exquisita idea de llevar como de la mano al lector por entre los vericuetos de este libro laberintoso, y desde aquí le doy las gracias.

Universidad de México, *enero de 1956, vol. X, núm. 5.*

# VIII. EL AÑO DE 1918

DIVIDIRÉ la reseña de 1918 en estos capítulos: A) Materia erudita; B) Esparcimiento y poesía; C) Crítica, crónica y literatura periodística; D) Varia; y E) Traducciones.

## A) *Materia erudita*

Comencemos la revista por las ediciones y los prólogos o estudios anexos, fundiendo de una vez en uno los conceptos 3º y 4º que establecí en el capítulo IV de esta historia documental, y dándome así libertad para ir y venir a mi gusto entre mis recuerdos.

1. *Teatro* de Ruiz de Alarcón. Clásicos Castellanos de La Lectura, Madrid. Colofón: 8 de abril de 1918. El volumen consta de un estudio preliminar y el texto de dos comedias: *La verdad sospechosa* y *Las paredes oyen.* Además, al final del tomo, hay apéndices y documentos alarconianos. Se han hecho varias reediciones de que no conservo noticia.

El estudio preliminar se ha reproducido bajo el título de "Tercera silueta" (de Alarcón) en la primera serie de mis *Capítulos de literatura española.* En nota del propio volumen (página 315), se lee:

> La continuación del teatro de Alarcón en La Lectura fue confiada, posteriormente a mi salida de España, a un joven erudito, a quien tuve el gusto de proporcionar todo el material que había yo reunido, y el texto ya casi preparado de *Don Domingo de Don Blas.* Ignoro lo que será de todo ello.

Para organizar este volumen alarconiano, como antes lo he dicho, me acerqué precisamente al Centro de Estudios Históricos de Madrid, a objeto de poder solicitar desde allí (bajos de la Biblioteca Nacional) los libros que me hicieran falta. Así fue como Federico de Onís y Américo Castro me vieron

trabajar de cerca, y propusieron a don Ramón Menéndez Pidal que me incorporase a su Sección Filológica. (Ver *Historia documental,* cap. II y, además, "El reverso", párrafo III, en *Pasado inmediato.*)

Comencé, pues, a trabajar en Alarcón poco después de mi llegada a Madrid, a fines de 1914. Ya he contado que Enrique Díez-Canedo fue quien me presentó a los directores de "La Lectura". Desde luego, optamos por *La verdad sospechosa,* imprescindible. El 4 de febrero de 1915, R. Foulché-Delbosc me aconsejaba desde París:

> De Alarcón convendrá no tomar *Las paredes oyen,* ya que acaba de publicarse en una edición satisfactoria de Yankilandia.

Se refería a la edición de Miss C. B. Bourland, Nueva York, Holt, 1914. Sin embargo, decidí recoger también dicha comedia en ese primer tomo, a fin de aprovechar los textos que me parecieron ya más bien fijados, dado el carácter de la colección.

Por entonces, o poco después, hice sacar fotocopias de la edición princeps de Alarcón, fotocopias que todavía han servido de base, en México, para el texto al cuidado de Agustín Millares Carlo, que pronto publicará el FCE en su Biblioteca Americana [3 vols., 1957, 1959, 1968].

Los documentos que aparecen al final del volumen se refieren a la biografía de Alarcón, a su testamento, a su bibliografía (sobre la cual volví en mi Correo Literario, *Monterrey,* Río de Janeiro, abril de 1931, pp. 2-5), a la cronología y representación de las comedias y al catálogo de las obras, no teatrales. Nada de esto he reproducido aparte, ni tenía ya objeto, después de los trabajos posteriores: P. Henríquez Ureña, bibliografía alarconiana selectiva, en el *Boletín del Instituto de Cultura Latino-Americana,* de A. Giménez Pastor, Buenos Aires, enero de 1938; y singularmente, los apéndices al libro de A. Castro Leal, *Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra,* México, *Cuadernos Americanos,* Nº 2, 1943.

Sólo quiero recordar aquí, como una muestra más del genio irritable de algunos hispanistas, a que me he referido ya en estos apuntes (cap. VI, párrafo VII), que costó algún tra-

bajo dar con el testamento de nuestro Alarcón; porque —aunque yo tenía una vaga noticia de que el académico Jacinto Octavio Picón lo había publicado en *Los Lunes de El Imparcial*, de Madrid, por habérselo proporcionado el descubridor del documento, que lo fue el bibliógrafo Cristóbal Pérez Pastor—, resulta que el señor Picón se consideró agraviado cuando yo le pedí el dato, y me contestó por carta en términos despectivos, haciéndome saber que ya una persona entendida y de experiencia se estaba ocupando en Alarcón. Pero don Francisco A. de Icaza, a quien conté el caso, tuvo la fineza de acompañarme a examinar el archivo de *El Imparcial*, y al fin dimos con el deseado testamento en el "Lunes" del 27 de febrero de 1899.

Artemio de Valle-Arizpe me ha llamado recientemente la atención sobre estas líneas de "Azorín":

> De Alarcón se ha editado, también por La Lectura, un volumen. Ha cuidado de esta edición, con su tacto y finura habituales, Alfonso Reyes. Y de Alarcón ha hablado también el agudo y delicado crítico Pedro Henríquez Ureña. (*Mariposa en el azul*, *A.B.C.*, Madrid, 17 de marzo de 1924; artículo recogido en "El oasis de los clásicos", *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1954, volumen IX, p. 1015.)

2. Por noviembre de 1917, la Casa Calleja había comenzado a publicar una *Revista General* a la que yo di mi ensayito "Chateaubriand en América", después recogido en los *Retratos reales e imaginarios*, 1920; además, los "Ejercicios de literatura española", por abril y mayo de 1918, que luego, retocados, habían de aparecer en la revista *Universidad de México* (13 de noviembre de 1931), y después, en la segunda serie de mis *Capítulos de literatura española* (1945). En la propia revista —Nº 14, 15 de junio de 1918—, publiqué también "De volatería literaria", artículo olvidado por Salvador Novo en sus ornitologías poéticas y que consta en *El cazador*. Y por septiembre de ese mismo año, a petición de Saturnino Calleja hijo (carta del 26 de agosto), se reprodujeron en aquella revista dos de mis páginas de cine, firmadas en *El Imparcial* bajo el seudónimo de "Fósforo":

"Noticias del cine" ("La última evolución del cine") y "La parábola de la flor".

Los "Ejercicios" surgieron de un curso práctico para la preparación de profesores y ayudantes de lengua y literatura españolas en las universidades de Estados Unidos, curso organizado por el Centro de Estudios Históricos. A Rafael Calleja le interesaron estas notas y me propuso que escribiera yo una historia en forma de la literatura española. Nunca me decidí, aunque el poeta Antonio Machado, cuando volvía de Soria a Madrid, me instaba siempre a que lo hiciera. Calleja llegó a más: quería encomendarme asimismo unas historias de las literaturas francesa, inglesa e italiana, lo que yo rehusé definitivamente en carta del 17 de junio de 1918.

El curso a que acabo de referirme se destinaba a españoles o hispanohablantes y no debe confundirse con los cursos de vacaciones para estudiantes extranjeros que también estableció la Sección de Filología del Centro, durante los veranos, y a los que acudían, sobre todo, norteamericanos, alemanes y austriacos. Yo heredé allí las funciones de Onís, primero provisionalmente y luego de modo definitivo, cuando él partió para los Estados Unidos. Recuerdo que me hice cargo del curso precisamente cuando había que explicar *La Celestina*; recuerdo que, cuando llegué al cultismo y al conceptismo, el sabio hispanista Ernest Mérimée —autoridad en Quevedo— salió de su Instituto Francés (donde él dirigía la sección de Tolosa, y Pierre Paris la de Burdeos) y se me presentó en el aula, dándome la gran sorpresa y proporcionándome una verdadera alegría; porque, naturalmente, aquella tarde mi exposición se convirtió en diálogo con el viejo maestro, y ambos "toreamos al alimón".

En esa aula me tocó acompañar la inciación hispánica nada menos que del novelista John (Roderigo) Dos Passos, quien seguramente ni se acuerda de mí y a quien gastaba yo la broma de llamarle siempre "Pasos Largos", nombre de guerra de un famoso salteador de caminos que por entonces hacía de las suyas en no sé qué parte de España.

Tomás Navarro tenía a su cargo un curso de fonética y, para explicar la pronunciación de la *p* española a los alemanes, les hacía decir "papel", colocándoles una hoja de papel

cerca de la boca. Cuando Navarro pronunciaba la palabra, la hoja casi no se movía; cuando la pronunciaba alguno de los estudiantes alemanes, la hoja temblaba y se agitaba al soplo germánico.

3. No puedo precisar mis datos. Creo que tanto el artículo sobre "Los autos sacramentales en España y América", como el artículo sobre la "Influencia del Ciclo Artúrico en la literatura castellana" fueron escritos para una enciclopedia literaria que proyectaba la Casa Nelson (Edimburgo), y que ambos —así como la edición de *El peregrino* de Lope, mencionada en el cap. V de esta historia— me fueron pedidos por "Azorín". Ello es que dichos artículos, como la soñada enciclopedia y la edición lopesca, pararon en mero proyecto. Los publiqué después en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras,* Buenos Aires, núms. V y VI de 1938. Los recogí más tarde en la segunda serie de mis *Capítulos de literatura española.* Volví a tocar los orígenes del teatro americano en lengua española años después: *Letras de la Nueva España,* México, 1948, cap. IV: "El teatro criollo en el siglo XVI".

4. El artículo sobre "Las dolencias de Paravicino" y la "Reseña de estudios gongorinos, 1913-1918" se publicaron primeramente en la RFE, V, julio-septiembre de 1918 y luego se recogieron en las *Cuestiones gongorinas,* Madrid, 1929. En el dicho artículo, aprovechando papeles y noticias inéditas que encontré en la Biblioteca Nacional de Madrid, quise trazar un boceto del predicador de la Corte (hombre alambicado, precioso y "evaporado"), a quien algún día quiso Joseph de Pellicer atribuir el primer paso en la estética cultista, como pronto vamos a recordarlo. Con la dicha reseña quise limpiar la mesa de todos los antecedentes eruditos que habían precedido a mis estudios y dejar fijadas las conclusiones. En mayo de 1919 (pues sólo entonces salieron los mencionados números de la RFE correspondientes a 1918), R. Foulché-Delbosc me escribía desde París: "Recibí dos papeles gongorinos, el uno más interesante que el otro." Sin duda ponía en primer lugar la reseña. Las páginas sobre Paravicino pueden interesar a los psiquiatras o a los psicofisiólogos, pues sin duda los males del célebre predicador estaban en esa indefinible frontera donde se pegan el alma

y el cuerpo. Yo pondría hoy el caso junto al de otro enfermo exquisito: aquel Elio Arístides, retórico griego del siglo II, a quien consagré un breve ensayo en el libro *Junta de sombras* (1949).

5. "Sobre el texto de las *Lecciones solemnes* de Pellicer" (*Revue Hispanique*, París, XLIII, 1918 —aparecido en 1919—, también recogido en *Cuestiones gongorinas*) es una monografía de larga historia:

1º Lucién-Paul Thomas (*Le lyrisme et la préciosité cultiste en Espagne*, 1909), cita un pasaje de Pellicer —que dice haber encontrado en las *Lecciones solemnes* de éste, párrafo 252 (?)— en que se declara la prioridad del predicador Paravicino respecto a Góngora en el empleo del estilo "culto".

2º Alfred Coster (*Baltasar Gracián, Revue Hispanique*, XXIX, 1913) dice que tal pasaje "sería concluyente", lo que dista de ser exacto —dadas las mañas de Pellicer— pero que no aparece en la obra mencionada.

3º En mi reseña sobre el *Gracián* de Coster (RFE, 1915, II, Nº 4, p. 383), yo dije a mi vez: "El pasaje se encuentra, no en el párrafo 252 (?) como dice Thomas, sino en el comentario a la estrofa VIII del *Polifemo*, verso Nº 5, columna 60. (Por cierto, en la RFE se puso, por errata, "Nº 4", errata salvada en *Cuestiones gongorinas*.)

4º El 4 de julio de 1916, R. Foulché-Delbosc, desde París, me escribía: a) En las *Lecciones solemnes* no hay columna 60; el impresor puso dos veces los números de las columnas 61 y 62. No importa: la primera 62 (a la izquierda) puede entenderse como 60. b) Lo más grave: "...el pasaje referido NO se encuentra en el Nº 4, ni en los números vecinos".

5º Yo poseo un ejemplar de las *Lecciones solemnes*, obsequio precisamente de R. Foulché-Delbosc, y, en efecto, este ejemplar corresponde a la descripción que él hace y, por consecuencia, no contiene el pasaje sobre Paravicino. Pero yo había hecho la aclaración a Coster sobre un ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid, ejemplar que casualmente había escapado a Foulché-Delbosc en su "Bibliographie de Góngora" (*Revue Hispanique*, XVIII, 1908), según lo adver-

timos Guzmán y yo en nuestras ya citadas *Contribuciones a la bibliografía de Góngora* (RFE, 1916, III, Nº 2, y *Cuestiones gongorinas*, p. 95). Como lo escribí en mi respuesta a Foulché-Delbosc (16 de julio de 1916), en este ejemplar que a él se le había escapado sí constaba el pasaje sobre la pretendida prioridad de Paravicino.

6º De aquí surgió mi monografía "Sobre el texto de *Las lecciones solemnes* de Pellicer". Hechas las investigaciones del caso, resultó que había dos familias de textos, y que en unos textos aparece y en otros no el discutido pasaje. Los demás extremos relativos a estas divergencias entre ambas familias no nos interesan por ahora. Yo advertí que no era la primera vez que Pellicer declaraba la prioridad de Paravicino sobre Góngora, pero que, en una obra posterior a la muerte de Paravicino y dedicada a enaltecer su memoria, no vuelve a mencionar el punto. E interpreté que el poco recomendable Pellicer —tan poco grato a sus contemporáneos según se ve por las cartas de éstos y se explicará más adelante, en otro capítulo de esta historia; tan desacreditado ante la posteridad por sus genealogías fantásticas, destinadas a la adulación de los señores, según puede estudiarse en la obra de Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*, Madrid, 1868—, había simplemente deseado antes halagar en vida al predicador del rey. Pero "muerto el perro, se acabó la rabia".

7º Mi trabajo comenzó, pues, a elaborarse por julio de 1916. Naturalmente, lo ofrecí a la *Revue Hispanique*, donde apareció dos años más tarde.

(Ver: "Correspondencia entre Raymond Foulché-Delbosc y Alfonso Reyes", en *Ábside*, México, XIX, 3, pp. 354-358.)

6. *Páginas escogidas* de Ruiz de Alarcón, Madrid, Biblioteca Calleja, 1918. El prólogo fue recogido bajo el título "Segunda silueta" (de Alarcón) en la primera serie de mis *Capítulos de literatura española*, donde la p. 315 debe corregirse, pues la edición no corresponde al año de 1917, como allí se dijo por error, sino al siguiente, que es la fecha del *Copyright*. Escogí pasajes de *Don Domingo de Don Blas*, *La verdad sospechosa*, *Las paredes oyen*, *Examen de maridos*, *Los pechos privilegiados*, *Los favores del mundo* y *Ganar*

*amigos,* lo que consideré más alarconiano; y llené los lugares suprimidos con pequeños resúmenes sobre el desarrollo de la acción. No sé si Genaro Estrada fue enteramente justo cuando me escribía:

> ...No nos gustó esa manera del Alarcón de sobremesa; pero este reparo no tiene importancia. Se ve que es necesario y que el negocio de Calleja no tiene nada que ver con los apostolados. Usted está justificado seguramente. En cambio, su magnífico Alarcón de "La Lectura" es un regalo... (México, 6 de noviembre de 1918.)

¿Apostolados? Yo creo que muchas veces se dicen cosas "por decir algo" y que esta antología de páginas alarconianas no es un desdoro para el editor que lo propuso. Los libros escolares en todos los pueblos ¿no están llenos de selecciones semejantes? Igual pasa con los fragmentos de Tirso de Molina recopilados en 1848 por don Ramón de Mesonero Romanos, o con la selección de máximas y aforismos, tan agradable, hecha por Antonio Castro Leal: *Ingenio y sabiduría de Alarcón* (México, 1939).

El tomito que vengo historiando se preparaba desde el año anterior. Rafael Calleja me pedía un retrato de Alarcón destinado a este tomo el 26 de mayo de 1917. Y el 26 de julio del propio año, solicitaba yo una prórroga hasta fines de agosto para entregar todo el material, prórroga que me fue concedida. Pero no recuerdo cuándo di término a este trabajo.

7. Baltasar Gracián, *Tratados: El héroe, El discreto, El oráculo manual y arte de prudencia,* Madrid, Calleja, 1918. Seguidos de la carta-descripción de la batalla de Lérida (Gracián era capellán militar) y precedidos del prólogo que he recogido en la primera serie de mis *Capítulos de literatura española.* (En este volumen recogí también —lo he dicho en el cap. v de esta historia— la reseña sobre el *Gracián* de Coster, y "Un diálogo en torno a Gracián", ficticia charla con "Azorín"). Por mi correspondencia con los hermanos Calleja veo que entregué este libro a la imprenta hacia mayo de 1918. (Ver: "El reverso", párrafo x, en *Pasado inmediato.*)

El 16 de agosto de ese año, me escribió "Azorín":

Gracias muy expresivas por su amable mención de las páginas de Gracián. Me ha producido viva alegría. Sentía la preterición de Coster (y así se lo dije a él).

Coster, en efecto, olvidó en su obra los numerosos estudios que "Azorín" ha consagrado a Gracián.

B) *Esparcimiento y poesía*

Literatura "independiente", que yo escribía para mi propio esparcimiento, y de carácter ajeno a la crítica y a la erudición:

1. Algunas páginas de *El cazador* —que se habían venido juntando desde México y París— y de *El calendario*; de todo lo cual trataré al llegar a la fecha de las respectivas publicaciones (1921 y 1924), puesto que no siempre he conservado la fecha de elaboración. Me consta, sí, que una primera organización de *El cazador* había sido ya aceptada por Calleja el 28 de octubre de 1918; pero, ante su tardanza, le pedí la devolución de mi original, que en efecto me fue entregado el 28 de noviembre de 1919, para ser sometido a nuevos arreglos.

2. Algunas páginas de recuerdos y estampas de viaje, que he juntado después de *Las vísperas de España* (1937). Así, en la sección de este libro que llamé "Fronteras", los articulitos "Rumbo al sur", "Noche en Valladolid", y alguna nota de "Rumbos cruzados". En el mismo libro incorporé las *Horas de Burgos*, páginas escritas también en 1918, y luego reproducidas como opúsculo aparte en Río de Janeiro, 1932, antes de incluirlas en *Las vísperas de España* (1937). José María Chacón, que me acompañó en mis viajes por la Península, ha recordado también nuestro paseo por Burgos. El fragmento final de *Las vísperas*, "Huelga", data de 1917 y permaneció veinte años inédito.

3. En *Huellas* (1923), aparecen, fechados en 1918, los siguientes poemas: "El mal confitero", provocado por un obsequio de uvas en aguardiente, a la toledana, que me envió un día Ángel Vegue y Goldoni —uvas cosechadas en su propia huerta de Toledo—, y donde hay ecos del inolvidable

Ventanillo, mencionado en páginas anteriores; el soneto a la muerte del pianista Carlos Lozano, que había hecho conmigo el viaje a Europa en 1913, a bordo del *Espagne*; "Voces al viento", uno de los poemas castigados o eliminados en el volumen *Obra poética* (1952); y "Anacronismo", que en la *Obra poética* ha pasado a llamarse "Fonética", nombre mucho más adecuado. En *Cortesía* (1948), aparece la "Tópica". En la *Minuta* hay algo que se comenzó desde 1917, pero ya no acierto a fijar las fechas anteriores a la primera edición (Maestricht, A.A.M. Stols, 1935).

### C) *Crítica, crónica y literatura periodística*

1. Ya iniciadas mis colaboraciones en *El Sol* y en *España*, muchas de ellas pasaron a las *Simpatías y diferencias*, sobre todo a las dos series primeras (1921). No siempre he conservado las fechas, lo que me impide hacer una enumeración exacta. Citaré, como mero ejemplo, los artículos que llevan expresamente la indicación de haber sido escritos en 1918, o de cuyo contexto se infiere claramente este año:

*Simpatías y diferencias*, 1ª serie (1921): "Visiones del Japón", "El museo privado de un escritor", "En los paraísos de la Guinea española", "La poesía del Archivo"; y acaso otros.

*Ibid.*, 2ª serie (1921): Tal vez "Sobre la nueva *Fedra*" (de Unamuno); tal vez "Panorama de América"; y acaso otros.

*Ibid.*, 3ª serie (1922): Este tomo reúne páginas muy anteriores. A enero de 1918 corresponde el ensayo sobre Ramón Gómez de la Serna, que ya no sé dónde publiqué primeramente y que, en traducción francesa de la actriz Mme. Moreno, hospedó la revista *Hispania*, París, julio-agosto de 1918, pp. 234-240, lo que me sirve de indicio para sospechar que antes lo di a alguna revista de lengua española.

*Los dos caminos* (4ª serie de *Simpatías y diferencias*, 1923): "Huéspedes: I. Dos italianos" (Mazzoni y Pellizzari). Acaso también "Entre España y América".

*Reloj de sol* (5ª serie de *Simpatías y diferencias,* 1926): "Las representaciones de clásicos".

Oportunamente a la fecha de estas publicaciones, volveré sobre cada una de las cinco series.

2. Igual indicación para los breves ensayos recogidos en los *Retratos reales e imaginarios* (1920) y que proceden de publicaciones en revistas y periódicos madrileños. Parecen corresponder al año 1918: "Antonio de Nebrija"; acaso el "Chateaubriand en América" de que he hablado antes; "Don Rodrigo Calderón"; "El obispo de Orense"; "En la casa de Garcilaso", etcétera.

3. El tomo *Entre libros* (1948), ya descrito en el cap. v, nos da, para el solo año de 1918, la mayor cosecha de reseñas allí contenidas: cuarenta y cuatro publicadas en *El Sol,* y siete en la *Revista de Filología Española.*

4. Notas dispersas:

(Sobre esta sección, y la "varia" que a continuación aparece, hay algunas indicaciones en el "apéndice bibliográfico" al tomo IV de mis *Obras completas,* de próxima publicación.)

Rafael Arévalo Martínez, *El hombre que parecía un caballo,* San José de Costa Rica, 1918. (Ediciones Sarmiento, de J. García Monge.) Un prologuito formado con un artículo de "Ricardo Arenales" y mis frases alusivas de *El suicida* mencionadas al final del capítulo anterior de esta historia.

Julio Torri, *Ensayos y fantasías, ibid.* (El Convivio, de J. García Monge): prólogo formado con pasajes de una carta dirigida al editor y pasajes de aquel ensayo, "Nosotros" (*Revista de América,* París) que sufrió varios transportes y al fin se incorporó en *Pasado inmediato,* cuyas emigraciones se describirán a su tiempo.

"Luis G. Urbina", en *Revista de Revistas,* México, 1918: artículo sobre la obra de Urbina *La vida literaria en México* (Madrid, 1917), que se ha aprovechado en ensayos posteriores.

Pedro Henríquez Ureña, *Antología de la versificación rítmica, ibid.* (El Convivio de J. García Monge). Prólogo formado con palabras del mismo ensayo que se usó para el anterior tomito de Julio Torri.

5. En el tomo *Aquellos días* (1917-1920), Santiago de Chile, 1938: artículos firmados en Madrid y en París con seudónimos, y que se enviaban a varios periódicos de España y de América. Puedo determinar la fecha de 1918 para los siguientes: "Grandes anales de nueve meses" (Madrid, 10 de abril), y "El trono y la iglesia de Maurras". En el tomo v de mis *Obras completas*, de próxima publicación, se incluye este libro, con notas sobre las fechas y procedencias que fue posible establecer para cada artículo.

## D) *Varia*

La obra varia o excéntrica se reduce a unas cuantas curiosidades, artículos de ocasión, notas anónimas "al servicio del prójimo"; así una presentación, anónima, para la revista *Higiene*, publicación de unos amigos; una carta sobre el libro español de América para una *Revista Comercial de Exportación Española*, de Barcelona; y la *Guía del Estudiante*, costeada por Fernando Pimentel y Fagoaga, para la cual hice el prólogo anónimo y que arreglamos juntamente Antonio G. Solalinde y yo, creyendo que sería excelente negocio. Él hizo todavía una segunda edición, a solas, bajo los auspicios de Espasa-Calpe.

## E) *Traducciones*

Desde comienzos de marzo, 1918, se habla con Calleja de otras traducciones de Chesterton (además de la *Ortodoxia* ya reseñada), pero sólo aparecerán al año siguiente.

## *Noticia final*

A fines de 1918 fui electo miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua Española, entonces bajo la dirección de Federico Gamboa, cuyo sillón heredaría yo al ser designado miembro de número en México, el año

de 1939. Por lo pronto, cuando vine a México de vacaciones diplomáticas, en una sencilla y cordial ceremonia —un almuerzo en el Country Club—, el 24 de junio de 1924, leí el "Discurso académico" que consta en el *Reloj de sol*.

Universidad de México, *febrero de 1956, vol. X, núm. 6.*

# IX. EL AÑO DE 1919

## A) *Poesía y esparcimiento*

1. En el libro *Huellas* (1922), llevan la fecha de 1919 los siguientes tres poemas que omití, por mero desafecto, en la recopilación llamada *Obra poética* (1952): "Tarde-bruma", "Charca de luz" e "Íntima promesa". Pero los dos últimos versos de este poema fueron escritos en 1912, como un pequeño epigrama que recogí en *Cortesía* (1948) bajo el nombre de *Chatita.* Ni siquiera este residuo —o mejor, este germen— pudo salvarse. También fue omitido o castigado en la *Obra poética.* ¡Qué crueldad, señores! Pero hay que saber decir que no aun a las propias ocurrencias.

Entre los demás poemas de 1919 que aparecen en *Huellas,* dos son traducciones: "Elegía a la muerte de un perro rabioso" (Goldsmith, *El vicario de Wakefield,* cap. XVII), y "El abanico de Mlle. Mallarmé" (S. Mallarmé). Ambos tienen su historia.

El poemita de Goldsmith fue traducido a las volandas, a petición de Manuel G. Morente, que por entonces dirigía la Colección Universal de Calpe (después trasfundida en la Colección Austral de Espasa-Calpe). Al corregir las pruebas de la traducción de *El vicario* de Goldsmith, hecha por Felipe Villaverde (Nos. 8-10 de la Colección), a Morente le desagradaba que el poema inglés apareciera vertido en prosa. Delante de él, a todo correr, hice esa traducción, casi sin más objeto que satisfacer un fin práctico.

El poemita de Mallarmé viene a ser la tercera forma, forma final de la traducción que ensayé en tres tiempos o tres configuraciones sucesivas, que consta en mi libro *Mallarmé entre nosotros* (ediciones de 1938 y 1955) y que se publicó primeramente en *La Pluma,* Madrid, año de 1920, revista de Manuel Azaña y Cipriano Rivas Cherif.

Ninguna de estas dos traducciones reaparece en la *Obra*

*poética,* porque en esta recopilación no quise reproducir traducciones y me limité a dar de ellas una noticia en los apéndices, remitiendo a los lugares en que se hallan.

Respecto a mi concepto de la traducción poética, he dicho en el citado libro *Mallarmé entre nosotros*:

> La traducción poética obliga a retoques constantes. [Quise decir: nunca está acabada.] Pero esto me parece incompatible con el placer de comunicar a los aficionados el estado de mi trabajo en determinado momento. El poeta español Jorge Guillén, uno de los traductores castellanos de Paul Valéry, ha llegado, en su fuero interno, a la idea de que la traducción poética debiera ser obra colectiva, aunque sometida a una dirección general. A esta noción me arrimo, y ofrezco mis *disjecta membra* al Gran Censor Desconocido que, si no en actualidad, existe ya en estado latente y parece gobernar como desde arriba todos nuestros versos.

Y luego invito al lector a que colabore conmigo y me comunique sus correcciones y observaciones, a ver si entre todos logramos la más completa aproximación a la solución del enigma.

La referencia a Jorge Guillén nos remite a mi nota "*El cementerio marino* en español (*Monterrey,* Correo Literario de A. Reyes, Río de Janeiro, octubre de 1931, Nº 6; reproducida en *Repertorio Americano,* San José de Costa Rica, 5 de diciembre de 1931). Allí examino traducciones de dicho poema hechas por Guillén y por el poeta cubano Mariano Brull. En la correspondencia que precedió a estos trabajos, consta una carta de Guillén a la poetisa francesa Mathilde Pomès, carta que, entre otras cosas, propone para las traducciones poéticas un verdadero trabajo de equipo, sometido desde luego a una dirección general que se encargara de unificar el tono. La verdad es que ello se intentó ya en Francia para la *Ana Livia Plurabelle,* de James Joyce (*La Nouvelle Revue Française,* mayo de 1931), mediante la colaboración del autor con Samuel Beckett, Alfred Perron, Ivan Goll, Eugène Jolas, Paul L. Léon, Adrienne Monnier y Philippe Soupault.

Con posterioridad a las traducciones de Guillén y de Brull, han aparecido unas seis versiones españolas más del *Cementerio marino.* Entre ellas, la excelente de Néstor Ibarra, un argentino que quiso asumir inútilmente y no se sabe por qué

cierta actitud agresiva contra sus predecesores. La traducción de Ibarra lleva un admirable prólogo de Jorge Luis Borges, el cual nos hace pensar, platónicamente, que los versos andan por el cielo, y sus figuras terrestres, sean traducciones u originales, no pasan de meras aproximaciones y remedos, donde el traductor (como acontece por momentos con algunas paráfrasis de Victor Hugo por Andrés Bello), hasta pueda caer más cerca del paradigma u "original teórico" que el autor mismo.

Finalmente, entre mis versos de 1919 publicados en *Huellas,* aparecen estos cuatro poemas: "Amado Nervo", "Octubre", "Conflicto" y "Caricia ajena"; el primero fue reproducido después en *Pausa* (1926) y en *Romances y afines* (1945), colección antológica; los otros tres fueron reproducidos en *Pausa*; y los cuatro en la *Obra poética.* El "Amado Nervo" se escribió a la muerte del poeta (24 de mayo, 1919) y mereció el honor de ser traducido por Jules Supervielle (*La Revue Européenne,* París, octubre de 1927). De "Octubre" me place señalar coincidencias de concepto con ciertos versos posteriores de José Moreno Villa, singularmente en mi pasaje: "Remo en borrasca, ala en huracán: La misma fuerza que azota es la que me sostendrá." El "Conflicto" tuvo la suerte de ser traducido por Mathilde Pomès ("Peint par lui-même", *Le Journal des Poètes,* Bruselas, 28 de mayo, 1932). "Caricia ajena", aunque benévolamente calificado por Ventura García Calderón como "una de las más agudas flechas de mi aljaba poética", en una pequeña antología compuesta por Guillermo Jiménez, es un poema cuya realización no pudo alcanzar a la intención, a causa de cierta oscuridad que lo desvirtúa. Yo le conté a Enrique Díez-Canedo que el estímulo u ocasión de este poema fue el haber visto, en la plataforma de un tranvía madrileño, a una mujer que acariciaba a su enamorado, y llena de ardor, volvía después el rostro hacia los demás pasajeros, sin darse cuenta de que a todos parecía envolvernos en la emoción amorosa que todavía traía en los ojos; de modo que todos recibimos la salpicadura de la "caricia ajena". Con su delicioso humorismo, Díez-Canedo mostró el poema a Moreno Villa, y le dijo: "A ver, Moreno Villa: Reyes no ha quedado satisfecho de este

poema porque no lo halla bastante claro. A ver si usted descubre por dónde pasaba el tranvía."

2. En algún sitio he de acomodar el libro de notas en prosa (y aun poemas en prosa) *Calendario,* que fue escrito a lo largo de mis años de España, para sólo publicarse en 1924, cuando me hallaba yo en México. Aún no me acostumbraba yo a fechar todas mis páginas, y no veo el objeto de emprender laboriosas buscas en este sentido. Algún caso será muy fácil, pero otros serán complicados y el resultado no compensará el esfuerzo. Así, por ejemplo, el primer fragmento del *Calendario,* "Voluntario", me resulta muy cómodo situarlo el 20 de octubre de 1922, porque es un fragmento final del discurso "Ante el Ayuntamiento de Madrid", cuyo resto aparece en mi libro *De viva voz* (1949), discurso de que he conservado la fecha. Por cierto que, como lo dije en nota de este último libro, dicho fragmento final me valió la dedicatoria de una sátira de Manuel Azaña contra la Villa y Corte ("A Alfonso Reyes, voluntario de Madrid") publicada en el semanario *España.* Pero el que dicho fragmento ocupe la primera página de *Calendario* no significa que las demás páginas sean posteriores; pues fueron distribuidas caprichosamente en cuanto a la cronología y de acuerdo con un sistema improvisado para dar al libro alguna apariencia de arquitectura y dividir su material disperso en distintos grupos: "Tiempo de Madrid — Teatro y museo — En la guerra (inútil decir que este grupo no es posterior al año de 1919) — Desconcierto — Todos nosotros — Yo solo". Tengo una vaga idea, por ejemplo, de que los fragmentos llamados "El caos doméstico" y "El egoísmo del ama", datan todavía de mi primera época mexicana y son anteriores a 1913. Algunas otras páginas pudieran fijarse con respecto al hecho que comentan, así la consagrada a Ruth Draper, pero no tengo a la mano periódicos españoles para recordar en qué año andaba ella por Madrid. Hay trozos que parecen todavía muy cercanos a los primeros *Cartones de Madrid* y revelan aún el desconcierto de la llegada a tierra nueva. Otros, en cambio, muestran ya cierta experiencia del vivir madrileño. Unos han brotado de los libros; otros, de las impresiones, del trato, la conversación, acaso los viajes. Creo que "El origen del pei-

netón" procede de mi primer viaje a Sevilla, en compañía de Pedro Henríquez Ureña, año de 1920 (¿o 1917?).

El libro, en conjunto, quedó organizado para la publicación el 23 de octubre de 1923, y yo tuve que regresar a México antes de corregir las pruebas, de que benévolamente se encargó Enrique Díez-Canedo. Para entonces ya llevaba yo un diario de trabajo —comenzado en México, 4 de julio de 1924. Allí consta que el día 8 del propio mes Alfonso Herrera Salcedo, a quien dejé como Encargado de Negocios de México en España, me telegrafió diciéndome que ya me enviaba por correo los primeros ejemplares de *Calendario.* Antes de que a mí me llegaran, vi un ejemplar en manos de Guillermo Jiménez el día 21 de julio. El 13 de agosto adquirí otro en la librería de Porrúa y marqué las principales erratas.

Del *Calendario* hice una segunda edición, en que lo junté con el libro *Tren de ondas* (escrito de 1924 en adelante). Esta edición apareció en México, Tezontle, 1945.

### B) *Materia erudita*

1. Lope de Vega, *Teatro,* tomo I: *Peribáñez y el Comendador de Ocaña, La estrella de Sevilla, El castigo sin venganza, La dama boba.* Prólogo de Alfonso Reyes.—Madrid, Editorial Saturnino Calleja, A. A., 1919.

Ver al respecto la primera serie de mis *Capítulos de literatura española* y notas respectivas, donde recogí este prólogo bajo el título "Silueta de Lope de Vega", el cual no debe confundirse con el prólogo para *El peregrino* de Lope que, aunque allí figure en segundo término, es anterior en más de dos años y de que he tratado ya en el cap. v de esta historia. Ver también "De algunas sociedades secretas" (*Reloj de sol*) y "El reverso" (*Pasado inmediato,* pp. 112 a 113). Entiendo que esta colección del teatro de Lope no fue continuada. Los textos quedaron a cargo de Nicolás González Ruiz, a quien corresponde la responsabilidad de los errores que señala G. Cirot en su reseña del *Bulletin Hispanique,* 1921, donde tan benévolos juicios tuvo para mi prólogo. Calleja me

ofreció este trabajo a fines de agosto de 1918, y lo entregué en enero de 1919. También se habló entonces de otros prólogos para Tirso, Cervantes y Calderón, en que no llegué a ocuparme. Fui consultado sobre la selección de las comedias, y yo la propuse. Hoy es discutible la inclusión de *La estrella de Sevilla,* pero no era posible suprimir tan buena comedia, siempre atribuida a Lope, en una colección como ésta. La duda, que ya había sondeado el ánimo de Menéndez y Pelayo, sólo se define en 1920 con el artículo de R. Foulché-Delbosc en la *Revue Hispanique,* y ya Leavit, en 1931, asigna decididamente *La estrella de Sevilla* a Andrés de Claramonte, que acaso fue un mero refundidor.

2. "Pellicer en las cartas de sus contemporáneos" es un ensayo publicado primeramente en la *Revista de Filología Española,* VI, 1919, y luego recogido en mis *Cuestiones gongorinas,* pp. 209-232. Allí trazo una breve silueta de Don Josef de Pellicer, hombre representativo —para bien o para mal— del siglo XVII español; enumero sus principales obras, sobre todo por cuanto a Góngora se refiere, y transcribo algunas cartas manuscritas a él referentes que encontré en la Biblioteca Nacional de Madrid y que, como lo dejo dicho en el cap. VIII de esta historia (párrafo 5, inciso 6º) muestran la escasa confianza y ninguna simpatía que, en lo íntimo, le concedieron sus contemporáneos; aunque lo disimularon tal vez en sus impresos. Algunas de mis noticias han sido aprovechadas y ampliadas por don Ricardo del Arco y Garay (*La erudición española en el siglo XVII,* Madrid, 1950, 2 vols.). Pero ya anteriormente al señor Arco y Garay había andado también por estos terrenos don Dámaso Alonso ("Todos contra Pellicer" y "Cómo contestó Pellicer a la befa de Lope", el primero publicado en la *Rev. de Fil. Esp.* XXIV, 1937, y ambos recogidos en los *Estudios y ensayos gongorinos,* 1955). Dice con toda ecuanimidad Dámaso Alonso que, a pesar de todos sus defectos o errores, los aficionados a Góngora —y yo me lo aplico sin empacho— debemos mucho a Pellicer, quien puso en el estudio de su maestro "mucho más primor del que podría esperarse de hombre tan ligero".

3. *Poema del Cid. Texto y traducción. La prosificación mo-*

*derna del poema ha sido hecha por Alfonso Reyes,* Madrid, Barcelona, Calpe, 1919, Colección Universal, 1-4.

Me cupo la honra —siendo un mero huésped de España— de inaugurar esta célebre colección, y de cuidar el texto del altísimo documento poético, acompañándolo de un prólogo y una prosificación moderna que ha corrido con suerte, pues el tomo ha alcanzado ya muchas ediciones (de diecisiete tengo noticias) y se lo usa para objetos escolares en todos los países de nuestra lengua; por lo cual el sumo maestro de los estudios cidianos y venerado maestro mío, don Ramón Menéndez Pidal, quiso honrarme recientemente llamándome "Difundidor del Cid" en dedicatoria privada a su opúsculo "Fórmulas épicas en el Poema del Cid" (*Romance Philology,* III, Nº 4, mayo de 1954).

No olvidaré la tarde en que nos reunió Américo Castro, y Manuel G. Morente —que había de dirigir la Colección de la editorial recién fundada— tendió en el suelo un montón de libros franceses que podrían servirnos de ejemplo, y allá, de rodillas nos dimos a escoger el tipo de los tomitos proyectados. Poco después, la buena fortuna llamó a mi puerta y se me hizo saber que sería yo el encargado de dar el primer paso en la nueva empresa, y nada menos que siguiendo la huella del Cid, como si yo mismo fuera uno de aquellos "bachilleres pobres" que él reclutó bajo su bandera.

El *Cid* ha ocupado siempre mi mente. En 1918, escribí una página, "El mayor dolor de Burgos" (*Las vísperas de España*) sobre el momento en que los burgaleses niegan posada al Cid. En los sonetos del *Homero en Cuernavaca* (1948-1951), hay uno, "De mi padre", en que confieso cómo la figura de Don Rodrigo se asocia para mí a los más caros recuerdos.

Creo ya haber contado por ahí cómo, en alguna de las ediciones posteriores, tuve ocasión de corregir un error que se me escapó en la primera: En el Primo Cantar, estancia 6, leí apresuradamente el pasaje: "Espeso e el oro e toda plata. Bien lo veedes que yo no trayo nada", y traduje: "Poseo oro y plata en abundancia, aunque bien veis que nada traigo conmigo." Pero "espeso" no quiere decir "abundante" en la vieja lengua medieval, sino que es participio pasado del verbo

"expensar". Y el pasaje quedó corregido en estos términos: "He gastado todo el oro y la plata: bien veis que nada traigo conmigo." En México, marzo de 1949, tuve todavía el gusto de dar otra pasada al texto de la decimotercera edición, que podía, de una reimpresión en otra, haber contraído algunos vicios y que convenía asear conforme a la crítica más reciente (véase la nota en el respectivo tomo, p. 9); pero todavía debo recoger las observaciones —y las recomiendo a los poseedores del libro— que me hizo "Azorín" en *La cabeza de Castilla* (Colección Austral, p. 62), y a propósito de las cuales le escribí desde México, en 18 de abril de 1951, las siguientes líneas, referentes al Primer Cantar, estancia 5: "Tiene usted razón: ni debí haber puesto *bebida* por *vino,* ni suprimir *no le aprecio un higo.*" En consecuencia mi texto depurado debe ser éste: "Martín Antolínez... procura al Cid y a los suyos el pan y el vino." Y unas líneas después: "...de lo contrario, cuanto soy y valgo no lo aprecio un higo".

Nunca he recogido en un libro mío el prólogo sobre el *Cid,* pero ya lo incorporará cierta obra que tengo en trama.

R. Foulché-Delbosc me escribió a propósito de esta modernización del *Cid*:

> Mis más vivos agradecimientos por su traducción del viejo poema. Entre nosotros, se hace para la *Chanson de Roland,* y no hay razón para que no se haga con el hermano menor. Es una fortuna que, para Ruy Díaz (¡oh abominación de acentos modernos en los nombres vetustos! Mio Cid con sombrero de copa...) sea usted quien se haya encargado de la tarea: garantía de que está bien hecha. Y me propongo releer el libro, no en el original —que ya he leído demasiado— sino en el texto de usted. Sensación nueva, extraña, algo desconcertante, se lo confieso, seguro de que usted me entiende. ¿Se figura usted lo que podrá ser dentro de siete u ocho siglos, una "traducción española" de cierta *Visión de Anáhuac*? ¡Lástima no poder vivir aunque sea unas horas en el siglo veintisiete! Pero de seguro nos sentiríamos espantados y pediríamos volver cuanto antes a la tumba. Sobre esto bien pudiera escribir una docena de reflexiones filosóficas: pero mejor será que no perdiera el tiempo en eso. (París, 2 de septiembre de 1919.)

Por su parte, "Azorín" me dijo: —Leído en su prosa moderna, el *Cid* me ha causado la impresión de un drama de Victor Hugo.

Después de mi prosificación han aparecido la versión manual de Calleja que arregló Díez-Canedo, la versión portuguesa de Alfonso Lopes Vieira, la paráfrasis en verso moderno de Pedro Salinas, la reproducción retocada de mi texto, preparada para "usos internos" de la Universidad de Tulane por el profesor Victor R. R. Oelschläger, cierta fantasía poética del chileno Vicente Huidobro, al modo de la que hizo Delteil para la figura de Juana de Arco, etcétera. Así lo he recordado en un paréntesis de la reseña sobre "*El cementerio marino* en español" (*Monterrey*) a que antes me he referido.

4. Juan Ruiz de Alarcón, *Los pechos privilegiados*, Madrid, Barcelona, Calpe, 1919, Colección Universal, N$^{os}$ 55 y 56. Cuidé del texto y escribí para el tomo el prologuito que luego recojo bajo el título de "Primera silueta" (de Alarcón), en la primera serie de mis *Capítulos de literatura española.* Suprimí en esta reproducción el párrafo último de mi prólogo, que se refiere directamente al texto de la comedia y que dice así:

> El texto actual es transcripción del que publicó el mismo autor en 1634, salvo la división escénica, recibida ya por la costumbre, y las acotaciones que están algo retocadas. Se siguen las indicaciones escénicas de las ediciones modernas.

Universidad de México, *abril de 1956, vol. X, núm. 8.*

## C) *Crítica y periodismo*

1. A. Nervo, *El diamante de la inquietud,* Madrid, Biblioteca Nueva, S. A. (1919). Contiene: *El diamante de la inquietud, El diablo desinteresado, Amnesia* y *Un sueño,* con un prólogo mío que también se usó después para el tomo XIV de las *Obras completas* de Nervo, publicadas por la misma Biblioteca Nueva y cuyo cuidado me confió José Ruiz Castillo. Este prólogo, "El camino de Amado Nervo", aparece también en la tercera serie de mis *Simpatías y diferencias,* primera edición (1922) y fue suprimido en la segunda edición (1945), por haber sido anteriormente incorporado en el

libro *Tránsito de Amado Nervo,* Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1937.

2. "Las mesas de plomo" es una colección de artículos en torno a la historia del periodismo que estuve publicando en *El Sol* por el año 1918 y que aún no se recogen en un libro.

3. "Historia de un siglo", artículos sobre el siglo XIX también publicados en *El Sol* y tampoco recogidos hasta hoy en volumen, es una serie interrumpida que va desde 1919 hasta 1920 y luego se ha completado con otros capítulos posteriores a la guerra austroprusiana, aunque no llegan a cubrir del todo los últimos años de ese siglo. Puede considerarse como apéndice final el "Índice de la Guerra Europea" que di también a *El Sol* en 5 de diciembre de 1918.

4. La colección "De servicio en Burdeos", incorporada como una sección de *Las vísperas de España* (1937), es también una colección de artículos enviados desde Burdeos a *El Sol* de Madrid el año de 1919. Dejo para más adelante el referir la ocasión de este viaje a Burdeos en compañía de "Azorín".

5. En la primera serie de *Simpatías y diferencias* (1921), aparece fechado en 1919 el artículo "Sobre Montalvo", y en la tercera serie (1922), los siguientes: "En memoria de José de Armas" y "Sobre una epidemia retórica", al parecer el primero publicado antes en *El Sol* y los otros dos en revistas americanas. Es posible que haya otros fragmentos no fechados que correspondan al mismo año de 1919.

6. Respecto al tomo *Aquellos días,* Santiago de Chile, Editorial Ercilla, 1938, donde se han recogido artículos fechados de 1917 a 1920, en París y en Madrid, tomo mencionado ya en mi anterior capítulo, quiero añadir ahora que todo él se escribió en Madrid. Allí vivía yo entonces, aunque me mantenía fácilmente al tanto de la vida francesa. Los artículos que se suponen escritos en París van firmados con los seudónimos "Pedro Cuenca" o "As" y aparecieron todos en *El Heraldo de México,* de 1918 a 1919. Los fechados en Madrid se publicaron a veces en *El Sol,* en *Las Novedades* de Nueva York, y los más en *El Heraldo de México,* y uno en *El Universal* de México.

## D) *Varia*

1. Daba gusto colaborar en cualquiera forma con Joaquín García Monge y ayudarlo por poco que fuera en sus preciosas colecciones de literatura escogida. Aquel lugarcito de Costa Rica, alejado del tráfago de las grandes editoriales, de donde regularmente nos llegaban y nos seguían por todas partes los cuadernos del *Repertorio Americano,* era un recatado centro de cita para algunos amigos. Publicar allá, confiándolo a tan buenas manos, algún opúsculo o breve ensayo, era un asueto, no un trabajo; nos aliviaba de las tareas inmediatas, parecía una tregua. Yo lo había probado ya con la primera salida de mi *Visión de Anáhuac,* el año de 1917, y me complacía convidar a otros para que hicieran lo mismo.

Así, había yo obtenido de Eugenio d'Ors que autorizara la reproducción en Costa Rica de su conferencia *Aprendizaje y heroísmo,* publicada por García Monge el año de 1916, con unas palabras preliminares de José Ingenieros, y otras mías, las cuales fueron incorporadas en los *Cartones de Madrid* ("Estado de ánimo"). En el capítulo anterior de esta historia, me he referido ya a los tomitos de Arévalo Martínez, Torri y Henríquez Ureña (cuya *Antología de la versificación rítmica* fue reproducida al año siguiente por la Colección Cvltvra, de México, Nº X, 2). Ahora, en 1919, El Convivio reeditó *Disciplina y rebeldía,* de Federico de Onís, con algún pasaje mío, luego incorporado en el "Diario de un joven desconocido" (*El cazador*); y José María Chacón y Calvo, su *Hermanito menor,* dibujos de R. Estalella, en cuyas primeras páginas hay algún fragmento de otra carta mía a J. García Monge. Las conferencias de d'Ors y de Onís arriba mencionadas fueron leídas respectivamente en 1914 y 1915 (Residencia de Estudiantes de Madrid) y publicadas primeramente en ediciones madrileñas. (Ver "Estado de ánimo", en mis *Cartones de Madrid.*)

De una vez puedo adelantar que, en 1920, El Convivio publicará la *Sala de retratos* de Enrique Díez-Canedo (preliminares: recado mío a J. García Monge y unas líneas de Pedro Henríquez Ureña) y *Artículos* de José Vasconcelos, en cuyas primeras páginas hay también algún pasaje del en-

sayo antes mencionado ("Nosotros") que se reabsorbió en el *Pasado inmediato*.

2. Luis G. Urbina era Primer Secretario de nuestra Legación en Madrid, bajo el ministro don Eliseo Arredondo. Se acercaba el 12 de octubre, fiesta de la Raza. Urbina tuvo la buena idea de que nuestra Legación señalara la fecha con alguna publicación literaria. De aquí el volumen *Lírica mexicana, Antología publicada por la Legación de México con motivo de la Fiesta de la Raza, 12 de octubre de 1919*, Madrid, Imprenta Jiménez y Molina, en que naturalmente Luis estableció el criterio, yo me limité al papel de colaborador secundario y amanuense, y Roberto Montenegro, que por entonces vivía en España, contribuyó con la elegante ornamentación.

Como Luis G. Urbina estaba fuera de las modas, no creo que esta antología haya merecido toda la consideración que merece. Acaso se encuentre en sus páginas algún poema ya olvidado, pero no por eso digno de olvido. Confieso, por ejemplo, que hallo —en su estilo y su época— muy encomiable el soneto "A Lelia" del modesto Francisco Sosa, donde se da la respuesta a Horacio y su orgullosa amenaza para el porvenir que espera a la amante ya envejecida (*Odas*, I, xxv):

> Cuando todos te olviden...
> entonces, Lelia, ven: mi hogar estrecho
> contigo partiré; que no lo es tanto
> que en él no quepan tu dolor y el mío.

La antología está dividida de esta suerte: época gongorina, época neoclásica, transición, época romántica, época moderna, la cual comienza con Pagaza y llega hasta los poetas más jóvenes de aquellos días. Urbina ha demostrado en sus libros ser un excelente crítico y gustador de la literatura mexicana.

Yo estaba alejado de nuestro servicio diplomático. Pero de mis buenas relaciones con sus funcionarios queda memoria en el fragmento "Sobre un espadín" (*Cortesía*), referente a la compra y reventa de este adminículo (el uniforme fue después suprimido) entre don Eliseo Arredondo y yo, 1918 y 1920. Don Eliseo Arredondo y yo —sin ningún otro secretario de su Legación— pasamos juntos el día primero del

año de 1919, y juntos admiramos y disfrutamos el baile del Teatro Real.

Y ahora que ha pasado el tiempo, puedo contar que, aunque don Eliseo me ofrecía alguna compensación por mi trabajo en la antología, contrarié un poco a mi inolvidable y admirado Luis, porque no quise cobrar nada. Tal vez lo recuerda Gabriel Alfaro que, si no me engaño, era segundo secretario en Madrid.

## E) *Traducciones*

1. Lawrence Sterne, *Viaje sentimental por Francia e Italia,* Madrid-Barcelona, Calpe, 1919, núms. 76-77 de la Colección Universal. He declarado las principales erratas en nota a mi ensayo "De la traducción" (*Contemporáneos,* México, 1931, IX, Nº 3, pp. 174-184, luego recogido en mi tomo *La experiencia literaria*), y allí he explicado también, ante una objeción que se me hizo, que la abreviatura "p. . . ss", puesta por Sterne en lugar de un verbo francés, no se debe a que yo haya traducido a Sterne sobre una traducción francesa, sino que así, con referencia al francés (puesto que se trataba de un viaje por Francia y de una dama francesa) lo puso Sterne dentro de su contexto inglés. También, sobre las dificultades comparadas de traducir a Chesterton y a Lawrence Sterne, he contado mi conversación con H. G. Wells, a quien un día expliqué, en Madrid, que para el estilo de Chesterton hay (más o menos) antecedentes en la lengua española del Siglo de Oro, mientras que no los hay para Sterne. ("Huéspedes: Wells en Madrid", *Los dos caminos.*)

2. Precisamente entonces, mis traducciones de Chesterton destinadas a la Casa Calleja estaban en pleno desarrollo: *El hombre que fue Jueves* se preparaba desde 1918, y fue entregado por mí a los editores el 11 de junio de 1919; poco después, entregué el prólogo respectivo. El tomo sólo aparece en 1922. A la *Pequeña historia de Inglaterra* estoy poniendo notas a mediados de 1919, y el volumen sale a las librerías por noviembre de 1920. En febrero de 1919, Rafael Calleja me habla del *Candor del P. Brown* como de cosa en

marcha, aunque consta por mi correspondencia que apenas estoy corrigiendo pruebas el 5 de enero de 1921.

### E) *Notas finales*

1. El 15 de abril de 1919 llegó a Madrid Artemio de Valle-Arizpe, trayéndome encargos de mi familia, y se incorporó, como segundo secretario, en nuestra Legación de España. Al año siguiente, pasaría a formar parte, en mi compañía, de la Comisión Histórica "Paso y Troncoso" presidida por don Francisco A. de Icaza, para reintegrarse luego a aquella Legación, donde yo también volví a ser llamado poco antes (1920), primeramente con mi antiguo grado de Francia —segundo secretario— y pronto como primer secretario y encargado de Negocios *ad-int.*

2. A mediados de junio de 1919, siendo "Azorín" Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, discurrió presentar una exposición de pintura española en Burdeos y llevar consigo un conferenciante que hablara, en general, sobre el Arte y las letras hispánicas. Miembro de un gobierno conservador, no podía invitar a un izquierdista. Y —me dijo— "los mejores intelectuales españoles son gente de izquierda. Por eso lo invito a usted, mexicano y ajeno a nuestras discordias políticas, pero con derecho a la ciudadanía literaria entre nosotros". Acepté, pues me honraba y complacía la idea de hablar en esta ocasión sobre España, siendo hispanoamericano y con base en el común denominador de nuestra cultura. Fuimos juntos a Francia. Di dos conferencias en el Anfiteatro Montaigne, Facultad de Letras de Burdeos, los días 3 y 4 de julio de 1919, una sobre Goya, con referencias generales a la pintura española, y otra sobre la actual literatura de España, con referencia al panorama general que le ha precedido. De aquí las notas "De servicio en Burdeos", a que aludo arriba (C, 4), y que son unas meras crónicas del viaje, sin relación con el texto de mis conferencias, salvo los cuatro últimos fragmentos, que publiqué después en *Nosotros,* Buenos Aires, abril de 1937.

El resto de mis conferencias (en su mayor parte charlas

en español, tras unos breves resúmenes en francés, y sin apoyo en textos escritos) ha desaparecido naturalmente, como cosa que se lleva el viento. Además de las mencionadas crónicas sobre el viaje a Burdeos, véanse la "Noticia" que precede a *Las vísperas de España* y la nota núm. 7, en la página 276 de este libro.

3. Pedro Henríquez Ureña ya había hecho un viaje anterior a España. Había llegado a Barcelona el 10 de julio de 1917, y a la semana siguiente estaba en Madrid. Allí permaneció hasta mediados de septiembre. Hacia el 20 de este mes embarcó en Vigo, y regresó a los Estados Unidos. Era catedrático en la Universidad de Minnesota.

Ahora, en 1919, hizo un segundo viaje a España. El 21 de noviembre estaba en París. Se trasladó a Madrid para Navidad, donde permaneció hasta mediados de 1920. Volvió a Francia, y el 11 de septiembre embarcó nuevamente para los Estados Unidos a bordo del *Lafayette*.

4. *Alcance al año de 1917*. El Instituto Francés de Madrid, formado por una asociación de las Universidades de Tolosa y Burdeos, aquélla representada por Ernest Mérimée y ésta por Pierre Paris —dos nombres ilustres—, tenía sobre todo una vida primaveral. En mis *Simpatías y diferencias* he dejado reseña de algunas conferencias que escuché en el Instituto Francés. El año de 1917, una comisión de académicos franceses visitó a España (propaganda no bélica) y el 2 de mayo fue recibida por el Instituto Francés. La presidía Henri Bergson, acompañado, entre otros, de Étienne Lamy, Secretario Perpetuo de la Academia Francesa, del músico Widor y algunos que ahora no recuerdo. El Ateneo abrió sus salones para las conferencias de los emisarios franceses. Éstos, en general, se manifestaban muy empeñados en demostrar al público madrileño que los franceses también eran buenos católicos, y, en la recepción que ellos a su vez ofrecieron el día 8 de mayo, algún personaje español, encargado de saludarlos, les hizo ver muy discretamente que no hacían falta estas explicaciones previas y que Francia, azotada entonces por la guerra, contaba con la amistad de muchos y de muy buenos españoles.

El filósofo Bergson presentó en el Ateneo una síntesis

verbal de su sistema, que fue cuidadosamente recogida por unos taquígrafos e impresa en edición no venal por Manuel Azaña, Secretario del Ateneo. Pero Bergson siempre fue poco afecto a las repeticiones (en sus disposiciones testamentarias, aún dejó dicho que su obra estaba completa como él la dejaba y que no se publicaran sus notas) y rogó que no se hiciera circular ese tomo. Algunos privilegiados, sin embargo, pudimos contar con un ejemplar, verdadera joya bibliográfica. Al volver a México, en 1924, presté el mío a Antonio Caso, que no llegó nunca a devolvérmelo, y mi ejemplar se ha perdido entre los restos de la que fue su "librería" personal. En todo caso, no me fue posible dar con él en la biblioteca "México", donde han ido a parar sus libros. Por los días de España, Carlos Pereyra, decidido germanófilo, comentaba humorísticamente la conferencia de Bergson, asegurando que había ido a España para demostrar "la inmortalidad del alma de los franceses". Amado Nervo quedó sencillamente fascinado al escuchar a Bergson.

Yo, el 3 de mayo, dirigí al gran filósofo una carta en francés, con el propósito de llamarle la atención sobre cosas de nuestro México. He aquí la traducción de esa carta:

Muy respetado maestro:

Allá por 1910 recibió usted de México un volumen de *Conferencias del Ateneo de la Juventud,* consagrado a las vidas y obras de algunos poetas y escritores de América. Éramos, entonces, una pequeña pléyade que apenas había iniciado sus trabajos. Las perturbaciones subsecuentes habían de interrumpirlos. En este volumen de conferencias habrá usted podido ver su nombre citado con frecuencia, ya en las páginas de Antonio Caso sobre Eugenio M. de Hostos —el educador de Santo Domingo—, ya en las de Pedro Henríquez Ureña sobre José Enrique Rodó, el ilustre ensayista uruguayo, y sobre todo, en las de José Vasconcelos sobre Gabino Barreda, el filósofo mexicano discípulo de Comte, reformador de la enseñanza pública según los principios liberales que el presidente Benito Juárez acababa de hacer triunfar en la política.

Para esos días, ya habíamos comenzado —y Vasconcelos lo deja entender en su conferencia— una campaña contra el "positivismo oficial" de nuestros inmediatos predecesores, en nombre de las nuevas filosofías. El mayor de nosotros era todavía muy joven, y nuestro movimiento parecía una desobediencia. Pero se dirá que aún no hemos conquistado el secreto verdadero de la cultura —la

continuidad— y que nuestros regímenes intelectuales proceden por contradicciones, así como nuestros regímenes políticos se suceden por revoluciones. Aquellos maestros predecesores habían dejado de interesarse por lo que pasaba en el mundo de las ideas: ya no leían, y sólo se percataron de nuestra "desobediencia" cuando ya agrupábamos en torno a nosotros a las juventudes universitarias. El nombre de usted había venido a ser para nosotros un santo y seña. Poco después, nos hicimos cargo de las cátedras en la Escuela de Altos Estudios. Todo iba bien, pero sobrevino la revolución.

Con todo, y en medio de los contratiempos, la obra ha continuado. A fines de 1913 y comienzos del siguiente año (yo me hallaba entonces en París, en funciones diplomáticas), mis amigos organizaron una nueva serie de conferencias, y esto en plena revolución y, lo que es todavía más simpático, en una librería, la Librería General de Enrique del Moral, Antonio Caso expuso entonces la "filosofía de la intuición". Acompaño a esta carta un ejemplar de la revista estudiantil *Nosotros* (título harto expresivo), donde podrá usted ver la conferencia de Caso y acompaño también unas fotografías de la Librería General y del grupo en que aparece el conferenciante, entonces director de la Escuela de Altos Estudios.

La librería ya no existe, y no estoy enteramente tranquilo respecto a la suerte de la escuela.

Permítame usted que le ofrezca, a título de mexicano y de modesto colaborador en aquella reforma intelectual, este recuerdo de su influencia en un país distante y sufrido. Me parece un documento humano no exento de valor en cuanto a las posibilidades del espíritu ante los embates de la sombra.

Acepte usted, respetable maestro, las expresiones de mi más profunda admiración y mi muy alta consideración.—A. R., ex secretario de la Escuela de Altos Estudios de México, y fundador, en la misma escuela de la cátedra de historia de la lengua y la literatura españolas.

El 8 de mayo, en la recepción de los académicos, el filósofo preguntó por mí, hizo un aparte en mi compañía, y durante más de media hora me interrogó con vivo interés sobre todos los extremos de la carta anterior. "Mis mejores votos —me dijo tendiéndome la mano— para el porvenir de la inteligencia mexicana."

A título de recordación, pongo aquí el programa de las conferencias inauguradas en la Librería General el 22 de noviembre de 1913: la *Literatura mexicana,* por Luis G. Urbina, director de la Biblioteca Nacional; la *Filosofía de la intuición,* por Antonio Caso, director de la Escuela de Altos

Estudios; *Don Juan Ruiz de Alarcón* (conferencia célebre en los fastos de la crítica mexicana), por Pedro Henríquez Ureña, catedrático de la Escuela de Altos Estudios; *La música mexicana,* por Manuel M. Ponce, profesor del Conservatorio Nacional; *El último libro de Maeterlinck,* por el P. Manuel Díaz Rayón, S. J.; *Un epicúreo,* por Gonzalo de Murga; *La novela mexicana,* por Federico Gamboa, C. de la Real Academia Española; *La arquitectura colonial en México,* por Jesús T. Acevedo, profesor en la Escuela de Arquitectos y Academia de Bellas Artes.

Universidad de México, *mayo de 1956, vol. X, núm. 9.*

# X. EL AÑO DE 1920

PASABAN los años y —como dice la frase hecha— no se veía claro en mi porvenir. Mis amigos del Centro de Estudios Históricos me habían ofrecido un plan, aprobado por nuestro director y maestro don Ramón Menéndez Pidal: —que obtuviera yo la ciudadanía española, regularizara de algún modo mis títulos literarios en la Universidad Central de Madrid, mediante certificados, cursos y exámenes y, obtenido el grado, me presentara a oposiciones para alguno de los Institutos de España, vinculándome en adelante a aquella vida universitaria. Pero yo no hubiera cambiado por nada mi destino de mexicano, ni tampoco me sentía nacido para la cátedra. Y así nos acercamos a la segunda etapa de mi vida en Madrid. La mudanza, como adelante se explicará, se anuncia desde fines de 1919 y se confirma en 1920. Entonces paso de la lucha literaria al ejercicio diplomático, sin abandonar por eso las letras naturalmente.

## A) *Poesía y cuento*

1. El tomo de versos *Huellas,* publicado en México el año de 1922, abarca desde 1906 hasta 1919. El siguiente tomo de versos, *Pausa,* publicado en París, en 1926, comienza reproduciendo algunos poemas de *Huellas,* y luego salta al año de 1921. Yo creo que el año de 1920 no fue fecundo en el orden poético. Del examen a que me entregué para organizar el volumen *Obra poética* (México, 1952), infiero que en 1920, sin duda consagrado a mi nueva acomodación en la vida, sólo pergeñé algunos fragmentos que luego completaría en Sudamérica para la *Minuta* (la cual va de 1917 a 1931 y apareció en Maestricht, año de 1935) y, además, algunas de las jugarretas insertas en "Rumbos cruzados" (*Las vísperas de España*). Cuando lleguemos a la publicación de la

*Obra poética,* daré más pormenores sobre la elaboración de mis poemas.

Yo había remitido a México el original de *Huellas* por mediación de Genaro Estrada, quien lo recibió en agosto de 1920; pero sólo me llegó el primer ejemplar impreso el 10 de febrero de 1923. Algunas veces he hablado de las muchas erratas, supresiones y versos cambiados de sitio que afean esta edición. (Por ejemplo, en "Escritores e impresores", *La experiencia literaria.*) "Nuestro amigo Reyes —comentó Ventura García Calderón— ha publicado un libro de erratas con algunos versos." La culpa recae sobre ciertos buenos y queridos amigos míos que se encargaron de revisar las pruebas, y naturalmente están perdonados. Recientemente, Xavier Icaza se refirió a ello en su "Corrido de Alfonso Reyes" (*Novedades,* fines de octubre, 1955). En esto hay un *fatum,* no cabe duda: hay libros cargados con cierta magia negativa y predestinados a la errata. Considérese que, todavía al publicar mi *Obra poética,* hace poco tiempo, en cuanto cité el libro *Huellas,* se me escapó una nueva falta, y le atribuí el año de 1933 en vez de 1922.

2. *El plano oblicuo* es obra en que se mezclan páginas muy antiguas —base del libro y a que corresponden las fechas de cada relato— con páginas y fragmentos de la época madrileña. Para mejor analizar este libro le reservaré el capítulo siguiente.

3. En *Las vísperas de España* ("Fronteras") llevan fecha de 1920 "Un egipcio en España" y "La gracia". De esta última nota no hay nada que decir. De la primera, ya he dicho que el "egipcio" es una vaga imagen del poeta andaluz José María Izquierdo.

### B) *Materia erudita*

1. "Necesidad de volver a los comentaristas" sólo apareció cinco años después en la *Revue Hispanique* y ha sido luego recogido en *Cuestiones gongorinas.* La nota final de este artículo muestra que desde entonces soñaba yo con hacer una

exégesis del *Polifemo*, proyecto que no he abandonado. Y la nota termina así:

> En vano he procurado del poeta Jorge Guillén que dé a la estampa su estudio... *donde quiso aprovechar lo aprovechable de los viejos comentaristas gongorinos*, que sé yo tiene acabado hace algún tiempo.

Aun entiendo que tal estudio fue su tesis para el doctorado. Naturalmente, la proyectada exégesis tendría que volver, entre otras cosas, sobre la discutida octava Nº 11 del *Polifemo*, a que también me he referido en otros lugares de mis *Cuestiones gongorinas* y, años después, en mi correo literario *Monterrey*. Al fin decidí un día resumir mis conclusiones, y mejor debo decir mis dudas, en reciente artículo sobre "La estrofa reacia del *Polifemo*" (*Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, 1954, VIII, 3). No he logrado persuadir mi punto de vista al sumo maestro gongorino, Dámaso Alonso, acaso por no estar yo mismo convencido de mis razones. Pero él ha tenido la benevolencia de escribir:

> ...los nuevos argumentos en contra, siempre inteligentes, siempre corteses, no dejan de hacerme vacilar. (*Estudios y ensayos gongorinos*, Madrid, 1955, pág. 53 *n.*)

2. "Un traductor de Góngora" apareció, creo con otro título, en *Hispania* (París, 1920) y luego fue también recogido en *Cuestiones gongorinas*. Al referirme al esfuerzo de Marius André por poner el *Polifemo* en francés sin desvirtuar su estilo, resumo mi juicio en estas palabras:

> ...el mayor trabajo del traductor ha consistido en convencerse, gramaticalmente hablando, de que la traducción literal de Góngora al francés resultaba escrita en un francés algo inusitado si se quiere, pero a todas luces legítimo.

Después de todo, así era —en la otra orilla— el castellano de Góngora.

## C) *Crítica y periodismo*

1. *Retratos reales e imaginarios* (México, Lectura Selecta, 1920), es un libro —ya mencionado en el cap. VIII, C. Nº 2— que procede principalmente —como las tres primeras series de mis *Simpatías y diferencias*— de mis colaboraciones en *El Sol* de Madrid, y se lo envié a Francisco González Guerrero, director de la colección, también por conducto de Genaro Estrada, a fines de 1919. Ahora el libro queda incorporado en el tercer tomo de mis *Obras completas*.

El artículo sobre Antonio de Nebrija apareció después, retocado, en la *Revista Universitaria* de Buenos Aires (1928), cuando yo vivía en aquella ciudad, y en su forma definitiva sufrió nuevos retoques.

A propósito de "Madama Lucrecia, último amor de don Alfonso el Magnánimo", tengo entendido que, además de las autoridades allí citadas, algo escribió el marqués de Villaurrutia, académico y diplomático español. Pero he perdido la noticia, y lo siento porque Villaurrutia era un curioso autor de "historia secreta" (recuérdense sus discretas o indiscretas páginas sobre las mujeres de Fernando VII), aunque escritor algo enrevesado. En un viaje a Roma, Artemio de Valle-Arizpe se asomó al callejón de Madama Lucrecia y me envió la foto donde se lo ve junto al busto gigantesco de que hablo al comenzar mi ensayo.

A raíz de la aparición del libro, José María Chacón me dijo con sorna: "Supongo que ese elogio final a Codera y Zaidín es un verdadero *retrato imaginario,* porque el pobre señor era un escritor pesadísimo." Es posible: yo no me refería al escritor ni a su estilo, sino a la agilidad mental y al ingenio casi fabril del viejo arabista.

Entre los retratos —y sólo *imaginario* hasta donde este memorialista era algo embustero— figura uno de fray Servando Teresa de Mier que debe leerse en relación con mi prólogo a sus *Memorias,* de que ya traté en el cap. VI. Todo el material allí mencionado se ha recogido en el tomo IV de mis *Obras completas*.

El viejo maestro dominicano Federico García Godoy —siempre tan atento y solícito para mis libros— me seña-

laba delicadamente el peligro de ser tan extremadamente objetivo como procuré serlo en el artículo sobre Cisneros y Lutero. (*La Revista Semanal,* Santo Domingo, 14 de noviembre de 1920.)

2. En alguno de los futuros tomos, como apéndice a *Entre libros,* añadiré un singular artículo relativo a Lewis Spence y sus disparates —realmente increíbles— sobre el México moderno y la vida mexicana de nuestros días. El artículo tiene un tono desenfadado, desdeñoso y burlón que muy pocas veces me consiento. Confieso que me sorprende un poco, pero en esa recopilación de mis *Obras completas* yo me planto ante mí mismo con objetividad y respeto, como ante los papeles de un desaparecido. Yo ni siquiera recordaba haber escrito eso. Lo he encontrado sólo en fragmentos, transcripción parcial que de él hace *El Porvenir* de Monterrey (12-II-1920).

3. La carta prólogo para *El alma estrella* de Alfonso Junco fue recogida en *Reloj de sol* y, ahora, en el tomo IV de mis *Obras completas.* Mi carta decía entre otras cosas: "Nunca he pensado mal del niño que no travesea, aunque tampoco me dejan de seducir, con inclinación imperiosa, los extremos contrarios." El querido Alfonso me escribió reclamando sus fueros: ¡él había sido un niño travieso! Harto lo sabía yo, por la antigua amistad de nuestras familias en mi Monterrey natal. Pero yo más bien quise ahí ponderar el equilibrio y la cordura, raros en un poeta entonces tan joven. (Querido tocayo: ¿me perdonará usted el *entonces?*)

4. Para mi traducción de la *Pequeña historia de Inglaterra,* de Chesterton, redacté, además de las notas, una "Pequeña clave para la *Pequeña historia*", después recogida en *Grata compañía.* Como ya lo he dicho, a fin de mejor complacer a Chesterton, "acudimos a su autor favorito: Dickens ha escrito una *Historia de Inglaterra para los niños,* que puede ser útil a los hombres". Esta obra bastó a mi objeto. (Ver capítulo IV.) A raíz de la publicación de la *Pequeña historia,* di en *Índice* algún comentario sobre Chesterton y la historia inglesa, de que hablaré a su tiempo.

5. Brevísima introducción para E. Díez-Canedo, *Sala de retratos* (San José de Costa Rica, 1920. Ver cap. IX).

6. "El Congreso Postal de Madrid", escrito en noviembre de 1920, se publicó el 13 del siguiente mes en *El Universal* de México; después, en el libro *Aquellos días* (Santiago de Chile, 1938), y acarreado por este libro, pasó al tercer tomo de mis *Obras completas.* Aún guardo —y la empleo para mi correspondencia con los libreros— la preciosa cartera de cuero rojo oscuro con las armas de España y el letrero dorado: *VIII$^{e}$ Congrès de l'Union Postale Universalle* —Madrid— 1920. El álbum de sellos que nos obsequiaron a los participantes ha desaparecido en mis viajes, con los demás sellos de la colección que entonces empecé a formar para mi hijo.

7. En *Aquellos días,* cuya elaboración explico en el tercer tomo de mis *Obras completas,* hay otras varias crónicas que van de 1917 a 1920, una de mis épocas más aguerridas. La historia de este libro está en sus páginas mismas, que reflejan suficientemente mi vida y preocupaciones de aquellos años.

8. "México y los Estados Unidos" y "España y América" (semanario *España,* Madrid, 21 y 24 de febrero de 1920) son dos notas gruñonas, discusiones de "actualidad" que se incorporan también, por respeto a mi pasado sobre el cual ni los dioses tienen ya autoridad, en el IV tomo de *Obras completas.* Algo de lo que dice el segundo artículo, y algo de lo que poco antes había yo escrito "Sobre una epidemia retórica" *(Los dos caminos),* quise más tarde aprovecharlo en cierto discurso del Ateneo de Madrid, sesión inaugural de un curso académico (*De viva voz,* pp. 118 y *ss.* Corríjase la fecha, que es 1922 y no 1920). Al fin prescindí de esta idea y al llegar al año de 1922 explicaré mis razones.

9. "América: I. Para los amigos de Rubén Darío. II. En memoria de José de Armas"; y "América: Para los amigos de Rubén Darío: Cartas de Rubén Darío a Amado Nervo" (*La Pluma,* Madrid, junio y agosto de 1920), pasaron a *Los dos caminos*; con algunos retoques, a la *Tertulia de Madrid* (Austral, 1949-1950), y al fin reposan en el tomo cuarto de mis *Obras completas.*

10. El 18 de diciembre de 1919 publiqué mis últimas colaboraciones en la página de Historia y Geografía de *El Sol* de Madrid, por haberse suprimido todas las páginas semanarias especiales. Así fue que en esa fecha dejé inconclusa

la "Historia de un siglo" que venía dando, capítulo a capítulo, todos los jueves, al llegar a lo que entonces era capítulo XVI y hoy en la versión definitiva que aparecerá en algún tomo futuro de mis *Obras completas* —será el capítulo XXV (la guerra austroprusiana). La supresión de estas labores coincidió casualmente con mi incorporación a la Comisión Histórica Mexicana de que hablo más adelante.

## D) *Traducciones*

1. La ya referida *Pequeña historia de Inglaterra,* de Chesterton.

2. "El abanico de Mlle. Mallarmé" (*La Pluma,* Madrid, julio de 1920): comentario y tres traducciones sucesivas, recogidos en *Mallarmé entre nosotros* (1938 y 1955). La tercera versión también aparece en *Huellas* (ver cap. IX). Este ejercicio mereció el siguiente comentario:

> Recientemente, un escritor a quien nos complacemos en considerar como nuestro, don Alfonso Reyes, ha hecho un experimento que no vacilamos en calificar de concluyente. En el segundo número de *La Pluma,* la nueva revista literaria, ha dado tres versiones de una difícil poesía de Mallarmé. La traducía primero en prosa literal; daba después un arreglo rítmico, prescindiendo del consonante; aconsonantaba, por último, una transposición que conserva en todo el ritmo y la forma originales. Y observábamos algo muy curioso: que la traducción, a medida que iba perdiendo literalidad por un lado, iba ganando carácter por otro. La última versión, la rimada, era la más *mallarmesca* de las tres. ¿Ha de proceder así todo traductor de poetas? Quizá pueda abreviar; pero el procedimiento seguirá siendo en lo fundamental ese mismo que el señor Reyes ha ilustrado de manera tan cumplida. Todo se reduce a saber lo que es posible sacrificar. (Enrique Díez-Canedo, "Escuela de sacrificio", *La Voz,* Madrid, 19 de agosto de 1923.)

Universidad de México, *diciembre de 1956, vol. XI, núm. 4.*

## E) *Ediciones ajenas*

1. Lope de Vega. *Las aventuras de Pánfilo, cuento de espantos* (Madrid, Colección Infantil Granada de A. Jiménez-

Fraud, 1920) es fragmento de *El peregrino en su patria* a que ya me he referido en el capítulo IX. El tomito lleva unos expresivos dibujos de Romero Calvet. "Bello libro, realizado en forma verdaderamente feliz", comentó Díez-Canedo (*La Voz*, Madrid, 20 de noviembre de 1920).

Un recuerdo para este singular amigo, Romero Calvet, que murió cuando ya no estaba yo en España. No sólo era un gran dibujante, sino también un autor de rarísimos cuentos, heridos por el aletazo de la locura. Y por cierto que había locura en sus ojos, orbes redondos llenos de sueño y sueños. Creo que no pudo conservar la razón hasta el fin de sus días: sabía demasiado, estaba en el secreto, veía más allá de nuestras fronteras habituales. En uno de sus cuentos, hay un enajenado que llevaba impresa en los ojos la imagen de su amante, y los demás huéspedes del manicomio se amontonaban en torno a él para descubrirla, mientras él miraba fijamente al vacío: digno de Gérard de Nerval, ¿no es cierto? Otro era el cuento de un señor rutinario y convencional, hecho a máquina. Su alcoba no tenía más muebles que una cama, una silla, una mesa y la lámpara. Sus amigos, para ponerlo a prueba, clavaron sus muebles en el techo. Cuando el señor entró a su cuarto, no pudo con la paradoja, quiso restablecer el orden acostumbrado: se le vio subir de cabeza como una burbuja.

2. *Lecturas: Ensayos.* Selección de Alfonso Reyes (Madrid, Junta para Ampliación de Estudios. Instituto — Escuela de Segunda Enseñanza, 1920). Folletito de unas 130 páginas, donde cuidé de mezclar autores peninsulares y "nuestros americanos", lo que no era usual en los textos escolares españoles de aquella época. Alguna vez pensé en hacer una segunda edición y, con ayuda de Díez-Canedo, tracé este plan:

> Sustituir por otro del mismo autor el fragmento de Justo Sierra, que no parece bien escogido. Poner algo de los "caracteres" del *Facundo,* Sarmiento. Añadir algo del Pensador Mexicano, Joaquín V. González, González Prada, Sanín Cano, Groussac, algunos modernistas americanos, y algunos españoles posteriores al 98. Acaso empezar un poco antes, con Feijoo, Forner, Cadalso, Isla, Jovellanos.
>
> Pero no se hace todo lo que se sueña.

3. José Ruiz Castillo, director de la "Biblioteca Nueva" y buen amigo mío, previo el permiso de los herederos, me encargó el cuidado de las *Obras completas* de Amado Nervo, de que llegamos a publicar hasta veintinueve volúmenes, de 1920 a 1928. Los posteriores quedaron confiados, en México, al P. Alfonso Méndez Plancarte. Aproveché en mi edición mis varios estudios sobre Nervo, a los que añadí otros posteriormente publicados en periódicos y revistas; con todo lo cual confeccioné luego el volumen *Tránsito de Amado Nervo* (Santiago de Chile, Ercilla, 1937).

Para aquella edición, el excelente Rodolfo Nervo, hermano del poeta, me proporcionó abundantes documentos. Pude presentar variantes, restablecer textos, hacer anotaciones y aclaraciones, ordenar el volumen de *La amada inmóvil*, inédito en buena parte, etcétera. Recientemente, ya en México, comuniqué a Alfonso Méndez Plancarte documentos iconográficos —que él estaba coleccionando antes de morir—, datos sobre el acto conmemorativo a los diez años del fallecimiento de Nervo, acto que provoqué desde Buenos Aires y de que se encargó la poetisa Juana de Ibarbourou en Montevideo (24 de mayo, 1929); y un cuadernito con las últimas páginas manuscritas de Nervo, encontrado entre sus papeles póstumos. Alfonso lo reprodujo íntegro, verso y prosa, en *Ábside* (México, mayo de 1943), y, bajo el título *La última luna*, aprovechó los versos al final de su edición de las *Poesías completas* de Nervo. Yo había entresacado ya el poemita "Bienvenida" para el número único de *Libra* (Buenos Aires, 1929); y otras cuatro piezas andaban por ahí en otras publicaciones. El cuaderno está dedicado al "último amor humano" de Nervo, y data de abril y mayo de 1919. (Ver la edición de Nervo al cuidado de Méndez Plancarte, Espasa-Calpe, 1943, II, p. 544). Aún conservo parte del archivo epistolar de Nervo —cartas de mujeres—, que todavía no son publicables.

Cuando iban ya publicados trece volúmenes, Enrique Díez-Canedo escribió:

> Dirige la edición don Alfonso Reyes, compatriota de Nervo y amigo personal suyo. Ha tenido a la vista todas las antiguas ediciones, los manuscritos, los papeles que el poeta mexicano dejó.

> Y ha puesto en la tarea algo más que su tacto y pericia cabales; ha puesto un fervor espiritual con el que únicamente se podría conseguir lo que él ha logrado: que esta edición de Nervo no sea una simple recopilación de sus escritos en que las obras menores pasen al amparo de las fundamentales, sino un verdadero retrato del poeta y del hombre. Prólogos, notas, advertencias, aclaraciones, variantes, nada se echa de menos; y todo sin empacho erudito, cuando es necesario y oportuno (*La Voz,* 8 de octubre de 1920).

Y Victoriano Salado Álvarez, que vivía en San Francisco (California), escribía el 9 de enero de 1921 en *La Prensa* de San Antonio (Texas), periódico de lengua española:

> La edición corre a cargo de Alfonso Reyes, sin duda el mejor preparado entre nuestros jóvenes para el magisterio literario. Con cuidado maternal (*sic*) ha reunido todos los escritos de Amado Nervo, anotando las variantes y logrando publicar trozos inéditos o poquísimo conocidos. Yo no apruebo tamaña devoción. Para algo más que para registrar variantes sirve el agudo ensayista que tan bien ha sabido estudiar al autor del *Héroe* y el *Discreto* y al de las *Soledades*. Tarea tan servil debe dejarla a los criterios viejos y barrigudos...

¿Tarea servil, la edición cuidadosa de un amigo y poeta? En comentarios privados, se me dijo que Nervo era autor de antología y que desmerecía en las obras completas. Yo estimo que otro tanto puede decirse de todos los escritores. Nunca he hecho caso de estos repulgos. Soy "coleccionista de almas" y me gusta contar con las expresiones cabales de los hombres insignes. Celebro también haber podido juntar muchos cuentos y crónicas; aquéllos, finísimos a veces y todos marcados con la impronta inconfundible de Nervo; éstas, como los informes semioficiales que enviaba de Europa, reveladores a veces de un tacto crítico en que aún no se ha reparado.

### F) *Notas finales*

1. Vuelvo a las consideraciones iniciales de este capítulo, para explicar cómo sobrevino mi cambio de situación en España.

El erudito Francisco del Paso y Troncoso, director nominal de nuestro Museo y comisionado en Europa para buscar papeles históricos, murió en Florencia el 20 de abril de 1916, tras largas, afortunadas y laboriosas investigaciones. Dejó cajas llenas de documentos en Italia y en España. (Ver Silvio Zavala, *Francisco del Paso y Troncoso, su misión en Europa*, México, 1939). Sólo en 1919 fue posible trasladar las cajas que estaban en Florencia a Génova, por cuidados del Cónsul de México, Echegaray y Aragón. Sólo en 1921 comenzó nuestro Museo a recibir en México algunas de estas cajas; y el resto, sólo en 1926. No todos saben que, siendo ya Cónsul en Génova don Arturo Pani —quien no lo refiere en sus memorias—, tuvo que defender este tesoro contra la voracidad de un cónsul británico, trasladó a su casa familiar todas las estorbosas cajas, y allí las cubrió de tapices y sarapes para darles cierto aire de muebles.

Entre tanto, la comisión de Paso y Troncoso había quedado interrumpida por los trastornos políticos de México. Luis G. Urbina, entonces primer secretario de nuestra Legación en España, medio arregló con el general Cándido Aguilar —al paso de éste por Madrid—, que se le entregara la herencia de Paso y Troncoso. El ministro Eliseo Arredondo nos hizo designar secretarios de la Comisión Histórica a Artemio de Valle-Arizpe, hasta entonces segundo secretario de la Legación, y a mí, que hasta entonces no tenía ningún cargo oficial. (Ver cap. IX.) Esto sucedía por diciembre de 1919.

En enero del siguiente año, del día 6 al día 15, Urbina y yo nos trasladamos a Sevilla, entiendo que en compañía de Pedro Henríquez Ureña, que andaba a la sazón en España, para una primera visita al Archivo de Indias, fuente sagrada de toda documentación sobre el México de la Colonia.

Por supuesto que no sólo en el Archivo de Indias custodia España documentos mexicanos o hispanoamericanos en general. En 1954, José Tudela de la Orden publicó en Madrid (Ediciones Cultura Hispánica) una obra voluminosa o "Catálogo inventario" de *Los manuscritos de América en las Bibliotecas de España*, donde reseñó los fondos existentes de veintisiete bibliotecas, y se quedó corto. De ellas, once son madrileñas, y A. Rodríguez-Moñino (*Bulletin Hispanique*,

enero-marzo de 1956) acaba de hacernos ver que, aun para el solo Madrid, habría que añadir muchas cosas más.

Al instante nos ofreció amablemente su ayuda el caballeroso director de aquel archivo, Pedro Torres Lanzas, nombre singular, aunque no tanto como el de su segundo que ahora vamos a conocer. Torres Lanzas nos dijo que él ya tenía privadamente copiados todos los papeles sobre México y podría proporcionárnoslos a ser preciso. Supongo que algo parecido se acostumbraba hacer en el Archivo de Indias para todos nuestros países, en previsión de las comisiones históricas. No acababa el director de dejarnos, cuando se nos presentó el subdirector, cuyo nombre es todo un "camelo", como dirían en jerga española, porque se llamaba Rubio y Moreno. Este señor nos manifestó que Torres Lanzas entendía poco del asunto, y que era él, don Camelo, quien tenía en su casa traslado de todos los papeles que podían interesar a México, por si ello nos convenía... Conservo copia de tres informes sobre los trabajos preparatorios de la Comisión Histórica, que presenté al ministro Arredondo en 17 de enero, 16 de febrero y 16 de marzo de 1920.

Pero he aquí que, entre tanto, el antiguo ministro de México Francisco A. de Icaza —alejado de la diplomacia como se explicó en el cap. IV— se hallaba en México y tuvo la misma idea que Urbina. Carranza, el Jefe del Gobierno, nombró a Icaza jefe de la Comisión Histórica que había de recoger y continuar la obra de Paso y Troncoso. Icaza regresó de México por abril de 1920, nos conservó como secretarios de la Comisión a Artemio y a mí, y al instante se dirigió a Sevilla.

Durante su ausencia, llegaron a Madrid las primeras cajas de Italia. Las guardé en los sótanos de mi casa (General Pardiñas, 32). Allí Artemio y yo procedimos a abrirlas y a levantar el primer inventario (23 de abril, 1920), que aún poseo. (Ver en la citada obra de Zavala, pp. 323 y *ss.*, la carta de Artemio, 25 de mayo de ese año, a don Luis González Obregón, en México.)

2. Poco después Artemio y yo, aprovechando la tregua en que nos dejó la momentánea ausencia de Icaza, hicimos un viaje a Salamanca. A este viaje me refiero en los

prolegómenos que escribí para la monografía de M. García Blanco, *El escritor mejicano Alfonso Reyes y Unamuno,* al reproducirla de los *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid, noviembre de 1955) para formar con ella un folleto del "Archivo de Alfonso Reyes" (F. N° 1, 1956). Allí cuento que, de vuelta en casa, hablé de mi visita a Unamuno, y mi hijo, que era aún muy niño, me preguntó "cómo eran los *amunos*". Tomé varias fotos de Unamuno. Una de ellas aparece en el libro *De esto y de aquello,* tomo IV (Buenos Aires, Editorial Sudamericana), publicado por don Manuel García Blanco, y puede verse frente a la p. 433; pero hay dos errores: no es de "1922", sino de "1920"; y no es "Alonso Reyes", sino "Foto Alfonso Reyes".

En Salamanca, paseábamos por la célebre plaza recordando versos de Gabriel y Galán ("¿Y si sólo la plaza le enseñan [al Rey] los de Salamanca? ... ¡Pára Triguerona! ¡Tente Temeraria!"), cuando he aquí que se nos reúnen casualmente Pedro Henríquez Ureña y el escritor peruano José de la Riva Agüero. Nos convidaron a seguir la excursión en el magnífico auto que traían. Los cuatro entramos por Extremadura: Plasencia, Cáceres, Mérida, Trujillo, no sin parar dos días en el Monasterio de Guadalupe para admirar los cuadros de Zurbarán ...y tras de pisar la tierra de los conquistadores, volvimos a Madrid.

3. Sobrevino aquí la catástrofe. Carranza fue muerto en México el 21 de mayo de 1920. El ministro Arredondo, indignado y desazonado, declara cerrada la Legación, y poco después regresa al país, dejando los archivos encargados al segundo secretario Antonio Mediz Bolio. Pues Urbina también decide alejarse de momento, por solidaridad caballerosa con su jefe inmediato.

Pero el 10 de junio, por intercesión de José Vasconcelos, que acababa de regresar a México después de un destierro en los Estados Unidos, me devuelven por telégrafo el cargo de segundo secretario (esta vez en la Legación de Madrid), que se me había caído automáticamente en París el año de 1914. (Ver cap. v, final de la parte llamada "El tránsito".) En *Cortesía* (México, Ed. Cvltvra, 1948, pp. 22 a 23) he transcrito los mensajes en verso y prosa que me cambié con

Amado Nervo y con Eliseo Arredondo, para vender a éste mi espadín diplomático y volvérselo a comprar después. (Enero de 1918 y 24 de junio de 1920: pues entonces aún no se suprimía el uniforme.)

Como Rafael Calleja insistiese amablemente en antiguas proposiciones sobre libros de carácter histórico, le expliqué en carta del 16 de junio de 1920 que ahora más que nunca me faltaba tiempo para semejantes tareas, por haberme reintegrado al servicio diplomático, sin contar con que el proyecto mismo me asustaba un poco.

Habiendo renunciado previamente a la Comisión Histórica, conservé la situación de segundo secretario hasta el 31 de diciembre de 1920, y en enero del siguiente año fui ascendido. El artículo sobre el Congreso Postal arriba mencionado lo escribí por haber concurrido a dicho congreso como delegado de México, anexo a la Comisión de don Cosme Hinojosa y Julio Poulat, jefe el primero y alto funcionario el segundo de los Correos de México. Poco después, también Artemio volvió a sus funciones de segundo secretario en la Legación.

En cuanto a la Comisión Histórica, Icaza fue ahora asistido por la poetisa María Enriqueta, que pone en la ejecución manual de su trabajo de escritora el cuidado y la minuciosidad de una mujer hacendosa en el bordado y el deshilado. Después, don Francisco publicó el *Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de la Nueva España,* se lo trajo a México y se atrajo una furiosa polémica. Volvió a España, donde murió. Más tarde se hizo cargo de la comisión Luis G. Urbina.

4. Durante la interrupción de relaciones, estuvo algunos meses al frente de nuestra Legación el licenciado Juan Sánchez Azcona, embajador que no llegó a presentar credenciales. A fines de 1920, tuvo la buena idea de congregar al personal y a los mexicanos residentes en Madrid para una visita al cementerio de San Justo y Pastor, donde llevamos unas coronas a la tumba del general Vicente Riva Palacio. Nos presentamos de capa y "chistera", románticos y becquerianos.

5. Coincidió con Sánchez Azcona en Madrid, por breves

días, el ingeniero Félix F. Palavicini, director de *El Universal*, que también traía título de embajador (*at large*), técnicamente al menos. Y, para completar el trío de personajes, apareció de incógnito por Madrid el ingeniero Alberto J. Pani, que acababa de dejar el cargo de ministro en Francia y, llamado a México, decidió antes asomarse a España. Lo averiguó Artemio, y ambos nos pusimos a buscarlo. ¿Dónde? ¡El domingo en el Museo del Prado, porque fue grande aficionado a la pintura! Y, en efecto, allí lo encontramos, y lo acompañamos en su visita a Toledo. Entonces sucedió aquello que creo haber contado en alguna parte, ya no sé en qué libro: No sabíamos cómo desprendernos de un guía que nos ofrecía enseñarnos los monumentos de la ciudad, y que lastimaba mi amor propio de antiguo toledano y huésped del Ventanillo. (Ver "Recuerdo del Ventanillo", *Las vísperas de España, Obras completas,* II, pp. 96-98). Artemio, gran viajero de España, también se consideraba ofendido. En el patio de la Catedral, el guía —que no cejaba— se nos acercó y nos dijo: "¿Ustedes dicen que conocen Toledo? Pues díganme dónde está un mono en actitud obscena, allí, en el revestimiento de piedra labrada que rodea esa puerta." No acertamos, y él nos lo señaló. Alberto se apiadó de él: "¡Ande usted! ¡Muéstrenos los monumentos de Toledo!" Y el hombre, con ancha sonrisa de alegría, me dijo: "¡Ya ve usted, señorito! ¡Si el hambre ha estudiado mucho!" A su regreso a México, Alberto sería nombrado secretario de Relaciones Exteriores bajo la presidencia de Obregón que siguió al interinato de Pablo González, el cual pronto apareció también por Madrid, en viaje privado de recreo.

6. Pedro Henríquez Ureña, que ya había ido a España durante el verano de 1917, como lo dije en el cap. IV, llegó ahora a Francia en noviembre de 1919 y ya se encontraba conmigo en Madrid para la Navidad. Tras esta segunda permanencia en España —donde acomoda el viaje a Extremadura con Artemio y con Riva Agüero— embarcó a Francia en el "Lafayette", rumbo a los Estados Unidos, en septiembre de 1920. Pero antes anduvo por Valencia, Tarragona, Barcelona, Perpignan, Marsella, Niza, Montecarlo, Génova, etcétera, no recuerdo si acompañado, al menos en una parte

del viaje, por Artemio. Mis apuntes son confusos y las cartas que conservo no aclaran mis dudas. Sólo me consta que Pedro desembarcó en Nueva York el 20 de septiembre de 1920, y que el 4 de octubre siguiente había vuelto a su puesto universitario en Minneapolis. Este mismo año se publicó en Madrid su libro sobre *La versificación irregular en la poesía castellana,* que él venía elaborando desde 1916, que enriqueció durante su verano en España el año de 1917 y luego siguió retocando, porque era incansable. Trabajaba a todas horas y en todas partes. Tal vez eso le costó la vida.

7. El 13 de diciembre de 1920 tuve ocasión de presentar, en el Ateneo de Madrid, a María Luisa Ross, precursora del periodismo femenino en México, en cuya antología de lecturas infantiles me han asegurado que Juan José Arreola descubrió precozmente su afición a las letras.

Universidad de México, *enero de 1957, vol. XI, núm. 5.*

# XI. EL PLANO OBLICUO

## 1

AUNQUE publicado en Madrid, año de 1920, *El plano oblicuo* es un libro escrito todo él en México, de 1910 a 1913, a excepción del último relato, "La reina perdida", que procede ya de París, 1914. Por eso le correspondería el sitio inmediato después de las *Cuestiones estéticas*. Con todo, he preferido dejarlo en la fecha de su publicación, un poco después de los *Retratos reales e imaginarios*. Manuel F. Cestero, comparando un pasaje de mi conferencia sobre Othón con otro del *Plano oblicuo*, dudó de que ambas obras correspondieran al mismo periodo. La verdad es que yo, por instinto, distinguía ya bien entre uno y otro género, y no redactaba una narración fantástica como redactaba un discurso público. Pero negar que haya yo pasado el cepillo a mis viejos relatos cuando los dispuse para la estampa sería mentir y aun "alardear" de negligencia. En cierto modo, *El plano oblicuo*, por los asuntos y aun muchos aspectos formales, data de la primera época mexicana; por otros aspectos formales, data ya de Madrid. Esta publicación corresponde a la segunda etapa de mi vida en España, la etapa diplomática.

La Tipografía Europea en que se imprimió el *Plano* me fue recomendada por don Ramón de Valle-Inclán. No sé qué participación tenía allí Luis Bello, pero con él cambiaba yo originales y pruebas, y con él lo arreglé todo, en aquellas inolvidables tardes del Café Regina donde hacíamos nuestra tertulia. (Ver mi artículo "Valle-Inclán a México", en *Los dos caminos*, 4ª serie de *Simpatías y diferencias*.) Cuando mostré a don Ramón mi material preparado para la imprenta, él me aconsejó que lo redujera a la mitad: "El lector lo agradece siempre", me dijo. Separé cuanto no pertenecía exactamente a la etapa mexicana —salvo "La reina perdida"— y creo que el sobrante quedó reservado para *El*

*cazador,* que ya por entonces se iba juntando, y que, desde octubre de 1918 cuando menos, andaba pidiendo editor. Pero, por lo pronto, *El plano oblicuo* se publicó por mi cuenta y se medio vendió a los libreros. Aún me quedan más de cien ejemplares. Fue un lujo que pude ya permitirme, cambiadas las circunstancias de mi vida.

Me propongo examinar aquí, uno por uno, todos los cuentos o narraciones de este libro, insistiendo en las influencias literarias que contribuyeron al caso; pues el examen de las influencias que proceden de la vida y la experiencia directa me llevaría muy lejos y se sale del cuadro de las presentes notas.

## 2

*La cena* (1912) es una combinación de recuerdos personales, anodinos en apariencia, pero que me dejaron un raro sabor de irrealidad: "...aquella noche fantástica —he dicho—, cuya fantasía está hecha de cosas cotidianas y cuyo equívoco misterio crece sobre la humilde raíz de lo posible..." Por esos días, Jesús Acevedo me contó también ciertas impresiones extravagantes de su visita a una familia desconocida. De ahí salió "La cena", y no solamente de un sueño como se ha supuesto generalmente. (Ver mis *Tres puntos de exegética literaria.*) En todo caso, la invención tuvo aquí la parte principal. Mucho me divertía yo en Madrid con este cuento de "Doña Magdalena y su hija Amalia", cuando descubrí que, por curiosa coincidencia, en otro piso de la casa donde yo habitaba para entonces (General Pardiñas, 32), había una familia hispanomexicana: doña Magdalena González, su hija Ángeles, y su hija adoptiva Amalia.

*De cómo Chamisso dialogó con un aparador holandés* (1913) se inspira muy vagamente, para la figura burocrática y "mecanográfica" de "Noreñita" en la imagen —ya muy transformada— de un señor a quien yo sucedí en la secretaría de la Escuela de Altos Estudios (él pasó a la secretaría de la Preparatoria) y a quien, al hacerme cargo de mis funciones, dirigí una carta expresándole mi complacen-

cia por el perfecto orden que había dejado en la oficina. Él ni siquiera pudo contestarme porque —supongo yo en mi piedad— la naturaleza no le había concedido el don de expresarse con palabras. Deseo insistir en dos observaciones que constan ya en mi *Obra poética* (1952, p. 402): 1) Mi personaje "Chamisso" es un puro nombre caprichoso y nada tiene que ver con el conocido escritor franco alemán (1781-1838) autor de *Peter Schlemihl,* el hombre sin sombra; aunque, a la aparición de mi libro, Unamuno me escribió desde Salamanca (21-X-1920): "Acabo de recibir, mi querido amigo, *El plano oblicuo,* que leeré con el interés de todo lo suyo. Veo cómo aparece en él Chamisso —a quien aprecio en mucho— y el doctor Teufelsdröckh, mi antiguo amigo." 2) En el citado lugar de mi *Obra poética,* digo que el *Zarabullí* de mi cuento procede del poeta veracruzano José María Esteva (1818-1904). Es un error: quise decir el *Churrimpamplí,* aire jarocho; pues el *Zarabullí* es viejo motivo popular español que encontré en Quevedo.

A veces las imitaciones se aplican conscientemente a objetos inesperados: parece por ejemplo, que los Himnos Victorianos a la Virgen María deben no poco al *Ars Amatoria* de Ovidio. Otras veces piensa uno ceder a una influencia, y se va por otro camino. Siempre he creído que eso sucedió, en ocasiones, con el tránsito del Simbolismo francés al Modernismo de Hispanoamérica. Yo acababa de leer con Pedro Henríquez Ureña *The Sacred Fount* y creí dejarme llevar por la mano de Henry James al escribir "La entrevista". No sé si fue una mera ilusión. Pero el virtuosismo en el análisis viene de Henry James o fue provocado por su lectura. Marcel Proust no existía aún para nosotros. Apenas había publicado *Les plaisirs et les jours* (1896). Es notable que el crítico anónimo de *The Times Literary Supplement* (Londres, 3 de febrero de 1921) lo haya adivinado. "La entrevista" respira la atmósfera alambicada y sutil que nos habíamos creado algunos compañeros del Ateneo y que nos complacíamos en mantener artificialmente. "Carbonel" se inspira en un muchacho veracruzano que así se llamaba, pero la frase final que pongo en su boca procede de mis recuerdos del Mirador, residencia veraniega de mi familia en el Cerro

del Caído, al sur de Monterrey: "Yo era entonces un niño enfermo y mi casa estaba en la montaña." Pues, en efecto, yo llegué a sentirme allí muy enfermo de un mal que se llama "los quince años". En cuanto a "Robledo", la verdad es que, al dibujarlo, yo estaba pensando en Acevedo. Y Valle-Inclán me hizo notar que, en efecto, en la p. 39 del libro, la subconsciencia me traicionó y escribí el nombre de Acevedo. Lo he corregido en la segunda edición: *Verdad y mentira* (Madrid, Aguilar, S. A., 1950) y, desde luego, en la tercera (tomo III de mis *Obras completas*).

"La primera confesión" (1910) es el relato más antiguo. Lo asocio con la casa que ocupé unos meses en México (Estaciones —hoy Héroes Ferrocarrileros—, Nº 44), junto a la cual me aseguraban que había un convento clandestino de Monjas Reparadoras. "Verdad o mentira", tal historia fue el resultado, al que también contribuyeron algunas anécdotas que me contaba mi madre (la penitencia del chocolate), entre las muchas que sobre su infancia le había referido un "carpintero de lujo", amigo de mi padre en San Luis Potosí, tipo de otro tiempo, señor barbado, pulcro, algo solemne y de buenos dichos, que respondía al nombre de don Manuel Palacios. El diálogo de las viejecitas murmuradoras —acá en los adentros de mi fragua— parte de las *Églogas* de Eduardo Marquina ("Tarde, a la tarde, las viejecitas hablan junto al mar"). Por supuesto que lo uno se parece a lo otro "como un huevo a una castaña", para decirlo pronto y mal.

Este cuento recibió un segundo premio en un concurso organizado por no sé qué diario madrileño, el cual lo publicó en sus páginas.

En el "Diálogo de Aquiles y Elena" (1913), me ayudaron recientes lecturas de Luciano y de Landor, y tal vez las *Moralités* de Laforgue. Al ya citado crítico anónimo de *The Times Literary Supplement* este diálogo le pareció *the work of a clever undergraduate.* "Aunque —añadía— la combinación de ironía fantástica y de humanismo auténtico no es común en las modernas letras hispánicas." Muy curioso es que a Jean Cassou, cuando traducía este diálogo al francés, se le atravesara el recuerdo de Laforgue y, entre las consultas sobre problemas de su versión, me escribía: "*¡Buena mujer al*

*fin!* ¿Significa *une bonne femme, une brave femme en somme,* o bien que Elena es *une vraie femme, une femme tout à fait femme, femme* —a lo Laforgue— *jusqu'au bout des ongles (Je ne le fais pas à la pose — C'est moi la femme, on me connait)?*" (París, 1º de mayo de 1924). Romeo y Julieta, Calixto y Melibea, Salomón y Balquis, las Madres del *Segundo Fausto*; la gota hereditaria de Aquiles, manifiesta en el talón vulnerable, culpa de la juventud disipada de Peleo; los senos de Elena que, se llaman, el uno Cástor y el otro Pólux (hoy diríamos "Polideuces")... ¡Con cuánta alegría escribíamos entonces!

"En las Repúblicas del Soconusco" (marzo de 1912) iba a ser un cuento escrito con la colaboración de Julio Torri. Yo empecé: "Cuando don Jacintito y yo viajábamos por Tonalá vendiendo telas finas y palillos de dientes...", etcétera. Y Julio añadió: "Tonalá, un alegre y caluroso puerto del Pacífico; el tráfico de palillos de dientes, la sola causa de la riqueza de las naciones, según creo haber demostrado en otra parte. ¿Y don Jacintito? Tan ladino y maestro de psicología práctica cual lo fueron siempre todos los varones de su casa." A lo que, finalmente, se redujo su contribución. Todo lo demás es de mi cosecha. Algunas recientes lecturas alemanas saltan a los ojos, mezcladas con temas hispánicos del Siglo de Oro, observaciones directas sobre la vida de las palomas, etcétera. Estas observaciones han de completarse con algunas notas del artículo "Curiosidad animal y curiosidades animales", escrito veinte años después y publicado en periódicos, pero que algún día se incorporará al volumen *Historia natural das Laranjeiras*. Lo más singular es que el cuento surgió de la engorrosa correspondencia comercial entre los señores Pastor y no sé qué otra firma de traficantes de café por el sur de México. Cuando hacía mis prácticas como estudiante de Derecho, me vi obligado a examinar esos horrendos papeles, para esclarecer pleitos y diferencias de las cuentas corrientes. No esclarecí nada, no entendí una palabra. Y la incomprensión fue mi Musa. La constante referencia al *Directorio del Comercio y la Agricultura en Chiapas y Tabasco* me fascinaba; tanto que mi personaje calza con ese volumen la mesa coja en que acostumbraba escribir. El estilo de las

cartas mercantiles, de que por ahí presento una caricatura, me estimuló en términos increíbles, a modo de enigma sagrado. Puedo, pues, decir, que no todo fue vano esfuerzo en mis estudios jurídicos.

Sólo en el viejo "Don Violón, músico, poeta y sordo", hay un vago recuerdo real: el de cierto anciano murguista de Monterrey, que además era cegatón. Juan Nepomuceno Salas (Don Cheno), a quien mi familia le costeó un nuevo "tololoche", porque el de su uso habitual se le había gastado. Don Cheno subía al Mirador de cuando en cuando con su murga, a darnos sesiones musicales en prueba de su agradecimiento.

"El fraile converso" es un mero apunte, una ocurrencia al margen de Shakespeare (*Measure for measure*). La idea de que las comedias no acaban donde acaban es en mí muy antigua. Aristóteles prefería el comenzar y acabar del arte al nunca comenzar y nunca acabar de la naturaleza: pero a veces la misma obra de arte parece que pudiera prolongarse indefinidamente. Y el asesinato del borrachón por el fraile me pareció la única solución posible, en el caso de la comedia shakesperiana, como muchos años más tarde, el asesinato del delincuente por su encubridor le pareció la única solución posible a Jules Romains ("El crimen de Quinette", *Los hombres de buena voluntad*), para quitárselo de encima. En la segunda serie de mis *Marginalia* ("Epílogos" de 1953, número 4), he contado ya cómo pergeñé una frase en inglés, creo que "para mejor expresarme", frase que luego encontré, idéntica, en un artículo de Chesterton publicado poco después. Quien conozca al autor británico habrá descubierto cierto paralelismo en su teoría de la sorpresa como fermento de la vida, su sentimiento del cotidiano milagro que es el existir, y algunas páginas mías y, desde luego, aquel ensayo sobre "Los desaparecidos" que recordé a propósito de *El suicida*. Y ahora, cuando tanta agua ha pasado ya bajo los puentes, me doy cuenta de otra semejanza (guardadas las proporciones debidas): —La teoría de mi cuento sobre el contraste entre la comodidad del títere manejado por su autor y el terrible problema de la responsabilidad, cuando le dejan al títere ejercer su libre albedrío, también se revuelve entre las

nociones con que Chesterton tejió, en 1930, su comedia póstuma *La sorpresa.* (Ver también mi *Marginalia,* segunda serie: "Chesterton y los títeres".)

La "Lucha de patronos" (1910) es un diálogo en los Campos Elíseos, donde Eneas y Odiseo se disputan la paternidad de Roma. Carlos Pereyra me decía en Madrid que el título le incomodaba, porque lo hacía trasladarse anacrónicamente a las disidencias entre los obreros y los empresarios. Pero yo no dije "patrones", sino "patronos", como se dice "santos patronos" de los pueblos o las ciudades. El relato está directamente inspirado por unas páginas de Gaston Boissier ("La légende d'Enée", *Nouvelles promenades archéologiques*). El fragmento que va desde "Con rumbo a Ítaca" hasta "semejante a la muerte" procede de un cuento escrito en diciembre de 1908, publicado en la *Revista Moderna* y que al fin he recogido en el tomo I de mis *Obras completas*: "Una aventura de Ulises". La comparación entre la apariencia de Eneas y el "Adán" del Tiziano procede ya de Madrid y de mis visitas al Museo del Prado, 1914 en adelante... Y aquí y allá palabras de Homero y de Virgilio, que se mezclan cómicamente con las citas de Quevedo y de Fénelon. Creo que la mención de la Isla del Perejil, a propósito de Calipso, data ya de los libros de Victor Bérard y sus conferencias en el Instituto Francés de Madrid.

"Los restos del incendio" (1910) es un relato que bien muestra su mezcla de lecturas y épocas: Aquiles Tacio, Andersen, fray Antonio de Guevara, Sinesio, Ubaldo Elonense, el *Wilhelm Meister,* Heine y Lucas Gracián Dantisco: estos dos últimos, sin llegar a citarlos. Y de Dantisco (*Galateo español*) transcribo el fragmento con que acaba mi historia trunca. Este relato fue improvisado y dictado a la que pronto sería mi esposa, durante la convalecencia de aquella peritonitis referida a propósito de las *Cuestiones estéticas*. Cuando pude ya incorporarme, compulsé las citas y aderecé uno que otro pasaje. El relato no acontece en ningún país ni en ninguna época determinados, sino en un imaginado cuadro humanístico.

"Estrella de Oriente" (1913) y "La reina perdida" (1914) son fantasías que no requieren muchas explicaciones. Por

mera travesura, dejé correr entre los íntimos la especie de que la "Estrella de Oriente" era más o menos una caricatura sutilizada y trascendida de cierto amigo * a quien siempre he considerado con afecto y de quien el vaivén de los años nunca me ha alejado. Él, que es todo un varón, lo tomó a risa y fue el primero en celebrarlo. Su vida ha venido a ser la más completa negación del dulce fracaso que yo quise imaginar en mi cuento.

"La reina" está hecha, como a veces se hace un poema, por crecimiento y evocación de palabras, creándose al tiempo de escribirse. Hay ahí vagos ecos de ciertas historias sobre las figuras de la baraja, creo que de "P. L. Bibliophile Jacob".

Y esto es lo principal que me ocurre decir sobre cada uno de los cuentos y narraciones que forman este libro.

Universidad de México, *febrero de 1957, vol. XI, núm. 6.*

3

*El plano oblicuo* fue recibido con un gustoso desconcierto. Venía de zonas aún no frecuentadas entonces. Ante todo —como siempre me ha sucedido a lo largo de mi carrera— la crítica y los amigos manifestaban cierta extrañeza por el hecho de que yo mezclase la erudición y la poesía —en verso o en prosa. "¿Cómo usas sombrero, si usas zapatos?", parecen preguntarme una y otra vez.

—Usted no nos engaña, Reyes —dijo Valle-Inclán hojeando el libro—. Usted fuma marihuana como yo, o toma alguna cosa...

—Agua destilada —le dije—. Todo eso no entra, sino sale. Lo traigo adentro, sencillamente, y tal vez por eso vale poco.

Félix Lizaso escribía a José María Chacón:

> Alfonso me mandó su *Plano oblicuo*... No sabe usted qué inquietud me produce ese aspecto de su talento. Noto por suerte, en las

* Martín Luis Guzmán [E.].

fechas de los trabajos, que son de hace mucho tiempo. Reconozco que me gustan, pero me desconciertan completamente. (De La Habana a Madrid, 14-XII-1920.)

Y al mes siguiente, me escribía más o menos: "¿Cómo es usted? ¿Está usted en sus cosas o es su antípoda quien las escribe?"

Arturo Farinelli me había escrito poco antes:

Francamente, me sorprende esta nueva (?) actividad suya, la destreza, originalidad, malicia, el humor de su narración un poco a lo Hoffmann, a lo Poe, con recuerdos de lecturas espiritistas y con una mescolanza de las lecturas y cosas españolas que muchos pudieran envidiarle. Las bizarrías más extremas no podrán agradar a muchos: desconcertarán... Pero ¿dónde diablos halló la provocación para estas sus bellas y originales divagaciones? (Barcola, presso Trieste, 11-XI-1920.)

Rufino Blanco Fombona me confesaba así su desazón:

Me ha producido *(El plano oblicuo)* una sensación de extrañeza constante, desde la primera hasta la última página. Nada más distante de toda cosa corriente, sin caer en rebuscamientos ni de tema ni de exposición. Se advierte un carácter y una pluma husmeadores de sensaciones difíciles y nuevas, un conocedor de varias literaturas, un erudito artista, un hombre que autoriza con su nombre y con su arte modos de sentir y de pensar de razas muy distintas de aquella a que pertenece. Para ilustrar con ejemplos y pormenores lo que digo en cuatro palabras de resumen, necesitaría escribirle un folleto, no una carta. (Madrid, 20 de octubre, 1920.)

Ventura García Calderón dejaba traslucir, con otras palabras, una impresión parecida:

Para corresponder en algo a su gentilísimo envío de *El plano oblicuo* le mandaré dentro de pocos días un nuevo libro, *Cantilenas,* en donde sale a luz el indio elegíaco que todos llevamos adentro. Usted ha estrangulado al indio. *Tant mieux ou tant pis ou tant mieux,* decía Verlaine. Un ario burlón, un Estebanillo filósofo se desliza por el plano oblicuo para explorar todos los recodos del espacio y del tiempo. No se fatigará como Bouvard y Pecuchet, porque lo lleva de la mano la musa de la ironía; pero algunos desearíamos que le acompañase también la musa de la piedad. El indio elegíaco se impacienta a veces y murmura: *Si quieres conmoverme, llora tú primero.* (París, 22 de diciembre de 1920.)

A lo cual contesto al instante: "¿Que yo he estrangulado al indio? No fui yo, usted me confunde. Yo soy mucho más indio que usted."

Gabriel Alomar dijo, a propósito de *El plano oblicuo*:

Siento por Alfonso Reyes una grande admiración. Difícilmente podría asegurar cuál es la personalidad que en él predomina: si la del crítico de cultura honda y vasta o la del literato refinadísimo. En él se unen, además, otras dos cualidades, no siempre acordes en nuestros escritores: un dominio pleno de la cultura nacional española y una educación de verdadero *aristarca* literario, ciudadano de la metrópoli del espíritu, en un supernacionalismo disperso a través de la vana y común distinción de las patrias. Alfonso Reyes es un ejemplar exquisito del esfuerzo de superación americano, constituido por tres grados de elevación sobre el tronco natal: la percepción depurada del propio americanismo (grado subjetivo); la bebida de aguas vivas en el manantial de la estirpe española (grado instructivo), y la apelación a la resultante máxima de la cultura actual, en las grandes metrópolis (grado educativo).

Acabo de recibir de Alfonso Reyes un libro, en el cual se refleja esa personalidad múltiple y rica. Se titula *El plano oblicuo.* Es una colección de cuentos y diálogos. Como pertenecen a diversas épocas, se ve a través de ellos la formación personal del autor. La divina Ironía sonríe (no sé si tristemente) bajo esas narraciones de gracioso funambulismo. Un ave ha pasado sobre nuestra lectura. ¿El cuervo de Poe? ¿El búho de Atenas? Yo creo que es el azor invisible de nuestras cetrerías, siempre a la caza de la emoción eternamente nueva. Hay en esas páginas, singularmente, un diálogo entre Aquiles y Helena que parece continuación mental de las escenas del segundo *Fausto,* cuando Mefistófeles, disfrazado de Forkya, prorrumpe en burlas sardónicas, en pleno retorno de la herencia trágica, mientras Helena traspone de nuevo el umbral del palacio de Menelao en Esparta. Rectifico: he dicho "Ironía", y debí decir *humor.* Esa página y las del otro diálogo burlesco-erudito entre Eneas y Ulises son cepas de la vid heiniana. Reyes es un bulbul mexicano que anidó en los parques de Düsseldorf... Pero que aprendió también a cantar en el jardín paterno de Hardenberg, "a quien los libros llaman Novalis".

Pero ¿qué estridencia triunfal y satirizante corona el final de esa facecia? ¿No será el cacareo del gallo socrático que se le escapó a Critón al ir a sacrificarlo a Esculapio? "El gallo, a voz en cuello, clarinea: ¡Acuérdate de aquel día." (*Los Lunes de El Imparcial,* Madrid, 2 de enero de 1921.)

En 21 de febrero de 1921, Manuel F. Cestero escribía a

Pedro Henríquez Ureña (creo que de una a otra ciudad de los Estados Unidos):

> Leo el libro de Alfonso... Buscando la justificación del título, he hecho esta observación que parece justificarlo. Leo "La cena", por ejemplo. En uno que otro párrafo, cuando mi espíritu empieza a emocionarse, Alfonso corta la emoción y sigue impertérrito devanando la seda de su discurso. Para convencerme de mi observación he buscado en otros capítulos lo que en "La cena" encontré, y me ha sucedido lo mismo. Se siente esto: como si caminara uno por sobre una fresca y suave superficie plana, y de momento lo sorprendiera un declive por donde el cuerpo se corriera asustado, hasta lograr por sí mismo ponerse nuevamente de pie. ¿Me explico bien?

Más o menos, esto había de decir en un extenso artículo "Ensayos críticos: Alfonso Reyes" (*Cuba Contemporánea*, La Habana, febrero de 1922).

En cuanto a los que creyeron ver en mi libro no sé qué peligros exóticos, asumiendo una actitud "racista" *avant la lettre*, parece que les contestara ahora el malogrado profesor Manuel Olguín, de la Universidad de Los Ángeles, quien, examinando mis ataques contra las imposturas "racistas" en *Tentativas y orientaciones*, etcétera, escribe:

> La demoledora crítica a que se somete este pretexto en este y otros escritos, introduce una gran corriente de aire fresco en el ensayo hispanoamericano, tan viciado de *racismo*.
>
> Recuérdese cuántas veces, desde Alberdi y Sarmiento hasta Blanco Fombona, nuestros ensayistas han invocado el término "raza" —¿contaminación del idealismo romántico de Schelling y Herder en extraña alianza con el positivismo?— para explicar nuestras costumbres e instituciones. ("La filosofía social de A. R.", *Revista Hispánica Moderna*, Nueva York, XXI, Nº 1, enero de 1955; pasaje más tarde recogido en su libro *Alfonso Reyes, ensayista*, México, 1956.)

En carta del 24 de enero de 1921, dirigida a J. García Monge, le decía Rafael Heliodoro Valle:

> A. R. nos acaba de conturbar con *El plano oblicuo*, porque juega con lo absurdo como un protagonista que se complace en ser la víctima. (*Repertorio Americano*, Costa Rica, enero de 1921.)

¡Y todo ese pretendido exotismo —como lo he confesado a propósito de "La entrevista"— era fruto de mi ambiente juvenil mexicano! Claro que incluyo en el ambiente las auras culturales que se respiran, y no sólo las realidades groseras y de primera instancia. Un escritor que siempre ha pisado el suelo firme y nunca se ha perdido en las nubes, en vez de manifestar extrañeza ni sobresaltos, me escribía, acertando a expresarlo todo en dos palabras:

En esas páginas, tanto como la tuya, siento que está mi juventud ¡todo un jirón del pasado! (Carlos González Peña, México, 21 de enero de 1921.)

Pues, en efecto, el libro era, en el riguroso sentido cronológico, un pasado, para el año en que salió a luz. La crítica no siempre se tomó el trabajo de examinar las fechas de estos cuentos, y de aquí que a veces los entendiera como productos de "las últimas modas y los últimos modos" —como dijo Cipriano Rivas Cherif (*La Pluma*, Madrid, noviembre de 1920)—, modas y modos a que en varios años se adelantan. Por su parte, Francis de Miomandre escribía más tarde:

Los cuentos de *El plano oblicuo* son ya célebres. Aparecieron en 1920, y es lástima que el público francés no los haya conocido entonces, pues hubiera apreciado a qué punto influían ya en A. R. ciertas preocupaciones estéticas que más tarde se han generalizado. (*Le Manuscrit Autographe*, París, V, Nº 26, marzo-abril de 1930.)

Aún no se habían expresado en modas ni en modos esas preocupaciones estéticas.

Por supuesto, no todo había de ser extrañeza. Hubo crítica, y de la más comprensiva —amén de los textos ya citados— en páginas de Antonio Espina (*España*, Madrid, 13 de noviembre de 1920); Ramón López Velarde (*México Moderno*, México, 1º de diciembre de 1920); Guillermo de Torre (*Reflector*, Madrid, diciembre de 1920); Gabriel Alomar (*El Imparcial*, Madrid, 2 de enero de 1921); una nota anónima de la *Revista de Revistas* (México, 9 de enero de 1921); otra de Carlos González Peña, también anónima (*El Universal*, México, 20 de diciembre de 1921); del fiel y

ecuánime dominicano don Federico García Godoy, siempre tan atento a mis libros; y todavía en este último lustro, por no haber conocido antes *El plano*, el gran crítico chileno "Alone" (Hernán Díaz Arrieta) le dedicó unas palabras llenas de simpatía (*El Mercurio*, Santiago de Chile, 26 de septiembre de 1948). Es singularmente expresivo (porque manifiesta la atracción que el libro le produjo, despertando en él —que aún era un novato— una especial curiosidad por ciertos aspectos del romanticismo germánico) el artículo que escribió Jean Cassou en la *Revue de l'Amérique Latine* (París, abril de 1924).

El libro tentó a los traductores. El 11 de enero de 1931, G. Jean-Aubry (traductor de Conrad, ejecutor literario y biógrafo de Larbaud) me manifestaba el deseo de trasladar al francés la "Lucha de patronos". No llegó a hacerlo. Varios cuentos de *El plano* han sido traducidos, ya parcial o ya íntegramente, y los enumeraré por orden creciente de "lejanía lingüística": 1) Al portugués: "A primeira confissão" ("La primera confesión"), trad. de Cira Nery, *A Cigarra*, Río de Janeiro, ¿1951? 2) Al italiano: "La prima confessione", traducción fragmentaria de Massimo Mida (Massimo Puccini), *Il Novo Corriere*, Florencia, 29 de junio de 1948. 3) Al francés: "Lutte de Patrons" ("Lucha de patronos"), trad. de Georges Pillement, *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1º de diciembre de 1922; "Le Repas" ("La cena"), trad. de Jean Cassou, *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1º de abril de 1924; "La première confession", trad. de J. Cassou, *La Revue Bleue*, París, 17 de julio de 1926; "L'Entrevue" ("La entrevista"), trad. de J. Cassou, *Le Mail*, París-Orléans, junio de 1928; "Comment Chamisso dialogue..." ("De cómo Chamisso dialogó..."), trad. de J. Cassou, *La Nouvelle Revue*, París, octubre de 1928; recogido en el volumen de G. Pillement, *Les Conteurs Hispano-Américains*, París, Delagrave, 1933. 4) Al inglés: "The Supper" ("La cena"), trad. de E. Smiley, *Adam*, Londres, julio-agosto de 1947. 5) Al alemán: "Die verschwundene Königin" ("La reina perdida"), traducción de Ines E. Manz, *Neue Zürcher Zeitung*, Zurich, 13 de abril de 1930.

Jean Cassou llegó a traducir todo *El plano oblicuo* y aun

había añadido al final, para aumentar el volumen, una traducción del ensayo "Huelga", escrito el 13 de agosto de 1917, inédito entonces y luego recogido al final de *Las vísperas de España* (1937). Se manifestaba muy impresionado ante las posibles influencias del romanticismo germánico que él creía advertir en *El plano oblicuo*, y que él mismo deseaba poner a contribución en su primera novela, ya en marcha por aquellos días. Antes había traducido a Unamuno, a Ramón Gómez de la Serna, y era un exceso de benevolencia que todavía se interesara por traducirme y publicar mi obra en francés.

> Me escriben de París —decía Rafael Heliodoro Valle— amigos fieles, que son escritores sin padecer envidias. Dicen en sus cartas toda la alegría que sintió la colonia de lengua cervantina cuando supo que la Librairie Gallimard, la editora de la *Nouvelle Revue Française*, iba a publicar en lengua molieresca su libro de cuentos *El plano oblicuo*, traducido por Cassou, y que ha entregado, para ser vertida al mismo idioma, su estupenda *Visión de Anáhuac*... (*El Mundo*, La Habana, 9 de abril de 1926 y *El Universal Ilustrado*, México, 6 de mayo, 1926.)

Pero Cassou tuvo mala suerte con los editores. Anduvo de Herodes a Pilatos. Intentó cierta editorial del boulevard Saint-Germain con la que Ventura García Calderón tenía algunas relaciones; después, llamó a la puerta de Émile Paul, recomendado por Edmond Jaloux; más tarde, en Gallimard, donde ya me habían citado para firmar el contrato, le perdieron los originales, y él hasta llegó a creer (según me dijo) que le ponían obstáculos para obligarlo a darles contra su voluntad no sé qué libro de su cosecha. Habló a Corrêa, a Dujardin, a "Excélsior", y al fin pensó en publicar el libro por su propia cuenta... Sus cartas me han permitido reconstruir esta historia, que va desde Madrid, septiembre de 1923, hasta septiembre de 1930 y cubre, durante estos siete años, mis últimos días de España, mi permanencia como ministro en París, mi regreso a México, mis embajadas en Buenos Aires y en Río de Janeiro.

> ¡Pobre *Plano oblicuo*! —me escribía en su última carta referente a este triste asunto—. ¿Ha visto usted cuán fabulosa es la vida? ¡Todo es mito y proyecto!

Así es, realmente, y a veces raya en lo increíble. Por lo menos, me he quedado con una buena cosecha de misivas del querido amigo Cassou, donde no son lo menos interesantes las consultas que me hacía sobre lugares dudosos de su traducción.

Esta historia de las traducciones de Jean Cassou —que acaso me decida yo a publicar por mi cuenta algún día, si él me autoriza— merecería capítulo aparte. Jean Cassou había aparecido por Madrid entre agosto y septiembre de 1923, y al instante habló de traducir al francés *El plano oblicuo*. De entonces data nuestra larga y firme amistad. Nunca olvidaré el mensaje que me mandó cuando, en estos últimos años, combatía por la Francia Libre. El mensaje asumió la forma de un artículo publicado en varios periódicos de la América del Sur: "Un verdadero humanista". Desde aquel sitio y en aquella hora de peligro, el excelente escritor y amigo echaba a volar su pensamiento y se encontraba con las memorias de nuestra convivencia en Madrid y en París.

El año de 1954, el sabio amigo Fernand Braudel se ofreció espontáneamente a averiguar la posibilidad de que se publicasen las traducciones de Cassou y de Pillement.

Le envié los datos, pero nunca volvió a decirme una palabra.

Universidad de México, *marzo de 1957, vol. XI, núm. 7.*

## XII. EL AÑO DE 1921

NOTA adicional al capítulo X: A propósito de *Las aventuras de Pánfilo* que publiqué en 1920 —librito que está a punto de reeditarse en los cuadernos de *La Flecha*, Nº 1, bajo los auspicios de El Colegio de México— Artemio de Valle-Arizpe acaba de señalarme este pasaje de "Azorín":

> La más extraordinaria película de fantasía que conozco se titula *Las aventuras de Pánfilo*. Su autor es... Lope de Vega. No se sobresalte el lector. Se trata del cuento de espantos que Lope narra en *El peregrino en su patria*. Hay una edición separada, moderna —con curiosas ilustraciones— de la que ha cuidado Alfonso Reyes... (*El cine y el momento*, "Cine de fantasía", Madrid, Biblioteca Nueva, 1953.)

"Azorín" se extiende después en consideraciones sobre lo que debe durar una película de fantasía.

### 1. *Explicaciones previas*

En México había asumido la presidencia el general Obregón. Como para compensarme del largo abandono, el 21 de enero de 1921 fui ascendido a Primer Secretario de nuestra Legación en España. Poco después, don Juan Sánchez Azcona regresó a México. Le era imposible permanecer en Madrid como *embajador*, al frente de una *Legación* (ni siquiera *Embajada*) no reconocido regularmente. Tampoco pudo trasladarse a Viena, como llegó a proyectarse, por su decidida actitud de francófilo durante la guerra de 1914-1918. Aún no cicatrizaban las heridas.

Acompañé a don Juan hasta Santander, donde embarcó para México, y aproveché la ocasión para visitar la Biblioteca Menéndez y Pelayo, que acababa de tomar bajo su cui-

dado Miguel Artigas. Pedí a éste que si encontraba allí, como era seguro, ciertos documentos y cartas gongorinos de que yo tenía noticia, no dejara de comunicármelo, para al instante regresar y continuar mis investigaciones sobre "nuestro don Luis". Artigas, en efecto, dio con algunos papeles de Góngora, pero prefirió hacer algo mejor, que fue escribir él mismo la biografía y estudio sobre Góngora (1925), libro muy bien venido y que fue premiado por la Academia Española. No era hombre de intuiciones críticas ni de sensibilidad poética, pero sí un erudito a carta cabal, que dominaba sus métodos y sus disciplinas. De aquí el valor de su obra.

Volví, pues, a Madrid y me hice cargo de nuestra Legación. Ya he contado antes que don Eliseo Arredondo me había devuelto mi espadín. El uniforme de segundo secretario que me mandé hacer en París el año de 1914 (*Le Pavillon de Rohan*), había envejecido y, además, quedaba inútil por el ascenso, pues ya las insignias no correspondían a mi nuevo grado. Aún no aprendía yo la suprema elegancia de que nos había dado ejemplo don Bernardo de Cólogan, ministro de España en México durante los últimos años de Porfirio Díaz, que usó toda su carrera el uniforme de agregado con que la comenzó. Luis Urbina, sucesor de Nervo en tiempos de Arredondo, me vendió entonces su preciosa capa italiana y su uniforme, que fue fácilmente adaptado a mis medidas. Nuestra frecuentación era constante, y nuestra amistad nunca se alteró. Véase el precioso soneto con el cual me envió un gato para mi hijo (29 de septiembre de 1921), en mi "Recordación de Urbina" (*Pasado inmediato*) y en *Cortesía*, páginas 37-38. Jean Camp tradujo al francés este soneto en su antología *La Guirlande Espagnole*, México, 1947. Es todavía más expresivo el soneto en que me dice: "Hermano, muchas gracias", el 25 de enero de 1924 (*Cortesía*, pp. 42-43).

Don Juan Sánchez Azcona me había dicho, como despedida: "No dar un paso para la reanudación del trato diplomático entre ambos países." No lo entendía yo así, y al instante me dirigí por carta al ingeniero don Alberto J. Pani, secretario de Relaciones Exteriores, recordándole que yo llevaba años de vivir en España, que conocía a la gente y que podría, a ser necesario, procurar el reconocimiento del gobierno

mexicano por parte del Ministerio de Estado español. Mi carta se cruzó con un mensaje cifrado en que don Alberto me encargaba precisamente que así lo hiciera, "acudiendo a los medios que yo considerara dignos y oportunos".

El ministro de Estado, el marqués de Lema, escuchaba los consejos de su suegro don Joaquín Sánchez de Toca. Me dirigí a éste; le expliqué cómo la interrupción de relaciones había sido, casi, efecto de un azar y más bien provocada por la violenta salida de don Eliseo Arredondo. Eran aún los terribles tiempos en que los españoles residentes en México sufrían, como los mexicanos mismos, las consecuencias de la revolución, porque automáticamente se mezclaban en nuestros asuntos. No me costó ningún trabajo hacerlo convenir en que las muchas y graves cuestiones entre los dos países sólo podían estudiarse y concertarse después de restablecer la conversación de los gobiernos. Me ofreció hablar con su yerno. Lema me mandó llamar a los pocos días, y todavía tuvo la largueza de aceptar que España diera el primer paso, pues aceptó sin titubear mi proposición. "Lo mejor —le había dicho yo— es que el gobierno español pida al mexicano el *agrément* para un ministro de España, puesto que aquella Legación está acéfala y clausurada." A mediados de abril, 1921, se ataron nuevamente los lazos, y México lo comunicó así a sus agentes el día 18.

Yo había sido designado Encargado de Negocios *ad.-int.* de México en España el 10 de febrero de 1921, y conservé esa categoría hasta agosto del propio año —paréntesis del ministro Alessio Robles en que reasumí las funciones de Primer Secretario—, para nuevamente empuñar la jefatura de la misión a la salida de éste, enero de 1922, y sólo dejarla en 1924, cuando fui llamado a México, vencido el levantamiento de De la Huerta.

Los asuntos eran arduos. Nadie se sentía con ánimos para afrontar aquellos problemas, que desbordaban por todas partes los límites del derecho internacional, por lo mismo que los españoles de México son medio mexicanos, y pronto mexicanos del todo. Así se explica tal vez que haya yo tenido el honor de conservar por tanto tiempo la representación de México en España, aun en calidad de interino. El mismo

Miguel Alessio Robles consideró siempre como transitoria su comisión, y así se lo hizo saber desde la primera entrevista, con perfecta sinceridad, al ministro de Estado: a la sazón, González Hontoria, hombre mucho más duro que Lema.

A este periodo corresponde el folleto de mi Archivo llamado *Momentos de España: memorias políticas, 1920-1923* (México, 1947), que se cierra con el advenimiento del Directorio Militar (Primo de Rivera). Durante todo mi desempeño en aquella misión, me ayudó muy eficazmente nuestro cónsul general en Barcelona, don Manuel Otálora, de quien guardo la mejor memoria.

Desde el 31 de enero me anunciaba Genaro Estrada su próximo viaje a Europa, como delegado de la Secretaría de Industria y Comercio a la Feria de Milán. Pero sólo llegaría a Milán por el mes de marzo, y a Madrid, en mayo siguiente. A comienzos de julio se hallaba ya en Londres, donde el día 6 embarcaba con rumbo a México.

Entretanto, Manuel Toussaint había llegado a la Villa y Corte (12 de abril), y juntos él, Artemio de Valle-Arizpe y yo emprendimos esa peregrinación a Sigüenza para admirar la estatua yacente del Doncel (que allá dicen siempre "el Guerrero"). Manuel Toussaint publicó más tarde sus *Viajes alucinados* por España (México, Cvltvra, 1924), donde averiguó con toda precisión que nos encontrábamos en Sigüenza el 8 de mayo de 1921; que él andaba ya en Santander el 22 del siguiente agosto; el 25, por Lugo; y los días 26, 27 y 28, por Santiago de Compostela.

Por cierto que, a propósito de Sigüenza, el libro de Manuel Toussaint trae un recuerdo de las travesuras que nos hacían los chiquillos. Yo tampoco las he olvidado. Ya San Agustín habla de la ferocidad de los niños. Aunque después se corrijan muchos, muchos nacen criminales natos. Nada me da más miedo que la irresponsabilidad, la agresividad, la insolencia, la crueldad de los niños que no nos conocen y que nos hablan de igual a igual, sin asomo de simpatía, o peor aún, como si fuéramos unos muebles, menos que unos perros. En la Catedral de Sigüenza, los bribones muchachos sencillamente nos encerraron y no nos dejaban salir a tomar el tren.

Les rogábamos que nos pusieran en libertad y nos gritaban desde la calle:

—No, fastídiense ustedes. A nosotros no nos importa. ¿No han oído ustedes decir: "Sigüenza, poca vergüenza"?

A comienzos de mayo de 1921 yo me había mudado a la casa Nº 36 de Serrano, cuarto acto de mi drama madrileño, a que me refiero en el cap. IV de esta *Historia documental.* Además del propio Manuel Toussaint y de José Moreno Villa, me ayudó con la mudanza y el arreglo de mis libros Palma Guillén, que también apareció entonces por Madrid y a quien desde entonces siento a mi lado.

Genaro Estrada se fue a París, en compañía de Manuel Toussaint. Obtuve una licencia de 8 días y fui a reunirme con ellos: ¡tantos años sin ver a Francia! Creo que esto sucedió a fines de junio.

Al acercarse el verano, Artemio y yo nos fuimos a San Sebastián para esperar allá a Miguel Alessio Robles. Apenas llegado éste, Rafael Alducin, que también estaba en San Sebastián con su familia, me confió un penosísimo encargo, que fue el dar cuenta a Miguel de la muerte violenta de su hermano José en México. Miguel se desazonó a tal punto que quiso volverse al instante y renunciar al cargo. Logramos tranquilizarlo entre todos. Y, al acabar el veraneo oficial, presentó en Madrid sus credenciales de ministro.

Alguien publicó en un diario de México la falsa noticia, verdaderamente ridícula, de que le habían pedido a Miguel que dijera en francés su corta alocución para presentar credenciales, por ser el francés la lengua diplomática (nunca lo fue entre Hispanoamérica y España, naturalmente), pero que él había reclamado gallardamente el derecho de hablar en lengua española.

Artemio había sido ya anteriormente incorporado a la Legación con su antiguo grado de segundo secretario y había dejado la Comisión Histórica presidida por don Francisco A. de Icaza. Artemio y yo acompañábamos muy de cerca a Miguel. Aunque éste había pasado ya por España años atrás, sólo ahora se iba familiarizando con el ambiente.

Durante su corta permanencia en la Legación, Miguel reunió en Madrid una asamblea de cónsules mexicanos, de que

fue secretario Agustín Loera y Chávez, recién nombrado cónsul de México en Sevilla (diciembre de 1921). En esta ocasión me fue dable conocer personalmente a aquellos funcionarios y apreciar su índole y sus aptitudes, lo que me sería muy útil más tarde, en vista de las circunstancias posteriores creadas por el levantamiento acontecido en las postrimerías del gobierno de Obregón.

En uso de mis vacaciones, fui con mi mujer a Italia llevando la representación de la Universidad de México al Congreso Sociológico inaugurado en Turín el 9 de octubre y organizado por Cossentini, con quien desde antes me había relacionado por correspondencia Achille Pellizzari durante su paso por España (1918). Era mi primera visita a tierra italiana. (La segunda será a fines de 1924.) Sólo pude disfrutar rápidamente de Génova, Turín, Florencia y Venecia, y regresé a Madrid llamado telegráficamente por Miguel.

Para este viaje decidimos usar la línea París-Lyon-Méditerranée. Fuimos de Madrid a Burdeos, y allí telegrafié al jefe de estación de Lyon-Brotteaux para las reservaciones del coche-cama hasta Italia. Él, que sabía a medias el español, me tomó por el rey de España, que andaba tal vez de picos pardos por el mediodía de Francia: nos reservó un vagón entero, y a las altas horas de la madrugada nos encontramos a todo el personal de la estación formado en fila para recibirnos dignamente. No es la única confusión ocasionada por mi nombre. Lo he contado en mi artículo —"¡Al diablo con la homonimia!"— no recogido aún en libro, y en "Rumbos cruzados" (*Las vísperas de España*).

Miguel también tuvo todavía ocasión de asomarse a Italia, aunque no recuerdo en qué momento, y, antes de su retorno a México, de presentar credenciales como embajador, nombrado exclusivamente para agradecer la embajada especial de España a las fiestas del Centenario de nuestra Independencia. Por cierto que en el Ministerio de Estado español les había costado algún trabajo entender eso de que cada dos lustros festejáramos el mismo suceso; pues, como se recordará, en 1910, bajo Porfirio Díaz, se había conmemorado el Centenario de la "iniciación" de la lucha, y ahora, en 1921, se conmemoró el de la "consumación". El asunto se

prestaba a confusiones, no sólo en el extranjero: un funcionario y hombre político muy conocido, designado en México para pronunciar un discurso oficial en esta ocasión, fue muy censurado, y no sé si también cesado en su cargo, porque se creyó en libertad, puesto que se celebraban los acontecimientos de 1821, de hacer un elogio de Iturbide, lo que no entraba en las intenciones del gobierno.

Universidad de México, *abril de 1957, vol. XI, núm. 8.*

## 2. *Ecos*

*A*) *El ascenso diplomático.* José Moreno Villa en Madrid (*Hermes,* enero de 1921) y Armando Donoso en Chile (*El Mercurio,* Santiago, 8-II-1921), comentaron el caso, recordando mis anteriores luchas y mis labores literarias en general. Moreno Villa se refirió con especial simpatía a mi prólogo para el tomito de Lope de Vega que publicó la Casa Calleja en 1919.

*B*) *Del Cantábrico.* El cambio en las condiciones de mi vida me permitió por primera vez escapar a los bochornosos veranos de Madrid, cuando no había más remedio que recluirse en casa todo el día, cerrando las ventanas y abriendo las puertas que comunicaban los cuartos unos con otros, casi o sin el "casi" en paños menores, y asomarse de noche a los espectáculos al aire libre, para esperar aquella hora exquisita sobre la cual he escrito:

> ...En esta hora de la medianoche, la sierra del Guadarrama ha lanzado hasta Madrid uno de esos resuellos largos, frescos, que hacen cantar a los árboles y callar a los hombres. ("Huéspedes", *Obras completas,* IV, p. 294.)

—Madrid, en verano, sin familia y con dinero... ¡Baden-Baden! —dijo cierto conocido político; pero no era mi caso. Y si antes había yo hablado, con una queja disimulada entre líneas, de "las víctimas del estío madrileño" (*Obras completas,* IV, p. 21) —pues sépase que, por entonces, hasta los mendigos tomaban el tren y veraneaban en Santander o en

San Sebastián, como siguiendo al rey y a su corte— ahora ya podía yo darme el gusto de escribir orgullosamente:

> ...Cuando llega el otoño, todos regresamos del norte. Traemos todavía en los ojos la luz de Francia, las imágenes de la playa vascongada... ("Un paseo entre libros", *Obras completas,* IV, página 368.)

Estas imágenes de la tierra vascongada inspiran varias de mis páginas en prosa y en verso, de 1921 en adelante, y andan en *Las vísperas de España,* en *Cortesía,* en la *Obra poética,* y esparcidas en las *Simpatías y diferencias,* sobre todo en la última serie (*Reloj de sol*). "Deva, la del fácil recuerdo" (ver *Obras completas,* II, pp. 177-179) era mi cuartel general. Y todavía años más tarde le consagré esa divagación (¿ensayo, poema, anecdotario?) que llamé —acaso con un mal chiste— *Los siete sobre Deva* (1942), *pace* Esquilo. De 1921 es el poema "La pipa del Cantábrico", primero e inolvidable contacto con los pueblos de pescadores: Lequeitio, Motrico... "Muy de mi gusto", me dijo Carlos Pellicer en París cuando conoció este poema.

*C*) *De Italia.* Los ecos del rápido viaje a Italia, en verso y en prosa, han de buscarse en "Rumbos cruzados" (*Las vísperas de España,* tomo II de las *Obras completas*), y también en mi libro *Obra poética.* Las notas de "Rumbos cruzados" evitan de propósito el aire convencional y aun "monumental" que suelen asumir los relatos de los viajeros por los países consagrados como cunas del arte. Allí, como en un barco dedicado al naufragio y a la hecatombe, junté unos versillos de la mano izquierda que ni siquiera quise recoger en *Cortesías* y que pongo en boca de "Antonio Ramos": cosas que se caen solas de la pluma. Los poemas sobre Venecia y Florencia, menos efímeros a mis ojos, fueron publicados primeramente en *Pausa* y luego en la *Obra poética.* Ambos acaban respectivamente en un vuelco de la atención que, por fácil asociación de ideas, salta de Venecia a Toledo, y de Florencia a Sevilla. En igual tema cae también el apunte número 11 de los "Rumbos cruzados", donde hablo de las "segundas capitales", a las que sobró finura y faltó rudeza para alzarse con el señorío político.

*D*) *De la vida íntima.* Quiero referirme aquí a unos cuantos poemas de 1921, además de los que ya mencioné como ecos del viaje a Italia o al Cantábrico, y además de algunas posibles páginas de *Minuta* (juego poético hecho a ratos perdidos y a lo largo de varios años, a cuyos fragmentos no puede asignarse ya fecha precisa). El primero de esos poemas, "A mi hijo" —que tenía nueve años—, no necesita explicación. El segundo, "Al encender la lámpara", me lleva a transcribir aquí un pasaje de mis memorias todavía inéditas:

> ...(Hay) un poema de mi prehistoria llamado "Himno para encender la lámpara". No pude menos de volver al tema en Madrid, año de 1921 ("Al encender la lámpara", *Obra poética*, páginas 74-76). Se ve que la idea me obsesionaba, pues palpita por ahí en otros versos ("Lluvias de julio", *ibid.*, pp. 48-49: "Enciéndese la lámpara al apagarse el sol") y en otro pasaje de "la lámpara solitaria" escrito por 1917. ("Monólogo del autor", *El suicida.*)

*E*) *De Nervo.* Continúo cuidando, para la Biblioteca Nueva de Ruiz Castillo, las *Obras completas* de Amado Nervo. En 1920 habían aparecido los primeros diecisiete volúmenes; este año de 1921, aparecieron del tomo XVIII al XXV.

Desde 1920, el primer aniversario de la muerte de Nervo, un grupo de jóvenes de Hispanoamérica y de España —la tertulia del café Platerías— tenía preparado un homenaje poético en recuerdo de nuestro poeta, pero sólo se publicó en 1921. Es una breve colección que hoy puede tentar la curiosidad de Andrés Henestrosa y otros aficionados a las rarezas de la bibliografía mexicana o simili-mexicana: *Platería a Nervo*, Madrid, J. Pueyo, 1921, 8º, 36 páginas e índice. Tras las "palabras iniciales", aparecen poesías de María Luisa Ross, Antonio Mediz Bolio, Alfonso Reyes (fragmento del poema a la muerte de Nervo), José María Quiroga Pla, H. Esquivel Medina, Raúl Carrancá Trujillo, Federico Carlos Sáinz de Robles, Joaquín Fernández Suñol, Manuel Galán, Guillermo y Francisco Rello (conjuntamente) y Caravia Hevia.

*F*) *De Jorge Isaacs.* Publiqué en *La Pluma*, el mes de junio con una carta a Cipriano Rivas Cherif —que dirigía

aquella revista junto con Manuel Azaña—, tres misivas de Jorge Isaacs a Justo Sierra, obsequio que me hizo en México Luis G. Urbina cuando, en las postrimerías del porfiriato, se disolvió la antigua Secretaría de Instrucción Pública y sobrevino el "Ministerio del do de pecho", como dijo Francisco Bulnes. Yo guardaba piadosamente esas cartas; las he publicado en *Los dos caminos* (ver *Obras completas,* tomo IV), y hoy desearía que se leyeran como proemio a mis breves y muy posteriores apuntes sobre la *María* de Jorge Isaacs. Estos apuntes fueron escritos en Buenos Aires, febrero de 1937; aparecieron primeramente en el *Relator* (Cali, Colombia, abril del propio año); pasaron después al libro *A lápiz,* y merecieron ser tenidos en cuenta por algún crítico de los Estados Unidos. El fragmento tuvo suerte en la lengua inglesa. En el Suplemento Literario de *The Times* (Londres, 12 de junio de 1948), a propósito de la publicación de *A lápiz,* se dice:

> ...One of the best of them is that on *María,* the novel by the Colombian writer, Jorge Isaacs. It is a brief and telling revaluation of a work which many critics dismiss as an insipid, lachrymose romantic melodrama. In the acute sensibility of Isaacs and in his dolorous sensuality, señor Reyes sees something that transcende literary romanticism. They reflect, he says, a vision of the world "as a valley of slender knives", a vision corresponding to adolescence, or at least to the experience of many adolescents.

*G*) *El candor del P. Brown,* obra de Chesterton que me fue muy grato traducir para Calleja, se proyectaba desde 1919 (ver cap. IX de esta *Historia documental*), aún estaba en pruebas por enero de 1921, y al fin apareció este mismo año. Yo creo que salió con buen pie, porque después ha arrastrado hasta la lengua española las otras series del "Padre Brown" (en traducciones ajenas), aquel paradójico investigador "detectivesco" cuyo secreto consistía en imaginar que él era el delincuente. Todos podemos hacerlo —explicaba— puesto que en el corazón humano hay sitio igualmente para los ángeles y para los demonios. Y, después de todo, ¿no conocíamos ya el cuento del tonto del pueblo que encontró el caballo perdido? "¿Cómo te las arreglaste?", le pregun-

taban. "Muy sencillo" —decía el tonto del pueblo—. "Me pregunté adónde me iría yo a meter si fuera caballo."

*H*) En el cap. III de esta *Historia documental* anticipé ya algunas noticias sobre la revista *Índice* que publicábamos Juan Ramón Jiménez y yo y de que salieron tres números en 1921, y el cuarto y último en 1922. Al año siguiente, inauguramos la Biblioteca Índice, que también he recordado antes y en la que se estrenaron algunos jóvenes. La frecuentación de Chesterton me llevó entonces a publicar en esta revista algunas páginas que han pasado al libro *Grata compañía* (1948), algo retocadas naturalmente: "Chesterton y la historia inglesa".

*I*) Seguramente lo más débil de mis *Cuestiones gongorinas* (1927) es el ensayo final: "Un romance de atribución dudosa". Creo haberlo redactado en el año que nos ocupa, 1921, más bien para poner orden entre mis papeles sobrantes. Nunca se publicó separadamente, a diferencia de los demás artículos del volumen. Tal vez el instinto o el demonio socrático me decía al oído que era preferible disimularlo entre otros ensayos.

## 3. *Simpatías y diferencias*

Este año aparecieron las dos primeras series de *Simpatías y diferencias* (31 de enero y 31 de marzo). En México (1945), bajo la dirección de Antonio Castro Leal, e incorporadas con las tres series posteriores, se hizo una segunda edición de las *Simpatías y diferencias* en dos tomos (núms. 22 y 23 de la Colección de Escritores Mexicanos, Editorial Porrúa). Después he recogido el conjunto en el tomo IV de mis *Obras completas* (1956), donde explico los nuevos ordenamientos, supresiones y adiciones al material primitivo.

Por ahora sólo me referiré a las dos primeras series, que según ya lo he dicho antes proceden de mi página de "Geografía e Historia" en *El Sol* de Madrid, años de 1918-1920. El título general de las series fue objeto de algunas dudas: me resultaba violento emplear el término "antipatías", y muy

pedante el helenismo "dispatías". Lo discutía yo con Moreno Villa, cuando éste dio con el término discreto: "diferencias".

A estas dos primeras series consagró "Andrenio" (E. Gómez de Baquero) las siguientes líneas:

> . . .*El plano oblicuo* (cuentos y diálogos). *El cazador* (ensayos y divagaciones) y *Simpatías y diferencias* (dos volúmenes)... Este último libro me parece el más maduro y hecho de los citados volúmenes y el de composición más clara, quizá por ser el más objetivo, el menos lírico, ya que es de narración y crítica, o bien acaso por ser el más moderno; lo que, tratándose de un escritor joven como Reyes, supone una depuración, una decantación del estilo, calmada la inspiración de las primeras ebulliciones mozas y el ímpetu desigual de los ensayos primerizos. (*La Época,* Madrid, 3 de diciembre de 1921, artículo reproducido *in extenso* en las *Páginas sobre A. R.*, I, Monterrey, 1955, p. 15.)

La diferencia de tono que "Andrenio" ha advertido entre estos libros es obvia: pero la explica, además de las razones por él alegadas, el hecho de que en los otros libros yo escribía para mi gusto, y los artículos de *Simpatías y diferencias* tienen siempre muy en cuenta al lector del periódico. De modo que puedo decir, como en mi poema *Florencia* (1921):

> . . .y cediendo a mis gustos, daba gusto a otros mil;
> si en el retablo pintaba para todos,
> debajo —en el gradino— pintaba para mí.

Pero, meses antes que "Andrenio", la fiel amistad de Carlos González Peña había señalado ya, con su acostumbrada benevolencia, la aparición de estos volúmenes (*El Universal,* México, 26 de mayo): ". . .Agilidad, sutileza de pensamiento, limpieza y gracia de estilo", escribía nuestro fraternal compañero.

Aunque en las notas al tomo IV de mis *Obras completas* dejo ya ciertas indicaciones, encaminadas sobre todo a completar las referencias con algunos datos posteriores u olvidados, no veo mejor ocasión que la presente para ofrecer los comentarios que se me ocurren sobre mis propios artículos, por insignificantes que sean (los artículos y los comentarios, que no quede lugar a duda). Nada es peor, menos

higiénico, que guardarse esta pelusilla, estas limaduras y rebabas. ¡Afuera con todo!

*Primera serie (Páginas del jueves).* "Visiones del Japón." Al margen de un ensayo de E. Hovelaque —y salvo la cita final de Lope, de que mucho me ufano—, me dejé llevar todavía por aquellas imágenes sobre el Imperio del Sol Naciente a que nos tenían habituados Percival Lowell, Lafcadio Hearn, Basil Chamberlain. Más tarde, hubiera preferido las profundas interpretaciones de Ruth Fulton Benedict en *The Chrisanthemum and the Sword,* 1946.

"El museo privado de un escritor." Al final de este artículo, yo exhortaba a "Azorín" a darnos un día su libro de recortes, de pasajes marcados con rayas de lápiz al margen de los libros. Lo cierto es que él incorpora fácilmente todo ello en la elaboración de sus artículos —lo que es sin duda preferible y que, por suerte, los años no le han pesado para ir recogiendo cuidadosamente todos los rasgos de su pluma, todos por algún concepto precioso.

"Desde la ventana del laboratorio." Refiriéndome a un libro del coronel Nasmith —médico militar de Toronto— y hablando de la guerra Nº I, yo escribía hacia 1919 lo que después de la guerra Nº II ha venido a ser más verdadero:

> ...En la historia, esta guerra ha de aparecer como la guerra científica. Las memorias de los hombres de ciencia serán tan indispensables para comprenderla como los informes del comandante.

Tal es el sentido de todo el artículo. Y no me refiero, ya se entiende, a las reflexiones u observaciones científicas que se ofrecen al margen de los combates y como en los entreactos (recuérdense las "campañas" de Goethe), sino a la ciencia implícita en la guerra misma.

"De Shakespeare, considerado como fantasma." Puesto que acabo de recordar a Goethe, diré que el punto a que este artículo se refiere —sincronismo o concordancia, como dice Lefranc, entre la obra shakesperiana y la vida del actor William Shakespeare, si es que existen tal sincronismo o concordancia— se reduce a la relación entre la *Dichtung* y la *Wahr-*

*heit,* entre la poesía y la verdad en la obra de un hombre; por lo cual, en mi ejemplar "de fatiga", he escrito al pie de este artículo: "Referencia al ensayo 'La vida y la obra' (*Tres puntos de exegética literaria,* Jornadas de El Colegio de México, número 38, 1945, pp. 19 y *ss.*)." La cita de Croce sobre cómo la poesía admite interpretaciones históricas, pero con ayuda de aquella historia que le es intrínseca y propia, y no de la historia extraña aunque sea contemporánea y envuelva la vida del autor, me lleva a recordar cierta revista que pasaba por mis manos cuando, en Madrid, preparaba yo con Solalinde la bibliografía para la *Revista de Filología Española* y me reía de ciertos inacabables artículos dedicados a dar noticias sobre "monjas palentinas parientes de Miguel de Cervantes", cuyo erudito recopilador creía contribuir así al mejor entendimiento del *Quijote*; en lo que yo pensaba sin duda cuando, explicando la postura de Croce, escribí esta frase: "¡ay, en nuestra crítica cervantina, qué falta nos haría una prédica semejante!" Lo que me lleva de la mano al problema del soneto "No me mueve, mi Dios, para quererte", sobre el cual me interrogaba hace tiempo el arzobispo Martínez, y a quien envié el artículo de Marcel Bataillon publicado en la *Nueva Revista de Filología Hispánica* —El Colegio de México, 1950, IV, pp. 254 a 269—, que, con la mayor deferencia para las investigaciones de don Alberto Mª Carreño, termina así:

> ...Quédese el famoso soneto en su anónimo, con tal que entendamos bien lo que significa. Es un momento de la espiritualidad "cristocéntrica", un eslabón aviliano de la cadena que une la escuela italiana de los *spirituali* y del Beneficio de Cristo con la escuela del Puro Amor que florecen en la Francia de Luis XIII. Es anónimo adrede, pero sin segunda intención...

En cuanto a los demás artículos de la primera serie no se me ofrece ningún comentario especial, como no sea el llamar la atención sobre las noticias y apéndices al tomo IV de mis *Obras completas,* pp. 7, 10 y 88, donde explico los cambios introducidos en esta edición final.

*Segunda serie*. I. *Crítica*. II. *Historia menor*. Una sola observación, que en parte repite lo que dije en el capítulo IV: "El cine literario", escrito en 1920 (*Obras completas*, IV, página 107) puede, por analogía de tema, agruparse con las páginas relativas al cine (*ibid.*, pp. 199-236), con las "Notas sobre el cine" y "Un drama para el cine" que constan en el *Tren de ondas*, con el comentario "México en el cine" (*A lápiz*, 1947, p. 86) y con "Los cuentos de Rojas González en el cine", articulito que hasta hoy sólo ha aparecido en un programa para la exhibición de *Raíces*, pero que se incorporará en algún futuro volumen. A veces se me ha ocurrido pensar que las primeras páginas de mi ensayo sobre "Góngora y *La gloria de Niquea*" (*Cuestiones gongorinas*, páginas 12-13) dan la base para un "escenario" relativo al conde de Villamediana, y así lo digo en los apuntes de "Fósforo" (*Obras completas*, IV, p. 223). Ya he copiado, al comenzar este capítulo, la opinión de "Azorín" sobre una posible película de fantasía fundada en Lope de Vega ("Las aventuras de Pánfilo", fragmento del *Peregrino en su patria* que yo he publicado, y pronto reeditaré como obra aparte).

## 4. *El cazador*

Este libro de artículos, ensayos y hasta poemas en prosa apareció aquel año de 1921 en la Biblioteca Nueva de Ruiz Castillo; lo reedité en México, Tezontle (21 de julio de 1954), y finalmente lo incorporé en el tercer tomo de mis *Obras completas* (México, Fondo de Cultura Económica, 1956). Las diversas páginas, van desde 1910 hasta 1920; las más, se habían publicado anteriormente en revistas. Ya he dicho en otro capítulo que desde 1918 andaba yo buscándole algún editor; pero se me quedó en los plúteos y, con el reposo, engordó algo más. De unas a otras ediciones, arreglé un poco el orden de los diversos fragmentos.

Por lo pronto, de *El cazador* sólo conservo una noticia publicada por Carlos González Peña en *El Universal* (México, 21 de agosto de 1921), descontada la nota de "Andrenio" que he citado ya a propósito de las dos primeras series de

*Simpatías y diferencias.* "Andrenio" parecía desconfiar un poco del tono lírico y juvenil de estas páginas. Hoy veo, por las reseñas provocadas a la aparición de nuevas ediciones, que se les concede calidad poética de poemas en prosa, por lo menos a algunos fragmentos.

Universidad de México, *junio de 1957, vol. XI, núm. 10.*

# XIII. EL AÑO DE 1922

## I. *Crónica*

1. ESTE año de 1922 se celebró en España (8 de septiembre) el cuarto centenario de la vuelta al mundo por Juan Sebastián de Elcano, nativo de Lequeitio, el primero que *circumdidit orbem,* quien tomó el mando de la expedición de Magallanes cuando éste murió asesinado por los indios de la isla de Cebú y, doblando el cabo de Buena Esperanza, regresó a Guetaria con unos cuantos supervivientes, para depositar en la iglesia del lugar algunos despojos de su última nave. Cuando los centenarios de Cisneros y de Lutero, 1920, yo me había sentido cronista (*Retratos reales e imaginarios* y capítulo X de esta *Historia*). Esta vez, arrastrado por las ceremonias y en desempeño de mis funciones oficiales, me conformé con ser fotógrafo y envié unas instantáneas de mi *Vest-Pocket Kodak* a la revista *Social* de La Habana.

2. España había presenciado con cierta inquietud la ausencia de monseñor Tedeschini, nuncio y decano del Cuerpo Diplomático, al regreso de la Corte a Madrid después del veraneo regio (comienzos de octubre); pero la presencia del Nuncio, que no se hizo esperar, acallaba ciertos rumores de la prensa. Poco después, por todo el mes de noviembre y hasta fines del año, cundió la alarma política causada por el "expediente Picasso" —sobre responsabilidades en los desastres de Marruecos—, por cierto discurso en que Romanones parecía reclamar que se entregara de nuevo el poder a los liberales, entonces en manos de los conservadores, y por el duelo abierto entre las Juntas Militares de Defensa (muy pronto suprimidas) y el jefe del Tercio Extranjero en África, teniente coronel Millán Astray, que al fin dimitió. Hubo manifestaciones estudiantiles y desórdenes, y hubo víctimas de cuya muerte se culpó al director de seguridad, Millán de Priego. Una caricatura de Bagaria, en *El Sol,* representaba al

presidente del gobierno, Sánchez Guerra que, en partida de caza, había abatido ya a varias avutardas —las Juntas, la huelga de Correos, las autoridades de Barcelona— y ahora apuntaba sobre la última pieza: Millán de Priego; lo que no llegó a suceder. Se cerró la Universidad. Tuve que entregar a don Santiago Ramón y Cajal, en acto privado, el título de doctor Honoris Causa que la Universidad Nacional de México acababa de concederle. El 7 de diciembre, entraron los liberales a gobernar, bajo la presidencia del marqués de Alhucemas. Sobre estos asuntos me remito a mis *Momentos de España* (artículos vii a xi inclusive, México, Archivo de A. Reyes, cuaderno E-3, 1947).

3. En tanto, don Ramón del Valle-Inclán regresaba de México y, puesto ya el pie en el estribo, ofrecía sus adioses a nuestra tierra y especialmente al indio, en aquel poema, *¡Nos vemos!*, que decía entre otras cosas:

> Indio mexicano,
> mano en la mano,
> mi fe te digo:
> lo primero
> es colgar al encomendero,
> y después, segar el trigo.

4. El 22 de junio, en carta al doctor Ramiro Tamez, entonces gobernador de Nuevo León y mi antiguo camarada del Colegio Civil (publicada en *El Porvenir*, Monterrey, 20 de julio de 1922), yo le había anunciado el próximo envío de una fuente de azulejos, encargada a los alfareros Montalván (Triana, Sevilla), obsequio que yo deseaba ofrecer a mi ciudad natal para sustituir la vieja Pila de Degollado. La nueva fuente, ya muy desmedrada, se halla en el sitio donde la avenida Hidalgo se abre en "y griega" y desprende en uno de sus brazos la avenida Morelos. Presiento que pronto tendremos que sustituirla, esta vez con azulejos poblanos.

## II. *Tres actos públicos*

En tres actos públicos tuve una intervención especial, de que han quedado rastros en algunas páginas de mis libros: la

inauguración de la Glorieta de Rubén Darío, la presentación de un mensaje al Ayuntamiento y la inauguración del curso del Ateneo.

1. La Glorieta Rubén Darío (antigua glorieta del Cisne, donde está —¿o estaba?— la estatua de Lope de Vega) fue inaugurada por el alcalde-presidente el 12 de octubre de 1922, Fiesta de la Raza. El Decano diplomático hispanoamericano, que lo era el ministro de Cuba Mario García Kohly, delegó en mí el discurso oficial a nombre de los representantes de nuestra América. Mi discurso ("Rubén Darío, genio municipal") consta en *Los dos caminos*, cuarta serie de *Simpatías y diferencias* (*Obras completas*, IV, pp. 318 y *ss.*), precedido de una breve nota sobre "Mi fiesta de la Raza" y seguido por otra nota más breve: "Si la sonrisa fuera un gesto oficial. . ." Nueve días después del acto, aparecían estos comentarios en la prensa:

> Unas discretas palabras del alcalde-presidente y, acaso por primera vez en pública circunstancia de este orden, un discurso digno de perdurar: el de don Alfonso Reyes, representante de México, portavoz de América en la ceremonia. ¡Generosas palabras! *(Transcribe una apreciación de España y continúa.)* Traza después don Alfonso Reyes la evolución de las relaciones hispanoamericanas y cifra en Rubén Darío su definitivo encauzamiento de comprensión cordial. *(Nueva transcripción.)* Ya tiene, pues, Darío, su conmemoración madrileña, que si sólo hubiera servido para dar ocasión a los transcritos conceptos, ya podría darse por bien lograda. Hay, en lo expresado por Reyes, con un fondo de absoluta verdad, mucho que todavía no pasa de aspiración. Pero estamos, ni siquiera se puede dudar, en el buen camino. . . (E. Díez-Canedo, "Letras de América: Rubén Darío", *España*, Madrid, 21 de octubre, 1922.)

> . . .Era temible, por tanto, la elección de quien afrontara la obra de Rubén Darío en ese instante en que Madrid le consagraba un lugar amable de su siglo XIX, invadido por la clara renovación de la época actual. Pero América elige bien sus representantes. La diplomacia hispanoamericana se confía a los escritores, a los artistas, como Europa hacía en otro tiempo. Y ello da de antemano la garantía intelectual, no siempre segura en los casos recíprocos. Así, en la capital de España, América ha tenido ahora su acento justo en Alfonso Reyes, Encargado de Negocios de México. Hizo surgir Alfonso Reyes, ante los que imaginaban conocerle, ante las miradas —distraídas hasta entonces— de los adolescentes endomingados de las escuelas públicas, al Rubén Darío estatuario

y al Rubén Darío cordial, al poeta ya sobre el plinto y al infortunado aventurero de los sueños radiantes. Y, mientras el exegeta hablaba, recordábamos su obra personal, esparcida y escuchada de un modo eficaz por las mismas tierras que el nombre de Rubén ha colmado. Reyes, historiador, crítico, ensayista, está señalado ejemplariamente a sus contemporáneos; y nosotros agradecimos al destino que fuese América la que hablara en esa voz a Madrid, la mañana de otoño, desde la "Glorieta de Rubén Darío" (antes —y siempre— Cisne). José Francés, "La Fiesta de la Raza: Rubén Darío (antes, Cisne)", *La Esfera*, Madrid, 21 de octubre, 1922.

2. El 20 de octubre de 1922, acompañé a Luis G. Urbina a entregar un mensaje que, con él, envió el Ayuntamiento de México al Ayuntamiento de Madrid, y entonces pronuncié el discurso que consta en *De viva voz* (1949, pp. 121-125). En una nota, explico que el párrafo final, allí suprimido, fue destacado antes como página aparte en mi libro *Calendario,* bajo el título de "Voluntario"; lo que me valió la dedicatoria de una sátira de Manuel Azaña contra la Villa y Corte: "...Castillo famoso: al *voluntario* de Madrid, Alfonso Reyes", firmado por "El Paseante en Corte" (*La Pluma,* Madrid, III, 30, noviembre de 1922, pp. 389-393). En el propio libro *De viva voz* ("Recuerdo de Azaña", p. 17), he escrito:

> ...Cuando un día, en cierto acto municipal, yo me declaré, invocando la memoria de Ruiz de Alarcón, "un voluntario de Madrid", él *(Azaña)* que, como español, oía los sordos rumores del descontento, acaso inadvertidos aun para un simple huésped, me llamó suavemente al orden, felicitándose de mi optimismo, pero sin poderlo compartir... *(y me dedicó)* un artículo que quedará como modelo de la mejor sátira sobre aquella época del sentimiento público, y que tengo por una de las páginas más contundentes y proféticas de su pluma, tan bien tajada y tan bien tajante.

Lo cierto es que hasta mí llegaban los rumores del descontento, pero ni me correspondía recogerlos, y menos en aquella ocasión, ni tampoco me alarmaban como podían alarmar a un español, de suerte que no perturbaban a mis ojos la imagen de aquel Madrid tan plácido que seguramente todos recuerdan con *saudade,* a pesar de los reparos del nuevo Larra.

3. La inauguración del curso del Ateneo para 1922-1923 aconteció el 25 de noviembre, siendo presidente de aquella casa el conde de Romanones, quien quiso que el acto tuviera un sentido americano y nos convidó como oradores al ministro Mario García Kohly y a mí. Yo estaba algo cansado de tanta ceremonia pública, y poco deseoso de participar en este acto, por sospechar que el ministro García Kohly —tipo acabado de "verbo-motor", como se dijo por algún tiempo— iba a incurrir en los habituales lugares comunes sobre la Madre Hispana y las Hijas del Nuevo Mundo, etcétera, como en efecto sucedió. Pero Romanones me hizo llamar, me reiteró su invitación y... ¿quién resistía a aquella sirena?

—¿Cansado usted? —me dijo—. ¿Un muchacho de sus años? Yo me figuraba tener que habérmelas con un anciano diplomático estropeado por el servicio. Pero, en cuanto lo vi a usted entrar por esa puerta y le eché encima los ojos, me dije: "Éste hombre es mío."

Ya he contado en esta *Historia* (cap. x, párrafo C-8), que yo hubiera querido aprovechar en esta ocasión algo de lo que había escrito anteriormente en mis artículos "España y América" y "Sobre una epidemia retórica" (*Obras completas*, IV, pp. 348-351 y 566-571). Pero, con mejor acuerdo, entregué mi texto anticipadamente al primer secretario de la Legación de Cuba, el ya enmudecido poeta Manuel Serafín Pichardo, para que él lo mostrara a mi amigo don Mario, y suprimí cuanto él me pidió que suprimiera y que hubiera producido la impresión de un contraste irónico. ¡Así quedó de anodino mi discursito! No me arrepiento: vale más una amistad que unas buenas frases.

En resumidas cuentas, hubo tres versiones de este discurso: la primera, censurada por García Kohly y definitivamente eliminada; segunda, la que todavía recogió Diógenes Ferrand, corresponsal en Madrid de *El Universal* de México, y publicada en este periódico por diciembre de 1922; y tercera, la que retoqué después para evitar repeticiones con los artículos mencionados y que puede leerse —aunque no lo aconsejo— en mi tomo *De viva voz* (pp. 117-120; corríjase la fecha, que allí aparece equivocada).

Ferrand juzgó mis palabras con simpatía y citó benévolas

opiniones de José Francós Rodríguez y Augusto Barcia, a las que puedo añadir las de Gabriel Maura Gamazo y Ángel Ossorio y Gallardo, presentes en aquella sesión. Poco antes, insistía yo en la necesidad —para mí imperiosa— de asear las reflexiones de los hispanoamericanos sobre España y de los españoles respecto a Hispanoamérica en una entrevista: "La ventana abierta hacia América" (*El Tiempo,* Madrid, 8 de marzo, 1921), y en la nota que llamé "Mi fiesta de la Raza". (*Obras completas,* IV, pp. 316 y 572.)

## III. *Cosecha del año*

1. Además de los juicios sobre *Huellas* que he de mencionar más adelante, aparecen en 1922 los siguientes artículos de carácter general:

Antonio Castro Leal, "Alfonso Reyes", *Chile Magazine,* Santiago, junio de 1922; Mario Puccini, "Note di Letteratura Spagnola", *Aperusen,* Foligno, julio de 1922; José María Chacón y Calvo, "Alfonso Reyes y su impulso lírico", Santa María del Rosario, octubre de 1922, publicado en varios periódicos. Los tres artículos han sido recogidos ya en las *Páginas* (sobre A. R.), tomo I, Monterrey, Universidad de Nuevo León, 1955.

2. Este año aparecieron también las siguientes apreciaciones sobre mi edición del Arcipreste de Hita:

> ...In his prologue to the *Libro de Buen Amor,* the cultured Alfonso Reyes reminds us that it would be just as extravagant to accept as literally true the thousand and one adventures related by the Arciprest as to make to many excuses for him on account of their incompatibility with his ecclesiastical state or to allege the laxness of his age in explanation of an actual misconduct. Señor Reyes, moreover, declares that "ancient satire, of which our modern satire can give us no idea, had its own laws, like other forms of literature; and one of these laws gave it the right to invent happenings more or less proper, and to relate them as if they were personal actions. Therefore, neither did Dante descend actually into hell nor need we doubt that the Arciprest was any different from the rest of men. Today the 'I' is sacred; in these old days it was rather comic. There are few who have a delicate appreciation of the relations between actual life and the works of a

poet"... (Thomas Walsh, "Puzzle of a Forteenth Century Friar", *The New York Times Book Review,* 17-XII-1922.)

El poeta Thomas Walsh fue un muy distinguido hispanista; tradujo, entre otros, a Rubén Darío y dejó obras inéditas sobre fray Luis de León y sobre sor Juana.

Universidad de México, *agosto de 1957, vol. XI, núm. 12.*

## IV. *Ediciones*

Continúa la edición de las *Obras completas* de Amado Nervo. Se publican los siguientes volúmenes: XXVI, *Ensayos*; XXVII, *El arquero divino,* que contiene además *Poesías varias, Pensando (verso) y Pensando (prosa)*; XXVIII, *Discursos. Conferencias,* que contiene, además, *Miscelánea* y un apéndice. El volumen XXIX sólo aparecerá en 1928, cuando me encontraba yo en Buenos Aires. Lleva el nombre del primer artículo, *La última vanidad.* No recuerdo si yo lo dejé preparado o a medio organizar. Aparece todavía como un texto cuidado por mí, pero entiendo que se encargó ya de él, como de la continuación de la obra, Alfonso Méndez Plancarte, a quien más tarde proporcioné, en México, los últimos documentos que yo poseía sobre la obra de Nervo, por él recogidos en libros ulteriores.

## V. *Traducciones*

1. Ya me he referido antes a la traducción de la novela fantástica y policial *El hombre que fue Jueves,* de Chesterton. En *Universidad de México,* agosto de 1955, p. 9, aparece una fotografía en la portada, y en ese mismo cap. VI (IV-*a*), he dicho que esta traducción fue planeada desde 1917. Al frente del volumen, hay un prólogo que escribí en 1919 y que, con otras páginas sobre Chesterton, recogí finalmente en *Grata compañía,* México, 1948. Pero el prólogo parte de una breve noticia que, a la aparición de la *Ortodoxia* de Chesterton, por mí traducida igualmente para Calleja, di a los *Lunes de "El Imparcial",* Madrid, 4 de junio de 1917.

2. La *Olalla* de Stevenson apareció en la Colección Universal de Calpe. El director, Manuel G. Morente, es autor del prologuito anónimo que la precede. Morente, formado en las escuelas de Francia, tiene un "sí sé qué" de francés, y en todas sus páginas —aun las más impersonales— hay precisión y gracia. Cita muy a punto la advertencia de Chesterton sobre las cien graves filosofías que esconde la aparente frivolidad de Stevenson, y añade por su cuenta:

> ...verdadero atleta mental, pues sólo él puede blandir un martillo de fragua y descargarlo sobre un huevo, sin llegar a quebrantar la cáscara.

Yo aplaudo; yo soy, como varias veces lo he dicho o lo he dejado sentir, un enamorado de los libros de Stevenson. Por cierto que, en mi *Discurso por Virgilio,* de 1930 (*Tentativas y orientaciones,* 1944), traduje a las volandas, un fragmento de *La resaca*: aquel donde un vagabundo, olvidado en una distante isla del Pacífico, recuperaba algo de su "unidad interior", dispersa entre sus aventuras, leyendo su Virgilio. Por cierto también que este párrafo traducido mereció la honra de ser citado, junto con el original inglés, por J. B. Trend, al final de su obra *The Language and History of Spain* (1953), como "una fina muestra del moderno español..., a objeto de que se la pueda comparar con un hermoso modelo de prosa inglesa".

## VI. *Varia*

1. "El Cipango y la Antilia (Una controversia en el mar)" se publicó primeramente en la *Revista de la Academia Hispanoamericana* (Madrid, 15 de abril de 1922); se reprodujo varias veces, con título levemente cambiado; la última vez, según creo, en *Tierra Nueva* (México, 1940); y por último, halló acomodo en "El presagio de América" (art. 14: "La duda en mitad del mar. Duelo entre la Antilia y el Cipango", y art. 15: "Comedieta de Colón"), ensayo con que se abre el libro *La última Tule* (México, 1942).

2. *La saeta* se escribió en Sevilla, Semana Santa de 1922; se publicó primeramente, con el feo subtítulo de "Impresio-

nes de Semana Santa en Sevilla", en *El Universal* (México, 4 de junio de 1922), donde antes me habían alterado también el título *Horas de Burgos,* cambiándolo en "Unas horas de paseo en Burgos", ver cap. VIII, B-2; y posteriormente intenté publicar estas páginas en folleto aparte, con ilustraciones que solicité por correo a José Moreno Villa, desde Buenos Aires a Madrid. Por cierto que, con sólo las breves explicaciones de mi carta, Moreno Villa acertó de tal suerte que mi literatura más bien parecía hecha para adornar sus lindos trazos a colores. No logré hacer en Buenos Aires una reproducción adecuada. Al fin, poco tiempo después, en Río de Janeiro, las oficinas gráficas Villas Boas acertaron a hacerme un pulcro folleto de 54 páginas que salió de las prensas el 31 de agosto de 1931. *La saeta,* ya sin ilustraciones, ha sido más tarde incorporada en *Las vísperas de España* (Buenos Aires, Sur, 1937), y luego, en el segundo tomo de mis *Obras completas.* Hay traducciones de este poema en prosa al francés, de Francis de Miomandre (*Les Nouvelles Littéraires,* París, 15 de abril de 1933); al alemán, de Ines E. Manz (*Stuttgarter Neues Tageblatt,* 27 de marzo de 1932) y de R. Kaltofen (*Luxemburger Wort,* 11 de abril de 1939); y al checo, de Zdenék Smíd, en el librito *Triptych* (Brno, Atlantis, 1937).

3. Desde Deva, a 5 de agosto de 1922, envié a Antonio Mediz Bolio la carta prólogo para su primera edición de *La tierra del faisán y del venado* (Buenos Aires, 1922), carta que después pasó al *Reloj de sol* en sus sucesivas ediciones (Madrid, 1926; *Simpatías y diferencias,* II, México, 1945, y tomo IV de mis *Obras completas*).

4. "Lutte de Patrons (Aux Champs Elysées)" —"Lucha de patronos"— traducción al francés de Georges Pillement, apareció en la *Revue de l'Amérique Latine* (París, 1º de diciembre de 1922) y es anterior a las demás traducciones francesas de *El plano oblicuo* hechas por Jean Cassou (ver capítulo XI).

5. "Un Diccionario" (*Entre libros*), que corresponde al año de 1922, queda mencionado en el cap. V, I-*d.* Se refiere al libro de F. Rodríguez Marín, *Dos mil quinientas voces*

*castizas y bien autorizadas que piden lugar en nuestro léxico.* Conviene recordar aquí estas palabras de don Ramón Menéndez Pidal:

> ...Lo que más seguramente se puede agregar al Diccionario académico son voces usadas en la literatura desde el siglo XVI, esto es, en la literatura que hoy todavía tiene lectores habituales. Basta recordar cuántas voces nuevas aducen el padre Mir y Rodríguez Marín, sacadas de los autores clásicos. Pero es necesario hacer una advertencia... Una gran parte de esos millares de voces no debe tener entrada en un diccionario selectivo, porque son neologismos sin arraigo ninguno en el idioma. Tanto Rodríguez Marín como el padre Mir participan de la creencia, muy extendida entre los eruditos, de que todo lo que se escribía en el siglo XVI era "castizo y bien autorizado"; no podían suponer ni concebir que el padre Pineda, por ejemplo, fuese un neómano, siempre propenso, sobre todo, al neologismo morfológico: *conjeturación, efigiación, retoricación, humefactivo,* etcétera. Además, muchas de tales voces quedan inexplicables e ininteligibles, y otras son manifiestas erratas (*altozar* por *allozar,* etcétera)...
>
> Prólogo a *Vox, Diccionario general ilustrado de la lengua española* por S. Gili Gaya.

6. Ya me he referido a la revista *Índice,* a las burlas literarias que en dicha revista nos consentíamos Enrique Díez-Canedo y yo, y que han pasado a mi folleto llamado precisamente *Burlas literarias, 1919-1921* (por errata, "1922"), folleto que consta entre los cuadernos de mi *Archivo* (B-1, México, 1947). Pero lo cierto es que, el año de 1922, Juan Ramón Jiménez y yo, que confeccionábamos tal revista, estuvimos a punto de caer en una trampa semejante a las que poníamos a los incautos. En efecto, esto aconteció con los pretendidos poemas afganos de Karez-I-Roshan, fabricados en Santiago de Chile por Antonio Castro Leal, diplomático mexicano en aquella ciudad, y Pedro Prado, el inolvidable poeta chileno del grupo de los Once. (Esto del Once tiene mucho sentido en Chile, donde se dice "tomar las once" y hasta "tomar onces", no tanto por el refrigerio de la media mañana, como por "tomar la copa" a cualquier hora. Los maliciosos pretenden que "once" es un eufemismo frailuno del "aguardiente", palabra que consta de once letras.) Los epigramas eran muy bellos, y había la tentación de reprodu-

cir algunos en *Índice*. Pronto nos puso sobreaviso cierta frasecilla del prólogo en que la misteriosa traductora declaraba, más o menos, que el cultivo de la lengua afgana le había servido de consuelo en las amarguras de su vida. Antonio Castro Leal me ha hecho el favor de comunicarme las siguientes noticias sobre esta graciosa travesura:

Karez-I-Roshan, *Fragmentos*, Montevideo (en verdad, Santiago), 1922. Traducción del afgano por Paulina Orth. (El nombre del poeta, en afgano, significa: "Fuente de luz".)

Eran los tiempos en que estaba en toda su fama Rabindranath Tagore (Premio Nobel, 1913) y que empezaba a leerse y a traducirse el escritor siríaco-norteamericano Khalil Gibrán (1883-1931). Un amigo de Pedro Prado, funcionario consular y medio escritor, tomó una fotografía de un pollero llamado Naranjo. Era un hombre casi calvo, con unas grandes barbas y un aspecto solemne. Lo arropó con la cubierta de una mesa, y en la fotografía tenía el aspecto de un profeta oriental. Vimos la foto Pedro Prado y yo y empezamos a crear, rasgo tras rasgo, al personaje. Al fin tuvimos su historia: era un gran poeta afgano. Había empezado a escribir poemas eróticos; después vino la etapa de la comunión con la naturaleza, y, finalmente, la adivinación de Dios y el acercamiento a los misterios del más allá.

Después se nos ocurrió escribir —no sus obras—, sino una débil muestra de todo lo grande que había escrito. Dimos unas muestras de cada una de sus etapas literarias. Escribimos los poemitas Pedro Prado y yo, a veces juntos y como en juego. Redactamos la biografía del ilustre escritor, firmada por Paulina Orth (cuyas tarjetas, de luto, explicaban que era profesora de idiomas y que vivía en Montevideo, en una casa cuya dirección se daba y adonde llegaron cartas de felicitación y sorpresa de algunos escritores ilustres). Paulina Orth, en la vida real es una sobrina del músico Liszt, versada en cosas de Oriente.

El librito se publicó con una faja roja en la que Bernard Shaw hacía elogios desmedidos de Karez-I-Roshan y pedía para él el Premio Nobel. Se agotó pronto. Algunos escritores notables, amigos de la justicia, decían que había que darle su lugar al escritor afgano por encima de Tagore y al lado de Omar Khayam. A continuación, algunos de los fragmentos:

"Mi amor era tan puro y diáfano que tú no lo veías. ¿Qué hacer? —me dije—. Y lo enturbié.

"Buscando que nadie oiga lo que hablamos, pones tu boca en la mía, y yo oprimo mis labios contra los tuyos. Así nadie escucha nada, y nosotros todo lo comprendemos.

"Soy —dice el poeta al pasar por entre la alegre multitud—

como la luna olvidada del mediodía. Sólo cuando la tristeza, al igual de la noche, llega, esta gente advierte mi presencia.

"Pueda yo pulverizarme en fulgores infinitos hasta ser eternamente la fuente luminosa y el camino del resplandor.

"Entremos en el sueño llevando un pensamiento oscuro. Mientras la noche reina, las simientes se hinchan y germinan.

"Música del sol, vértigo, ¡inefable eternidad! La luz atraviesa mi cuerpo como un claro cristal y lo limpia de toda sombra.

"El que aprende puede olvidar; sólo el que descubre recuerda siempre."

## VII. *Dos libros*

1. La tercera serie de *Simpatías y diferencias* (Madrid, Suc. de E. Teodoro) apareció el 27 de marzo de 1922. Reeditada en la edición mexicana de 1945, varias veces mencionada, se recoge finalmente en mis *Obras completas*, vol. IV, páginas 166-236. Allí doy cuenta de la supresión de dos artículos sobre Amado Nervo, que pasaron al tomo *Tránsito de Amado Nervo* (1937), y en esta serie constan las notas sobre el cine explicadas anteriormente. Escritos también en 1922, aunque sólo coleccionados en la 4ª serie de *Simpatías y diferencias* (*Los dos caminos*, 1923), los siguientes artículos: "El Don Juan de Azorín", "Melancolías de Fausto", "Metamorfosis de Don Juan", "Juan Ramón y los duendes" y "Juan Ramón y la Antología", "Las fuentes de Valle-Inclán", "La Glorieta de Rubén Darío" (a que antes me he referido). "Vieja controversia", "De algunas sociedades secretas", "La Cucaña" y la "Carta a Antonio Mediz Bolio" que apareció como prólogo de su libro *La tierra del faisán y del venado.*

En la *Revue de l'Amérique Latine*, de París, Ventura García Calderón, a vuelta de corteses reparos, saludó el libro con amistosos comentarios y sólo lamentó mis páginas sobre "Rémy de Gourmont y la lengua española". Yo admiro profundamente a Gourmont y me deleito con su lectura, pero no pude aprobarlo en cuanto a sus apreciaciones sobre la lengua española y otros temas hispánicos. Entonces dirigí a mi caro amigo Ventura esta carta, de Madrid y a 11 de julio de 1922:

Mi querido amigo Ventura: Hubiera querido expresarle personalmente mi agradecimiento por el comentario que dedica usted

a la 3ª serie de *Simpatías y diferencias* en la *Revue de l'Amérique Latine*. En tanto que se me concede el gusto de pasar otras horas en París y en compañía de usted, me apresuro a darle las gracias. Usted sabe bien cuánto lo admiro y el caso que hago de sus opiniones. Cada día, cada nuevo acto literario suyo o mío, siento que nos acercan más. En esta Santa Alianza de los que han logrado entenderse, usted ha dado un paso definitivo, obligándome mucho con la autoridad amable de su juicio.

Me parece muy justo su reparo al carácter periodístico de la mayoría de las páginas del libro... Ya sabe usted que ellas son fruto de aquellos tiempos en que me era forzoso vender al diablo una parte de mi alma. Y he querido precisamente salir de una vez de todo eso, juntarlo en tomos, y dejarme la mesa limpia para continuar en paz otros trabajos de ritmo y respiración menos angustiosos.

El artículo sobre Gourmont padece seguramente por esa precipitación periodística; las observaciones de usted me hacen ver que no fui lo bastante explícito. Y esto, por desgracia, en una causa que tiene que apasionar naturalmente a todos los lectores de nuestra América. Quiero aquí tratar de explicarme, aunque sea brevemente, para que no se figure usted que pienso lo que no pienso o —peor aún— que digo lo que no pienso por el reparo de ofender a nuestros comunes y buenos amigos de Madrid.

Soy el primero en mantener y afirmar que la nueva literatura americana —del Modernismo acá— ha transformado y enriquecido la lengua española. En mis conferencias del Centro de Estudios Históricos tuve especial empeño en hacer ver que la renovación literaria de América precede en dos lustros o más a la generación española del 98. En la severa *Revista de Filología Española* (lo sabe usted, amigo Ventura, porque he procurado enviarle siempre cuanto escribo), he dicho muy expresamente que la prosa de Enrique Gómez Carrillo, en sus primeras crónicas parisienses, había traído a la sintaxis española un nuevo pulso, que hoy advertimos ya con más trabajo porque el fenómeno se ha hecho general. Entre nuestros amigos de España, me he esforzado siempre por hacer conocer al gran Martí —heredero (pero por propio derecho) del viejo Gracián. ¿Para qué hablar de Rodó y Darío, maestros declarados de todos? Hasta es posible que algún día me ponga a coleccionar los giros, a contar las nuevas palabras, a sacar el saldo, en suma, de la renovación producida en la lengua por la nueva literatura de América. Ya sabe usted que yo tengo también mis ocios gramaticales, y no creo que dude usted de que un fenómeno tan evidente —del que yo mismo soy hijo— me ha impresionado, como a usted mismo.

Y esto es verdad en un sentido mucho más profundo y orgánico del que usted indica. Porque las influencias de los escritores americanos en la lengua española no se reduce a una simple

aportación de términos, como los hinduismos que Kipling haya podido traer a la lengua inglesa. Lo menos importante en la evolución de las lenguas —aunque sea lo más visible para la mayoría— es la aportación de neologismos. Las lenguas viven sobre todo por sus crecimientos y desarrollos internos, morfológicos. Y es en este sentido como la savia de América ha robustecido al vetusto tronco español.

Decir que una lengua está transformándose, es decir una verdad tan general y evidente que equivale a no decir nada. Porque —oh Heráclito— todo se está transformando a nuestros ojos. Decir que la transformación puede ser más o menos acelerada, y declarar que la que nos ocupa lo ha sido singularmente, merced al gracioso reflujo de riqueza que la España trasplantada e injerta en América devuelve a la España Peninsular, es ya —a mi sentir— asentar un principio indiscutible, que gobernará mañana todo estudio histórico sobre el estado del idioma español, de 1880 en adelante.

¡Pero hablar de un neo-español, de una lengua distinta de la española con la ligereza con que habla Gourmont! No se trata de una cuestión de más o menos, sino de fenómenos científicos perfectamente conocidos. ¿Quién, que sepa el verdadero valor filológico del término llamará "neo-español" al español del siglo XVII, por comparación con el español del siglo XVI? Y sin embargo el abismo lingüístico que media entre Fray Luis de Granada y Quevedo es mucho mayor que el que va de la prosa de la Restauración, a la prosa más ágil, suelta y brillante del mejor prosista americano de hoy: la de usted, querido Ventura, de quien por tantas razones puede asegurarse que ha venido a cortar la flor, en este exquisito cultivo de nuestra lengua artística.

Y ¿qué me dice usted de aquellas ingenuidades de que la sintaxis del neo-español, derivada de la sintaxis francesa (cual si fuera biológicamente posible que las lenguas se anden prestando sus morfologías, como caso popular y general — que como anomalía individual no digo nada) es una sintaxis que se pliega mejor al verdadero curso del pensamiento? ¿Qué tendrá que ver esta traslación simbólica y convencional que es la palabra con el relámpago de las intuiciones y asociaciones, con la misteriosa arborescencia "averbal", sorda, profunda, de nuestros procesos psíquicos? Bastaba decir que esta sintaxis, más ágil y a la vez más sencilla, corresponde mejor al gusto de nuestro tiempo.

En fin, no acabaría... Levánteme esa excomunión: no piense mal de mí, no crea que soy capaz de disimular mi pensamiento, ni tampoco crea que niego el milagro americano. Lo único cierto es que encuentro inexactas las palabras de Gourmont, llenas de mixtificación, y no bastante pesadas antes de escritas. Tampoco crea usted, por lo que digo, que niego la influencia profunda, real, determinante, nunca bastante agradecida ni apreciada de

Francia en el alumbramiento del alma americana, y hasta en muchos órdenes técnicos y precisos del arte que hacemos en América.

Y en cuanto a ese arte superabundante y torcido de las iglesias barrocas, que usted cree recordar que comparábamos con la prosa imposible y sin respiración de algunos escritores españoles, estoy en lo mismo. Pero yo también creo recordar haberle dicho a usted alguna vez que me parece que América está hecha para producir arte complicado — como sin duda lo ha sido el modernismo y lo que de él viene (testigo, el culto de Góngora), y que todo el barroquismo español resulta severo y frío ante la realización estupenda del churriguera mexicano, donde los contornos "naturalistas" del dibujo europeo han quedado transfigurados en una nueva selva de las metamorfosis, y donde las formas se contaminan y explican entre sí con una razón suficiente, grata a los ojos, que parece la expresión de una profunda ley cosmogónica.

Querido Ventura: de nuevo mi agradecimiento. Estoy para abandonar el calor de Madrid. Me refugiaré en una playa del Cantábrico. Espero, para otoño, enviarle otro libro.

Lo abraza con mucho afecto.

A. R.

2. Nada queda ya por decir sobre la edición del libro de versos *Huellas* (1922) —ver cap. x de esta *Historia documental*—, parte de cuyo contenido se repetirá en las primeras páginas del libro *Pausa* (París, 1926), y una parte todavía mayor en la *Obra poética* (1952).

De 1922 datan también tres poemas incluidos en *Pausa*: "Por los deshielos...", "Al fin con arrobamiento..." y "Engañados del sosiego..." También son de este año el "Reto de hacheros cántabros", sobre la competencia de los leñadores devarreses (*La vega y el soto,* 1945) y los tres casi-sonetos "Madrid que cambias luces...", "Emanación de ti..." y "Tardes así..." (*Casi sonetos,* París, 1931, reproducidos en *La vega y el soto* y luego en la *Obra poética*); y finalmente el "Proyecto de playa vascongada" ("Marichu..."), primero publicado en *Cortesía* (1948) y después en la *Obra poética.*

Conservo críticas y crónicas encomiásticas de Manuel Horta en *El Heraldo de México* (28 de enero de 1923), de *El Universal* (México, 31 de enero), artículo sin duda debido a la fiel amistad de Carlos González Peña; de Julio A. Muñiz en *El Heraldo de la Raza* (México, 15 de febrero), de

Norberto Pinilla en *El Mercurio* (Santiago, Chile, 3 de marzo), de Enrique Díez-Canedo (*España,* Madrid, 10 de marzo), de E. Suárez Calimano en *Nosotros* (Buenos Aires, diciembre), de F. Contreras en el *Mercure de France* (15 de abril de 1924) ; una nota algo reticente, de Xavier Villaurrutia, en *La Falange,* de México; y una nota de Manuel Caballero, aquel caballero que quiso resucitar la *Revista Azul* de Gutiérrez Nájera en 1907, para atacar la nueva poesía —que data precisamente de Gutiérrez Nájera— y contra el cual se lanzó la Generación del Centenario. El caballero en cuestión, sin firmar, reproduce mi poema "Conflicto" en *El Entreacto* (México, 28 de mayo de 1922), sin duda tomándolo de alguna publicación anterior al tomo, pues éste, que lleva fecha de 1922, sólo empezó a circular en 1923. En esa nota se declara que el poema, para el gusto de quien lo reproduce, está escrito en chino, y que la reproducción tiene por objeto hacer reír a los lectores. Es una verdadera curiosidad, y quedaría escondida para siempre en *El Entreacto,* que se repartía gratuitamente en los teatros, si yo no hubiera tenido la mala ocurrencia de recordarla aquí.

Universidad de México, *septiembre de 1957, vol XII, núm. 1.*

# XIV: EL AÑO DE 1923

De común acuerdo —y reservando para la revista *Universidad de México* futuras colaboraciones— en adelante seguiré publicando en *La Gaceta* del Fondo de Cultura Económica la continuación de la *Historia documental de mis libros.* Doy las gracias a ambas revistas. El cap. XIII, que precede inmediatamente al que ahora se leerá apareció en *Universidad de México* dividido en dos partes: agosto y septiembre de 1957.

## 1. *Viajes a París*

YA HE dicho que, a mediados de 1921, fui a París en cortas vacaciones, para allí reunirme con Genaro Estrada y Manuel Toussaint (cap. XII). Ahora se me ofreció otro rápido viaje, invitado por el venezolano Alberto Zérega Fombona para contribuir al curso sobre América Hispana organizado por él en el Collège Libre des Sciences Sociales. El 23 de marzo leí una conferencia en francés sobre *L'Évolution du Mexique,* y hubo ecos de mi lectura en la prensa de Francia ("...des points de vue entièrement nouveaux, originaux et profonds", decía *Le Temps*). También en *El Sol* de Madrid (31 de marzo), donde Corpus Barga se preguntaba: "¿Cómo tiene que venir a París para hablar de México a los hispanos e hispanistas?" ¡Pues sencillamente porque se me convidó para ese objeto!

Mi conferencia fue publicada en francés (*Revue de l'Amérique Latine,* abril-mayo). El *ABC* (Madrid, 17 de junio) juzgó que ayudaba "para comprender los problemas de la República hermana". El texto, traducido por José María González de Mendoza, apareció íntegro en la *Revista de Revistas* (México, 3 a 24 de junio). Se me ha quedado por ahí manuscrita la traducción que yo mismo había preparado. Alguna vez fundiré ambas versiones para un tomo de mis *Obras completas.*

Hay otros ecos de este viaje y este opúsculo en la "Correspondencia entre Raymond Foulché-Delbosc y Alfonso Reyes", *Ábside*, México, XXI, 3, 1957, pp. 328 y 330, cartas números 148 y 150. En la primera carta, fechada el mismo día de mi conferencia y cuando él me suponía ya de regreso en Madrid, R. F.-D. me dice: "À votre dernière visite, vous avez dû me trouver bien fatigué, physiquement et intellectuellement." En la segunda carta (21 de mayo), estas líneas:

> Mil gracias por su *Evolución*. Síntesis perfecta. Lástima no tengamos algunas así, relativas a las demás repúblicas americanas. Y lo de hablar de Gide en el preámbulo *("cum grano salis", Amigo F.-D., ya comprendo)*, es una demostración palmaria de su inmejorable conocimiento de nuestras letras. *La nature a horreur du Gide*, como dijo el otro. Veo que usted opina de muy distinto modo.

A fines de junio, nuevo viaje a París, en compañía del entonces agregado a mi Legación, Vicente Veloz González, quien había llegado a Madrid el mes de enero anterior. Este viaje de "correo diplomático" no deja rastros literarios.

## 2. *Más sobre "Huellas"*

*Huellas* abarca de 1906 a 1919, lleva pie de imprenta de 1922 y sólo se distribuyó en 1923. (Capítulos X y XIII.) Al recibir el libro, Raymond Foulché-Delbosc me escribió:

> ...Mais je lis aussi des poètes de langue espagnole, et je suis bien content de pouvoir ajouter à ceux que je possède déjà ces *Huellas* que vouz venez de m'envoyer et dont je vous remercie bien cordialement. Le livre est arrivé il à une heure, et je n'ai pu lire que votre courte préface. Si vous me le permettiez, je crois que je blâmerais un peu ce "Voy de prisa. La noche me aguarda..." et cette "vida vertiginosa". Et je le blâmerais, parce que l'immobilité est peut-être la sagesse, parce que les tourbillons n'ont jamais eu d'attrait pour moi, et parce que vous n'avez rien à redouter de la *nuit* si nous donnons, vous et moi, le même sens à ce mot. "L'art robuste, seul a l'éternité" et vous êtes certain de laisser quelque chose qui vous survivra. Là-dessus, je ferme votre livre et je le rouvrivai ce soir, et je le lirai tout entier. Si je n'ai pas le someil, que j'aie au moins de la poésie! (París, 23 de marzo de 1923.—Colección de *Ábside*, Nº 148.)

### 3. *Sílabas contadas*

Al año en que andamos —1923— corresponden las poesías siguientes, publicadas unas en *Pausa* (1926), otras en los *5 Casi sonetos* (1931), otra en *La vega y el soto* (1946), y todas, finalmente, en el tomo *Obra poética* (1952):

"Increpación", muy siglo de oro; "Aires de la bocacalle", muy de su momento; "Blanda, pensativa zona", muy de mi secreta predilección; "Romance interrumpido", muy juguete roto como en travesura infantil; los casi sonetos "Invierno", "Sobre mi corazón" y "Madre". Éste ha sido retocado para el tomo X de mis *Obras completas,* donde otra vez recopilaré mis versos, añadiendo algo de nueva factura y algo de lo antes suprimido.

### 4. *Varios artículos*

Aparece el libro *Los dos caminos,* cuarta serie de *Simpatías y diferencias.*

En los tomos de mis *Obras completas,* con referencias bibliográficas a publicaciones anteriores, constan los siguientes artículos a los que he podido asignar la fecha de 1923:

Tomo II.—Varias páginas de "Rumbos cruzados" (*Las vísperas de España*) y del *Calendario.* Además, "Fuga de Navidad"; "Deva, la del fácil recuerdo" (referencia a mis veraneos en el Cantábrico, cap. XII y a mi opúsculo "Los siete sobre Deva"); "El paraíso vasco" y "Roncesvalles".

Tomo IV.—"Valle-Inclán a México", que data de 1921, pero sólo fue recogido en 1923 y que se relaciona con "Un libro juvenil de Valle-Inclán" (1952, *Marginalia,* 2ª serie, 1954), prólogo a la colección de W. L. Fichter sobre publicaciones de Valle-Inclán durante su primera etapa de México; "Valle-Inclán y América"; "Un paseo entre libros"; "De microbiología literaria"; "Hermanito menor"; "Unamuno dibujante" (referencia a M. García Blanco, *El escritor mexicano Alfonso Reyes y Unamuno,* folleto de mi Archivo, F-1, México, 1956); "Un recuerdo de Año Nuevo"; "La sátira política de Azorín"; "Una comedia de Araquistáin"; "Carta a Ermilo Abreu Gómez" (sobre su *Corcovado,* Ruiz de Alar-

cón) y "Presentación de Ostria Gutiérrez" (para su *Rosario de leyendas*).

Tomo VII.—"Sobre Espronceda"; "La casa de fieras" (de Hernández Catá); "La literatura cubana" y "La última obra de don Francisco A. de Icaza". Escribí este artículo a petición del propio don Francisco, cuando él se dirigía de Madrid a México llevando consigo los primeros ejemplares de su *Diccionario autobiográfico de pobladores y conquistadores de la Nueva España* y a modo de anuncio de la obra. En México lo esperaba una amarga polémica. Dos de sus contrincantes quisieron sin ningún motivo mezclarme en ella. Uno de ellos dijo que yo había escrito en defensa de mi jefe y que mi defensa resultaba acusatoria. Pero hacía años que don Francisco había dejado de ser mi jefe en la Comisión Histórica Paso y Troncoso —como lo he explicado en páginas anteriores de mi *Historia documental*—, puesto que yo ya era a la sazón Encargado de Negocios de México en España; y mal pude escribir una defensa, cuando aún no sospechábamos siquiera que habría un ataque; y mal pudo tal pretendida defensa resultar acusatoria por el hecho de que yo hablara del *Diccionario* como de una publicación correspondiente a la Comisión Histórica que el señor Icaza heredó de Paso y Troncoso, pues si él hubiera querido disimular ese hecho no habría publicado mi artículo. Otro dijo que yo pretendía dividir a los historiadores mexicanos en dos etapas: la de mera recopilación de datos, y la de la interpretación de los datos que comenzaba con Icaza. Y lo que yo dije fue: la Comisión Paso y Troncoso ha recorrido dos etapas, una es la busca y junta de documentos por "el benemérito Paso y Troncoso", y otra la organización y explicación que comienza con el excelente prólogo de Icaza al *Diccionario* en cuestión.

Tomo VIII.—"No ha mentido Plutarco"; "Análisis de una metáfora"; "Cocteau enredador"; acaso "El poeta sordo" y "Realismo". Todo en el libro *A lápiz*.

Aún no recogidos en las *Obras completas*: "Vermeer y la novela de Proust" (*Social*, La Habana, 1923 y otras reproducciones), en *Grata compañía*; "El testimonio de Juan

Peña", en *Quince presencias*; las últimas páginas de *Momentos de España*, en mi Archivo, E.-3.

## 5. *De Mallarmé*

El 14 de octubre, a invitación mía, anónimamente distribuida, nos reunimos algunos amigos en el Jardín Botánico de Madrid para consagrar al recuerdo de Mallarmé cinco minutos de silencio. Lo he referido al comienzo de mi libro *Mallarmé entre nosotros* (1ª ed., Buenos Aires, 1938). La *Revista de Occidente* (Madrid, noviembre de 1923), publicó una extensa información sobre el caso. Entre los comentarios, conservo éste de Francis de Miomandre, en algún diario francés de que he perdido noticia:

### CINQ MINUTES DE SILENCE

Il nous vient d'Espagne une nouvelle à la fois bien amusante et bien émouvante.

Il parait que, à la date même ou un groupe d'ecrivains français se réunissait à Valvins pour célébrer le vingt-cinquième anniversaire de la mort de Mallarmé, un certain nombre de leurs confréres espagnols avaient décide de s'associer à leur geste, et cela sous l'initiative de M. Alfonso Reyes, le célèbre essayiste mexicain.

Ces jeunes gens se réunirent au Jardin Botanique de Madrid, afin d'offrir aux manes du gran poète français l'hommage de cinq minutes de silence.

Et je dis que c'est très touchant, parce que Mallarmé fut le théoricien du silence, lui qui mit dans toute son oeuvre cette marge de blanc ou s'inscrivait le mystère et la méditation, lui qui n'écrivait jamais rien qu'après des jours et de jours de rêverie sans paroles. Et puis, il faut songer a la peine que tout Méridional éprouve à se taire, surtout au milieu d'un groupe... Au bout d'une minute, et quelle que soit la majesté du lieu, tout le monde parle d'abord en chuchotant, puis à pleine voix. L'Espagne tout entière, jour et nuit, bruit du murmure d'une conversation publique, sans arrêt. Alors, après avoir obtenu de vingt personnes qu'elles se taissent cinq minutes (surtout que c'étaient des gens des lettres), cela représente quelque chose d'inouï, de sans doute jamais encore arrivé dans la péninsule.

M. Jean Cassou, qui nous rapporte cette histoire dans le *Mercure*, y ajoute un malicieux commentaire. Il dit que, le lendemain,

la *Revista de Occidente* a ouvert une enquête auprès de chacun des manifestants pour savoir ce qu'il a pensé pendant ces cinq minutes. Je n'ai pas lu le numéro de la revue. Mais j'ai tout lieu de croire que ces écrivains se sont bien rattrapés de leur silence... Cinq minutes! Depuis Marcel Proust, tout le monde sait qu'on peut écrire un volume avec ce qu'on a pensé pendant cinq minutes.

A la segunda edición de mi *Mallarmé entre nosotros* (México, 1955), Miomandre quiso extremar aún más su simpatía para "el silencio por Mallarmé", y de nuevo comentó el caso en otros términos.

Último eco: una reseña sobre esta segunda edición, de C. A. Jones, en *French Studies,* Oxford, X, 1, enero de 1956, página 80.

## 6. *Ediciones*

*a)* Mi edición del *Polifemo* de Góngora. Don Luis de Góngora, *Fábula de Polifemo y Galatea,* Madrid, Índice Nº 3, 1923.

La publiqué y la comenté yo mismo en la RFE. Véase el tomo VII de mis *Obras completas,* pp. 155-158; y pp. 218-232 sobre la octava Nº XI del *Polifemo.* (Ver *Historia documental,* XII, 5.)

*b)* Ruiz de Alarcón.

En 1923 (aunque la cubierta dice: "1922") aparece la 2ª edición de mi *Teatro* de Ruiz de Alarcón publicado en la colección de Clásicos Castellanos, Madrid, La Lectura. Sobre mis varios estudios alarconianos, ver mis *Obras completas,* tomo VI, *passim.* Finalmente, he escrito un resumen de estos estudios que sirve de prólogo al primer tomo de Alarcón, edición del Fondo de Cultura Económica, México, 1957, al cuidado y con comentarios y notas de Agustín Millares Carlo.

## 7. *Los cuadernos literarios*

...en una tarde, Enrique Díez-Canedo, José Moreno Villa y yo inventamos y pusimos en marcha cierta colección de "Cuadernos literarios", para contrarrestar un poco el exceso de literatura traducida a que por entonces se consagraban los editores en boga, y que ya había sido acerbamente comentado por algunos críticos

franceses, al punto que Camille Pitollet se dejó decir que, durante un año, "Messieurs les traducteurs" en España habían mostrado mayor actividad que "Messieurs les auteurs"...

Así he escrito ("Recuerdo de Azaña", *De viva voz*) a propósito de Manuel Azaña y *La novela de Pepita Jiménez,* que incorporamos en nuestra modesta colección y es acaso su primer libro. Llegó a publicarse una treintena de cuadernos en 16º, de aspecto sencillo y económico, bajo la autorizada firma de La Lectura que dirigía Domingo Barnés. Conservo el contrato fechado en 26 de octubre de 1923 y los diseños o proyectos trazados por Moreno Villa, y cartas de algunos autores invitados: Mario Puccini, Ángel Zárraga, Corpus Barga, Jouhandeau, Supervielle, el librero León Sánchez Cuesta en quien dejamos nuestra representación de "socios industriales", etcétera. Cuando yo salí de España al año siguiente, apenas empezábamos. Allí aparecieron obras de Baroja, Ramón y Cajal, Darío de Regoyos (*La "España negra" de Verhaeren,* verdadera curiosidad), Menéndez Pidal, Moreno Villa, Díez-Canedo, "Andrenio", Gómez de la Serna, Gutiérrez Solana el pintor, Gerardo Diego, "Azorín", Eugenio d'Orz, Urabayen, Élie Faure, Jarnés, Azaña, Bacarisse, Vela, Espina, Giménez Caballero, Ayala, Margarita Nelken, Max Aub, Carmen Conde, Fernando González, mezclándose así lo nuevo y lo viejo. Aún aparecían cuadernos, que yo sepa, en 1929; y por 1926, si no me engaño, la colección se enriqueció con libritos afines de carácter científico y cubiertas rojas (los otros eran amarillos), donde hay ensayos de Sacristán, Marañón, Dorado Montero, Bastos Ansart, etcétera. Aquí apareció por vez primera mi *Calendario* (el Nº 5), con mi "máscara" dibujada por Moreno Villa. Ver *Historia documental,* cap. IX, A, 2, donde cuento que salí rumbo a México confiando a Enrique Díez-Canedo el encargo de revisar las pruebas. En una segunda edición (México, 1945), junté esta obrilla con el *Tren de ondas.* Hoy el *Calendario* queda en el tomo II de mis *Obras completas,* y el *Tren de ondas* en el VIII.

Pero me urge ya acabar con este año, porque el venidero trae consigo grandes novedades.

La Gaceta del FCE, *septiembre de 1959, año V, núm. 61.*

## XV. EL AÑO DE 1924

### 1. *Calendario* *

EL *Calendario* —notas y poemas en prosa— fue escrito sobre todo a lo largo de mis años de España, para sólo publicarse en 1924, cuando yo me hallaba ya en México. Aún no me acostumbraba yo a fechar todos mis artículos y no veo el objeto de emprender laboriosas buscas para precisar el mes y año de cada uno. Algún caso será muy fácil, otros serán complicados y el resultado no compensaría el esfuerzo. Así, por ejemplo, el primer fragmento del *Calendario,* "Voluntario", me resulta muy cómodo situarlo el 20 de octubre de 1922, porque es un fragmento final del discurso "Ante el Ayuntamiento de Madrid", cuyo resto aparece en mi libro *De viva voz* (1949), discurso de que he conservado la fecha. Por cierto que, como lo dije en nota a este último libro, dicho fragmento final me valió la dedicatoria de una sátira de Manuel Azaña contra la Villa y Corte ("A Alfonso Reyes, voluntario de Madrid") publicada en el semanario *España.* Pero el que dicho fragmento ocupe la primera página de *Calendario* no significa que las demás páginas sean posteriores; pues fueron distribuidas caprichosamente en cuanto a la cronología y de acuerdo con un sistema improvisado para dar al libro alguna apariencia de arquitectura y dividir su material disperso en distintos grupos: "Tiempo de Madrid —Teatro y Museo—; En la Guerra (inútil decir que este grupo no es posterior al año de 1919) —Desconcierto— Todos nosotros —Yo solo." Tengo una vaga idea, por ejemplo, de que los fragmentos llamados "El caos doméstico" y "El egoísmo del ama", datan todavía de mi primera época mexicana y son anteriores a 1913. Algunas otras páginas pudie-

* Esta sección Nº 1, aparecida antes en el cap. IX, año de 1919, se repite aquí con algunos retoques, por corresponder más bien a este sitio de la *Historia documental.* (Ver *Universidad de México,* de abril de 1956.)

ran fijarse con respecto al hecho que comentan, así la consagrada a Ruth Draper, pero no tengo a la mano periódicos españoles para recordar en qué año andaba ella por Madrid. Hay trozos que parecen todavía muy cercanos a los primeros *Cartones de Madrid* y revelan aún el desconcierto de la llegada a tierra nueva. Otros, en cambio, muestran ya cierta experiencia del vivir madrileño. Unos han brotado de los libros; otros, de las impresiones del trato, la conversación, acaso los viajes. Creo que "El origen del peinetón" procede de un viaje a Sevilla, en compañía de Pedro Henríquez Ureña, año de 1920 (¿o 1917?, pues Pedro hizo dos viajes a España).

El libro *Calendario,* en conjunto, quedó organizado para la publicación el 23 de octubre de 1923, y yo tuve que regresar a México antes de corregir las pruebas, de que benévolamente se encargó Enrique Díez-Canedo. Para entonces ya llevaba yo un diario de trabajo —comenzado en México, 4 de julio de 1924. Allí consta que el día 8 del propio mes Alfonso Herrera Salcedo,* a quien dejé como Encargado de Negocios de México en España, me telegrafió diciéndome que ya me enviaba por correo los primeros ejemplares de *Calendario.* Antes de que a mí me llegaran, vi un ejemplar en manos de Guillermo Jiménez el día 21 de julio. El 13 de agosto adquirí otro en la librería de Porrúa y marqué las principales erratas.

Del *Calendario* hice una segunda edición, en que lo junté con el libro *Tren de ondas* (escrito de 1924 en adelante). Esta edición apareció en México, Tezontle, 1945. (Ver además *Obras completas,* II y VIII.)

## 2. *Ifigenia cruel*

Los comentarios que preceden y siguen a este poema me dispensan de explicarme más largamente sobre sus orígenes, su elaboración, su propósito y su fecha. Escrito entre agosto y

* Hemos llamado "La nota de los cuatro Alfonsos" a aquella en que comuniqué al ministro diplomático don Alfonso Rosenzweig Díaz que entregaba yo (Alfonso Reyes) a Alfonso Herrera Salcedo la Legación acreditada ante el gobierno del rey Alfonso.

septiembre de 1923, el poema parte de mis lecturas juveniles de los trágicos griegos, 1908 y sólo entendí yo mismo la dirección y orientación definitiva de mi poema durante mi permanencia en Madrid. La primera edición (Madrid, Calleja, 1924) provocó esta misiva mía a Genaro Estrada, escrita ya en México, donde recibí el primer ejemplar, y que sólo consta en la 1ª edición de *Cortesía* (1948), a título de jugarreta, pues ha sido suprimida en las reediciones de este libro (*Obra poética*, 1952 y *Obras completas*, tomo X):

Fe de erratas
de la *Ifigenia Cruel*, cuya
portada dice:
IFI-
GENIA CRUEL
Y figúrese hombre *y fi-*
gúrese mi neurastenia:
¡sacó veinte erratas la IFI-
GENIA!

Ediciones posteriores: México, La Cigarra, 1945; *Obra poética*, México, 1952; *Teatro mexicano del siglo XX*, tomo II. Prólogo de A. Magaña Esquivel, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, pp. 302-347 y la futura en *Obras completas*, X, 1959. Al redactar estos apuntes, estoy grabando mi recitación del poema para los discos de la Universidad de México (septiembre de 1959).

## 3. *Adiós a España*

Llegué a Madrid como refugiado; luego fui Encargado de Negocios de México, y salgo nombrado ya Ministro Plenipotenciario con destino a otro país. Adiós, amigos y hermanos míos que durante diez años me disteis arrimo y compañía. Viviréis en mi gratitud mientras yo viva. Adiós, España muy mía. Pronto hará once años que me alejé de mi tierra. De allá me llaman ahora, y ya es tiempo de que yo regrese.

El sábado 12 de abril de 1924, mis compañeros, reunidos a la una y media de la tarde en el restaurante Lhardy, me ofrecieron su despedida. Firmaban la invitación Eduardo

Gómez de Baquero, Francisco A. de Icaza, "Azorín", Enrique Díez-Canedo, José María Chacón y Calvo, Manuel Azaña, Ramón Gómez de la Serna, Melchor Fernández Almagro, Antonio Marichalar, Edgar Neville y Cipriano Rivas Cherif.

Brindó "Andrenio" (Gómez de Baquero), y yo apenas acerté a contestarle: no me dejaba hablar la emoción. Respecto a lo que andaba por la mente de los comensales, ver el tomo I de las *Páginas sobre Alfonso Reyes* (Monterrey, Universidad de Nuevo León, pp. 46-63): una "glosa" de Eugenio d'Ors donde me concede el honor de haber rectificado en España la imagen del "americano-pico-de-oro"; el conmovido artículo que Luis G. Urbina envió a México, donde recuerda nuestro primer encuentro en la vida y hace evocaciones de mi niñez; el extenso y magnífico que "Azorín" mandó a Buenos Aires, como preparándome generosamente el camino, puesto que yo había sido nombrado, en principio, ministro para la Argentina.

Entre los comensales que me acompañaron en Lhardy, además de los que firmaban la invitación, Urbina —en su referido artículo— nombra y retrata a Eduardo Marquina, a D'Ors, a José Ortega y Gasset. Aunque extraño a nuestro mundo literario, todos consideraron con agrado la presencia del popular novelista Joaquín Belda, a quien yo conocía poco y que había hecho un libro sobre México, *El fifí de Plateros*.

Me acompañaba un coro de voces cordiales, pues hasta en París Jean Cassou, mi intachable amigo, celebraba mi *Plano oblicuo* y publicaba una traducción del primer cuento, "La cena", con expresivas apreciaciones. (Ver *Revue de l'Amérique Latine*, 1º de abril, y *Páginas sobre A. R.*, I, pp. 42-45.)

### 4. *El viaje*

Salí de Madrid a Santander la tarde del 17 de abril, despedido efusivamente por amigos tan numerosos, que cierto médico presente me obligó a abandonar el andén y a esconderme en el "coche-cama", temiendo por mi salud. Allí me esperaba don Francisco A. de Icaza, que se dirigía a alguna cercana población y fue mi último acompañante.

Quedan ecos de la despedida en *La Acción, El Sol, La Voz de Madrid,* del día 18; *La Región* y *La Atalaya* de Santander, del día 19. *La Región* publicó una entrevista mía en que me referí a "la epopeya del comercio ultramarino" y me di el gusto de elogiar a la gente montañesa y a los indianos de Asturias, tan vinculados a México, que antaño —dice la fama— había pueblos en que la gente hablaba de política, pero no de la política española, sino de la mexicana.

El mismo día 19 de abril embarqué con mi esposa y mi hijo en el *Cristóbal Colón.* El mar estaba revuelto. El Golfo de Vizcaya hacía de las suyas. El barco se levantaba en el aire y daba "panzazos" sobre las olas. Pronto se mareó el pasaje entero. Yo soporté, y día hubo en que me presenté solo en el comedor, de donde habían escapado todos. Los oficiales me celebraron como a un diestro que cumple una buena faena y me declararon marinero honorario.

El 1º y el 2 de mayo me saludaban en La Habana el *Diario de la Marina, El País, La Prensa, El Imparcial.* Manuel Aznar —antiguo director de *El Sol* de Madrid, a quien en España habían declarado general mexicano (!) y aun habían dado por muerto en combates de Veracruz, a las órdenes de Guadalupe Sánchez cuando el reciente levantamiento "delahuertista"— acudió a bordo para recibir a su esposa, que había viajado con nosotros, y para recordar conmigo los buenos tiempos de Madrid.

Una curiosidad: poco después, el 11 de mayo, *Carteles* de La Habana saludaba en mí al autor de *¡Los humildes senderos!* Probable confusión con *Los senderos ocultos* de Enrique González Martínez, que él, en lo privado, solía llamar *Las veredas trasconejadas,* siempre en su deseo de mostrarse llano y de no conceder excesiva importancia a su obra admirable.

## 5. *En México*

Un periodista regiomontano me daba la bienvenida en *El Proletario,* Veracruz, 7 de mayo. Al día siguiente llegué a la ciudad de México. Ecos en *El Demócrata* del "Redactor Sánchez". El querido Francisco Monterde, desde *El Universal,*

me abría los brazos; Ángel Sol me tendía las manos creo que en la *Revista de Revistas*; y en *El Universal Ilustrado* del día 15, el siempre cordial Manuel Horta. "Curieux" (¿Eduardo Colín?) se quejaba en *El Universal* del 20 de mayo de las emigraciones a que estábamos condenados los poetas de estas tierras. También coseché afectuosas palabras de Enrique Fernández Ledesma (*El Universal* del mismo día), de Ortega (*Revista de Revistas,* 18 de mayo), del licenciado Pedro Serrano (*El Universal,* 26 de mayo)... La reseña resultaría inacabable.

En la comida con que me recibió el P.E.N. Club de México, dirigido por Genaro Estrada (1º de junio), se distribuyó como "Pajarita de Papel", mi página "Noche de Mayo", reproducida en varios lugares y que abrirá mi segundo tomo de recuerdos. El día 20 de mayo comí con mis colegas de la Academia Mexicana de la Lengua y les presenté la inciativa del *Diccionario Tecnológico* en que tenía empeño el sabio español Torres Quevedo. (Ver *Reloj de sol, Obras completas,* IV.)

Mi inolvidable Antonio Caso (*Revista de Revistas,* 15 de junio) tocó la cuerda más sensible, porque su efusiva bienvenida estaba a la vez penetrada de los más gratos recuerdos y de melancólicas visiones. (*Páginas sobre Alfonso Reyes,* I, pp. 64-67.)

De este momento de mi vida quedan rastros en el ya mencionado libro *Reloj de sol* ("Salutación al P.E.N. Club de México", "Discurso académico", "Despedida a José Vasconcelos", "Notas sobre Jesús Acevedo", sobre Francisco Monterde, etcétera). Las notas sobre Acevedo (ver en esta *Historia documental* los caps. II y IV) estaban destinadas a servir de prólogo a un libro de artículos que se proyectaba publicar en México, que nunca llegó a aparecer y que no sé ya a quién fue confiado.

Pero, entre tanto, el 24 de febrero del propio 1924, Juan Guerrero había publicado en España esta nota que quiero recoger aquí porque se ha quedado fuera de la colección de *Páginas sobre A. R.* (Monterrey), aunque se refiere a un libro de 1921:

En una de nuestras notas últimas citábamos unas palabras de J. Cocteau sobre el libro *Los jóvenes visitantes* escrito por Daisy Ashford a los 9 años, y dado a conocer en Londres por James M. Barrie.

La actualidad de dicha nota estaba solamente en la referencia del autor de *Thomas l'imposteur*, pues según hemos comprobado después, si Daisy Ashford, casada hacia 1919 o 1920, ha tenido sucesión y ésta le aventaja en precocidad, pudiera darse el caso de que tuviéramos que ocuparnos de algún nuevo libro infantil, escrito por un autor de 4 o 5 años.

En el volumen II de la interesante colección *Simpatías y diferencias* donde Alfonso Reyes reúne sus artículos y breves ensayos de "Historia menor" y "Crítica literaria" —tan llenos de observación exacta, amena erudición, juicios sagaces y certeros— se encuentra un capítulo titulado "Una novelista de nueve años", donde Reyes, con graciosa desenvoltura, emite su parecer sobre esta novela en la cual cree ver la mano de Barrie. Atinadamente expresa sus sospechas respecto de si será la novela una humorada del autor de *Peter Pan*, si Daisy la escribiría realmente a los nueve años y la corregiría a los treinta, o si lo que ella escribió a los nueve o a los treinta, lo perfeccionaría Barrie a la hora de darlo al público. "La opinión se muestra recelosa —dice Alfonso Reyes—. Y como "daisy" se llama en inglés la margarita, alguien ha dicho que el público de lengua inglesa —acudiendo al oráculo de los enamorados— está deshojando la margarita, la "daisy" (Daisy lo escribió: Daisy no lo escribió) para averiguar la verdad."

Lo cierto es que el libro tuvo un gran éxito cuando se publicó en 1919, vendiéndose numerosas ediciones de bastantes miles de ejemplares, y siendo trasladado al teatro donde siguió acompañándole la fortuna.

Hemos insistido en esta nota, para poner en lo cierto al lector, que engañado por nuestra referencia anterior, pudo creer que la obra de Daisy Ashford era reciente. Y también para agradecer, una vez más, a nuestro querido Alfonso Reyes, sus continuas bondades para este ingenuo "Tornavoz".

Los poemas de este momento ("Honda taza de vino", "Divinidad inaccesible", "Golfo de México", "Barranco", "Viento en el mar", "Caravana", que constan todos en mi *Obra poética*, 1952, y pronto reaparecerán en *Constancia poética*, volumen X de mis *Obras completas*) me parece que muestran una objetividad que sólo reaparecerá en poemas escritos de 1929 en adelante ("Yerbas", "Güiraldes", "Sol de Monterrey", "Infancia") y que, si he entendido bien su generosa

crítica en *Cuadernos Americanos* (1953), es lo que más le interesa a Max Aub en mi producción poética. (Ver *Páginas sobre A. R.*, II, pp. 284-285.)

## 6. *Incidentes y recuerdos*

Me hacía falta compenetrarme de nuevo con el ambiente mexicano, que tanto cambió, a causa de la revolución, durante mi ausencia. Logré permanecer en México hasta fines de 1924; pues aunque nombrado ministro en la Argentina desde el 1º de junio, nunca llegué a tomar posesión del cargo como adelante se explicará. Todos estos meses los pasé al lado de mi madre y algunos de mis hermanos, 5ª calle del Ciprés Nº 150, esquina de la alameda de Santa María.

Casi a raíz de mi llegada, me dejé decir en una conversación íntima —vuelta entrevista periodística por sorpresa e indiscreción de quien conversaba conmigo— que algunas de nuestras recientes reformas agrarias eran encomiadas por ciertos españoles. El cónsul de España en Puebla, Carlos Badía y Malagrida —a quien don Carlos Pereyra había preparado en España para su examen consular y que en Madrid parecía mi amigo— quiso entonces hacer una manifestación en contra mía, secundado por algún mexicano. Pero por esos días me llegó de España la Gran Cruz de Isabel la Católica (lo que significaba para mí un par de ascensos en la orden, pues yo sólo era Comendador) y don José Gil Delgado, marqués de Berna y ministro de España en México, pudo discretamente frenar las iras de su cónsul.

Mi biblioteca había viajado conmigo de México a París en 1913, de allí a Madrid por 1916 en cuanto me fue dable —gracias a un préstamo de don Fernando Pimentel y Fagoaga— hacerla venir del guardamuebles de París donde la había yo dejado un par de años antes; y de Madrid otra vez a México en 1924, donde decidí dejarla instalada para mejor desenvolverme en mis viajes diplomáticos, ofreciéndome en adelante transportar conmigo sólo las obras indispensables. . . aunque ¿cuáles eran éstas y con qué criterio proceder a la selección?

Por lo pronto mis libros quedaron bajo la guarda de mi suegra y en la casa que ella ocupaba con la familia de mi esposa: calle del Naranjo 127, propiedad de los López Portillo, y antes, del general Escudero.

En 1926, mi suegra se mudó con mis libros a cuestas a la calle del Pino Nº 41; en 1930, a Mérida Nº 127; en 1932, a Córdoba Nº 95. Y al fin en 1939, vuelto a México, he logrado instalar mis libros en la casita de mi propiedad, Avenida general Benjamín Hill (antes Industria) Nº 122, casita construida *ad-hoc* y que es una biblioteca con anexos, donde vivo en inacabable luna de miel con mi biblioteca y donde hasta he podido juntarme con mis notas de años atrás y continuar tareas interrumpidas en Madrid, por 1918 y 1919.

José Vasconcelos dejaba por esos días la Secretaría de Educación Pública y daba término a la etapa más brillante de su existencia. Fui encargado, por los amigos que lo despedían, de ofrecerle una comida el 5 de julio de 1924. (Ver *Reloj de sol, Obras completas*, IV, pp. 441-443.) Ausente por tanto tiempo de México, parece que toqué, sin saberlo, algún punto neurálgico respecto a las relaciones entre el presidente Obregón y Vasconcelos, que yo creía aún perfectamente amistosas. José entendió entonces lo que pasaba, pero con el tiempo, considerándose injustamente postergado y perseguido cuando emprendió más tarde su campaña presidencial, comenzó a ver segundas intenciones en todo y se le amargaron los recuerdos. Ello es que —diga lo que quiera en sus memorias—, poco después convivimos en París, él ya como desterrado voluntario y yo como ministro de México. Lo honré entonces como era justo brindándole un banquete con los escritores hispanoamericanos de París. Nadie me lo tomó a mal en México, aunque él suponía que me iba a costar el puesto. Siempre estuvimos juntos como lo habíamos estado siempre, y aun me fue dable contener algunas explicaciones de su arrebatado temperamento. (Ver también *Historia documental*, capítulo VII.)

El 6 de julio, día de elecciones presidenciales, la única nota de escándalo la dieron los camiones militares que se estrenaban ese día y que recorrían las calles haciendo fuego al aire, ya como alarde preventivo o ya para hacerse admirar.

El 30 de julio enterramos a Ricardo Gómez Robelo (toda una época de nuestra vida literaria juvenil), de quien hablo en mi *Pasado inmediato.*

Me entretuve en dar algunas conferencias (sobre utopías, sobre Calderón, sobre Alarcón), que no vale la pena enumerar por haber sido transformadas posteriormente.

El 24 de agosto disfruté en San Juan Teotihuacán de una hermosa noche estrellada. Marte estaba a su mayor proximidad de la Tierra.

La Gaceta del FCE, *octubre de 1959, año V, núm. 62.*

# XVI: MISIÓN CONFIDENCIAL

## 1. *Inesperada orden presidencial*

LA MISIÓN confidencial que me llevó otra vez a Europa ha sido relatada ya por Luis León ("Reminiscencias obregonistas", *El Nacional,* 13 de julio de 1933), y tras siete lustros ya se la puede revelar sin empacho.

El 18 de septiembre de 1924 me preguntó don Aarón Sáenz, secretario de Relaciones, cuánto tiempo necesitaba yo para salir de México en viaje urgente, sin explicarme de qué se trataba. Le dije que tres días. Delante de mí, ordenó extenderme credenciales de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario especial ante el rey de España, advirtiéndome que el asunto era secreto. Después, ya a puerta cerrada, me explicó:

—El presidente Obregón acaba dentro de dos meses su periodo presidencial. Desea ofrecer a España, para entonces, su mediación a fin de poner término al conflicto del África, callejón al parecer sin salida.

Tras de escucharlo, y ayudándome ya de la opinión del subsecretario Genaro Estrada y de los abogados consultores de la Secretaría, le expuse —y lo convencí—, las siguientes razones:

1) Una intervención semejante de México en estos momentos, podría no ser grata a otros países importantes. 2) El conflicto entre España y los jefes marroquíes no proviene de un acto aislado de España. Es consecuencia del mandato internacional que España recibió, por acuerdo entre las potencias europeas, Francia e Inglaterra. Habría que empezar por obtener de estas potencias que desligaran a España de sus compromisos anteriores, lo que sólo compete a España. 3) La situación entre España y Marruecos, Estado vasallo, no es la misma que entre dos beligerantes de igual categoría internacional. El ofrecimiento puede hasta ser agraviante, pues re-

conoce la beligerancia de súbditos sublevados. 4) Entre México y España aún existe el resentimiento causado por la cuestión agraria y los incidentes de la revolución. La mediación no se funda en las habituales premisas de gran cordialidad y hasta posible ascendiente de un país sobre el otro. El ofrecimiento no parecería oportuno. 5) La cuestión africana es una de las llagas más vivas en la política imperial europea, y México no está para que Inglaterra (que ni siquiera ha reconocido a nuestro gobierno actual), o aun la misma Francia, se dejen, por decirlo así, aconsejar o tutorear por nosotros. ¡El propio Wilson se encontró con una muralla! 6) La cuestión marroquí envuelve el grave conflicto de la política militar de España: la sombra del pobre Ibáñez Marín, Berenguer, Cavalcanti, acaso el político Alba desde París, donde está momentáneamente alejado por obra del Directorio Militar. (Y aquí puedo referirme ahora al folleto de mi Archivo: E-3, *Momentos de España, 1920-1923,* especialmente al cap. IX: "¡Y al fin sucedió", pues aunque este folleto sólo fue publicado por mí en 1947, sus consideraciones constan en mis informes oficiales de los años a que se refiere.) Es decir, que la tan anunciada revolución en España bien pudiera brotar de aquí. El ofrecimiento es temerario.

—La idea del Presidente —dije al señor Sáenz— es bellísima en sí misma, pero utópica. En todo caso, agradezco la confianza y espero sus órdenes definitivas.

A la medianoche del 20 de septiembre, tras de haber el presidente Obregón escuchado mis objeciones, me mandó decir: "Tal vez nada se logre, pero que se haga la gestión. Ya cumplió usted con su criterio. Ahora, obedezca como soldado del Servicio Exterior, y parta cuanto antes a su desempeño." ¡Cartucheras al cañón!

Salí de México el 23 de septiembre, aprovechando un viaje de don Aarón Sáenz y en su mismo vagón especial, "Hidalgo". Llegamos a nuestra común tierra de Monterrey al día siguiente. Yo llevaba conmigo una carta de jefe de Estado a jefe de Estado que a la letra dice:

México, 22 de septiembre de 1924.—Álvaro Obregón, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a Su Majestad don Alfonso XIII, Rey de España.—Majestad: He comisionado

al Excmo. Sr. D. Alfonso Reyes, Ministro Plenipotenciario, para que comunique a Vuestra Majestad mis impresiones confidenciales acerca de un asunto que puede interesar a Vuestra Majestad, en bien de la Nación que tan dignamente rige.—Ruego a Vuestra Majestad quiera dar entera fe y crédito a cuanto le comunique mi ministro, y aprovecho esta ocasión para reiterarle las cordiales expresiones con que soy de Vuestra Majestad Leal y Buen Amigo, Álvaro Obregón.

Embarqué, pues, con rumbo a España, pero decidí pasar por Francia.

Como anda por Europa el general Calles, ya presidente electo, consulto con el presidente Obregón si, en caso de que él me pregunte, puedo informarle del asunto. "Hágalo confidencialmente", se me ha dicho. Y se me dio una carta de Obregón para Plutarco Elías Calles.

## 2. *Encuentro con viejos amigos*

En Monterrey, al paso, tuve la pena de ver mi antigua casa familiar, ya destrozada y partida en dos, propiedad entonces de la señora Pozas, suegra de José Muguerza, amigo de la infancia. Visité a todos los amigos que pude y los lugares de mis recuerdos adonde me fue posible asomarme. Me visitaron a su vez mis viejos maestros don Emilio Rodríguez y Porfirio Treviño Arreola; Salomé Botello, el fiel amigo de mi padre; Benjamín, con su aire chinesco, antiguo intendente del Palacio de Gobierno; Agustín Guerrero, de los fraternales amigos de mi casa, asociados a mis memorias infantiles; varios estudiantes; el cabo Maximino Mata, uno de los palafreneros de mi niñez que me obsequió mi primer caballo "El Grano de Oro" (ver mi poema: "Los caballos"); compañeros del Colegio Civil y amigos de antaño, entre ellos el ex gobernador Ramiro Tamez, Francisco Garza, Garza San Miguel, Ignacio Valdés, etcétera, me ofrecieron una comida en que habló el profesor David Alberto Cosío; conocí personalmente al periodista José Navarro; volví a ver al fotógrafo Sandoval, que logró el último buen retrato de mi padre; me encontré con numerosísimas amistades de ayer y varias "compañeras de banco" del "Colegio de San Luis Gonzaga"; con

la suave Dianita Larralde, cercana amiga de la infancia. Conocí a varios políticos locales que rodeaban a don Aarón Sáenz. Al partir, en la estación, me tocaron algunos granitos de arroz destinados a mi viejo camarada Antonio García, que salía en viaje de recién casado para los Estados Unidos. Por todo el camino suben antiguos conocidos a saludarme. En Laredo, José Montemayor y dos hijos suyos, "el panzón Vázquez", cónsul de México, que me encarga le envíe pipas de Francia y me explica que en Laredo, para convidar a una muchacha a bailar hay que decirle: "¿Se engancha?"

El 30 de septiembre, a medianoche, llego al Mac Alpin de Nueva York. En mis "Transacciones con Teodoro Malio: 3. El Hotel de Groethuysen" (*Ancorajes*, p. 99), he contado ya que yo había visto Nueva York en sueños con bastante aproximación.

El 4 de octubre embarqué con mi mujer y mi hijo en el *Veendam*, camino de Boulogne-sur-Mer. El 7 salió cierta misiva en verso para Genaro Estrada: "¡Oh Genaro! ¿quién dijo miedo?" (*Cortesía*, pp. 46-47).

A bordo va el doctor Zeeman, Premio Nobel de Física, con quien charlo mucho sobre Holanda.

La madrugada del 13, Plymouth. Cruzamos el Canal, que estaba de buen humor a pesar de su mala fama. Llegamos a Boulogne de noche. Acababa de morir Anatole France. (Ver "Exequias de Anatole France", *A lápiz, Obras completas*, volumen VIII.)

El 15 de octubre visité en el Hotel Majestic al general Calles, le entregué la carta del general Obregón y le informé sobre el objeto de mi viaje y sobre mis dudas al respecto.

—Opino como usted —me dijo—. Pero cumpla su comisión, y ya nos veremos en México.

Alfonso Herrera Salcedo, secretario de nuestra Legación en España, se hallaba también en París y, si no me engaño, traía de su jefe, el ministro Enrique González Martínez, el encargo de sondear discretamente al general Calles respecto a la posibilidad de que se llegara hasta Madrid. El general Calles había resuelto ya regresar a México en un par de días, y además, le había dicho: "¿De qué hablaría yo con el general Primo de Rivera *(Jefe del Directorio Militar que a la*

*sazón gobernaba en el vecino país),* con quien no me siento de acuerdo en nada?" Saludé al enjambre de políticos que rodeaban a nuestro presidente electo; tuve ocasión de tratar con Jean Cassou sobre la siempre postergada publicación en francés de mi *Plano oblicuo* (que nunca llegó a realizarse, como queda referido en cap. anterior de esta *Historia documental*); conocí a André Rouveyre, que poco antes había traducido a Gracián; me encontré de nuevo con Unamuno, que ya empezaba a soñar en ser acaso el presidente de la futura República Española, y con Santiago Alba, que había escapado de España al sobrevenir el Directorio Militar según lo he dicho; y al fin bajé del tren en Madrid, el jueves 23 de octubre de 1924.

Lo primero fue, esa misma tarde, aparecer en la tertulia que se reunía los jueves en el propio Hotel Palace, donde yo paraba: "Los hombres que fueron Jueves", tertulia fundada por D'Ors y por mí y que reunía a algunos jóvenes escritores: Bergamín, Marichalar, Espina, etcétera. Los amigos del Jueves, a mi regreso de México, me encontraron —textual— "más musculado", según Marichalar, y según Bergamín, "más duro y transparente; más diamante y menos carbón". Ventajas, sin duda, del contacto con la tierra.

Al otro día falleció Andrés González Blanco. Ramón Gómez de la Serna anunció que clausuraba para siempre la tertulia de "la Sagrada Cripta de Pombo" y que se trasladaba a Estoril de Portugal. El 25 solicité entrevista del rey, tras de informar ampliamente sobre mi comisión a Enrique González Martínez, entonces ministro en España; pero procuré ante el ministro de Estado disimular un poco el encargo, disfrazándolo como una visita de cortesía para agradecer la Gran Cruz de Isabel la Católica que acababa yo de recibir en México, y explicando que el general Obregón había deseado aprovechar esta circunstancia para encomendarme el asunto antes referido.

### 3. *Entrevista de los dos Alfonsos*

El 3 de noviembre visité al monarca y cumplí mi encargo. Salí del Palacio Real a la una y media de la tarde. Alfonso

Herrera Salcedo me tomó entonces una foto cuyo escenario él considera simbólico de España: el Palacio, un sacerdote y un soldado. El rey confirmó, en suma, los argumentos que yo había previsto, y declinó la oferta del general Obregón, pero no sin manifestar expresivamente su gratitud, pues —me dijo— es la primera vez que se le hacía desde la América Hispana un ofrecimiento tan cordial y tan revelador del interés por la Madre Patria.

Aquí el rey dio por terminado este asunto, y me dijo:

—¿Por qué el general Calles no ha querido venir a España durante su viaje por Europa?

—Supongo —le dije— que no estaba cierto de que la política que él representa fuera del todo grata al Directorio Militar.

—Estas cosas —repuso él— no son de exportación. Yo lamento que no haya tenido ocasión de visitarme. Si lo hubiera hecho, yo hubiera conversado con él como converso ahora con usted, le hubiera mostrado desde esta ventana el paisaje del Campo del Moro y hubiéramos departido sobre lo que él hubiera deseado. Yo le hubiera ofrecido un cigarrillo con mi nombre y se lo hubiera encendido como ahora lo hago para usted *(y lo hizo, en efecto)*. Tal vez no hubiéramos tratado a fondo ningún asunto trascendental. Pero el mundo, y sobre todo mis españoles de México, que tienen dificultades en el país de usted y nos dan a los dos gobiernos algunos quebraderos de cabeza (usted mismo lo sabe por experiencia y recuerda sus problemas y conversaciones con mi ministro de Estado González Hontoria cuando era usted Encargado de Negocios de su país), hubieran quedado convencidos de que habíamos llegado a acuerdos sobre estas y las otras cosas. Y el general Calles tendría ante los españoles de México una autoridad que ahora no puede tener.

—¿Puedo transmitir estas palabras?

—Puede usted hacerlo siempre que sea de un modo reservado.

A continuación, añadió:

—Creo que, después de sus luchas sociales, a México le conviene reorganizar su ejército. ¿Por qué no contratan en México instructores alemanes, que ahora los obtendrían por

cuatro pesetas? Los Estados Unidos no protestarían: están ahora muy amigos de Alemania. No le hablo a usted de los posibles instructores españoles, porque hemos tenido conflictos y su presencia despertaría recelos; ni de italianos o franceses, porque serían más caros. Los chilenos mismos acaso provocaran reacciones celosas en otros países hispanoamericanos.

Acabó la entrevista. Me despedí del hermoso otoño de Madrid, y regresé a París, con la idea de embarcar para México en puerto francés.

En Madrid había yo encontrado dos novedades: una, la campaña de la vacuna contra la viruela (todas las mujeres llevaban la cicatriz en el brazo); y otra, el cambio de la circulación. Tradicionalmente, los vehículos siempre circulaban en España por la derecha; pero, en Madrid, por la izquierda, lo que ahora se acababa de rectificar con muy buen sentido, uniformando el tránsito en todo el país según las reglas latinas. Pues antes, la inexplicable anomalía daba lugar a accidentes y conflictos:

—Voy por la izquierda, voy por un paseo de Madrid —decía uno.

—Pues debía usted ir por la derecha —contestaba el otro—, porque esto no es paseo de Madrid, sino que ya es carretera de extramuros.

La Gaceta del FCE, *México, noviembre de 1959, año V, núm. 63.*

## XVII. PARÍS Y ROMA (1924-1925)

EL CINCO de noviembre de 1924, a la medianoche, estoy ya en París. Telegrafío a México avisando que ya tomo el barco de regreso, pero reservadamente me recomienda la Secretaría de Relaciones, aceptando una sugestión mía, que permanezca unos días en París, esperando órdenes, y aproveche esos días para hacer averiguaciones sobre el material inédito del *Diccionario de construcción y régimen* que dejó a su muerte Rufino José Cuervo y de cuya posible publicación México debería ocuparse, según acuerdo de la Unión Panamericana.

El día 7, en la Legación de México, me encuentro con Gabriela Mistral —a quien no conocía— y con Palma Guillén. Hablamos largamente de México y Chile. Gabriela me da una carta para Vasconcelos.

Encuentro en París a mi maestro don Ramón Menéndez Pidal, que ese mismo día 29 recibe el doctorado Honoris Causa de la Universidad de París, y a mi fraternal compañero de labores en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, Américo Castro.

Unamuno me recita un puñado de sonetos políticos, prosaicos a veces, otras veces romanticones e insípidos, otras de admirable fuerza quevedesca, paseando por el jardín del Luxemburgo y por las calles. *In mente,* sigue viviendo en Salamanca. Por las tardes, aparece en el café de la Rotonde, donde lo rodea un grupo de muchachos españoles y aun algunos políticos del Directorio Español y hasta policías de Madrid, de quienes no hace caso. (Ver: "Recuerdos de Unamuno", 1945, en *Grata compañía,* donde cuento cómo brotó de Montparnasse la moda de "los unamunos".)

Blasco Ibáñez, que vive en París como el "O'Pattah" de Paul Morand, ha publicado en abundante edición y en varias lenguas un folleto contra el rey de España. Allí cuenta al mundo por primera vez aquello que los descontentos de España dicen entre sí desde hace mucho. Le enviaron días pasa-

dos a un pistolero catalán, que él hizo aprehender por la policía francesa.

Hacia el 10 de diciembre, cuando ya los periódicos de México han echado a volar mil fantasías sobre mi situación, la Secretaría de Relaciones anuncia telegráficamente a Rafael Cabrera —Encargado de Negocios *ad. int.* de México en Francia— que ha sido nombrado ministro en Bélgica, y que yo he sido designado ministro de México en París, y Arturo Pani, cónsul general de México en sustitución de Luis Montes de Oca, que regresa al país. Yo, en México, le había dicho a Alberto J. Pani:

—Usted espera ir de ministro a París, pero el ministro voy a ser yo, y usted va a ser nombrado secretario de Hacienda, ya lo verá.

Y así sucedió, sin duda por sugestión del propio Alberto al presidente Calles.

Espero que el gobierno francés me conceda el *agrément,* echo de menos mi instalación casera, mis libros, mi correspondencia dispersa entre México, Madrid y Buenos Aires, adonde algunos creían que iría yo definitivamente. Me entretengo en ver museos y teatros, en buscar amigos.

El *agrément* me fue concedido el 16 de diciembre. Busco casa activamente. Visito la de la viuda de Paul Adam y otra en el Quai de Tokio, donde las frases espontáneas que me sonaron adentro de la cabeza me ahuyentaron definitivamente, como lo cuento en "Fragmentos del arte poética: 3. Los buitres y los ojos" (*Ancorajes*). Al fin me decido por un pisito en el 1, rue de Messine, que puede servirme provisionalmente y queda a dos pasos del delicioso Parc Monceau y de la Legación de México: 144, Boulevard Haussmann. (Ver mi poemita "Parque" en *Cortesía*: "En verde cuna el Parc Monceau. . .")

Nuevo encuentro con André Rouveyre —el hombre de *Souvenirs de mon commerce*—, sujeto curioso, moreno, afeitado, de monóculo, nerviosamente encogido, que habla casi en voz baja, enamorado de Gracián —él lo lee en francés— y que dispone de dos mujeres. Tomé el té en su compañía y en compañía de una de sus damas *chez* Fast, casa de refrigerios mezclada de librería, propiedad del pintoresco portugués

parisiense Homem Christo Filho, quien también disfruta de dos esposas, una morena y una rubia como en *La verbena de la paloma,* y a quien conocí poco después de mi llegada a París, año de 1913, en la Legación de don Francisco León de la Barra. Homem Christo venía a proponerle no sé qué asunto, y con él se presentó el que después sería muy mi amigo, G. Jean-Aubry. Éste murió no hace mucho, siendo editor y ejecutor literario del pobre y grande amigo Valery Larbaud, impedido ya y recluido en Vichy. Rouveyre extrema sus finezas para la dama de turno y se divierte en darle de comer en la boca.

Se acercaba la Navidad. Aunque en París contaba yo con amigos fraternales como Rafael Cabrera y Francisco García Calderón, decidí aprovechar la tregua, mientras llegaban de México mis cartas credenciales, para trasladarme a Roma, adonde me habían invitado mis viejos amigos de Madrid, el consejero de la Embajada de España ante la Santa Sede, Justo Gómez Ocerin —uno de mis más cercanos camaradas de la etapa española— y su esposa Conchita.

Con grandes dificultades, logré los tres billetes para mi mujer, mi hijo y para mí, y llegamos la noche del 24 de diciembre al Palazzo di Spagna, la magnífica residencia —frente al Pincio— donde los Gómez Ocerin ocupaban un piso y nos alojaron, según su costumbre, regiamente.

Entre la servidumbre del Palazzo di Spagna había la superstición de que, por la noche, paseaba por aquellos espaciosos patios un fantasma, "el Cura Chiquito", el Cura *Piccolo.* Cuando me vieron los lacayos, se convencieron de que yo era el Cura Chiquito, recién encarnado.

Los Gómez Ocerin invitan a un joven escritor italiano, herido de la guerra, Fausto Maria Martini, cuya esposa es una celebridad de "belleza triste". Multedo, viejo diplomático español encargado de la Obra Pía de España, que las da de amigo de D'Annunzio, se asoma a olfatear a los nuevos huéspedes mexicanos, pues tiene manías y curiosidades de solterona. Colecciona documentos antropológicos sobre la rubia (la verdadera hembra) y la morena (la hembra mezclada de varón). Las rubias de corazón moreno, me asegura, son los ejemplares más raros; o no sé ya si las morenas de corazón

rubio. No pude menos de recordar a Insúa (*El negro que tenía el alma blanca*). Conocí al embajador español ante la Santa Sede, que siendo hijo de don Juan Valera, se atreve a escribir...

Era el Año Santo. Cruzamos la famosa puerta de San Pedro, abierta sólo en estas ocasiones solemnes.

Visitamos las ruinas de Ostia y de la Ostia Marina. Allí presenciamos una escena curiosa. En una mesa cercana almorzaban una pareja y un amigo. De pronto, éste se puso de pie, alzó la copa y, como si estuviera ante un auditorio numeroso, lanzó, entre aspavientos y a voz en cuello, todo un discurso o brindis: "¡Henos aquí ante el mar —gritaba el energúmeno—, con nuestra radiante juventud, y mi amigo con su bellísima compañera!" (Era fea de encargo.)

—Pero ¿qué es esto? —pregunté a Justo.

—Que no todo es auténtico en Italia, como en parte alguna —fue la discretísima respuesta—. Ha empezado el *fascismo.*

Para mí, aquélla era una ocasión única de conocer la ciudad de Roma, pues en mi anterior viaje a Italia, desde España (1921), sólo logré ver Turín, Milán, Venecia, Florencia y Génova ("Fronteras: Rumbos cruzados", en *Las vísperas de España.*)

Me siento deslumbrado en Roma, y cierro los ojos ante los primeros "camisas negras" que ya aparecen por las calles. Al llegar, en la Piazza di Spagna, frente a la Embajada, he admirado la fuente o *barcaccia* del Bernini, que en otros siglos los embajadores españoles llenaban de vino para el pueblo, los días de grandes fiestas.

Todavía se me representa, bajo su mejor luz, la campiña romana, como en los fondos del Perugino. Luego, la Roma Antigua, Imperio de Hierro duro y fuerte, en las palabras de Daniel, cuya ruina todavía se transfigura, bajo la mano de Agustín, en Ciudad de Dios. O ya es la Roma Moderna que deja ver al trasluz la Roma Sacra, en que vino a cristalizar la Roma Eterna cantada por Catulo. O creo ver la Roma Triunfante, con su escudo, lanza y esfera; los pilares de Ostia que tiemblan en el agua azul; la extraña pirámide de la Puerta Ostiense; la venerable Vía Apia y los pinos de Italia

evocados por Rubén Darío; la Puerta Apia que, en su enorme marco de pesadas columnas, parece el ojo de una cerradura; el Palatino, como se deja ver del Monte Aventino: arcos de piedra y penachos de verdura; el pórtico roto del Palatino, como se lo aprecia desde el Foro; el confuso Capitolio y el Foro; la florida Casa de las Vestales; la noble Basílica Julia, el Templo de Roma, la dentadura quebrada del Coliseo, en cuyo foso los vecinos pescan gatos, esos característicos gatos romanos de cara inconfundible; las misteriosas miradas en la imagen mural de las Catacumbas de Calixto; las borrosas figuras de la Sagrada Eucaristía, Cristo y la Samaritana, Susana, el Orante, el Buen Pastor, la Virgen con el Niño, los santos Cornelio y Cipriano con las cicatrices del tiempo; el sólido Arco de Constantino y las Basílicas Constantina y Laterana; la cúpula de San Pedro, centro un día del mundo; San Paolo, de oro y rosa y gris, cuyo interior resplandece todo; la Basílica de San Lorenzo, con su inesperado "portal de hacienda"; Santa Sabina y el Panteón; San Cosme y San Damián vestidos de enredaderas moradas; la Santa Cruz de Jerusalén, el Santo Pesebre y la Cadena de San Pedro; el Moisés de Miguel Ángel, un joven con barbas postizas, Santa María la Antigua, la Mayor, la del Trastévere, la de Cósmedin; San Clemente del Monte Celio; el ábside de Santa Prudencia; Santa Inés Extramuros; las pinturas y galerías del Vaticano, la Capilla Sixtina, el Juicio Final; la Piazza del Popolo; Santa Trinità dei Monti, cuya escalinata, subida de rodillas, ayuda a concebir las proles; el Techo de San Ignacio, pintado con llamas, y parques, y perspectivas casi irreales. . .

En la Galería Doria Pamphili me detengo a admirar el retrato del Papa Inocente, obra de Velázquez. Se acercan dos turistas norteamericanas. Al ver que, en su Baedeker, el retrato está marcado con asteriscos, se creen obligadas a admirar. Buscan el nombre del pintor: "Diego de Silva y Velázquez", y exclaman con aire satisfecho: "¡Oh, Silva!"

Todo esto hallo revuelto en mis notas y ya no podré ordenarlo nunca. Con la esperanza de regresar a Roma algún día, cumpliendo el rito popular, arrojamos las moneditas a la Fontana di Trevi.

Mañana, 7 de enero de 1925, tomaremos el tren con rumbo a París.

Anochece. Es la hora de "encender las lámparas", que tanto conmueve a Conchita.

La Gaceta del FCE, *México, diciembre de 1959, año V, núm. 64.*

# VII

## PARENTALIA

## *Primer Libro de Recuerdos*

*[1957]*

Llámase este libro *Parentalia,* antigua denominación del día consagrado por Numa a los manes de las familias. El deber más santo de los que sobreviven es honrar la memoria de los desaparecidos.

AUSONIO, *Parent., Praef.*

*A la memoria de mi madre*
*doña Aurelia Ochoa de Reyes*

Muchas veces me pediste un libro de recuerdos; muchas veces intenté comenzarlo, pero la emoción me detenía. Hubo que esperar la obra del tiempo. Tú ya no leerás estas páginas. Tampoco aquellos amigos de la fervorosa juventud que han ido cayendo uno tras otro. Me aflige pensar que mis confesiones se entregan "a las multitudes desconocidas". Escribo para ti. Rehúyo cuanto puedo los extremos de la pasión y la falsedad, aun cuando esta historia —como todas— parezca al pronto algo sollamada de leyenda.

A. R.

*México, 17 de mayo de 1957*

## 1. RAÍCES

QUISE comenzar estas memorias por mi nacimiento, pero yo no me acuerdo de haber nacido y, como escribe San Agustín: "Antes de reír despierto yo he comenzado a reír en sueños." Fui retrocediendo gradualmente, desde la persona a la familia, y de ésta, a la tradición y a la idea. Platón diría: del recuerdo, a la reminiscencia; Goethe: del prólogo en el teatro, al prólogo en el cielo. Y yo, en voz baja naturalmente: de mi terruño definitivo en Monterrey, al terruño de anterior instancia en Guadalajara, cuna de los míos, y de ahí, a las nubes. Después de todo, esto que el poeta ha llamado la residencia en la tierra empieza y acaba más allá de nosotros, y nos deshacemos por los bordes. Bajaré, pues, desde las nubes, y ya tomaré suelo en cualquier instante, primero ente diseminado, y luego persona definida. Al cabo sospecho que los preludios valen aquí más que la tocata. Comienzo, en suma, antes del caso.

Algunos filósofos han soñado que la Creación —el Hijo— no es más que un diálogo entre el Padre y el Espíritu Santo, una *sacra conversazione*, semejante a las que pintaban los artistas de antaño. El Libro de Job y el drama de Fausto quieren convencernos de que la historia del hombre es una apuesta entre el Señor y el Ángel Rebelde.

Para la criatura tan humilde de que vamos a hablar no habrá que remontarnos mucho. Bastan y sobran los titanes que han apadrinado a la raza humana: el tonto de Epimeteo, que se ha pasado de tonto, y su hermano el listo de Prometeo que se pasó de listo como todos recuerdan. Aquél nos dio el peso del pasado; éste, el solivio del porvenir. Y así se fueron resolviendo las condiciones encontradas de que cada uno es testimonio: vicios y virtudes, capacidades de alegría y de dolor, y aun nuestras dimensiones pareadas del tiempo y del espacio —arriba y abajo, ayer y mañana— para determinar esta naturaleza bipolar que ahora padecemos, y que todas

las fábulas primitivas intentan justificar, o explicar al menos de algún modo.

En nuestro caso, el homúnculo cayó en manos de un demiurgo desaprensivo que, sobre las fundamentales contradicciones metafísicas, todavía se complació en confundir las castas y naciones, las sangres y los humores que ellas acarrean consigo.

¡Oh Dios, oh dioses! ¿Tanta revoltura de atavismos será posible? Como si no fuera ya bastante que este pagano del Mediterráneo por afición se sienta asiático de repente, se le añadieron condimentos de Reyes, sean andaluces o manchegos, y de Ochoas navarros: extremos y centro de Iberia; se arrojaron juntas en el crisol la sustancia hispánica y la indígena americana, para que allá adentro se sigan librando batallas Cortés y Cuauhtémoc a la hora negra del insomnio (porque, dice el epigramatario, "en México lo Cortés no quita lo Cuauhtémoc"); se mezclaron salpimientas de Francia y del Pays Basque; y en fin, el pan de Villasante, merindad de Montija, partido de Villarcayo en Burgos (campo de azur con siete hogazas); que por allá vinculo yo el nombre de Ogazón.

Por lo pronto, los solares y apolíneos influjos del hombre que me engendró, rubio y zarco, dan interferencias al colar los rayos lunares, algo tristes, de la mujer morena que me ha concebido. Pero, además, cada ráfaga trajo su tributo desde otra región del horizonte. Después, la cultura se encargó del resto: o apoderarse del mundo entero, o ser un desheredado, no cabía más.

El gallo "Chantecler" ha dicho al perro "Patou":

—A lo que me parece, tu raza es muy extraña.
¿Quién eres a la postre?
—Soy una mezcla huraña,
perro total que ladra con todos los aullidos.
Todas las sangres juntas dan en mí sus latidos:
grifo, mastín y braco del Artois o Sansueña,
una jauría en ronda dentro de mi alma sueña.
¡Oh gallo! Yo soy todos los perros en verdad.
*(Y Chantecler, protector y optimista.)*
—Ello explica la suma de tu enorme bondad.

¡Qué catástrofe hubiera sido la historia de mi alma, si no llego a aceptar en mí estos mestizajes como dato previo! Pero fácilmente me convencí de que ellos están en la base de todas las culturas auténticas: las que crean, si no las que meramente repiten. ¡Qué dolor constante mi trabajo, si no llego a saber a tiempo que el único verdadero castigo está en la confusión de las lenguas, y no en la confusión de las sangres! Me explicaré:

El arte de la expresión no me apareció como un oficio retórico, independiente de la conducta, sino como un medio para realizar plenamente el sentido humano. La unidad anhelada, el talismán que reduce al orden los impulsos contradictorios de nuestra naturaleza, me pareció hallarlo en la palabra. Alguna vez me dejé decir que, para ciertas constituciones, la coherencia sólo se obtiene en la punta de la pluma. El ejercicio literario se me volvió agencia trascendente que invade y orienta todo el ser. Para piedras, plantas y animales, existir puede significar otra cosa. Para el hombre, en cuanto hombre, existir cabalmente es transformar esa otra cosa, ese sustento de la base, en sentimiento y en pensamiento, cuya manifestación es la palabra. Pues tal metamorfosis, salvo los instantes privilegiados de la visitación mística —que no están siempre al alcance de nuestro mandato— encuentra su instrumento propio y accesible en las disciplinas del habla. La palabra es la última precipitación terrestre de todas las conclusiones humanas, y el resto del viaje es ya incumbencia de la religión. Después de todo, no sólo a Patou le acontece el tener que abrirse paso por entre ejércitos de vestiglos. Para esta prueba y este deber estamos aquí en el mundo. El dato biológico es siempre más o menos heterogéneo y confuso. A clarificarlo acude el Logos, término en que el griego resumía el habla y el espíritu, y en que ya el cristiano sólo tuvo que cargar el énfasis sobre la fase final y más sublime... Y fue una suerte que, para objeto tan trascendental —el Logos es el Sóter, el Salvador— se me hubiera proporcionado un recurso tan sencillo, tan material y tan al alcance de la boca y la mano, como lo es el decir y el ensartar las palabras con el aliento o con la pluma. ¿Se entiende lo que ha podido ser para mí el estudio de las letras? Doble redención

del verbo: primero, en la aglutinación de las sangres; segundo, en el molde de la persona: en el género próximo y en la diferencia particular.

Y si hemos de salvar algún día el arco de la muerte en forma que alguien quiera evocarnos, *Aquí yace* —digan en mi tumba— *un hijo menor de la Palabra.*

## 2. PUEBLO AMERICANO

La verdad es que yo no me represento muy bien los antecedentes de mi casa. Todo me ha llegado en ráfagas y en guiñapos, y ni siquiera he tenido la suerte de consultar los árboles genealógicos y las crónicas minuciosas que, según me aseguran, han trazado cuidadosamente algunos parientes tapatíos.

Cuando mi padre era Secretario de Guerra y Marina y se lo tenía por el probable sucesor del trono porfiriano, apareció un Rey de Armas, un señor de la heráldica, con cierta historia de nuestro linaje que partía, naturalmente de las Cruzadas. Entre los antecesores figuraba el propio San Bernardo, fundador de Claraval, opositor de Abelardo y de Arnaldo de Brescia, predicador de la segunda Cruzada, afortunado mantener de Inocencio II en el cisma contra Anacleto, autor de célebres cartas y tratados, monje de armas tomar y patrono de mi padre —aunque no reconocido por éste—, que también celebraba sus días el 20 de agosto.

El escudo, a lo que recuerdo, no era de mal gusto, pero me sería imposible reconstruirlo. El mamotreto quedó olvidado en la biblioteca de mi padre, donde yo —que andaba en los once años— me pasaba las horas largas. Di con él y me apliqué a estudiarlo. Ya tenía yo mis barruntos de que todas esas grandezas no eran más que tortas y pan pintados. Pero me divertía el contar con alguna hermosa mentira como punto de arranque. A falta de una prehistoria establecida, como a los griegos, me hubiera bastado una mitología.

No me dejaron mi juguete. Delante de mi padre, mis hermanos mayores me gastaron una broma que tuvo fatales consecuencias: —¿Ya sabes —le dijeron— que este muchacho va a mandarse bordar el escudo de los Cruzados en sus camisas del domingo?

Ni por burlas lo aceptó aquel príncipe liberal, a cuya grandeza no hacían falta viejos cuarteles: ¡ya supo él darlos

a sus tropas, en las guerras de la República, así como no los dio al enemigo! Temió el contagio de aquella impostura sutil: a juego suelen comenzar estas vanidades, y un día se apoderan de la vacilante razón. Decidió cortar por lo sano. Mandó quemar toda mi inventada nobleza.

¡Sea enhorabuena! Pueblo me soy: y como buen americano, a falta de líneas patrimoniales me siento heredero universal. Ni sangre azul, y ni siquiera color local muy teñido. Mi familia ha sido una familia a caballo. A seguimiento de las campañas paternas, el hogar mismo se trasladaba, de suerte que el solar provinciano se borra un poco en las lejanías. Mi arraigo es arraigo en movimiento. El destino que me esperaba más tarde sería el destino de los viajeros. Mi casa es la tierra. Nunca me sentí profundamente extranjero en pueblo alguno, aunque siempre algo náufrago del planeta. Y esto, a pesar de la frontera postiza que el mismo ejercicio diplomático parecía imponerme. Soy hermano de muchos hombres, y me hablo de tú con gente de varios países. Por dondequiera me sentí lazado entre vínculos verdaderos.

La raíz profunda, inconsciente e involuntaria, está en mi ser mexicano: es un hecho y no una virtud. No sólo ha sido causa de alegrías, sino también de sangrientas lágrimas. No necesito invocarlo en cada página para halago de necios, ni me place descontar con el fraude patriótico el pago de mi modesta obra. Sin esfuerzo mío y sin mérito propio, ello se revela en todos mis libros y empapa como humedad vegetativa todos mis pensamientos. Ello se cuida solo. Por mi parte, no deseo el peso de ninguna tradición limitada. La herencia universal es mía por derecho de amor y por afán de estudio y trabajo, únicos títulos auténticos.

## 3. EL ORDEN MATERNO

Lo poco que sé, lo que me han contado, lo que colijo, se reduce a unos cabos sueltos que no hallo modo de atar. Comenzaré, como en las cosmogonías primitivas, por el orden maternal, para después ocuparme del paterno.

Mi hermano Bernardo me hablaba de un Ochoa, marqués de la Huerta (dudoso título que no encuentro en las autoridades), quien, instalado en Zapotlán, de Jalisco, se unió a las armas de Hidalgo y dio libertad a sus esclavos, los cuales resolvieron en adelante tomar el nombre de Ochoa; y me decía que de él procede mi abuelo materno, Apolonio, el que tenía placeres de oro en California. Este hombre, que siempre andaba en su yate, se hizo un día a la mar y no volvieron a tenerse noticias suyas. En vano mi abuela materna pagó "gritones" para que lo pregonaran como a un objeto perdido. —¡Qué genio de hombre! —comenta con risueño escepticismo mi hermano Alejandro.

La familia Ochoa, muy difundida en el sur de Jalisco y en Colima, nunca creo que haya tenido título nobiliario en Nueva España ni en Castilla. Los Ochoa de por acá fueron y son dueños de haciendas y ranchos en las municipalidades de Tamazula, Tecalitlán, Tuxpan, Purificación y Ciudad Guzmán o Zapotlán. Conozco una rama Ochoa en Baja California, gente adinerada y simpática: don Herácleo y sus hijos. Conozco otra rama Ochoa de Alta California, norteamericanizada en la cruza. Quedan por Jalisco unas señoras hacendadas y dueñas de hoteles. Alcancé todavía a José María Ochoa, tío de mi madre, encantador viejecito que, durante mi infancia, apareció dos o tres veces por Monterrey. Este viejecito, lleno de habilidades manuales, me divertía construyendo verdaderas ciudades y muñequitos de cartón.

En México viven, casadas y con familia, mis cuatro primas Ochoa, hijas de Isidoro, el cual murió hace años lo mismo que sus hijos varones.

Alguna vez, de vacaciones en Roncesvalles, por decir algo, me jacté ante los navarros de que mi ascendencia materna estaba en el valle del Baztán.* Conforme se va de Pamplona a Elizondo, bajando los Pirineos camino de Francia, abundan los caseríos con lobos en el escudo: *Lupus,* que los Ochoa no son más que "otros López", los López del vascuence. Por lo demás, nobleza carlista, de ayer por la mañana (¡y qué mañana más nublada!), y no me entusiasma poco ni mucho. Con Hernán Cortés vino Juan Ochoa de Lejalde, que se estableció en Puebla y recibió escudo de armas del emperador Carlos V. El apellido Ochoa, aunque es de origen vascongado, fue alargando ramas por Andalucía y Extremadura, y hasta Santander y Castilla. Pero ¿de dónde proceden los Ochoa de Zapotlán el Grande? Seguramente de José Justo de Ochoa Garibay y Jiménez, que se estableció en dicha población y, después de la Independencia, abrevió su apellido en "Ochoa". (La rama michoacana prefirió abreviarlo en "Garibay".) Fue descendiente del capitán vizcaíno Diego de Ochoa y Garibay, conquistador de Nueva Galicia (Jalisco) y uno de los primeros vecinos de Zamora (Michoacán). Así consta en el opúsculo de don J. Ignacio Dávila Garibi, *El capitán D. Diego de Ochoa Garibay* (México, 1955). Sobre otros puntos de la genealogía familiar debo también útiles noticias a don Ricardo Lancaster-Jones.

Ignoro si el latinísimo nombre de mi abuela materna, Josefa Sapién, será una castellanización ulterior sobre alguna forma afrancesada. Pero me río a solas pensando que, si no Alfonso el Sabio, puedo ser Alfonso Sapién, o sea un "sapiente" algo mutilado.

* "Roncesvalles", *Las vísperas de España.*

## 4. EL DIOS AMARILLO

HAY, en la familia materna, un personaje que me deslumbra. Vivía en las Islas Oceánicas, con centro principal en Manila. O los tenía por derecho propio, o había adquirido los rasgos de aquellos pueblos, a tanto respirar su aire y beber su agua, como diría Hipócrates. Desde luego, tartajeaba en lengua española; y los ojos vivos y oblicuos le echaban chispas las raras veces que llegaba a encolerizarse.

Traficaba en artes exóticas. Traía hasta Jalisco ricos cargamentos de sedas, burato y muaré; chales, mantones, telas bordadas que apenas alzaban entre sus cuatro esclavos, y gasas transparentes urdidas con la misma levedad de los sueños, cendales de la luna.

Un esclavo lo bañaba y lo ungía de extraños bálsamos, otro le tejía y trenzaba las guedejas, el tercero lo seguía con un parasol, el cuarto le llevaba a casa de mi abuela Josefa —creo que era su abuelo— la butaca de madera preciosa. Andaba como los potentados chinos, echando la barriga y contoneándose, para ocupar el mayor sitio y obligar a la gente humilde a estrecharse y escurrirse a su lado. Usaba botas federicas y calzón sin bragueta, abierto en los flancos, que llamaban "calzón de tapa-balazo". Le gustaba sentirse insólito; y como era filósofo, dejaba que se le burlaran los muchachos, mi madre entre ellos.

Y a esto se reduce lo que me contaba mi madre, solicitándolo desde los abismos en que alboreó su mente infantil, y acaso impreso por las azotainas que le propinaba doña Josefa, cuando la chica se atrevía a faltar al respeto al dios oriental.

Este fantasma me lleva, por las misteriosas aguas del occidente mexicano, hasta el Extremo Oriente. A esa sombra interrogo, a veces, pidiéndole la explicación de ciertas simpatías chinescas, lo mismo impresas en mi cara que en algunos toques de mi carácter. Más de una vez me he sorprendido

gustos de antiguo mandarín, aficiones al logogrifo, al acróstico, al trabajo minucioso y difícil, a la concepción del universo bajo especie de ceremonial. Más de una vez creo que mi matrícula se ha perdido en la Nao de China: aquella que arribaba al Acapulco de la Nueva España con cargamento de abanicos y biombos; de máscaras grotescas, cuyas expresiones alcanzan un colmo doloroso; de divinidades y sabios calvos y panzudos; de delicados juguetes en jade y en marfil; de estiletes envenenados y cetros en gancho de interrogación; cohetes de estrella, de cascada y de arcoiris; monocordes violines que hacen cabecear a las flores: extraña y erudita lujuria.

En su libro sobre *La vieja Persia y el joven Irán*, los hermanos Tharaud cuentan que, en Ispahan, buscaron en vano la tumba de un tío de Jean-Jacques Rousseau, un tío que anduvo por aquellas tierras hacia mediados del siglo XVIII ejerciendo su arte de relojero. De cuando en cuando, volvía a Ginebra para saludar a su familia y ocuparse de su negocio. Sin duda —observan— que en lo privado se trajeaba a la oriental, comodidad a la que se renuncia difícilmente en cuanto se la ha probado. Acaso impresionó la imaginación de Juan-Jacobo, y de allí la ventolera de vestirse a la armenia, con que tanto asombró a sus contemporáneos. ¿Si acabaré yo —que ya no soporto el cuello duro ni los trajes de ceremonia europeos— vistiéndome de traficante oceánico?

## 5. DOÑA AURELITA

YO NUNCA vi llorar a mi padre. Privaba en su tiempo el dogma de que los varones no lloran. Su llanto me hubiera aniquilado. Acaso escondiera alguna lágrima. ¡Sufrió tanto! Mi hermana María me dice que ella, siendo muy niña, sí lo vio llorar alguna vez, a la lectura de ciertos pasajes históricos sobre la guerra con los Estados Unidos y la llegada de las tropas del Norte hasta nuestro Palacio Nacional.

Como él sólo dejaba ver aquella alegría torrencial, aquella vitalidad gozosa de héroe que juega con las tormentas; como nunca lo sorprendí postrado; como era del buen pedernal que no suelta astillas sino destellos, me figuro que debo a él cuanto hay en mí de Juan-que-ríe. A mi madre, en cambio, creo que le debo el Juan-que-llora y cierta delectación morosa en la tristeza.

No fue una mujer plañidera, lejos de eso; pero, en la pareja, sólo ella representa para mí el don de lágrimas. El llanto, lo que por verdadero llanto se entiende, no era lo suyo. Apenas se le humedecían un poco las mejillas. Su misma lucidez la hacía humorística y zumbona. Su ternura no se consentía nunca ternezas excesivas. Y ni durante los últimos años, en que padeció tan cruel enfermedad, aceptaba la compasión.

Estaba cortada al modelo de la antigua "ama" castellana. Hacendosa, administradora, providente, señora del telar y el granero, iba de la cocina a las caballerizas con un trotecito a lo indio, y por todas partes oíamos el tintineo de sus llaves como una presencia vigilante.

Con la mayor naturalidad del mundo, sin perder su agilidad ni sus líneas sobrias, tuvo cinco hijos y siete hijas —singular simetría para el friso del Partenón—, entre los cuales me tocó el noveno lugar: Bernardo †, Rodolfo †, María †, Roberto †, Aurelia †, Amalia †, Eloísa †, Otilia, Alfonso, Lupe †, Eva †, Alejandro.

Su actividad era, a la vez, causa y efecto de una gran salud del espíritu. Se sentía, en su entereza, más bien asociada con el hombre que no contrastada con el hombre. Sócrates, en las *Memorabilia,* llamó por eso —sin miedo a los groseros equívocos— "mujer varonil" a la esposa y madre sin tacha. Hasta comprendía ella y aceptaba mejor las impaciencias de sus hijos, que no los casuales desfallecimientos de sus hijas. Le agradaba ver a sus varoncitos encaminarse desordenamente hacia el carácter viril.

Era pulcra sin coquetería, durita, pequeña y nerviosa. La dolencia que nos la llevó tuvo que luchar con ella treinta años. No la abatió su amarga y larguísima viudez, porque realizó el milagro de seguir viviendo para el esposo. Era muy brava: capaz de esperar a pie firme, y durante varios años, el regreso de Ulises —que andaba en sus bregas— sin dejar enfriarse el hogar; capaz de seguir a su Campeador por las batallas, o de recogerlo ella misma en los hospitales de sangre. Para socorrerlo y acompañarlo, le aconteció cruzar montañas a caballo, con una criatura por nacer, propia hazaña de nuestras invictas soldaderas.

Desarmaba nuestras timideces pueriles con uno que otro grito que yo llamaría de madre espartana, a no ser porque lo sazonaba siempre el genio del chiste y del buen humor. Pero también, a la mexicana, le gustaba una que otra vez hurgar en sus dolores con cierta sabiduría resignada. Y yo hallo, en suma, que de su corazón al mío ha corrido siempre un común latido de sufrimiento.

## 6. BUSTOS DE LOS ABUELOS

POR el lado de la ascendencia paterna, lo primero que se me aparece son los retratos de los abuelos, hermosas cabezas que se destacaban entre los cortinajes rojo-oscuros de la sala de invierno. Ejercían sobre mí una verdadera fascinación. Nunca me consolé de no haber podido conocerlos. Su ausencia me privaba de una dimensión hacia el pasado que yo envidiaba a mis amiguitos, los que aún tenían, como entre nosotros decimos, "Papás Grandes".

El abuelo don Domingo Reyes: un rostro severo, severísimo, de acentuada y geométrica rigidez. Muy español, sin duda; pero aquel ceño implacable, el labio afeitado, la boca fina y cruel, las cejas rectas, los ojos fulminantes —yo estaba cierto de que me seguían y me miraban— y sobre todo, las "polacas" o largas patillas que bajaban hasta los picos del cuello, le comunicaban un aire inesperado de Wellington o corsario inglés. Las ondas del cabello claro coronaban su frente, una frente que —según mi padre— era la mía cuando comencé a volverme hombre. Entonces le gustaba a mi padre cubrirme con la mano la parte baja del rostro, y se me quedaba contemplando. Y yo me henchía de placer, como si aquello fuera un pase mágico que me infundiera oscuras energías atávicas. Después he averiguado que algo semejante hacía Atenea con Diomedes para así comunicarle los ánimos de su padre Tideo.

Por los años de 1828 a 1829, procedente de Nicaragua, se encontraba ya en Guadalajara mi bisabuelo el español Doroteo. Me han contado que era nacido en cierto lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, y que, en pago de sus servicios, Fernando VII le había concedido el cuello de encaje, el bastón y el mando de esclavos. Era hombre acomodado y estableció un próspero comercio. Trajo consigo a sus hijos Onofre, Roberto, Domitila —que vivió 90 años—; y poco después se les unía mi abuelo Domingo, a la sazón de

veinte, nacido en León de Nicaragua por 1809 y paisano de Rubén Darío. Domingo arribó al puerto de San Blas el 18 de mayo de 1829, a bordo de la goleta peruana *Joven Fermina,* que venía de El Callao con escalas en Centroamérica y Acapulco. El permiso de desembarco, firmado el día siguiente por un don Francisco Vallejo, es un precioso plieguecito, pulcramente impreso "de orden del Gobierno de la Federación" en los talleres de C. C. Sebrino y redactado en español, inglés y francés. Nuestros papeles oficiales de hoy en día no pueden competir, ni en cuanto a la redacción ni en cuanto a la estampa, ni por la presentación ni el papel, con esas hojitas que nuestros fiscales marítimos firmaban hace más de cien años, sin sospechar el encanto con que el tiempo las investiría. El abuelo pronto fue mexicano. Pertenece, como su cuñado el general Pedro Ogazón, a esa última generación de "criollos" (en el recto sentido: españoles trasladados a México) en quienes cobró conciencia la nacionalidad ya independiente. Domingo murió en 1862, como jefe político y comandante militar del Cantón de La Barca, tierra de los renombrados quesos y las famosas "ordeñas".

La vida del abuelo Domingo alterna la guerra o la política —eran casi lo mismo—, y las treguas más o menos largas consagradas a los negocios privados; todo ello, según la suerte variable de los bandos en lucha. Las circunstancias del país daban a la carrera una elasticidad, un cierto ir y venir que permitía a los militares, al modo griego, considerarse como ciudadanos de la reserva, convocados de cuando en cuando a las armas.

Me han contado que aquel señor, vestido de levita, llevaba la cabeza con cierta tiesura y levemente tumbada a un lado, por efecto del reumatismo; que tenía no sé qué tráfico entre La Barca y Guadalajara, por donde solía circular con larga reata de mulas. De sus viajes al interior volvía cargado de presentes para la familia. A veces, ante las protestas de su casa, que él desdeñaba como melindres, traía los dulces y las frutas en unos bacines nuevos, de plata o de oro macizos, de esos que tanto admiraban al niño Francis Jammes y que había llevado a Pau su tío el Mexicano.

Mi abuela doña Juana, hermana del general Pedro Oga-

zón, Ministro de la Guerra al triunfo de la revolución tuxtepecana, pertenecía a una de las familias más antiguas y respetadas en el estado de Jalisco. Fue segunda esposa de mi abuelo. La primera, Lupe Ogazón, con quien él se desposó el 1º de abril de 1840, era hermana mayor de Juana, y de ella nacieron Federico, muerto en acción de guerra (Ciudadela, 1871), Lupe, desposada luego con Matías Ibarra y que acabó de ataque cardiaco a los 61 años, y Matilde. Extinta la primera esposa el 31 de enero de 1845, don Domingo se casó con Juana el 19 de mayo de 1847. Hijos del segundo matrimonio fueron Agustín (víctima de sus heridas en el combate de Hierbabuena, 1872), Bernardo, mi padre,* Juana Macedonia, Domingo, Miguel (que murió muy pronto) y Margarita.

Doña Juana Ogazón parecía amasada de rosa, miel y mantequilla en alguna pulpa cereal, como aquellas *panspermia* de los antiguos ritos agrarios. Salvo el peinado "en ala de cuervo", recordaba a la duquesa de Oxford, vista por Van Dyck. Cuando por primera vez me encontré con este retrato, y con el velazqueño conde de Benavente —que mucho se parece a mi padre—, el Museo del Prado quiso convertírseme en una galería de familia.

La cabellera de doña Juana, eso sí, no tenía igual; era algo que ya no se da en nuestros días. Las trenzas le arrastraban, y solía azotar con ellas a su prole. Pero no eran aquellas boas funestas, racinianas, que asfixiaron a la hermana pálida de Colette, sorbiéndole en breves años la vida. Las trenzas de doña Juana eran atributos de salud. Cuando despertaba algo indispuesta, se curaba con un vaso de agua en ayunas. De esta "mujer fuerte" dijo el Libro de los Proverbios: "Más valiosa es que los rubíes." Y Fray Luis, en su *Perfecta casada*: "Que, como burlando en esta materia, o Focílides o Simón solían decir que en ellas solas (las mujeres) se ven el ingenio y las mañas de todas las suertes de cosas, como si fueran de su linaje; que unas hay cerriles y libres como caballos, y otras resabidas como raposas; otras habladoras, otras mudables a todos colores, otras pesadas como hechas

* Nació el 20 de agosto de 1849, y no de 1850 como siempre se dijo.

de tierra. Y por esto la que, entre tantas diferencias de mal, acierta a ser buena, merece ser alabada mucho."

Murió doña Juana el 5 de octubre de 1885, por la tarde, tras una viudez de veintitrés años y nueve meses, y sus cenizas descansan en el panteón de Belén, Guadalajara.*

* El acta de bautismo de doña Juana (Sagrario de la Catedral de Guadalajara, a fojas 117 del respectivo registro) lleva fecha del 15 de junio, 1815. Allí se la llama Juana María Facunda y se dice que nació el día 12, a las cuatro de la mañana. Fue hija de don Agustín Muñoz Ogazón y de doña María Josefa Macedonia Velázquez y Delgado, españoles. El primero fue hijo de don José Antonio Muñoz y Ogazón, peninsular, y de doña María Sánchez, originaria de San Juan Bautista de Teul, Zacatecas; la segunda, hija de don Rafael Velázquez, natural del rancho Cerro Pelón, Atolinga, Zacatecas, y de doña María Teresa Delgado, también de San Juan Bautista de Teul. Ésta, al parecer, es descendiente de Juan Delgado, encomendero de Tlaltenango y conquistador de Nueva Galicia (Jalisco). Don Rafael Velázquez era hermano del doctor Juan María Velázquez canónigo de Guadalajara y catedrático de Prima de Leyes en aquella Universidad, reverenciado por sus virtudes, y alumno de Todos Santos en México. Murió en olor de santidad.

## 7. ¡TANTO MONTA!

No fue, pues, don Domingo el primer Reyes que vino a México, y acaso tampoco lo haya sido el bisabuelo Doroteo. Tal vez la inmigración se hizo por etapas. Yo tiendo a mezclar en los orígenes, sin saber si acierto o me equivoco, el recuerdo de otro centroamericano de nota: el presbítero José Trinidad Reyes, aquel "otro Monseñor Bienvenido", poeta y civilizador de Honduras, quien hizo sus estudios en la Universidad de León de Nicaragua, y cuyo parentesco con los Reyes nicaragüenses no sé si es cosa recibida. Mis hermanos mayores me han relatado una historia que bien puede referirse a algún sobrino del padre Reyes, aunque no veo cómo relacionarla con el traslado del bisabuelo Doroteo y sus hijos. De todas suertes, la contaré *cum grano salis* y por lo que pueda valer, tal como alguna vez la expuse ante algunos amigos:

Estábamos a la mesa, entre profesores de la Universidad de Washington. Nos acompañaba uno de esos jóvenes deliciosamente volubles, que a veces las dan de plebeyos y a veces de aristócratas, cosa de estos tiempos indecisos. Acababa de hacer profesión de "populista". No obtuvo el éxito esperado. Entonces pasó a enumerarnos los antecedentes de su nobleza. Empezó a retozarme adentro el duende de la travesura.

—Pues yo —aventuré— voy a hablar también de mi prosapia. Un huérfano centroamericano se había quedado bajo la custodia de un tío sacerdote que se empeñaba en dedicarlo a la Iglesia. El muchacho, sin vocación para los hábitos, escapó a bordo de un barco fletado para México. El barco, a media derrota, fue atacado por unos piratas chinos, quienes pasaron a cuchillo al equipaje y a los viajeros, tras de robar cuanto encontraron. Sin embargo, los quince años de aquel valiente hallaron gracia a sus ojos. Se conformaron con quitarle lo que llevaba encima, y lo abandonaron, enteramente

desnudo, en alguna costa occidental de México. Y, señores ¿qué había de hacer un muchacho de quince años, desnudo en una playa extranjera, sino resolverse a fundar una familia? De allí las armas de mi escudo.

Cuando pienso ahora en el otro escudo, el que me arrebataron de niño temiendo que tomara en serio las falsificaciones heráldicas, bien puedo decir, para el que lo entienda: "¡Tanto monta!" Nunca se aplicó mejor la divisa.

## 8. OTRAS SOMBRAS

"¿Sabrá usted —escribía yo por 1929 a Juana de Ibarbourou— que casi todos mis antecesores murieron en defensa de las instituciones liberales? Y los pocos que, como el tío abuelo Onofre —tío de mi padre— no perdieron la vida, perdieron en ello su fortuna. El tío Onofre, que era un refinado, un Des Esseintes de provincia, cuando tuvo que vender su cuchillería de oro compró cubiertos de palo, por asco a los metales viles."

Era misógino, tal vez a causa de alguna decepción juvenil. No admitía mujeres en su casa, y mi padre tuvo que hacer entrar subrepticiamente a mi madre por el balcón el día que quiso presentársela. Onofre llegó a encariñarse con ella excepcionalmente, y la consideraba como persona aparte de la detestada femineidad.

Solterón, metódico y buen ecónomo, había descubierto, como aquel voluptuoso de Gomorra en el cuento de Leopoldo Lugones, los encantos de comer a solas, haciéndose leer relatos geográficos por algún sirviente. Era aficionado al buen barro de Guadalajara, que tantos adeptos tiene todavía y los tendrá mientras exista, y que embalsama las alacenas con un suave aroma inconfundible. Era jardinero y floricultor, singularmente preocupado por hacer lavar las hojas de los árboles. Madrugaba a regar sus plantas. Su primer cuidado era respirar larga y hondamente el perfume que exhalaban las tazas blancas de sus magnolias, etéreo baño matinal en que descubría no sé qué consuelos salutíferos y cordiales. De él sólo me ha llegado esta imagen: un hombre limpio y minucioso inclinado sobre una flor.

Pero ¡cuántas cosas de la historia y la literatura viven para nosotros en una sola actitud o un gesto único! Como a Garcilaso, el tiempo ha cristalizado a muchos capitanes en el trance de escalar el muro, atravesados por la flecha enemiga. Y

novelas hay que apenas nos dejan —no les pedimos más— el recuerdo de un cuadro de sol proyectado sobre un tapiz.

En cuanto a Roberto y a Domitila, los otros tíos de mi padre, para mí son meros nombres. El primero se ha repetido entre mi gente. Uno de mis sobrinos se llama Roberto; y tuve un hermano Roberto a quien no llegué a conocer y que dejó rastro imborrable en casa, por más que murió en muy tierna edad. De Domitila sólo recuerdo que, cuando murió, en 1904, contaba ya sus 90 años.

De Maura, prima de mi padre, y madre de la ya desaparecida pianista Alba Herrera y Ogazón, me han dicho que fue muy hermosa —yo la alcancé ya muy regordeta y ancianita— y que un pintor tapatío, enloquecido por ella, le hizo un retrato y anduvo por toda Guadalajara cargándolo a la espalda, para que todos la admiraran... y lo admiraran. Aunque temo confundirla con otra damita de aquellos tiempos que fue amiga fraternal de los míos. En fin, también pertenece a la legitimidad de las tradiciones esto de mezclar, en uno, dos o tres mitos, concentrando en Héracles algunas hazañas de Teseo y viceversa. Al corazón le importa acordarse, aunque sea con errores de aproximación. Como en Lupercio Leonardo de Argensola,

> la sombra sola del olvido teme.

De los hermanos de mi padre, yo sólo alcancé a Domingo y a la tía Juanita, según siempre la hemos llamado. Federico es una silueta muy brumosa, tal vez casanoviana; es tan sólo una libretita de apuntes y pensamientos que guardaba mi madre. Apenas tiene más relieve Agustín, compañero de niñez de mi padre. La tía Margarita es, en la vieja fotografía, una cabeza angélica de bucles dorados y un profuso oleaje de faldas.

Era Margarita una maestra de escuela, muy dotada de virtud y saber. La afligía, verdadera obsesión, el afán de corregir los disparates que habla la gente. Comprobaba por sí misma su magnitud, haciéndolos pasar por su propia sensibilidad, repitiendo las palabras o frases equivocadas para sufrir con su horroroso calambre. Así San Vicente tomaba

a su cargo los dolores de la parturienta. Margarita, delante del disparatador, se quedaba diciendo en voz alta "buevo", "aúja", en un frenesí de malestar. A una señora que no tenía cejas, le pasó las manos por la cara sin poder contenerse.

Siempre la recordaban mis mayores con cariño y veneración. Mi infancia estudiosa hubiera encontrado en ella una preceptora inapreciable. Naturaleza dedicada, pronto la ahogó el aire denso de la tierra. Murió en flor, antes de cumplir un año de matrimonio (Monterrey, 26 de noviembre de 1886). Su esposo, Madrigal, que usaba la barba partida al estilo de Maximiliano —hombre excelente, ejemplar de la decencia de antaño, ameno conversador y sólido jurisconsulto—, se desposó en 1888 con su cuñada, la tía Juanita (Juana Macedonia en la pila), y fundó una familia que fue la sociedad de mi infancia. Murió su hijo Juan Manuel cuando había empezado a hacer su vida. Era Juan Manuel un muchacho de temperamento claro y sencillo. Me quedan las primas: Margarita, esposa de Carlos Sada (de los Sada de Monterrey), y Elisa y Elvira, heroínas de la soledad y el trabajo.

Recuerdo al tío Madrigal en bata, pantuflas y bonete turco, paseando por su estudio y dictando sus alegatos o actas notariales. En el ya riquísimo folklore de cuentos de loros, bien pudiera incorporarse una anécdota que me repetía con complacencia: —Cuando era aún novio de Margarita e iba a visitarla por las tardes, había siempre un loro en una ventana que, al verlo, le silbaba el "paso redoblado", obligándolo a marchar al compás.

Mi tía Juanita recordaba las facciones de la abuela Juana Ogazón. En cuanto al tío Domingo, era una caricatura física de mi padre. Lo era también nuestro medio hermano mayor, aquel magnífico León, cuya hija Aurora, pintora y poetisa, vale un Potosí. León era un antiguo ingeniero militar que, en comisiones geográficas, había conocido los lugares más recónditos del país, las tribus más extrañas, sobre cuyas costumbres sabía lo que no supo Lumholtz. Parecía un atleta un tanto desdibujado, con rasgos medio franceses, doblado de espaldas, y con ese modo de meter los pies que llaman en México "de perico en charola".

El misterio de los parecidos familiares es cosa fluctuante, inasible. Ya se lo siente en estos ojos, en la otra nariz, en aquel mentón; con frecuencia, en el ademán y el movimiento, característica danza de la familia; o en el timbre y la emisión de la voz, que viene a ser su canto. De recién llegado a México, Pedro Henríquez Ureña me aseguraba que reconocía, en las reuniones, la presencia de alguna persona de mi familia cuando oía "muchas *eses*". Pero, en nuestro caso, el común denominador ha sido la baja estatura, que algunos hermanos hemos tenido la suerte de rectificar en nuestra descendencia.

Ignoro de qué manera me acomoda, por el lado paterno, cierto apellido fronterizo, Goyhenne, desinencia muy difundida en los patronímicos del Pays Basque. Otra vez he de contar de los tíos Goyhenne, Alfonso y sus hermanas, entre cuyas charlas y recuerdos me llegaban ciertas auras de Francia.

No he querido más que trazar siluetas. He de volver sobre algunas de ellas en el curso de mis recordaciones.

## 9. EL FONDO DEL CUADRO

Desde la restauración de la República hasta la revolución de 1910, el estado de Jalisco dio tres miembros a los gabinetes presidenciales, los tres de mi familia: el general Pedro Ogazón, Guerra; el licenciado Ignacio Luis Vallarta, Gobernación y Relaciones; y mi padre, Guerra y Marina. En lo más ilustre del abolorio andan también don Lorenzo Camarena y el doctor don Francisco de Paula Verea y González de Hermosillo, Obispo de Linares entre 1853 y 1879, y después Obispo de Puebla. A éste me lo apropio por mera tradición de afecto: fue grande amigo, pero no pariente de mi casa, aunque se trataba como de la familia porque dos hermanos Verea estaban casados con dos hermanas Vallarta y Ogazón. Don Ricardo Lancaster-Jones conserva por ahí una tabaquera de carey con la cifra "BR" de oro, que mi padre le obsequió al obispo Verea.

Entre la descendencia del general Ogazón, conocí, por los días del Ministerio de mi padre, al primo Pedro Luis, notable pianista, joven de extremada cortesía, a quien los chicos de casa llamábamos "Cuéllar" por los incómodos y altísimos cuellos almidonados con que torturaba su apariencia. Y no quiero nombrar a otro vástago de alguno de los apellidos citados, hombre rojo y narigudo que solía venir de cuando en cuando desde ciertas feroces regiones istmeñas o meridionales, y que sólo tenía un defecto: dormirnos a todos con su inacabable y monótona conversación, por lo que dimos en llamarlo Morfeo. Otros más habrán de ir apareciendo en mis futuras memorias.

Poseo, dedicado a mi padre, un antiguo y pequeño retrato de su primo hermano Vallarta, constitucionalista y jurisconsulto que trajo a México el estudio del derecho consuetudinario sajón (nada ajeno a la índole hispana: véase Joaquín Costa, *El problema de la ignorancia del Derecho*); el legislador y autor de la Ley de Amparo y Habeas Corpus y la an-

tigua Ley de Extranjería; cuyos célebres *Votos* como presidente de la Suprema Corte de Justicia fijaron el sentido de la Constitución de 1857; también candidato a la Presidencia de la República, que fracasó en su intento acaso por "intelectual" e intransigente. Me han asegurado que presentó su dimisión porque un secretario equivocó el sobre y envió a Porfirio Díaz cierta carta destinada a los jefes de su proyectada campaña electoral. Su barba copiosa, su ceño, sus ojos soñadores, le dan una apariencia que va de Júpiter a Moisés. Hoy perpetúa dignamente su nombre el físico-matemático de fama universal, Manuel Sandoval Vallarta, mi hermano en las bregas de nuestra cultura.

Añádase a la amalgama algunos ingredientes de Navarro, Álvarez del Castillo (familias ambas muy extendidas por Los Altos), Castañeda (familia fundada por el capitán Gaspar González de Castañeda que estableció mayorazgo en el rumbo de Atotonilco), y Ríos, no sé bien en qué proporción. De niño, me enseñaron a declinar así mi nombre: Alfonso Reyes Ochoa Ogazón Sapién Álvarez del Castillo Ríos. . . Todo ello, señorío provinciano, de ese señorío más hijo de sus obras que de su abolengo, partícipe en las vicisitudes de la República, vinculado al suelo por su sangre o su espíritu al modo de los semidioses antiguos, los moradores de las fuentes y las grutas locales. Los argentinos, trasladando democráticamente el sentido del término, llaman a esta gente "los patricios", los hacedores de la patria.

Hombres de ayer, caballeros de la barba vellida, son para mí los Padres Ríos. Me parece verlos recostados sobre el territorio mexicano, vaciando sus ánforas caudales y rodeados de numerosa prole que se encarama en sus cuerpos montañosos, sin alcanzar nunca su grandeza. Al fondo —contraste a la figura clásica— una Guadalajara romántica, en que se combaten iglesias y cuarteles; luna y nubarrones, cielo de rayos y campanas; calles penumbrosas como en los poemas de Esprocenda; charros de guitarra y machete, vestidos de alamares de plata, el tacón alto, la espuela sonora, el potro piafante, el lazo infalible; peleas de gallos, ferias, cocinas afamadas; rejas con mujeres de aire andaluz, y parejas que se escribían cartas en verso.

# II. MILICIAS DEL ABUELO

## 1. DE CUERNAVACA A AYUTLA

Mi abuelo el coronel Domingo Reyes había ingresado en las filas liberales por 1833; sirvió a la Primera República Federal, y era capitán de la Milicia Cívica cuando aquel régimen se derrumbó al siguiente año. La Milicia Cívica o Guardia Nacional, creada a fines de 1827, era la contribución militar obligatoria de todos los ciudadanos, y permanecía en asamblea bajo las autoridades de los diferentes Estados de la República y, en ciertos casos, del Presidente mismo. Nunca fue muy bien reglamentada. Los profesionales de las armas la miraban por encima del hombro, como a cosa de aficionados. Sepamos, en tanto, lo que había acontecido.

Tras la crisis de pubertad del Primer Imperio, al que sucedió por medio año el Triunvirato Negrete-Bravo-Victoria, el país ensaya una República Federativa. Pacífico y de buenos augurios el primer periodo, bajo Guadalupe Victoria; muy turbulento el segundo, en que lo de menos fue dominar el intento de reconquista española por Barradas, intento en que pararon los sueños de Eugenio de Aviraneta, aquel conspirador incansable cuyas memorias publicó [García] Pimentel y que figura en las novelas de Pérez Galdós y de Baroja; el tercer periodo se interrumpe prematuramente y es una continua convulsión en el "subibaja" de Gómez Farías y Santa Anna. Éste, ebrio de pronunciamientos y contrapronunciamientos —legítima herencia de España—, lanza el Plan de Cuernavaca y sustituye la República Federativa por la República Central.

Don Domingo Reyes permanece alejado durante las dos Repúblicas Centrales, a través de los regímenes conservadores de las Siete Leyes y las Bases Orgánicas, y sólo regresa a filas, al lado de su causa, unos diez años más tarde, por 1846. Entretanto, habían sobrevenido la Guerra de Tejas, la Guerra de los Pasteles, los pronunciamientos de Urrea, las agitaciones de los tres especialistas del motín —Santa Anna,

Paredes y Valencia—, la Guerra Separatista de Yucatán. En mayo de 1846, era ya la Guerra Norteamericana; y en agosto, la vuelta a la República Federal bajo el general José Mariano Salas, también empujado por Santa Anna cuya inquietud política tenía el movimiento del péndulo.

Este "Salvador que nunca salvó nada", este "Don Juan del pronunciamiento" esperaba, en el destierro, el inevitable revirar de las auras populares, y acudió al llamado del país ante el peligro de la Guerra Norteamericana. Santa Anna, además, aparecía entonces como un contrapeso para las veleidades "europeizantes" y monarquistas que se habían apoderado del presidente Paredes y que él mismo compartiría más tarde. Así se explica que, cuando, en Guadalajara, Yáñez dio la primera voz contra la República Central e invocó el nombre de Santa Anna, aquella voz decía —delatando las maquinaciones de Paredes—: "¡Abajo el príncipe extranjero!"

Don Domingo Reyes, teniente coronel de caballería, figura entre las fuerzas que resistieron el sitio de sesenta días impuesto a Guadalajara por el general Francisco Pacheco. Paredes destacó entonces sobre Guadalajara un millar de hombres bajo el mando del general González Arévalo, a quien llamaban "Don Gaiferos". Éste logró apoderarse del templo y convento de Santo Domingo, y luego, de Santa María de Gracia, punto que le fue arrebatado en heroico asalto, donde "Don Gaiferos" perdió la vida. La tenaz resistencia de Guadalajara dio tiempo al triunfo de los liberales en México. Cuando ya se dirigía hacia la ciudad asediada un nuevo contingente enviado en refuerzo de los sitiadores, llegó la noticia de que el general Salas, con la guarnición de la Ciudadela, había proclamado el Plan de Jalisco y derrocado al presidente Paredes.

Se suceden, en Jalisco, los gobiernos de Cumplido y de Angulo. Don Domingo, al frente de la Caballería Nacional, núcleo con que contaba el Estado para defenderse de la invasión norteamericana, asciende a coronel y recibe encargo de limpiar el campo de malhechores, desempeño en que mereció la confianza de los pueblos y en que otra vez lo encontramos hacia el fin de sus días. Por entonces nació mi padre.

Fue electo gobernador de Jalisco don Jesús López Portillo. Justo Sierra lo ha llamado "íntegro y progresista" y "honor del foro jalisciense". Era amigo de los míos, y había llevado a la pila bautismal a varios hijos de don Domingo, por entonces jefe de la Guardia Nacional del Estado.

Santa Anna, ahora expatriado en Colombia, conspiraba nuevamente al lado de los conservadores y en contra del presidente Arista. Efecto de tales maquinaciones vino a ser el levantamiento de Blancarte en Guadalajara (26 de julio de 1852). Era Blancarte un antiguo sombrerero, mal avenido con la excelente policía recién creada en el Estado. Ocultó sus verdaderos propósitos, y aun arrastró a algunos liberales consigo. Pero no engañó al coronel Reyes, que, en medio de las defecciones, protegió el repliegue del gobernador López Portillo y los suyos al convento del Carmen. De allí, cogidos por sorpresa, tuvieron que huir hasta San Pedro de Tlaquepaque, a poca distancia de Guadalajara, lugar conocido por su alfarería.

Mi abuelo, que defendía la retirada a las puertas de la ciudad, se encaminó después en auxilio del gobernador. Traicionado por sus tropas, que a medio camino volvieron grupas para incorporarse a los pronunciados, hizo trinchera de su cuerpo y, pistola en mano y secundado por tres o cuatro ayudantes, se esforzó por atajar a los fugitivos. La ola los arrolló, los ayudantes perecieron. No se sabe cómo él pudo salir con vida —unos cuentan que ileso, otros aseguran que acribillado— entre aquella tempestad de caballos, balas y machetazos. Pero su sino sería combatir solo contra muchos, y aun contra poblaciones enteras. Ni López Portillo ni sus deudos han olvidado jamás la heroica lealtad de don Domingo.

Informado Arista de que Blancarte alegaba agravios personales contra el gobernador, creyó en el primer momento habérselas con un disturbio de carácter meramente local. Los pronunciados, con todo disimulo, habían declarado obediencia al liberal Gregorio Dávila, pero pronto lo sustituyeron con Yáñez, que era un santanista acérrimo. Guadalajara vino a ser el foco de todos los descontentos, atizados por el clero y por el agente de Alamán, Antonio Haro. Al percatarse Arista de la verdadera intención del levantamiento, envió en

socorro de Guadalajara al general Miñón con un cuerpo de ejército. Para probar a don Domingo, Miñón, que por de contado se burlaba de las Milicias Cívicas, le ordenó apoderarse de la trinchera más inaccesible con que contaba Blancarte, donde el cañón barría a cuantos asaltantes se aproximaban. Consternado López Portillo, al ver que el coronel Reyes mandaba ensillar sin dar señales de desconcierto, le preguntó qué se proponía. "Cumplir mi deber —dijo él tranquilamente— y morir al pie de la trinchera." Miñón lo detuvo, le alargó la mano conmovido ante su sencilla bravura, y desde entonces lo trató con una deferencia en que se traslucía el asombro. El altivo militar se inclinaba ante aquel caballero de talla corta, de pocas palabras y de cabecita torcida.

El levantamiento se hizo general, se perdió la plaza de Guadalajara, y Arista cayó de la presidencia. "Así este hombre, que había penetrado en la historia por el pasadizo oscuro, resbaloso y equívoco de las asonadas militares, salió erguido, alta y limpia la frente, bajo el arco triunfal del deber cumplido" (Sierra).

El abuelo volvió a la vida privada, de que había de sacarlo otra vez la revolución de Ayutla. El 22 de agosto de 1855, en efecto, entraba en Guadalajara, al frente de su caballería y en el séquito de Comonfort, con el Ejército Restaurador de la Libertad. Aparece una nueva generación, una nueva casta de hombres.

## 2. LA CONSTITUCIÓN DEL 57

EN VANO había intentado Ceballos, presidente interino, detener aquella marea santanista, jugándose en el empeño hasta la integridad de su carrera jurídica, por haber disuelto al Congreso en que se fundaban sus propios títulos. En vano intentó Alamán imponer sus condiciones a Santa Anna el deseado, que otra vez volvía del destierro más enloquecido que nunca. A ambos los reconciliaba ya secretamente la idea de traer un Borbón a México, para conjurar el creciente peligro norteamericano. Muere Alamán, y la camarilla militar de Santa Anna acabó por dictar la ley, si así puede llamarse a la dejación de toda ley. Santa Anna se erigió en dictador absoluto, con el tratamiento de Alteza Serenísima. Se inventó una corte de guardarropía; empezó un bailete trágico de libreas, de medallas y entorchados, cruzado por escenas de nauseabunda vulgaridad, borracheras y peleas de gallos. Al fin, en Guerrero, el coronel Comonfort y los generales Álvarez y Moreno alzaron la bandera de la moralización nacional, ofreciendo una República representativa. (Marzo de 1854.)

A mediados de año, el teatral aventurero Raousset-Boulbon intentó la conquista de Sonora, y fue superiormente derrotado por Yáñez, a quien aclamó el país entero. La envidia es el mal de los dictadores seniles o ya señalados por el destino. Santa Anna, en recompensa, procesó a Yáñez. Después, ante el auge de la revolución de Ayutla y para arbitrarse recursos, vendió una fracción del territorio nacional. Desairó o persiguió a los jurisconsultos que aún tuvieron la entereza de oponerse. Se vio perdido, y huyó de México para siempre, y desapareció bajo la maldición de la historia.

Comonfort, en cumplimiento del Plan de Ayutla, había dictado el Estatuto Orgánico de Jalisco, iniciación de una nueva era política. El general Santos Degollado asumió el Gobierno Provisional en Guadalajara, y el coronel Domingo

Reyes quedó en la ciudad de guarnición. El nuevo gobernador, general Anastasio Parrodi, hombre bueno y escaso, tomó posesión en julio de 1856, y nombró al coronel Reyes jefe político del 2º Cantón, con su cabecera en Lagos de Moreno.

Las Leyes de Reforma, la Constitución liberal que ellas preparaban y acompañaban, se elaboraron entre conmociones sin cuento. Se destacan en el conjunto la insurrección ultrafederalista de Vidaurri, en Nuevo León, y la de Religión y Fueros, cuyos cuatro focos serían Tolimán, Guanajuato, Zacapoaxtla e Iguala. Guerrilleros y clérigos armados agitan por todas partes al país.

Entonces, en Lagos de Moreno, del 11 al 13 de abril de 1857, acontecieron los sucesos que relata el padre Agustín Rivera en sus *Anales mexicanos*. Se preparaba, en Lagos, la proclama y jura de la nueva Constitución. Excitado por algunos sacerdotes, "se amotinó el pueblo bajo, tratando de asesinar al jefe político, don Domingo Reyes". Contaba éste con un centenar de hombres armados.

En previsión de los disturbios probables, el sábado 11 de abril, a las 8 de la noche, las raquíticas "fuerzas" habían sido convenientemente distribuidas en la torre de la parroquia, en la casa de Pérez Castro, en los bajos y azoteas de la manzana de la jefatura y en cuatro vivaques: Mesón de la Merced, Hospital Molino del Rincón, plazuela de las Tunas y casa del comisario del 8º cuartel. Al día siguiente, domingo, a primera hora de la mañana, se proclamó la Constitución, y empezaron a aparecer por las calles grupos de indígenas, gritando: "¡Viva la religión! ¡Viva Dios! ¡Mueran los impíos!" Pues el obispo de Guadalajara había lanzado su anatema contra la nueva ley, amenazando de excomunión a quienes se prestaran a obedecerla. El coronel Reyes explicó a los inquietos que la Constitución no atentaba contra los derechos auténticos de la creencia, y los convidó a dispersarse. Lejos de eso, a la masa de indios traídos del campo por los agitadores se sumaba por instantes el populacho de la ciudad, ante la perspectiva del motín y el saqueo. Hubo que patrullar las calles, y a la cabeza de los piquetes de tropa desfilaban los notables del Cantón, para dar ejemplo de disciplina.

Y pasó lo que tenía que pasar. Los amotinados intentaron

desarmar a una patrulla, los soldados se defendieron, sonaron tiros y hubo desgracias. Los revoltosos huyeron en el primer instante; y luego, rehechos y en masa, entraron por toda una calle, envolvieron la espalda de la parroquia, y trataron de echar abajo las puertas de la aduana. Quiso alejarlos el oficial, ellos hicieron fuego sobre la tropa; se trabó una escaramuza en que cayeron un teniente y dos guardias.

El coronel Reyes, ante la escasez de sus elementos y las proporciones crecientes del desorden, concentró a sus hombres en el cuartel, reforzó los altos de la parroquia y dispuso no disparar sin orden suya, salvo que la chusma atacara. Pidió refuerzo de jinetes a la hacienda Ciénega de Mata, y de infantes a la jefatura de León. El mercedario Isidro Gazcón se prestó a servirle de embajador ante los cabecillas que, desde el cerro del Calvario, dirigían el motín, para persuadirles la sumisión. Volvió a las cuatro horas trayendo condiciones: 1º Que no se persiguiera a ninguno de los amotinados; 2º que se suspendiera en definitiva la jura de la Constitución ordenada para el día siguiente, lunes. El coronel ofreció solicitar del gobernador el indulto; pero anunció que, en obediencia al decreto del Estado, haría jurar la Constitución en la misma fecha señalada. No quedaba más que esperar la suerte, arma al brazo.

Pero a las ocho de la noche, el teniente que guardaba la parroquia se pasó al adversario, y la consiguiente desmoralización comenzó a arrastrar defecciones. El día 13, desde las cinco de la mañana, la torre de la parroquia hacía fuego contra la jefatura política, donde Reyes, reducido a una treintena de hombres, emprendió la defensa por los bajos de la manzana. A las nueve lo había abandonado más de la mitad de su gente, dejándolo sólo con diez soldados y un capitán. Atacados por los insurrectos después de dos horas de inútil tiroteo a distancia, unos doce valientes se encerraron en el Departamento de las Recogidas, y allí siguieron sosteniéndose, a baja enemiga por disparo. A las seis de la tarde, incendiado el edificio en que se refugiaban, y mientras los amotinados violaban las puertas de la prisión y echaban a la calle a la jauría de los detenidos, los leales vecinos sacaron de las llamas al coronel Reyes.

Ya anochecido, se encaminó éste a San Juan de los Lagos. Como allí también había asonada, continuó hasta Tepatitlán, donde recibió orden de presentarse en Guadalajara. A los dos días, llegó de Guanajuato a Lagos de Moreno el general Doblado con fuerzas suficientes para restablecer el orden, y entregó el Cantón a Emilio Rey, que acudió, a su vez, desde Guadalajara, con lanceros e infantería.

En tanto, el coronel Reyes informaba sobre los sucesos al gobernador Parrodi, explicándole el verdadero carácter del motín y la noble conducta de los vecinos de Lagos, ajenos a los desmanes de la chusma. El gobernador, satisfecho, le encargó la jefatura del 4º Cantón, con capital en Sayula.

## 3. LA AGONÍA CONSTITUCIONAL

ERA, pues, jefe político de Sayula cuando, a fines del 1857, las tropas de la capital de la República se alzaron contra la Constitución en nombre del Plan de Tacubaya, y Comonfort dio el golpe de Estado. ¿Qué eclipse inesperado fue éste?

Aunque dominadas las graves insurrecciones de Puebla y de San Luis Potosí, se anunciaba inminente la tarea de unificar al país bajo el régimen liberal. Los escasos recursos se agotaban en motines y represiones. Inglaterra, Francia y España cada vez apretaban más el cobro de sus deudas y sus pretensiones a la tutela diplomática. La Constitución ponía al presidente en manos de la Cámara, a tal grado que no le permitía moverse con el desembarazo y la rapidez indispensables. Había que pedir facultades extraordinarias, recurso de entonces y de siempre, desde que hay Constituciones en México. En tanto que se obtenían las urgentes reformas legislativas, Comonfort quiso desandar el proceso y volver a la tabla rasa del Plan de Ayutla. Mal aconsejado por voces de todos los partidos, y creyendo contar con la voluntad unánime de la nación, disolvió la Cámara.

Al instante se arrepintió: ni estaba ya con la ley, ni podía aprobar el Plan de Tacubaya, que ahora se le vino encima como un alud. Y en enero de 1858 abandonó la lucha. Empieza la Guerra de Tres Años.

Por virtud constitucional, asumió la presidencia Benito Juárez. Algunos Estados se declararon por el Plan de Tacubaya; algunos se coligaron en contra. Entre ellos, Jalisco, y allá fue Juárez a refugiarse.

La coalición de Estados liberales fue derrotada en Salamanca (Guanajuato) por el ejército conservador, el día 10 de marzo de 1858. Seguro el gobernador Parrodi de que Landa, dueño de la guarnición de Guadalajara, era desleal, la víspera misma de estallar el esperado pronunciamiento, o sea la noche del 12 de marzo, envió un mensaje al coronel Reyes,

ordenándole que se concentrara a toda prisa en la capital del Estado con las fuerzas de Sayula. El mensajero dejó el pliego en manos de una autoridad del camino (Techaluta), y cuando el pliego llegó a manos del coronel Reyes, ya Landa se había pronunciado y derrotado a Parrodi en Tlaquepaque (23 de marzo). El gobernador se replegaba hacia el sur, abandonando la capital a Landa.

El coronel Reyes le hizo saber que, en Sayula, contaba con ciento cuarenta leales; que había logrado detener un importante cargamento de armas, procedente de los Estados Unidos y destinado al Gobierno, para evitar que cayera en manos de Landa; que más de cuatrocientos pronunciados interceptaban el paso en Santa Ana Acatlán. (Éstos, en efecto, atacarían dos días después a Juárez y a su escolta.) El Gobierno envió al general Rocha a salvar el armamento rescatado por el coronel Reyes, y ordenó a éste mantenerse fuerte en Sayula a todo trance. Así lo hizo él, guardando, con ciento cuarenta contra cuatrocientos, la ruta para la retirada de los liberales. Cayó Guadalajara, el Gobierno siguió huyendo hacia el sur, para reorganizarse dentro ya del Estado meridional de Colima. Pero el coronel Reyes se sostuvo en Sayula como un centinela avanzado de la Constitución.

Así, durante el primer periodo de la lucha, agonizaba la Constitución liberal al empuje del ejército reaccionario. Adolecía de errores técnicos, y quería asfixiarse en el mundo, porque era demasiado utópica. La historia tenía que esforzarse aún para alcanzarla, y no podría alcanzarla nunca. Pero quiere la humana flaqueza que las Constituciones no se hayan hecho para ser cumplidas en un todo; tampoco para ser violadas, como dicen los escépticos de salón o los filósofos tabernarios. Al menos, ellas son definiciones ideales, normas propuestas al espíritu de justicia de un pueblo, destinadas a provocar las aproximaciones posibles en ascensión gradual. Ningún país, por civilizado que sea, por mucho que haya corregido el bravío desorden de la naturaleza, cumple su Constitución de modo cabal y absoluto. Una Constitución realizada al pie de la letra hasta se vuelve sospechosa, y habrá que sustituirla al instante por otra más adelantada. La vida social es movimiento y necesita ir siempre en pos de

una meta. Quien para es porque retrocede. El sentido de superación tampoco ha de llegar a la "deshumanización", paradójico extremo en que se inspira la horrible sentencia del sacerdote John Cotton, primer maestro de la iglesia de Boston: "Una ley es tanto menos provechosa cuanto más huele a hombre." El sano equilibrio entre la cínica contingencia real y el desaforado utopismo es cosa delicada y divina. ¡Felices los pueblos que lo obtienen! Pero ¿quién puede lanzar la primera piedra?

## 4. LOS ÚLTIMOS PASOS

A LA agonía constitucional sucede, si no una franca recuperación, un balanceo de las fuerzas encontradas, el cual se extiende como verdadera crisis nerviosa por más de un año e incuba el triunfo de los liberales. Si dejamos fuera las pequeñas zonas neutras —Baja California, Chiapas y Yucatán—, la lucha divide al país en tres porciones: el Occidente, el Centro, el Oriente. El Occidente es el campo militar por excelencia. Lo dominan paso a paso los liberales, en dos campañas: una descendente de norte a sur, y otra ascendente de sur a norte. La articulación futura entre ambas habrá de decidir la victoria. El Centro ha quedado por lo pronto en poder de los conservadores y es como su cuartel general. El Oriente será un campo de suma trascendencia política, por ser Veracruz la capital de Juárez, en torno a la cual se intenta una tercera campaña en tres ataques sucesivos.

En Colima, que vino a ser un Jalisco subsidiario de los liberales, el general Degollado, el "santo de la Reforma", organiza sus divisiones. Por orden suya, y en vista de que el general Rocha tiene que recorrer tierra jalisciense, el nuevo gobernador —lo es ahora el general Ogazón— deberá designar a un jefe que sostenga la línea en Barranca de Beltrán, por las estribaciones del Nevado de Colima. El general Ogazón confía ese punto neurálgico a su cuñado el coronel Reyes, señalado ya como buen defensor de marcas o fronteras, quien, en consecuencia, se traslada más al sur de Sayula. Pero, al mes siguiente, concurre con su Batallón de Cazadores de Jalisco al asedio de Guadalajara. A los veinticinco días hay que abandonar el sitio ante el empuje de las fuerzas de Miramón, y nuevamente hay que retroceder al sur del Estado.

Los liberales esperan en Beltrán el encuentro con Miramón, y allí se establece el coronel Reyes para proteger el transporte de la artillería desde la Barranca de Atenquique.

El 2 de julio de 1858, el comandante conservador alcanza allí a la retaguardia liberal y se traba un combate en forma. Unos hablan del triunfo de Miramón y otros del triunfo de Degollado. Decidan los técnicos el valor de este encuentro: Miramón retrocedió exhausto a Guadalajara, mientras el coronel Reyes, firme en Beltrán, quedó todavía en condiciones de interceptar los correos y descubrir la defección que preparaba en Colima el coronel Ignacio Martínez y que pudo así evitarse, permitiendo la continuación de la campaña, cuya suerte, sin eso, hubiera sido fatal.

De septiembre a octubre del propio año, ocurre el nuevo sitio y efímero rescate de Guadalajara, en que participa el coronel Reyes. Pero Miramón regresa con sus fuerzas, obtiene un triunfo palmario contra Degollado en San Joaquín, y Ogazón se aleja hacia Morelia con los restos de sus mermadas tropas.

Por febrero de 1859, Ogazón sustituirá a Degollado, que ahora se dirige hacia México y Veracruz, y reorganiza su ejército. Reaparece por Jalisco; lo acompaña el coronel Reyes, que ha levantado el Batallón "Cazadores de Jalisco" y el Escuadrón "Lanceros del Progreso". Toman juntos la ciudad de Colima (14 de abril de 1859). Después, el coronel Reyes marcha hacia el Cantón de La Barca, en seguimiento de los conservadores fugitivos. Pero la concentración de todas las tropas liberales de Jalisco y Colima es derrotada en el límite de ambos Estados, entre Tonila y la Albarrada (23 de diciembre), debido al soborno de un jefe, y el coronel Reyes se ve de nuevo arrastrado en la retirada de Michoacán. Unos días más tarde, ha recompuesto sus fuerzas y otra vez anda por La Barca. Y algo más tarde aún, mientras se desarrolla el ataque contra Guadalajara en que López Uraga cayó prisionero (24 de mayo de 1860), Reyes recibe la orden de detener los refuerzos de Miramón sobre el puente de Tototlán. Pero, suspendida la acción contra Guadalajara, que fue un verdadero atolondramiento, se le mandó incorporarse con Ogazón en Sayula. En este instante se ha logrado ya el contacto de las tropas liberales del norte y del sur; y la fortuna, en adelante, da la espalda a los conservadores a pesar de la defección de Vidaurri, que no era

el único jefe nortista disponible. Miramón, privado del refuerzo que esperaba desde Zacatecas, y que González Ortega acababa de destrozar en Peñuelas, no se atrevió a acercarse, ante la superioridad de los contingentes que Zaragoza tenía fortificados en las cuestas de Zapotlán (hoy, Ciudad Guzmán).

Durante el victorioso y más que sangriento sitio que puso González Ortega a Guadalajara contra Severo del Castillo, entre septiembre y octubre de 1860, el coronel Reyes fue nombrado jefe de la línea de circunvalación por el sur, rechazó siempre las embestidas e impidió la entrada de víveres; y, recobrada la capital jalisciense, se dirige a pacificar La Barca y a expulsar a las guerrillas irregulares, en que comulgaban conservadores y bandoleros. La tarea le ocupó todo el año de 1861. La había heredado del fabuloso Teseo, el que redujo a Sinis, a Escirón y a Procusto; la legaría, en amargo patrimonio, a su hijo Bernardo.

Al año siguiente (14 de febrero de 1862), falleció en La Barca, sin dejar bienes de fortuna. Dice de él la crónica: "Siempre se lo encuentra entre los hombres de la Reforma; siempre con la autoridad legítima y con los principios que nos dieron la patria; siempre en lucha contra la muerte, sin abrigo y sin pan. Nunca donde se atentó contra la vida, el honor o la propiedad." *

Y aquí colgamos en el larario el sable herrumbroso de los abuelos. México ha sufrido millares de pronunciamientos y conoció tres revoluciones verdaderas: la Independencia, la Reforma y la Nueva Era Social. Prospere la yedra vividora en las tumbas de sus héroes y de sus víctimas. Este desmañado bosquejo, a la sanguina y al carbón, evoca una de tantas grandezas que hoy confunde el olvido, entre las cenizas del incendio que consumió a los varones de la Reforma. El coronel Domingo Reyes tuvo por suerte cuidar las marcas en que se partían los bandos, y la integridad de los distritos. Otro país lo hubiera llamado marqués de los Cantones. Aquí decimos simplemente, como en su espartana respuesta, que supo cumplir su deber.

* Manuel Cambre, *El Correo de Jalisco*, 1902, fuente principal de las páginas anteriores.

# III. ENSEÑA DE OCCIDENTE

# 1. CHARLAS DE LA SIESTA

Solía mi padre, a la siesta, tumbarse un rato a descansar sin dormir. Entonces, en orden disperso, me contaba lances de su juventud militar. A veces, yo mismo lo provocaba. Él había contraído en sus campañas —y lo fomentaban su actividad febril y las tremendas responsabilidades de su situación oficial y pública— no sé qué dolencia calificada de atonía digestiva, que se manifestaba en cólicos y otros trastornos. Él me aseguraba que, de mozo, comía como un tigre, peleando con los alimentos. Pero yo ya solamente lo vi sustentarse con té y naranjas, maicenas y otros insípidos engrudos. A veces, ni siquiera podía con el plato de cereales. Nos lo ofrecía a sus hijos. Mis hermanos bajaban la frente, se hacían invisibles yo no sé cómo. Y yo me prestaba, para darle gusto, a engullirlo todo, cerrando los ojos y aceptando pacientemente mi destino. Su extraordinario vigor físico, sus constantes deportes de armas y caballos, sus hercúleos ejercicios matinales, parecían realmente incompatibles con aquella alimentación ascética. Y aunque, cuando llegaba el caso, él se curaba con feroces prácticas pantagruélicas, enormes cantidades de agua de sal y cosas al tenor, yo había descubierto por mi cuenta que el hacerlo charlar y recordar sus pasadas campañas era un tratamiento infalible. A poco, saltaba de la cama en paños menores y empezaba a pasear por la alcoba, desplegando, ante mis ojos maravillados, verdaderos cuadros de guerra.

Yo bien hubiera querido —y mi ternura se atrevió a sugerírselo— verlo consagrado a escribir sus memorias cuando regresó de Europa, en vez de verlo intervenir a destiempo en los últimos acontecimientos que lo condujeron a un fin trágico. Pero era difícil que prevaleciera el deseo de un muchacho sin experiencia (para colmo, "picado de la araña" y que vivía siempre en las nubes) sobre las incitaciones de otras personas mayores, que después se han arrepentido al punto

de negar su responsabilidad en aquella funesta ocasión, y sobre el peso de tantos deberes y tantos intereses nacionales coligados por la fatalidad. Mi brújula no se equivocaba, y tengo derecho a lamentarlo.

Los antiguos hablan mucho del Leteo, río infernal del olvido. Pero ¿y el torrente de la memoria? Quien se deja impregnar por sus aguas paradisíacas parece bañarse en sí mismo y sale siempre recuperado. Esta ablución purificadora debiera practicarse metódicamente como un ejercicio espiritual. Acaso la vida tenga por fin inmediato el crear un poso de recordaciones. La persona es una unidad algo movediza, y como el mismo "metro patrón", necesita rectificarse periódicamente comparándose consigo misma. El cronómetro de la conciencia padece infinitesimales desvíos. No hay que dejar que se adicionen: un buen día suman ya una cantidad computable, y entonces es tarde para el remedio. A veces, olvidar es dulce, pero siempre es aventurado: al que olvida se lo llevan los pájaros. A veces, recordar es amargo, pero nunca inútil, salvo en los trances enfermizos de la idea fija.

Los especialistas realizan hoy curaciones casi increíbles con sólo obligar a sus pacientes a sacar hasta la luz meridiana de la inteligencia algún amasijo de dolores que el miedo había relegado en los fondos cenagosos del ser. No busca otra cosa la terapéutica onírica, o averiguación de los símbolos biológicos que el sueño refunde a su manera: tratamiento tan antiguo casi como el hombre. Siempre se le aplicó en los templos de Asclepio, y es muestra de la fragilidad humana el que se le haya abandonado durante siglos, entregándolo a las burdas supersticiones. Odiseo, antes de Freud, arranca violentamente a sus compañeros de la morbosa flor de loto, vicioso deleite, para amarrarlos otra vez en la nave de su vida habitual. El hilo de Ariadna participa en algo de la cadena, es cierto; pero gracias a él escapamos del Laberinto. Lo que sé es que mi padre solía restablecerse cuando yo le administraba la excitación del recuerdo. El mal del instante desaparecía como desdeñable accidente en el nivel general, en la curva estadística de su existencia. Ya se comprende que yo lo hacía por instinto, y di por casuali-

dad con la solución del enigma. Pero hallar el sentido a la casualidad es el triunfo humano por excelencia. Y aun aquí, otra vez, es la memoria quien nos permite, al registrar estos resultados totales, la realización de triunfo semejante.

Hablando, hablando, mi padre volvía a ser quien era. Brotaba de él aquel magnetismo que todos sintieron en su presencia, y del que huían, con secreto aviso, sus malquerientes, como aquel que se prohibía las lecturas religiosas porque sospechaba que acabarían por convertirlo. Y así, las sencillas charlas de la siesta cumplían el doble prodigio de devolverme ileso a mi padre, y de poblar mi imaginación con perdurables estímulos. Todavía recurro a ellos, y cada vez me aficiono más a abrir el viejo arcón prestigioso, aromatizado de años. Allí, si vale decirlo, siento que me embriago de lucidez.

Por desgracia, nunca llevé cuenta y razón escritas de estas conversaciones. Hoy temo equivocarme y mezclar especies. Comienzan a faltarme los testimonios más cercanos. Sólo me queda una serie de escenas mal zurcidas, de alcance más bien privado, con cuya evocación en modo alguno pretendo rehacer la biografía de mi padre.

No siempre se hablaba de guerra. Los temas de las charlas eran variadísimos. Tratábamos de poesía y de historia, que eran las lecturas predilectas de mi padre. Algo he escrito ya sobre esto, y lo repito para completar su figura, que la opinión sólo ha conocido en otros aspectos muy distintos. La posteridad recogió los rasgos más ostensibles de aquella existencia al servicio del país. En él se celebra al guerrero de la Mojonera, Santiago Ixcuintla, Tamiapa, Villa de Unión; se admira al organizador del ejército; se respeta al administrador honrado y al gobernante de profunda visión; se discute al político del último instante. Pero en esa su justicia expletiva y ruda, la fama desconoce implacablemente la intimidad estudiosa de aquel amigo de las letras humanas que, en sus contados ocios, no desdeñaba el escribir, aparte de las monografías y los discursos publicados —tal su historia militar de México, tal su biografía de Díaz recién desenterrada—, páginas de mera literatura en prosa y en verso. Se informaba con inteligente curiosidad de los libros nuevos. Othón ad-

mitía gustoso que le corrigiera algún pasaje. Mi padre supo de las inquietudes poéticas de su tiempo, desde el Romanticismo al Modernismo, al punto que recitaba de coro *El estudiante de Salamanca, El Diablo Mundo,* y más tarde, la *Salutación al optimista,* y "Yo soy aquel..." Años después, Rubén Darío —cuyos ejemplares tengo anotados del puño y letra de mi padre, como lo he referido en *Las burlas veras*— lo llamó su amigo y, a su muerte, le consagró una página en *La Nación* de Buenos Aires, comparándolo con los capitanes romanos de Shakespeare. Siendo Reyes coronel de caballería, educaba a su regimiento con ciertas *Conversaciones militares* de sentido moral, y no sólo con ejercicios tácticos (*Academias de táctica de caballería*). Su *Ensayo sobre el reclutamiento,* que data de su mando en San Luis Potosí, será base de su futura comisión en Europa, quedó arrumbado en los archivos de la "Defensa", y acaso haya inspirado las últimas leyes militares. Para aliviar la vida de cuartel, una vez que hubo desempeñado cierta comisión en el norte de la República, resumió en un volumen toda la *Historia universal* de César Cantú. La heroica antigüedad era su constante pasto espiritual, y el arte, una afición sólo interrumpida por los apremios del deber público. Ya he contado, en *Junta de sombras,* que un dibujo suyo me ayudó a entender la batalla de Maratón.

Yo no he hurtado mis aficiones. En mí, simplemente, habría de desarrollarse una de las posibilidades del ser paterno. Después de todo, América, como solía decir Rubén Darío, es tierra de poetas y generales. "Y algunos, que sólo quisiéramos ser poetas, acaso nos pasamos la vida tratando de traducir en impulso lírico lo que fue, por ejemplo, para nuestros padres, la emoción de una hermosa carga de caballería, a pecho descubierto y atacando sobre la metralla" (A. Reyes, carta a Cipriano Rivas Cherif, Madrid, mayo de 1921, recogida en *Los dos caminos,* 4ª serie de *Simpatías y diferencias*).

Para mi padre, yo era como el paje del violín (¡su violín de Ingres!), y él reservaba para mí todo el tesoro de su vida literaria secreta.* Abandonó, casi niño, el Liceo de Varones

* Don Joaquín Meade ha desenterrado versos y prosa de mi padre, que se

de Guadalajara para ingresar a las filas liberales y pelear contra la invasión extranjera. Cuando yo le preguntaba cómo y a qué hora había adquirido su cultura nada común,

—Sobre la cabeza de la silla —me contestaba—. Entre dos galopes. Entre uno y otro combate.

Siempre lo sentí poeta, poeta en la sensibilidad y en la acción; poeta en los versos que solía dedicarme, en las comedias que componíamos juntos durante las vacaciones por las sierras del norte; poeta en el despego con que siempre lo sacrificaba todo a una idea, poeta en su genial penetración del sentido de la vida, y en su instantánea adivinación de los hombres; poeta en el perfil quijotesco; poeta lanzado a la guerra como otro Martí, por exceso de corazón. Poeta, poeta a caballo.

publicaron en San Luis Potosí (1871 y 1875), y de que él no quiso acordarse. Mucho más vale cierto poema ("Gloriosas") que me ofreció para mi cumpleaños del 17-V-1904, no destinado a la publicación.

## 2. COSAS PUERILES

MI PADRE charlaba, a la siesta. Aquella tarde fue la infancia. Llovía suave e incesantemente. Días grises y velados, incomunicados por el telón de un rumor monótono y discreto. Poco a poco, la mente parece adoptar otro clima, la sensibilidad se aguza o embota —no lo sabemos—; un tenue sonambulismo ilumina nuevas avenidas del paisaje interior: la fotografía al infrarrojo deja ver otros relieves ocultos que el rayo solar no nos entrega. Mi padre empezó a recordar esas insignificancias pueriles que de repente se nos acercan, reclaman su sitio y quieren ser evocadas.

El niño había oído vender por la calle un dulce que se llamaba "María-Gorda". Debía de ser cosa suculenta. El nombre era prometedor. Pero una "María-Gorda" valía nada menos que un peso. Juntar un peso, con sus pequeños ahorros domingueros, no era fácil para un chiquillo de entonces. El peso verdaderamente valía entonces su peso en plata. ¡Aquel estupendo tejo mexicano que rodaba por todo el mundo, hasta los mercados de la India y la China! (En Saigón, lo encontró y lo cantó Farrère.) ¡Aquel peso grande y sabrosamente estorboso, de honrado espesor, que abultaba en el chaleco y confería vastas virtudes!

Pero con pacienica se junta el peso. ¡Oh desengaño! La golosina resultó abominable. No hubiera podido disolverla toda la saliva del mundo. Era una masa elástica que se amontonaba y se pegaba en la boca y no pasaba por el gaznate. El agrio y el azucarado parecían pelear sin ponerse nunca de acuerdo, si no era para hostigar paladar y lengua. Y el niño lloraba sin consuelo, hasta que la madre juzgó oportuno acercarse, sacudiendo como solía las grandes trenzas, a modo de fustas amenazadoras. ¡Adiós, "María-Gorda", primera decepción de la infancia! ¡Cuántos engaños se habrán cometido en vuestro nombre, oh Marías Gordas!

El cuadro disolvente se esfuma y deja lugar a otra imagen. Un día —esto sucedió años después—, el muchacho estuvo a punto de morir por una verdadera bobada. Vivía en el Liceo de Varones, o más bien allí dormía, un joven pasante en medicina a quien los chicos sólo veían salir por la mañana y regresar al caer la tarde. Cometía el pecado de no hablar con ellos, de ignorarlos. El jovencito está demasiado absorto en su conquista del mundo y no siempre tiene ojos para los niños. Era impopular, ni qué decirlo, entre la gente menuda. Rodeado de mimos paternales y de solícita atención por parte del maestro; festejado como un héroe cuando acierta a decir que Bucarest es capital de Rumania, que dos y dos son cuatro, o que una isla es una porción de tierra rodeada de agua por todas partes; equilibrado, siquiera provisionalmente (pues "ya tendrá la vida para que se envenene"), en una figura egocéntrica del universo, el niño fácilmente se considera un objeto privilegiado de la creación y no puede perdonar un desaire.

Se tomó, pues, por voto unánime, la resolución de castigar a aquel señorito insolente, que entraba y salía con su libro bajo el brazo dándose aires de persona mayor, sin saludar a nadie, sin darle a éste una palmadita ni alisarle al otro la cabeza. Se discurrió una burla magnífica, y mi padre se ofreció a ejecutarla.

En plena noche, se le presentó envuelto en un lienzo blanco y con un fúnebre capuchón, pretendiendo ser un fantasma. Llevaba en la mano el consabido cráneo y la palmatoria con la vela encendida. El pasante no entendía de cosas de ultratumba. Ignoraba la buena retórica que el folklore prescribe en tales casos. No previno al fantasma, ni se consideró obligado a decirle: "En nombre de Dios te pido que me digas si eres de este mundo o del otro." Sino que —¡pum, pum, pum!— con la pistolita que escondía bajo la almohada empezó a hacer fuego sobre el aparecido. Por suerte que tenía una puntería tan mala como su genio adusto. Hubo gritos y carreras, alarma general en el Liceo de Cuasi-Varones. Hubo que pedir perdón en todos los tonos. ¡Ah, sí! Pero desde el día siguiente, como ya había una complicidad entre ellos,

el pasante sonreía, saludaba, acariciaba, decía dos o tres cuchufletas a los chicos y, en suma, se había humanizado.

Hay una edad en que, sin remedio, los muchachos merecen con toda justicia el nombre de "mocosos". Los mocosos, otra vez, inventaron meterse a caballo por la feria, tumbando los puestos de los "jotos". ¡Los jotos, señores! Que os cuenten los tapatíos la tradición de esos magníficos cocineros populares, quienes además, y aunque parezca increíble, eran unos gallos de pelea. Vestían de charro, lucían con orgullo el pie chiquito, hacían dengues afeminados, extremaban la voz chillona.

Pero tenían rápido el cuchillo; y gritando "¡Válgame Dios!", como si estuvieran asustados, salieron todos de sus fonduchos, vueltos unos verdaderos leones, y en un instante pusieron en fuga a los revoltosos. Y luego, como si nada hubiera pasado, se sentaron en rueda para oír cantar a uno de ellos que, rasgueando la guitarra, entonaba con voz tipluda:

¡Vivid en paz,
hijos de Adán,
entre las flores!

Moría la luz, se encendían las velas. Vuelve el gentío a la feria. Se oyen las voces de chalanes y traficantes, los gritos de la lotería y la ruleta. Huele a tequila. El bebedor, conformándose a los buenos usos establecidos, ofrece un trago a pico de botella a cada "señorita" que pasa. El campanario colonial deja caer una tras otra sus notas, encantamiento que deshace otro encantamiento. Y arriba, es la noche de Guadalajara, gozosa de estrellas.

. . .Pero ha dejado de llover, y además, es hora de acudir al Palacio de Gobierno. Pronto mi padre se aleja en el "boguecito" de un solo caballo que él mismo manejaba. No lo olvidan quienes lo saludaban por las calles de Monterrey, y sé de algunos ancianos que todavía, al doblar la esquina, se figuran verlo de repente.

## 3. OLOR DE PÓLVORA

TODO el país era entonces campo de pelea. El olor de pólvora embriaga ("¡Tufo de potro, aroma de sangre, olor de gloria!", dice el poeta). Quien lo ha sentido, difícilmente se recobra, y más si el embrujo opera sobre la materia plástica de la infancia. Mi padre tuvo la primera visión de la guerra al presenciar, desde una ventana, algún combate callejero. Fascinado, se agarraba a la reja. Su madre, forcejeando para arrancarlo de allí, cayó herida de bala. Entonces quedó sellado un destino. Después vino el jugar con las granadas sin mecha que rodaban por el arroyo, y el apostar a pares o nones con los agujeros de la fusilería enemiga en los muros.

La ciudad tuvo que entregarse. Maximiliano publicó aquel funesto bando (3 de octubre de 1865) en que ponía fuera de la ley a Juárez y a los caudillos de la República. El niño se detuvo a leerlo en la calle y lo cubrió de escupitajos. Fue a dar a la cárcel. Huérfano ya de padre, lo sacó de allí la diplomática intervención de López Portillo el Viejo, quien alegó los pocos años del mozo y la consideración debida a la familia.

El fermento de libertad llena el aire, corre la ciudad, cunde por los hogares; se comunica, consigna secreta, de mirada a mirada. Las tropas libertadoras, en sus audaces tretas, intentan invadir y recuperar la ciudad a través de las casas mismas y abriendo a pico las paredes. Las mujeres, arrinconadas, ven pasar un tropel de bravos que se derraman sigilosamente por los cuartos y patios, y continúan su viaje de topos, dejando un rastro de muebles en desorden, macetas volcadas y hedor de fieras. Los niños, temblando, dicen en voz baja: "Como pueda con el fusil, me voy con ellos."

La familia tenía prestigio, y cierta predisposición atlética. Mi padre y el tío Agustín asustaban a las visitas echando un volatín en el aire al acercarse a saludarlas. Agustín, que en una riña cualquiera, rompió una cabeza de un puñetazo, tuvo

que demostrar en la comisaría del barrio que no había usado arma ninguna, y abrió en dos la mesa de gendarmería con sólo descargar la mano.

Todo ello hacía de los hermanos unos jefes de la muchachería. Las jugarretas poco a poco se volvieron hazañas. Las tropas de ocupación comprobaban el refrán chino: fácil es meterse por la boca del tigre, pero no volver a salir. Los muchachos se las arreglaban para, de mil modos, hacer la vida imposible a los intrusos. Los Cazadores de África recibieron de ellos varias palizas. Los dejaban desarmados a media calle. Desde las azoteas y las torres, aun llegaron a matar zuavos a ladrillazos. Lo mismo invadían iglesias y desbarataban el órgano para hacerse pitos de alarma.

Pero la patria requería una ayuda de mayores alcances. Y entonces hubo que dejar el Liceo y las especialidades matemáticas en que ya se preparaba mi padre. Mal cumplidos los quince, el pequeño Don Quijote, en compañía de un criado y de otro valiente de sus años —Pepe, el hermano del general Ramón Corona— escapó en pos de la aventura. Fue, como para su abuelo lejano, el de La Mancha (los Reyes son de extracción manchega), una primera salida en falso. Las tropas nacionales, batidas las más veces, no tenían residencia fija. Y los muchachos, a procura de las fuerzas del general Régules, se perdieron en mitad del bosque por las sierras de Michoacán. Como el otro hidalgo con las bellotas, se alimentaron dos días de "tejocotes", la acerola de México. Atraídos por los tambores y clarines, salieron al camino real, y dieron de manos a boca nada menos que con un destacamento de imperiales. ¡Eran tan niños! El jefe, que se dirigía a Jalisco, los devolvió a los suyos.

Pero fue en vano vigilarlos para evitar otra escapatoria. El diablo se había metido en casa. Y vino la segunda salida, más gloriosa que la primera. Mi padre sólo había de volver con las presillas de alférez, ganadas por atacar en persona y precipitar de lo alto de un campanario a un puñado de contrincantes.

El 5 de abril de 1866, logró incorporarse en Moyahua (norte de Jalisco) a las tropas republicanas del general Leocadio Solís, que luchaban entre infinitas penalidades y, como

suele decirse, "vivían del aire". Bandidos y patriotas tenían que fraternizar por fuerza, y había que andar muy sobreaviso. Por haberle dicho: "¡Qué mal tabaco!" a uno de aquellos caníbales que se permitió echarle desdeñosamente el humo a la cara, cuando mi padre se dirigía a la mesa de los oficiales, el monstruo lo siguió, sin decir palabra y pistola en mano, hasta el comedor mismo; y hubo que aguantar un duelo a balazos a presencia de todos. Mi padre sobrevivió, ya se entiende. Me asegura que tuvo la misma impresión del día en que mató de un tiro a un enorme mono amansado que les servía la comida en casa de mi abuelo, porque el mono se enfureció de repente y enseñó los colmillos; y con las fieras, ya se sabe, pocas bromitas.

Conocí a gente vieja que lo recordaba de entonces: mozo rubio y no del todo formado, aún no "embarnecía", como dice el ranchero. Llevaba terciado el tahalí, y en el tahalí un espadón del tamaño de su persona, verdadero montante a usanza de otros siglos. Había que esgrimirlo a dos manos, según lo hacía Rodrigo de Vivar con el viejo acero de Mudarra.

Criado entre el regalo de las clases acomodadas, tenía que infundir respeto a la canalla que siempre se mezcla en las guerras nacionales. Y por eso, a la más leve provocación, ya estaba el montante haciendo molinetes y creando, en torno a su dueño, un espacio mágico, inaccesible.

Y así fue que decidiera de una vida la lealtad romántica a la espada. Suprema aspiración romántica es la proeza: la nota extrema de la voz y el máximo rendimiento humano. El héroe romántico fácilmente es guerrero. Y el guerrero lo es mucho más cuando es jinete. Soldado romántico de caballería, se le presentará en la vejez la oportunidad de sacrificarlo todo a su juramento militar, y no podrá resistir a la tentación de tanto sacrificio. Le daban una revolución ya hecha: no la quiso aquel varón sin astucia. La mejor manera de atraerlo era proponerle empeños difíciles. Toda ansia infinita se encamina a la total entrega como a un término necesario. Nada ha poseído el justo mientras no se ha desprendido de todo. Exploten otros las riquezas que acumuló para los demás su

mano virtuosa, el laborioso civismo y las industrias que su gobierno hizo brotar como del suelo. Nunca, nunca lo entendieron, ni era posible entenderlo a la pobre gente, mucho menos a la gentuza. La razón tiene que aprender a resignarse, en este valle de insensatez. Un buen día la veleidosa fortuna desvía el rostro. Él vio que había pasado su hora. Despide a sus hombres —media docena de fieles, que ya es mucho—, aguija, y se entrega, solo, al retén de Linares. Noche tormentosa del alma, entre campos de abrojos, bajo la mirada fría de las estrellas, cuando convocó a su conciencia en juicio más que salomónico. Para colmo, era Nochebuena, regocijo de los hogares mexicanos. Llegó al cuartel con la ropa desgarrada, que nadie lo hubiera reconocido. Cuando descubrió el embozo, "¡No, mi general, a mí no se me entregue!", le gritaba, arrodillado, el jefe, su antiguo picador y mozo de espuela. Pero él lo había decidido, y ofrece una vez más su vida, por desdén al hado funesto. ¿Qué otra cosa puede hacer con la vida quien sabe vivirla plenamente? Tirarla por la borda, eso es. Pelillos a la mar —dice el romántico, y arroja a las olas su esperanza.

## 4. CORREO MILITAR

ENTRE las principales insurrecciones contra Juárez, dejando las de algunos ex imperialistas sin relieve o la de Negrete en favor de González Ortega —serie de reveses que sembró de cadáveres el camino de Puebla—, la primera que asumió proporciones amenazantes fue la iniciada el 15 de diciembre de 1869, en San Luis Potosí, como una sublevación local, y que adquirió importancia con las adhesiones de Zacatecas, la guarnición de Orizaba y parte de las tropas de Guadalajara y Querétaro. El movimiento era capitaneado por los generales Aguirre, Larrañaga, Pedro Martínez, García de la Cadena y el coronel García Granados. En un par de meses quedó liquidada la insurrección por Escobedo y Rocha. En un par de años sobrevendría la mucho más grave conocida por "el Plan de la Noria".

En enero de 1870, el cuartel general de la 4ª División, en Durango, que permanecía fiel al Gobierno y se encontraba incomunicado por el levantamiento de Zacatecas y San Luis, confió al teniente Reyes, cuando éste frisaba en los veinte años, una de esas comisiones difíciles, peligrosas, llamadas honoríficas, que sólo se dan al que voluntariamente las acepta por su cuenta y riesgo.

Tuvo entonces que atravesar, incógnito y entregado a sus propias fuerzas, las regiones dominadas por los insurrectos, para traer un mensaje a México. Hacía falta ahora mezclar a Aquiles con Ulises, a Rolando con Oliveros, al héroe con el discreto, la bravura con la sutileza. El mensaje de que mi padre era portador fue cosido entre las suelas de un zapato, y el zapatero debió quedar preso hasta el final desempeño de la comisión que, según declara la hoja de servicios, "fue satisfactoria".

Andaba ya en terreno enemigo cuando, al tomar una diligencia, se percató de que, aunque vestido de paisano, llevaba

el capote con los inconfundibles botones metálicos del uniforme militar, y los arrancó presurosamente uno por uno.

El paso por Zacatecas no era cómodo. Lo que dio importancia al levantamiento fue precisamente la contribución del gobernador García de la Cadena, que contaba con abundantes recursos y elementos numerosos. Mi padre se detuvo a comer en la primera fonda, tratando de disimularse lo más posible, porque estaba llena de insurrectos.

Pero no lo permitió su suerte: la posadera, antigua amiga de soldados, "Madelón" medio vivandera y medio hostelera, no bien le echó los ojos encima, abrió los brazos y cruzó el comedor gritando:

—¡Teniente Reyes! ¡Cuánto bueno por aquí! ¡Dichosos los ojos! ¡El tiempo que hacía...! ¿Qué buenos vientos me lo traen? —y otras boberías por el estilo.

Alguien se incorporó de un salto al oír aquel nombre. Alguna silla cayó al suelo... Pero, en menos que se cuenta, el joven atleta, otro Artagnan, había saltado por el balcón interior al patio y, apoderándose del primer caballo a la vista, ya se había puesto a buen seguro. Sólo se oyó un galope que se alejaba por el empedrado de la calle.

Cuando entraba en la plaza de Zacatecas, García de la Cadena pronunciaba precisamente su sonoro discurso: "El pueblo zacatecano lleva escrito como Tácito en sus banderas que valen más las tempestades de la libertad que las calmas de la servidumbre." Las palabras se me han grabado, porque Rodolfo, en sus mocedades oratorias, solía ensayar la voz con ellas y hacer gorgoritos y ejercicios demostenianos. No hay duda que ellas son de un estilo impecable, bien balanceadas y rítmicas, y que ese golpeteo de las *tes* les presta un vigor singular. Lástima que estos buenos retóricos, empujados por el orador que llevan dentro y que los arrastra a eso que se llama la acción, se pierdan así para las letras. Y es que, como me decía en Madrid el llorado escritor venezolano Pedro Emilio Coll:

—Si usted levanta la voz, tiene que seguirla. Hay un peligro en la voz, compañero.

Ser portador de un mensaje secreto, y de trascendencia nacional, ¡qué orgullo para el joven! Hay misiones, encargos, deberes, que sirven de compañía en medio de la mayor soledad, de confortación entre los más enojosos contratiempos. No andamos solos: un dios nos acude, invisible. Atenea camina junto al héroe, oponiendo a tiempo su escudo. El monólogo interior con que distraemos el tedio de las esperas o las largas jornadas está cargado de interés. Los sobresaltos, pruebas de resistencia, llenan de orgullo al que los padece. Se marcha sin pisar la tierra, casi por el aire como Iris, la mensajera olímpica. La atención se aguza, los sentidos están de guardia. Una alerta general del alma afina y purifica el ser, dotándolo de facultades nuevas, de adivinaciones increíbles. Allá va el muchacho predestinado, hablando para sí, henchido de gloria y de peligro, cambiando cabalgaduras, reventando cinchas, ya rompiendo por entre el tumulto de las ciudades sublevadas, ya a campo traviesa por veredas y riscos; más de una vez se da por muerto, y más de una vez por inmortal.

# 5. LOS DOS PAVORES

UN día encontré en la biblioteca paterna cierto volumen de versos de Aurelio Luis Gallardo, poeta de Guadalajara, fruto de ese romanticismo tardío que, en las tierras americanas, se alarga hasta los años de ochenta. El retrato que aparece en el libro (y que he reproducido en mi correo literario, *Monterrey*, Nº 3) es todo un documento sobre la sensibilidad de la época. Es un retrato "becqueriano", lánguido y más que melancólico. El poeta usa un vestido flojo, cuello abierto, corbata artísticamente deshecha. Con actitud transida, reclina el rostro en una mano. La corta melena cae sobre la oreja y descubre una hermosa frente. La mirada, implorante, se refugia en el cielo. La boca, levemente abierta entre el bigotillo y la fina barba, parece lanzar un suspiro. De sólo contemplar esta imagen, acuden las líneas de Paul Verlaine:

*—Qu'as-tu fait, ô toi que voilà*
*Pleurant sans cesse;*
*Dis, qu'as-tu fait, toi que voilà*
*De ta jeunesse?*

Y también las de Rubén Darío:

Tú que estás la barba en la mano,
meditabundo,
¿has dejado pasar, hermano,
la flor del mundo?

—Gallardo y yo fuimos muy amigos —me dijo mi padre—. Su hermano fue mi compañero de armas, y acaso le debo la vida.

Y de repente, aquella poesía en sordina dejó el sitio, en sus evocaciones, al estruendo de los combates: ráfaga de banderas y bayonetas, caballos que se derrumban, humo pegajoso de la pólvora negra, roto aquí y allá por la estrella de la

metralla; angustiosas caminatas de polvo y sol, "dos cosas de que se hace la gloria"; celadas, carreras sin rumbo; tropas que se desbaratan y se recomponen como pueden; o bien campamentos bajo la luna, sobre cuyas filas de fusiles en pabellones y bultos de hombres arrebujados, comienza a volar, en el frío de la madrugada, el largo temblor de los clarines.

Hay un alboroto, porque se oye un ruido de cascos. Los centinelas acuden. Los hombres se levantan de un salto y echan mano a las armas. ¡Nada, lo de siempre! No es la primera vez que ocurre: un caballo desbocado trae a lomos a algún austriaco o francés, como prisionero de guerra. Porque los caballos mexicanos que arrebataba el enemigo también se portaban como buenos y ayudaban a su manera. Mal avenidos con el jinete extranjero, al que no estaban habituados, venteaban de pronto, sentían la querencia de los suyos, mordían el freno, y partían, a la desesperada, en busca de nuestros campamentos, donde arrojaban al suelo su botín, entre dos o tres corvetas furiosas. Oh, dioses menores de la comarca, oscuros héroes animales, la historia no ha reconocido aún lo mucho que os debe.

También acontecía que algún invasor, acarreado a la fuerza en la aventura napoleónica y enamorado de la libertad a todo trance, se pasara voluntariamente a nuestras armas, conquistado por las influencias telúricas de México. Acaso, como en Léon-Paul Fargue *(Déchiré)*, "algún numen mexicano, bloque de obsidiana con los ojos llenos de cielo, delegado plenipotenciario de la montaña y de la lluvia", había conseguido magnetizarlo.

Mi padre hablaba de un pobre francés que, aunque fiel a sus ideales democráticos, echaba de menos la paga regular, los buenos zapatos y la comida de su ejército. El francés decía con voz lamentosa, a la hora del rancho, gesticulando ante los miserables bocados con que se contentan nuestras guerrillas, y contemplando sus pies hinchados, que ya no podían con los "huaraches".

—¡Muchas ggacias, libegtad! ¡Muchas ggacias, libegtad!

—Pero ¿cómo fue —le interrumpí— que Gallardo te salvara la vida?

—¡Ah! Ése fue mi primer pavor del combate, y luego te relataré el segundo. Pero antes, pongámonos de acuerdo. Los Goncourt cuentan, en su *Diario,* que cierto oficial francés, veterano de África y México, les aseguraba: "Los hombres más bravos del mundo son los árabes y los mexicanos. Pero todavía el árabe, en la pelea, se le hincha una vena del cuello, mientras que el mexicano para nada se altera." Tal testimonio acaso se aplica a estos indios excepcionales, dueños de misteriosos poderes psíquicos y capaces, como los orientales, de enviar el alma transitoriamente de paseo, cuando les estorba demasiado. El hombre más sereno que he visto era un indiazo de bronce, cuya metódica frialdad en pleno combate me hizo un día olvidar el peligro que nos rodeaba. Indiferente, recorría el campo con la mirada, escogía su blanco, cargaba su arma, disparaba siempre certero, y volvía a empezar sin inmutarse. Es algo indescriptible, y hay que haberlo visto para entenderlo. La pelea se agitaba en torno, pero él no estaba en ella y se portaba como en un ejercicio de tiro. Tal vez este gigante fuera capaz de ignorar el miedo. Pero, en general, el tamborcito del corazón no se está quieto y quiere salirse por la boca en el momento de comenzar la lucha; después, la naturaleza nos envía una ceguera salvadora y piadosa. Pero ese miedo inicial no es aún el pavor. El pavor es un demonio que nos cae encima, no nos pertenece, viene de afuera y nos sacude como un huracán.

"Sucedió, pues, que esas acciones de guerrilla, de sobresalto constante, de correr y tumbarse al suelo alternativamente —dicen que es una tortura china— me tenían deshecho. Era de noche. Llevábamos varios días sin dormir, en presurosa cacería humana por unas tierras muy abruptas. Pedí licencia de echar un sueño, y me ofrecí a tenderme en algún punto avanzado, para no parecer cobarde. A los pocos instantes yo dormía plácidamente.

"Allá, en aquella última zona del duermevela que ronda siempre el espíritu del combatiente, oía yo unos golpecitos y pensaba: —Quieren asustarme. Están pegando con la *cuarta* en la *teja* de mi montura.

"De pronto, sentí que me pisoteaban. Era Gallardo que, cansado de gritarme y viendo que yo no despertaba, apenas

había tenido tiempo de echarme el caballo encima y salir de estampía. Habíamos sido sorprendidos, el ruido que yo escuchaba en sueños era la "balacera", y todos escapaban ya.

"No sé cómo trepé al caballo, que, atado a pocos pasos, relinchaba de impaciencia, y respingaba enloquecido, queriendo romper el cabestro. No sé lo que hice. El caballo me sacó del infierno según sus propias entendederas. Porque yo fui a despertarme muy lejos; y sólo recuerdo que, de cuando en cuando, volvía la cabeza para medir el trecho que me separaba de mis perseguidores, y veía unas figuras enormes y monstruosas que me parecían llegar hasta el cielo. Tal ha sido mi primer pavor, y el trance de muerte de que me libró el hermano del poeta."

—¿Y el segundo?

—Eso sucedió después y pertenece a la época en que ya tenía yo mando en jefe, durante la larga campaña de la Sierra de Álica contra los cabecillas de Lozada. El potro se me fue de la rienda y me metió en una barranca a todo correr, por entre la masa de adversarios. Me tuve por perdido un instante. Como en un relámpago, desfiló vertiginosamente en mi conciencia toda la historia de mi vida, caso de que habrás oído hablar muchas veces y que es rigurosamente exacto. Ante los grandes peligros, la relojería interior se suelta del resorte y la memoria recorre años en un segundo, como si, a la idea de la muerte, se apresurara a juntar el saldo de todas las experiencias vividas. El pensamiento adquiere esa velocidad que, según dicen los psicólogos, tiene durante el sueño.

—¿Y en qué paró eso?

—En nada. Los hombres se abrían a mi paso con una docilidad automática, suponiendo probablemente que yo era uno de los suyos. Y sólo me reconocieron y empezaron a gritar mi nombre —eso sí, huyendo a la desbandada y como los moros gritaban el nombre del Cid—, cuando ya el potro me había llevado hasta el otro extremo y estábamos fuera de alcance.

—El pavor —aventuré— debe de tener un efecto parecido a ese cambio de régimen propio del estado sonambúlico. Dicen que unas veces salva y otras pierde; unas paraliza y otras

multiplica las aptitudes defensivas. Y que, en este caso, el hombre es capaz de obrar prodigios.

—Tan cierto —concluyó él—, que he visto a algunos apocados e ineptos, descubrir sus capacidades latentes después de un bautismo de pavor, y casi, casi, cambiar de naturaleza. Es, digamos, como un segundo nacimiento o, si lo prefieres, el tránsito del gusano a la mariposa.

## 6. LAS SIETE LLAGAS

Tenía, simbólicamente, siete heridas de guerra —salvo rasguños y contusiones—, sin contar las que causaron su muerte.

Aún no alcanzaba los diecisiete años, cuando los vaivenes del servicio lo llevaron a las campiñas de Querétaro. Ya estaba fogueado, ya la guadaña había silbado junto a él. No se le quitaba la maña, adquirida en los días pueriles, de retozar con el peligro. Y entonces la guerra consentía los duelos singulares, y aquellas hazañas aisladas comparables a las "aristías" de los héroes homéricos.

Con un grupo de oficiales, entre los que andaban ya otros generales futuros —Juan Hernández y Clemente Villaseñor—, se acercaba todas las tardes a la plaza sitiada, para desafiar individualmente a los enemigos; unos, extranjeros, y otros, mexicanos ofuscados. Aquello ocasionaba breves escaramuzas y caballerescos pasos de armas, y tenía sus puntas y ribetes de indisciplina: propio achaque de un pueblo hecho a pelear en guerrilla, y por afición más que por oficio.

Era el 7 de marzo de 1867. El general Tomás Mejía asomó con una pequeña escolta. Aguijaron a su encuentro los temerarios oficiales, resueltos a dar un buen golpe. Pagaron caro su atolondramiento. De repente se vieron envueltos en una columna que, por todas partes, pareció brotar de la tierra. El teniente Reyes se encontró rodeado por un piquete de húngaros que usaban unos sables cortos y anchos, con un lomo hueco en que corría una gota de azogue para dar mayor inercia al tajo. El teniente rompió la lanza al primer tope, como en los torneos de antaño, y se mantuvo repartiendo varazos con la contera, mientras los húngaros se encarnizaban en él a su sabor. Cayó del caballo. Le dispararon al pasar, desde arriba, y allí lo dejaron por muerto. Casi inconsciente, logró arrastrarse hasta un arroyo, en busca de agua. Perdió el sentido.

Por la noche, sus compañeros vinieron cautelosamente a

buscarlo. Juan Hernández, provisto de una linterna sorda, dio con el cuerpo tumbado de bruces y medio metido en el agua. Tenía tres heridas. La primera, un lanzazo entre ceja y ceja, que por suerte no dejó señal apreciable, aunque sí cierta debilidad en un ojo. Muchos años después, para presenciar unas maniobras en Francia, como le sobrevino una fluxión de sangre, se aplicó un parche de cualquier modo, y al regresar a París el ojo estaba ya perdido; aunque solamente se lo confesó a mi madre, y creo que hasta hoy poco se supo. La segunda herida fue un balazo en el cuello, que de casualidad no interesó nervios, huesos ni arterias. Y la tercera, un bayonetazo en la espinilla que astilló el hueso sin más que las consecuencias inmediatas, aunque él siempre dijo que había sido una de sus heridas más dolorosas.

Cuando la plaza se rindió, el teniente entró en camilla acompañando a los vencedores.

Y llegamos al 14 de febrero de 1870. Combatía en Mal Paso, Zacatecas, al lado de los leales, batiendo a las fuerzas del general Pedro Martínez, sublevadas contra Juárez. Una escolta se adelantó a reconocer el terreno. Al trepar a la loma, el teniente dijo:

—Mi capitán, oigo ruido de armas.

—¿No será ruido de miedo? —le contestó el capitán, que seguramente ignoraba con quién tenía que habérselas.

En llegando a lo alto, se descubrió a la vista el campamento de los rebeldes. El capitán consideró que ya había visto bastante, y ordenó la media vuelta; pero el teniente, herido en lo vivo, a la fuerza casi le arrebató el permiso de guardar el punto, con un sargento de su confianza. Había concebido un plan digno de la Dolonía que figura en el canto X de la *Ilíada*, donde, solos Odiseo y Diomedes, dan muerte al espía Dolón, al jefe Reso y a sus tracios, y regresan a las naves aqueas con un refuerzo de caballos robados al enemigo.

Valiéndose, pues, de la igualdad de los uniformes, el teniente y su sargento se metieron sencillamente entre los rebeldes; y, haciéndose portadores de un mensaje, preguntaron por el general Martínez. Se les dijo que sólo se encontraba en el campamento el segundo en jefe, el cuartel maestre, que

lo era el coronel Jáuregui, a cuya presencia los llevaron. En voz baja, el teniente dijo al sargento:

—Nos conformaremos con éste.

Lo abordaron frente al zaguán de una hacienda; y sin perder tiempo en palabras, el teniente lo levantó en vilo desde su caballo, y rompió por entre la soldadesca a galope tendido. Se produjo tal confusión, que todos se tiroteaban entre sí, no pudiendo imaginar lo que sucedía, ni admitiendo que dos hombres solos fueran capaces de tal audacia, y creyendo cada uno descubrir un adversario en el que encontraba. Una bala mató al sargento; otra rozó el cuello al teniente (o dicen que le hirió el brazo izquierdo o el pecho), sin lograr arrebatarle su presa. Y así, con su fardo a cuestas bien abrazado, jubiloso y chorreando sangre, volvió a incorporarse a sus tropas que lo recibieron tocando diana y apenas podían dar crédito a sus ojos.

A los pocos días, mi padre ascendió a capitán. Años después, cuando ya era jefe de la zona en San Luis Potosí, aquel mismo Jáuregui resultó su subordinado, y fueron amigos hasta el fin. En cuanto al general Martínez, al morir dejó a su hijo Nicolás en manos de mi padre, que siempre lo tuvo como propio y le dio carrera en el Colegio Militar. Él y Gustavo Salas fueron sus primeros ayudantes durante su comisión en París. Paso de largo sobre ciertas cosas sombrías. Nicolás murió en combate contra los revolucionarios de 1910.

Y esta herida de Reyes ni siquiera la computo aquí, porque es uno de tantos percances que acaban por perder valor en la existencia del combatiente y porque ni siquiera le impidió concurrir, al otro día, a la acción de Mal Paso, contra la gente de Martínez. Allí recibió un balazo en el pecho. Hagamos con las dos heridas una sola. Ni así pudieron con su increíble resistencia. Pasa otro días más, y todavía, en la retirada de Zacatecas, tiene ánimos para salvar los depósitos de la 4ª División que se habían quedado en esa plaza, y evitar que les echen mano los rebeldes.

Cuando el general Ramírez Terrón se levantó en Sinaloa, mi padre, coronel de Caballería, recibió del general Carbó la orden de reducirlo. Contaba con su 6º Regimiento y algunos

otros elementos de poca monta. Sus fuerzas apenas alcanzaban un tercio de las contrarias. Éstas se habían fortificado en la casa municipal de Villa de Unión y contaban, sobre todo, con infantería y cuatro cañones. La situación era desesperada.

El 4 de julio de 1880, mi padre atacó casi a machete puro, aquella fortaleza artillada y defendida por un cuerpo de infantería. En los primeros instantes, perdió las dos tercias partes de sus hombres, y los demás comenzaban ya a dispersarse. Las fuerzas que debían protegerlo, informadas por los fugitivos, lo abandonaron, dándolo por perdido y muerto. Tal noticia llegó a mi madre, que se puso al instante en camino para recobrar sus restos.

Mi padre, entretanto, con sobrehumano esfuerzo todavía atacó y fue rechazado dos veces. Llegaron a morírsele en las piernas hasta siete caballos. Se valió de mil estratagemas y aun arrastró un barril cargado solamente con piedras como el cofre del Campeador, pretendiendo dinamitar la torre de la capilla, de donde los adversarios le hacían fuego. Juntó, al fin, a sus escasos supervivientes y a sus oficiales, y entró con ellos hasta la plaza. Comenzó a dar órdenes ficticias a Felipe Neri, para fingir que aún contaba con fuerzas. Le entendió el intento el bravo Neri, se cuadró como para recibir instrucciones y se alejó al galope, simulando que iba en busca de nuevas tropas apostadas por el contorno.

Entonces el coronel Reyes adelantó el caballo, a pesar de los disparos que le hacían desde lo alto de la casa municipal, e intimó la rendición a los adversarios, volviéndose de vez en vez a los suyos para seguir dando órdenes quiméricas. Ya no le quedaba más gente que el pequeño grupo de su cortejo, pero nadie lo hubiera creído. Un hombre que se atrevía a tanto, pensaron, sin duda era dueño de la situación. Su presencia de ánimo realizó el milagro. Algún caballeroso adversario —lamento no saber quién fue— comenzó a gritar: "¡Alto el fuego! ¡No se asesina a un hombre que está ofreciendo parlamento!" Entonces se produjo una lucha entre los mismos defensores de la casa municipal, que empezaron a disputarse, unos por seguir combatiendo y otros por rendirse, y aun algunos arrojaban ya a la plaza sus fusiles.

Ramírez Terrón bajó en persona a parlamentar con mi padre. Éste sólo se dio cuenta en ese momento de que llevaba el sable colgado por la "dragona", fiador o correílla del puño, y la mano derecha atravesada de un balazo. Otras dos heridas había recibido, sin percatarse de ellas en el calor de la refriega, pero resultaron menos graves: una en el costado izquierdo y otra en un talón, ambas de bala. Al echar pie a tierra para hablar con el enemigo, estuvo a punto de derrumbarse por efecto de las hemorragias. Se envolvió en el capote militar para no dejar ver su estado, apretó el cuerpo e impuso a Ramírez Terrón las condiciones que éste aceptó: entrega de la plaza, los cañones y las banderas; retirada del enemigo con sus hombres y municiones, dándosele un plazo de tres horas para alejarse, al cabo de las cuales se reservaba el derecho de perseguirlo y atacarlo. Ramírez Terrón aceptó. Llorando de emoción, comenzó a dispersar a su gente. Lances de tamaña nobleza, en que los guerreros conservaban la cortesía en medio de la matanza y tenían por honra el combatir sobre aviso, apenas parecen hoy comprensibles, aunque eran ya familiares para los guerreros de antaño.

Ramírez Terrón abandonó el campo, y algún tiempo después, fugitivo y solo, fue a morir a manos de otros. Se defendió con el revólver, hizo algunas víctimas y se dedicó la última bala. Al recoger su cadáver, le encontraron una carta dirigida a mi padre. En ella le declaraba que moría pobre y dejaba sin recursos a su viuda y a sus dos huérfanas. Invocando la hermandad de las armas, confiaba su familia a mi padre para que éste la protegiera. Mi padre lo hizo, en efecto, y aun obtuvo para ella una pensión del Gobierno de Sinaloa, en mérito a los antiguos servicios de Ramírez Terrón. La viuda se desposó en Mazatlán con cierto médico filántropo, alemán de naturaleza, y las hijas adoptaron el nombre de su padrastro, por el amparo que él supo dispensarles.

Cierto candoroso cronista local que obtuvo de mi padre el mayor apoyo según me consta por sus cartas al presidente González; que mientras mi padre fue poderoso, enviaba a éste sus publicaciones (alguna he heredado yo en mi biblioteca privada) con humildes dedicatorias en que casi se le ponía

de rodillas, compilaba para sí y en vista de los nuevos vientos que soplaban, algunas efemérides, más tarde aparecidas, en que pretendió desnaturalizar esta proeza, digna del Romancero, y quitarle todo su valor. Según el triste sujeto, a quien haré la gracia de no nombrar, todo aquello fue arreglado de común acuerdo entre los dos jefes, ¡porque ambos eran masones!

¡Claro que lo eran! Y ello no tenía entonces nada de extraño. Los grupos masónicos organizados en México a principios del siglo XIX, aunque se dividieron en escoceses y yorkinos, ni correspondían por su filiación a las logias extranjeras de iguales nombres, ni eran otra cosa que agrupaciones políticas muy heterogéneas por cuanto a su relación con la creencia y con la política eclesiástica.* La masonería mexicana, en cierto momento, sin compromiso mayor de conciencia, vino a ser el medio único de conspirar y reclutar voluntades para la defensa del país contra la invasión y la reacción. Muchos jóvenes de entonces tuvieron que ingresar en la masonería para poder pelear por la República. Mi padre me ha contado las carcajadas con que pasó, de muchacho, por las pruebas de la iniciación, en el rito escocés (el de tradición más clara), al ver que tantos señores pacíficos, a quienes conocía como mansos vecinos, le ponían la espada al pecho en ademán patibulario. Después, durante su desempeño político en Nuevo León, la masonería nunca fue irrespetuosa para ninguna creencia, y la aprovechó como medio de crear una cohesión mayor entre clases trabajadoras —que aún no había sindicatos—, y de ponerlas en contacto directo y fácil con el gobernante. Ya en mis días, tuvo que llamar al orden a cierto sacerdote y hacerle comprender, con toda la energía que él ponía en sus razones, la conveniencia cristiana de no perturbar la nave del Estado. Y debo añadir que fue entendido y obedecido. Nunca sacó las cosas de quicio, ni se le ocurrió jamás dictar en esto la conducta que había de elegir su descendencia, libertad que siempre le agradeceré; ni aceptó convertirse nunca en el Grande Oriente, por mucho que se lo ofrecían. Consideraba con igual simpatía éste y los demás instrumentos que pudieran crear entre los hombres una aso-

* J. Bravo Ugarte, *Historia de México,* III, ed. 1944, pp. 168-169.

ciación más íntima, encaminada al bien social. Como fuere, figurarse, con aquel infeliz cronista, que los hombres se someten a tales trances, y se juegan la propia vida, su honor de valientes, la carrera, la consideración de sus conciudadanos y la suerte de los suyos por mero fingimiento y teatralidad, es tener la sesera llena de algo que yo me sé y todos adivinan.

Yo he ido en persona a Villa de Unión, y he verificado de cerca los documentos; y hablé todavía con testigos presenciales, como el anciano Carlos Tostado, que vivía fascinado por el recuerdo, y a quien he citado por su nombre en cierto poema que consagré a Villa de Unión.* Y vi todavía las huellas de los balazos en los muros de la casa municipal; y en la escalinata del frente, la grada en que mi padre descansaba el pie herido, haciendo prodigios de equilibrio, mientras dictaba sus términos a Ramírez Terrón y su sangre iba goteando en el suelo.

Una vez cobrada la plaza, mi padre fue transportado prontamente a la fábrica de hilados que aún existe, como existe también el tosco banco de palo en que lo tendieron para hacerle los primeros vendajes. Por cierto que los dueños, que siguen siendo unos españoles como en 1880, me ofrecieron enviarme a México ese banco —reliquia para mí inapreciable— y todavía lo estoy esperando.

A galopes forzados de diligencia, llegaron médicos desde México para salvar al herido. Los cirujanos locales se empeñaban en cortarle la mano, y aprovechando su desmayo, ya habían atravesado la herida con una mecha al modo de entonces para proceder a la amputación. Mi padre volvió en sí un instante, y lo primero que hizo fue arrancarse la mecha. El dolor le produjo un segundo síncope. Mi madre llegó a tiempo para evitar que los cirujanos locales ejecutaran su intento. Lo estuvo cuidando largos días en una sala de la fábrica, donde tenía que entrar descalza y de puntillas, por el dolor que sentía mi padre con la sola vibración del piso de tarima. Mi hermano Bernardo recordaba todavía la llegada a Villa de Unión, en compañía de mi madre; y en su imagi-

* *Villa de Unión,* México, Fábula, 1940. Lamento no haber mencionado en este poema el pintoresco episodio del barril de piedras.

nación de niño se había grabado uno de aquellos siniestros rasgos que son la fantasía de la guerra: a la entrada de la plaza, en la esquina, había un ojo humano arrancado de cuajo y pegado al muro por efecto de una explosión.

De acuerdo con la Ordenanza Militar, y en el mismo sitio, mi padre recibió dos ascensos del Senado de la República, pasando de coronel a general de brigada efectivo. Era la tercera vez, en la historia de nuestro ejército, que se daba la oportunidad de aplicar este precepto de la Ordenanza. Entiendo que los otros dos casos fueron Santa Anna y Miramón.

El pintor Francisco de P. Mendoza ha hecho, sobre este tema, un cuadro histórico ("¡Abajo las armas!") que aún se conserva en la familia.

Mi padre había aprendido la esgrima de arma blanca con el maestro Guardado, que dejó un tratadito sobre la materia. Después de la herida en la derecha, aprendió a tirar las armas y a escribir con la izquierda. Su esgrima no era una esgrima de salón. Años después, yo mismo pude comprobar que tenía el puño muy duro y tendía siempre a desarmar al adversario de un corte. Ya se sabe, además, que el juego del zurdo es muy desconcertante.

He querido recoger aquí estas noticias, de una vez y aunque sea desarticulando la cronología del relato, tal como él me las refirió una tarde. Era invierno. Con el frío solía resucitarle un dolorcillo en la mano derecha.* Esto dio ocasión a sus recuerdos.

* En "El arte de ver" (*Los trabajos y los días,* tomo IX de mis *Obras completas*), me he rereferido a la mano herida de mi padre, a su aprendizaje de esgrima con la zurda, y a sus ejercicios para recuperar poco a poco su escritura normal. Véase al final el desarrollo de su firma en tres etapas [p. 490].

## 7. DE TOLENTINO A CORONA

La proeza de Villa de Unión, en la revista de las simbólicas siete heridas, nos ha hecho adelantar demasiado. Volvamos al año de 1870.

Este año fue, pues, fecundo en hazañas. Cumplida su comisión secreta, en febrero raptó de su cuartel al coronel Jáuregui, peleó en Mal Paso contra el general Martínez y salvó el depósito de su división en la retirada de Zacatecas. De marzo a octubre, anda en la campaña de Tamaulipas. A las órdenes del general Francisco Tolentino, era su ayudante de acuerdos.

No sé si entiendo bien a este jefe. Mi padre lo recordaba mucho y varias veces militó a su lado. Habían convivido en horas muy amargas, aunque no tanto como en los días del general Solís (1866): pues aquéllos eran tiempos en que la tropa comía tarde, mal y nunca. A veces, entre oficiales y asistentes se repartían escasos mendrugos, o los pedazos de la gallina atrapada por una soldadera. Otras veces, no había más que sancochar cueros del arnés para ir engañando el hambre. Se dormía a cielo abierto, sobre una tierra húmeda y esquiva. Los enfermos se curaban solos como bien podían. Mi padre, afligido de una retención que pudo ocasionarle la muerte, se sondeó a sí mismo con un alambre del chacó, previamente flameado. Los corazones se hacían duros, ante las miserias y penalidades constantes. Mi padre contrajo un padecimiento reumático de que nunca sanó del todo, y que si después se hizo muy llevadero, entonces llegó a extremos de gravedad. El tronco se le empezaba a torcer; los dolores eran agudísimos. Mientras Tolentino le dictaba sus órdenes, mi padre solía quedarse desmayado sobre la mesa. Cuando volvía en sí, Tolentino, que paseaba de un lado a otro, le decía simplemente:

—Estoy esperándolo para que continuemos.

No era cruel, no: era insensible por necesidad. Nunca oí

quejarse de él a mi padre. A su modo, Tolentino lo prefería y hasta lo necesitaba. Aun he creído entender que, en más de una ocasión, el muchacho imponía su voluntad a aquel general un tanto apático. Cierta conversación que sorprendí en mi infancia acaso esclarezca el enigma:

—Bernardo —decía el general Díaz, con su voz grave y campanuda—, ¿cómo era, al fin, Tolentino?

—Mi general, un guerrero valiente y un jefe de muy escasa iniciativa —le contestó mi padre.

Las fuerzas del general Corona se juntaron por un instante con las del general Tolentino. Entre los Corona y los Reyes había una tradición de amistad y paisanaje. Don Ramón no había olvidado al muchacho que compartió con su hermano Pepe la aventura infantil de los "tejocotes", el aguerrido mozalbete que había militado a sus órdenes en la campaña de Querétaro. Considerando el estado de mi padre, obtuvo que Tolentino se lo cediera y lo llevó consigo a Guadalajara, para donde iba destinado. En adelante militaría a sus órdenes, salvo un breve entreacto en que volvió al lado de Tolentino.

Pero antes, Corona tuvo que solicitar para mi padre los cuidados de mi abuela. Los médicos del "Rey que rabió" celebraron largas consultas. Dictaminaron que el enfermo bien podía morir o bien vivir. Pero —añadieron—, de vivir, que renuncie a tener familia, porque ha de quedar afectado para siempre. Mi abuela lo curó a "cubetazos" de agua, y yo solamente le he conocido más de una docena de hijos, sin los que le presta la fama. Por entonces recibió el grado de capitán en la ocasión que atrás se explica.

El año de 1872, el joven capitán tuvo a su cargo, en Guadalajara, la redacción del *Boletín Oficial de la 4ª División.* Corona necesitaba la ayuda de los hombres de su confianza, y su situación y su creciente renombre lo hacían blanco de frecuentes ataques. Lo censuraba, entre otras, la bien tajada pluma de don Alfonso Lancaster Jones, aquel joven dios, hermoso y rubio, dueño de singular cultura y de una envidiable posición, unido por siempre a mi padre por fraternales vínculos. Lo encontraremos más tarde en el curso de estas recordaciones, soberbio Apolo envejecido, nimbado por larga leyenda y hasta por la luz de su nombre, que evoca la

guerra de las Dos Rosas y la imagen de los vencedores de la casa de York, casta de monarcas ingleses.

El capitán Reyes, improvisado por deber en las tareas periodísticas, no se sentía íntimamente con tamaños para medirse con su amigo. Y decidió, como Pero Mudo en el *Mio Cid,* hacerse entender a su manera:

—Alfonso —le dijo—, tengo que defender a Corona. Te quiero como a un hermano. Tú me conoces: si persistes en tus ataques, te corto las orejas.

No hubo más, se acabó esa pena. Don Alfonso alargó los brazos y estrechó efusivamente a mi padre.

Bien conocía Corona, y de tiempo atrás, la bravura de su ayudante. En cierta ocasión, encontrándose en Zapotlán, y a la hora en que jefes y oficiales se ponían a la mesa, hubo un tumulto en la ciudad. La gente, presa de pánico, huía por todas partes y arrancaba las puertas. Uno de los coroneles de la División de Corona, por lo demás buen combatiente y a quien nadie superaba en el manejo del caballo y las armas, acostumbraba darse estos gustazos de vez en cuando. Todos le temían, y en estado de embriaguez no distinguía a los amigos de los enemigos. Se había convertido en un peligro público y en un desprestigio de las armas liberales. El cine norteamericano nos tiene acostumbrados a estas escenas en los pueblecitos del Far West. Corona ordenó a Reyes que saliera a restablecer el orden *por cualquier medio y a toda costa.* Aún no acababa de comer, cuando Reyes se presentó para darle cuenta de que había cumplido su comisión.

—Pues, ¿qué pasaba? —le preguntó Corona.

—Que el coronel, enloquecido, se había apoderado de una tienda, rompía a sablazos las botellas y, parapetado tras el mostrador, hacía fuego sobre los indefensos transeúntes. Le ordené en nombre de mi general que se diera preso. Prorrumpió en injurias contra mi general y contra mí, y se me echó encima sable en mano desde arriba del mostrador, apenas dejándome desenvainar.

—¿Y qué hiciste? —gritó el general espantado.

—Lo recibí en mi espada —fue la fría respuesta—. Eran las órdenes recibidas.

## 8. LA NORIA

El descontento causado por la reelección de Juárez vino a condensarse —tras la derrota de la insurrección en San Luis Potosí y en Zacatecas, 1869 y 1870— en el levantamiento de Porfirio Díaz (1871). Habían acontecido ya sublevaciones en Tampico y en la Ciudadela de México, ambas sofocadas por el general Rocha, y los sublevados invocaban el nombre de Porfirio Díaz, aunque éste tardaba y aun exasperaba con su silencio a sus partidarios, cuando por fin lanzó el Plan de la Noria. Los porfiristas fueron batidos en Oaxaca por el general Alatorre, y el propio Porfirio fue atajado por Rocha en su marcha hacia México. Abandonó entonces la partida y huyó a Veracruz. Sobreviene una nueva derrota de sus partidarios, fortificados en la Bufa, que caen también ante los ataques de Rocha, y aunque los vencidos logran todavía algunos éxitos parciales (Chihuahua, Topo Chico), no cuentan ya con la cooperación efectiva de Díaz.

Éste andaba errante por los Estados Unidos y, luego, algunos Estados mexicanos; y al fin fue a ocultarse en la Sierra de Álica para sólo reaparecer más tarde en Chihuahua (septiembre de 1872). Juárez había muerto, y Díaz se acogió desde Chihuahua a la gracia del presidente Lerdo y vino a presentársele, mientras preparaba otro levantamiento que esta vez tendría mejor suerte. Por lo pronto, consideró preferible esperar algunos años; pues, como le decía su compañero Protasio Tagle, "no hay que pretender suplantar al novio al día siguiente de la boda".

Un contemporáneo y partícipe de los sucesos resume así las causas de aquel fracaso:

> 1) El manifiesto de la Noria; 2) la desaparición del general Díaz del teatro de los sucesos; 3) la *(postura)* del general Treviño; 4) la excesiva modestia del general Donato Guerra; 5) y por último, la repentina muerte de Juárez, en momentos en que los

> jefes revolucionarios se encontraban sin caudillo que les sirviera de centro de unión.*

Respecto a la primerá causa o Plan de la Noria, baste recordar, para apreciar su inconsistencia, que comenzaba invocando el respeto a la Constitución de 1857, y después proponía una Convención de tres representantes por Estado, a fin de hacer otra Constitución y nombrar un nuevo presidente. Acababa con estas históricas palabras: "¡Que ningún ciudadano se imponga y perpetúe en el ejercicio del poder, y ésta será la última revolución!" Dice la Escritura que todos se encuentran un día con su pecado.

Respecto a la segunda causa o desaparición de Porfirio Díaz, después que Alatorre se adueñó de Oaxaca, abandonada por Félix, hermano de Porfirio, fuerza es reconocer que, por lo pronto, el caudillo escogió realmente un buen escondite, el cual a la vez significaba para él una esperanza.

> Al centro de aquel enjambre de hordas bravías *(el autor se refiere a los indios de Álica)* fue a parar Díaz, en su afán por ganarse prosélitos. Llegó por el corazón de la sierra hasta el pueblo de San Luis, donde Manuel Lozada tenía establecido el asiento de su cacicazgo; y fue a hacer, no antesala, porque allí no había salas, sino "antejacal", en la grotesca mansión del desalmado régulo. Y para captarse su voluntad, conociendo la idiosincrasia religiosa del indio, fundió él mismo una campana para el templo de la aldea, la cual hasta hoy se conserva como recuerdo del paso, por aquellos abruptos lugares, del que pocos años más tarde llegó a ser el autócrata de México.**

Pero Lozada, que acariciaba otros sueños de grandeza, desairó a Porfirio Díaz. Y éste, que naturalmente no las tenía todas consigo en aquella madriguera, escapó no se sabe cómo, y al fin volvió a dar señales de vida en Chihuahua, según se ha dicho, cuando ya se propalaban las nuevas de su probable fallecimiento.

Respecto a la tercera causa o condición del general Trevi-

* *Ligera reseña que hace el C. Juan E. Guerra de los acontecimientos que tuvieron lugar en los Estados del Norte durante la última revolución*, México, Imprenta en el Ex-Seminario, 1873.

** José López Portillo y Rojas, *Elevación y caída de Porfirio Díaz*, México, Librería Española, 1921.

ño, sobre el cual recae la censura implacable de Guerra, su compañero de armas —entre acusaciones extremosas que es preferible pasar por alto y no soy llamado a calificar—, cabe advertir que, tras la derrota de Oaxaca, el foco principal del levantamiento se traslada al norte. En Monterrey, el general Treviño acababa de establecerse como gobernador del Estado, contra el licenciado Simón de la Garza y Melo. Los partidarios de éste se disponían a alzarse, cuando los mensajeros de Díaz lograron evitar un levantamiento local y medio reconciliar a los adversarios, para que las fuerzas del descontento se amalgamaran en la revolución antijuarista.

Sea que el bravo guerrillero Treviño se haya lanzado a la aventura sin preparación suficiente; sea que inspirara poca confianza a los generales Martínez y Quiroga, sus enemigos de la víspera en el conflicto local; sea, en general, la mala estrella de la revolución de la Noria, ello es que la campaña se manejaba con tibieza y alejamiento. Faltaban municiones, la pólvora era de pésima calidad, los cañones mandaban sus proyectiles "a seis u ocho varas de distancia", se atacaban las plazas sin planes ni planos, no se prevenían las sorpresas del enemigo, se dictaban órdenes contradictorias, había traiciones y perfidias, recados a trasmano proponiendo a Juárez arreglos que éste rechazaba, y en suma, un verdadero caos. Se llegó a publicar en Monterrey una proclama que resultó inoportuna, con un nuevo plan que pretendía rectificar el de la Noria y lo dejaba peor que antes, nuevo plan que habría de darse a conocer después de la proyectada toma de Matamoros. La cual no llegó a realizarse y ni siquiera hacía falta. En efecto, se alcanzó aquella plaza del nordeste con fuerzas exhaustas, las cuales se retiraron en completa desmoralización, dejando en el camino más de la mitad de las bestias de tiro, muertas de hambre.

Respecto a la cuarta causa, o excesiva modestia del general Donato Guerra —quien, al levantarse en Zacatecas, previamente entregó el mando a su cargo y los fondos a su custodia, y quien realmente contaba con la voluntad de los demás jefes y acaso hubiera logrado mejor suceso—, importa reconocer que, en verdad, no quiso nunca desposeer a Treviño, aun cuando hubiera podido hacerlo por plebiscito, como Arís-

tides contra Pausanias. Así, en Salinas del Peñón, reafirmó a Treviño en la jefatura y lo impuso con su propio prestigio.

La quinta y última causa, se explica por sí sola: el levantamiento contra Juárez perdió la bandera cuando éste murió (18 de julio de 1872) y Sebastián Lerdo de Tejada vino a ser su sucesor legal.

## 9. LA SOMBRA DE LOZADA

QUEDABA, pues, sin objeto el levantamiento provocado por la reelección de Juárez, sin objeto el Plan de la Noria proclamado por Porfirio Díaz. Lerdo de Tejada, presidente interino el 19 de julio de 1872, lo es en propiedad desde el 1º de diciembre del propio año hasta el 30 de noviembre de 1876.

Alboreaba el año de 1873. Un hombre siniestro y extraño —a quien hoy, a la luz de las doctrinas en que entonces nadie soñaba, y con esa impunidad que consienten las interpretaciones retrospectivas, quieren algunos disfrazar bajo perfiles de precusor y aun apóstol, ora de la izquierda o de la derecha, cuando en verdad representaba un regreso a la barbarie y a la confusión de la horda primitiva—, el tuerto Lozada, tuerto como Aníbal y capaz de mantener también en constante sobresalto a las capitales, lanzó un llamado Plan Libertador, allá en su ciudad nativa, San Luis de Nayarit, que él bautizó "San Luis de Lozada".

Los libros repiten que era hijo de un Norberto García y de una Cecilia González, y que adoptó el nombre de su tío y protector José María Lozada. Los "hombres viejos", padres de la historia de que habla don Alfonso el Sabio, pretendían que era hijo de un inglés y de una india abandonada, la cual lo había llevado consigo al seno de la tribu, donde se habían reconcentrado sus rencores atávicos y su apetito de venganza contra el violador blanco. Algunos han asegurado que su padre fue el propio Barron, acaudalado inglés de la firma Barron, Forbes & Co, rival de la no menos poderosa casa José María Castaños.

Estas empresas se disputaban entre sí el activo comercio que, por el puerto de San Blas, había convertido a Tepic en un importante centro de negocios. Los ingleses contrataron a su fiero bastardo, ya conocido por sus fechorías, para aplastar al competidor, hacer contrabando, pelear a mano armada

contra los guardias aduaneros y gendarmes del puerto, y así lograron la delantera. Pero Lozada fue puesto fuera de la ley, y entonces emprendió su camino definitivo. Poco a poco, y ya de "hombre airado", se creó en Tepic, distrito que dependía de Jalisco, un verdadero cacicazgo.

Aquel vándalo, como se ha escrito, "pesó como un fardo de ignominia sobre la nación por quince años". Y después de su fusilamiento, el 19 de julio de 1873, todavía dejó una larga estela de bandolerismo por el país, y hubo que perseguir a sus cabecillas, a su "viborera", en largas y trabajosas campañas. Pues aquella gente contaba con las inaccesibles guaridas de la Sierra de Álica, por donde se perdía como manada de animales silvestres cada vez que se veía amenazada en las poblaciones.

Lozada había venido extendiendo su poderío por la región desde 1857.

> ...Personaje de funestos antecedentes, y que por una de esas complicaciones tan frecuentes en las guerras civiles se había transformado de salteador de caminos en general de la reacción, a cuyo servicio había puesto el prestigio adquirido por una serie de crímenes que hacen estremecer de horror e indignación.*

Bajo su capitanía, Tepic fue el primer Estado de Occidente que aceptó la Intervención francesa. Militó a las órdenes del Imperio, aunque a su manera irregular y anárquica, porque más bien se servía a sí mismo. Maximiliano y Bazaine que, en su desconcierto, hubieran querido contar hasta con los perros rabiosos, lo colmaron de honras para comprar así su ayuda. El primero le obsequió una valiosa espada; el segundo le hizo conceder una cruz de la Legión de Honor. Día hubo en que se le otorgó licencia para acuñar moneda. Más tarde, ya ni eso necesitaría, puesto que lo ajeno era suyo. Por octubre de 1868, el candoroso Payno se dejó decir que, a pesar de todo, Tepic, bajo Lozada, era modelo de orden y seguridad, los ladrones se habían acabado. Claro está: todos, menos uno.

* Juan B. Híjar y Haro y José María Vigil, *Ensayo histórico del Ejército de Occidente,* México, Ignacio Cumplido, 1874.

Cuando Lerdo de Tejada era ministro, se opuso siempre, por algunas consideraciones de política personal, a acabar con el cacicazgo de Lozada. Cuando Lerdo de Tejada fue presidente, tuvo en sus manos la posibilidad de someterlo desde el primer instante. No lo hizo, antes se dejó iludir por falsas manifestaciones de amistad, desoyendo el consejo de los estadistas locales y de los jefes del ejército. Cuando abrió los ojos, ya era tarde. Y aunque se acabó con Lozada en la época de Lerdo, no se debió ello a providencias ni medidas de su gobierno, sino al efecto de acciones militares que caían de suyo, ante los desmanes, crueldades y violaciones del cacique.

Lozada, entretanto, mantenía como preso en Tepic al poseedor nominal de la autoridad legítima, Juan Sanromán, y hasta oponía el veto a las leyes que no eran de su gusto. Tal contemporización fue funesta. El gobierno apenas mantenía en la plaza una guarnición insignificante, en tanto que Lozada era capaz de levantar de cuatro a cinco mil secuaces en veinticuatro horas.

El alzamiento definitivo de Lozada en 1873 estaba destinado a movilizar, al servicio de sus ambiciones, todas las fuerzas a la vista: el renacimiento del llamado espíritu reaccionario, provocado por la reelección de Juárez y por la siempre escasa simpatía de Lerdo; los resentimientos de los indios coras y huicholes —su contingente principal—, por ciertas reivindicaciones agrarias desatendidas; el odio de castas que se proponía encender, con miras a provocar, como en el Haití de Toussaint Louverture, una degollina general de blancos; y hasta la devoción de Cristo bajo cuyo cándido nombre pretendían escudarse él y sus tenientes. Porque Lozada soñaba ya con ser un emperador del Pacífico o un rey montaraz del Oeste, si es que no lograba adueñarse del país entero.

No se ofenda a los enemigos de la Constitución Liberal confundiéndolos con Lozada. Tampoco lo aprueban los verdaderos creyentes. Su guerra de castas era una traición a nuestra unidad nacional. En cuanto a las reivindicaciones agrarias, las desprestigió reduciéndolas a saqueos, y se limitó a repartir al principios unas cuantas haciendas entre sus allegados, con tan manifiesta injusticia que sus propios tenientes

comenzaron a sublevársele. Hasta en su último instante fue desleal para ellos, culpándolos de cuantos errores él había podido cometer, y procurando dejar sembrado entre ellos el germen de la rivalidad y la discordia. Si los cabecillas se mantuvieron en armas, es porque cada uno hacía bando aparte y se había aficionado a la profesión.

El despojo tradicional de tierras es cosa en que todos han puesto mano, mal endémico en los pueblos que no alcanzan la madurez institucional. Si el campo mexicano hablara, comenzaría por quejarse de los aztecas y acaso también de los tarascos, que ya se les parecían mucho a última hora. Y es lástima que unos y otros no se hayan despedazado entre sí, para bien de los reinos libres y de sus graciosas culturas seculares. La queja se seguiría escuchando, enderezada luego contra el encomendero y la Iglesia feudal de la Nueva España, exceptuadas las nobles figuras apostólicas y los esfuerzos de lo que podemos llamar la Iglesia justa. Y, por último, la queja se volvería clamor de la Independencia en adelante.

Por lo pronto, las promesas eran buenas palabras. Manuel Lozada y sus tenientes Dionisio Jerónimo y Agatón Martínez son árboles que han de ser juzgados por sus frutos. Dejaban la virtud para mejor ocasión. Su pretendida reorganización social del país no era más que una morbosa complacencia en el desbarajuste. Lozada se trasladaba en masa, de picacho en ladera, con sus tribus fanatizadas, como los invasores de la más remota Edad Media. En sus campamentos se aposentaban las familias, de que él era patriarca sañudo con derecho inapelable de uso y abuso, de vida y muerte.

> Era rapaz, feroz e inhumano. Caía sobre las poblaciones y las entraba a saco; raptaba a las mujeres, prendía fuego a las casas y asesinaba a diestra y siniestra. Y no solamente eso, sino que atormentaba a sus víctimas, para hacerlas morir lentamente, acribilladas por el puñal de sus infantes o por las lanzas de sus jinetes. La horca y los despeñaderos eran su principal medio de acción. Sus soldados andaban desnudos, sin más vestidura que un taparrabo; adornaban con plumas sus sombreros de "soyate", y se alimentaban de "pinole" (maíz tostado hecho polvo y endulzado con azúcar negra). Eran unos verdaderos bárbaros, mandados por un

mestizo degenerado, igual en ferocidad a cualquier jefe de tribu africana.*

Antes de arrojarlos a los precipicios, desollaba a sus prisioneros las plantas de los pies y los hacía caminar sobre las peñas, o los ataba a los árboles para que sus montañeses ejercitaran en ellos la puntería. Tal era el Tigre de Álica; tal era el autor del plan "libertador" aparecido en San Luis.

¿Qué libertad pedían esos bárbaros? En la idea de libertad todas las razas de rapiña han deslizado una gotas de veneno que completamente la pervierten. La libertad, en el orden político, es ante todo asunto de moralidad interior. Un pueblo que no es libre en su existencia íntima ni responsable de sus actos no posee la libertad externa; no puede sentarse en los consejos de la libertad, y si emplea esta venerada palabra, sólo la emplea a mala parte. El salvaje de Europa o de América sólo quiere usarla en sus relaciones con el exterior. Para él significa el derecho al crimen y nada más que eso. Es un concepto de protesta, de defensa egocéntrica contra todo lo que tienda a limitar la propia irracionalidad y dirigirla, en bien de la humanidad toda, hacia el general servicio humano. Y acaba convirtiéndose exactamente en el concepto contrario, por afán de esclavizar al mundo en provecho de una casta igualmente esclava.

Para llevar a cabo su revolución, dividió Lozada a su gente —unos 12 mil hombres— en tres fracciones. La columna que avanzaba sobre Valparaíso, en Zacatecas, se retiró sin combatir ante el desastre de las otras. La que se dirigía sobre Mazatlán fue vencida por el general Ceballos. La tercera y más importante, con un grueso de 8 mil hombres y el Tigre de Álica a la cabeza, entró por Jalisco. El 28 de enero, en la Mojonera, a dieciséis kilómetros de Guadalajara, se encontró con las fuerzas del general Ramón Corona: unos 2 200 hombres. La batalla fue sangrienta y Lozada se dispersó en completo desorden, y no volvió a rehacerse nunca. El capitán Reyes ascendió en el campo mismo a comandante de Escuadrón por su directa participación en esta victoria. A él le

* J. López Portillo y Rojas, *op. cit.*

tocó la honra de parar y desbaratar el primer choque con su columna de vanguardia.

Pero hubo más. Atrincherado Corona en una hacienda, resistió varios inútiles asaltos del enemigo. Y sobrevino uno de esos largos silencios que son todavía más insoportables en plena batalla. Pasaron varias horas. Corona ordenó a Reyes que saliera con un destacamento a explorar el campo, y Reyes se internó por los matorrales. Se oyeron nutridas descargas y luego, otra vez, un espantable silencio. Corona, angustiado, daba ya por perdidos a sus exploradores, cuando apareció Reyes, solo y desmontado, desgarrado el traje, la espada en la mano y, como Álvar Fáñez Minaya, "por el codo abajo la sangre destilando". Lo habían rodeado los adversarios, le mataron el caballo y acabaron con todos sus compañeros. Y él se había abierto paso, a tajos, entre la ensañada muchedumbre. Los informes que proporcionó sobre las posiciones de Lozada determinaron el triunfo.

La batalla de la Mojonera no es un hecho secundario en la historia particular de Jalisco. Si Lozada llega a adueñarse de Guadalajara, el efecto hubiera sido espantoso sobre el país entero, desviando acaso para siempre el destino histórico de México, al corromper el sentido nacional de los inmensos fondos indígenas, y quién sabe si no se hubiera propagado también a otros lugares de América. Algún historiador se atrevió a evocar, en este punto, el caso de España contra los sarracenos, y el de Hunyadi contra la invasión otomana. Estas comparaciones sólo parecen hiperbólicas por esa humildad tradicional que nos hace imaginar nuestras vicisitudes como menos trascendentes que las vicisitudes de Europa.

## 10. GRANDEZA Y MISERIA DEL SOLDADO

HAY que entenderlo bien: esas tropas que nos dieron patria tenían que vivir, más de una vez, sobre el territorio que ocupaban; era su único recurso. Se explica así el pánico que cundía por poblados y villorrios al grito de "¡Ahí viene la tropa!", cuando aparecía la vanguardia de las soldaderas, esas amazonas mexicanas que preceden a los ejércitos, les preparan la comida y el campamento a puño limpio, y mueren junto a su hombre como Rosita en el corrido de Macario Romero:

¡Hora sí lo hicieron bien!
Ya mataron a Macario:
¡mátenme hora a mí también!

¡Ahí viene la tropa! *¡Hannibal ad portas!* ¡Sálvese el que pueda! La hostilidad los rodea, la desconfianza los recibe. Se hacen los muy fieros para que los respeten. Exageran los malos modos, engruesan la voz. ¡Los pobres soldados! Acaban de jugarse la vida por el bien de las poblaciones, y sólo a la fuerza se lo pagan. Casi preferible pernoctar bajo las estrellas compasivas, bañarse en los charcos, aguantar hasta el límite los retortijones del hambre, las mordeduras de la sed, y luego olvidarlo todo en la refriega.

Poco a poco, hay alguna cara que sonríe, primero de mujer y al fin de hombre. Se cambian algunas conversaciones. Y el viejo vuelve al jacal diciendo:

—No parecen mala gente. Pero no les den mucha confianza, muchachas, porque estos de tropa son muy "relajos".

¿Pues no lo han de ser, con esa existencia arrastrada que Dios les dio? ¡Pues sí que habían de ser unos angelitos del cielo, para que se los comieran vivos los contrarios, que también están buenos! Aquí no hay más que herrar o quitar el banco, no hay más que "hacerse al fuste". Si hemos de ser amigos, bueno; y si no ¡aguante! Que la frecuentación de

la muerte no enseña a andarse con complacencias, y algún fuero ha de disfrutar el que se deja por ahí los pedazos para cumplir con el servicio.

Esto es antiguo como el mundo, se ha visto en todas partes. Y es en vano esconder la cara como las avestruces, queriendo ocultar vergüenzas comunes a la raza humana, o salir con remilgos porque en tal o cual guerra anárquica suceden algunas barrabasadas. Mala es la guerra, y por mucho que se la legisle —y peor si no se la legisla, como en nuestras luchas calamitosas— tiene que ser siempre cosa mala. Con razón se ha dicho que el ignorar la muerte daba una manera de impunidad a los dioses gentiles. Con tanta razón puede añadirse que el oler la muerte todos los días provoca una disposición semejante.

¿Acaso es más digno de respeto el paisanaje que, por odio gratuito al soldado, le hace malas pasadas? No tiene nombre la maldad de aquellos guías rurales que condujeron al retén de mi padre, en las serranías de Durango, hasta una nidada de alacranes. Esos alacranes pequeños y amarillos matan a un hombre de un piquete. Y no sólo inspiran el temor del peligro cierto, sino que, como a todas las alimañas, no podemos menos de considerarlos con un vago horror cosmogónico. Parece que adivináramos en los arácnidos y en todas las bestias menores, reducidos a la más simple expresión, a los sucesores irremediables del hombre, a los aniquiladores futuros. . .

Comenzaban a montar las tiendas. Mi padre se había metido ya en el leve catre de campaña, angosto como un féretro, cuando se empezaron a oír los gritos de la gente, atacada por los alacranes. Salió como estaba y se puso precipitadamente el capote. Dentro de una manga lo esperaba ya el enemigo, que al instante le descargó dos piquetes en el brazo derecho. Sintió la lengua envuelta en hilos y a poco perdió el conocimiento.

—El alacrancito ha de haber estado enfermo —me decía mi padre—. Después de picarme, se quedó muerto.

—¿Y tú?

—Yo aquí estoy todavía.

¿Y aquel hombre que cortó el árbol a cuya sombra descansaba la tropa? Ellos se habían acostumbrado a hacer su casino debajo de aquel follaje generoso, sentados y tumbados en las raíces. Salían de excursión guerrera por los alrededores y volvían echando el alma, ansiosos de descansar bajo su árbol, de refrescarse un rato, de charlar, de dormir su breve tregua al cobijo de aquel dios silvestre.

¡Qué bien que se entiende el culto de los árboles en las religiones primitivas! ¡Y qué verdadero aire de deidad natural, anterior al antropomorfismo de los Olimpos, tienen esos árboles gigantescos, plantados de pronto en la desolación de la tierra como a espera del caminante! Si hasta parece que infunden en su huésped cierta quietud vegetativa, cierta aceptación, cierta docilidad física doblada de cierta interior libertad de ensueño. No es otro el efecto de la droga, simbiosis del vegetal en el animal. Tal vez los árboles se contentan de no moverse por lo mucho que contemplan y sueñan. Los pájaros les cuentan las extrañas aventuras del vuelo, y con oírlos se satisfacen. Las brisas les hacen guiños y los sacan a bailar un poco, aunque sin moverlos de su lugar, como en tales danzas australianas que se ejecutan con el tronco y los brazos. Árbol de la tropa, padre tutelar de los valientes y de los afligidos: hay, en el torrente de mi sangre, una oculta gotita que agradece todavía tu ternura.

Cuando, después de limpiar de facinerosos el contorno con las escobas del plomo y los aceros, el destacamento volvió al lugar, no encontró ya el árbol.

—¿Quién lo ha talado? —preguntó mi padre iracundo.

—Lo corto Fulano, mi jefe —le contestó un desgreñado que se acercaba—. Dijo que lo iba a tumbar con su hacha para que no viniera aquí a amontonarse la tropa.

—¡Qué me lo traigan! Que me traigan a ese Fulano ahora mismo! Que ahora me lo llevo de leva, y ahora va a saber lo que es un árbol, lo que puede ser la sombra de un árbol para el soldado!

El otro parecía un elefante, sumergido en su poderosa plétora vital. Era uno de esos deficientes mentales a quienes se les va todo en músculos. Bajo una sonrisa idiota y una apa-

rente mansedumbre ocultaba instintos de gorila. No acertaba siquiera a medir sus fuerzas; sus juegos mismos resultaban de consecuencias fatales y eran de una funesta irresponsabilidad. Ya le había acontecido dejar a una mujer muerta en un abrazo de amor, y sólo se le ocurrió comentar:

—¡Qué delicadita! No me iba a durar nada.

Entre los burros se había declarado un raro mal, como una de aquellas epizootias que Apolo mandaba y conjuraba. Los soldados llevaban sus burros al aguadero, y a poco, herido de rayo, se les caía uno muerto. ¿Si sería el sol? ¿Si sería el agua envenenada?

Notaron que el hombre-elefante siempre andaba por las cercanías, y él mismo, con sus medias palabras y su sonrisa provocativa, venía a decirles:

—Ya se les murió otro burro. Vengan a ver.

¿Será posible? Aquel monstruo, sencillamente, tendía un burro de un puñetazo en la nuca, y luego se quedaba resollando fuerte de gusto, como en paroxismo de vigor.

Cuando le descubrieron el juego, lo "pasaron a tabaco" entre todos, con las baquetas de las carabinas, y allí lo dejaron retorciéndose en el suelo, y ojalá que lo hayan matado.

En nuestros días, lo hubiera defendido un casuista; lo hubieran llevado a un hospital de locos, y su "enajenación crepuscular" daría asunto a muy sabias disertaciones. Los diarios llenarían planas enteras con sus retratos en distintas posturas. ¡Qué propaganda para él y para los especialistas que lo tuvieran bajo su observación y estudio! ¡Qué orgullosa su familia, de contar nada menos que con un monstruo! Su abogado podría triplicar en adelante los honorarios. No faltarían jovencitas que se le declarasen por carta, dedicándole fotografías en que le expresaran su anhelo de morir entre aquellos brazos gloriosos, capaces de estrangular a un burro. . .

Además de que no siempre es posible ser paciente con los desalmados. Aquel vejarrón, más duro y robusto que un roble, abusaba de la conmiseración que infundía su dolor paterno:

—¡Para eso se me fueron con la tropa mis dos muchachos

del alma! Para que me los trajeran muertos en el primer encuentro! Me lo han de pagar, hijos del Diablo! Primero se llevó Dios a mi vieja, que en paz descanse, y ahora estos tales me roban a mis muchachos del alma. Y me he quedado solo en el mundo cuando más falta van a hacerme. Pero yo me basto y me sobro para todos ustedes, hijos de esto y de lo otro, y todos me lo van a pagar.

—Pero, don Tobías, si nosotros no los sacamos a la fuerza de su casa, si ellos quisieron entrar en filas. Si nosotros no tenemos la culpa de que hayan caído. Si los queríamos y eran nuestros. Si hasta recobramos sus cuerpos a costa de otros dos de la tropa. Y murieron por la patria, como valientes, heridos de frente como mueren los hombres. Consuélese siquiera con eso, que más no podemos darle.

—¡Hijos de esto y de lo otro y de lo de más allá! ¡Y con eso quieren consolarme!...

¡Ah, esto era ya demasiado! El hombracho los hostilizaba y befaba de día y de noche, no los dejaba ni a sol ni a sombra. Los humillaba en todas partes, y hasta era de temer que la gente se les subiera a las barbas cualquier día y comenzara a faltarles al respeto. Aquello podía parar nada menos que en un motín. Era una responsabilidad de guerra para el mando.

Y luego ¿qué mexicano aguanta que le mienten a su mamacita, así sea uno de esos bellacos que caen presos por tratarla a golpes? El mexicano se mata por una palabra, más aún que por la persona.

Hasta que, colmadas las medidas, tanto hizo y tanto dijo el vejazo, que un oficialito ágil y nervioso, a quien ya le rebullía la sangre, no pudo más:

—¡Mire, viejo de la grandísima! Que le den un machete y, si es hombre, fájese conmigo. A ver si es verdad que vamos a pagarle todos una culpa con que no cargamos. Que al cabo está todavía bueno para pelear, y está desperdiciando el tiempo en gritos al aire.

No deseaba otra cosa el hercúleo viejo. Tomó el arma que le ofrecían, y se arremangó dejando ver unos brazos nudosos y curtidos. La gente hizo valla como en duelo de caballeros. El viejo se vino hecho un león contra el frágil oficialito.

Pero éste lo recibió entre una tempestad de machetazos, y en un instante acabó con él y sus maldiciones y todos sus sapos y culebras. ¡Y todavía el oficialito lloraba, arrodillado junto al hombrón, entre la rabia y la pena que le roían el alma!

Tales cosas me contaba mi padre, haciéndome ver las grandezas y las miserias del soldado.

## 11. DEMONIOS Y ENDRIAGOS

TRAS la derrota de la Mojonera, Lozada volvió a internarse en la Sierra de Álica para continuar allá su pesadilla sanguinaria y oscura. El comandante Reyes, al mando de su columna, que dependía del coronel Andrés Rosales, fue comisionado para perseguir al cacique y a sus peligrosos tenientes.

> ...Aparte de sus elementos militares y muchos auxilios indígenas diseminados desde Jalisco hacia Nayarit y hasta Sinaloa, Lozada y los suyos contaban con poderosas ayudas económicas de empresas extranjeras interesadas en el negocio del mercurio. Reyes logró aprehender a Lozada, que fue ejecutado por Rosales en Tepic (Loma de los Metates), el 14 de julio de 1873. Cuentan las tradiciones que, horas antes de ser batido, Lozada enterró en la serranía parte de sus tesoros y después dio muerte a los que le ayudaron en ello, tesoros que han sido objeto de muchas buscas *(y que pasan a la categoría de nuestros tesoros folklóricos: el de Cuauhtémoc en el fondo del lago, el de Zapata en Cuernavaca...)*.
>
> Cuando el consejo de guerra sumarísimo juzgaba a Lozada, llegó un telegrama dirigido a los jueces militares. Y Reyes, comprendiendo que se trataba de una maniobra de las grandes compañías mineras para salvar a Lozada, se opuso a que se abriera hasta no terminar el acto, por ser otra cosa contraria a todas las leyes procesales del caso. Concluido el juicio y sentenciado el reo, se lo mandó ejecutar. Abierto el telegrama, se confirmaron las sospechas, pero la justicia se había cumplido.
>
> Reyes siguió persiguiendo a los restos de las tropas de Lozada, y así atravesó la inmensa serranía occidental y bajó hasta Sinaloa, batiéndose sin cesar hasta limpiar absolutamente toda la región, por lo cual obtuvo el grado de teniente coronel...*

Álica, Sinaloa, Sonora: nombres guerreros, tañidos de alarma, redobles de rebato. Coras, huicholes, apaches. Pronunciados, héroes, bandidos. Fusilatas, degüellos e incendios, explosiones de polvorines, saqueos y cargas, rodar de cañones, gemidos de bestias azoradas; desorden, desorden

* Rodolfo Reyes, "Limpiando y ordenando", *El Universal*, México, 5 de agosto, 1946.

de los elementos. ¿Cómo no se cansa el corazón de un pueblo entre sobresaltos tan incesantes? Todos los orígenes están amasados de ignominias. Inconscientes e ingratos, hoy nos encaramamos sobre los montones de cadáveres para columbrar un palmo de horizonte. Casi se impacienta la pluma, puesta a desentrañar unas cuantas perlas preciosas en ese lodazal rojo.

Aquella gente, a quien hacía falta todo el infierno para percatarse de la quemadura de la vida —tan cerca estaba de la indiferencia mineral— pretendió acabar con él lo mismo a fuerza de asaltos como de atentados personales. Los demonios andaban sueltos, como antes de que Salomón los encerrara en el camello. Éolo había desatado sus pellejos. Los cabecillas mantenían en agitación al país. Sus hordas luchaban conforme a la guerra de los monos y de las hormigas, que aquello ya no era cosa humana.

Lo veo, con su columna volante, hacer un alto en un campo de mogotes. Las hacinadas gavillas, formadas en orden regular, dan al paisaje una artificialidad graciosa, que revela ya la presencia de la labor y el ingenio. Aquello promete ser tierra organizada, educada por el trabajo, pacífica. Los surcos se alargan en rayas convergentes y se juntan allá en los términos. Reina una placidez de suelo agradecido, flota una conciencia de tarea bien acabada. Todo convida al descanso. Conforme cae la tarde, parece aumentar la quietud. Ya sólo, como en Othón,

> se escucha el agudísimo zumbido
> del insecto apresado por la araña.

Pronto se podrá dormir a pierna suelta, un reposo muy bien ganado. A la queda, todos comienzan a recogerse. Una noche sin luna saca de ronda al indeciso fulgor de sus estrellas, porque hay en el aire un velo de humedad que apaga y ensombrece el campo. El cielo y la tierra se abrazan como en las vetustas cosmogonías. Los hombres descansan, y la oscuridad cobija el crimen.

Porque en medio de la negrura, aquellos mogotes comienzan a arrastrarse silenciosamente y van cercando a los solda-

dos. La rueda se va recomponiendo en movimientos esporádicos. Un bulto avanza un poco, y para; luego otro, luego aquél. Y cuando ya casi han logrado un contacto pleno, los caballos, como los gansos de Capitolio, dan la alarma con espantados relinchos y despiertan a los soldados, que apenas tienen tiempo de huir, abandonando algunos pertrechos y cadáveres, mientras cada montoncito de rastrojo cae para atrás y deja salir a un salvaje armado, que cierra sobre ellos blandiendo el arma y dando chillidos infernales.

La larga campaña de Álica lo trae de una parte a otra por las anfractuosidades de la sierra. En junio de 1875, mi padre persigue al cabecilla Tranquilino Hernández y, poco después, al cabecilla Isabel González. Se vio entonces en el caso de reclutar gente para aumentar sus fuerzas. Al cabo de una semana, se consideró bien pertrechado.

Era en Santiago Ixcuintla, Tepic. Dormía el comandante en los altos del cuartel, cuando lo despertaron los gemidos de sus soldados, que morían alevosamente, apuñalados por los supuestos voluntarios, todos enemigos. Entretanto, gruesas columnas de González atacaban por fuera. En el primer instante, le mataron a la mayor parte de sus hombres. Salió como estaba, semidesnudo, acompañado de Cruz Ayala y el pequeño grupo que dormía también en el piso alto. Tuvo que conquistar la escalera grada por grada, gritando para llamar la atención de los asesinos y dar tiempo, así, a que sus supervivientes se recuperaran de la sorpresa. Los que atacaban desde la calle habían ya logrado invadir el patio e hicieron fuego sobre él, astillándole el omóplato izquierdo. Siguió de frente, levantó el ánimo de los suyos, expulsó a los asaltantes y los persiguió tenazmente, dándoles alcance a lo largo de unas tres leguas. Veintitantos hombres bastaron para poner en fuga a más de doscientos.

La espada del comandante se cebaba de preferencia en los que parecían descollar y sostener la moral de los adversarios. Los pasaba de parte a parte y los iba dejando tendidos por el camino. Y al cabo, tanto entró y salió, que el acero se fue calentando al punto de destemplarse y torcerse. Aquella es-

pada, hecha casi un tirabuzón, se guardaba todavía en casa por los días de mi infancia.

Esto aconteció el 12 de septiembre de 1875. El 18 de noviembre, en la Puerta de Plateros, obligó a rendirse al cabecilla, con toda su gente armada, después de haberlo derrotado tres veces, y ascendió a teniente coronel.

Lo veo, cierta noche veraniega, durmiendo en un catre de lona, en el corral de su casa por el exceso de calor. Creo que fue en Rosario, donde tenía sus bases. Nervioso y de sueño ligero, alerta hasta en el reposo, que así viven siempre los que viven amenazados, lo despierta un leve ruido en el picaporte del portón del fondo, como de alguien que quisiera abrirlo desde afuera. Este portón daba a una especie de establo, que todavía se comunicaba a la calle por otra puerta.

Mi padre, que estaba descalzo, pudo acercarse al portón sin ser sentido y, por las rendijas de las tablas, alcanzó a ver unos bultos, un grupo que venía a sorprenderlo, aprovechando el descuido de la noche. Salió entonces a toda prisa por la puerta principal, en la calle opuesta, para traer un piquete de su cuartel. Pero cuando, "a paso veloz", su gente rodeó la manzana, apenas pudo descubrir a la masa de asaltantes, que doblaba la esquina y desaparecía misteriosamente, con ese don de disolverse en el aire, untarse en el suelo y desintegrarse de algún modo, que es uno de los mayores enigmas de estas razas.

Lo veo sentado a una mesa, escribiendo, abiertas las ventanas para que corra el aire, porque el tiempo era caluroso en Rosario. Mi madre, muy jovencita todavía, jugaba debajo de la mesa con las últimas muñecas que le quedaban. Mi padre rasgueaba en el papel, y luego leía para sí acompañándose como solía con ese ruidito gutural —*jui, jui, jui, jui*— que ayudaba siempre su lectura: singular cronómetro, hecho sin voz y sólo de aliento, y al que iba comunicado el énfasis de las frases. De repente, los demonios lo agredieron a tiros desde las ventanas abiertas, sin más efecto que astillar las patas de la mesa, al lado de mi madre. Este contraste de candor y de crimen es una síntesis acabada de aquellos días aciagos.

Se llegaba de su casa al cuartel por una calle que remataba en la plaza próxima, y allí se doblaba a la izquierda. En la esquina había un almacén de comestibles. La tienda daba sobre la plaza; pero en la calle lateral había una puerta accesoria, frente a la que pasaba mi padre todos los días y que sólo una que otra vez se abría para entrar las mercancías y fardos. Esta calle tenía una de esas aceras altas de otros tiempos, que sobresalía más de medio metro sobre el arroyo.

Anochecía. Según su costumbre, mi padre iba rumbo a la plaza, camino del cuartel. La puerta accesoria rechinó: era inusitado. El reflejo nervioso lo hizo saltar de la acera hasta media calle. En ese instante, salieron de aquella puerta dos hombres, puñal en mano. Al primero lo atajó con un disparo oportuno; el otro logró huir y escapar a nado por el río. Aquel salto inconsciente lo había salvado. Los hombres iban desnudos y bien embarrados de sebo, providencia del cuerpo a cuerpo. Si llegan a apoderarse del comandante, nada hubiera podido éste contra aquellas fieras resbalosas.

Entre las partidas que logró reducir, varios adoptaron la jefatura del vencedor y, según la ley de los guapos, se pusieron a sus órdenes. Yo conocí a uno, Ángel Díaz, "caballerango" de mi casa. Nos sirvió hasta su muerte. Traía el aroma del campo, componía "corridos", era borracho; pero el vino no le estorbaba, aunque estaba sordo y un tanto embrutecido. "Cojitranco" por efecto de los balazos ("lunanco", dice el ranchero), tenía un cuadril algo salido. Cumplía muy bien con sus tareas. Se hubiera dejado matar por cualquiera de nosotros. A su tiempo volveré a recordarlo.

Para entonces —como dice cierto cronista anónimo que ni mi padre ni mi familia pudimos nunca identificar, y que algunas veces hemos sospechado haya sido don Joaquín Baranda, cuya amistad jamás se enfrió a pesar de ulteriores peripecias políticas, en que vino a ser la primera víctima del proyectado acuerdo entre mi padre y Limantour.

> ...el nombre de Reyes era ya un grito de guerra para sus soldados. Y que el mando estaba en manos de un jefe de gran carácter,

resolución y energía, quedó plenamente demostrado por lo que aconteció cuando, habiendo ordenado un consejo de guerra la retirada de las fuerzas del Gobierno, el entonces coronel Reyes se manifestó en franco desacuerdo. Solicitó y obtuvo permiso para exceptuar de la orden general a las tropas que tenía bajo su mando inmediato. Volvió con ellas a Tepic, venció al enemigo en una sola carga de caballería, y regresó triunfante a la cabeza de su vanguardia.

## 12. CON LOS DEL SEXTO

YA SUS soldados habían aprendido a gritar "¡Aquí va Reyes!", para desmoralizar al adversario. Aquellos valientes eran sus hijos, que así los amaba y castigaba como si fueran de su carne; entre el rigor y la solicitud que sólo sabe otorgar un padre verdadero, con aquella bronca llaneza que conviene al trato del superior, y aquella ecuanimidad medio envuelta en burlas o en sarcasmos tan propia de la caballería. ¡Ay, mi 6º Regimiento, y qué mío eres, y cuán cerca estás de mi corazón! ¡Ay, bravos dragones de la muerte, y con cuánto amor y cuánta veneración os evoca, desde el silencio y la quietud en que lo han envuelto sus estudios, este vástago de combatientes, que nunca logró aplacar del todo ciertos estremecimientos hereditarios!

Los sargentos eran todos talludos, como aquel húsar con quien el padre de Victor Hugo recorría los campos de batalla, y todos se dejaban unas barbazas hasta el pecho, para que, en medio de la refriega, los rasos los reconocieran y no se desorganizaran los cuadros.

Yo alcancé a dos supervivientes. Tiburcio Cháirez, que acabó de posadero en Linares, soñando todavía con la guerra y llorando a solas cuando los recuerdos lo ahogaban, amaba a sus corceles con una ternura que puedo llamar maternal. Los almohazaba cantando y rociándolos con buches de aguardiente legítimo, como quien los carga de fluido eléctrico. Y cuando una yegua se le murió en el parto, él mismo quiso darle el seno al potrillo, y se desgarraba la camisa buscándose las mamas peludas, enajenado de dolor. Del otro sólo guardo en mi imaginación la figura de un santo de palo marfileño, adornado con una luenga barba encanecida. Le llamaba "Aurelia" a mi madre, y de repente, refiriéndose al general mi padre, se le escapaba todavía decir "mi coronel". Cuando vino de visita a México, se sentía de la familia, y así lo sentíamos nosotros.

Algunos, sin perder su lealtad guerrera, solían ser, en lo demás, unos redomados bribones, y hasta eso los agraciaba. Dos de ellos salieron maltrechos en un combate, y les vendaron las manos, que manaban una sanguaza purulenta. Allí, en el mismo campo de acción, se distribuyó una paga a la tropa. Vinieron a decirle a mi padre que los dos heridos habían instalado, entre unos tambores, un puesto de albures y estaban "pelando" a la tropa. Y así era. Los muy ladinos habían señalado las cartas con su misma sangre, hacían como que barajaban con aquellas manos pecadoras, y robaban a cuantos podían.

Los oficiales eran todos valientes, que también eso se contagia cuando no queda otra salida. Dos de ellos, enfurecidos de celos por una paloma de la cercana ranchería, se apoderaron de una pistola y se encerraron en el cuarto de guardia. Hicieron pacto de tomarse por la mano izquierda, de alternarse el arma y no dispararse al corazón. Y entre "ahora a ti te toca, hermano" y "ahora, tú", desde afuera sólo se oyeron los tiros; los encontraron muertos, uno junto a otro y bien agarrados, en raro suicidio de amor y odio.

Mucho quiso y distinguió mi padre a su edecán Rendón, por su arrojo, su viveza, su simpatía y hasta su don animal para descubrir los rastros. Debe de haber sido muy campesino, muy baquiano. Preveía las mudanzas del tiempo y entendía los rumbos y las estrellas; sabía esperar donde lo dejaban, y escuchar e interpretar las mil diminutas señales que hacen las cosas: lo que canta el pájaro, el olor del viento, el ruidito que se oye de lejos, pegando la oreja en tierra, y si son ganados o son tropas. No había más ducho explorador, más avisado centinela, más mañoso defensor de un puesto avanzado; capaz de hacerse pasar por muchos, aunque fuera él solo, atacando por varias partes, desde los árboles y detrás de las peñas, de engañar al que lo descubriera, rebuznando o imitando el aullido del coyote; sensible al peligro como el venado, y tan súbito como éste para aparecer y desaparecer, deslizándose sin ruido, que no parecía pisar el suelo; un

águila para el ataque, una anguila para la defensa, un toro para resistir a pie firme, una liebre para la carrera.

Pero lo afligía el feo vicio de la bebida; y emprendía entonces unas fugas desesperadas, y escapaba y no paraba hasta el mar. Volvía contrito, casi temblando de vergüenza, y se dejaba sumisamente castigar por mi padre, que lo recibía a puñetazos. Se morigeraba algún tiempo, y luego tenía otra recaída. Y una de tantas veces, para hacerse perdonar y regresar con alguna prenda de valor, quiso intentar el rapto de un jefe enemigo, el golpe clásico de Bernardo Reyes, que éste había ejecutado un día en Jáuregui. Pero Rendón lo imitó en mala hora.

No aparecía, y mi padre se impacientaba, preguntaba a todos y hasta mandaba gente en su busca. De pronto se dejaron ver unos arrieros con sus recuas; esos arrieros que trajinaban por los pueblos e iban de un campamento en otro haciendo dobles traiciones y alcahueterías, a la vez que proveyendo algunas necesidades de los ejércitos. El cuerpo de Rendón venía atravesado en una mula, con una misiva atada al cuello en que el jefe enemigo se disculpaba. No había sido su intención —explicaba—. No le agradaba matar hombres en riña. Pero Rendón se le había metido, medio ebrio y dando empellones a la guardia, hasta el cuarto donde él estaba contando el dinero, y lo había asaltado, obligándolo a defenderse. Creyendo habérselas con un ladrón, lo tendió de un tiro, y sólo después, al reconocerlo, había comprendido que se trataba de un rapto de locura, pues no ignoraba los antecedentes de aquel aguerrido adversario: "Lo acompaño, señor coronel, en sus sentimientos, y ya encontrará la ocasión de desquitarse cuando, uno de estos días, tenga yo la honra de que nos veamos las caras en cualquier contacto de armas. Pero le aconsejo que, en adelante, les eche pialera a sus mulas, para que no se le anden saliendo del corral. Su sincero enemigo, etcétera."

¡Ay, aquel temerario tuvo la mala suerte, en el próximo "contacto de armas", de que se le atascara el rifle con que esperaba a mi padre! Se espantó, entonces, volvió grupas precipitadamente y —"¡Va por ti, Rendón!"— recibió en los lomos y a quemarropa toda la carga de un revólver.

El caso, al menos, valió la recuperación de un pueblo que había caído en manos de aquellos facinerosos. El pueblo los recibió en triunfo. Por la noche les ofreció un baile y hubo un simulacro de alegría; porque una sombra de tristeza parecía cernirse sobre los del Sexto. Y un oficial que, en el baile, "se puso muy cuete" (¡esta gente no escarmienta!), como ya no aguantaba los botines de lujo, se sentó debajo de una mesa, se descalzó, y desde allí sacaba los pies y movía los dedos, exclamando:

—¡Goza, goza, corazón!

## 13. DE TUXTEPEC EN ADELANTE

SEGÚN todas las apariencias, era propenso el presidente Lerdo de Tejada a malquistarse con sus colaboradores de mayor prestigio. El coronel Corona no pudo eludir esa ley fatal. En pago de su triunfo en la Mojonera y sus otros eminentes servicios, tuvo que aceptar el destierro dorado de la diplomacia. Destinado para ministro en Madrid, comenzó por pedir como secretario de Legación a su antiguo ayudante Reyes. Recapacitó en el último instante. No quiso atravesarse en la carrera del joven militar, que ya se prometía brillante, y se limitó a recomendarlo a su nuevo jefe, el general Donato Guerra, que ya antes había acompañado a Díaz en el levantamiento de la Noria. Guerra se aficionó pronto a mi padre; le había confiado muy delicadas comisiones y le proporcionó la ocasión de participar en acciones como la de Santiago Ixcuintla.

Declinaba el astro de Lerdo. Porfirio Díaz había hecho durante cuatro años la figura de un Cincinato, ya en traza de agricultor, ya de carpintero, y al fin de diputado. Vivía alerta y acechaba la hora propicia. En enero de 1876, se levantó en armas. No era el primero: ya, entre otros, lo había intentado, con mala suerte, el general Rocha, cuyo fracaso le costó abandonar el país. El Plan de Tuxtepec, entre cuyas "leyes supremas" se proclamaba "la no reelección del presidente y los gobernadores", y para cuya realización Porfirio Díaz asumió la jerarquía de generalísimo del Ejército Regenerador, "tuvo eco inmediato en muchos lugares de Oaxaca, Puebla, Jalisco, Guanajuato, Sonora, Sinaloa, Durango, Yucatán, Veracruz, Nuevo León y Tamaulipas; mas ya no eran los soldados los que ejecutaban los levantamientos. Sus caudillos tenían que crearse elementos para la guerra".*

El general Ogazón y el ilustre Ignacio Vallarta —el tío y

* Bernardo Reyes, *El Ejército Mexicano.*

el primo de Reyes— fueron porfiristas de la primera hora. El afán de Lerdo por hostilizar a Vallarta, durante la época en que éste fue gobernador de Jalisco, cuenta entre las causas de la extraña sordera política con que Lerdo consideró siempre la amenaza nacional de Lozada. Reyes no podía tener especial simpatía por Lerdo ni por su administración, y todavía la ingratitud para con su jefe Corona vino a confirmar su íntimo resentimiento. Ogazón y Vallarta lo invitaron a unirse al movimiento tuxtepecano. Reyes, con todo, prefirió mantener su lealtad militar y continuó en su servicio.

Por mayo, derrotó a los pronunciados en Ahuacatlán (Tepic), y al mes siguiente dio asimismo caza al coronel Vizcaíno, logrando expulsarlo del cantón.

Después se dirigió a Sinaloa, para someter a los sublevados. Había acontecido entretanto un hecho singular. Recibió una misteriosa cita nocturna en despoblado. Acudió a ella y se encontró de manos a boca nada menos que con su jefe respetado y querido, el general Donato Guerra, quien le manifestó que había resuelto adherirse al pronunciamiento de Porfirio Díaz, como segundo de éste, y que lo invitaba a acompañarlo. Nuevamente se rehusó Reyes, dominando los impulsos de su corazón:

—Soy soldado —le dijo—, y Lerdo es el presidente legítimo. Si usted nos falta, mi general, tendré yo que asumir el mando. Si su resolución es inquebrantable, aléjese cuanto antes, y convengamos en un plazo.

Así se hizo. Donato Guerra solicitó su baja y se lanzó a su aventura revolucionaria, no sin una conmovedora escena de adioses. Aquellos dos hombres, unidos por un profundo afecto, sabían que el destino había de ponerlos frente a frente.

Y sucedió en Tamiapa (Sinaloa), uno de los más amargos deberes en la vida militar de mi padre. Era Guerra un caballero armado. No lo era menos su obligado contrincante. El encuentro se dio el 19 de agosto de 1876. Aunque con fuerzas muy inferiores, mi padre logró derrotar a Guerra, se apoderó de la mayor parte de su gente, y a él mismo lo tomó prisionero. Para la región de Occidente, este triunfo ahogó en su cuna al movimiento tuxtepecano.

Pesaban mucho en el ánimo de mi padre los antecedentes

de la buena amistad, y el reconocimiento de las prendas de su antiguo jefe. Además, en aquella confusión nacional, los hombres iban arrastrados por una ciega fatalidad y era difícil erigirse en juez del prójimo. Por la noche, mandó ensillar un par de caballos, y él mismo condujo a su prisionero hasta el campo abierto, donde lo dejó en libertad, entregándolo a su suerte. El general Guerra fue a morir después en Chihuahua, a manos de las fuerzas del coronel Machorro, que también lo había capturado y que se vieron atacadas por número triple de enemigos. "La muerte de este caudillo —escribe mi padre, haciendo justicia a su memoria— fue muy sentida, pues siempre se mostró honrado y leal; había sido un valiente militar y un sincero partidario político del general Díaz." *

Pero Lerdo acabó de precipitar su desastre con su fraudulenta reelección. A Iglesias, presidente de la Corte de Justicia, incumbiría por ministerio legal la sucesión, si las pretendidas elecciones resultaban nulas. El Congreso declaró electo nuevamente a Lerdo.

Regresa mi padre a Tepic, como jefe de línea en Santiago Ixcuintla, y todavía por el mes de octubre derrota en Rosario a otros sublevados, en dos victorias sucesivas.

Se consolidó, en Tecoac, el triunfo de Díaz. La defección de jefes importantes había acumulado fuertes contingentes bajo el mando de Reyes. Pero la tropa se pasaba a Díaz, la gente "se iba a la cargada". Lerdo había abandonado el país, y mi padre se encontraba ante una situación indecisa. Iglesias, el "presidente legalista", había asumido por un instante la presidencia en teoría, pero también se encontraba ya en los Estados Unidos, tras algunas infructuosas tentativas de resistencia contra Díaz. Reyes le hizo saber que se pondría a sus órdenes si regresaba a México a cumplir con su cargo. Pero Iglesias no volvió.

Reyes era ya coronel, ante las defecciones de varios jefes que emigraban al bando tuxtepecano. Tenía unos veinticinco años. Se encontraba a la cabeza de un ejército no vencido. Buscando por el campo revuelto de la República, sólo quedaba un reducto de la ley: el Congreso. Y al Congreso pidió órdenes, ofreciéndose, si era necesario, a marchar sobre Gua-

* B. Reyes, *El general Porfirio Díaz.*

dalajara en apoyo de la legalidad. Se le ordenó entregar el mando a un jefe designado por Manuel González, y presentarse ante el ministro de Guerra, en la ciudad de México. Obedeció, pues, y se consideró vencido sin ser derrotado. . ., en plena juventud y con una representación y un prestigio efectivos muy superiores a su grado.

Se presentó en México, en calidad de prisionero. Lo invitó Díaz a seguir en el mando. No quiso Reyes escucharlo, mientras no se definiera constitucionalmente la situación del vencedor. Pero era ya manifiesto que este solo hecho —mediando la buena amistad de los futuros ministros Ogazón y Vallarta—, dejaba la mano tendida. De aquí que, al asumir Porfirio Díaz la presidencia legítima, siguiendo su política general, lo confirmara en aquel coronelato provisional ("para que no se quite usted las charreteras que ganó derrotando a mi segundo Donato Guerra" —le dijo—), y le devolvió el mando de su 6º Regimiento en Tepic.

Fue entonces destacado a nuevas misiones pacificadoras, para evitar la anarquía que se venía encima: San Luis Potosí, Nuevo León, la Huasteca potosina, Rosario, Concordia. En Nuevo León, sometió al general Pedro Martínez sin combate, base de la perdurable amistad entre ambos.

Supongo que por entonces deben situarse sus tratos bélicos más o menos directos con las partidas de Heraclio Bernal; aunque en ciertas notas familiares se me dice que Bernal andaba ya entre la gente que lo asaltó en Santiago Ixcuintla. La cosa para mí no tiene importancia, pues el carácter de una época y de una vida son aquí mi asunto, mucho más que una biografía metódica. Bernal es aquel que los corridos populares presentan, a lo Roque Guinart, como un bandido generoso:

¡Qué bonito era Bernal
en su caballito oscuro!
De miedo de la Acordada *
se puso a fumar un puro.

¡Qué bonito era Bernal
en su caballo retinto,

* ¿Se conservaba aún en el pueblo, para esta época, el nombre de una institución de policía rural creada en México a comienzos del siglo XVIII?

con la pistola en la mano,
peleando con treinta y cinco!

¡Qué bonito era Bernal
en su caballo "jovero"!
Nunca robaba a los pobres,
antes les daba dinero.

También he oído cantar corridos sobre el viaje de mi padre a Sonora, que ofrecen cierto paralelismo:

Decía Bernardo Reyes
al montar en su tordillo:
"Tengo ganas de pasear
por las calles de Hermosillo."

Decía Bernardo Reyes
al partir para Sonora:
"¡Qué gusto voy a tener
de probar el bacanora!"

Años después, bajo el presidente Manuel González (interregno de Porfirio Díaz), aconteció la hazaña de Villa de Unión, ya referida.

Corresponde este hecho a la represión del levantamiento de Márquez de León en Baja California, secundado en Sinaloa por el general Ramírez Terrón, quien para entonces se encontraba separado ya del servicio. El jefe de la zona, general Carbó, tuvo que abandonar el puerto de Mazatlán en seguimiento de Márquez de León, quien huyó de la columna del general Rangel y, a través del desierto, se encaminó a Sonora, donde fue derrotado. Entretanto, Ramírez Terrón se apoderó por sorpresa de Mazatlán. El coronel Reyes lo expulsó del sitio y después le dio alcance en Villa de Unión, donde aconteció lo que ya sabemos.

Pero antes se vio en un paso difícil. La sorpresa de Mazatlán, donde en ausencia de Carbó quedó con el mando interino, lo dejó de repente solo frente a gente sublevada, y tuvo que arrojarse al mar y refugiarse en una de las islas vecinas. No sabía nadar: lo salvó su caballo. Por mucho tiempo, se conservó en la playa de Mazatlán una piedra con la inscripción conmemorativa de la proeza.

Mi hermano Bernardo lo recordaba, y me contaba también que cierto día, mientras mi padre se entretenía en cazar por la costa, le dio a guardar unos pelícanos heridos que había atado con una cuerda. Los pelícanos arrastraban ya al niño hasta la orilla, cuando mi padre llegó a salvarlo a todo correr. Por cierto que, como el Cid bajo los muros de Zamora, perdió las espuelas en la carrera.

Durante los tres años siguientes, ya como general de brigada, mi padre extiende su acción militar por Sinaloa y Sonora, donde lo esperaban nuevas vicisitudes.

## 14. LA ETERNA HISTORIA *

La Zona Militar al mando provisional de Reyes comprendía las regiones de Sinaloa, Sonora y Baja California. Conozco algunos de los informes que, a partir del 25 de enero de 1881, envió al presidente Manuel González sobre la situación política y militar. Mal repuesto aún de sus heridas en el combate de Villa de Unión, le decía desde Mazatlán: "Apenas puedo escribir con la mano izquierda." Le inquietaban las visitas de vapores norteamericanos que recorrían el litoral de Sinaloa con pretexto de recoger datos geográficos, y las rivalidades entre el comercio local y el norteamericano. Respecto a Sonora, temía que las próximas elecciones de mayo provocaran choques entre el actual gobernador Luis E. Torres y el candidato Carlos R. Ortiz. Se quejaba de incursiones de bandoleros del norte que atacaban a las caravanas de mexicanos y a veces, naturalmente, sufrían las venganzas de éstos, entre la mayor indiferencia de las autoridades en el Estado vecino de Arizona. Para más agravar aquella situación, acontece el levantamiento de unas partidas de apaches contra las tropas de los Estados Unidos, a inmediaciones de nuestra frontera. De pronto se han reclutado hasta 600 salvajes, quienes, al verse hostilizados en aquel territorio extranjero, se refugiaron en el nuestro. Aún se ignoraba si las reservaciones cercanas —varios millares de indios— se unirían también al movimiento (23 de septiembre de 1881).

Entretanto, la envidiosa intriga se movía ya desde México. La Secretaría de Guerra hacía extrañamientos al general Reyes, de que luego se disculpaba por telégrafo, reconociendo su error. Y como el general Carbó, jefe y amigo muy estimado de mi padre, fue nuevamente nombrado comandante

* Con los fragmentos sobre los indios bárbaros del norte (en este y en el siguiente número), se compuso el artículo "La tormentosa frontera", para la cadena "ALA" de Nueva York, que apareció en varios periódicos hispanoamericanos, por julio de 1958.

de aquella Zona Militar, el general Reyes nuevamente pasó a la categoría de subordinado en el mando.

A él no le pesaba: su entendimiento con Carbó era perfectamente amistoso y cordial; pero tanto el general Carlos Pacheco, ministro de Fomento, como el propio presidente González, que siempre lo trató en sus cartas de "Mi querido amigo y compañero", le escribían asegurándole que si, a pesar de la reconocida amistad entre el jefe y su segundo, éste ambicionaba ya el mando autónomo, gustosos atenderían sus deseos en cuanto sus servicios por aquellas regiones no fueran ya indispensables como de momento lo eran. Pacheco quería que Reyes pensara ya en acercarse a México. Reyes miraba con cierto recelo esta posible visita a la capital. Además, la actitud francamente hostil de la Secretaría de Guerra para con él lo tenía afligido, y llegó a pedir a Pacheco que se le concediera su retiro "por invalidación de uno de mis miembros, sufrida en acción de guerra". Después de todo, añadía, "los servicios de los soldados de filas serán de poca utilidad para el porvenir de paz cuya perspectiva se abre ya ante nuestro país" (Mazatlán, 3 de noviembre de 1881). Así, en una hora de amargura, el joven general pensó un instante en alejarse. Pero tanto González como Pacheco se esforzaban por tranquilizarlo, desautorizando con sus palabras y disculpas la "falta de inteligencia" y los "descuidos" de la Secretaría de Guerra (González, 8 de noviembre de 1881; y Pacheco, 22 de abril de 1882).

Pues véase, en efecto, lo que a la sazón acontecía. Han llegado noticias comunicadas al general Reyes desde Hermosillo por el general Otero y por el gobernador del Estado, de que los apaches invaden los distritos de Zahuaripa y Moctezuma, cometiendo innúmeros desmanes. En ausencia del general Carbó, que aún no se presenta, Reyes lo comunica al secretario de Guerra. Éste, en vez de darle crédito, ¡hace saber que sólo atenderá los informes que le envíe Carbó! (telegrama del 9 de enero de 1882).

Ahora bien, si se tratara de un asunto nuevo, sin antecedentes, todavía pudieran perdonarse la ligereza y el descreimiento del secretario de Guerra. Pero se trataba de una historia muy vieja. Entre México y los Estados Unidos —sin

remontarnos mucho— existía ya un acuerdo del 29 de mayo de 1878, en virtud del cual ambos gobiernos se autorizaban mutuamente a permitir el paso de sus respectivas tropas a uno y a otro lado de las marcas, para mejor llevar a cabo la persecución contra los bárbaros levantiscos. Las bases de este acuerdo habían sido modificadas y renovadas en 14 de octubre de 1880. Aunque hubo pasajeras treguas en estos conflictos, el mal era un mal endémico, para cuyo remedio los dos gobiernos vecinos tenían ya preparada su acción común. ¿Cómo podía desconocerlo el secretario de Guerra, si su propio departamento había comunicado oportunamente las negociaciones entre ambos países a los jefes de las zonas militares del Norte?

En vista de semejante actitud, Reyes escribió al presidente y al general Pacheco solicitando nuevamente su retiro, y adelantó por telégrafo el contenido de sus cartas. Ante la tardanza de México, telegrafía nuevamente el 30 de enero diciendo que, si hay dificultad en concederle el retiro por heridas de guerra, se le otorgue su baja. Sigue la callada por respuesta, y el 17 de febrero de 1882 Reyes escribe al presidente rogándole acuerde su solicitud, y le informa a la vez que, habiendo ya tomado posesión de la jefatura de la zona el general Carbó, éste ha comenzado por ordenarle que se traslade inmediatamente a Sonora para sofocar la ya temible invasión de los apaches, lo que él obedecerá desde luego, "sin hacer uso de mi credencial de diputado" (por Sinaloa), para dar una última prueba de su disciplina, su adhesión al gobierno y su cariño a su antiguo jefe el general Carbó.

Pero ya venía en camino otra carta del presidente (8 de febrero), en que éste reitera a Reyes su confianza, su esperanza de que Carbó continúe "la obra emprendida con tanto celo por usted para salvar al Estado de Sonora de la invasión de los apaches", y le repite que, si no desea permanecer en la zona, "yo, justo apreciador de sus merecimientos y relevantes aptitudes, lo colocaré en un puesto donde ocupe el primer lugar y tenga todas las consideraciones a que es acreedor". Y en 22 del propio mes, Pacheco escribía a mi padre que, habiendo pedido a Guerra aclaraciones sobre la conduc-

ta para con él, cuando comunicó la invasión de apaches en Sonora, su común amigo el general Montesinos, alto funcionario de Guerra, "me manifestó que no lo habían hecho intencionalmente, sino por una mera distracción del jefe del departamento respectivo. Sirva a usted esto de satisfacción y tenga paciencia por ahora, que no estará lejano el día en que usted ocupe el lugar que a sus méritos corresponde". Por esos días, mi padre se traslada a Sonora en cumplimiento de su servicio.

Hallándose ya en Hermosillo, recibe del presidente González una carta sumamente expresiva y franca. Le pide informes sobre Sonora, asegurándole que sólo puede fiarse a él en aquellos embrollados asuntos, que se guiará por lo que él le indique, y ofreciéndole por tercera vez concederle un mando supremo en que sólo dependa ya de la Presidencia de la República, si es que desea alejarse de su actual servicio y aun cuando no le declare sus razones (7 de marzo de 1882).

Entretanto, y antes de llegar esta misiva a sus manos, Reyes ha advertido que ya son muchas las equivocaciones de la Secretaría de Guerra, que el agravio oficial exige un desagravio oficial e insiste en su solicitud de separarse del servicio. (Al general Pacheco, Hermosillo, 23 de marzo de 1882.)

El presidente González, por su parte, vuelve a sus manifestaciones de aprecio, lamenta que no hayan llegado a tiempo las cartas sucesivas que viene dirigiendo a Reyes, renueva sus ofertas, le envía copias de las dichas cartas que da ya por perdidas, deplora el extravío de tal correspondencia ("extravío que no puedo reputar casual", dice el Presidente) y le da amplias facultades militares y hacendarias para la campaña contra los apaches, felicitándolo por su primer triunfo en la acción de los Alisos (cartas de 9 de mayo y 20 de junio de 1882).

Mientras esto acontecía, el gobierno no había desoído la alarma comunicada por Reyes, pese a la actitud del secretario de Guerra. El Senado, en sesión secreta del 11 de mayo de 1882, autorizó la ejecución del acuerdo con los Estados Unidos sobre la tolerancia de tropas vecinas, mientras en Washington se hacía otro tanto, según telegrama dirigido por

el ministro de México ante aquel gobierno (7 de julio de 1882).

El secretario de Guerra tuvo que comunicárselo así a los jefes y se quedó tan satisfecho como si nada hubiera pasado.

He dejado hablar a los hechos. Ellos pintan claramente la época y sus penalidades.

## 15. "¡CUÁNTO APACHE!"

CUANDO, en 1882, el general Reyes se traslada de Sinaloa a Sonora, se enfrenta con un problema de tres faces, íntimamente relacionadas entre sí.

Por una parte, la invasión de los apaches —peligro de muerte para el Estado—, que desde allende la frontera y también del Este se habían acercado hasta veinte kilómetros de Hermosillo, la capital.

Por otra parte, había comenzado ya la pugna entre el triunvirato Torres-Corral-Izábal y los grupos de Ortiz, Serna y Maytorena, padre del que había de ser gobernador del Estado en días de Madero.

Finalmente, la conducta del triunvirato y sus amigos, aliados aquí al gobernador Ortiz, contra los indios yaquis y mayos, residentes de mucho tiempo atrás en la región de Sonora, provoca resistencias y sublevaciones que hubieran podido evitarse con espíritu de justicia, merced a la buena disposición que estos indios llegaron a demostrar, y la verdadera cooperación que pronto prestaron al general Reyes, cuando los sumó a las fuerzas federales como auxiliares voluntarios de la campaña contra los apaches. Mas no se aprovechó esta posibilidad de conciliación, y tal fue el origen de la Guerra del Yaqui, absurda e impolítica.

Comencemos por los apaches. La civilización náhoa nunca llegó, ni con mucho, hasta lo que hoy son los Estados septentrionales de la República. El régimen español llamó indistintamente "chichimecas" a los salvajes del Norte, confundiendo en uno, bajo el signo general de la insumisión, a varias familias. Entre ellas, a algunos elementos del centro que huían de la conquista y se "descivilizaban" en la existencia guerrera y azarosa. Esta maldición se prolonga por varios siglos; y todavía en el XIX quedaban por allá masas no incorporadas, revueltas con incursiones bárbaras que bajaban de los Estados Unidos, y que bien pueden considerarse, por

vaga que sea la denominación, como los herederos históricos, si no directamente étnicos, de los antiguos chichimecas, o "chichumecos" según los llamaba Góngora en un romance.

De cierta manera compendiosa, pueden abarcarse con la misma mirada todas las tribus que, durante el primer siglo de la Independencia, vagaban por el límite septentrional de Sonora, los desiertos donde se juntan los Estados de Chihuahua, Durango y Coahuila —"el fatídico Bolsón de Mapimí" que dice el historiador Vito Alessio Robles—, y los bárbaros abigeos que merodeaban en la desolada frontera del Bravo; las distintas tribus que se alargaron hasta Nuevo León y Tamaulipas. A los apaches se mezclaban los comanches, lipanes y mescaleros, y de los Estados Unidos emigraban los seminoles, mascogos y kikapús, además de otros que temporalmente bajaban de Texas, Nuevo México y Colorado.

Las reservaciones del vecino país atrajeron singularmente a los apaches y a los comanches, y fueron fijándolos más o menos, pero de modo irregular y esporádico. Verdaderos hijos del desierto, mal remolcados por la historia, organizaban sus asonadas o "malones", como dicen en la Argentina, amistándose provisionalmente, aunque para dividirse luego, según les conviniese o no pactar treguas con este o el otro gobierno. De las mismas reservaciones partían a veces los ataques sobre los pueblos mexicanos, y después los indios cruzaban el Bravo, para ir a disfrutar tranquilamente, y a la sombra de la ley, en la frontera texana, el botín de sus rapiñas. Por su lado, dueños del corazón del desierto, lipanes y mescaleros se amalgamaron, llegaron a usar igual dialecto y tenían las mismas costumbres.

Los más siguen su vida salvaje; otros pocos casi se civilizan, y aquéllos y éstos pelean entre sí. Astutos y engañosos, no acaban de someterse nunca. Sus promesas de amistad eran pausas entre una y otra fechoría. Ya se comprende que estos salteadores flotantes —entre ellos se reclutaron los guías de la invasión norteamericana— han complicado de mil modos los incidentes internacionales, bastante agudos ya de por sí, al extremo de resultar a veces en verdaderas cesiones de pueblos, como la que presenció José Vasconcelos en su infancia.

Tras las invasiones referidas en el capítulo anterior, de

que fueron víctimas los pueblos de Zahuaripa y Moctezuma (enero de 1882), los apaches hicieron correrías, robos y matanzas por otros distritos.

Mientras Reyes, desde los pueblos, ventila sus diferencias personales con México, va adelantando su campaña. El 26 de junio, en Hermosillo, escribe al general Carbó, que se halla en Mazatlán, diciéndole: "Considero concluida la persecución." Pronto se le reunirá en Mazatlán, y entonces le explicará de palabra sus razones para desear separarse del servicio, lo que mucho le pesa por encontrarse en esos momentos a las órdenes de un jefe tan querido.

Poco a poco las cartas generosas de González han ido alcanzando a Reyes, por los distintos pueblos que recorría, y así lo hace saber Reyes a González desde Moctezuma el 1º de septiembre de 1882, comunicándole que, ante tan benévola actitud, desiste de su petición de retiro o baja, y manifestándole claramente que sólo se ha sentido agraviado por la actitud de la Secretaría de Guerra, y jamás por el hecho de que se lo subordinara a Carbó, a quien estima sobremanera. Y concluye resumiendo así su actitud: "Soy soldado, iré satisfecho a donde usted me destine, y deseo que se presenten nuevos trances como el de Villa de Unión para demostrar mi lealtad."

Con igual fecha, y en pliego aparte, le da cuenta de la nueva situación que guarda la campaña, las dificultades para combatir a los bárbaros en la estación de aguas, la escasez de sus tropas, la necesidad de licenciar a los auxiliares por razones de economía, la imposibilidad de contar con el pequeño Escuadrón de las Colonias Militares, desmoralizado por el constante cambio de jefes y la ineptitud de algunos de ellos, y su propósito de reunirse con el general Carbó en Mazatlán, aprovechando cierta pasajera tregua, para informarle verbalmente de todo lo hecho y de lo que falta por hacer (Moctezuma, Sonora, 1º de septiembre de 1882).

Reyes logró al fin expulsar a los apaches desde Sonora hasta la vecina jurisdicción militar de Chihuahua, entre el otoño de 1882 y la primavera de 1883. Para batirlos, pudo unir a sus elementos militares los que amistosamente le proporcionaron los yaquis —indios civilizados que peleaban con-

tra los salvajes—, con su cacique "Cajeme" a la cabeza (José María Leyva). Los apaches se desbandaron por las serranías de Chihuahua, y sus jefes Jú y Jerónimo, según convenio internacional, fueron entregados a los Estados Unidos. También contó Reyes con los elementos populares de Maytorena. Los vencidos, que eran todos indios lampiños, apodaron a su vencedor: "Papá Grande hocico peludo."

## 16. FIERAS DEL NORTE

A MODO de entreacto, como ilustración a las páginas anteriores y para que se aprecie otra fase de las campañas contra las fieras del norte, aunque ello no tenga relación directa con la vida de mi padre —que sí la tiene por cuanto al ambiente general— voy a contar de un libro curioso. En él se describen las operaciones militares de oriente a occidente, anteriores a las que el general Reyes desarrolló en sentido contrario, y ambos cuadros nos dan idea de lo que era aquella frontera tormentosa, no ciertamente "hospitalaria para todos los desterrados" —como diría El Nigromante—, pero sí ciertamente escenario de "la danza frenética, inspiradora de las cabelleras".

El mayor de caballería rural Blas M. Flores ofreció a mi padre —cuando éste ocupaba la Secretaría de Guerra y Marina— el manuscrito preciosamente caligrafiado de su *Reseña histórica de las campañas contra los salvajes en la frontera del Norte en los años de 1880 y 1881*, obra que había dado a la prensa en 1892. A primera vista, esta copia a mano parece posterior a la edición y acaso contenga aumentos o correcciones. La adorna un dibujo a colores de M. Ochoa, retrato del cacique Arzate tomado de una fotografía, y la ilustran dos diseños de las ruinas de La Bavia, ruinas que datan del siglo XVIII, y un croquis del desierto de Coahuila y Chihuahua, a rumbo y a distancia, porque la campaña no permitía otra cosa.

El relato de Flores (de lejos comparable a la expedición de Mansilla contra los ranqueles en la Argentina, aunque de pluma más humilde) se refiere a invasiones de lipanes y mescaleros —plaga secular de aquellas comarcas—, desde Lampazos (Nuevo León), pasando por el norte de Coahuila, hasta Chihuahua. Es decir, que cruza el Bolsón de Mapimí. El Diario se consagra a dos expediciones: la primera abarca del 5 de septiembre al 7 de octubre de 1880; la segunda, pro-

puesta por el propio mayor Flores y realizada en los términos por él ofrecidos, va desde el 5 de mayo al 5 de julio de 1881, y paró en la rendición de Arzate y su tribu.

> Tres columnas militares, a las órdenes de los coroneles Fructuoso García y Pedro Valdés, y del mayor Blas M. Flores, que partieron, las dos primeras de San Juan de Sabinas, y la tercera de Las Vacas, ahora llamada Villa Acuña, recorrieron gran parte del desierto, llegando hasta San Carlos en el Estado de Chihuahua.*

Observaba Flores que muchas de las regiones por él recorridas ofrecían campo virgen al trabajo y contenían riquezas potenciales. A su ver, hubiera convenido fundar en ellas algunas colonias militares como las antiguas, a condición de subvencionarlas puntualmente, y más cuando, debido a las inmediatas campañas anteriores, el peligro de los apaches había ya desaparecido. En su sentir, éste sería el mejor medio para redimir a las masas proletarias del interior, que arrastraban una existencia miserable, debido al escaso desarrollo de las industrias. Porque el temor de las anteriores turbulencias civiles había asustado extremadamente al capital, y los adinerados preferían esconder sus tesoros.

> Allí —decía el mayor Flores— las montañas se revisten de hermosos bosques, preciosas maderas de construcción; allí hay copiosos manantiales de agua para el aprovechamiento industrial y agrícola; espaciosos valles provistos de variedad de forrajes y plantas para sustento de la ganadería; montañas que encierran en su seno el oro, la plata y otros valiosos metales; y finalmente, se goza de un clima sano y benéfico, que conserva la salud y estimula el vigor.

Y más adelante se lamenta así, en una época que solía desdeñar sin distingos la administración de la Nueva España:

> Desde las sabias disposiciones del gobierno virreinal, que puso todo su empeño en conquistar el territorio para explotar sus cuantiosos elementos, los cuales bastaron para henchir el tesoro de la metrópoli, no han vuelto a tomarse determinaciones serias para perseguir a los salvajes guerreros del norte, quienes tantas y tan incontables víctimas han hecho en nuestras poblaciones. En efecto,

* Vito Alessio Robles, *Bosquejos históricos,* México, 1938, p. 226.

las expediciones de jefes sagaces y experimentados sujetaron al dominio del gobierno la vastísima región comprendida por los Estados de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Texas, Durango, Chihuahua, Sonora y California: área de millares de leguas de terrenos fértiles y abundantes en toda clase de riquezas naturales. La agricultura, la ganadería y la minería alcanzaron en poco tiempo un estado floreciente. Consumada la Independencia, pero especialmente después de la guerra con los Estados Unidos, que vino a desmembrar más de la mitad de nuestro territorio, y quizá la parte más rica, nada se ha hecho para asegurar de manera definitiva el bienestar y tranquilidad de nuestros pueblos ante las amenazas de los bárbaros o *ante otra clase de invasiones*... La frontera ha estado abandonada a sus propios esfuerzos, las más veces insuficientes.

El Diario de Operaciones está lleno de hazañas anónimas, de percances y privaciones. Allí los exploradores perdidos en la niebla; las huellas que de repente se interrumpen misteriosamente; las señales hechas en los magueyes por los apaches que huyen hacia el valle de los Hechizos, señales con que se comunican la alarma, así como las fogatas y humaredas. Hay estrechas cañadas donde apenas puede pasar un hombre solo, siempre expuesto a ser cazado por los centinelas enemigos; hay fugas por los vados del río Bravo hasta el territorio extranjero; hay escalamientos atrevidos como el de la Sierra Encantada; accidentados tránsitos por lugares que suenan a legendarios: Vado del Kikapú, Arroyo de la Zorra, Aguaje del Tulito, del Caballo, de la Parida, la Costura, río Pecos, la Espuela, el Cerro del Mosco, Arroyo Cíbolo, Vado del Moro, Pico Etéreo, Cañón de la Espada, Sierra del Burro, Cañón de los Cojos, Los Ciruelos, Puerto de la Gorriona, Loma del Desayuno.

Entramos en terrenos desconocidos, que el alfabeto visitaba por primera vez y que eran todavía una sombra gris en la Carta General de México publicada en 1863, terrenos a los que se iba bautizando conforme se penetraba en ellos, como Tinaja Bonita, Piedra Blanca, Jardín, Jaboncillos, etcétera. Palpita en estas páginas una mezcla de arrojo y curiosidad científica de explorador. Se rectifica la noción corriente de que aquellas zonas sean del todo inhabitables, estériles o desprovistas de agua. Pero sin negar que, en el abandono actual,

haya trechos áridos donde, en efecto, se agotaban las botas, y había que aplacar la sed masticando la planta jugosa llamada *huapia.* Por las tierras no holladas, se abrían nuevos atajos. Se bajaba a veces por laderas tan pinas, que era indispensable desmontar y tirar de la cabalgadura.

Tampoco faltan consejos sobre la forma y manera en que ha de desarrollarse la guerra contra los salvajes, y las precauciones indispensables respecto a agua, acémilas, caballos, centinelas y escuchas; así como la conveniencia de atacar siempre por sorpresa y, a ser posible, a la madrugada. Averiguamos a este propósito que la gente del campo divide la noche en cuatro porciones: *prima* (6 de la tarde a 9 de la noche); *nona* (9 a 12 de la noche); *modorra* (medianoche a 3 de la mañana); y *alba* (de 3 a 6 de la mañana).

Arzate y Colorado eran caciques de un conjunto de tribus establecidas originariamente en Sabinas bajo Vidaurri, despojadas por Maximiliano, y que reaparecen a la caída del Imperio.

Son los hombres diestros jinetes, muy aficionados a las partidas de "conquián", muy dados a la embriaguez y singularmente feroces. Flores describe los tipos étnicos con especial cuidado, y da cuenta pormenorizada de sus costumbres, sus artes de cazadores, curtidores, ganaderos y hasta agricultores; sus comidas de cecina secada al sol o al fuego; su gusto por el tabaco; la indolencia masculina en aquel su remedo de hogar polígamo, donde las mujeres trabajan para su señor, confeccionando tal vez pastas de dátiles: la combatividad de las hembras que acompañan a su compañero en los encuentros armados, llevándole rifles, lanzas o arcos. Adoran por deidad al Capitán Grande y lo confunden con el sol. Tienen hechiceros y profetas. Usan amuletos protectores. Perseguían al oso negro, al leopardo, al tigre, al venado, al bura, al berrendo, al jabalí, al bisonte o cíbolo. . . y al hombre. Huían de la boa, el cascabel, el *pichicuate,* el coralillo y otros reptiles dañinos. El águila surcaba sus cielos; el cenzontle y el jilguero alegraban sus tupidas selvas.

Vestían *mitaza* o pantalón ajustado de gamuza, con un fleco a toda la costura; camisa de algodón cerrada en los puños y el cuello, y encima, el *coleto* de gamuza cuadrada, con

ese agujero para la cabeza que en México llamamos impropiamente bocamanga. El coleto, ya suelto o bien ceñido con cinturón, muestra unos signos rojos que figuran toscamente soles y lunas, o cabezas de animales más o menos quiméricos. Calzan *telmas,* también de gamuza, con tiras por el empeine y cierre del talón. Estas largas tiras no son un mero adorno; sirven para borrar la huella. Las mujeres sólo se distinguen por el faldellín, y el mayor arreo de abalorios y chaquira bordada.

Todos cuidan esmeradamente su larga y negra cabellera que, partida por el medio, cae sobre los hombros, salvo dos cadejos que encuadran el rostro y cuelgan sobre los carrillos. Se pintan la cara de rojo y simétricas rayas negras. Usan collares pulidos de huesecillos blancos, pulseras y brazaletes, y arracadas de plata. Una trencilla, en lo alto del cráneo, sujeta el penacho de plumas de águila.

Las magníficas carabinas de caza, con que se familiarizaron desde principios del siglo XIX y que adquirían en los mercados de Río Colorado o Angelina, habían sido ya suplantadas por rifles modernos de repetición; pero nunca abandonaron la lanza y el arco, cuyas flechas arrojaban a intervalos de diez segundos. Su arma defensiva era una rodela o *chimal* —varias capas de cuero crudo y diámetro de 45 cm.—, algo cóncavo y con presilla para el antebrazo izquierdo, dejando libre la mano al manejo de arco o rifle. El chimal, suficiente para atajar las flechas, o aun las balas de pólvora pobre —proyectiles de los viejos fusiles de percusión— comenzaba a ser un lujo, quién sabe si un estorbo.

Los dialectos variaban un poco según las tribus. Mientras el comanche es suave y claro y ya se lo había reducido a la escritura, el propiamente apache era gutural y chillón, grito de pájaro silvestre. El lipán, de palabras cortas, era un chorro de aspiraciones sólo interrumpido por las pausas respiratorias. Pero los mescaleros lograban articularlo y se completaban con la mímica. Los seminoles y mascogos, sin perder su arcaico lenguaje, usaban ya indistintamente el español o el inglés. Los kikapús hacían una vocalización fluida en que deslizaban consonantes, transformando la *b* y la *v* en *p*, y la *r* en *n*.

## 17. DE SONORA A NUEVO LEÓN

HEMOS hablado de los apaches, primera fase del complicado problema con que Reyes se enfrentaría en Sonora, el año de 1882. La segunda fase —anunciamos— era la pugna entre el triunvirato Torres-Corral-Izábal y los grupos de Ortiz, Serna y Maytorena. El triunvirato tenía un embajador influyente ante el presidente González en la persona de Carlos Rivas. Tal pugna estuvo a pique de provocar una situación anárquica; instante crítico en que mi padre sostuvo la balanza y evitó un desbarajuste social. El Estado supo agradecérselo, pero por acá en el centro comenzaron a inquietarse ante la incontenible ascensión de aquel nuevo astro por el noroeste del país y ante su actitud en defensa de los yaquis y mayos desposeídos.

Sucede, pues —y aquí se enlazan la primera y la segunda faz del problema—, que el gobernador Carlos Ortiz, hombre impetuoso, comenzó a hostilizar a los indios yaquis y mayos. Éstos, aunque fuera de la obediencia oficial, vivían en paz con las autoridades y los vecinos. La gente de Ortiz fue rechazada. Los indios, si bien vencedores, se abstuvieron de salir de sus comarcas y manifestaron su respeto a Reyes, jefe de las fuerzas federales. El gobernador impuso préstamos, levantó tropas por su cuenta y alarmó inútilmente a la población. Guaymas y Hermosillo se rebelaron. El gobernador Ortiz fue depuesto. El jefe federal, Reyes —plenamente apoyado en este conflicto por el presidente González—, lo hizo escoltar hasta la frontera de los Estados Unidos para evitar mayores violencias, y cuidó de que recibiera el poder regularmente el gobernador interino designado por la Legislatura de Sonora. Pero la hostilidad desatada contra el yaqui y el mayo no pudo detenerse ya.

El triunvirato y algunos amigos de González, sostenidos por el ministro Carlos Pacheco, habían creado una compañía deslindadora para negociar con los terrenos baldíos. Su pri-

mer paso había sido el despojar a los indios yaquis y mayos, causa de anteriores disturbios. El Gobierno Federal ordenó sostener a los negociantes por medio de las armas. Mi padre presentó un plan para resolver con ecuanimidad el conflicto y se ofreció a pedir su baja, si se le ordenaba atacar a los indios. Hizo notar los eminentes servicios y la noble índole de aquellas castas —verdadera guardia de frontera—, amén de su pacífica y tradicional posesión de los dominios que ocupaban. La opinión comenzó a excitarse. Hubo manifestaciones en Sinaloa, en Sonora y Baja California. Algún orador calificó al general de "Bayardo Mexicano". El Gobierno Federal consideró conveniente llamarlo a México.

Allí recibió ofrecimientos para que participase en el negocio de los despojos, que él desairó con indignación, enviando sus padrinos al emisario cortesano. El desairado sólo sabía herir por la espalda. Comenzó a incubar un rencor que se volvió con los años todo un mecanismo de ataque por parte de los llamados "científicos" —y aquí no hay que inculparlos a éstos, pues sin duda la mayoría ignoraba el origen mismo de esta campaña y su grupo aún no se organizaba siquiera. Pacheco mandó llamar a Reyes; no consiguió doblegarlo. Y, como no era ciego, declaró después: "Este muchacho es un valiente y un hombre de honor, pero no está de nuestro lado." En ocasión anterior, había llegado a llamarlo "el soldado del porvenir". El presidente González, que era generoso, prefirió encargar a mi padre de la 6ª Zona Militar con cabecera en San Luis Potosí, pero inauguró la Guerra del Yaqui.

Tal como he dicho, es éste uno de los lejanos orígenes del rencor contra mi padre, más tarde organizado en la campaña de los llamados "científicos". El otro está en la pacificación de Coahuila contra Garza Galán (1893), donde se selló su amistad con los hermanos Jesús, Emilio y Venustiano Carranza, y con el padre del general Urquizo, secretario de la Defensa Nacional bajo la Presidencia Ávila Camacho.

Entre el 12 de marzo de 1883 y el año de 1885, mi padre permaneció en la jefatura de la 6ª Zona Militar. Tampoco podían faltarle sinsabores. Los hermanos Díez Gutiérrez se alternaban en el gobierno y estaban hechos a disponer de los

jefes militares para sus fines políticos. Además, el año de 1884, estalló, por el oriente del Estado, un alzamiento, sofocado con rapidez, que pudo llegar a ser grave.

Porfirio Díaz, tras el interregno de González, reasumió la Presidencia de la República el 30 de noviembre de 1884, y pronto vio la necesidad de enviar al norte un militar que fuera también diplomático. A mediados de octubre de 1885, mi padre entraba en Nuevo León.

## 18. *INCIPIT VITA NOVA*

EN AQUELLAS horas de desaliento, cuando el joven guerrero creyó perder la confianza de sus jefes, las manifestaciones de caluroso afecto que recibió tanto del pueblo como de la Presidencia le devolvieron el ánimo perdido. "Renuncio —vino a decir— a mis peticiones de retiro y de baja. Deseo que se presente otro caso como el de Villa de Unión en que pueda yo mostrar mi lealtad."

No se presentó más este caso. Pero, como ha dicho un biógrafo, cuando mi padre contemplaba, en conjunto, su obra en el occidente de la República —sin contar ya con las hazañas de su primera juventud en contra de la invasión extranjera y, luego, del desenfreno anárquico—, podía enorgullecerse de haber contribuido al bienestar de Sonora, haber dejado un buen consejo que pudo evitar la Guerra del Yaqui, haber ejercido una saludable tutoría contra los arrebatos de la demencia, y haber limpiado de apaches toda la región que tenía bajo su guarda.

Tras la relativa calma de San Luis, se abría a sus ojos, en Nuevo León, la obra verdadera y fundamental de su vida. Cuando ya el destino parecía agotado, aún reservaba nuevas y mayores sorpresas.

Cierto, como para los héroes de la tragedia antigua, tanta grandeza acabaría en dolor y despertaría las cóleras y las envidias olímpicas. También las humanas.

Algunos disfrazan su animadversión para aquella memoria bajo la capa de la censura política contra el desvío del último instante. La suerte les ha dado un fácil pretexto, y se apoderan de él codiciosamente. Yo siempre he creído que la causa es otra; que aquí obra la incapacidad de admirar, flaqueza connatural de los humanos corazones. Pocos saben consolarse de no haber sido convidados al banquete en que se celebran las bodas de la Inteligencia y el Denuedo. ¿Pues no fue así como la Discordia arrojó un día su manzana? Aun

de muy lejos, aun a distancia de siglos, hay quienes no logran dominar el resquemor y el resentimiento contra los privilegiados de la naturaleza. Y ciertamente, aquel extraordinario varón —hermoso por añadidura— era, además de sus virtudes públicas y su valentía y su pureza, un temperamento de alegría solar, una fiesta de la compañía humana, un lujo del trato, un orgullo de la amistad, una luz perenne y vigilante en la conciencia de los suyos. Diremos con Jorge Manrique: "No dejé tesoros, riquezas, ni vajillas."

En cambio:

¡Qué amigo de sus amigos!
¡Qué señor para criados
y parientes!
¡Qué enemigo de enemigos!
¡Qué maestre de esforzados
y valientes!
¡Qué seso para discretos!
¡Qué gracia para donosos!
¡Qué razón!
¡Qué benigno a los sujetos,
y a los bravos y dañosos,
un león!

# APÉNDICES

## 1. A propósito de la Intervención francesa

Creo oportuno reproducir aquí algunas palabras de mi *Historia de un siglo:*

> En el comedor de la casa paterna, un veterano de México charla amigablemente con un veterano francés metido a carrocero, que se hizo, como muchos otros, mexicano, el mismo día en que la expedición francesa quedó derrotada. Juntos evocan las fatigas comunes, los lances en que uno y otro combatían por el bando opuesto. Una grave fraternidad reina en sus palabras, y no cruza siquiera por su imaginación la idea de que hablar de la intervención napoleónica pueda despertar rencores. ¡Cuántas veces acude a nosotros este recuerdo como símbolo de una época que ha cosechado ya todos los dolores provechosos de la época que la precedió! El libro francés, verdadera emanación del pueblo, fue a lograr la conquista que las armas del aventurero coronado no merecían lograr. El fuerte quedó respetuoso; el débil, respetado... (*Obras completas,* V, pp. 281-282).

En mi Archivo (A. I: *Berkeleyana,* 1941), he escrito también a este propósito:

> Almorzamos en la misma Universidad (Stanford), a invitación del profesor Martin. Después, él tuvo la ocurrencia de "imponerme un tributo", como él mismo dijo: me convidó a su seminario sobre la Intervención francesa en México, donde yo tuve ocasión de exponer a los estudiantes ciertas ideas: 1) Les transmití recuerdos que conservo por tradición familiar, puesto que mi padre fue militar desde aquella época y ganó en aquellas campañas liberales sus primeros grados: cómo los caballos franceses se desbocaban a veces, por su freno duro, y entregaban prisioneros a los jinetes; cómo los caballos mexicanos sustraídos por los franceses mordían el freno y volvían a su querencia, trayendo también a cuestas su cautivo; cómo las guerrillas mexicanas, con su movilidad de floretes, desconcertaban a las tropas napoleónicas... 2) Les dije que el pueblo mexicano nunca consideró aquella lucha como una guerra contra el pueblo francés, sino contra los ejércitos profesiona-

les de las dinastías europeas, de suerte que no se produjo animadversión, no digamos hacia Francia, ni siquiera hacia los oficiales franceses. Muchos de ellos se volvieron mexicanos y se casaron en México, así como la rauda incursión de las armas francesas dejó ciertos rasgos en nuestras costumbres o en nuestra lengua: el *versa* que servía el café —de *verser*— todavía en los restaurantes porfirianos, y de que Luis Urbina me contaba como un recuerdo de juventud; el término *mariachi* para la murga de los festejos familiares, y que todos convienen en derivar de la palabra *mariage*. 3) Finalmente, procuré hacer ver a los estudiantes de Martin cómo la política de fraternidad y solidaridad continental entre los pueblos de América no databa de los recientes pactos de cooperación y mutua defensa, ni de la "política del buen vecino", y ni siquiera de la Unión Panamericana (1888). No se ve aquí —les dije— una invención oficial, sino un sentimiento antiguo y espontáneo ante las amenazas imperiales del Viejo Mundo. Así como entonces se conmovió la América Hispana, al punto que en la Argentina hay pueblos con el nombre de Juárez el libertador mexicano, y en Chile se crearon clubes políticos y sociedades y se enviaron a México voluntarios y dinero para ayudarle en su defensa, así también los Estados Unidos, en saliendo de la Guerra de Secesión, se pusieron en guardia e hicieron un ademán protector de las libertades continentales. Esta actitud es generosa, pero estaba asimismo dictada por un claro entendimiento del propio interés entre los pueblos americanos.

Y en "La Liberación de París" (*Los trabajos y los días*, reservado al tomo IX de mis *Obras completas*):

Hubo un día en que México sufrió desmanes e invasiones, no del pueblo francés, sino de los ejércitos profesionales al servicio de las ambiciones imperiales de Europa. El entonces joven Clemençeau, que se encontraba en los Estados Unidos, dirigía una carta a sus amigos de Francia en que condenaba sin ambages la intervención militar en México.* La condenó Victor Hugo; la condenó el ministro Ollivier. La condenaron *todas las voces de la Francia eterna, que también padecía bajo Napoleón el Pequeño*.

Muchos oficiales franceses, que se trasladaron a México en cumplimiento del arduo deber, fácilmente se aclimataron aquí, se casaron en México, fundaron familias mexicanas y se quedaron entre nosotros. Lo sabemos bien los descendientes de los liberales de entonces que, en nuestra infancia, más de una vez vimos juntos, en torno a la mesa familiar, a los enemigos de un instante departiendo amigablemente entre sí como verdaderos hermanos de armas,

* He reproducido esta carta de Clemençeau, Nueva York, 6 de septiembre de 1867, en las páginas finales de mi libro *Marginalia*, segunda serie.

en quienes la simpatía humana domina, absorbe, transforma y purifica el recuerdo de los lances pasados. ¡Sentimiento de deporte caballeresco que aún consentía la guerra de entonces, tan diferente de las carnicerías sin gloria que hoy sufren los pueblos! El prestigio de la Francia eterna pudo resistir aquella prueba, por lo mismo que la afrenta nos era común: a ellos y a nosotros igualmente nos ofendía. Pues ¿cuál es el rastro que dejó aquel encuentro con Francia? Que el 14 de julio se haya festejado entre nosotros como una fiesta patria hasta bien entrado este siglo —y me aseguran que la costumbre todavía persiste en ciertos rincones del país.

## 2. Guión biográfico del general Reyes *

*Hoja de servicios, complementada con datos posteriores. En la enumeración de las Presidencias, se omiten los interinatos intrascendentes.*

Padre: Domingo Reyes.
Madre: Juana Ogazón de Reyes.
Nacimiento: 20 de agosto de 1849 (aunque siempre se dijo que 1850).
Lugar natal: Guadalajara, Estado de Jalisco.

### I. Maximiliano

1866

28 de abril de 1866 a 4 de enero de 1867: "Guías de Jalisco", División del general T. García de la Cadena, *alférez* de la Guardia Nacional.

—8 de octubre: toma de Calvillo (Aguascalientes), contra la Intervención francesa. Ascenso a *teniente* de caballería.

—28 de octubre: teniente de caballería de auxiliares, revalidación del grado por B. Juárez.

—29 de noviembre: toma de Zacatecas, contra la Intervención francesa.

—25 de diciembre: acción de Agua del Obispo, contra la Intervención francesa.

1867

5 de enero a 30 de junio: 3$^{er}$ Cuerpo de Lanceros del Ejército de Occidente.

* Ver: R. Reyes, *De mi vida: memorias políticas, I (1899-1913)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1929, cap. I.—Y también E. V. Niemeyer Jr., *The Public Career of General Bernardo Reyes*, tesis doctoral, University of Texas, Austin, 1958.

—Acciones contra la Intervención francesa:
—5 de febrero: toma de Zamora.
—7 de marzo: sitio de Querétaro.
—1º de abril: batalla de San Lorenzo.
—1º a 12 de abril: sitio de México.
—15 de mayo: rendición de Querétaro.
—1º de julio a 7 de septiembre: 2º Regimiento de Lanceros de Jalisco.
—5 de agosto: Decreto que crea la condecoración "Guerra contra la Intervención y el Imperio". Se le otorga la de 2ª clase.
—8 de septiembre de 1867 a 20 de mayo de 1869: 3er Cuerpo de Caballería, 4ª División.

## II. Juárez

1868-1869
Campaña contra la insurrección de Sinaloa, en la 4ª División.

1869
21 de mayo de 1869 a 1º de septiembre de 1871: 1er Cuerpo (después 3º), 4ª División.

1870
Enero: comisión honorífica (correo militar secreto) del cuartel de la 4ª División, ante el Supremo Gobierno. Satisfactoria.
—14 de febrero: junto a Zacatecas, escaramuza y derrota del pronunciado Jáuregui, poco después capturado por el teniente Reyes en acción personal.
—15 de febrero: encuentro con el pronunciado general Martínez en la hacienda de Mal Paso.
—16 de febrero: retirada de Zacatecas, en que Reyes (aunque herido) salva los depósitos de la 4ª División, que allí se encontraban.
—Marzo a octubre: campaña de Tamaulipas, en que concurre a la acción de Tula. Secretario del jefe de la columna, general Francisco Tolentino.

1871
2 de septiembre: ascenso a *capitán* de caballería, auxiliares, por el presidente Juárez.
—Desde entonces hasta el 7 de julio de 1873, Estado Mayor de la 4ª División.

1872
Redacción del *Boletín Oficial de la 4ª División.*
—18 de julio: fallecimiento de Juárez.

## III. Lerdo de Tejada

1873
28 y 29 de enero: batalla de la Mojonera (Guadalajara). Ayudante del general Ramón Corona, contra el cacique Lozada.
—28 de febrero: *comandante* del Escuadrón de Auxiliares por la acción anterior, en que hubo tres ascensos. Condecoración de la Legislatura de Jalisco.
—8 de abril a 21 de mayo: nuevamente secretario del general Tolentino, durante la campaña de Álica contra Lozada y su gente.
—21 de mayo a 8 de julio: campaña de Álica, al mando del general Corona.
—8 de julio de 1873 a 12 de agosto de 1880: 6º de Caballería.

1874
Aunque fusilado Lozada, continúa la lucha contra sus cabecillas.

1875
Junio: jefe de expedición contra el cabecilla Tranquilino Hernández.
—12 de septiembre: mandando en jefe, derrota al cabecilla Isabel González en Santiago Ixcuintla.
—De octubre a noviembre: persecución del mismo.
—15 de noviembre: *teniente coronel*, por la acción de Santiago Ixcuintla.
—18 de noviembre: Puerto de Platanares, se le rinde Isabel González con toda su gente armada.

1876
15 de marzo: teniente coronel de caballería, confirmación del grado.
—19 de mayo: derrota a los sublevados de Ahuacatlán (Tepic), mandando en jefe.
—31 de mayo: mando provisional del 14º de Caballería.
—Junio: persigue y expulsa del Cantón de Tepic al sublevado coronel Faustino Vizcaíno.
—Julio de 1876 a enero de 1877: campaña de Sinaloa.
—19 de agosto: derrota en Tamiapa (Sinaloa) cuya población le ofrece un voto de gratitud, al pronunciado porfirista del Plan de la Noria, general Donato Guerra.
—Septiembre a noviembre: jefe de la línea militar en Santiago Ixcuintla (Tepic).
—Octubre: pacificación del Distrito del Rosario en dos sucesivas victorias.

## IV. Porfirio Díaz

Lerdo abandona el país. Legalizado el triunfo de Díaz, éste devuelve grados y mandos a los militares que se portaron con lealtad para con el régimen anterior.

1877
27 de marzo: Porfirio Díaz confirma su ascenso a *coronel* de caballería, auxiliares, con mando del 6º Regimiento en Tepic.

1878
Transitoriamente en San Luis Potosí, sale en rápida expedición pacificadora para lo que será luego la frontera de Nuevo León, donde el general Pedro Martínez y su gente se le entregan a su llegada.
—5 de septiembre: coronel de caballería permanente.

1879
Jefe de la expedición pacificadora en la Huasteca potosina.

## V. Manuel González

1880
Enero a marzo: pacificación de los Distritos de Rosario y Concordia (Sinaloa).
—4 de julio: victoria en Villa de Unión, Sinaloa, contra el pronunciado general Ramírez Terrón. — Doble ascenso en el campo de batalla, de coronel a *general de brigada efectivo* (saltando el grado de *brigadier*), por haberse cumplido con creces las condiciones que la Ordenanza prescribe para el caso: 1) acción de ataque; 2) tras de haber sido rechazado; 3) con efectivos tres veces menores que el adversario; 4) pérdida de dos tercios de las propias fuerzas; 5) pertrechos inferiores, y 6) total rendición del adversario. (No obstante encontrarse Reyes gravemente herido.)
—13 de agosto de 1880 a 11 de marzo de 1883: jefe de las fuerzas federales en Sinaloa, Sonora y Baja California.

1881
Jefe permanente de la 1ª Zona Militar antes mencionada.
—Campaña contra los apaches de Sonora, a los que expulsa hacia Chihuahua.
—6 de julio: la Legislatura de Sonora lo declara ciudadano del Estado, por haber evitado la anarquía entre la caída del gobernador Ortiz y la entrada de su sucesor legal.

1883
Del 12 de marzo de 1883 al 27 de febrero de 1886, jefe de la 6ª Zona Militar, con cuartel general en San Luis Potosí.

1884
Pacificación del oriente del Estado.

## VI. Porfirio Díaz

1885
Pacificación del Estado de Nuevo León, que lo ocupa hasta 1887.
—12 de diciembre: gobernador político y militar de Nuevo León.

1886
Del 28 de febrero de 1886 al 23 de septiembre de 1889, jefe de la 3ª Zona Militar (Nuevo León y Coahuila).

1887
4 de octubre: entrega el Gobierno político de Nuevo León al gobernador electo general Garza Ayala, conservando el mando de la Zona Militar. Testimonio de gratitud del Estado, cuya Legislatura lo declara ciudadano de Nuevo León.

1889
24 de septiembre (toma posesión muy poco después), hasta el 24 de enero de 1900: gobernador de Nuevo León.
—24 de septiembre de 1889 hasta el 16 de abril de 1896: en la Plana Mayor del Ejército.

1893
Pacificación del Estado de Coahuila.

1894
Condecoración del Sitio de Querétaro, creada por decreto del 10 de mayo.

1896
Del 17 al 27 de abril: transitoriamente, oficial mayor de la Secretaría de Guerra y Marina, en México.
—Del 28 de abril de 1896 al 24 de enero de 1900: nuevamente en la Plana Mayor del Ejército.
—Continúa como gobernador de Nuevo León.

1900
25 de enero de 1900 a 23 de diciembre de 1902: secretario de Guerra y Marina.
—2 de febrero: ascenso a *general de división.*

1902
23 de diciembre: renuncia por tercera vez el cargo de secretario de Guerra y Marina, lo que esta vez se le acepta, y el grado de general de división y categoría militar, que no se le acepta.
—La Hoja de Servicios Militares se cierra con estas palabras: "Castigos, ninguno. Licencias, ninguna."

—Por diciembre: vuelve al Gobierno de Nuevo León, de que sólo se había retirado con licencia. Al concluir este periodo constitucional, es elegido para otro más.

1909
27 de octubre: comisión de estudios militares en Europa, con residencia en París.

1911
Marzo: llamado a México.
—Mayo: a su paso por La Habana, recibe orden de detenerse.

## VII. Francisco de la Barra

—9 de junio: regreso a México.
—12 de junio: en público manifiesto, hace saber que, al ser llamado de nuevo a México por Porfirio Díaz (se pensaba en confiarle nuevamente la administración militar del país), contestó que "sólo volvería a desempeñar el delicado puesto, en tan graves circunstancias, si se eliminaba del poder al grupo responsable por las desgracias de la República, y si se me daban facultades para hacer concesiones a la Revolución que, según mi juicio, había tenido razón de ser".

En conferencia celebrada por el general Reyes con el candidato presidencial Madero, ante el presidente interino De la Barra, Madero ofrece a Reyes la secretaría de Guerra, para cuando se establezca de nuevo el Gobierno emanado de la Revolución. Reyes acepta, pero ante la desconfianza de los partidarios más allegados del candidato Madero, rehúsa después la oferta. Obtiene su retiro del Ejército para recobrar su libertad de acción política y acepta su propia candidatura a la próxima presidencia, no sin antes haber llegado con Madero, en San Lorenzo (Tehuacán, Puebla), a un convenio caballeroso, ratificado por cambio de cartas y comunicado en manifiesto del 4 de agosto, de mantenerse durante la campaña electoral dentro de los términos de la ley y el respeto mutuos, por el bien del país, "y teniendo en cuenta los vínculos que nos ligan".
—28 de septiembre: embarca en Veracruz para los Estados Unidos, ante los obstáculos para su candidatura presidencial.

## VIII. Francisco I. Madero

—13 de diciembre: cruza el Bravo en prematuro intento revolucionario, apresurado por la impaciencia de sus acompañantes, que han empezado a dar ya señales de anarquía, y por la persecución judicial

de que es objeto en San Antonio (Texas), y de que estaba ya amenazado en Brownsville.
—25 de diciembre: abandonado y desengañado, se entrega en Linares (Nuevo León), presentándose solo al jefe de las fuerzas federales en dicho sitio. Ingresa poco después en la prisión militar de Santiago Tlaltelolco, donde se le seguirá proceso.

1913
—9 de febrero: sacado de la prisión por el "cuartelazo", es muerto sin combatir al acercarse con un grupo de sus partidarios al Palacio Nacional, donde lo recibe la metralla.

Algunas condecoraciones nacionales: cruces y placas de Constancia Militar y de varias acciones cívicas y militares.—Algunas condecoraciones extranjeras: Comendador de la Legión de Honor (Francia); de la Orden de San Mauricio y San Lázaro (Italia); Real Insignia Águila Negra (Alemania); Isabel la Católica (España), etcétera.

# VIII

## CRÓNICA DE MONTERREY

## I

## ALBORES

## *Segundo Libro de Recuerdos*

*[1959]*

*Apriesa cantan los gallos y quieren quebrar albores*

POEMA DEL CID

## PROEMIO

Era en Bilbao, por 1919.

—Tú que me llevas once años —le dije— cuéntame del Monterrey en que yo nací. Cuéntame de los vecinos, los amigos y el ambiente en que pasó tu niñez, para que pueda yo figurarme lo que era aquel mundo.

—Lo mejor será, entonces —me dijo Rodolfo—, que comience por la situación misma de la casa en la plazuela de Bolívar 7. A la derecha se hallaba la de don Ignacio Galindo y es el rumbo por donde se abren mis recuerdos. Al otro lado, el alto muro de un agiotista a quien nunca le vi la cara parece atajar mis evocaciones. Era don Ignacio Galindo un abogado respetable y culto, enfermo y cansado que, distanciado al principio, pronto se sintió atraído a la amistad de mi padre. Siempre fui bien recibido por él, su señora Libradita, su hijo Nacho, mi fraternal amigo de aquellos tiempos, y las hermanas de éste. Cuando la familia me convidó a pasar el fin de semana en su hacienda de la Pastora, al pie del Cerro de la Silla, el avenimiento entre las dos casas se selló definitivamente. A los pocos meses, ya era costumbre que todos nosotros fuéramos a pasear a la Pastora, sitio encantador donde podía uno bañarse en el río y donde don Ignacio nos esperaba vestido de charro a la puerta de su destartalada casona... ¡Ah, días aquellos de visitas a la molienda de caña! Yo mismo echaba las nueces mondadas en el caldo moreno de la melcocha, que luego, al fundirse, daba el piloncillo. Las deliciosas calabazas en tacha se colgaban en unas redes especiales...

—Sí, todo eso era indigestarse y "empanzarse", como allá se dice, y yo lo alcancé todavía en las moliendas de San Jerónimo. Pero no divagues, que siempre tiendes a hacerlo cuando hablas del campo. Volvamos a la plazuela de Bolívar.

—Pues bien, el sitio del agiotista, como te decía, siempre

fue para Bernardo y para mí cosa lejana y enigmática, salvo el descuidado solar del fondo, que se confundía con el nuestro, y entre cuyos matorrales y breñas llegué a cazar tecolotes, conejos, tlacuaches y ardillas. Pero, por el lado de Galindo, seguía la casa de Alberto González Zambrano, el más juicioso de mis amiguitos, hijo de don Jesús González Treviño. En esta casa, los días de lluvia, se organizaban para nosotros juegos de salón y se nos ofrecían meriendas. Más allá venía la casa de las Espinosa, casa que los muchachos respetábamos mucho, pequeña y muy cuidada, como de damas solas: una viuda y tres señoritas, acompañadas del sobrino Alfredo Espinosa Zambrano. Por fin, aparecía la casa de los Zambrano. Don Eduardo, suegro del general Jerónimo Treviño, y su esposa, eran unos viejecitos encantadores. Sus buenas y simpáticas hijas a veces se mezclaban en nuestros juegos, cuando éstos lo consentían. Allí terminaba la manzana y cruzaba la calle del Hospital. González, Zambrano, Garza, Villarreal, Madero: ya te haces cargo de que el barrio de Bolívar era de lo más selecto.

—Entiendo que aquel Monterrey era todavía un tanto rústico.

—¡Con decir que yo todavía cacé conejos en los alrededores de la Alameda y maté guajolotes silvestres y venados junto a las fundiciones!

—Pero, con todo, creo que ya estaban bien configurados para entonces los barrios clásicos, los barrios canónicos de la ciudad.

—Así es. Comenzando por el viejo Obispado, se entraba por el barrio de la Purísima, con su gran plaza y su parroquia muy concurrida. Los magnates de aquella región eran los Treviño, los Barrera, don Carlos Félix Ayala. Este barrio mantenía cierta rivalidad con el vecino de Bolívar. Don Juan J. Barrera y don Carlos Félix Ayala representaban la pugna de partidos, que desapareció cuando el primero fue atraído a las filas del general Reyes, de quien llegó a ser compadre. Aquélla era zona de grandes huertas y cortinajes de verdura, ya un tanto campestre. Allí vivían Pablo de la Garza (hoy general y procurador de la República) y Lázaro y Felipe Gutiérrez, amigos más bien de Bernardo. El primero, cono-

cido en los anales del socialismo mexicano y compañero de Flores Magón. El segundo, médico eminente y revolucionario de buena fe que creo vive en Laredo, Texas. Don Carlos Félix Ayala suplía las accidentales ausencias del gobernador y era senador por el Estado. Hombre. . . ¿cómo decirlo?

—El doctor Johnson decía "clubable".

—Sí, era hombre "clubable" aunque guardaba su distancia. Arrogante, elegante: lo llamaban "el Conde Duque". Su huerta era la más hermosa de Monterrey. La poblaban los chupamirtos.

—He oído decir que, entre los muchachos de uno y otro barrio, solía haber riñas a pedradas, como entre los "callealteros" y los de calle abajo en Santander, cuando eran unos chicos don Marcelino Menéndez Pelayo y don José María de Pereda.

—Es verdad, y el sereno de la plaza de la Purísima las pasaba negras para evitar que le rompiéramos los faroles.

—¿Y qué más?

—Verás. Bajando de Bolívar al centro por la calle del Doctor Mier, o la de Hidalgo, se llegaba al corazón indeciso de la ciudad.

—¿Indeciso?

—Indeciso, por cuanto no se podía definir el límite de barrios entre el mercado y las lindas plazas enlazadas de Hidalgo y de Zaragoza. Aquélla era ya la zona del comercio y de los forasteros. Pero, al lado de Zaragoza, se perfilaba el barrio de San Francisco, barrio de parroquia, donde los Chapa, los Leal, los Videgaray y otros reclamaban el abolengo de viejas clases acomodadas y consideraban como coahuilenses invasores a los Madero y otros moradores de Bolívar. Esta rivalidad entre San Francisco y Bolívar se acentuaba entre las señoras.

"Tales eran los viejos barrios de la ciudad que, creo yo, merecen mencionarse. Junto a éstos, por el sur, arrimado a las lomas y al otro lado del río, del río artero y casi seco que un día casi se lo tragaría íntegro, el barrio de San Luisito, barrio de maleantes, donde había duelos a pedradas entre los muchachos de las escuelas. Y al norte, los nuevos ensanches obreros, la región fabril de mañana."

—¿Es verdad que los de Bolívar se sentían postergados por no poseer una parroquia como los de la Purísima?

—¡Y tanto! Al fin se logró que el arzobispo don Jacinto López autorizara como parroquia una pobre iglesita unida al viejo edificio reformado que servía de hospital, la parroquia del Hospital. Ésta, apenas frecuentada al principio, se hizo famosa por las prédicas de cierto cura naturalista y candoroso que dio en emplear para sus sermones ejemplos demasiado vivos, actuales y pintorescos. Se produjeron verdaderas aglomeraciones, y al fin hubo que suspender al curita en el ejercicio del púlpito. Para explicar el ensanche de la fe cristiana en el mundo, lo comparaba al derrame de bolitas que suelta un borrego en lo alto de una peña. Para hablar de la hermosura de la Virgen María aseguraba que era muy superior a la de doña Fulana de Tal, belleza reconocida. El poder de Dios era todavía mayor que el de los generales Reyes y Treviño. El sabio doctor Gonzalitos era incapaz de resucitar a un muerto, como lo hizo el Señor, etcétera.

—Alguna vez me has contado de tus cacerías domésticas contra los gatos feroces, las ratas, las palomas. Pero poco me has dicho de los caballos y los pavos reales.

—Ya lo sabes, los caballos eran la predilección de mi padre, que siempre perteneció a la caballería, hablaba con orgullo del "Instituto Montado", y nunca olvidó que, desde sus más verdes años, el caballo fue su compañero de combate y alguna vez su salvador, como cuando se arrojó al mar en Mazatlán. Vivíamos entre caballos. Los pavos reales empezaron a criarse en la casa Bolívar, donde eran objeto de hurto por parte de los vecinos, y de allí pasarían a la casa Degollado, en que fueron tan amigos tuyos. Finalmente, como nada bastaba contra las repugnantes plagas de los roedores, ni rifles, ni cepos y trampas, ni venenos, ni cuantos artificios llegamos a imaginar, mi padre, a modo de transacción, pues no tenía afición a los perros, aceptó que su secretario de gobierno, don Ramón García Chávarri, trajera a casa un magnífico terrier, negro golondrino, llamado Alí. Aquello fue toda una dinastía de perros de igual color e igual nombre, salvo el Mayo (retinto), que como recordarás fue a morir a México y no permitía que nadie se te acercara. Cada vez que

moría un Alí, don Ramón llegaba con otro. Ignoro dónde lograba sus crías.

—Y creo que hemos dejado para el fin lo mejor. Háblame ahora de los colaboradores y los amigos cercanos de mi padre.

—No acabaría. Evocaré sólo a unos cuantos, en desorden y según acudan a mi recuerdo. Ya hemos mencionado a don Ramón García Chávarri, secretario de gobierno, caballero excelente. Mi padre mismo parecía buscar su prudencia y mesura para contrarrestar las vivacidades de su temperamento. Puntual funcionario y administrador, atento meticulosamente a los detalles de los negocios hasta ser un tanto maniático, probo, justo, digno, de exquisitos gustos y cierto natural señorío, orgulloso sin perder la bondad, amigo de la buena mesa, la buena fruta y el buen vino, tal vez sibarita gobernado por una voluntad de hierro. Disfrutaba de una posición desahogada. Dio el ser a una simpática prole de señoritas que eran como nuestras hermanas; Mercedes singularmente, inseparable de María.

"El capitán Ignacio J. Mendoza murió de coronel. Tú lo conociste de mayor. A los comienzos de la nueva administración fue secretario particular del general Reyes, su brazo derecho y el que poseía todos los hilos. Ni siquiera creo que llegase a adquirir los defectos del favorito. Continuó siempre en la oficina de mi padre, pero lo sustituyó el excelente don Jesús L. Zúñiga, más bien escribiente general, pues la pasmosa actividad de mi padre dejaba inútiles las funciones de secretario privado.

"El general José del Valle, primero jefe y luego subordinado de mi padre, creo que llegó con él a Monterrey al frente del 5º Batallón. Era singularmente afectuoso para conmigo; me llevó a México para consultar al doctor Liceaga sobre cierto mal del estómago que me afligía por entonces; me hablaba con verdadero arrobamiento de las hazañas de mi padre, que me hizo conocer hasta en los partes y documentos oficiales, y despertó en mí ciertas tentaciones, porque vivió y murió esperando verlo en la presidencia de la República.

"El delicado y pulcro viejecito don Manuel Palacios —larga melena, barbas níveas—, ebanista de categoría o de lujo,

cada tres o cuatro meses iba de San Luis Potosí a Monterrey para saludar a nuestros padres. Ellos lo respetaban y lo querían, lo tenían por un santo. Traía consigo a su hijo, para que mi padre lo amonestara o reprendiera. Lloraba la muerte de "mi señora Rosarito" (su esposa). Era algo dado a los litigios. Se encendía en fuego místico hablando de la religión o de la justicia. Su voz se velaba cuando se refería a la mala conducta de su hijo. En San Luis había sido mi confidente. Dejé en sus manos cierto estrafalario Viaje al Monte de los Olivos que escribí a los siete años, en que comparecía yo a presencia de Dios y, a diferencia del autor de la *Divina Comedia,* que yo no conocía ni de oídas, no me sentía deslumbrado. Cuando yo me portaba mal, mis padres me amenazaban con contárselo a don Manuel, y esto bastaba para llenarme de confusión y arrepentimiento."

Cambié de súbito la conversación al verlo ponerse melancólico.

—Háblame de los Uranga —le dije—. Tú siempre fuiste hombre de armas.

—¡Ah, los Uranga! La herrería de los Uranga, con ese prestigio mágico de las fraguas...

—... que data de las mitologías antiguas...

—... cautivaba del todo la atención de nuestra cuadrilla infantil. Eran los Uranga hijos de un vasco forjador y armero, acaso criado en el rincón de Éibar, quien los enseñó a templar las ánimas. Los puñales, espadas y navajas salidos de sus talleres podían competir con artículos ingleses y con las legendarias hojas toledanas. Nos pasábamos las horas largas viendo a los hermanos Uranga consagrados a sus lentas y finas labores de forja, temple, pulido y labrado. Mi padre, como de caballería (la caballería de entonces, la de las cargas a machete), sentía mayor afición a las armas blancas que a las de fuego. Admiraba los trabajos de los Uranga, orgullo de la naciente industria regiomontana, todavía manual, anterior a los ensanches fabriles. Las hojas de Uranga solían lucir aquellas inscripciones y máximas: "Sirvo a mi dueño", "Por sus bellos ojos mato", "No me saques sin razón ni me envaines sin honor", "Soy tagarno", "¡Viva Reyes!" Por Año Nuevo, el mayor de los Uranga le traía de obsequio

a mi padre un puñal que atravesaba un peso, un peso de aquellos que tenían todo su peso. A veces, los modelos habían sido imaginados por mi padre. Uranga fue coautor de la curiosa pistola-sable, así como de aquellas fundas de resorte para el revólver que mi padre ideó, y que permitían sacar y guardar el arma de un golpe y en cualquier sentido. Cuando el general Díaz fue a Monterrey, en 1898, los Uranga le ofrecieron un puñal, obra maestra, que tenía alegorías y fechas alusivas a la historia militar del caudillo.

Aquí mi hermano enmudeció de repente. Entró por el túnel de sus íntimas recordaciones y pareció alejarse.

## 1. NOCHE DE MAYO

MI PADRE llegó a Nuevo León en 1885 y ocupó provisionalmente el gobierno entre el 12 de octubre de ese año y el 3 de octubre de 1887. Desde el 28 de febrero de 1886 era jefe de la 3ª Zona Militar (Nuevo León y Coahuila). Poco después de mi nacimiento, el 24 de septiembre de 1889, se hizo cargo para mucho tiempo del gobierno político del Estado.

Pero veamos cómo aconteció mi nacimiento. La familia vivía entonces frente a la plazuela de Bolívar, que hoy ha desaparecido por desgracia, dejando el sitio a un "refugio" triangular del tránsito.

El 17 de mayo de 1889, cerca de las nueve de la noche, la plazuela de Bolívar respiraba música a plenos pulmones. Era la mejor época del año. Toda la tarde se han arrullado las tórtolas. En las afueras de Monterrey pulula la caza menor y se oyen a lo largo del día los tiros de los cazadores. Plegadas las mesas de tijera, han callado ya sus pregones los "dulceros" ambulantes, aquellos pintorescos pregones a que me he referido ya en los *Cartones de Madrid* ("Voces de la calle"). Uno tras otro, andan de cuartel en cuartel los toques de retreta y de rancho. Y el de silencio echará a volar hacia las diez; tan temprano todavía que da a la vida del soldado una castidad conventual o casi una prematura quietud de gallinero.

Algo metida en sombra, bajo el magnetismo de las estrellas, acariciada de aire denso, abrigada de casas bajas, la plazuela es una diminuta delta, y los vecinos la llaman "la cuartilla de queso". Como las regiomontanas suelen usar un largo "adioooós", semejante al preludio de las urracas, en do-re-mi-fa-sol-la-si- y apoyándose sobre la "ó" del acento, cuentan que basta un solo adiós para dar la vuelta a todo el jardincillo y saludar de una vez a todas las amistades.

Los novios aún no habían tenido tiempo de acabar con sus recriminaciones y disculpas; aún no se dormían los viejos en

los bancos; los vecinos apenas arrastraban la silla desde la acera de su casa hasta la plazuela; todavía los chicos, sueltos a media calle, se divertían con la borrachera de los moscones que caían bajo los faroles de petróleo, aturdidos y removiendo las patas; y los muchachos mayores —como aún no era hora de recogerse— emprendían la pelea de trompos frente a la puerta familiar... Cuando la música se suspende de pronto, dejando subir, *in fraganti,* el ruido animado de la charla y el sordo deslizar de los pies. Los maestros enfundan a toda prisa sus cobres y corre una voz supersticiosa: en casa del jefe de las armas —al frente de la plazuela— acaban de cerrar las ventanas como cuando viene tempestad. Nada: es Lucina, huésped inapreciable. Y el director de orquesta interrumpe, deferente, la serenata.

Son las nueve dadas. Yo entreabro los ojos y lanzo un chillido inolvidable.

La vida me ha sido desigual. Pero cierta irreductible felicidad interior y cierto coraje para continuar la jornada, que me han acompañado siempre, me hacen sospechar que mis paisanos —reunidos en la plaza, como en plebiscito, para darme la bienvenida— supieron juntar un instante su voluntad y hacerme el presente de un buen deseo.

Poco después, la plazuela estaba desierta. Parpadeaban los faroles poliédricos. Abiertas otra vez las ventanas, la luz salía a la calle —comadre que se asoma a contar noticias.

Adentro, ordenando pañales, la vida andaba de puntillas.

## 2. ONOMÁSTICA Y SANTORAL

El 17 de mayo de 1889, día de San Pascual Bailón, la "colonia" española de Monterrey, que acá decimos (los ribereños del Plata prefieren decir "colectividad"), se reunía en una cena para celebrar los tres años de Alfonso XIII, y el general Reyes, entonces jefe de aquella zona militar, era uno de los convidados de honor. Llegó la noticia de mi nacimiento, y el general pidió licencia para retirarse y acudir al lado de su esposa.

—Con una condición, general —dijo el decano de la colonia, el banquero don Tomás Mendirichaga si no me engaño.

—¿Y es. . . ?

—Que le ponga usted a su hijo el nombre de Alfonso, por haber nacido también, como el rey niño, el día de San Pascual Bailón.

De manera que no debe referírseme, como suele creerse, a Alfonso María Liguori o Ligorio, santo tardío nacido ya a fines del siglo XVII y que se festeja el 2 de agosto, sino al santo del 23 de enero, el insigne San Ildefonso o San Alfonso, pues las dos formas adoptó la palabra germánica al volcarse en lengua española; el eminente varón de la Iglesia, arzobispo de Toledo en el siglo VII, cuya catedral conserva su imagen en un relicario de plata; el santo que dejó un tratado sobre la virginidad de María, y de quien tomaban ya el bautizo los monarcas españoles desde el siglo VIII (empezando por Alfonso I el Católico, rey de Asturias y de León, yerno de Pelayo), cuando el de Ligorio, según la frase hecha, "no pensaba ni siquiera en nacer". También vino a llamarse Colegio de San Ildefonso la fundación jesuítica que, en México y en 1583, juntó los antiguos Colegios para naturales de San Miguel y San Bernardo, donde más tarde había de alojarse la Escuela Nacional Preparatoria en que yo acabé el bachillerato, lo que ya parece predestinación. Por lo demás, de niño nunca me festejaron el santo, sino sólo el cumple-

años. De modo que San Pascual y San Ildefonso me entraron de la mano al mundo como dos alguaciles.

Honrando a San Pascual Bailón, mi patrono —que aun entre descreídos son de buena salud, o de buena literatura, estos ejercicios—, añadí al final de mi poema "Minuta" una oración o estampa popular que empieza con el estribillo de las cocineras —"Baile en mi fogón / San Pascual Bailón"—, acompañada de una breve nota explicativa; y en "Cuenta mal y acertarás: catástrofe del poeta" *(Árbol de pólvora)*, volví sobre el tema con un puñado de juegos métricos.

Como casi todos suponen que mi onomástico es el 2 de agosto, e ignoran que lo es el 23 de enero, siguiendo el día de los monarcas españoles, tuve una vez la mala ocurrencia de enviar una rectificación a algunos amigos. Y uno de ellos, que estaba de buen humor, me contestó más o menos.

—Usted, recién electo director de la Academia Mexicana de la Lengua (1957), conviene que no incurra en estos errores y tome buena nota de que su onomástico cae ciertamente en el 2 de agosto.

Y me enviaba una hojita de un calendario cualquiera, donde constaba el Ligorio del 2 de agosto. Yo le contesté con "el más antiguo Galván", suma autoridad de los mexicanos en estos achaques "desde hace años y felices días", donde constaba mi San Alfonso o San Ildefonso del 23 de enero. Y sobre todo, le pregunté, ¿qué tendrá esto con la Academia de la Lengua? ¿Qué tal, entonces, si nombramos para director del próximo cuatrienio a cierto señor abogado de San Luis Potosí, muy famoso entre sus paisanos por saberse todo el santoral de memoria?

En cuanto al nombre mismo de Alfonso, las travesuras de la homonimia me han acompañado siempre. Algo he contado en artículos de los periódicos, y todavía me quedo con una colección de documentos en que aparecen tocayos míos de la más variada condición. El más antiguo es un humilde señor que firma un contrato el 13 de febrero de 1289.

En 1921 —y también parece predestinación— me encontré como representante de México en la corte de Alfonso XIII, lo que ocasionó —entre Alfonso Rey y Alfonso Reyes— singulares equívocos. En 1924, la fatalidad onomástica llegó al

extremo, pues me vi en el caso de comunicar a otro diplomático mexicano, Alfonso de Rosenzweig Díaz, que yo, Alfonso Reyes, por ausentarme de España, dejaba nuestra Legación ante el gobierno de don Alfonso XIII en manos del Encargado de Negocios *ad-int.* Alfonso Herrera Salcedo.

Según la costumbre diplomática, adquirí entonces un retrato del monarca, un sencillo retrato de civil y en traje de calle, para llevármelo de recuerdo. El Rey, que no ignoraba las chuscadas a que se había prestado la homonimia (¡llegaron a confundirme con él en una estación de Francia!), extremó su cortesía, y aunque las personas de sangre real no ponen dedicatorias, me devolvió el retrato con estas palabras: "A D. Alfonso Reyes, Alfonso Rey." Simplificando los hechos, algunos pretenden que este monarca resultó después buen amigo de la República y prefirió cederle el paso.

## 3. LA CASA BOLÍVAR

No HABÍA yo cumplido los doce meses, cuando mi gente se acomodó en la nueva "casa Degollado" (hoy, Hidalgo), la verdadera casa de mi niñez, que mi padre hizo construir a su manera. Después he podido comprobar que el patio y los arcos recuerdan, aunque en proporciones mayores, los de la casa de Guadalajara en que él nació. No conocí, pues, la "casa Bolívar" a que se refiere mi Proemio, mi casa natal, que ya no existe, propiedad de don Lorenzo González Treviño y su esposa doña Prudenciana Madero. Pero revolviendo papeles de la familia e interrogando a mis mayores, encuentro noticias que quiero asociar a este relato.

En Bolívar se iniciaron los hábitos de vida que en Degollado habían de desarrollarse y corregirse. Si no me engaño, la casa Bolívar era más bravía y menos cómoda que la casa Degollado: conservaba aún los resabios de campamento en tierra ajena. Allí, como el Cid cuando alza sus tiendas sobre Alcocer, mi padre tenía que cuidar "que de día nin de noch non les diessen arrebata".

Rodolfo recordaba todavía su sobresalto, cuando vio al "Coyote de Marín" (distinguirlo de otro "Coyote" anterior, más feroz y famoso) que llegó un día a revientacinchas, tras recorrer una distancia inverosímil, preguntando anhelosamente por el general, para denunciar el escondite del malhechor Mauricio Cruz, su antiguo jefe, de quien lo habían dividido al fin los terribles desmanes de éste y el afán de merecer el indulto. Pero lo que no recuerda Rodolfo es que, antes todavía, Bernardo irrumpió una vez en el despacho de mi padre, montado en un carrizo y gritando "¡Yo soy el bandido Fulano de Tal!", en los precisos momentos en que el dicho bandido había venido a conferenciar con mi padre y a ofrecerle su rendición a cambio de ciertas garantías para su mujer y sus hijos. A decir verdad, yo sé que todavía en Degollado se daban casos parecidos, y que una viejecita se

presentó un día corriendo y temblando para avisar que en el callejón de la Azucarería estaba emboscado un hombre, con el fin de "venadear" a mi padre (según allá dicen), cuando éste pasara como todos los días conduciendo su "boguecito".

Esta sensación de peligro corre como agua subterránea debajo de mis recuerdos infantiles. A veces, y ya a deshora, todavía quiere inquietarme. Es la parte que me tocó en esa veneración del misterio profesada, al parecer, por todos los hombres de mi país. Por mucho tiempo ha habido una hora oscura en mi corazón, una hora oscura en mi soledad: cuando se levantaban, del seno de todos mis dolores, las imágenes de mis angustias y alarmas. Yo sentía que, bajo las apariencias del bienestar, se estaba fraguando una tremenda emboscada. Y yo, que me sabía nacido para el sosiego de las Musas, padecía extrañas desazones. Pero estas sombras no corresponden al amanecer infantil y las borraremos por ahora.

Sucedió, pues, que en 1885 llegó mi padre a ordenar las cosas del Norte, tarea que le ocupó unos tres años. Pero tras un año de brega pudo ya traer consigo a la familia. Aún olía a pólvora el aire, y todavía los asistentes de mi padre contaban a mis hermanos: "De aquella ventana le hicieron fuego. De más allá salieron los que lo atacaron. No te juntes con ese muchacho, porque has de saber que, en su casa, cuando llegamos. . ."

Por ventura en la ligereza pueril hay más sabiduría que en el rencor de los adultos, y más de una vez la amistad de los niños vino a apaciguar añejas rencillas entre "Montescos" y "Capuletos" y a poner término feliz a las *vendettas*: el caso, por ejemplo, de Nacho Galindo y de mi hermano Rodolfo.

Más patético es aún el caso de los dos hermanos García Calderón, hijos de un resuelto adversario de mi padre, que tal vez llegó a disparar sus armas contra éste, cuando acababa de instalarse en la casa Bolívar y todavía no se apaciguaba el encono. Muchachos de clase modesta, por eso y por la prohibición paterna apenas se atrevían a juntarse con la partida de mis hermanos. Pero, como a todos los niños de la vecindad, los ganó la admiración creciente para el joven guerrero, su prestigio, su encanto, su destreza en el manejo

de armas y caballos; y puede decirse que, por el corral del fondo de la casa, entraron a su destino, y los dos habían de morir por mi padre aunque en distintas ocasiones.

Cuando la familia llegó, hacía meses que mi padre acampaba ya en la casa Bolívar. El barrio era centro de una numerosa y distinguida familia, crema social de Monterrey, enlazada con las fuerzas políticas que mi padre fue precisamente llamado a contrarrestar. Parece que él hubiera elegido el sitio de propósito, no para ofender o incomodar con su presencia a los que aún no eran sus amigos, sino para, poco a poco —según lo hizo— convertirlos en verdaderos amigos, confiados y afectuosos.

Aquella casa, como la casa Degollado más tarde, era para mis hermanos Bernardo y Rodolfo al propio tiempo habitación, cuartel, huerto, amén de ser bosque, gruta, tierra por descubrir, escondite para no ir a la escuela, isla de salvajes y muchas cosas más, propias de la imaginación y juegos de los niños. Finalmente, era como el centro de todo un conjunto de casas comunicadas por los corrales del fondo.

La casa, de un solo piso y varios niveles, se dividía en dos partes: la primera —bajo la dependencia inmediata de mi padre, o de mi madre más bien— se extendía, a la altura de la calle, en dos amplias alas con patio al medio.

Por el ala izquierda corrían las habitaciones, desde el salón hasta el comedor, separadas del inmueble vecino por un callejón que pertenecía a la casa, quedaba dentro de su recinto y permitía que todas las salas tuvieran aire y luz suficientes. El mismo sistema para el ala derecha. Y el mismo conocí yo en Degollado, donde estos dos callejones conducían al exterior por dos puertas cocheras. En Bolívar, el ala derecha estaba ocupada por el cuartel general de la 3ª Zona y remataba en la habitación de Bernardo que, como mayorcito, gozaba de cierta independencia. El patio —los patios de Monterrey recuerdan los patios andaluces— era un patio en dos planos, el centro más bajo que el contorno; y, como toda la casa, de proporciones espaciosas.

La parte baja o segunda parte de la casa comenzaba con las habitaciones accesorias: a la derecha, desde el depósito —enorme cava llena de armas, municiones y arreos milita-

res para una brigada— hasta el aposento del asistente Tiburcio Cháirez, autoridad única de escaleras abajo. Cerrado con triple llave, el depósito era objeto de supersticioso temor entre la camada de mis hermanos. Sólo se podía acechar su interior desde las troneras y claraboyas, por donde los gatos y ratas, habitantes de sótanos, entraban y salían a su sabor. Todavía más allá, en el límite con la huerta, había una sala de baño con "ducha de regadera" y "ducha de chorro". (Mi padre se hacía aplicar por Cháirez terribles latigazos de agua y luego se hacía frotar con guantes de pelo de camello.) A la izquierda, unos graneros y un pajar. Las demás habitaciones bajas eran para los criados de ambos sexos, entre los que descollaba, después del sargento Tiburcio, el amo y señor de las cocinas. En la huerta —aguacates en su mayoría— se edificó una cuadra para unos doce caballos, y se amplió la cochera para dar cabida a los tres coches de respeto, el coche mediano y el "boguecito" de mi padre. Después venía el corral o traspatio. La casa típica de la antigua Monterrey era de un solo piso, amplia y profunda; no tenía necesariamente huerta, pero sí dos patios sucesivos, con frecuencia a muy distintos niveles. Las habitaciones se distribuyen en torno al primero; el segundo, el traspatio, donde a veces crecen arbustos salvajes —los chaparros—, es el reino natural de los niños. Éstos, en efecto, vagaban por la parte baja de la casa, con las demás especies afines: los criados y los animales.

La partida de mis hermanos, de Rodolfo sobre todo (pues Bernardo, ya entre doce y trece años, un poco mayor que los demás, aunque era el más dotado en todos sentidos, se limitaba a inspirar de lejos las correrías y travesuras de los chicos, no tanto por cuestión de edad, como por cuestión de temperamento), andaba como por propiedad común de un corralón al otro, salvando las bardas de poca altura, convenientemente horadadas en escalones, o saltando las tapias por las ramas de las moreras, los nogales y los aguacates. Los muchachos eran amos y señores de esta zona del barrio, no usaban las puertas de las casas para visitarse, no se anunciaban, no pedían permiso. Irrumpían de un lado a

otro —salvo en cierta casa de un agiotista donde había dos mastines feroces y una vieja gruñona— y siempre eran bien recibidos en aquella comunidad de familias regiomontanas.

Depósitos de armas, graneros, pajares, se convirtieron en lugares frecuentados por manadas de ratas insolentes como en la *Gerona* de Pérez Galdós. Lo primero que hizo mi padre al traer a la familia, no fue quejarse de sus luchas con los adversarios, sino de sus luchas con la plaga de los inmundos roedores, que siempre lo ponían en estado de verdadera exacerbación nerviosa, al punto que aquel valiente general gritaba como un chiquillo si veía aparecer una rata o un ratón.

Así, a pesar de su poca afición a los gatos, hubo que traer una media docena. Bernardo y Rodolfo se dedicaron a cazar ratas con sus "carabinas de salón" o "de silencio", así como las palomas que venían de toda la ciudad —y aun del campo, pues las había monteses— a alimentarse en nuestros graneros y establos. Bernardo, más estudioso y quieto, pronto se dedicó al canto y a la música, en que lo inició María Espinosa, vocación que fue ya definitiva en su existencia, y a perder el tiempo contemplando el desarrollo de la fitolaca que su maestro sembró en el patio, para darle una lección objetiva de botánica, pues es una planta que "casi crece a la vista". Rodolfo creyó siempre que la estéril contemplación de la fitolaca había acabado definitivamente con el carácter de Bernardo. Él, por su parte, persistió en sus aficiones cinegéticas allí adquiridas, y para no matar las palomas de algunas amiguitas vecinas, se convino en que éstas llevarían un lazo de color en una patita. Los gatos, menos eficaces que el rifle de Rodolfo en la persecución de las ratas, perdieron crédito y confianza, se escondieron en el depósito, se volvieron salvajes. Dieron en asaltar la cocina y despensa en verdadera pandilla de malhechores; y, de cazadores que eran, tuvieron que convertirse a su vez en cazados.

Después, en la casa de mis recuerdos, la Degollado, el cuadro de fondo será el mismo, pero ya como un telón que retrocede y se opaca, dejando en el primer término otras imágenes menos broncas, mucho más urbanas. Cierto es que

todavía me sollamaban, de cuando en cuando, los destellos de las antiguas hogueras, y que más tarde el fuego me había de envolver; pero a mí, como en las mitologías antiguas, el fuego me acrisola (nadie se ofenda, que hablo en burlas) o, lo más probable, tengo índole de salamandra.

## 4. LA CASA DEGOLLADO

NO DESEO cansarme con la descripción de otra casa, ejercicio —oh, manes de Dickens— en que pocos son los que aciertan. Como en el caso anterior, sólo trazaré los rasgos principales. Pero quiero, sí, decir muy claro que la casa fue un personaje real en mi vida. Y si en Tagore hay muros que digieren el alma de los moradores, yo aquí diré que también hay muros que la fomentan.

Tomemos un calco de la casa Bolívar, quitémosle todo lo sobrante y añadamos algo que faltaba. Supongamos que se rectifica el conjunto y se la somete a mejor dibujo y a una distribución más justa y correcta. Desde luego, ya no hay comunidad de corrales, ni pandillas de muchachos traviesos que irrumpan por todas partes.

Conforme la enfrentamos desde la calle, aparece la fachada de un solo piso, edificio algo entresolado; y, de derecha a izquierda, la puerta cochera de la familia, la puerta principal, la puerta del cuartel general —estas dos puertas centrales, con cuatro gradas— y la puerta de carros del cuartel general, que casi siempre estaba cerrada. Las cuatro entradas limitan tres grupos de balcones simétricos: dos de la "asistencia", la "sala de estar" o "cuadra" que decían las comedias del Siglo de Oro; tres para la sala de invierno, doblada al interior por la de verano; y dos para el cuartel general.

Los clarines sirven de reloj: a las siete por verano y a las ocho en invierno, comienza la jornada, y una compañía de infantes pasa revista frente a casa. Ha llegado al toque de "asamblea" y parte al de "paso redoblado". En el zaguán del cuartel general, a mediodía —la hora de comer— un corneta lanza la llamada de atención y, luego, la de "orden general de la Plaza".

La casa, pues, tiene dos porciones, la doméstica y la militar, y también tres zonas sucesivas: los mayores; los niños y

criados; los árboles y los animales. La cruzan corredores longitudinales y transversales en que se podía patinar y andar en bicicleta, y donde se balanceaban espaciosas jaulas de canarios, cenzontles, clarines y jilgueros; hay un patio de arcos y una fuente; luego viene el "jardincito de María" (urracas, rosales, naranjos), por donde pasea una garza; y entre el gran patio y el jardincito, el inmenso comedor, plantado entre cuatro corredores, con sus siete puertas. A la izquierda, después del cuartel general, sus salas y sus oficinas, el despacho del gobernador (quien, por las tardes, se traslada a su Palacio de Gobierno), la biblioteca, el depósito de armas, el cuarto de monturas y arneses, el baño realmente pompeyano, con toda clase de juegos de agua y duchas de presión que, al menor descuido, lo sientan a uno en el suelo; y otros lugares secundarios. Por la derecha, después de la asistencia, un tocador de tamaño más que natural, cinco o seis alcobas (la mía daba frente al comedor), la inmensa cocina, la despensa, dos cuartos para la servidumbre; el del cocinero Luis, intocable, y el cuarto de los "tiliches".

Pero con esto sólo hemos llegado al término del jardincito de María. Allí, continuando los corredores, dos grandes rejas, entre las cuales hubo que construir más tarde una salita de armas privada, otro cuarto para el ayudante Aranda, otro más. . . , donde en remotos días hubo unas caballerizas provisionales. Estas rejas dan al patio empedrado, en que se guarecen los coches bajo cobertizos y al que se traen los caballos para ensillarse o engancharse. De allí, otras dos rejas dan a la preciosa huerta llena de andadores, calzadas, canalitos de irrigación, tomas de agua, gallineros, aljibe, torre y pozo artesiano de molino; enorme huerta en que se podía tirar al blanco y correr caballos. Los pavos reales andaban de un lado a otro, dormían de preferencia en las traviesas de la torre, y de vez en cuando me obsequiaban alguna pluma de su espléndida cola, para que yo me divirtiera manteniéndola en equilibrio. Y un portón, al fondo, conducía a las cuadras que, a su vez, abrían otro portón sobre el barrio de San Luisito. Todo era luz, amplitud y aire. En el modesto taller y, más que casa, biblioteca que ahora habito, echo de menos los espacios abiertos, las perspectivas hacia el campo y hacia la

montaña, la compañía de mis árboles. Nunca me acostumbré a su ausencia y sueño morir bajo un árbol.

De casualidad di ayer con un verdadero himno a la casa Degollado, escrito en París (diciembre de 1913). Me atrevo a reproducirlo aquí, no obstante sus excesivos alardes de prosa poética y aun cuando quedó a medio escribir.

No he tenido más que una casa. De sus corredores llenos de luna, de sus arcos y sus columnas, de sus plátanos y naranjos, de sus pájaros y sus aguas corrientes, me acuerdo en éxtasis. De esa visión brota mi vida. Es raigambre de mi conciencia, primer sabor de mis sentidos, alegría primera y, ahora en la ausencia, dolor perenne. Era mi casa natural, absoluta. Mis ojos se abrieron a ella antes de saber que las moradas de los hombres son provisionales, que se trafica con ellas, se venden, se compran, se alquilan; que son separables de nuestro cuerpo, extrañas a nuestro ser, lejanas. Las casas que después he habitado me eran ajenas. Arrojado de mi primer centro, me sentí extraño en todas partes. Lloro la ausencia de mi casa infantil con un sentimiento de peregrinación, con un cansancio de jornada sin término. Me veo, sobre el mapa del suelo, ligado a mi casa, a través de la sinuosa vida. Su puerta parece ser la Puerta que anhelo.

En una continuidad de formas y de sonidos, mi mundo infantil pende de esa casa. Unidad primera, por ella he de medirlo todo. De ella irradian las posibilidades y las tentaciones de mi conducta: estrella de senderos; nudo, no disuelto, de la voluble voluntad de la vida.

Los seres que la habitaban eran los únicos necesarios. Sus caras eran las verdaderas. Su edad, la *propia* de ellos. Paréceme que de aquella casa, preñada de destinos, deriva la vida de todos como en incurable corrupción: como derivan los ríos, hacia abajo; como caen los frutos, hacia abajo. ¡Oh vida en potencia, tú eras vida! La vida en acción ya sólo es camino de la muerte.

Todavía gritan en mi corazón los pavos reales de la huerta; despliegan ante mi memoria su vistoso abanico, lucen la corona de estrellas. Arde el sol en sus pechos, sobre felpas de esmeralda y de añil.

Las sombras de la espaciosa sala todavía me infunden curiosidad y temor a un tiempo mismo. Hay la idea, para los niños, de que en toda sombra alguien se esconde.

Bajo el dosel del lecho paterno, brilla como con luz propia un Cristo de marfil.

El muro de la sala de armas, relumbrante de aceros... Los puños de las espadas quieren decirme más que las hojas. Gesto reprimido del bravo, imagen negativa de la mano del paladín. Allí

queda como cuajado el tacto del guerrero, que las hojas apenas prolongan en un gallardo comentario.

Y aquel panal de las abejas, las despensas y las alacenas bien provistas, las células plenas... Corre por el aire un acre y sabroso olor de cereales, un tropical aroma de especias. Vense montañas diminutas de armiño: huele a azúcar. Huele a café. Relumbran los botes, alineados en falange. Pasa un fantasma de delantal blanco y gorro blanco. Penden unas llaves de una cintura: oigo tu voz, Ama.

Y tras de juguetear con el perro sin importarme el sol del verano, hay, para mi infancia enemiga de las golosinas —en lo más aislado de la casa, entre cuatro corredores que eran avenidas de silencio, en la oscuridad religiosa de sus siete puertas cerradas (porque es la hora de la siesta), en el hueco egipcio de sus altos muros desnudos: en el comedor—, grandes jarras de agua fresca, cisternas de plata.

## 5. PAULA JARAMILLO

UNA inmensa campesina de bronce, tan bella como para asustar los deseos, tan serena que las lágrimas parecían postizas en su cara. No aquella Ceres del pan rubio, asociada al recuerdo de las gavillas, sino la otra Ceres india, la del maíz, fresca como pozo de agua en la sombra. Llevaba en brazos un precioso muchachón rollizo, y se quejaba a la gobernadora:

—Mi hermano se emborrachó y cayó soldado, "niña". ¡Y es el sostén de la familia!

Los ojos de la gobernadora —ojos avizores y militares, ojos alerta finos y prontos, ojos de ama natural, que no sólo calan en las almas, sino que ahondan con maternal instinto en los secretos del cuerpo, palpan los tejidos, aprecian los jugos, adivinan la economía vegetativa del animal que somos— iban de la criatura a la madre, llenos ya de designios.

Y sin hacer caso de lo que seguía hablando la campesina, porque ya había oído lo bastante, le interrumpió de pronto:

—Hoy mismo volverá tu hermano a su casa, si le das el pecho a mi hijo.

Así llegó mi nodriza Paula Jaramillo. Cerca de veinte años más tarde, regresé de México a Monterrey durante unas vacaciones escolares y todavía tuve carta suya. Vivía en el pueblo de Doctor Arroyo, arrimada a una familia caritativa. Nadie quiere creer que la recuerdo, aunque dejé de verla muy niño. Me ronda a veces, como imagen transparente y benéfica. Me habla en sueños.

De ella conservo mi afición a la piel morena y mi confianza en yo no sé qué inmensa piedad nutricia, generosa hasta ignorar el pecado, que me parece manar de los senos mismos de la vida. De ella, un sabor de paganismo trigueño muy lejano a las jactancias olímpicas y que acaso viene desde la Grecia más arcaica y terrena, hecho de virtud placentera y seria a la vez, penetrante, consoladora.

No nos engañó la generosa Ceres, ¡qué había de engañarnos! Resulté un bebé risueño y gordo. Mis hermanas, por lo pesado que yo era, solían llamarme "el Cerro de la Silla". Y a los pocos años, todavía mi parsimonia era tanta que me llevaban por la calle a tirones, porque no podía seguir el paso, y subía "a gatas" las aceras.

Conservo retratos de mis tres, de mis seis meses. Me parece que ésos son mis verdaderos retratos y lo demás es decadencia. Tiendo a ofrecerlos a los periódicos cuando me piden mi efigie para las entrevistas, y dejé uno en manos de Ramón Gómez de la Serna (junto con otro, yo pecador, de uniforme diplomático, gorro montado y espadín) para su álbum de la Sagrada Cripta de Pombo.

## 6. LOS HERMANOS

De los doce mencionados en las *Parentalia,* tres se habían ido ya antes de mi nacimiento: Roberto, Aurelia y Eloísa; dos —Guadalupe y Eva— se fueron cuando yo era muy niño. Aurelia, Eloísa y Guadalupe no tuvieron tiempo de dejar rastro. A Roberto, aunque murió de pocos años, mis padres lo recordaban constantemente y contaban sus dichos y hechos como si se tratara de una persona llena de hazañas, "constelada de casos y de cosas", al punto que yo me sentía celoso. Bravío y bronco, de él no se referían gracias infantiles, sino más bien salidas audaces. Perteneció todavía a la etapa guerrera de la familia. Era un diminuto Rodrigo de Vivar que andaba descolgando espadas para medirse con sus mayores y que no quería dar las gracias por la recuperación de su salud ante un triste crucifijo de aldea, porque le parecía una imagen muy inexpresiva y miserable: "¿Ése es Dios? —dijo el cachorrillo militar—. ¡Ése será su asistente!" Cuando ya estaba muy malito, le ponían botellas de agua caliente en la cama. Murió creyendo que una de ellas era el sable y otra el bridón.

Eva vivió hasta tres años y mostró una precocidad inaudita. Se escapaba con los pocos centavos que lograba juntar, compraba en el Parián sus juguetillos de barro, y luego volvía tan orgullosa y con sus cuentas cabales. Era demasiado inteligente para quedarse en este mundo. Yo tenía cinco años; la vi agonizar, arrebatada por una cruel meningitis. Le habían puesto unos enormes guantes, rellenos de lana, para que no se mordiera los deditos. Aquello fue para mí, como para el príncipe Sakia-Muni el día que se asomó al mundo, la primera experiencia sobre el dolor y la fragilidad de la vida.

Tú me dijiste, madre, que nuestra verdadera patria es el cielo, y el mundo, morada transitoria. Y yo, niño, no podía comprender tus lágrimas, cuando la pobre hermana Eva nos fue arrebatada a los tres años.

—¿Por qué lloras —te pregunté—, si Evita está ahora en el cielo?

La voz de la sangre te hizo responderme:

—Una niña nunca está mejor que sobre el regazo de su madre.

Y yo he comprendido poco a poco. Somos cosa tan deleznable, que hasta antes y después del tiempo necesitamos que el hada buena nos sostenga en sus brazos; de aquí el culto de las Diosas Nutricias, principio que nos conduce y ampara.

Era mucha la mortalidad infantil. Yo mismo no sé cómo resistí los asaltos de la pulmonía, el sarampión, la tos ferina, las paperas y unas cuantas dolencias más, de que fui víctima según me aseguran. Porque yo sólo he guardado memoria, entre mis molestias infantiles, de los trastornos digestivos, un leve ataque de orejones o paperas, achaques dentales, fiebres recurrentes y jaquecas, dolores de cabeza casi durante toda mi vida. Por cierto que los métodos de la medicina en mi infancia, junto a los actuales, me hacen pensar, no ya en el incierto amanecer medieval, sino en aquellas que los historiadores llaman las Edades Oscuras. En este orden, he presenciado en mi existencia un adelanto desconcertante, que las malas lenguas atribuyen al efecto de las conflagraciones bélicas.

La carrera de mi vida comenzó, pues, en un pelotón de ocho hermanos. León, el medio hermano mayor, se dejaba ver de tarde en tarde. Ingeniero militar adscrito a una comisión geográfica, recorría el país, y algunas veces aparecía por casa. Como poseía una fuerza prodigiosa, con los dedos doblaba los "quintitos" de plata (que así llamaban a los "vigésimos" o cincos) y me los lanzaba como obsequio. Los otros hermanos me contaron después que, cuando era cadete en el Colegio Militar, se divertía con varios atletas de su camada, en provocar a los "pelados", y una vez tuvo que arrebatarle el cuchillo a un agresor agarrando la hoja con la mano. Tenía muchas novias, cuyas efigies se encargaba de reproducir Bernardo, que era gran fotógrafo. Encontró a una "pelando la pava" con otro galán, junto a una de aquellas ventanas de barrotes de hierro... Abrió un poco los barrotes, le metió

al rival la cabeza, volvió a cerrarlos lo indispensable, y ahí lo dejó aprisionado y dando gritos.

León se presentó un día en casa acompañado de Adela, su joven esposa, criatura tan bella y fascinadora que me causó un deslumbramiento. ¡Pobre Adela! Básteme decir que fue muy desdichada por el mucho afán de no serlo. Mi infancia encontró en ella una atención siempre maternal y cariñosa, así como en León una inmensa y contenida ternura. A él debo mi primera "pluma fuente": —Para que me escribas de dondequiera que andes. —Y así lo hice.

Un día sorprendí a mi madre hablando con León de las esperanzas que fundaba en mi porvenir. El efecto fue casi trágico: un desgarramiento, un candor perdido. Lo he dejado sentir así en mi poema "El hombre triste". Hubiera preferido no saber nada y no tener, como en adelante, que interrogarme a solas.

Bernardo y Rodolfo, al cumplir respectivamente los dieciséis años, se trasladaron a México para aquí seguir sus estudios. En México vivían con León (al menos los domingos, pues éste era interno en su Colegio Militar), y por algún tiempo, con los atléticos hermanos Rafael y Jenaro Dávila, el mayor de los cuales, aquel magnífico Rafael que —como solía decir mi padre— se comía a sus interlocutores y era una sonaja de vigor y de buen humor, más tarde se casaría con María mi hermana. A Bernardo y a Rodolfo sólo los recuerdo bien cuando volvían a Monterrey de vacaciones, no antes de su partida; aunque todavía creo ver a Rodolfo —que me llevaba once años— a un tiempo riendo de entusiasmo y sollozando de aprensión cuando supo que lo enviaban a México; o, en la sala de verano, estudiando, acompañado de María, con un preceptor de largas barbas, o haciendo llorar de berrinche y nerviosidad a una institutriz francesa de María, la cuitada Emilia, a quien él incomodaba siempre llamando a la puerta de su cuarto o persiguiéndola por toda la casa con un silbato. Rodolfo y María mucho tiempo hicieron pareja, como después Otilia y yo. Bernardo y Rodolfo eran muy cazadores, y Rodolfo siguió siéndolo, sin que faltaran en sus fastos, no digamos piezas menores, sino el venado bura, el leopardo y el oso gris; y se metía un mes por

los desiertos de la Paila, en Coahuila, llevando consigo un carro con toneles de agua. A Bernardo, como ya lo he dicho, lo distrajeron las aficiones musicales y cierta desgana para la acción. Era un gran tenor, y también lo que llaman los vecinos del Norte un *gadget-minded man*, lleno de aparatitos, artilugios y curiosidades. En el álbum de la familia quedan de ambos unos espléndios retratos que parecen cuadros velazqueños. Los mozos lucen boina de pluma, bolsa, escopeta, cuerno, botas. Nada faltaba a su atavío, y los dos eran muy apuestos. Más que muchachos cazadores, parecían muchachos disfrazados de cazadores para un baile de fantasía.

María vino a ser la "mamita", la ayudante natural de la madre, y acudía con sencillez y paciencia a todas mis curiosidades y mis antojos infantiles. A Amalia y a Otilia las he pintado en mi poema "Recuerdo", con su peinado liso de abarcador, sus medias negras y sus botitas de botones. Otilia, que apenas me lleva más de un año, fue la gemela de mi infancia. Ambas, mis compañeras por excelencia. Pero muy pronto las mujercitas echan a volar y van dejando a los niños en la tierra, que las ven subir asombrados, sin saber por qué se les van, los superan y los dominan.

Y al fin vino Alejandro (hoy, *une tête bien connue* en los teatros y conciertos de México), el menor de todos y después mi camarada constante, que de repente se puso en dos pies y echó a correr por la huerta, rumbo a las caballerizas y al portalón del fondo, rumbo al barrio de San Luisito, donde organizó su "Circo Pelangochano" y traía revuelta a la muchachada del río.

Y así se mantuvo por algún tiempo, travieso y gozoso. Pero un día lo enviaron a una Western Military Academy de Illinois, y volvió transformado. No porque adoptase maneras extrañas, sino porque parecía haber perdido en buena parte la alegría y la confianza.

Ya sólo me quedan, cuando escribo estas líneas, Otilia —madre y abuela de larga prole, abrazada siempre a su Ramón, el más bueno de los hombres— y Alejandro, aquí, al otro lado de mi mesa, contemplándome con melancolía y ayudándome con mis soledosas evocaciones.

# 7. LA FAMILIA GUERRERO

ALCANCÉ al glorioso general Mariano Escobedo, que apenas es ya para mí una vaga vislumbre de barbas, orejas y antiparras; alcancé al general José del Valle, antes jefe y luego subordinado de mi padre, que se hallaba al frente del 5º Batallón. Entre los camaradas de armas del general Reyes, conocí al mayor Vargas Huerta, íntimo de mi casa, y al que fue secretario de aquél durante la primera etapa de su gobierno, entonces capitán Ignacio Mendoza y ya en mis días mayor Mendoza, adscrito a la 3ª Zona Militar y nativo, como mi madre, de Ciudad Guzmán (Zapotlán el Grande, Jalisco). Pero, sobre todo, mucho conocí y traté al coronel Benigno Guerrero, el jefe de Hacienda, que me consideraba con un cariño paternal.

La plana mayor de la familia Guerrero contaba, además de don Benigno, con su esposa doña Margarita, cuyo abultadísimo bocio me costó trabajo aceptar, y la hermana de ésta, Fernanda Macías, muy poco agraciada, pero, lo mismo que la otra, mujer excelente e intachable, de quien me contaban que había quedado algo contrahecha por una caída de un burro.

Los hijos de don Benigno y doña Margarita eran una señorita y tres varones: el militar Benigno, aficionado a las mujeres y al canto, valiente, simpático y más tarde, lector denodado de Vargas Vila; Moisés y Agustín, ambos funcionarios de Hacienda; y Lupe, una como segunda madre que acompañó siempre mi infancia con rara devoción. Todos, personas ya adultas cuando yo nací, pero verdaderos amigos míos. Junto a ellos, asoma tímidamente el hijo de su criada Teresa, Antonio Valles, que mucho interesó nuestra infancia con su feliz inventiva, los juguetes que fabricaba y sus nacimientos de nochebuena.

Los Guerrero eran casi de la familia. Siempre que me era posible, me iba yo a "pasar el día" a casa de Lupe, y me sentaba quietamente a admirar a don Benigno, que me con-

taba cómo a él y a mi padre las balas les zumbaban por la cabeza, allá cuando los pasados combates, y apuraba risueñamente su *grog* de coñac con agua y azúcar o fumaba uno de aquellos puros magníficos cuyo mayor encanto, a mi ver, estaba en el olor de la delicada caja de madera. Sólo una que otra vez, los tristes domingos por la tarde, tuve que lamentar mi visita a casa Guerrero, porque me encontraba a doña Margarita sola y aburrida, y la pobre, no sabiendo qué hacer conmigo, me llevaba a pasear en tranvía hasta el Obispado. (Tranvía de mulitas, por supuesto.)

Yo hacía formar a toda la familia, la armaba de palos y escobas y la obligaba a marchar detrás de mí, dando la vuelta al patio. Entonces yo era Napoleón. Pero siempre me han sacado de quicio las patas movedizas de los bichitos, por inocuos que fuesen —no sólo arañas, tarántulas y alacranes—, porque yo no tenía tanto temor del daño que pudieran hacerme, como de la movilidad y el aspecto. Y si, en pleno desfile victorioso, aparecía una de esas hormigas minúsculas que llamábamos "mantequeras", allá se iban el caballo y la espada de palo, y Napoleón echaba a correr gritando:

—*¡Mía, mía un mimay coi coi p'allá!* (Mira, mira un animal corre y corre para allá.)

Si me invitaban a merendar, abusaba yo de la familia Guerrero, a trueque de sufrir después pesadillas, y me hacía servir, para acompañar el café con leche, enormes raciones de bizcochos, "pan de dulce", o como se llamen esos prodigios que sólo se encuentran en México y son más que el pan y menos que el pastel. Por lo cual valen más que éste, pues no los afean con cremas y esencias de limón o naranja, con ribetes de chocolate, con licores o pasas que remedan moscas, todo lo cual siempre me pareció incompatible con el buen trigo de Dios, el maíz y tal o cual especia bien avenida. Con mis bracitos regordetes, yo juntaba todos los bizcochos que me ponían a la mesa y decía con gravedad:

—Son pocos.

Y me daban más, y yo me medio moría de indigestión. Y todavía hoy me cuesta mucho refrenarme.

Un día don Benigno estaba moribundo. Le ponían sanguijuelas por la espalda, recurso desesperado en la pulmonía.

Me pidió que le recitara "El niño, el viejo y el burro". La emoción me hizo olvidarlo todo y me sacaron llorando del cuarto donde don Benigno agonizaba.

A Moisés debo el haber presenciado mi primera corrida de toros. Me aficioné, y todos los domingos Moisés me llevaba a la Plaza de Toros de Santa Lucía. (La ciudad se llamó antes "Nuestra Señora de Monterrey y Ojos de Santa Lucía".) Moisés hacía que me obsequiaran banderillas. Junté, en las cajas de cerillos o fósforos, la colección más estimada de retratos de matadores, la "Veintiuna". Aprendí a desdeñar las valentonadas del picador Carranza, y a apreciar, junto al arte sobrio y seco de Cuatro Dedos, Caro Chico, Silverio Chico, el arte cirquero, saltarín, de Llaverito, que naturalmente satisfacía mejor mis expectaciones infantiles. Me tocó ver a Mazzantini, el torero señorito, que luego sería gobernador de Madrid, y a quien yo había de encontrar allá años más tarde, donde aún quedaba de él no sé qué historia mexicana...

En asunto de tauromaquia, más adelante he de contar mi única y modestísima hazaña. Durante mi vida en la ciudad de México, de estudiante, hice poco caso de los toros, aunque tuve buenos consejeros: Jesús Acevedo y "el compañero Ibáñez", que autorizaba sus opiniones con textos de Virgilio y solía llevar al baño, de pelo suelto y por toda la calle, a esos ganados de mujeres que ya hoy no se usan. Ibáñez, muy fino y dulce, tenía a su esposa en el manicomio y soñaba con hacer en la ciudad una fuente para los pobres y cosas así. En Madrid, como no podía menos de ser, volví un poco a ver las corridas, y juntando lo que sabía y lo que adivinaba, pude describir la muerte de Joselito y el extraño rasgo del Gallo en Talavera de la Reina. ("Alivio y traición de la palabra", *Tren de ondas.*)

Los Guerrero eran como mis hermanos mayores, y ocupan un sitio privilegiado entre mis sombras predilectas: Lupe al frente, la virgen de instintos maternales, uno de mis consuelos a la hora sombría en que me pregunto si será de buena ley o si será *oro breco* (así, enrevesando la palabra, llamaba yo al cobre en mi infancia) el oro que parece haber en algunos corazones humanos.

## 8. ZÚÑIGA

DON Jesús L. Zúñiga, el secretario privado, era el hombre más leal y abnegado que he conocido. A estas virtudes sumaba una laboriosidad connatural, porque parecía del todo identificado con las necesidades de su trabajo, una inconmensurable eficacia para su servicio, muchos recursos, iniciativas discretas y oportunas, rapidez en el despacho, puntualidad casi más que humana, exactitud de *robot* que no se desvía ni un milésimo de milímetro, habilidades manuales y raras capacidades que subordinaba todas al fiel desempeño de lo que parecía ser su misión en este mundo: servir a mi padre. Llegó a crearse un sistema propio de estenografía para los acuerdos que él le dictaba. Cuando vino la hora del alfabeto, me enseñó la escritura a máquina del autodidacto (es decir, con un dedo de cada mano) y a consultar el *Diccionario*, que fue para mí un descubrimiento. Era aficionado a la lectura, pero parecía preferir los libros mansos y leves, como los de Coloma. En ratos perdidos, sobre todo durante los veraneos, obsequiaba a mis hermanas diminutos muebles de alambre y felpa que fabricaba con sus manos, o nos permitía correr por los pastos del Mirador agarrados a los faldones de su levita.

Justo, algo seco, de fuerte mandíbula, mentón dividido y bigote severo, bondadoso sin humorismo, nervioso al extremo, yo creo que de alguna manera sonambúlica, metapsíquica, recibía mensajes e instrucciones de mi padre hasta en mitad del sueño. Casi siempre lo vi presuroso, nunca impaciente. Revoloteaba como avispón en torno a mi padre, se iba a su panal con su carga, y pronto su máquina empezaba a trotar en trote cerrado, como si las teclas mismas, sumisos cómplices, participaran de su afán. No creo haber presenciado en mi vida una entrega tan total de una voluntad en una voluntad ajena. No hay modo de apreciar lo que se le debe. Seminarista arrepentido a tiempo de la que le resultó una

falsa vocación, formó con su esposa un hogar de varios hijos, a los que después he visto prosperar en distintas y provechosas actividades.

Estuvo junto a su jefe hasta el fin (era capitán *pour la forme*) y luego emigró a otra ciudad que no le amargara con los recuerdos de Monterrey. Desde entonces se comunicó ya pocas veces con la familia, lo que yo he aprobado plenamente: era de absoluta higiene mental y moral que este hombre hiciera borrón y cuenta nueva con sus sacrificios pasados, y buscara su centro de gravedad dentro de sí mismo. Sirvan mis palabras como un tributo, aunque tardío, a su buena memoria.

## 9. EL COCINERO DE MI NIÑEZ

El cocinero de mi niñez era un muñeco rojo y blanco. El mandil y el gorro le daban aspecto de mostachón; tenía una nariz de caballete y usaba una barbilla en punta a lo Francisco I. Era cosa de juguetería y era cosa de golosina. Nos pertenecía a los muchachos de la casa, al punto que lo obligábamos a pedir perdón de rodillas, cada 5 de mayo —por aquello de la invasión francesa— ante un retrato del general Zaragoza. A veces se ponía como un sol de vino, pero sin perder jamás la compostura. Entonces contaba cosas de su tierra —de Francia— y, para divertirme, marchaba, blandiendo el asador, con un aire a un tiempo militar y doméstico.

Luis aderezaba sus guisos con romanticismo francés, en aquellas salsas que dejan la lengua palpitando, para consolarla después con unos platos fríos, honestos, de sabor contundente y seco.

A la merienda, rito infantil, preparaba un pan de huevo amarillo, unos bollos blandos, unos volcancitos de albeantes cumbres, metidas en la región del azúcar perpetuo.

Los ojos, marinos. La nariz, aventurera. Y por las ojeras, unas venas viriles. Un hacerlo todo de una vez, como si clavara clavos de un solo martillazo, ambulando entre los peroles, espumando aquí, sazonando allá; en constante movimiento, como si la estufa fuera un tímpano.

Luis disponía de la servidumbre y mudaba pinches a su talante —nosotros les llamábamos galopines. A uno lo despidió porque una noche creyó ver que los bancos de la huerta echaban a correr, embrujados; a otro, porque el tiempo se le iba en vaciar y contar los tostones o medios pesos que traía en la tripa del cinturón.

A veces, la mostaza nativa se le ha sublevado en la nariz. Sus ojos se han puesto duros, de acero. La cocina estalla. ¡Oh tambor de los cucharones sobre los cazos, oh platillazos de

las sartenes, oh trueno del rodillo sobre los tableros de amasar! Y mi cocinero Luis lanzaba un grito de guerra, su única blasfemia: "¡Ah, qué la sal! ¡Ah, qué la sal!" Yo creo que era una traducción libre de alguna interjección francesa.

Con ademán de sembrador, echa a la garza los granos que trae para ella en el mandil. La garza se acerca, pintando estrellitas blancas por el suelo. Cuando Luis vuelve a la cocina, la garza lo ha seguido unos pasos. Un pavo real, desde la huerta, se ha llegado hasta ella. Los dos animales se contemplan como en un tapiz oriental.

Es de tarde. La cocina está sola y, a medio muro, la ventana pinta un cuadro de sol que va subiendo poco a poco. La batería dormita. Rojean los cobres. Penden de la escarpia las cazuelas tiznadas. El hierro de la estufa está helado. Hay unos pucheros tan grandes como yo.

Es el reposo. Luis se sienta entonces, me atrae sobre sus rodillas y, echándome a la cara un resuello dulzón de vino, me dice *La vida del soldado,* que es un cuento alterno con una canción:

¡Calandrín, calandrán!
¡Calandrín de mi vida,
soy soldado militar!

## 10. LA ABOMINABLE CARMEN

SI TODO es cariño y gratitud para Paula Jaramillo, todo sea abominación para la monstruosa Carmen, nana o niñera en cuyas garras me pusieron cuando yo tenía unos cuatro años, y que no acabó con mi salud mental porque Dios es bueno, como dicen Rubén Darío y la gente.

Carmen me pegaba, me asustaba, fingía desmayos y ataques de "temblorina" para mejor dominarme. Me odiaba minuciosamente, o más bien me amaba con refinado sadismo, torciendo cada una de las fibrillas de mi ser, destrozando todas mis alegrías y espontaneidades infantiles. Yo era su obra de arte, su acerico o alfiletero donde ella clavaba a diario sus flechitas como en un pequeño San Sebastián. Me enseñaba a tener miedo de la oscuridad para luego castigarme por eso. Alguna vez echó el colchón de mi cama al suelo y, tomándome de los bracitos, me azotó repetidas veces en el colchón con todo el cuerpo. Me había convencido de que, si yo llegaba a denunciarla, ella saldría de la pared para castigarme.

Cuando se cansaba de maltratarme o se le agotaba la imaginación, me enviaba un rato con otra criada:

—Busca a Petra y dile que te dé un poquito de "tenmeacá". —Lo cual era para mí un alivio.

Doña Margarita Guerrero, tan asidua de mi casa como cualquier persona de la familia, percibió algo de lo que pasaba y previno a mi madre. Ésta comenzó por interrogar a Otilia. Pero, no contenta, me llamó a solas. Yo, en vez de contestar a sus preguntas, me limitaba a ver la pared con ojos espantados.

—¿Qué estás viendo en la pared? —me preguntó ella.

—Que, si te digo la verdad, Carmen sale por la pared y me castiga.

Mi madre, naturalmente, no necesitó saber más. Me envió de visita a casa Guerrero. Cuando volví al anochecer, ya no

había Carmen a la vista, y yo me eché a correr de un lado a otro como potrillo que rompe la almártiga y recobra su libertad.

Vale la pena de que yo cuente cuál era mi peor tormento. De noche, cuando yo ya estaba dormido, me despertaba a sacudiones y a gritos. Yo abría los ojos y me encontraba con Carmen, que me estaba amenazando de muy cerca con un tranchete. Iba a gritar a mi vez, pero ella me tapaba la boca y me decía:

—No grites, porque te come esa vieja que está ahí.

Y, en efecto, pegada a la vidriera que daba sobre el corredor, yo veía la cara de una espantosa medusa, desgreñada, desdentada y horrenda, que me miraba con unos ojos de lumbre y tenía una risa de mordisco. Probablemente Carmen se había conseguido alguna estampa, y probablemente mi pavor contribuía a aumentar la apariencia de realidad. Yo me escondía bajo las mantas, enajenado de horror y tembloroso.

—Ya verás, ya verás: es que te estoy curando de espanto —me decía ella con voz meliflua.

Ahora, transcurridos tantos años, mis estudios me llevaron a conocer las fábulas griegas, y he comprendido las reyertas entre Peleo y Tetis, cuando ésta discurrió meter a su hijo Aquiles en el fuego o sumergirlo en la laguna del Infierno para hacerlo inmortal; o el escándalo y pánico de los reyes de Eleusis cuando sorprendieron a la niñera (que lo era la propia diosa Deméter disfrazada) tostando ligeramente al príncipe para ver de convertirlo en un dios.

Yo no creo que Carmen haya sido ninguna diosa disfrazada (alguna Gorgona, puede ser), ni que me haya conferido la inmortalidad sometiéndome a tamañas torturas; pero al menos me dio la prueba de que quien no quiere enloquecer no enloquece.

## 11. DELIRIOS Y PESADILLAS

En mi poema "El niño y la huerta", he dicho ya que mis "voces" (mi nombre pronunciado en voz baja) solía yo escucharlas cuando andaba jugando sin compañía, y que yo estaba convencido de que así me hablaba mi Ángel de la Guarda. Lo aceptaba con la mayor naturalidad, cosa obvia que no era para asustar a nadie. Desde entonces me gusta oír mi nombre en voz baja; y aunque lo pronuncien los propios demonios, yo siempre creo que son mis ángeles.

En "Éxtasis" (*Las burlas veras*, primera serie), me he explicado ya sobre esos momentáneos olvidos que solía yo tener, siempre a solas, y que me hacían buscar, al recobrarme, el contacto con otra persona o siquiera con mi imagen en el espejo, como para lograr la más pronta reacomodación en el molde de mi ser; y he confesado que lo entiendo como un titubeo propio de la vida pueril, cuando el *yo* aún no labra bien su cauce y tiende a escaparse insensiblemente. En "Un recuerdo" (del propio libro) cuento la espontaneidad con que me sentí trasladado a otro ser, un mendigo que tocaba el organillo en la calle. Cosas de la remota infancia, que se van perdiendo conforme la persona terrestre se endurece y "cría costra".

Otras de mis experiencias (no sé cómo llamarlas, ni me seducen las denominaciones científicas) tenían ya un carácter menos apacible. Eran mis "delirios", causados por fiebrecitas recurrentes que tal vez fueran palúdicas. El doctor Vergara me aplicaba el termómetro por la axila, me hacía enseñarle la lengua. "Tiene calentura", dictaminaba; y me recetaba unas dosis de quinina en café amargo. Me parecía repugnantísimo. ¿Por qué no darme en cápsulas la quinina? Yo no era melindroso para tragar. "Mejor pónganme otra vez el *timómetro*", reclamaba yo en mi media lengua, creyendo que la medida de la temperatura era ya una medicación. También solían administrarme "antipirina Pelletier", y un

día mi hermana mayor se equivocó y me dio estrictina. Yo no sentía el menor trastorno, pero me di cuenta de que había alarma; me maltrataron lamentablemente y el doctor Vergara me hizo arrojar cuanto había comido, rascándome el gaznate con una pluma de pato, ¡de uno de mis patos!

Con las fiebrecitas, pues, aparecían los delirios o alucinaciones. Una noche desperté quejándome de que ya no podía soportar el peso de la casa sobre el brazo derecho y pidiendo que me la quitaran de encima. ¿El brazo adormido? No, no: era el peso de la casa. Pero ¿veía yo realmente la casa sobre mi brazo? Sí, la veía de cierto modo mental y, sobre todo, sabía que era la casa.

Otra noche, mi madre tuvo que llevarme a su cama, donde yo estuve gritando de sobresalto hasta el amanecer, porque veía deslizarse en la oscuridad y correr sobre mi cuerpo unas diminutas figuras blancas: un jinete al trote, una señora abanicándose, un señor de "sorbete" y levita que la seguía agitando un bastón.

Una alucinación extrañísima fue sólo un falso recuerdo, pero tan punzante como una realidad y que, al referirlo, me causó la misma impresión que un hecho presente. Habían convidado a un amiguito para que me distrajera. Él, en el suelo, al lado de la cama, se divertía con los juguetes.

—Me acuerdo —le dije de repente— de algo espantoso. Un día llegó a casa una pulga tan enorme que no cabía por las puertas y venía tumbando las paredes.

Aquello duró un instante. El amiguito no hizo caso, tomándolo a bobería infantil, y yo, despertando de mi desvarío, le dije:

—¿Pero no te has dado cuenta de que estaba yo delirando? Siente cómo me salta todavía el corazón.

Una tarde, ausentes mis padres, mis hermanas y las criadas se fueron a la huerta donde pasaron cerca de una hora, que me pareció una eternidad, viendo por encima de las bardas a los vecinos, los hijos de don Francisco Sada, torear un becerro. Me dejaron solo en la cama, rumiando mis males. A los pies de la cama había un armario barnizado y allí se reflejaba la lámpara de la habitación próxima como

una mancha rojiza. La mejor descripción de lo que pasaba la he encontrado recientemente en Arthur Rimbaud:

> . . .rojo y negro, como un espejo cuando la lámpara circula por el cuarto de al lado. ("Mala sangre", *Una estación en el Infierno.*)

> La lámpara de la familia enrojecía, una tras otra, las alcobas vecinas. *(Los desiertos del amor.)*

De pronto, aquella luz se convirtió en una espada de fuego, que era el alma de mi padre y que giraba por todo el cuarto, mientras volando tras ella, mis hermano menor, Alejandro, se esforzaba en vano por alcanzarla. Empecé a dar gritos; nadie me oía en aquella inmensa mansión. Y sólo cuando desperté de mi doloroso extravío, pálido y desencajado, llegaron mis hermanas muy satisfechas de su espectáculo taurino.

Esto habrá sucedido cuando yo tenía unos siete u ocho años. Pero mi última alucinación la padecí entre los diez y los once, viviendo ya en México, un día de fiesta nacional, después de unas maniobras militares que mi padre acababa de presentar en el llano de Anzures. El sol, la fatiga, me rindieron. Sin duda ya en estado febril, me eché en la cama, y al instante salieron de la pared unos escuadrones minúsculos de caballería; galopaban sobre mí, y los jinetes me picaban con sus espadas. Aquello se disipó tan rápidamente como vino, y yo me levanté de la cama sano y salvo.

Cuanto he referido acontecía en plena vigilia. Que si fuera a contar mis sueños —tan frecuentes y expresivos durante mi infancia y mi juventud que me daban, como a Victor Hugo, la impresión de una doble vida— no acabaría nunca. Mis sueños me han preocupado siempre. ("Los sueños parados", en *Las burlas veras,* y antes, sobrecargado de literatura, el sueño que le cuenta "Valdés" a "Castro" en los "Tres diálogos", *Cuestiones estéticas.* No es exactamente el relato de un sueño, pero algo se tomó de mis sueños, lo que refiero en "La cena", *El plano oblicuo.*) Ya andaba yo en los diecisiete cuando, durante unas vacaciones en Monterrey, toda una semana estuve soñando con algo que había de pasarme realmente al siguiente día: singulares premoniciones. Durante

mucho tiempo he frecuentado en sueños ciertos lugares desolados y oscuros que no conozco en la realidad y que reaparecen de cuando en cuando. ("Por esas casas que visito en sueños. . .", he dicho en mi casi-soneto "Pesadilla".) En aletazos de recuerdo, cruzan por el fondo de mi conciencia escenarios que no sé si vienen de mis sueños o de mis viajes verdaderos. Mi "Teodoro Malio" asegura que ya conocía el efecto de la llegada a Nueva York, por haberlo experimentado en sueños. Y el sueño que dice haber tenido sobre el griego "Arquitas" y el egipcio "Ptahotep" no ha sido del todo inventado. ("Transacciones con Teodoro Malio", *Ancorajes*.) Finalmente, el romance "Undecimilia" —el borrón y muchos de los versos— brotó en sueños.

Pero el sueño más inquietante que recuerdo se me ofreció cuando ya estudiaba yo en la Preparatoria de México. Me vi en Monterrey, en un corredor de la casa Degollado. Era de noche. Estaban conmigo mi madre y mis hermanas. Comencé a dar saltos, cada vez mayores. Al fin, pegué con la cabeza en las vigas del techo. Persistí y, sin dolor alguno, atravesé el techo, aunque despedazándome el cráneo y sirviéndome la espina dorsal como un taladro. Mi madre y mis hermanas daban verdaderos alaridos y se retorcían de angustia. Y yo, sintiendo la aguda alegría de dar miedo y de ser horrible, seguía saltando. Cada vez que traspasaba el techo, veía la noche llena de estrellas.

## 12. LA VUELTA DE COAHUILA

YA HE dicho en *Parentalia* ("De Sonora a Nuevo León") que uno de los lejanos orígenes de la animadversión contra mi padre por parte del importante núcleo político llamado de "los científicos" fue el conflicto de Garza Galán en Coahuila.

Sobre lo cual mi hermano Rodolfo ha dejado, entre sus artículos dispersos, esta noticia:

> Pero sólo queremos ahora recordar otro incidente muy conocido: entre fines de 1893 y principios de 1894 los hermanos Jesús, Emilio y Venustiano Carranza, Urquizo (padre del actual ministro de la Defensa Nacional), Miguel Cárdenas, Pérez de Yarto y otros, encabezaron una acción contra la insoportable gobernación de Garza Galán en Coahuila. El levantamiento era muy serio, contaba con poderosos elementos y con toda la opinión del Estado; el general Reyes, cuya acción comprendía Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, se movió con una división sobre los sublevados y al llegar a cierto punto se destacó solo con dos ayudantes y, haciendo una agobiadora jornada, se presentó a los jefes sublevados pidiéndoles parlamento. Éstos lo recibieron asombrados y tras de tres horas de conversación el general les dijo que si creían en su palabra de honor él les ofrecía hacerles justicia, que cesaran en todo movimiento mientras iba a México a hablar con el presidente. Los sublevados, cautivados por aquel hombre tan audaz y atractivo, aceptaron y él se trasladó a México. Allí se encontró con que el ministro de Gobernación y suegro del presidente apoyaba incondicionalmente a Garza Galán con todo el grupo "científico"; dicho ministro y su grupo llenaron de halagos y promesas, primero, y luego de amenazas al general, para que desistiera de su resuelto empeño de plantear al presidente la necesidad de la separación de Garza Galán; pero él dijo que tenía empeñada su palabra de hacer justicia y que ésta estaba al lado de los sublevados. En pugna abierta venció en el ánimo del presidente, del que logró autorización de obrar como lo creyera justo. Volvió a Coahuila, e hizo renunciar a Garza Galán. Los hermanos Carranza fueron desde entonces partidarios decididos del general, quien hizo ocu-

par al menor, Venustiano, un puesto en el Senado y lo hizo jefe político de su región. *(Madrid, marzo de 1946.)*

Entre agosto y noviembre de 1893 mi padre se trasladó, pues, a Coahuila. Me han contado —y tiene toda la traza de un cuento folklórico, y nada me chocaría que aparezca por ahí en los anecdotarios de algún gran capitán— que se detuvo a comer en una posada del camino. Vestía de paisano.

—Aquí le traigo esta gallinita —le dijo el posadero—. Es todo lo que tengo. Más vale que se la coma usted antes de que llegue por aquí el general Reyes y me la quite.

Cuando mi padre había acabado con la gallina, apareció uno de sus ayudantes, se cuadró ante él, le llamó: "Mi general" y le pidió órdenes. El posadero, para decirlo en buen romance, "abrió tamaños ojos y deseó que se lo tragara la tierra", mientras mi padre soltaba una de sus características carcajadas militares.

El conflicto, que amenazaba ser grave, se resolvió por la buena. Algún tiempo ocupó el gobierno de Coahuila el sustituto Frumencio Fuentes, y a éste siguió pronto Miguel Cárdenas, en tanto que Garza Galán y su familia, reconciliados, se acogieron a la amistad de mi padre y se trasladaron a Monterrey.

Mi padre volvió, si no me equivoco, a fines de noviembre. Ya había oscurecido. Yo acompañaba a mi madre en la asistencia, y ella sólo prestaba oídos, aunque yo quería contarle cuentos, a los ruidos de los coches sobre el empedrado de la calle. Su impaciencia y su angustia eran manifiestas. Yo —menor de cinco— no entendía lo que le pasaba. De pronto se oyó venir un carruaje más pesado.

—¡Ya llegó! —gritó ella.

Y poco después doña Jimena caía en los brazos de Rodrigo, que se burlaba, a la guerrera, de Ramón Berenguer. Ramón Berenguer, para el caso, era nada menos que el Coyote, a quien antes he mencionado. El Coyote había acompañado al séquito que mi padre llevó a Coahuila. Venía vestido de charro y traía una cara compungida.

—¿Pues no dices que eres bandido, Coyote? ¿Y no puedes ni galopar sin que se te rocen las asentaderas?

—Ya estoy viejo, mi general —decía el Coyote, dándole vueltas en las manos al sombrerón.

Y estaba tan viejo, en efecto, que yo —aconsejado traviesamente por Rodolfo— me acerqué y le dije al oído:

—"¡No te arrugues, cuero viejo, que te quieren *pa* tambor!"

## 13. BAUTIZO DE INVIERNO

Y AHORA la nota blanca, la nieve. Sólo una nevada recuerdo, anomalía en el clima de Monterrey. Nos reunía una ceremonia religiosa y doméstica. En la vieja sala de invierno, sorda de tapices y alfombras y profusamente adornada con estatuillas y muebles de entalle, habían improvisado pila y altar. Dos amigos sostenían en brazos al hermano menor. El arzobispo en persona —cuyo coche esperaba fuera y que nos había llegado con la nieve— oficiaba asistido por el familiar. En redor, el coro habitual de figuras que acompañaba nuestra infancia. Y nosotros, ora presenciábamos el bautizo, ora salíamos subrepticiamente a observar los progresos de la nevada: los helechos de la fuente se doblaban ya, formando diminutas bóvedas blancas. La nieve caía con un silencio seductor, caía en secreto.

Cuando volvíamos a la sala de puntillas, oíamos primero la voz cuchicheante del sacerdote, veíamos después su mano elegante y ensortijada dibujando signos en el aire. Las vestiduras recamadas centellaban bajo la luz. Saboreaban la oración los labios. Desde el muro, nos miraban sin pestañear los misteriosos retratos de los abuelos. Ella, con su caudal de cabellos castaños, piel de finísimo tejido —durazno en sazón— sombreada noblemente de azul y rosa. Él, la frente espaciosa coronada de rizos rubios y simétricos, triangular el rostro, patillas grandes, boca desnuda, ceño profundo, cejas rectas, y duros e inquisidores los ojos. Ya los he descrito en *Parentalia.*

Concluida la ceremonia, el silencio se pobló de rumores. Los rostros se pegaron a las frías vidrieras: la calle brillaba de nieve. Se charló un instante, al tibio refugio de la sala. El señor arzobispo, ya de sotana, se había levantado a mirar los cuadros. En un relieve de marfil, puro y finísimo, un San Pedro predicaba en el desierto. Las figurillas se agrupaban en una procesión de blancura, sobre el fondo negro.

Se sintió atraído el arzobispo y se acercó para mejor apreciar la obra. El familiar, sin saber bien lo que está haciendo, retira la silla. Su Ilustrísima retrocede de espaldas, con una sonrisa de aprobación, derriba confiadamente el cuerpo, cae sin remedio sobre la alfombra y alza por el aire un par de pantorrillas mollares, moradas las medias, relucientes las zapatillas de cuadrada hebilla de plata.

Aquel familiar se llamaba el padre Toribio. Era delgado y noble, algo bizco, usaba quevedos e instruía en la doctrina a las muchachitas de mi tiempo. Me gastaba bromas que yo nunca entendía y que me causaban la misma impresión que los primeros versos "decadentes" más tarde llegados a mi noticia.

—¿Vamos a cantar como los patos? —me invitaba siempre al saludarme o al despedirse—. ¿Vamos a cantar como los patos?

Lo que significaba con esta invitación el padre Toribio yo no lo sé. Me parecía profundamente sugestiva, pero muy extravagante a la vez. Ello bastó para que, llegado el día, me negara yo dando gritos a que aquel estrafalario sacerdote me preparara para la primera comunión. "¡Yo soy librepensador!", me solté berreando. Y como mi padre ordenara que me dejasen hacer mi voluntad, mi madre me dijo: "No llores: bajo estos techos, la palabra de tu padre es la palabra de Dios." Pero volvamos al bautizo.

Besamos la sortija del prelado. El padre Toribio, con su alambicada y dulce voz, me invitó a cantar como los patos. Rodó sobre la nieve el carruaje. Aquella noche nos dormimos soñando con ver, al otro día, la ciudad cubierta de nieve.

La huerta amaneció fantástica. Los blandos tallos de los plátanos, hechos para climas mejores, habían reventado con la helada. Raro contraste, en aquellas tierras crecían juntos, como en el verso de Heine, el pino del norte y la palmera del sur. Ahora todo era escarcha, cristal, algodón, imagen de los "Nacimientos". El jardinero encendía fogatas humosas para salvar algunos árboles. Muerta estaba el agua del estanque. Se secaron todas las flores. Se secó también un canario.

## 14. EL NAPOLEÓN DE LOS NIÑOS

¡CUÁNTO se puede divagar en torno a los héroes militares! Si los "hombres representativos" alimentan nuestra vida de adultos, sólo uno, sólo el soldado, amanece en nuestra admiración casi tanto como el entendimiento.

Acaso acompañó vuestra infancia una de esas *Vidas de Napoleón* impresas en París a mediados del pasado siglo. Acaso la hojeabais a ratos los días de invierno, cuando una risueña y previsora malicia olvidaba echar la llave de la inaccesible biblioteca... El niño ha alcanzado los estantes. Medroso, alarga la mano. Y un volumen rueda, casi solo, produciendo un trueno al caer. No cabe el corazoncito adentro, y el sabroso hurto hace palpitar las sienes con ardor. Bufa en las persianas el viento. Hay penumbras por la espaciosa sala. Todo nos espía, todo cobra sentido.

¡Oh, devolvedme, devolvedme la hora exquisita! Los destinos se han congregado como pájaros invisibles y aletean por los artesonados del techo. Sobre la cabeza dorada —depuestos un instante el aro y la comba— una Minerva todavía infantil —pese a la fábula—, la Minerva de los niños, se para y suspende como una mariposa en éxtasis: es tan tierna, que lleva aún las enagüillas cortas de Diana.

Y las hojas del libro, bajo la manecita torpe, vienen y van, siempre a punto de desgarrarse. De pronto, en mitad de la página, salta el prodigio: saliendo por la orla del grabado como por una ventana que da a la gloria, picando las letras con la espada, castigando al caballo blanco que masca fuego y se arquea, aparece el héroe. Baten las pesuñas traseras una nube de polvo, y en la lejanía estallan los cañones. Vense campos de lanzas segados a medias por la metralla. Los últimos resplandores de la victoria se pierden en el cielo.

A otra página, hay pirámides de municiones no más grandes que una ración de almendras; artillería alineada que, en

la perspectiva, figura una zampoña de cañas. Y a los pies del héroe —que espera, cruzados los brazos, descansando en la pierna izquierda— se postra, como extraño insecto, un mariscal de Francia, erizado de aguijones y antenas: "¡Mi general, sois grande como el mundo!"

La casa está llena de Napoleones: cuadros, yesos, bronces, estatuillas de alabastro y de barro, y una mascarilla mortuoria, que el médico Antomarchi trajo de Santa Elena a Guadalajara, vino a dar a manos de mi padre e ignoro cómo se encuentra hoy en nuestro Museo Nacional de Historia, si es el mismo objeto. Hasta había Napoleones en el puño de las plegaderas, hechos con lava del Vesubio, recuerdos para turistas. Y yo heredé y guardo todavía —para dejársela a mi nieto— una leopoldina de oro con una cabeza de Napoleón que, muchos años más tarde, durante mis luchas de Madrid, había de ayudarme a comer, en viajes al Monte de Piedad. Entre todo ello, el héroe se empequeñecía, parecía visto por el revés del anteojo, asumía las proporciones de un verdadero Polichinela. Pero yo no me engañaba y lo imaginaba terrible y enorme. Llenaba mi infancia y yo lo encontraba por todas partes. Hasta inventé un modo de pintarlo: algo como una luna o rueda venía a ser la cara de Napoleón, y sobre esa rueda, un triángulo representaba el famoso gorro montado, el sombrero mágico que borraba de un pase los ejércitos enemigos.

## 14 *bis*. LA MASCARILLA DE NAPOLEÓN

ENTRE todas las reliquias de Napoleón, sobresalía aquella mascarilla en bronce, protegida por un capelo de cristal, a que acabo de referirme y que me conduce de la mano a una digresión o leve desvío de mi relato infantil. La frente del emperador estaba ceñida por un laurel, e impresionaban la delgadez del rostro y el dibujo afilado de las facciones. Pero así dicen algunos que era Napoleón, tal vez corroído por el cáncer, al acercarse el fin de su vida.

Esta mascarilla era un obsequio hecho a mi padre por cierta familia de Guadalajara, quien parece la había recibido del doctor Francesco Antomarchi, uno de los médicos de Napoleón en Santa Elena y artífice de la mascarilla en yeso, que luego, en París, mandó fundir en varios ejemplares de bronce; lo que en términos de oficio, si no me engaño, se llama "hacer una edición".

Este Antomarchi, corso de nacimiento, fue enviado a Santa Elena por madama Letizia Bonaparte y por el cardenal Fesch, cuando, a causa de ciertas malas inteligencias, Napoleón se quedó sin médico de cabecera, y el "carcelero" Sir Howard Lowe alejó de su lado al doctor O'Meara, cirujano naval del "Northumberland".

El precioso *Dictionnaire de la conversation* (1872) nos deja creer que Antomarchi era persona de carácter suave y discreto y que debe su renombre a su devoción y lealtad para el emperador desterrado. Pero hoy sabemos, por una parte, que éste lo tenía en muy pobre opinión y constantemente se enredaba con él en enojosas discusiones; y por otra parte, que Antomarchi tampoco simpatizaba con el emperador, creía que simulaba falsos padecimientos para impresionar a la opinión y a los políticos europeos y lo abandonaba en los momentos de crisis. Napoleón aun llegó a solicitar que Lowe despidiese a este médico.

Antomarchi parece más bien haber sido un hombre dísco-

lo y raro. Desde luego, también tuvo dificultades con los cirujanos ingleses y se negó a firmar el acta de la autopsia de Napoleón —cuyo diagnóstico quedó un tanto indeciso—, lo que no dejó de alzar rumores. Antomarchi embarcó después para Inglaterra, y de ahí pasó a Italia, donde la archiduquesa María Luisa lo trató con manifiesto desdén. Y al fin se estableció en Francia, de 1824 a 1836. Poco después de la Revolución de Julio, en 1830, había discurrido, pues no se desempeñaba con éxito, explotar *a posteriori* sus antiguas relaciones con Napoleón, cubriéndolas con el disfraz de una amistad que nunca existió entre ellos. Y así fue como, nueve años después de su regreso de Santa Elena, lanzó la edición de la mascarilla, que lo sacó un poco de la penumbra. Pero pronto se produjo una tormentilla entre los frenólogos: se dijo que el cráneo no correspondía a las condiciones del genio, según los cánones de Gall, y que la naturaleza no podía haberse equivocado al punto de ignorar estos cánones; se advirtió que la mascarilla más bien recordaba el rostro del Primer Cónsul que no el del prisionero de Santa Elena; se objetó que aquellos rasgos no correspondían al recuerdo conservado por los que en los últimos días frecuentaron a Napoleón: entre ellos, no menores testigos que el doctor O'Meara y el general Montholon; se acusó de embuste a Antomarchi. Y aun se le buscaron antecedentes equívocos: que, en cierta obra de anatomía, se había robado las litografías preparadas por su maestro Mascagni; que no parecía poseer siquiera los títulos profesionales que ostentaba, etcétera. Hostigado y denostado, Antomarchi decidió trasladarse en 1836 a Nueva Orleáns, y se consagró al ejercicio de la homeopatía. De allí se fue a Cuba, donde murió en 1838. Napoleón III le hizo erigir un monumento en Santiago el año de 1855.

¿Vino realmente a Guadalajara, la de México? No he sido capaz de averiguarlo. ¿De dónde procedía, entonces, la mascarilla de mis recuerdos infantiles? ¿Y de dónde la mascarilla idéntica que hoy se custodia en nuestro Museo Nacional de Historia y sobre cuyo origen nadie me ha podido dar noticias exactas? Al desbarajuste que sobrevino cuando mi familia partió a Europa en 1909 y se desmembró la casa paterna ¿hubo algunas manos subrepticias? Aunque así sucedió

para algunos otros objetos, en el caso de la mascarilla bien puede tratarse simplemente de otro ejemplar, puesto que hubo una edición en forma.

Ofrezco, por lo que valga, este ensayo imperfecto de "psicometría" o desciframiento metapsíquico de una historia mediante la palpación de un objeto. Peores y mejores resultados obtenía hace años, en Buenos Aires, la médium Irma Maggi, nombrada por Richet en su *Tratado.*

## 15. EL EQUILIBRIO EFÍMERO

CIERTAMENTE, las influencias bajo las cuales se desarrolló mi infancia eran para entusiasmar a vivir. Mi padre, primer director de mi conciencia, creía en todas las mayúsculas de entonces —el Progreso, la Civilización, la Perfectibilidad Moral del Hombre— a la manera heroica de los liberales de su tiempo, sin darse a partido ante ninguno de los fracasos del bien. Creía en la eficacia mística, inmediata, de las buenas intenciones, así como creía también —y lo pagó con la vida— que las balas no podían matar a los valientes.

¡Cuántas veces, oyéndole hablar de estas cosas, he recordado cierto pasaje del *Orlando furioso* —que mi infancia, ávida de lecturas, madrugó a descubrir en la biblioteca paterna— donde el poeta maldice la invención del arma de fuego! Ella quita al valor los privilegios del cuerpo a cuerpo, de la arrogancia, del influjo de la voz y el rayo de los ojos, para dejar en manos de la traición y tal vez de la cobardía las posibilidades del triunfo.

—Tu casa es la escuela de la Naturaleza —solía decirme mi padre años más tarde, cuando yo volvía de vacaciones a mi tierra. Porque temía que me hubieran sofisticado del todo la vida de México y el excesivo trato de libros.

Y yo, desde niño, aprendí a ver en aquella cara luminosa y radiante, en aquellos ojos de incomparable atracción; aprendí a descubrir en aquella voz clara y alegre, en aquella mezcla del Zeus olímpico y del caballero romántico, la imagen misma de la Naturaleza: una divinidad henchida de poder y bondad que no podía nunca equivocarse.

Tal era él, tal sería el ambiente que creaba en mi casa. Habían llegado a madurez todos los principios de la moral positivista y burguesa. Los pilares parecían inconmovibles. Ni siquiera hacía gran falta la levadura del espíritu religioso. La moral fluía sola, fuente conquistada: la moral sin obligación ni sanción. Las categorías se escalonaban en una

gradación armoniosa. Sin duda que ya por el mundo erraban de tiempo atrás otras inquietudes. Pero hasta aquel fondo de montañas, hasta aquel estribo de la Sierra Madre del norte, no habían llegado aún. Y el sistema, el Antiguo Régimen, para de una vez llamarlo por su nombre, era tan inconmovible y parecía tan necesario como una verdadera Sierra Madre.

Primero Dios, en quien no hacía mucha falta pensar, tan bueno era. Luego la Tierra, es decir, el Hombre, todavía tan Rey de la Creación como el León lo era de las selvas. Y entre todas las naciones y pueblos, México ante todo; México, al que un instinto sencillo, mucho más que una pedagogía intencionada (mis maestras de primeras letras eran sanas y candorosas), hacía poner en el primer sitio. Y esto, por la única virtud que la historia debía entonces tomar en cuenta: el patriotismo, en su más agudo concepto de heroísmo y bravura. Vengando, a través de tres siglos que se ignoraban bárbaramente, la afrenta hecha a Cuauhtémoc, el Cura Hidalgo lanzaba el Grito de Independencia, y la Tierra se estremecía.

Al frente de México, casi como delegado divino, Porfirio Díaz, "Don Porfirio", de quien colgaban las cadenas que la fábula atribuye al padre de los Dioses; don Porfirio, que era para la generación adulta de entonces una norma, un principio sólo comparable a las nociones de Causa, Espacio y Tiempo. Atlas que sostenía la República, hasta sus antiguos adversarios perdonaban en él al enemigo humano, por lo útil que era, para la paz de todos, su transfiguración mitológica.

Lo más próspero en la República —me hacían creer— el Estado de Nuevo León. Y como Gobernador del Estado, emanación del orden olímpico, mi padre; mi padre que así llegaba hasta mi ternura y mi respeto, no sólo adornado con las virtudes más adorables y exquisitas (aquel férreo Campeador tenía dulzuras y arrullos increíbles), sino también ungido con las bendiciones sobrenaturales de la fuerza.

Yo, en mi egoísmo infantil, pequeño descubridor del universo, era el verdadero centro de aquel círculo. Y, para que la geometría no saliera de su ortodoxia euclidiana, el centro era redondo. Yo era redondo, rollizo, equidistante —como

manda Dios— de mi ombligo. Si después enflaquecí no fue culpa mía, sino de la progresiva ruina de mi persona. Pero en cuanto me quedé otra vez solo con la vida, he hecho lo posible por reconquistar mis dominios; y tengo esperanzas de atravesar lo que aún me queda de la jornada con la figura redonda y plena de la posesión de mí mismo y del buen humor.

## 16. AIRE Y TIERRA EN LAS MONTAÑAS DEL NORTE

HABÍA que pasar fuera de Monterrey los calurosos estíos. Yo disfruté de vacaciones veraniegas sucesivamente en La Fama (cañón de Santa Catarina, que allá nunca dicen "Catalina"), casa de un señor Santiago Andrews, uno de mis más antiguos recuerdos; después, por las cumbres de la Sierra Madre, en el mineral de San Pedro y San Pablo. Allí nos cedió su casa don Agustín Maiz, de los sombrereros de Monterrey (los Ormáiztegui de Bilbao), cuyo hijo resultó muy mi amigo. Don Agustín creo que era una autoridad en el pueblo, como lo era el ingeniero de las minas, don Jorge Cotera, padre también de un amigo mío y que se parecía mucho a los retratos tradicionales de Hernán Cortés. En "La angustia de la provincia" (segunda serie de *Burlas veras*), me he referido a los pobres mozos del pueblo cuya diversión dominical consistía en darse toques eléctricos con los contactos de las bombillas. Pero, aparte de que allí empecé a montar a caballo en el Grano de Oro (véase mi poema "Los caballos"), también contábamos con otra diversión más amena, y era que los domingos, a la salida de misa, don Jorge Cotera traía su escopeta (escopeta arcaica, que se cargaba por la boca), y hacía que Donaciano y los demás españoles de la tienda le soltaran una a una las ratas blancas que habían caído en sus ratoneras, lindas ratas blancas de ojos y hociquito color de rosa, "ratas de Castilla", como las llamaba la gente para distinguirlas de las pardas. Por cierto que yo visitaba las bodegas de la tienda (¡horror, llenas de dinamita destinada a los barrenos de los mineros, y andaba por ahí jugando y nadie me cuidaba ni se cuidaba de mí!) no más que por el gusto de acariciar, dentro de las jaulas en que se habían encerrado solas, aquellas vistosas ratas de Castilla, una de las cuales me dio un feroz mordisco en un dedo. Donaciano me envolvió el dedo con una telaraña llena de polvo (penicilina empírica), me echó un chorro de petróleo, y a otra cosa. En el

poema "El niño y el voladero" me he referido ya a esta confianza en las curaciones naturales; y en el poema "Infancia" he evocado a los mineros de la Sierra Madre. Pero vuelvo a mi historia. Don Jorge Cotera hacía fuego; si erraba, la rata era rematada a pedradas por los muchachos. Ya se comprende que la misa contaba siempre con gran concurrencia de la gente menuda.

Para cambiarse órdenes y avisos entre la mina y el pueblo —la mina se abría cerca de la cumbre— se usaban bocinas que aumentaban el volumen de la voz humana, teléfono elemental. Para andar por los despeñaderos y cuestas, bastones con puntas de hierro.

Por fin nos fue dable veranear en el Mirador, Cerro del Caído, sur de Monterrey, con espléndida vista sobre la ciudad. Las estancias en el Mirador tienen dos épocas, divididas por el ingreso de mi padre en el gabinete de Porfirio Díaz como secretario de Guerra y Marina; la primera, de 1897 a 1899; la segunda de 1903 a 1905. En efecto, nos trasladamos a México entre enero y febrero de 1900, y sólo volvimos al norte mi padre y yo a fines de 1902. La familia volvió a comienzos del siguiente año, y allá permaneció hasta fines de 1909; pero yo ya vivía en México, al lado de Rodolfo, desde 1905.

Era la costumbre en Monterrey que las serenatas o música al aire libre alternaran según los días de la semana en las diferentes plazas: Colegio Civil, Bolívar, la Purísima, Zaragoza. Ésta era la más concurrida, y las noches de serenata encendíamos en el Mirador fuegos de bengala para que los vieran desde la plaza de Zaragoza.

Al Mirador se llegaba por dos caminos: la vereda, el camino más directo y más empinado, propio camino de herradura, y la carretera, por donde la familia subía en coches, que rodeaba la base del cerro y trepaba por la espalda, haciendo eses entre el Caído y el Pinar. El viaje era común al comienzo, y luego se bifurcaba en los dos caminos. Pronto bautizamos todas las etapas de la jornada, los sitios que nos servían de punto de referencia.

Saliendo por el portón del fondo a la izquierda, seguíamos hasta el tenducho que se llamaba ostentosamente "El Cauda-

loso de las Palmas", no sé si antiguo nombre o nombre humorístico de nuestro desconcertante río de Santa Catarina. Doblábamos luego a la derecha, hasta la Plaza de Verea, a pocos metros de la tienda "Las Tres Palabras". En la esquina había otro almacén y borrachería que, sobre la plaza, mostraba esta enseña: "Al pasito. . .", y en la calle que después tomábamos hacia el sur, este complemento: ". . .y sin monear". Consejo de prudencia para los de a caballo. Llegados al campo, había que buscar el puerto entre las lomas, donde se hallaba un polvorín fuera de uso, habitación de pastores; pues el verdadero polvorín, que hizo explosión en los primeros años del siglo, estaba en la otra punta de la Loma Larga, a kilómetro y medio, y a él se refiere la historia del infeliz gallo superviviente ("el gallo del polvorín"), que he narrado en el ensayito "De los proverbios y sentencias vulgares" *(Cuestiones estéticas)*. Por cierto que cuando estalló el polvorín nos encontrábamos en el Mirador, y nuestro caballerango sordo, Ángel Díaz, creyó oír patear a algún caballo y se figuró que había recobrado el oído.

No lejos pasaba un arroyo intermitente. Cuando crecía con las lluvias, detenía el viaje de los arrieros que nos llevaban los comestibles hasta el Mirador.

Pasado el cauce, se bifurcaban los dos caminos. Los sitios de la vereda que todavía creo recordar, y no sé si los recuerdo por su orden, eran el Siete, la Escondida (donde por un trecho perdíamos de vista a los que venían subiendo, pues desde el Mirador los seguíamos con anteojos de larga vista), la Mojonera, y ya en pleno cerro, los Baños, el Ojo de Agua y las caballerizas de arriba, dependencia inmediata de las casas del Mirador, que se abrían en explanada sobre el último repecho de cumbre, con un "bulevar" de pasto al frente (así se le llamó al fin, porque la denominación de "zacatal" no se juzgó muy digna). Llegando por la vereda, aparecían, a la derecha, la casa y taller del guardián Ceferino, abrigados por la que llamamos Loma Ceferina, y el despacho de mi padre, aislado sobre el abismo y atado con fuertes cables de acero; al frente, la procesión de casas y sus dependencias; a la izquierda, el remate de la carretera. Por un lado de las caballerizas de arriba descubrimos una covacha y le

dimos un oficio sobrenatural: allí, con un camisón de dormir sobre el vestidito y un lazo azul, para transformarla en una suerte de pitonisa, colocábamos a Otilia a fin de que, en un rapto de inspiración, predijera si nos iban a castigar o no por esta o la otra travesura.

Por la carretera o camino de coches, pronto se perdía el frente de la ciudad, y se iba en busca de la subida, hacia el barranco entre el Cerro del Caído y el del Pinar, donde en ocasiones corría el agua. En el primer alto, punto de relevo, recurso para lo que se ofreciese, estación para "estirar las piernas" y bajar un rato de los coches, estaban las caballerizas de abajo, al cuidado de don Tacho Sepúlveda y su mujer. De allí se avisaba al Mirador por teléfono nuestra llegada. En adelante los nombres se aplicaban a las vueltas o eses de la carretera: las Anacuas, la Colorada, la Maroma, el Frontón, la Ventana, la Presa, Puerto Arturo y la Plaza de Segadores: un ensanche próximo ya a las casas, así llamado porque allí los niños hicimos una fiesta de trajes y cantamos el coro de los segadores de *El rey que rabió,* que la Compañía Infantil de Zarzuela acababa de presentar en Monterrey. Cerca de la Plaza de Segadores, en un tajo abierto como un palco, el Planito de María. Y al término de la carretera, el apeadero. A mano izquierda, otra vez la procesión de casas.

Los alrededores del camino se me han borrado de la memoria. Con ser menor, Alejandro los recuerda muy claramente y los describe así, aunque, por supuesto, más bien se refiere a la segunda época del Mirador:

> Entre el antiguo polvorín y las caballerizas de abajo, estaba el rancho de la Majada, que cuidaba un don Ambrosio, viejo muy cortés, redicho y de buen consejo, íntimo amigo de Ceferino, pastor y caporal de confianza de don Jesús Cantú, ranchero ricachón del contorno. Éste, durante los veraneos, siempre mandaba vacas lecheras a nuestra casa y a la de los tíos Madrigal.
>
> Más adelante, "Chupaderos", rancho de Tío Chago, un viejecito blanco, hermoso, de ojos azules, que fue quien llevó a nuestro padre al lugar en que se edificó el Mirador (y no el Diablo, como decía el vulgo en Monterrey, acaso por culpa de Ceferino). Tío Chago era poetastro, famoso entre aquella gente por sus improvisaciones. Una de sus sentencias métricas, que vagamente recuerda al "Viejo Vizcacha" del *Martín Fierro,* decía así:

Vale más tirar mangana
que no tirar lazo abierto,
porque, onde jondea la riata,
se laza del mero incuentro.

Se le atribuía el haber llevado a Monterrey la Danza Doche [*sic*] y la Camelina, que bailaba con verdadero primor al son del arpa.

Antes de llegar a las caballerizas de abajo, aparecía la casa de don Mártir. Era una choza con un corral en que había varios animales domésticos y una "labor" al frente. Don Mártir era padre de Pedro Escobar, el arriero de la casa ("burrero" le llamábamos), y consuegro de Tío Tacho, Anastasio Sepúlveda, el guardián de las caballerizas de abajo. Al marcharnos a París, mi padre dejó esas casas como obsequio a él y a su yerno Pedro el burrero. El dicho don Mártir, era una copia exacta de "Don Quijote", y su habilidad consistía en castrar cerdos y chivos, a cuchillo, a vuelta y a maceta.

Sobre el costado izquierdo del Cerro del Caído, conforme se iba hacia la fábrica de El Porvenir, al pie del Pinar, estaba el rancho de Mederos, propiedad de unas solteronas, señoritas Martínez Echartea, dueñas también de casi todo el Cerro del Caído y desde luego de los terrenos en que se construyó el Mirador, que cedieron a nuestro padre gratuitamente, mientras él habitara en dicho lugar.

Las Martínez Echartea eran primas hermanas del general Pedro Martínez, tías de Nicolás y de su hermano Pedro Martínez "Millones", que llegó a general de la Federación, y estuvo en la casa de Estaciones 44, con el grupo que, a las órdenes de José Montemayor, servía de escolta de confianza a nuestro padre en 1911.

A pocas vueltas de las caballerizas de abajo, había un apiario de abejas cimarronas o tal vez de avispas; de aquí partían varias pequeñas veredas que pasaban por lugares primorosos, para volver a entroncar más adelante con el camino. Al llegar a ellas, siempre queríamos aprovechar aquel hermoso paseo hecho por mi padre con las cuadrillas de presos (correccionales) que don Pedro Martínez (el alcalde, no confundirlo con el famoso general), nos mandaba periódicamente, cuando los ingresos municipales mermaban, para que nosotros mantuviéramos a los dichos reclusos. Eran, podemos decir, "presos de confianza".

Recuerdo también a los "correos", o sean los policías encargados de llevar diariamente la correspondencia a nuestro padre, durante la temporada de verano: el sargento Cárdenas, modoso y muy bien educado, y el cabo Felipe Alvarado, rubio, pecoso, gigantesco, borrachón, cantador, leal, simpatiquísimo y gran alcahuete. Creo que acompañaba en sus cacerías a Rodolfo y a Alfonso.

## 17. EL PEQUEÑO VIGÍA Y SU ALMA

LAS NOTAS que copio a continuación se refieren a las tres sucesivas estaciones de veraneo y fueron escritas en México a lo más tarde el año de 1913. En el viejo manuscrito donde las he encontrado, llevan el delicioso nombre árabe que he deseado conservar. Las corrijo un tanto —asunto de aseo— y las transcribo:

### I. LA FAMA

...Como desde una torre, columbro los más alejados horizontes de mi recuerdo. He aquí mi primer verano rústico, mi vida en un pueblecito bajo. Una casa de oscuras salas, pisos de tierra apisonada y patios de sol. Frente a mis ventanas, sobre el campo, en un claro de matorrales, la figura súbita, neta y estremecida de un ciervo (un ciervo doméstico escapado al encierro), como la primera forma individual que se organiza en el caos de mis percepciones infantiles.

Por la noche, junto a las cascadas de iris vaporoso, baños de mujeres a la luna. Los largos camisones les daban un aspecto angélico. Gritos friolentos, espuma, ensueño. Cada uno de aquellos rostros parece desarrollarse más tarde en dos o tres fisonomías conocidas. Me figuro que, desandando el tiempo, todo el múltiple espectáculo humano se concentraría a mis ojos en un solo rostro familiar.

### II. SAN PEDRO Y SAN PABLO

Después, mi verano en la Sierra Madre, imagen que apenas acierto a vivir. Vagamente, veo una capilla. Recuerdo a un amigo. Mi primer caballo, color de oro, presente de aquel cabo Mata, Maximino de nombre, que, como el emperador Maximiliano, usaba la barba "partida por gala en dos". Retumba la dinamita en las galerías y socavones, rechinan los malacates, se deslizan las canastillas por los cables aéreos. Sendas por laderas y cumbres. Bóvedas de árboles. Alfombras de hojas, yerbas y florecillas resbalosas bajo las plantas. Las muchachas veraneantes se tienden a cantar tonadas, canciones que se tenían por muy artísticas y de que conservo algunos pasajes:

No has escuchado
las avecillas
que alegres trinan
en el zarzal...

Y en los espejos
que tiene el cielo
se van las ninfas
a retratar...

La noche es negra,
la noche es negra,
la tarde azul...

No es, después de todo, menos edulcorada la canción de "María" en Jorge Isaacs y nadie se lo ha echado en cara:

...Ven conmigo a vagar bajo las selvas
donde las hadas templan su laúd.
Ellas me han dicho que conmigo sueñas,
que me harán inmortal si me amas tú...

El día, en aquellas penumbras tibias, fluye sin premura. El tiempo toma su tiempo, da tiempo a que canten las muchachas.

Aquí concibió mi padre la idea de construir el Mirador.

## III. El Mirador

Al fin mis recuerdos se precisan. Rosarios de colinas abajo: después, la ciudad, blancuzca y partida por un río sin agua. A simple vista, los habitantes parecen insectos. Mi casa urbana se distinguía fácilmente por la torre y molino de viento y por la huerta. De día, las locomotoras cruzaban el valle como nubecitas reptantes; de noche, lentas por la distancia, eran unas brasas viajeras, pues los furgones de carga no se distinguían y sólo ardía el fogón de las máquinas.

Continúa después la llanura, siempre salpicada de cerros y colinas. Sobre el vientre de las lomas, ruinas huecas, fortines deshechos, cañones clavados como mugas. Un cerro, como chimenea, engendra las nubes que han de descargarse sobre la ciudad; se prolonga en un plegado abanico y se deja caer por los pies laberintosos de la Sierra Madre. Al otro lado, montañas unidas a montañas como monstruos de dos cabezas, que vienen de mucha distancia a articularse en el corazón de la sierra, casi con estrépito. Hay una gruta con estanques de agua naturales, estalactitas agudas y sonoras como campanas, hendeduras de luz difusa en

que vacilan los murciélagos. Después, aparentemente, la tierra se comba y la llanura sigue escurriendo hasta el fondo del horizonte. No distingo más; pero espiando con tenacidad las lejanías transparentes y azules, hechas con la sustancia del aire, creo que tiembla la silueta de una sierra en fuga.

A las espaldas del Cerro del Caído, en que yo me encuentro, sólo el arrugado vórtice de los estribos y laderas, los precipicios, las masas de tierra que suben hasta las cimas a todo correr; caprichosas curvas llenas de luz gris en las mesetas y de verde sombra en las cañadas, muro de tormentas, picos desnudos... ¡Las montañas épicas de Othón! Mis montañas, plano de fondo y orientación para toda mi geografía.

Los ruidos de la madrugada, suaves, pulidos, envueltos en el algodón de la bruma, un tanto opacados por el frío, ¿los habéis oído alguna vez? Si abrís la ventana, el polvo radioso de una nube penetra, como explosión, a conquistar la alcoba. De mañana, en la enorme taza de los valles, flota una niebla espesa, estancada. Las cumbres sobresalientes resultan engañosamente cercanas. De pronto la niebla se desgarra en masas, se descubre el valle y se alejan nuevamente las cumbres. Los jirones de la gran nube original emprenden —legiones de ángeles— el asalto a las cumbres, plegándose por las gargantas, arrastrándose en las laderas. A un tiempo mismo llega cada ángel a su cumbre. A un tiempo mismo se disuelven todos en el aire y tiembla de claridad el cielo.

He visto muchas veces que, en ese instante, una nube azul y negra, pesada, se fija en el sitio de la montaña por donde ha de asomar el sol, lo cubre y ahoga en su nacimiento, echando sobre los valles una temerosa palidez. La nube se llena de irisaciones poco a poco, como si detrás de ella girase la rueda pestañosa del sol. Y da principio este raro eclipse: llena de plumas, la nube se agita como enorme águila; el águila pone poco a poco un huevo de oro, se enrojece de esfuerzo. La ceja del sol asoma al fin. Como si la anhelara ansiosamente, la tierra se torna dorada, más aún de lo que pudiera dorarla el rayo fugitivo. El sol y la nube difunden entonces todos los colores, uno tras otro; y los tapetes sembrados de los valles —la morada caña, el maíz verde, la yerba rojiza— cambian constantemente en sus relaciones de matiz. Cuando aparece el sol sintético, el sol normal, el día corre ya sin esfuerzo.

La enormidad de la materia produce la sensación del vacío. Nuestras plantas pierden el tacto de la tierra, y el alma se va en pos del pájaro que cruza los aires en zigzag, al compás de un chillido isócrono. El cielo parece desplomarse eternamente sobre nuestras cabezas, y las cimas son un escenario delirante. Sube el vaho del suelo. El mareo comienza a rondar. En medio de un silencio constante, amenaza naufragar la experiencia de los sentidos. La mucha reverberación solar ahoga el color. En el vértigo,

el brazo, por ventura, se enlaza en algún tronco vecino: llueven las bellotas. En la frente húmeda suena el fresco beso del viento. A tirones desatáis entonces la corbata, os abrís el cuello de la camisa, y un hilo frío os resbala por el pecho. Pero ¿cómo frío, si el sol quema? Así es, sin embargo.

El campo y sus ruidos son ya la figura de la sed. El aire se halla tan dormido en el sol, que sube el tañido de las campanas desde la ciudad y las iglesitas del campo. Los picos de escondidos pájaros dejan caer trinos como gotitas. Se apoderaba entonces de mí la necesidad de disparar el rifle al acaso, y un tupido enjambre de pajarillos —creado por el trueno— flotaba sobre los árboles. O bien desfilaba al trote el toro colérico y salvaje, bajo la inspección celosa del rifle. Otras veces, cien relinchos me contestaban, y las olímpicas manadas de yeguas silvestres (allá dicen "yeguas ladinas") se lanzaban barranca abajo, haciendo trepidar la tierra. Misticismo del arma, el caballo y la soledad en lo alto de mis montañas: Señor, yo estaba solo con mi rifle en mitad del mundo.

El viento arrebataba las sombrillas y los mantos de las mujeres: deshacía, travieso, sus peinados. Nos robaba lo que podía. Zumbaba y aullaba de noche, golpeaba a las puertas, quería entrar. Cimbrábase la casa, atada con cables de acero, y nuestros visitantes de la ciudad se echaban a cuatro manos, haciéndonos reír a los niños. El viento era una presencia casi animal. El señor Zúñiga, el secretario de mi padre —que ya en San Pedro y San Pablo tuvo la mala suerte de perder el sentido y rodar un trecho ladera abajo— la primera noche del Mirador se vio arrebatado por el viento, cuando transportaba su catre y sus sábanas, que al otro día aparecieron agarradas entre los árboles.

Los niños de las tres familias que ocupábamos el Mirador —los tíos Madrigal, los Reichmann de la Droguería de León y nosotros— pasábamos el día improvisando fiestas, componiendo comedias, inventando disfraces y cuadros teatrales. Por las noches, a la luna, salíamos a bailar a los pastos, duendes de balada germánica. Abajo, la ciudad temblaba de luces como un cofre de diamantes. Las cimas se volvían de plata.

Un día presencié desde la cumbre, en una meseta baja, un duelo de toros. Los toros se embestían una y otra vez, víctimas del celo. Como sucede casi siempre en los combates de las fieras al aire libre, uno de los toros huyó, perseguido

por el otro y dejando un rastro sanguinolento, pues estas luchas muy raras veces acaban en la muerte de uno de los contrincantes. Entonces asomaron las vacas, rodearon el charco de sangre y, formadas en corro, clamaban al cielo —es la palabra— con grandes mugidos, escarbando desesperadamente la tierra y alzando los testuces. No lo he podido olvidar, ni es fácil olvidarlo.

Cierta vez nos sorprendió la lluvia después de un baño en los arroyos que corrían por entre el Caído y el Pinar, en las cañadas de abajo. El viejo centauro que nos conducía y que era, a más de robusto jinete, diestrísimo tirador de rifle, bravo con los hombres, espantadizo ante los fantasmas, supersticioso, alambicado, agudo, narrador amenísimo y para colmo gran embustero, aquel Ceferino García que pobló él solo de leyendas todo el Mirador —pues yo creo que él hizo correr la fábula de que el Diablo, como a "Don Cleofas" en la novela seiscentista de Luis Vélez de Guevara, había transportado por el aire a mi padre para señalarle el sitio donde había de edificar las casas, así como la conseja del oso gris que, desde nuestra primera noche en la montaña, se había presentado en el comedor y, convidado por mi padre, volvía a cenar con nosotros todos los domingos—, este personaje de epopeya, tras de tostar el café bajo las encinas, comenzó como "Don Quijote" su charla embaucadora, naturalmente castiza y a veces ridícula por lo artificiosa. Vínose la tarde y nos anocheció en el camino, cuando el cielo se desahogó a torrentes. Niños y niñas echamos cuesta arriba, incómodamente sacudidos sobre la montura. Los rayos estallaban a espaldas nuestras y nos parecía que íbamos escapando a su alcance. El viejo servidor conjuraba las centellas con raras y enigmáticas invocaciones. Los cabellos sueltos de las niñas se encendían a los relámpagos. Aquella noche la cena fue grata como apetecida; el sueño, el más reparador.

Los días de niebla no nos era posible salir a nuestras exploraciones por la montaña, a bautizar sitios con nuestros nombres, a descubrir bosquecillos, a clavar banderolas para señalar las zonas conquistadas. Entonces nos quedábamos por los corredores, las terrazas, los pastos, casi ciegos y gozando con las sorpresas del encuentro. Nuestros cabellos, metidos

en el vapor, se cuajaban de perlitas. Si la niebla no se levantaba por la noche, la luz de nuestros potentes reflectores proyectaba nuestras sombras agigantadas sobre aquel telón indeciso. A veces, durante largas horas, veíamos deshacerse en lluvia la nube que nos envolvía: estábamos en la región germinativa del agua y del rayo, en el seno mismo del arco-iris. En ocasiones, las nubes de la ciudad, graves y amenazadoras, desfilaban a nuestros pies, formaban otro cielo más bajo, y yo pretendía dispararlas haciendo viento con el sombrero. Yo creo que las vi lanzar rayos hacia arriba. Después he leído que Goethe confirma el fenómeno en conversación con su fiel Eckermann (4 de enero, 1827). Y en *Les deux îles* de Victor Hugo, uno de estos rayos inversos, osados, sacrílegos, hiere a Napoleón.

## 18/19. SERVIDORES

El cabo Maximino Mata Cabello vino a ser mi compañero obligado en los paseos por las huertas y las moliendas de caña, las excursiones cinegéticas a corto alcance en busca de codornices, palomas moradas y conejos, las cabalgatas al Mirador. Ya he dicho en un poema que me obsequió mi primer caballo, el Grano de Oro, caballo enseñado a detenerse invariablemente en todos los tendajones para que Mata se bajara a "echar una copa". Ya he dicho que caballo y ordenanza solían recogerme a la salida de la escuela. Si el pobre Grano de Oro, tan manso, estuvo a punto de "sembrarme" un domingo en la Alameda, es porque se fue de bruces el infeliz (estaba ya muy "cucharón" y la lluvia había hecho en el suelo unas crestas de barro, al paso de los coches), y todavía en vez de espantarse, se quedó pacientemente arrodillado, aguardando a que yo me agarrara bien del pescuezo.

Cuando subíamos al Mirador, yo me había impuesto la tarea de enseñar a Mata a cantar y también a pronunciar correctamente, pues él pronunciaba a la norteña. Siguiendo mis instrucciones, cantaba:

Cuando un marino
al mar se lanza
lleva una *estrea,*
qu'es la esperanza.

Aquí yo le interrumpía, furioso:

—Mata, que se dice *estrella* y no *estrea.*

—No puedo, niño *Alifonsito,* se me escapa.

Con Mata aprendí a jugar "conquián de tres cartas" y "conquián a cartas vistas", lo que por supuesto se me ha olvidado, así como se me ha olvidado que sólo un día lo encontré en estado de ebriedad, allá cuando él y su esposa cui-

daban las caballerizas de la huerta. Huí despavorido: era un hombre transformado en otro.

El año de 1924, tras mucho vivir en México y tras once años de permanencia en Europa, quise volver a mi tierra. A la puerta del hotel, muy viejo y lloroso, me estaba esperando el cabo Mata, desteñido, ya las barbas escurridas como si les hubiera llovido encima. No perdí el tiempo y le di algo para que se fuera cuanto antes a "echar la copa".

Siempre fui aficionado a vivirme solo en la huerta. Hubo varios picadores. Los dos primeros que mencionaré, pues olvido a otros, eran también los guardianes de las caballerizas: don Pedrito, Silva, y un guapo muchacho tapatío que se las daba de hijo de mi padre. Cuando era posible, me quedaba a la comida de mediodía con don Pedrito, Albinita y su hija Lola. Aunque yo no lo sabía, se tomaban disposiciones por los teléfonos internos y me enviaban los alimentos desde la casa. Aquello era para mí toda una aventura y me daba no sé qué sensación de independencia.

Del admirable Ceferino García no acabaría nunca de hablar. Apenas me he cruzado con él en las páginas anteriores. Era corpulento, pero ágil, con algo de mongólico en los ojos vivos y rasgados, y de bigote caído y no muy espeso. Hacía suertes disparando la carabina desde arriba del caballo como los pieles rojas, sin apuntar, galopando y haciendo fuego hacia atrás, colgándose del estribo para cubrirse con el cuerpo del bruto. No sólo era extraordinario narrador de historias, sino que entendía todos los oficios manuales. Cuidaba las casas del Mirador en compañía de su mujer, a la que, por su breve estatura, llamaba siempre "la Aplastada"; y tenía un hijo, Melitón, al que castigaba con cierta severidad, que el muchacho no merecía.

—No te caigas, Melitón —era la voz preventiva cuando se disponía a descargarle la mano.

Pero a la voz preventiva seguía la ejecución tan de cerca, que en cuanto Melitón oía esa frase fatídica huía sin esperar más. Ceferino lo alcanzaba siempre en dos saltos, pues ninguna hazaña física le era ajena. Todavía recuerdo aquella carrera que emprendió un día —carrera de meteoro, digna

de Aquiles, o de Paris cuando alcanza a Héctor en las puertas de Troya—, al darse cuenta de que, más arriba de los Madrigal, en una cuesta, la vaca de la tía Juanita se había derrumbado con la cabeza doblada, y se estaba ahorcando con la cuerda que la sujetaba de un árbol.

Si estábamos en Monterrey y había tempestado, ya esperábamos la llamada telefónica de Ceferino:

—Señora, el agua se llevó dos gallinas.

O bien:

—Vino "el animal" (ente fabuloso, inventado para su uso) y acabó con lo poco de "carne seca" que habíamos guardado. *(Léase: cecina.)*

Nos hacíamos desentendidos. Bien se merecía él un banquete de tarde en tarde.

Intervenía en todo. También ayudaba a la mesa. A veces, se le caía una torre de platos.

—¡Ceferino, poco a poco! —le gritaba mi madre.

—Sí, señora —decía él con voz compungida—, poco a poco me los voy acabando todos. . .

Estas salidas le ganaban el perdón mejor que cien disculpas. Mentía con frecuencia, como sucede a los poetas en rama, los poetas sin ejercicio. Mi madre reprendía entonces a Ceferino, y él negaba, empleando unas frases alambicadas que había aprendido en los muchos cuentos de su repertorio:

—Pero señora —decía—, ¿cómo puede ser posible de Dios el que yo la engañe a usted tan vilmente?

—¡Posible y poderoso! —le contestaba mi madre, siguiéndole el estilo.

En ratos perdidos, Ceferino cantaba con una curiosa voz de falsete. Una de sus canciones decía:

Entre dos peñas nací.
Dos palomitas me criaron.
Desde que te conocí,
tus ojitos me cautivaron.

Por ese vestido negro
y el sastre que lo cortó,
enlutaron a mi joven
sin haberme muerto yo.

¡Válgame Dios, qué haré yo!
Ya el mundo se me cerró:
enlutaron a mi joven
sin haberme muetro yo.

Para más parecerse a las figuras de la leyenda, el final de Ceferino se me confunde con la catástrofe de Monterrey. Pero antes contaré que Ceferino tenía un hermano, Guillermo, guardia rural que creo desempeñaba ciertas comisiones peligrosas. Ceferino era trigueño. Guillermo era rubio, o lo que llamamos a la mexicana "güero de rancho". Un día mataron a Guillermo dos traidores en una emboscada. Ceferino bajó a caballo desde el Mirador, y cuando vio entrar en un tendajo a los dos traidores, se metió tras ellos sin desmontar y les dio muerte a los dos. Después llamó a la policía y se entregó. Para nosotros fue un duelo en forma.

Pronto Ceferino era persona importante en la misma Penitenciaría. Como dominaba todos los oficios, lo hicieron jefe de los talleres, y allí enseñaba a los presidiarios la carpintería, la hojalatería y mil cosas más. Lo trataban con cierta consideración y aun respeto.

En agosto de 1909 aconteció la inundación. Llamado a Monterrey por mi padre para encargarse de las obras de agua y desagüe, el señor Hugo Conway escribió una monografía en que muestra que el arrastre de la corriente era todavía más impetuoso que las cataratas del Niágara. Fue luego gerente de la Compañía de Luz y Fuerza Motriz, se quedó para siempre en México y murió en Cuernavaca, dejando allá parte de su valiosa colección de libros mexicanos (siglos XVI y XVII). Ignoro el destino de estos libros; temo que, siguiendo la ley fatal, hayan emigrado para juntarse en el Canadá con el otro fondo que ya Conway venía sacando de México desde años atrás.

Pues bien, ante el pánico de la inundación, se echó mano de todos los recursos de salvamento. Ceferino, tan gran nadador como buen tirador, buen jinete y "famoso todo", se ofreció al instante, pidiendo que se le dejara salir de la cárcel para ayudar a la gente, y dando su palabra de que después volvería a su encierro. Se le concedió. Salvó muchas vidas. Sobre un paredón, en medio del agua, se habían gua-

recido como pudieron algunos desdichados, entre otros la Aplastada.

—¡Ceferino, sácame de aquí! —imploraba ella.

—Los de casa tenemos que ser los últimos —gritaba él—. Ten paciencia.

Y volvía al agua por otros náufragos.

De repente cayó sobre aquella pared un nudo de troncos que el río arrastraba furiosamente. La pared se vino abajo, y el río, sin remedio, se llevó a la Aplastada. Ceferino se sentó a llorar en la orilla. No quisieron ya volverlo a la prisión. La ruina de su familia y su ciudad fue seguida muy de cerca por la ruina de su general Reyes. Amargado y ya sin alientos, fue a dar a Laredo (Texas), donde creo que abrió una fonda y se buscó otra mujer.

—Me salió algo fuerte de genio —le dijo a mi hermana Otilia, con quien por allá tropezó casualmente.

Y así acabó el que la tía Juanita llamaba "Siete Oficios". Pero todos sospechábamos que tenía más, y que en otra existencia anterior y más accidentada había adquirido sus muchas y raras habilidades de Robinsón. Estos aventureros del Río Grande, herederos de los que figuran en los viejos "corridos", como Ceferino y como Indalecio Sada merecen, sobre la tumba, a modo de trofeo, una cabezada, un machete y una carabina.

El sordo Ángel Díaz (citado ya en "Demonios y endriagos", *Parentalia*) era un antiguo cristero de Lozada incorporado a las fuerzas regulares cuando cayó el Tigre de Álica, el aliado de la reacción y de Maximiliano, cuya imagen hoy nos presentan falseada. Cojo de ambas piernas o descaderado, y de aire medio estúpido, aunque muy puntual servidor, Ángel era el criado en jefe de las cuadras. Cuidaba de los caballos con verdadera y singular devoción. Los salvó cuando creció el río, arrastrándolos a nado desde la huerta hasta los corredores de la casa, donde se juntaron las tribus de San Luisito, los burros, vacas, perros y pájaros, y luego se

echó una botella de mezcal y se "agarró a tiros" con el río, queriendo detenerlo.

Iba con nosotros al Mirador, para hacerse cargo de las caballerizas de arriba durante el veraneo.

Un día le dijo a un peón, todavía más rústico que él:

—Saca toda el agua y limpia esa "canoa" o bebedero de los caballos.

Y el peón *(textual)*:

—¿Mas que seya tantita agua que se quede en la canoga?

Y Ángel, con una sonrisa superior:

—¡Mas que seya!

Otra vez se le perdió a Alejandro una cabrita de su predilección. Ángel anduvo buscándola incansablemente por ranchos y agostaderos, dio al fin con ella y, como los bardos populares, compuso un "corrido" sobre el caso:

Año de mil ochocientos
noventa y nueve en que estamos,
el dieciséis de septiembre
una cabrita buscamos...

Al cabo de tanto andar
por los cerros navegando,
en el rancho de la Majada
al fin la fuimos hallando...

Mariano era un tipo grotesco, singular. Cuando las ceremonias de Semana Santa, siempre se lo encontraba en la catedral, ridículamente disfrazado de "fariseo". Grande, obeso, de barba cerrada, algo "Quasimodo" y patizambo, un poco estrábicos los ojos y un modo de hablar dulzón y ceceante que mal correspondía a su apariencia de forzudo plantígrado. Prestaba servicios complementarios, no era un criado permanente. A veces "bombeaba" en la noria de los Guerrero para hacer provisión de agua; o, con el pañuelo atado a la cabeza, limpiaba en casa los pisos y las vidrieras. Andaba siempre de huaraches, y con cierta lentitud y dificultad, a causa de un reumatismo persistente. Pero él se decía enfermo del "tiluy" y se compró un perrito pelón al que dio

nombre de "Tiluy", para que por las noches se le durmiera en los pies, pues eso era un remedio infalible. Como le contara a su mujer lo mucho que veía trabajar al general Reyes desde la madrugada, ella le dijo filosóficamente:

—Por más que no seas gobernador, Mariano.

Palomares y su numerosa familia, que pertenecía al equipo del Mirador y sucedió a Ceferino como guardián cuando éste paró en la Penitenciaría, no me dan mucho que contar. Y menos aún Pedro el burrero (los burros acarreaban agua en tonelillos, desde el "ojo" o fuente que apareció al abrir la vereda); como no sea que Pedro trajo al Mirador un estupendo burro manadero, de noble alzada, del que se esperaba mucha prole y que todo el día rebuznaba, por lo que se le llamó "el Trovador".

Por cierto que mis hermanas Amalia y Otilia, ésta sobre todo, me desesperaban, porque sabían trepar de un salto a los burros; lo que yo, como menor, nunca conseguía. La familia se rió de mí cuando yo dije en son de queja:

—Es que tienen un secreto y no me lo quieren revelar.

Yo tenía razón. Todo procedimiento para hacer las cosas es un secreto: secreto de sastre, de carpintero, de cohetero o de poeta. Secreto, sí: todo está en el nombre que se aplique a las cosas.

De Adolfo Torres casi puedo decir que era mi camarero personal. Acostumbraba llamarme "güerito", y yo rectificaba:

—Llámame "señor don Alfonso".

Era alto, blanquísimo, de pelo negro, nariz aguileña, grandes bigotes con grandes guías. Vestía de charro —color negro— y tenía las piernas tan pandas como el machete. Porque era gendarme de a caballo y solía servirme con los acicates puestos. Su aspecto fiero de valentón contrastaba con su excesiva nerviosidad y su voz quejumbrosa y tiple.

Durante los grandes calores, me daba aire con unos abanicos de palma mientras yo me dormía. Si paraba un poco, yo chillaba:

—¡Adolfo, abanícame!

—¡Sí, niño Alfonsito! —gritaba él a su vez, estremeciéndose todo por el daño que le hacía mi chillido y por la sorpresa de verme todavía despierto cuando él ya me daba por dormido.

En las ilustraciones de *Las mil noches y una noche,* había unos genios árabes que salían de una botella entre volutas de humo. Eran iguales a Adolfo Torres.

## 20. EL SALTO MORTAL

UN PÚBLICO de señoras buenas y maternales; de niños en calcetines y con verdugones por las rodillas, pantalón bombacho, blusa de falda, boina marinera con una cinta que dice *Alaska;* de niñas con el pelo suelto ("niñas en cabellos", como dice la primitiva poesía popular), vestidas a imitación de muñecas; y de señores de levita, con unos sombreros indecisos, anticuados (creo que dominaba la "cubita") y unos pantalones que hacen dobleces. Llevan paraguas de familia, donde pueden guarecerse ellos, las señoras, los niños, las criadas. Éstas —lo siento de veras— no tienen rostro. Me esfuerzo por verlas: sólo distingo unas matas apretadas de pelo negro, unos corpiños de maniquí, unas enaguas de campana. También las faldillas de los niños son de campana. También las levitas de los señores. Los señores son algo calvos —calva en herradura— y tienen un santo resplandor de caireles. También los niños tienen caireles, y las niñas, a veces, "tirabuzones", y a veces, cascadas lisas sujetas por un "abarcador". Las señoras no llevan raya en el peinado, ni copete, pero sí "tupé". Agitan sin cesar unos abanicos invisibles, están muy gordas y sonrosadas —como hubiera dicho Mateo Alemán— a fuerza de miel y torreznos y mantequilla. Usan medallones al pecho, enormes guardapelos, retratos iluminados del señor que las acompaña: lo tienen demasiadas veces junto a ellas.

Me parece que todo el mundo, desde los radiados palcos del circo, sonríe. Sonríe de exhibirse con su familia: el señor, la señora, el niño, la niña, la criada, la otra criada y, en fin, el paraguas de respeto.

Cada vez que pasa la cebra galopando, como lanza inofensivos terrones y arrastra viento, se alejan de la pista los bustos. A cada palco toca su turno, y cada uno parece la hora de un reloj que tuviera sensibilidad propia, que hiciera señas, al apuntarlo la manecilla. Sobre la cebra gira una

mujer vestida de flor, con faldas de amapola blanca, piernas salmón, y una vara, un largo pistilo, vibrando al aire.

Arriba, en lo alto, unos deslumbrantes candiles se balancean y, abombada por el viento, la carpa produce mareos.

—Respetable público...

Un caballero rubio, muy elegante, anuncia los números del programa, filtrando por entre sus dientes de oro, con la boca casi cerrada, un español tejano, sin *elles,* y diciendo "maravías" en vez de "maravillas".

Hay tantos objetos giratorios, tantos oropeles y lentejuelas que nos olvidamos del espectáculo. Los niños se han puesto a pensar en las palabras que no entienden; las señoras, en las ratas de la despensa; los señores, vaya usted a saber. Las criadas piensan en sí mismas, se lamen los labios, se alisan las faldas con esas manos tan denegridas; no quieren mirarse la una a la otra, con la excelente intención de no cambiar, sin sentirlo, alguna mirada traidora: esta vez quisieran, de corazón, estar contentas con su suerte.

—Respetable público...

Yo nunca he sabido a ciencia cierta lo que es el "salto mortal". Lo había de ejecutar, según el programa, una linda cirquerita, hija del payaso. Aquella tarde era su beneficio: ella misma recorrió la ciudad, en bicicleta y con gorra yanqui, para repartir las invitaciones. Era una pobre niña honrada. Desde muy pequeña la descoyuntaron para dedicarla a volatinera.

¡El salto mortal! Aquellos señores de rizos y pantalones en dobleces deben de ser sensibles. Se han sacudido todos a un tiempo, se han puesto de pie. Su levita de campana adquiere una justificación oratoria; sus calvas y sus patillas "de clavo" se dignifican. Su corbata de plastrón parece un símbolo de nobleza y hace funciones de pecho osado y descubierto. Se apoyan en una silla como en una tribuna, levantan la diestra y la agitan:

—¡No, no!

Todo su cuerpo se retuerce, tiemblan las leontinas, los sellos del reloj:

—¡No, no!

Aquellos señores no han dado su dinero para que una

cirquerita arriesgue la vida. Raza fina, el aire le cosquillea en la piel. Estos señores nunca podrán entender nada. ¿Pues no están a punto de llorar en el circo?

¡El salto mortal! No puede ser. El director ha cedido. Habían sacado a la muchachita envuelta en unos paños morados, se la llevan de nuevo por la puerta de los artistas. Cae la cortina. Cunde un rumor de alivio. Las caras sonríen nuevamente, se vuelven en busca de las caras y dicen que sí: primero a las caras del propio palco; después, a los palcos vecinos. Parece que un remolino las hubiera agitado todas en unos pescuezos de alambre.

Y el payaso, aquella noche, en su casa, a la cena, de codos en la mesa, las mejillas en las manos, contempla a su hija. Cierra los ojos un instante y ve danzar, en su imaginación, todas aquellas caras desconocidas que dicen "sí, sí", porque la empresa ha aceptado decir que no.

## 21. EL CIRCO ORRIN

EL CIRCO texano donde el público se opuso a que la hijita del payaso diera el salto mortal fue un circo transitorio y de segundo orden. El Circo Treviño, muy famoso entonces, cifraba su orgullo en las colecciones de fieras. Su dueño y director, Juan Treviño, poseía también en Monterrey una buena pensión de coches. Niño francés abandonado, fue recogido por un cabo primero de Rurales (equivalencia de capitán), llamado Juan Treviño, de quien el muchacho tomó su nombre. Hablaba español, francés e inglés, pero no sabía escribir, sólo firmar. Fue a dar hasta China como ayudante de una "transformista" francesa. Anduvo por África. Era domador de oficio. A creerlo, esos tremendos leones que se exhiben en los circos y se dicen traídos de la selva virgen son unos perritos mansos de varias generaciones, educados en los criaderos de Marsella, donde les enseñan a gruñir y a enseñar las fauces. Sin duda su circo era un buen circo, pero yo lo veía siempre como institución heterodoxa, así como nunca soporté al payaso Pepino, que también disfrutaba de cierta popularidad entre el público más modesto.

No, el verdadero circo de mi infancia fue el circo de los hermanos Orrin, que la gente de mi época todavía recuerda con arrobo; el circo que vino a México durante catorce años, trayendo consigo, entre otras mil maravillas, al payaso inglés Ricardo Bell, de tanta fama entonces como después lo han sido los Fratellini o Grock en París, y en el cine, Chaplin o Cantinflas, y que poco a poco, bajo la depuración del recuerdo, quiere confundirse con los personajes de la *Commedia dell'arte*: "Polichinela", "Pantalón", "Arlequín". El éxito y la popularidad de este circo fueron de tal magnitud, que los hermanos Orrin, agradecidos, invariablemente mandaban fijar carteles cada año, el día 1º de enero, felicitando a los habitantes del país, y ofrecieron a la ciudad de México

una fuente ya desaparecida, por donde estaba la Estación de Colonia y hoy se ven los jardines y el Monumento a la Madre.

El atractivo del Circo Orrin, como de todos los circos, era una mezcla de deleite y de miedo; admiración ante las hazañas de la gimnástica, el equilibrio, la equitación, la doma de fieras, y la secreta angustia de que pudiera impensadamente acontecer una desgracia. Me han contado, por ejemplo, que aquel enorme elefante adiestrado ya para hablar (por lo menos, decía *Fa-Fa*) y en cuyo abismal hocico el cornaca solía meter la cabeza, acabó cortándole al infeliz el pescuezo de una dentellada, con una indescriptible expresión de humorismo y de picardía en los maliciosos ojillos. Siempre podía insubordinarse una fiera, desplomarse un trapecista o, aun sin mayores desgracias, resbalarse Robledillo en la cuerda floja y precipitarse en la red.

El Circo Orrin alternaba sus actos propiamente circenses con algunas pantomimas: *La Cenicienta*, *Aladino o la lámpara maravillosa*, *La acuática*. En ésta, todos los concurrentes a una boda y jolgorio, verdaderas estampas cómicas a lo Épinal, eran arrastrados por los juegos de agua en una tempestad y una inundación artificiales. En *La Cenicienta*, aprovechando el baile, había estupendas presentaciones de figuras históricas.

Un día exhibieron en el circo a un grupo de generales boers, todos con la barba cerrada y el bigote afeitado, al modo del presidente Krüger, pues se ve que los Orrin, aunque británicos, eran más amigos de la libertad que del imperio (Guerra Sud-Aficana de 1899).

Bell no era simplemente un chistosísimo payaso. Desde luego, hacía reír con sólo enseñar la cara enyesada, llena de chafarrinazos y lagrimones que le daban una triste expresión canina. (Él no reía nunca, antes lloraba fingidamente algunas veces.) Hacía reír también con todas sus palabras, gestos, movimientos y chistes. Y era, además, un payaso musical de primera, que educó en la música a todos sus hijos, algunos ya mexicanos y con familia en nuestro país. Llegó a tener veinte hijos, de los que sobrevivían trece cuando él murió. Hacía música, música amena y divertida, con los instrumentos ortodoxos, pero también con los cascabeles, las

cafeteras de pistón y cuanto le ponían en la mano. Acompañado del célebre enano Pirrimplín (Florentino Carbajal) era la delicia de chicos y adultos. Varias edades de niños y hombres le deben horas de regocijo y esparcimiento. Merece una estatua entre nosotros.

El rastro de fuego que dejaron Bell y el Circo Orrin en la imaginación de los mexicanos puede apreciarse en el libro de Armando de Maria y Campos, *Los payasos, poetas del pueblo: El circo en México*. Allí he comprobado —pues ya no lo seguí con fidelidad— que Bell acabó por fundar un circo propio en septiembre de 1906. La Revolución lo hizo refugiarse en los Estados Unidos con su numerosa familia. Murió en Nueva York el 13 de marzo de 1911.

Hay una amena descripción de los actos y representaciones del Circo Orrin en el libro de Manuel Mañón, *Historia del Teatro Principal de México*.

## 22. DIVERSIONES AL AIRE LIBRE

Bastaban y sobraban los paseos a caballo y los ejercicios de tiro como diversiones al aire libre. El rifle precedió, en mis costumbres, a la escopeta, lo mismo que a la pistola. Cuando mi padre me dio la primera pistola, como precaución en no sé qué viaje a la vista, me aconsejó:

—La pistola sólo se saca para dispararla, nunca para amenazar, porque eres hombre muerto.

En suma, lo contrario de lo que solemos ver en el cine, y con sobrada razón si se considera que todos más o menos podían, en el campo mexicano, traer pistola al cinto.

La visita a la cuadra era obligatoria. Para Alejandro, cuando muy niño, parecía un rito religioso. Frecuentemente, la criatura con carita de querubín olía a caballo. El veterinario Benítez —de facciones europeas, pero más negro que la pez, y éste sí, más ceceante todavía que Indalecio o Mariano— hacía una inspección diaria. Lo vi administrar lamedores y una vez, con ayuda de los caballerizos, castrar a un garañón o "entero" usando para ello de una cerda. La operación fue tan perfecta que casi no hubo horror ni sangre.

Mi padre inspeccionaba también su docena de caballos, y cuando más tarde era secretario de Guerra en México, se los traían muy de mañana —antes de que él fuera a nadar a las albercas Pani u Ossorio— frente a nuestra casa de la Reforma. Más de una vez, mientras daba azúcar a sus caballos, se encontraba —casualmente— con don Joaquín D. Casasús, que andaba dando un paseo matinal, y ambos hacían un aparte, del que pudo haber resultado la concordia entre los "científicos" y el general. Pero los buenos deseos de don Joaquín no llegaron a realizarse.

El antiguo coronel de caballería del 6º Regimiento no podía olvidar sus amores. Por sobre todos los animales, el caballo. Pues la raza ratonera de los Alíes (perritos negros) que, uno tras otro, le proporcionaba el secretario de Gobier-

no don Ramón García Chávarri, era una dura necesidad por la abundancia de ratas y ratones. En punto a animales domésticos —decía él— "sólo la mujer y el caballo". Palabra desenfadada de militar, pues era el hombre más caballeroso en su trato con las damas, y de él puede decirse lo que algún memorialista francés ha dicho del poeta Théodore de Banville: —que para él toda mujer era una reina.

El general, pues, le echaba al asistente las riendas de su "boguecito" en que siempre andaba solo por la ciudad, cruzaba toda la mansión desde "la puerta de los humanos" (Degollado) hasta "la puerta de los animales" (San Luisito) y allí conversaba un rato con el veterinario, les decía a los caballos dos o tres cosas amables —los caballos, como los perros, son muy sensibles a estos halagos— y encargaba al picador o palafrenero (un tal Silva por mucho tiempo) que cortaran los cascos de éste, que dieran más almohaza al otro y más ejercicio o picadero al que quería ponerse hobachón.

Como Rodolfo era demasiado afecto a las fantasías ecuestres, cuando iba de vacaciones mi padre se inquietaba un poco, temiendo que fuera a viciar sus caballos. Y, al contrario, tenía cierta confianza en que mi moderación acabaría por hacer de mí un buen jinete... ¡Ay! Mi Lucero, cuyas glorias he cantado en mi poemita "Los caballos", era en cierto modo el heredero natural del Pachuca que, muy jovencito, Rodolfo compró al Circo Orrin: un caballo que danzaba al son de la música, los domingos de la Alameda. Pero yo nunca quise que mi Lucero cayera en tales extravagancias. Durante una enfermedad mía, el hijo de Silva me echó a perder para siempre a mi Lucero, y yo, engañado y ofendido como un amante, ya no quise nunca montarlo.

A veces, cabalgando con Mata, topaba yo en las afueras con alguna feria popular. Pero como nunca sentí estas peligrosas atracciones, me conformaba con oír un rato los pintorescos avisos de la lotería ("¡El que le cantó a San Pedro!", "El papá de las gallinas"), y seguía de frente, buscando espacios descubiertos para doctrinar en el buen tranco a mi montura. Yo tiraba muy bien el rifle, a pie y a caballo, y Mata procuraba que me luciera, echándome un centavo al aire.

Y ¿cómo voy a confesar, después de esto, que era para mí una diversión amenísima el ver desenganchar las mulitas del tranvía en lo alto de la calle del Roble —una calle en cuesta— y el ver que se iban solas a su corral tras una nalgada preventiva, el ver rodar el tranvía por su propio peso, casi desde la panadería de La Bola, frente al Parián, hasta la iglesia del Roble, donde esperaba pacientemente el tronco del relevo, sin que nadie lo cuidara ni lo molestara? Esta suerte de domesticación de la ciudad rebullía en mi mente algunas larvas que no llegaban a ser nociones.

Si estaba de humor, desmontaba al otro lado del Parián frente a "El Precio Fijo", en cuyo segundo piso admiraba yo unos juguetes que no me invitaban a jugar, sino solamente a contemplarlos: caballitos-mecedora (¿para qué quería yo eso?), borregos de tamaño natural, hechos en pasta y en cartón. Y los domingos por la mañana, me encantaba acompañar a mis hermanas a la Estación del Golfo, donde un "don José" nos dejaba jugar un rato en el Pullman del señor Robertson, suerte de palacio encantado.

El teatro no es diversión al aire libre, pero equivalía a ello por ser fuera de casa. La Compañía Infantil de Zarzuela que llegó a Monterrey fue para mí una verdadera conmoción. Adquirí una variedad de temas escénicos y musicales, que después aprovechaba en nuestras representaciones domésticas del Mirador, adaptándolos a nuestras cosas y a nuestro ambiente. Conocí entonces a todos los artistas que más tarde lucirían en los tablados de México; y a la cabeza de todos, a Esperanza Iris, deslumbrante de juventud y gracia, desde tan remotos días amiga nuestra y a quien me tocaría encontrar en el Teatro Principal de México a principios de siglo, y después en Madrid, hecha Reina de la Opereta (1920). Al mismo viejo equipo pertenece Rodolfo Hoyos, hoy guardián de camarines. Los demás han ido desapareciendo. A éste lo recuerdo por un ademán o por un salto, que es cuanto queda del danzante. A otro lo recuerdo por un solo gesto, como se recuerda una máscara; a aquél, como a un pájaro, por un grito. Allá va, perdiéndose cada vez más en el polvo de los años, la festiva carreta de los comediantes, a los que debemos tantos regocijos.

## 23. DIVERSIONES BAJO TECHADO

SEGURAMENTE que las cacerías nocturnas de gatos, tlacuaches y tecolotes, en el gallinero de la huerta, eran una gran diversión. Y ahora rectifico: me acuerdo, sí, me acuerdo de aquel Rodolfo casi niño, antes de su traslado a México, que me inició muy pronto en este deporte. Cuando volvía por invierno, yo lo acompañaba en la persecución de los gatos, y entonces ya era yo un buen tirador.

Rodolfo me llevaba a husmear desde afuera el depósito de armas, que sólo mucho después se me permitió ver, y me explicaba que mi padre tenía allí encerrado a Caifás, hecho prisionero en alguna de sus campañas. Mi imaginación revoloteaba, como mariposa aturdida, en torno al cuarto de Caifás.

Cuando venía a jugar con Rodolfo su amigo Marianito Robles, teníamos otro esparcimiento: la bolita de lumbre. Marianito empapaba en alcohol una bolita de no sé qué, y la hacía saltar entre sus manos. Hijo de un militar ya fallecido, creo que tenía dos hermanos mayores. A uno de ellos, altísimo, mi padre lo llamaba siempre Juan y Medio (como se llamó al político español Mendizábal) y lo amenazaba con cortarle la cabeza, que era por donde le sobraba estatura.

Reynaldo y Ernesto Lozano, hijos de la vecina y buena amiga Juanita Flores de Lozano, viuda también de un militar, se limitaban a darme el pellizquito en los mofletes que los mayores dan a los niños. Pero yo solía visitar a doña Juanita y pasar con ella algunos ratos. Ella manifestó siempre especial cariño para mi hermana Amalia, y creo que a su muerte le dejó algún obsequio.

Los pajares y los desvanes o tapancos, donde yo me tumbaba para fingirme dormido y aprendí a atrapar por la cola las ratas que me pasaban encima, eran otros sitios de encantamiento. Entre los tapancos y el cuarto de los "tiliches",

había alguna relación, pero los tapancos eran superiores. Allí me inspiré para mi ensayito "El caos doméstico" *(Calendario)*, y luego, en el Rastro de Madrid, se levantaron como bandadas de pájaros mis recuerdos, y canté al verdadero poeta de los tapancos que he conocido en mi vida, a Ramón Gómez de la Serna (tercera serie de *Simpatías y diferencias*).

Una expedición a los desvanes es cosa para hacer soñar a cualquiera. Allí están el andador de los primeros pasos, el velocípedo de las primeras carreras, la silla infantil con mesita de quita y pon, la pelota desinflada, las butacas desvencijadas; todo a medio desaparecer, medio dormido. Además, el miedo rondaba los desvanes, propia habitación de fantasmas. Una enorme araña invisible, resumen de todas las diminutas arañas que corrían por todas partes, parecía ir envolviendo en su lenta baba transparente todos aquellos desechos de la vida.

Los chicos habíamos discurrido un modo de transformar en escenario ideal aun lo más casero y doméstico, la honrada asistencia, tapizada con su estera que apagaba el ruido de los pasos. No sé de dónde traíamos grandes masas de pochote, las deshacíamos en el aire y lográbamos un ambiente muy parecido a una nube, porque agitando las manos, aquella especie de algodón, cien veces más tenue que el otro, giraba y se suspendía sin caer al suelo. Entrábamos valientemente en la nube, danzábamos y saltábamos, y nos sentíamos transformados en hadas y duendes. . . Mientras, llegaba la pobre señora a ahuyentar todos aquellos espantajos, limpiar la estancia y devolver al mundo su modesta apariencia.

Aunque ya he confesado mi pavor a los bichos y sabandijas, hubo excepciones. Los ágiles saltos del chapulín no podían menos de atraerme. Capturar un chapulín con los dedos era una hazaña. Y la hazaña se volvió crueldad cuando descubrí que el chapulín saltaba gracias a las patas traseras, en forma de áspera sierrita, con que también solía defenderse. Estas patas —las "navajas" como yo les llamaba— tentaron mi instinto de coleccionista, y poco a poco fui llenando con ellas unos estuchitos dorados que mi padre me

daba y que antes habían servido para no sé qué cápsulas o píldoras.

Otro bichito que mereció mi atención fue el mayate. Atado a un hilo, gira y zumba como un verdadero juguete, en tanto que logra emanciparse y, entonces, como dice la frase hecha: "Se va con hilo y todo." La frase se aplica al que suele "alzarse con el Santo y la limosna" y se aplica asimismo al que se va sin despedirse, o sea "como burro sin mecate".

Pero el maqueche ocupa lugar de honor en mis memorias. El maqueche es conocido en la región oriental de Tabasco, donde, atado a una cadenita, se cuelga al pecho de los niños como amuleto. Es pulcro y seco, se alimenta con un poco de corcho, e imita el color del corcho o la corteza jaspeada de los árboles. Tiene el cuello reducido naturalmente a dos fibras, y por el hueco del medio —que parece hecho de propósito— se pasa la cadenita para atarlo. Si la cadenita y el prendedor son de oro, si el animalito se forra con seda de los colores nacionales —como la familia lo hacía en el Mirador, cuando Adela descubrió que allá había maqueches—, ya tenemos un juguete verdaderamente lujoso y original. La moda se extendió a algunas familias amigas, y pronto desapareció. Cuando Adela caía en aquellas extrañas postraciones que la mantenían en cama varios días (por lo demás, pasaba sus crisis cantando), había que cuidarse de traerle corcho a su maqueche.

Las hormiguitas mantequeras eran decididamente mis enemigas. Yo madrugaba y, dando la vuelta a la enorme mesa del comedor, aprovechaba mi soledad para beberme la crema de todos los vasos de leche ya servidos a la familia. No estaba mal. Pero cierto día incurrí en un verdadero ripio poético. Me pareció que sería muy hermoso continuar mis deleites de colibrí apurando el rocío matinal de las rosas... Naturalmente, se me llenó de hormiguitas la boca, y desde entonces desconfío de las actitudes alambicadamente artísticas.

## 24. ENTRE LA LEYENDA Y LA HISTORIA

HACE muchos siglos —antes del Nilo y de la Mesopotamia— era ya cosa vieja que las ciudades de los hombres, como las de los castores, nacían junto al agua, a lo que pudiera reducirse todo mito de las poblaciones.

Sobre aquel valle descendió un río; tierno, infantil, que apenas cantaba entre las peñas como niño que juega a solas. Sus leves cristales dejaban ver las guijas del lecho. El río poco a poco creció y cavó su cauce como quien va abriendo su destino. Las barbas de musgo anunciaban su naciente virilidad. Lo que fue antes travesura y risa del valle vino a ser su alimento. Las raíces, bajo la tierra, se retorcían taladrando terrones, en busca de las humedades del río. Bailaron las aves acuáticas, como los espíritus sobre las ondas. El río se coronó de yerbas flotantes. Llegó la madurez, y un buen día hinchó el seno y arrojó a la orilla, entre griterías de pájaros salvajes, una ciudad. Los hombres salieron del río con sus carros y sus casas a cuestas. Desde entonces, la ciudad vivió según las relaciones entre el agua y la tierra, ya venciendo al río o ya vencida por el río. Y, pasados unos cuantos siglos, como todas las cosas vuelven a la madre, el viejo río abrió sus brazos sobre la ciudad y la cubrió con su manto reluciente y cambiante; la recogió en sí; lavó sus despojos; cantó, como el mar sobre el muro homérico, testigo de las reyertas entre dioses y humanos. Y pasaron otros cuantos siglos. El pastor empujó sus bueyes sobre las llanuras desiertas, y los cuernos de los bueyes desenterraron los vestigios de una ciudad; pero ya la historia de los hombres de ayer había rodado con el río.

La paciencia de los años fue levantando otra ciudad. Quien hoy la recorre, descubre en ella tres cuerpos separados y discernibles, como tres distintas capas geológicas. Crece la ciudad en mitad del valle y se comba hacia el centro, en leve

ondulación de la tierra, desde donde bajan arroyos por las vertientes de las calles, los días de lluvia torrencial. Al sur, recogido entre las colinas, con momentáneas perspectivas de aduar y vida populosa y polvosa, el barrio pobre y pintoresco de San Luisito se arrastra y parece que se recata. Es el primer cuerpo, la América escasa y trabajosa. Si trepáis un poco por los sembrados y laderas, los perros aúllan a vuestro paso; los viejos dejan caer la azada en el surco y os contemplan con desconfianza. Acaso encontráis bandadas de muchachos de escuela que van de excursión, en formación indecisa y con la canasta de provisiones al brazo. Acá os sorprende un perfecto circo de palmeras, y os estremecéis al estrépito de las ensordecedoras urracas. El viento se lleva el sombrero. Frente a las palmeras, una capilla, la capilla de la Virgen de Lourdes, que tiene su fiesta anual, cuando aquellos sitios alejados se llenan de puestos, bebidas y frutas, de procesiones y bullicios. Estáis en el límite. Desde allí se admira la concordia de la ciudad y el campo, y se disfruta, sobre Monterrey, de una vista panorámica suficiente aunque no completa. Bajo el tibio sol, un rumor de aldea, desgarrado por aquellos vientecillos súbitos que los griegos llamaban "arpías" y que nos traen sobre sus alas el ladrido de un perro, el canto de un gallo, el rechinar de una noria, tal vez un disparo. Arriba, hacia donde siguen trepando los muchachos, ya francamente en orden disperso, albean los ganados, cantan los pastores; y en la cima, destacados sobre el horizonte, dos hombres pasan con los rifles al hombro. Es la región de los pastores, sacra institución de la tierra, y la región de los cazadores, orden civil en el norte de la República.

Descendamos ahora, cruzando de sur a norte el barrio de San Luisito. Nos detiene un cauce pedregoso que algunas veces se vuelve río, bufa y salta con furia, pero por donde ahora apenas escurre un regato, brilla, se cansa de correr, se deseca de sitio en sitio, va descansando a cada penoso trecho de su penosísima jornada. Cantan las lavanderas, chapoteando en los charcos, donde suele haber niños desnudos. Éste es nuestro Manzanares. El romance de Quevedo acude a nuestros labios:

Manzanares, Manzanares,
arroyo aprendiz de río...

El puente nos tiende ahora los brazos. Como en el París de Carlos IX, según la paleta de Mérimée, dos muros de tiendas paralelas impiden la vista del río. Un techo los cubre de extremo a extremo, y el puente parece una calle oscura o una estación ferroviaria. Pasáis de largo, sin reparar en que yo, a vuestro lado, he dicho: "Señores, ¡qué historia la del puente, qué historia la del río!"

Pero estáis ansiosos, y tenéis razón, por llegar a los barrios cultos. Y entramos en el segundo cuerpo de la ciudad, la segunda capa geológica. Aquí las calles tortuosas, las iglesias y las casas de estilo viejo denuncian el cristianismo español, la obra de la conquista. Éste es el centro de la ciudad. No esperéis aquel aspecto gris y monástico de las verdaderas villas coloniales. Esta ciudad, aunque no la menos española de la República, pues sus plazas conjugadas de Zaragoza y de Hidalgo, tienen un no sé qué de Sevilla, más bien se ha conservado en un paso de actualidad constante, plegándose sin esfuerzo a las nuevas fases de su vida, señal de vigor y de salud. Sobre esta zona pasa la ondulación del suelo. Aquí las casas municipales. Como es de rigor, frente a la plaza, la catedral, y, en otro frente, los portales. Al tipo romano, al tipo hispano. Más allá surge el manantial, los tradicionales Ojos de Agua de Santa Lucía (cuna de la población), que, apartándose del río mayor, forman uno como río interior, dispuesto a darle al otro la mano cuando Dios mande inundar el valle. Una ostentosa casa de baños se levanta ahora, donde yo vi, de niño, desde el parapeto de la calle, filas de lavanderas. Y el más alejado tentáculo de este cuerpo se prolonga hasta la Alameda: cotos, venados, lagos, cisnes ("los patos víboras del general", decía la gente cuando los vio por vez primera), la Penitenciaría con sus torreones y sus muros dentados.

Al norte, en el tercer cuerpo, la tierra es plana, las calles simétricas y regulares, y se ven calzadas de árboles donde alternan las casas ricas con las hileras diminutas de moradas para los obreros. Cerca, el ruidoso vientre de las estaciones y de las fábricas. Más allá, otra vez el campo.

Vuelvo cansado y meditabundo. Los amigos, que lo han sido desde la infancia, juegan en el billar del hotel y quieren detenerme. Es inútil. Como Gutiérrez Nájera, digo a "mis tristezas":

Voy con vosotras,
vamos a casa.

"¡Señores, qué historia la de los puentes y el río! Un puente lo consumió el fuego, otro lo arrastró el agua, que por eso crece de repente cuando ya nadie se acuerda de él, para cogernos desprevenidos; otro, creo, se lo llevó el viento... o lo he soñado." ¡Qué historia la de aquellos fundadores de la población, entregados a sus propias fuerzas, víctimas periódicas de las asonadas de los indios, que de cuando en cuando arrasaban otra vez los campamentos nacientes, los cercos de carretas y chozas de donde nacería la ciudad! ¡Y esas inundaciones! Yo estaba en México cuando sobrevino la de fines de agosto, en 1909. Volví algo después a Monterrey, para despedirme de mis padres que salían rumbo a Europa. Vi las huellas de la catástrofe en la huerta. Los árboles que crecieron conmigo, desaparecidos, y el enorme manto de arena centellando sobre las tierras arrasadas. El río se había tragado la mitad de mi casa. En las fotos de la inundación, acaso acrecido el tono siniestro por los tintes químicos de la plata, se ven las multitudes agolpadas hacia el barrio pobre; los remolinos de olas las dividen de la ciudad. Por un cable suspendido a gran altura de uno a otro lado, algunos audaces tratan de pasar sobre el río para salvar a los inundados. Como en los primeros tiempos de la Tierra, como en los días de Noé, los animales se acogen a los hombres y se mezclan en su multitud buscando auxilio. Y baja del poniente, desgarrando el cielo plomizo, un haz bíblico de fulgores, como una escala de socorro por donde sólo falta que descienda la paloma del Espíritu Santo.

# APÉNDICES

## I. Nuevos datos genealógicos

Posteriormente, se me han comunicado estos datos que complementan o corrigen los ya recogidos en *Parentalia* a propósito de la familia Reyes:

Francisco Reyes Aguilar fue el padre de Doroteo, padre éste a su vez de mi abuelo Domingo. Era español de Ciudad Real. Se conoce la partida de nacimiento de Doroteo, que vino al mundo en Tapachula (1780), y no fue, según esto, el primer miembro de la familia Reyes que se trasladó de Centroamérica a México. Doroteo tuvo, al menos, dos hermanos: un religioso franciscano y una monja.

Se conserva igualmente, de la época inmediatamente anterior a Fernando VII, una información practicada a instancias de Doroteo, ante el respectivo Ayuntamiento, para que se le considerase familia principal y noble en León de Nicaragua. Queda asimismo noticia de otra información levantada por la esposa de alguno de estos antepasados (aunque ella, como era frecuente, no sabía escribir), para demostrar la lealtad de su marido a Fernando VII, que acaso no se veía muy clara y bien podía entonces estar en la cárcel por "afrancesado" o liberal.

## II. Salva de recuerdos

A título de anticipo, di en varios periódicos y revistas de América y Europa, a través de la cadena A. L. A. de Nueva York (American Literary Agency) el siguiente resumen en que condenso algunos pasajes de *Parentalia* bajo el título de *Salva de recuerdos*. Naturalmente, los impresores algunas veces pusieron "Selva" en lugar de "Salva", aunque las primeras palabras del artículo explican el nombre. A pesar de las repeticiones, deseo conservar en apéndice esta página, que puede servir para hilar con el anterior al actual y segundo libro de mis recuerdos y que, por la celeridad del relato, ayuda a abarcar el asunto en sus contornos principales.

PUBLICARÉ próximamente mi primer libro de recuerdos —donde yo todavía no nazco, pues mi aventura humana comenzará en el segundo libro— y se me ha ocurrido condensar y zurcir aquí algunas de sus páginas, a manera de pregustación o "salva": que así se llamaba la prueba de la comida en las mesas de los monarcas y magnates —prueba cuyo probable objeto era asegurarse de que se estaba "a salvo" de envenenamientos, preciosa palabra ya perdida.

Cuando a comienzos de 1900 mi padre, hasta entonces gobernador del Estado de Nuevo León, vino con una licencia a la ciudad de México para ocupar el cargo de secretario de Guerra y Marina bajo la presidencia de Porfirio Díaz, cargo que desempeñaría hasta el 23 de diciembre de 1902, Reyes era un astro ascendente en la política mexicana. No tardó en presentarse ante él uno de esos heraldistas o reyes de armas que le trajo una reproducción de su pretendido escudo nobiliario y una memoria sobre los remotos antecedentes de la familia. Naturalmente, la historia de la familia comenzaba con las Cruzadas, y entre sus más eminentes precursores (¿tal vez porque mi padre también se llamaba Bernardo y también celebraba su cumpleaños el 20 de agosto?), figuraba el propio San Bernardo, el fundador de Claraval, opositor de Abelardo y de Arnaldo de Brescia, predicador de la Segunda Cruzada y afortunado mantenedor de Inocencio II en el cisma contra Anacleto. Pero mi padre nunca prestó oídos a estas burdas patrañas, ni permitió que se impresionara con ellas mi infantil imaginación de diez años. Al contrario, me enseñó a sentirme "pueblo americano" y en suma "pueblo mexicano".

No estoy, pues, muy al tanto respecto a los antecedentes de mi familia. De niño me contaban que mi bisabuelo, el español Doroteo Reyes, nacido en cierto lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, había merecido que Fernando VII le concediese el cuello de encaje, el mando de esclavos, el bastón de autoridad y, según añadía sonriendo uno de mis hermanos mayores, el derecho a propinar hasta doscientos bastonazos.* Don Doroteo se trasladó a Nicaragua, se estableció en la ciudad de León, la tierra de Rubén

* Ver la rectificación en el Apéndice I.

Darío; y allí, en los primeros años del siglo XIX, fue a nacer mi abuelo Domingo. La familia vino después a Guadalajara (México), cuando mi abuelo contaba unos veinte "abriles". Se hizo mexicano, se compenetró en aquel ambiente romántico, provinciano y señorial a un tiempo, dividido entre las luchas de cuarteles e iglesias; militó con singular bravura en las filas de los liberales y murió antes de los sesenta, siendo jefe político y comandante militar del Cantón de La Barca (Jalisco), tierra renombrada entonces por sus establos y sus quesos.

Había contraído matrimonio con Lupe Ogazón, hermana del general Pedro Ogazón, futuro ministro de la Guerra al triunfo de la revolución porfiriana. Era la familia Ogazón una de las más antiguas y respetadas en el Estado de Jalisco. A la muerte de doña Lupe, con quien el abuelo tuvo dos hijos y dos hijas, se desposó con una hermana menor de ella, doña Juana Ogazón. Les nacieron cuatro varones y dos mujeres. Mi padre, Bernardo, fue el segundo. Todos mis tíos —salvo uno que falleció de meses— cayeron en acción de guerra o a consecuencia de sus heridas, peleando del lado liberal.

Yo no alcancé a conocer a mis abuelos paternos sino en retrato. Don Domingo era hombre de rostro severísimo, cabellos castaños, ancha y despejada frente, ojos fulminantes; afeitado el bigote, pero con enormes patillas que encuadraban el triángulo de la cara sobre aquellos enormes cuellos picudos de la época. Se me figuraba un pirata inglés o un héroe naval a lo Wellington.

La abuela doña Juana parecía amasada de rosa, miel y mantequilla en alguna pulpa cereal, como aquellas *panspermia* de los antiguos ritos agrarios; ostentaba unas larguísimas trenzas con las que solía azotar a sus muchachos, los leoncitos feroces; y salvo el peinado en "ala de cuervo", recordaba a la duquesa de Oxford vista por Van Dyck. Cuando por primera vez me enfrenté con el retrato de la duquesa y el del velazqueño conde de Benavente (que tanto se parece a mi padre), el Museo del Prado —Madrid— quiso convertírseme en una galería de familia.

El mozo se educaba en el Liceo de Varones, escuela muy

reputada en sus días; y era ya huérfano de padre cuando decidió escapar a la férula materna y unirse a las tropas que combatían contra la invasión napoleónica —el efímero Imperio de Maximiliano de Austria— y las huestes conservadoras. Iba en compañía de un criado (diremos, a lo caballeresco, "un escudero") y de Pepe Corona, otro jovencito de su edad, hermano menor de don Ramón Corona, nombre ilustre en el ejército y en la diplomacia, a cuyas órdenes mi padre militaría más tarde. Pero mi padre y Pepe eran todavía muy niños. No sabían adónde dirigirse. Pasaron hambres en el campo. Dos días se mantuvieron con tejocotes silvestres (la acerola mexicana). Se perdieron por los linderos de Michoacán y Jalisco, y al fin los devolvió a su casa un jefe conservador que los recogió, exhaustos, en un camino.

No se conformó mi padre con este prematuro fracaso. Preparó como "Don Quijote" una "segunda salida" que esta vez tuvo éxito, y sólo regresó a su casa con las presillas de alférez ganadas en combate.

De una en otra acción (desde luego, participó al mando del general Corona en el sitio de Querétaro, donde se desvaneció el sueño imperial de Maximiliano, y participó después en la trascendente batalla de la Mojonera, que salvó a Guadalajara y tal vez al país de la onda de la barbarie), y entre heroicidades sin cuento, que a veces parecen páginas arrancadas a los antiguos Romanceros, llegó, siendo todavía joven, a general de brigada. Obtuvo este grado mediante dos ascensos juntos, tercer caso en la historia de nuestro ejército, por la proeza de Villa de Unión (1880). Allí derrotó a un adversario tres o cuatro veces más numeroso, con sólo un piquete de caballería y atacando contra infantes provistos de cañones y fortificados en el palacio municipal. Rechazado en un primer intento, volvió a la carga cuando ya apenas le quedaba un puñado de jinetes y unos cuantos oficiales, a quienes daba órdenes ficticias para hacer creer que contaba aún con tropas y refuerzos. Se valió de toda clase de ardides —Aquiles doblado de Odiseo— y hasta hizo traer un tonel lleno de piedras, fingiendo que se proponía dinamitar una torre. Venció con la voz y con la presencia, aunque ya llevaba la mano derecha atravesada por una bala, mano que siempre queda-

ría torpe y que a fuerza de coraje evitó le fuera amputada. (Por cierto, tuvo que aprender a escribir y a tirar el sable con la zurda: la persona iba entonces más decididamente montada en la voluntad que hoy en día.) El jefe enemigo rindió las armas, dispersó a su gente y dispuso para escapar de un breve plazo que mi padre le concedió. Mucho más tarde fue alcanzado y muerto a manos de otros, no de las tropas de mi padre que respetaron su pacto puntualmente. Se le recogió una carta dirigida a mi padre, en la que invocando la lealtad del guerrero le confiaba a su viuda y a sus dos hijas, que quedaban en la pobreza. Mi padre obtuvo para ellas una pensión del Estado de Sinaloa, donde sucedió el caso, y poco después un filántropo alemán se desposó con la viuda y se hizo cargo de la familia. Así era entonces la guerra. En 1940, compuse sobre esta conmovedora historia mi poema "Villa de Unión", tras de hablar con los vecinos y con el último testigo que aún quedaba en el pueblo.

De años atrás, mi padre se había casado con Aurelia Ochoa, también de familia jalisciense (los Ochoa de Zapotlán el Grande o Ciudad Guzmán, cuyo primer representante llegó a México entre los primeros conquistadores hispanos de Jalisco o Nueva Galicia), familia muy difundida por todo el Estado, así como por el de Colima y aun el de Michoacán, donde optó por "Garibay", su segundo apellido.

Llegaron mis padres a tener cinco hijos y siete hijas —singular simetría para el friso del Partenón, que da la proporción inversa— entre los cuales me tocó el noveno lugar. A éstos hay que añadir el medio hermano mayor, hijo de mi padre. Pero como varios habían muerto ya cuando yo nací, y otros murieron siendo yo todavía muy niño, en rigor mi vida adelanta como un pelotón de ocho hermanos. Ya sólo me quedan, cuando escribo estas líneas, una hermana que es abuelita y fue la mitad de mi niñez, y un hermano algo menor que yo, soltero, asiduo de conciertos y teatros, que aquí al otro lado de mi mesa me contempla con melancolía y me ayuda en estas soledosas evocaciones.

*III-1959.*

# NOTAS

IMPOSIBLE indicar las muchas referencias a escenas y recuerdos de mi vida que andan por toda mi obra. Lo he hecho cuando me fue dable. Más o menos directamente, corresponden al presente libro los temas de mis siguientes poemas, aunque no todos sean explícitamente autobiográficos: "Romance de Monterrey", "Los pavos de mi infancia", "Los caballos", "Glosa de mi tierra", "El grillo", "El niño en el voladero", "La huerta y el niño", "Recuerdo", "Tardes así...", "Sol de Monterrey", "Infancia", "La vieja-lira", "Casandra", "De mi padre", "De mi paráfrasis" (de la *Ilíada*), "Cerro de la Silla" y "El llanto".

1. *Noche de mayo.* Tras varios intentos, quise comenzar mis memorias en Madrid, año de 1920. De entonces data la primera redacción de esta página, que Genaro Estrada hizo imprimir en "La pajarita de papel", México, PEN-Club, 1924.

2. *Onomástica y santoral.* Ver "Rumbos cruzados, núm. 3" *(Las vísperas de España)*. Y sobre todo, "¡Al Diablo con la homonimia!" (*Letras de México,* 16-XII-1940; *La Nueva Democracia,* Nueva York, I-1941, y *Marginalia,* III, 1959). En este artículo cuento cómo, en Lyon-Brotteaux, me tomaron por el rey Alfonso, cómo le llegó a él una carta que me dirigía desde Florencia el viejo poeta Guido Mazzoni, cómo desconcerté a Montherlant haciéndole creer que yo era el rejoneador de mi nombre, lo que también creyó cierta conocida artista francesa, etcétera. El erudito Camille Pitollet previene a sus lectores para que no me confundan con el caballero en plaza que arrebató a los públicos en las Arenas de Lutecia ("Chronique Espagnole: Pan y Toros", *Bulletin de la Société d'Études des Professeurs de Langues Méridionales,* Paris-Toulouse, 1-III-1932). Andrés Henestrosa dio con un "chauffeur de taxi" que tenía letras y estudios preparatorianos y también resultó mi homónimo ("Pretextos", *Revista de la Universidad de México,* VI-1954), e ignoro si es el mismo Alfonso Reyes Amaro a quien se dio un premio por su solicitud para un cliente tan chispo que hasta había olvidado la calle y el número de su casa. Que yo había de relacionarme con Alfonso Reyes Aurrecoechea, pintor y escritor a cuyo gobierno está encomendada la revista *Vida Universitaria* de Monterrey, parecía decreto de las estrellas. En el abandonado Panteón de Santa Paula (Guadalajara), junto al túmulo de Ramón Corona, hay una tumba en que se lee: "Aquí yace el niño Alfonso Reyes, 1890." Lo que me impresiona singularmente por la relación entre mi padre y Corona y por la cercanía de las fechas: yo tenía entonces un año. El docu-

mento medieval a que se refiere mi capítulo procede del Archivo de Guadalupe (P-1), Biblioteca Nacional de Madrid, y me fue proporcionado, junto con un calco de la firma, por el que llegaría a director de esa biblioteca y a la sazón era mi compañero de trabajo en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, Federico Ruiz Morcuende.

4. *La casa Degollado.* Me remito a mis poemas "Los pavos de mi infancia", "El grillo", "Sol de Monterrey", "Los caballos"; y a mis páginas en prosa "Lucía y los caballos" y "Rima rica" *(Tren de ondas);* "Los pavos" y "En la nebulosa del alma" (*Las burlas veras,* segunda serie). Durante muchos años, y todavía en 1958, volvía a mí un sueño repetido: que había yo recobrado y restaurado la casa de mi infancia y otra vez habitaba en ella.

6. *Los hermanos.* El hermano León nació en Durango (29-VI-1870) y se reunió definitivamente con la familia en la casa de Bolívar 7, Monterrey, el 5-VII-1885. No sé dónde he contado ya la anécdota de Roberto y el Cristo. Sobre el abandono a la virtud curativa de la naturaleza, mi poema "El niño en el voladero".

9. *El cocinero de mi niñez.* Escrito en Madrid (III-1915), con ulteriores retoques.

14. *El Napoleón de los niños.* Escrito en Madrid (1915). Sobre la leopoldina de oro con la cabeza de Napoleón, que más tarde y durante mis pobrezas de Madrid solía ir a la casa de empeño para sacarme de apuros, ver la "Historia documental de mis libros", capítulo IV, *Revista de la Universidad de México* (V-1955).

14-*bis. La mascarilla de Napoleón.* Publicado antes en la serie de artículos llamada "Las burlas veras" (*Vida Universitaria,* Monterrey, 5-IV-1959, y en varios periódicos y revistas de Centro y Sudamérica).

15. *El equilibrio efímero.* Data de París (VI-1925). Prestó dos o tres frases al ensayo "Pasado inmediato", en el libro del mismo nombre, párrafo titulado "Pax".

16. *Aire y tierra en las montañas del norte.* Referencia a "Servidores" en este mismo libro.

17. *El pequeño vigía y su alma.* Referencia a "Servidores". Mi casi-soneto "Tardes así..." trae el recuerdo de cabalgatas por la montaña, experiencias ya posteriores. Sobre el Grano de Oro, mi poema "Los caballos". Sobre el cabo Mata, "Conciliación de extremos" (*Las burlas veras,* primera serie). Sobre Ceferino como narrador, "Lo oral y lo escrito", en *Al yunque.*

19. *Donde Indalecio aparece y desaparece,* escrito en la antigua región de Quebra-Frascos, Pensión Pinheiros (Teresópolis, Brasil, 1932), y siempre concebido como parte de estas memorias, se publicó anteriormente en varios periódicos y se reprodujo sucesivamente en los libros *Verdad y mentira* (libro que desaparecerá de mis *Obras completas* por estar fraguado con capítulos entresacados de

otros libros) y en *Quince presencias*. Ver también mi poema "Infancia".

20. *El salto mortal* fue escrito en Madrid (III-1915).

24. *Entre la leyenda y la historia* en modo alguno pretende apegarse a la realidad. Es una pintura imaginaria. Además, se inspira en un Monterrey de otros tiempos, tan lejano ya del actual. Ver mis poemas "Romance de Monterrey" y "Fantasía del viaje", y mis páginas sobre "Los regiomontanos" *(De viva voz)*.

Para otros episodios y aspectos de mi infancia, ruego a mis amigos esperen la segunda parte de la *Crónica de Monterrey*, el volumen próximo.



# IX

## PÁGINAS ADICIONALES

# TOGA PRETEXTA

*(fragmentos)*

[c. 1954]

RELOJ despertador [del] comedor: nunca andaba. Cuando yo volvía de vacaciones, me saludaba con el timbre despertador y luego seguía andando durante mi estancia.

EN MI tierra, donde los incendios eran tan frecuentes, acaso por la oxigenación excesiva del aire o por la influencia de la vecina civilización yanqui —que no se concibe sin bomberos— vi quemarse una noche un teatro.

Las autoridades, los vecinos, todo el mundo acudió al salvamento. Las llamas alcanzaban ya las líneas eléctricas, y era de temer que hubiera nuevas complicaciones y desastres.

Un electricista trepó rápidamente por un poste y se puso a cortar alambres.

De pronto, desde abajo, lo vimos sacudirse de un modo extraño, como si hubiera saltado siete veces en la punta del poste, y luego se derrumbó —pájaro cazado de un tiro.

Nos acercamos: estaba deshecho y espantoso. El médico de turno hizo como que lo examinaba, y después, dirigiéndose al alcalde exclamó:

—¿Para qué perder tiempo? Hay que acabar cuanto antes: ha muerto.

Pero entonces, de aquel horrible despojo salió una voz, sin lamento; una voz fría, reglamentaria, disciplinada:

—No, señor, todavía no; pero ya me voy a morir.

Como si dijera: "Perdonen ustedes. Me he retardado un poco. Pero ya no tardaré mucho. Mil perdones."

Como si dijera: "No, yo no estaba muerto. Pero ahora ya me han declarado muerto oficialmente. Ya no me queda más que morir."

Para alivio de su familia, hicieron los electricistas esa corrida de toros, toda ella eléctrica, que yo conté a Gómez de la Serna y él cuenta en su libro sobre Pombo.

# PORFIRIO PARRA

Yo TUVE un sonado éxito de oratoria puramente ornamental y epidíctica, cuando, por agosto de 1907, celebró el primer año de su fundación la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria, sociedad que había creado yo mismo y que juntaba en su seno a varios jóvenes después famosos en la cultura o en la vida política del país. Grupo muy reducido y selecto.

Contaba yo entonces dieciocho años, y salí del salón de actos, como los toreros, en hombros del público de muchachos que me aclamaba.

Mi discurso había sido un canto a la vida y a las vacaciones del estudio, de la poesía y del arte. Sin duda dejé traslucir en mis palabras algo y aun mucho de mi temperamento. Al día siguiente, mi maestro de lógica, don Porfirio Parra, que era el director de la escuela, me llamó a solas. Con paternal delicadeza, aquel viejo, que tampoco había vivido exento de tentaciones, me felicitó, me pidió alguna noticia bibliográfica sobre la *Poesía y realidad* de Goethe —por mí vagamente citada bajo el título general de "Memorias"— y comenzó a decirme:

—Las palabras que dirigió a usted anoche, después de su alocución, el señor ministro de Instrucción Pública, don Justo Sierra, fueron la expresión del sentir común. Quedamos prendados de su discurso y todos lo hemos aplaudido de corazón. Pero algo me inquieta en usted. No sé si la música de sus párrafos, el ademán o la entonación nos hicieron recordar a algunos el caso de Jesús Urueta, talento muy salpicado de locura. Don Justo y yo hemos resuelto que, valiéndome de la relativa autoridad del maestro y usando el derecho que me da el cariño hacia usted, le dé a tiempo un consejo. Alfonso: cuídese de las sirenas, de las sirenas que usted evocaba anoche en frases brillantes. Ponga rienda a su natural andar. Hay en usted un noble entusiasmo, casi

frutal, para la vida. Que no lo cieguen sus arrebatos. Domestique a tiempo su fuego, úselo y aprovéchelo, pero no permita que lo consuma.

Yo navegaba mis primeras pasiones, las más intensas y definitivas de todo mi existir. Sentí el picorcillo de las lágrimas. Me eché en los brazos de mi maestro y me alejé precipitadamente sin poder contestarle nada. No quiero perder esta memoria. Han pasado cuarenta y siete años antes de que me atreva a contarlo.

## SOLEDAD

PERO, aunque en los bancos de las escuelas encontré algunos amigos queridos, de quienes nunca me han alejado los años ni la ausencia, la verdad es que mi auténtica vida infantil recorría una órbita aparte. Estaba más bien en mis lecturas, en mis reflexiones solitarias, en mis paseos por la huerta de casa, por el campo. Lo demás se me resbalaba por la epidermis.

Cuando recuerdo mis años infantiles, casi siempre me veo solo. Aunque rodeado de hermanos y de amigos, a todas partes iba encerrado en mi propia jaula invisible.

Y lo mejor que puedo agradecer a mis compañeros de aquellos años es el haberme concedido el trato fraternal, espontáneo, sin hacerme sentir nunca que la situación de mi padre y de mi familia establecía la menor diferencia entre nosotros ni creaba el menor obstáculo para nuestra frecuentación entre iguales. No siempre fue así, por desgracia. El tiempo me daría otras lecciones. Al menos, este primer suelo de mis recuerdos era aséptico y sano.

Por eso me costó tanto adaptarme a la vida en México cuando, poco después, mi padre, designado para la cartera de Guerra y Marina, nos llevó consigo, y yo me vi de pronto metido en un ambiente lleno de reservas y artificialidades a que no estaba acostumbrado.

# TEORÍA DEL SABLE

Sólo los viejos podrán comprender —ellos que conocen lo que a cada uno corresponde en la historia de la caballería mexicana— el orgullo con que confieso haber heredado de mi padre este libro curioso:

*Teoría para el manejo del sable a caballo,* por el general de brigada del Ejército de la República Mejicana, ciudadano Mariano Arista.

El libro, escrito en 1831 e impreso por Juan Ojeda en 1840, lleva ocho láminas litográficas hechas en la casa de Rocha, y se vendía en la calle de las Escalerillas número 2. Está dedicado así:

"Al Excmo. Sr. D. Antonio Bustamante. General de División y Presidente de la República Mejicana, testimonio de profunda gratitud."

El nombre de Mariano Arista —asociado a sus penosos encuentros militares con el general Taylor; al abandono en que lo dejó el incalificable Paredes (ese inventor de la estrategia que consiste en apoderarse de las Presidencias de México al amparo del "peligro yanqui"); el nombre de Mariano Arista, asociado asimismo a la idea de los males que causa la división de los jefes ante el enemigo, pues fue ésta una de las razones de su derrota; asociado al recuerdo de sus campañas para la reducción y moralización del Ejército, cuando fue ministro de Herrera; y asociado más tarde al de su sensata y breve labor como presidente, y al inicuo cuartelazo de Santa Anna, que lo desterró e infamó sin piedad— contiene, ya de por sí, mucho de lo que yo he meditado sobre la historia patria. Y su tratadito era todo lo que yo sabía, en un tiempo, sobre el manejo de las armas, antes de que cayeran en mis manos los métodos del viejo Guardado y del menos viejo Larralde, y, sobre todo, antes de las enseñanzas prácticas de Timperi, David hijo, Escudero, Rendón, y mi mismo padre. Quien como esgrimía con la izquierda porque

tenía la derecha atravesada por una bala, me adiestró en ese combate con los zurdos, imprevisto y terrible.

Arista, el viejo soldado de la República, me aparece, como en las estampas, con aquella cara dura y noblota, que sale como con esfuerzo del alto cuello sobredorado, frunce el ceño, aprieta las mandíbulas, y deja ver sus fieras "polacas", tan a juego con las charreteras pomposas. Es el Presidente Desengañado. Legal en todo, llega al puesto por el camino real de las elecciones. Su predecesor, Herrera, le transmite pacíficamente el poder. Y su caída, al amago de la revuelta, da lugar a una tiranía ominosa. La nacionalización de la propiedad estancada fue —explica Alamán, que conspiró contra el probo Presidente— una de las causas de su caída. Como Arista era bueno, prefiere el destierro a las agitaciones sangrientas: este sentido impolítico de la "bondad", lamentable en un jefe de Estado, no resta nada a sus personales excelencias. Desde que Arista embarca en el *Avon*, la historia no vuelve a saber de él. Alguna vez contaré lo que conozco de su estancia en Europa. Muere en el destierro. Era, acaso, blando; en él se había operado la misma evolución que en la mente política de la patria. Comenzó por ser soldado realista y, a través del campo conservador, llegó al liberalismo más puro. La historia de sus días es, pues, una crisis, una depuración continua. No estaba tallado, como los verdaderos caudillos, en líneas rectas. Pero ya en la época de su elección, en el famoso banquete que le ofrecieron los políticos sin más deseo que el de sondearlo y prever su conducta, se declaró por el purismo republicano que había de inspirar fielmente su gobierno. Como aquellos eran tiempos de choques entre radicales de ambos extremos, y él tenía más bien un ánimo de crítico, apto para ver la parte de razón de unos y de otros, cuando salió de Veracruz no le quedaba ya un solo amigo.

Veinte años antes, ajeno a las amarguras que le esperaban, escribía sobre la esgrima del sable, y predicaba así sus sanas doctrinas:

> La fuerza del dragón consiste en la práctica de la esgrima a caballo. Ésta se compone de la equitación y del manejo del sable.

Si el dragón está bien instruido, se lanza con intrepidez al combate, y éste es el crítico momento en que, o saca ventaja de lo que sabe, o es víctima de lo que ignora.

La equitación y el manejo del sable, aunque con relación entre sí, exigen una enseñanza separada antes de combinarse.

Y después de describir pacientemente las guardias, ataques, defensas y ejercicios, consagra algunas consideraciones al combate de sable contra lanza y contra bayoneta:

La lanza —dice— es la reina de las armas y la más antigua. La superioridad de la lanza consiste en su doble alcance, y en el terror que infunde naturalmente, por ser mortal cualquiera de sus golpes: de este modo influye en la moral, y desconcierta al que no tiene seguridad de su sable... Es peligrosísimo dejarse tomar el lado izquierdo por un lancero... No es conveniente atacar a un lancero; es mejor esperar su golpe...

El soldado de caballería debe atacar al infante dándole impulso a su caballo y, al llegar, cuidar con la mayor atención de parar el primer golpe de bayoneta...

Finalmente, el general Arista describe las peculiaridades y el carácter de la carga de caballería:

Existe una diferencia notable entre la acción del choque de una tropa de infantería y la de una tropa de caballería: la primera se resfría muchas veces en su movimiento, por el instinto maquinal que hace vacilar al soldado al acercarse al peligro. La tropa de caballería, por el contrario, tiene una analogía más perfecta con los cuerpos físicos, y estando una vez determinada, los caballos se animan hasta tal punto por la aceleración y unión del movimiento, que arrastrando la voluntad del combatiente, lo llevan sobre el enemigo, sin que la fuerza motriz sufra tanto descaecimiento y alteración.

Esta página me recuerda la observación del general Du Barail: Dos masas de caballería —viene a decir— nunca se encuentran a la carga: una de ellas se deshace siempre antes de que el choque se produzca, "como si estallara bajo la irresistible potencia del aire comprimido".

Y sólo lamento que, en estas consideraciones mecánicas, no se tenga en cuenta la personalidad del caballo, bestia

"sensible a la ignominia del vencimiento y a la gloria del triunfo", como decía Virgilio en sus *Geórgicas.*

De paso, el general Arista —que, según puede verse en las láminas, se refería sobre todo a la espada recta— recomienda al dragón usar de la estocada más que del tajo. Esta regla de economía y experiencia rectifica la opinión de Jenofonte, quien aconsejaba al jinete, en lugar de la espada recta, un sable curvo: "Porque —dice en la *Anábasis*— un tajo desde arriba de la cabalgadura hace más que una estocada." Entiendo que el moderno arte de la guerra (si es que todavía se ocupa de espadas) tiene mucho que objetar contra el principio de Jenofonte. Tiéndese hoy, por el contrario, a la espada recta, porque se hace menor esfuerzo para herir de punta que de tajo, y más si se está sobre el caballo, donde el esfuerzo se dobla con un problema de equilibrio. Además, la herida de profundidad es de resultados más rápidos que la herida de extensión. Y el movimiento de corte, útil para la defensa, lo es mucho menos para el ataque. Lo cual no quita que la aparatosa operación del tajo ejerza cierto influjo moral superior acaso al de la estocada.

Este libro del general Arista es un tesoro de evocaciones para mí que, muy en el fondo sin ninguna condición para ello, me siento tan soldado de caballería, tal vez por oscuras fuerzas hereditarias.

> La Caballería —escribía mi padre—, el arma plástica que toma todos los contornos con que adelantan las tropas enemigas; el arma audaz que va, de cerca y por los vacíos del adversario, a atisbar sus fuerzas para darse cuenta de sus efectivos y situaciones; el arma atrevida que corre a tentar el corazón del contrario, para saber si avanza medroso o con bravura...

El arma romántica, ya se sabe, la de los poetas a caballo; la última supervivencia de la ingenua Historia Natural (toda la filosofía heroica y graciosa de Buffon, toda la imaginería en estilo *pompier,* a lo Meissonier), que hoy van expulsando de la Guerra los nuevos engendros de la Matemática y de la Química, la Retórica Cubista del Acero y la Estética Suprarrealista de la Dinamita, los Gases Asfixiantes, los Cohetes, la Bomba Atómica.

# ÍNDICE DE NOMBRES


Abelardo, San, 361, 583
Abreu Gómez, Ermilo, 324
Abril, Manuel, 224
Acebal, 51, 170, 190
Acevedo, Jesús T., 50, 52, 153, 158, 169, 171, 172, 178, 195, 200, 258, 276, 278, 334, 523
Adam, Paul, 347
Agüeros, Victoriano, 160
Aguilar, Cándido, 269
Aguirre, Gabriel, 411
Agustín, San, 349, 357
Alamán, Lucas, 385, 387, 598
Alarcón, Juan Ruiz de, 15, 50, 51, 166, 170, 176, 194, 199, 228, 229, 230, 234, 235, 249, 258, 309, 324-325, 327, 338
Alatorre, Ignacio R., 430, 431
Alba, Santiago, 340, 343
Alberdi, Juan Bautista, 285
Albert (comerciante), 187
Albinita, 559
Alducin, Rafael, 294
Alemán, Mateo, 566
Alemán, Miguel, 134
Alessio Robles, José, 294
Alessio Robles, Miguel, 292, 293, 294, 295
Alessio Robles, Vito, 173, 468, 472*n.*
Alfaro, Gabriel, 253
Alfonso el Sabio, 434
Alfonso I el Católico, 502
Alfonso XIII, 20, 340, 502, 503, 504, 587
Alhucemas, Marqués de, 307
Almaraz (profesor), 67
Alomar, Gabriel, 284, 286
*Alone* (Hernán Díaz Arrieta), 287
Alonso, Amado, 126, 218
Alonso, Dámaso, 165, 181, 197, 211, 246, 261
Altamira, Rafael, 189, 192
Alvarado, Felipe, 551
Álvarez, 195
Álvarez, Alejandro, 217
Álvarez, Juan, 387
Álvarez del Castillo (familia), 380
Álvarez Mendizábal, Juan, 575
Ambrosio, 550
Américo Lera, Carlos, 46
Amor, Pita, 195
Amundsen, Ronald, 143
Anacleto, San, 361, 583
Andersen, Hans Christian, 281
André, Marius, 261
*Andrenio* (Eduardo Gómez de Baquero), 301, 304
Andrews, Santiago, 547
*Ángel Sol* (*ver* Valle, Rafael Heliodoro)
Angulo, Joaquín, 384
Angulo y Pulgar, Martín de, 197
Annunzio, Gabriel d', 348
Antomarchi, Francesco, 540, 541, 542
Antonio, San, 171
Aquiles, Tacio, 281
Araquistáin, Luis, 324
Arciniegas, Germán, 11
Arcipreste de Hita (Juan Ruiz), 194, 209, 211, 214, 311
Arco y Garay, Ricardo de, 246
Aretino, Pietro, 82
Arévalo Martínez, Rafael, 227, 238, 251

Argensola, Lupercio Leonardo de, 376
Aribau, Buenaventura, Carlos, 83
Arista, Mariano, 597, 600
Arístides, 432-433
Armas, José de, 166, 250, 264
Arnaldo de Brescia, 361, 583
Arredondo, Eliseo, 189, 252, 269, 270, 271, 272, 274, 291, 292
Arroyo, Gabriel, 183
Artigas, Miguel, 291
Arzate (cacique), 474
*As* (*ver* Reyes, Alfonso)
Ashford, Daisy, 335
Aspe, José R., 47
Asuero (médico), 70
Atila, 39
Aub, Max, 328, 336
Ausonio, 354
Ávila Camacho, Manuel, 119, 127, 133, 477
Aviraneta, Eugenio de, 383
Ayala, Carlos Félix, 494, 495
Ayala, Francisco, 179, 328
Azaña, Manuel, 241, 244, 256, 299, 309, 328, 329, 332
Aznar, Manuel, 193, 333
Azorín (José Martínez Ruiz), 167, 168, 174, 180, 182, 203, 204, 207, 208, 211, 219, 230, 232, 236, 248, 250, 254, 290, 302, 304, 317, 324, 328, 332

Bacarisse, Mauricio, 328
Badía y Malagrida, Carlos, 336
Bagaría, Luis, 220, 306
Banville, Théodore de, 573
Barahona de Soto, Luis, 219
Baranda, Joaquín, 450
Barboza, Sócrates, 131
Barcia, Augusto, 311
Bargas, Corpus, 180, 182, 322, 328
Barnés, Domingo, 192, 328
Baroja, Pío, 142, 192, 383
Barra, Francisco León de la, 161, 488
Barradas, Isidro, 383
Barreda, Gabino, 157, 256
Barreda, Octavio, 185
Barrera, Carlos, 163
Barrera, Juan J., 494
Barrie, James M., 335
Barrón, Eustaquio, 434
Bastos Ansart, 328
Bataillon, Marcel, 220, 303
Baudelaire, Charles, 153
Bavia, Luis de, 203
Bayle, Pierre, 142
Baz, Gustavo, 127
Bazaine, Aquiles, 435
Beckett, Samuel, 242
Bécquer, Gustavo Adolfo, 41
Belda, Joaquín, 332
Beloff, Angelina, 164, 172, 176
Bell, Ricardo, 21, 569, 570
Bell de Aguilar, Sylvia, 21
Bello, Andrés, 243, 275
Benavente, Conde de, 371, 584
Benavente, Jacinto, 176
Benda, Julien, 38
Benedict, Ruth F., 302
Benítez, Fernando, 14, 133*n.*
Benítez, Francisco, 99
Benítez, José, 99
Bérard, Víctor, 281
Berenguer, Dámaso, 340
Berenguer, Ramón, 535, 536
Bergamín, José, 181, 343
Bergson, Henri, 255, 256
Bernal, Heraclio, 459, 460
Bernardo, San, 361, 583
Bernini, Gian Lorenzo, 349
Bilbao, Luis G., 193
Blanco Fombona, Rufino, 200*n.*, 201*n.*, 212, 217, 283, 285
Blanchard, Marie (*ver* Gutiérrez Blanchard, María)
Blasco Ibáñez, Vicente, 346
Boissier, Gaston, 281
Bolívar, Simón, 20, 212
Bolton, H. E., 107, 110

Bonales Sandoval (abogado), 37
Bonaparte, Letizia, 541
Bonilla de San Martín, Adolfo, 205, 219
Borges, Jorge Luis, 8*n.*, 11, 243
Botello, Salomé, 341
Bourland, C. B., 229
Boutroux, Émile, 43, 159
Bowra, C. M., 126
Braudel, Fernand, 289
Bravo, Nicolás, 383
Bravo Ugarte, J., 424*n.*
Breughel, Pieter, 184, 185
Brull, Mariano, 242
Buceta, Erasmo, 110, 111
Buffon, G. L., 600
Bulnes, Francisco, 299
Burgos, Carmen de, 211, 227
Bustamante, Antonio, 597

Caballero, Manuel, 320
Cabrera, Luis, 66, 162
Cabrera, Manuel, 396*n.*
Cabrera, Rafael, 347, 348
Cajeme (cacique), 470
Calandre (médico), 71
Calderón, Rodrigo, 238
Calderón de la Barca, Pedro, 16, 198, 246, 338
Calleja, Rafael, 174, 193, 209, 210, 211, 231, 235, 253, 272
Calleja hijo, Saturnino, 230
Calles, Plutarco Elías, 341, 342, 344, 347
Camarena, Lorenzo, 379
Camarillo, Leopoldo, 201
Camp, Jean, 291
Cansinos Assens, Rafael, 224
*Cantinflas* (Mario Moreno), 569
Cantú, César, 32, 402
Cantú, Jesús, 550
Caravia Hevia, 298
Carbó, José Guillermo, 421, 460, 462-464, 469
Carcassone, Adrienne, 170
Cárdenas (sargento), 551
Cárdenas, Miguel, 534, 535
Carlos I, 140
Carlos V, 364
Carlos IX, 580
Carmen (niñera), 528-529
*Caro Chico* (torero), 523
Carpio, Manuel, 161
Carrancá Trujillo, Raúl, 298
Carranza (picador), 523
Carranza, Emilio, 477, 534
Carranza, Jesús, 477, 534
Carranza, Venustiano, 166, 270, 272, 477, 534
Carreño, Alberto María, 303
Casasús, Joaquín D., 572
Caso, Antonio, 46, 155, 157, 158, 163, 256, 257, 334
Cassou, Jean, 185, 278, 287, 288, 289, 314, 326, 332, 343
Castañeda (familia), 380
Castro, Américo, 192, 204, 207, 208, 210, 220, 228, 247, 346
Castro Leal, Antonio, 175, 178-179, 229, 235, 300, 311, 315, 316
Cavalcanti, José, 540
Ceballos, José, 438
Ceballos, Juan Bautista, 387
Ceferino (guardián), 549
Cejador y Frauca, Julio, 210, 219
Cervantes, Miguel de, 246, 303
Cestero, Manuel F., 274, 284
*Cid* (Rodrigo Díaz de Vivar), 37, 194, 247, 248, 409, 417, 505
Cincinato, Lucio Quinto, 456
Cirot, G., 245
Cisneros, Francisco Jiménez de, 263, 306
Claramonte, Andrés de, 246
Clemenceau, Georges, 110, 482*n.*
Cobo Borda, J. G., 11
Cocteau, Jean, 325, 335
Codera y Zaudín, Francisco, 175, 262
Coester, Alfred, 12, 108

Colín, Eduardo, 50, 169, 334
Cólogan, Bernardo de, 291
Coloma, Luis, 524
Colón, Cristóbal, 215
Colorado (cacique), 474
Coll, Pedro Emilio, 412
Comonfort, Ignacio, 387, 390
Conde, Carmen, 328
*Conquistador Anónimo,* 180
Conrad, Joseph, 287
Consuelo, 85
Contreras, F., 321
Contreras, Francisco, 182
Contreras, Jesús, 47
Conway, Hugo, 561
Cordier, Carlos, 150
Corneille, Pierre, 166
Corona, José, 428, 585
Corona, Ramón, 408, 428, 429, 438, 456, 457, 485, 585, 587
Corral, Ramón, 467, 476
Cortés, Hernán, 358, 364, 547
Cortina, Conde de la (*ver* Gómez de la Cortina, José)
Cosío, David Alberto, 341
Cosío Villegas, Daniel, 96
Cossentini (sociólogo), 295
Cossío, Manuel B., 192
Costa, Joaquín, 52, 176, 379
Costa, Tomás, 51, 176
Coster, A., 197, 233, 235
Cotarelo, Emilio, 219
Cotera, Jorge, 547, 548
Cotton, John, 393
*Coyote, el* (*ver* Berenguer, Ramón)
Cravioto, Alfonso, 153, 157, 158
Crémieux, Benjamin, 184
Croce, Benedetto, 207, 303
Cruz, Mauricio, 505
Cruz, Sor Juana Inés de la, 312
Cruz Ayala, 448
*Cuatro Dedos* (Diego Prieto), 523
Cuauhtémoc, 149, 358, 446, 545
Cuervo, Rufino José, 346
Cumplido, Juan Nepomuceno, 384

Chacón (manuscrito), 164
Chacón y Calvo, José María, 195, 198, 202, 203, 205, 206, 220, 236, 251, 262, 282, 311, 332
Chago (tío), 550
Cháirez, Tiburcio, 452, 508
Chamberlain, Basil, 302
Chapa (familia), 495
Chateaubriand, F. R., 212, 230, 238
Chávez, Ezequiel A., 162
Chávez, Ignacio, 127, 128, 130, 131, 132, 136
Chejof, Antón, 195
Chesterton, Gilbert K., 174, 195, 209, 217, 239, 253, 263, 265, 280, 281, 299, 300, 312, 313
Chocano, José Santos, 11, 48
Christo Fulho, Homem, 348
Chumacero, Alí, 12

Daniel, 349
Daniels, Josephus, 97
Dantín Cereceda, Juan, 217
Darío, Rubén, 26, 96, 181, 215, 264, 308, 309, 312, 317, 318, 350, 370, 402, 414, 528, 583-584
Dávila, Gregorio, 385
Dávila, Jenaro, 519
Dávila, Rafael, 201*n.*, 519
Degollado, Santos, 20, 387
De la Huerta, Adolfo, 292
Delgado, María Teresa, 372*n.*
Delteil, 249
Descartes, René, 120, 142, 144
Desmolets, P. N., 122*n.*
Días, Cicero, 89
Díaz, Ángel, 450, 549, 562
Díaz, Félix, 37, 47, 431
Díaz, Porfirio, 20, 34, 96, 161, 203, 291, 295, 380, 401, 428, 431, 432, 434, 439, 457, 458,

459, 460, 485, 486, 487, 488, 499, 545, 548, 583
Díaz del Castillo, Bernal, 180
Díaz Rayón, Manuel, 258
Dickens, Charles, 263, 511
Diego, Gerardo, 181, 328
Díez-Canedo, Enrique, 14, 16, 51, 125, 180, 181, 192, 198, 204, 229, 243, 245, 249, 251, 263, 265, 266, 267, 308, 315, 320, 327, 328, 330, 332
Díez Gutiérrez, Carlos, 477
Díez Gutiérrez, Pedro, 477
Doblado, Manuel, 390
Doheney, Edward L., 112
Domenchina, Juan José, 185
Donoso, Armando, 296
Dorado Montero, 328
Dos Passos, John, 231
Draper, Ruth, 244, 330
Du Barail (general), 599
Ducamin, J., 210

Eckermann, J. P., 557
Echegaray y Aragón (cónsul), 269
Elcano, Juan Sebastián de, 306
Emilia (institutriz), 519
Escalona (cónsul), 111
Esckavissat (médico), 130
Escobar, Pedro, 551
Escobedo, Mariano, 411, 421
Escofet, José, 220
Escudero, Antonio, 337, 597
Espina, Antonio, 181, 286, 328, 343
Espinosa (familia), 494
Espinosa (profesor), 110
Espinosa, María, 509
Espinosa Zambrano, Alfredo, 494
Espronceda, José de, 30, 32, 36, 325, 380
Esquilo, 297
Esquivel Medina, H., 298
Estalella, R., 251
Esteva (cónsul), 48
Esteva, José María, 277
Estrada, Genaro, 14, 149, 175*n.*, 235, 260, 293, 294, 322, 331, 334, 339, 342, 587
Etcheagaray, Salvador, 47

Facha, José María, 152
Fargue, Léon-Paul, 415
Farinelli, Arturo, 43, 159, 283
Farrère, Claude, 404
Faure, Élie, 328
Feijoo, Benito Jerónimo, 266
Felipe IV, 199
Fénelon, François, 281
Fernández, Justino, 151
Fernández Almagro, Melchor, 332
Fernández de Lizardi, José Joaquín, 266
Fernández Ledesma, Enrique, 334
Fernández Suñol, Joaquín, 298
Fernando VII, 262, 369, 582, 583
Ferrand, Diógenes, 310
Flores, Blas M., 471, 472, 474
Flores Magón, Ricardo, 495
Focílides, 371
Fontaine, N., 122*n.*
Forberg, F. C., 82
Forner, Juan Pablo, 266
*Fósforo* (*ver* Guzmán, Martín Luis, y Reyes, Alfonso)
Foujita, 164
Foulché-Delbosc, Raymond, 15, 164, 165, 174, 180, 197, 203, 205, 206, 209, 229, 233, 234, 246, 248, 323
Francisco José, 188
Francisco I, 526
Franco, Herminio, 87
Francós Rodríguez, José, 311
*Fratellini* (payasos), 569
Freud, Sigmund, 12, 400
Frías, José D., 174
Fournier, Raoul, 127
France, Anatole, 171, 342

Francés, José, 51, 176, 309
Fitcher, W. L., 324
Fitzmaurice-Kelly, J., 205
Frías, José D., 174
Fuentes, Frumencio, 535
Fueter (historiador), 180

Gabriel y Galán, José María, 271
Galán, Manuel, 298
Galindo, Ignacio, 493, 494, 506
Galindo, Librada, 493
Galván, Fernando, 47
Gallardo, Aurelio Luis, 414, 415, 416
*Gallo, el* (*ver* Gómez, José)
Gamboa, Federico, 239, 258
Gamboa, José, 172
Gamoneda, Ramón, 158
Gaona, Rodolfo, 167
García, Antonio, 342
García, Ceferino, 20, 556, 559, 560, 561, 564, 588
García, Fructuoso, 472
García, Genaro, 47
García, Guillermo, 561
García, Melitón, 559
García, Norberto, 434
García Blanco, Manuel, 271, 324
García Calderón, Francisco, 155, 158, 163, 174, 176, 179, 223, 348, 506
García Calderón, Rosa Amalia, 163
García Calderón, Ventura, 51, 163, 174, 176, 179, 243, 260, 283, 288, 317-320, 506
García Cantú, Gastón, 9
García Chávarri, Mario, 497
García Chávarri, Mercedes, 497
García Chávarri, Ramón, 496, 497, 573
García de la Cadena, T., 411, 412, 483
García Godoy, Federico, 159, 262, 287
García Granados (coronel), 411
García Kehly, Mario, 308, 310
García Lorca, Federico, 181
García Maroto, Gabriel, 180
García Monge, Joaquín, 178, 179, 238, 251, 285
García Morente, Manuel, 247, 313
García Pimentel, Joaquín, 383
García Sanchiz, Federico, 183
García Terrés, Jaime, 14
Garcilaso de la Vega, 238, 375
Garza, Francisco, 341
Garza, Pablo de la, 494
Garza Ayala, Lázaro, 487
Garza Galán (general), 474, 534, 535
Garza San Miguel, 341
Garza y Melo, José de la, 432
Gascón, Elvira, 14
Gazcón, Isidro, 389
Germán (chofer), 12, 95, 98, 99, 101, 103, 106
Gibbes, 155, 156
Gide, André, 163, 323
Gil Delgado, José, 336
Giménez Caballero, Ernesto, 328
Giménez Pastor, A., 229
Giner de los Ríos, Francisco, 189, 192
Godoy (ministro cubano), 48
Godoy, Armand, 166
Godoy Alcántara, José, 234
Goethe, J. W., 40, 58, 134, 158, 177, 226, 302, 357, 557, 594
Goldsmith, Oliver, 241
Goltz, Colmar von der, 51
Goll, Ivan, 242
Gómez, José (*el Gallo, Joselito*), 79, 523
Gómez Carrillo, Enrique, 318
Gómez de Baquero, Eduardo *(Andrenio)*, 182, 328, 332
Gómez de la Cortina, José, 31
Gómez de la Serna, Ramón, 180, 237, 288, 328, 332, 343, 516, 576, 593

Gómez Farías, Valentín, 383
Gómez Ocerin, Justo, 170, 206, 209, 348, 349, 351
Gómez Robelo, Ricardo, 153, 338
Goncourt, Edmond y Jules, 416
Góngora, Luis de, 13, 15, 127, 130, 131, 158, 164, 165, 181, 194, 198, 203, 205, 206, 209, 233, 234, 246, 261, 291, 304, 320, 468
González (médico), 62
González, Ángela, 276
González, Cecilia, 434
González, Fernando, 328
González, Isabel, 448, 485
González, Joaquín V., 266
González, José Eleuterio *(Gonzalitos)*, 222, 496
González, Magdalena, 276
González, Manuel, 423, 459, 460, 462, 463, 465, 469, 476, 477, 478, 486
González, Pablo, 273
González Arévalo (general), 384
González Blanco, Andrés, 343
González Blanco, Pedro, 192, 216
González Casanova, Henrique, 227
González de Castañeda, Gaspar, 380
González de Mendoza, José María, 322
González Guerrero, Francisco, 262
González Hontoria, José, 293, 344
González Martínez, Enrique, 10, 12, 45, 90, 127, 225, 333, 342, 343
González Obregón, Luis, 209, 270
González Ortega, Jesús, 396, 411
González Peña, Carlos, 174, 286, 301, 304, 320
González Prada, Manuel, 266
González Ruiz, Nicolás, 245
González Treviño, Jesús, 494
González Treviño, Lorenzo, 505
González Zambrano, Alberto, 494
*Gonzalitos* (*ver* González, José Eleuterio)
Gourmont, Remy de, 317, 318, 319
Goyhene, Alfonso, 378
Gracián, Baltasar, 15, 182, 194, 197, 198, 207, 233, 235, 236, 318, 343, 347
Gracián Dantisco, Lucas, 281
Granada, Fray Luis de, 319
Greco, el (Domenico Theotocopuli), 51, 170, 181, 192
*Grock* (payaso), 569
Groussac, Paul, 266
Guardado, Ignacio, 30, 426, 597
Guérandel, Jeanne, 184
Guerra, Donato, 430, 432, 456, 458, 459, 485
*Guerra, José* (*ver* Mier, Fray Servando Teresa de)
Guerra, Juan E., 431*n.*
Guerrero (familia), 563
Guerrero, Agustín, 341, 521
Guerrero, Benigno, 521, 522, 523
Guerrero hijo, Benigno, 521
Guerrero, Guadalupe, 521, 523
Guerrero, Juan, 334
Guerrero, Margarita de, 521, 522, 528
Guerrero, Moisés, 521, 523
Guevara, Antonio de, 209, 281
Guillén, Jorge, 181, 218, 242
Guillén, Palma, 294, 346
Guillermo (guardia rural), 561
Güiraldes, Ricardo, 335
Gutiérrez, Felipe, 494
Gutiérrez, Lázaro, 494
Gutiérrez Blanchard, María, 176

Gutiérrez Nájera, Manuel, 157, 320, 581
Gutiérrez Solana, José, 328
Guzmán, Martín Luis, 162, 172, 190, 193, 195, 198, 200, 215, 223, 224, 225, 282*n.*

Hanoteaux, Gabriel, 171
Haro, Antonio, 385
Harrison, Charles Yale, 128, 129
Hazard, Paul, 220
Hearn, Lafcadio, 302
Heine, Heinrich, 39, 281, 538
Heliodoro, 145
Henestrosa, Andrés, 298, 587
Henríquez Ureña, Max, 48, 214
Henríquez Ureña, Pedro, 45, 149, 154, 155, 156, 158, 162, 174, 180, 214, 220, 225, 226, 229, 230, 238, 245, 251, 255, 258, 269, 271, 274, 277, 285, 330, 378
Henríquez y Carvajal, Francisco, 214
Heráclito, 319
Herculano, Alejandro, 87
Herder, J. G., 285
Heredia, José María, 31, 166
Hernández, Juan, 419, 420
Hernández, Tranquilino, 448, 485
Hernández Catá, Alfonso, 199, 325
Herrera, José Joaquín de, 597, 598
Herrera Salcedo, Alfonso, 245, 330, 342, 343-344, 504
Herrera y Ogazón, Alba, 376
Hidalgo, Miguel, 149, 363, 545
Hiffmann, E. T. W., 283
Híjar y Haro, Juan B., 435*n.*
Hill (antologista), 198
Hinojosa, Cosme, 272
Hipócrates, 365
Homero, 247, 281
Horacio, 252
Horta, Manuel, 320, 334
Hostos, Eugenio M. de, 256
Hovelaque, E., 302
Hoyos, Rodolfo, 574
Huerta, Victoriano, 45, 66, 166, 169
Hugo, Victor, 11, 166, 243, 248, 452, 482, 557
Huidobro, Vicente, 249
Huyandi, Juan Corvino, 439

Ibáñez, 523
Ibáñez Marín, José, 340
Ibarbourou, Juana de, 267, 375
Ibarra, Matías, 371
Ibarra, Néstor, 242
Icaza, Francisco A. de, 15, 167, 173, 188, 192, 193, 201, 204, 230, 254, 270, 272, 294, 325, 332
Icaza, Xavier, 226, 227, 260
Iglesias, José María, 458
Indalecio, 20, 572
Ingenieros, José, 251
Inocencio II, 350, 361, 583
Insúa, Alberto, 349
Iriarte, Tomás de, 215
Iris, Esperanza, 574
Isaacs, Jorge, 298, 299, 553
Isla, José Francisco de, 266
Iturbide, Agustín de, 296
Izábal, Rafael, 467, 476
Izquierdo, José María, 260

Jacy, 11, 87, 88
Jahl, Wladyslaw, 191
Jaloux, Edmond, 288
James, Henry, 167, 277
Jammes, Francis, 18, 370
Jaramillo, Paula, 20, 515
Jarnés, Benjamín, 328
Jáuregui (coronel), 421, 427, 484
Jean-Aubry, G., 287, 348
Jenofonte, 600
Jepson, W. L., 112
Jerónimo (cacique), 470

Jerónimo, Dionisio, 437
Jerónimo, San, 142, 145
Jiménez, Guillermo, 243, 245
Jiménez, Juan Ramón, 51, 170, 174, 178, 180, 192, 209, 300, 315, 317
Jiménez-Fraud, Alberto, 200*n*., 204, 265-266
Johnson (médico), 495
Jolas, Eugène, 242
Jones, C. A., 327
Josefa, 365
*Joselito* (*ver* Gómez, José)
Jouhandeau, Marcel, 328
Jovellanos, Melchor Gaspar de, 266
Joyce, James, 242
Ju (cacique), 470
Juana de Arco, 249
Juanes, Gerardo, 82
Juárez, Benito, 109, 149, 256, 390, 392, 394, 407, 411, 420, 430, 432, 434, 436, 482, 483, 484
Junco, Alfonso, 263
Justa, 170

Kaltofen, R., 175, 314
*Karez-I-Roshan* (*ver* Castro Leal, Antonio)
Keyserling, Hermann, 143
Khalil, Gibran, 316
Khayam, Omar, 316
Kipling, Rudyard, 319

Laforgue, Jules, 278, 279
Lamy, Étienne, 255
Lancaster-Jones, Alfonso, 428, 429
Lancaster-Jones, Ricardo, 25, 364, 379
Landa (general), 391, 392
Landau, 172
Landor, Walter S., 278
Laralde, Estela, 47
Laralde, Rómulo, 47
Larbaud, Valery, 142, 184, 185, 348
Larra, Mariano José de, 151, 309
Larralde (general), 597
Larralde, Diana, 342
Larrañaga (general), 411
Leal (familia), 495
Leal (médico), 62
Le Corbusier (Edouard Jeanneret-Gris), 87
Lecoy, Félix, 214
Leech (médico), 58
Lefranc (actor), 302
Lema, Marqués de, 292, 293
León, Fray Luis de, 312, 371
León, Luis, 339
Léon, Paul L., 242
León de la Barra, Francisco, 42, 79, 348
Leopoldo, rey, 202
Lera, Felipe, 46
Lerdo de Tejada, Sebastián, 430, 433, 434, 436, 456, 457, 458, 485
Lesca, Charles, 166
Leyva, José María, 470
Liceaga, Eduardo, 497
Lida de Malkiel, María Rosa, 214
Liguori, Alfonso María, 503
Limantour, José Ives, 450
Limantour, Julio, 47
Lincoln, Abraham, 149
Lindbergh, Charles, 107
Lipchitz, Jacques, 172, 176
Livas, Enrique, 99, 132
Lizaso, Félix, 282
Loera y Chávez, Agustín, 173-174, 295
Loera y Chávez, Rafael, 179
Lola, 559
Loomis, A. L., 112
Lope de Vega, 15, 194, 204, 206, 245, 246, 265, 290, 296, 302, 304, 308
Lopes Vieira, Alfonso, 249

López, Jacinto, 496
López Portillo (familia), 337
López Portillo y Rojas, José de Jesús, 160, 385, 386, 407, 431*n.*, 438*n.*
López Uraga, José, 395
López Velarde, Ramón, 286
Lorenzo, Félix, 193
Louverture, Toussaint, 436
Lowe, Howard, 541
Lowell, Percival, 302
Loyola, Ignacio de, 197
Lozada, José María, 434
Lozada, Manuel, 18, 371, 417, 431, 434-439, 446, 457, 485, 562
Lozano, Carlos, 46
Lozano hijo, Carlos, 47, 237
Lozano, Ernesto, 575
Lozano, Rómulo, 46
Luciano de Samosata, 79, 278
Lugones, Leopoldo, 375
Luis (cocinero), 20, 512, 526, 527
Luis XIII, 303
Luis, Washington, 84
Lumholtz, Carl, 377
Luna (profesor), 107, 110
Lupiaz (archivero), 206
Lutero, Martín, 263, 306

*Llaverito* (Eduardo Leal Casado), 523

Macedonia Espinosa, Aurelio, 108
Macías, Fernanda, 521
Machado, Antonio, 142, 180, 231
Machado, Manuel, 59
Machorro (coronel), 488
Madero (familia), 405
Madero, Francisco I., 161, 162, 467, 488
Madero, Prudenciano, 505
Madinaveitia (químico), 220
Madrigal, 377, 555, 560
Maeztu, Ramiro de, 188
Magaña Esquivel, Antonio, 331
Maggi, Irma, 543
Magro, Pedro, 211
Maiz, Agustín, 547
Mallarmé, Madame, 241, 265
Mallarmé, Stéphan, 16, 126, 158, 241, 242, 265, 326, 327
Manrique, Jorge, 480
Manz, Inés E., 184, 287, 314
Mañón, Manuel, 21, 571
Marañón, Gregorio, 348
Marcass, Magda, 47
Margáin, César, 73, 74
María Enriqueta, 201, 202, 272
María Luisa (archiduquesa), 542
Mariano, 572
Maria y Campos, Armando de, 21, 571
Marichalar, Antonio, 181, 332, 343
Mark Twain, 128
Marinetti, Filippo Tomasso, 164
Marqués de León (general), 460
Marquina, Eduardo, 278, 332
Martí, José, 318, 403
Martin, P. A., 12, 108, 110, 481, 482
Martinenche, Ernest, 166, 174
Martínez, Agatón, 437
Martínez, Ernesto, 166
Martínez, Ignacio, 395
Martínez, José Luis, 21
Martínez, Luis María, 303
Martínez, Nicolás, 421, 551
Martínez, Pedro, 411, 420, 421, 427, 432, 459, 486, 551
Martínez Báez, Antonio, 127
Martínez Echarte, señoritas, 551
Martínez Sierra, Gregorio, 188
Martini, Fausto María, 348
Mártir, 551
Mascagni (litógrafo), 542

Mata Cabello, Maximino, 341, 552, 558, 559, 573, 588
Maura Gamzo, Gabriel, 311
Maurras, Charles, 239
Maximiliano de Habsburgo, 188, 377, 407, 435, 474, 552, 562, 585
Maytorena, José María, 470, 476
Mazzantini, Luis, 523
Mazzoni, Guido, 237, 587
Mejía, Tomás, 419
Mendirichaga, Tomás, 502
Mendoza, Francisco de P., 426
Mendoza, Ignacio J., 497, 521
Meade, Joaquín, 402*n.*
Mediz Bolio, Antonio, 185, 271, 298, 314, 317
Meissonier, Juste, 600
Méndez Plancarte, Alfonso, 136, 267, 312
Menéndez Pidal, Ramón, 15, 192, 198, 210, 213, 216, 220, 229, 247, 259, 315, 328, 346
Menéndez y Pelayo, Marcelino, 206, 215, 246, 290, 495
Menenio Agripa, 157
Merignac (campeón de florete), 47
Merimée, Ernest, 214, 231, 255, 580
Mesa, Enrique de, 210
Mesonero Romanos, Ramón de, 235
Mier, Fray Servando Teresa de, 15, 194, 208, 212, 213, 262
Miguel Ángel, 350
Millán, María del Carmen, 161
Millán Astray, 306
Millán de Priego, 306, 307
Millares Carlo, Agustín, 229, 327
Miñón, José Vicente, 386
Miomandre, Francis de, 286, 314, 326
Mir, Juan, 315
Miramón, Miguel, 394, 426, 495, 496
Mistral, Gabriela, 346
Moissan, Henri, 150, 151, 154
Molière (J. B. Poquelin), 65, 69
Monet, H., 51
Monnier, Adrienne, 242
Montaigne, Michel de, 8
Montalván (alfareros), 307
Montalvo, Juan, 250
Montemayor, Jorge, 99, 551
Montemayor, José, 342
Montenegro, Roberto, 252
Monterde, Francisco, 333, 334
Montes de Oca, Ignacio, 152
Montes de Oca, Luis, 347
Montesinos, José, 465
Montherlant, Henry de, 587
Montholon (general), 542
Monzie, De, 176
Mora, Lola, 25
Moral, Enrique del, 257
Morand, Paul, 346
Moreno, Madamme (actriz), 237
Moreno, Tomás, 387
Moreno Villa, José, 170, 180, 184, 195, 198, 220, 243, 294, 296, 301, 314, 327, 328
Morente, Manuel G. (*ver* García Morente, Manuel)
Morley (antologista), 198
Morley, Sylvanus G., 12, 106, 107, 108, 110, 112, 113
Mota, Manuela, 19
Muguerza, José, 341
Multedo (diplomático), 348
Muñiz, Julio A., 320
Muñoz Ogazón, Agustín, 372*n.*
Muñoz Ogazón, José Antonio, 372*n.*
Murby, L., 204
Murga, Gonzalo de, 258
Mürger, Paul, 570
Murillo, Gerardo (Dr. Atl), 157

Nagore (médico), 47
Napoleón Bonaparte, 144, 187, 188, 190, 539-543, 557, 588
Napoleón III, 482, 542
Nasmith (médico), 302
Navarro, 380
Navarro, José, 341
Navarro Tomás, Tomás, 192, 231, 232
Nebrija, Antonio de, 238, 262
Negrete, Pedro Celestino, 383, 411
Nelken, Margarita, 328
Neri, Felipe, 422
Nerval, Gérard de, 266
Nervo, Amado, 108, 188, 189, 194, 203, 243, 249, 250, 256, 264, 267, 268, 272, 291, 298, 312, 317
Nervo, Rodolfo, 267
Nery, Cira, 287
Neville, Edgar, 332
Niemeyer, E. V., 483*n.*
Nietzsche, Friedrich, 142
*Nigromante, el* (*ver* Ramírez, Ignacio)
Noé, 581
Noriega, Íñigo, 47
Novalis, Friedrich, 284
Novarro, Ramón, 114
Novo, Salvador, 160, 230

Obregón, Álvaro, 11, 290, 295, 337, 339, 340, 341, 342, 343, 344
Ochoa (familia), 358, 363, 364
Ochoa, Apolonio, 363
Ochoa, Aurelia, 452, 586
Ochoa, Herácleo, 363
Ochoa, Ignacio, 46
Ochoa, Isidoro, 363
Ochoa, José María, 363
Ochoa, M., 471
Ochoa de Lejalde, Juan, 364
Ochoa de Reyes, Aurelia, 46, 355, 425, 449, 535, 560
Ochoa Garibay y Jiménez, José Justo, 364
Ochoa y Garibay, Diego de, 364
Oelschläger, Victor R. R., 249
Ogazón, 358
Ogazón, Agustín, 371
Ogazón, Domingo, 371
Ogazón, Federico, 371
Ogazón, Guadalupe, 371, 584
Ogazón, Juana, 370, 371, 373, 377, 584
Ogazón, Matilde, 371
Ogazón, Maura, 376
Ogazón, Pedro, 370, 371, 379, 394, 456*n.*, 457, 459, 484
Ogazón, Pedro Luis, 379
Ogazón de Reyes, Juana, 483
Olguín, Manuel, 285
Olmet, Antón de, 389
Ollivier (ministro), 482
O'Meara (médico), 541, 542
Onís, Federico de, 192, 193, 216*n.*, 226, 228, 231, 251
Onís, Harriet de, 184
Orozco Muñoz, Francisco, 203
Orrin, hermanos, 569-571
Ors, Eugenio d', 251, 328, 332, 343
Ortega (Febronio Ortega), 334
Ortega y Gasset, José, 102, 175, 180, 193, 332
Orth, Paulina, 316
Ortiz, Carlos R., 462, 467, 476
Osornio (cónsul), 115
Ossorio y Gallardo, Ángel, 311
Ostria Gutiérrez, Alberto, 325
Otálora, Manuel, 293
Otero, José Tiburcio, 463
Oteyza, Luis de, 214, 215
Othón, Manuel José, 31, 102, 142, 155, 160, 275, 401, 447, 554
Ovidio, 277

Pacheco, Carlos, 463, 464, 465, 476
Pacheco, Francisco, 384

Pagaza, Joaquín Arcadio, 252
Palacio, Rosario de, 498
Palacios, Manuel, 278, 497, 498
Palache, Ch. A., 112
Palavicini, Félix F., 273
Palomo, Luis, 192, 193
Pallares (arquitecto), 203
Pani, Alberto J., 162, 273, 291, 347
Pani, Arturo, 269, 347
Paravicino, Hortensio Félix, 232, 233, 234
Paredes, Mariano, 384, 597
Paris, Pierre, 231, 255
Parra, Manuel de la, 153
Parra, Porfirio, 594-596
Parrodi, Anastasio, 388, 391
Pascal, Blaise, 122*n.*
Paso y Troncoso, Francisco del, 173, 269, 270, 325
Pausanias, 433
Paxton, F. L., 107
Payno, Manuel, 435
Paz, Ireneo, 151
Paz, Octavio, 151, 186
Pedrito, 559
*Pedro Cuenca* (*ver* Reyes, Alfonso)
Pelayo, Don, 502
Pellicer, Carlos, 297
Pellicer, José de, 233
Pellicer, Juan Antonio, 164, 234
Pellizzari, Achille, 214, 237, 295
*Pensador Mexicano, el* (*ver* Fernández de Lizardi, José Joaquín)
*Pepino* (payaso), 569
Pereda, José María de, 495
Pérès, Jean, 158
Pereyra, Carlos, 154, 200, 201, 202, 213, 215, 217, 220, 256, 281, 336
Pereyra, Miguel, 154
Pérez Castro, 388
Pérez de Ayala, Ramón, 211
Pérez de Yarto, 534
Pérez Galdós, Benito, 383, 509
Pérez Pastor, Cristóbal, 230
Perron, Alfred, 242
Perugino, Pietro, 349
Peseux-Richard, H., 224
Petra, 528
Picasso (general), 306
Picón, José Octavio, 230
Pichardo, Manuel Serafín, 310
Pillement, Georges, 287, 289, 314
Pimentel, Victoriano, 152
Pimentel y Fagoaga, Fernando, 203, 239, 336
Pinilla, Norberto, 183, 321
Pino Suárez, José María, 162
*Pirrimplín* (Florentino Carbajal), 571
Pitollet, Camilo, 328, 587
Platón, 150, 151, 157, 357
Plinio, 208
Plutarco, 325
Poe, Edgar Allan, 283, 284
Pomès, Mathilde, 179, 242, 243
Ponce, Manuel M., 258
Poulat, Julio, 272
Powell, Philip W., 12, 107
Pozas, señora, 341
Prado, Pedro, 315, 316
Priestley, Herbert I., 12, 107, 110, 112
Prieto, 171
Prieto, Miguel, 14, 133*n.*
Primo de Rivera, Miguel, 203, 342
Proust, Marcel, 175, 277, 325, 327
Pruneda, Alfonso, 162
Puccini, Mario, 182, 311, 328
Puccini, Massimo, 287
Puigdevall, Miguel, 49
Puigdevall, Modesto, 49
Puyol, Julio, 165, 219

Quéau, Anna, 199
Quevedo, Francisco de, 15, 38,

175, 191, 194, 211, 214, 231, 277, 281, 319, 579
Quiroga, Pablo, 432
Quiroga Pla, José María, 298
Quiroz (pianista), 50
Quiroz, Bernaldo de, 210

Ramírez, Ignacio *(El Nigromante)*, 183, 471
Ramírez Terrón (general), 421, 423, 425, 460, 486
Ramón y Cajal, Santiago, 307, 328
Rangel, José María, 460
Raousset-Boulbon, Gastón de, 387
Redo, Diego, 172, 188
Regoyos, Darío de, 328
Régulez, Nicolás de, 408
Reichmann, 555
Rello, Francisco, 298
Rello, Guillermo, 298
Renan, Ernest, 126
Rendón (general), 453, 454, 597
Révész, Andrés, 217
Revilla, Manuel G., 151, 153
Rey, Emilio, 390
Reyes (familia), 408, 457, 582
Reyes, Adela, 519, 577
Reyes, Agustín, 376, 377, 407
Reyes, Alejandro, 363, 367, 517-520, 550, 563, 572
Reyes, Alfonso, 7-21, 47, 48, 52, 89-91, 133*n.*, 152, 165*n.*, 176, 181-185, 200*n.*, 202, 206, 211, 215, 219, 223, 225, 230, 243-245, 257, 260, 265, 267, 268, 282, 284, 286, 298, 301, 304, 305, 307-309, 311, 320, 323, 326, 329, 334-336, 341, 355, 358, 367, 380, 402, 403, 504, 551, 558, 564, 565, 594
Reyes, Alicia, 7*n.*, 52
Reyes, Amalia, 40, 99, 367, 517-520, 564, 575
Reyes, Ángel, 563
Reyes, Aurelia, 367, 517-520, 377
Reyes, Bernardo, 7, 9, 19, 21, 25-67, 151, 166, 187, 201*n.*, 363, 367, 371, 385, 386, 396, 399-480, 483-489, 494, 496-498, 500, 517-529, 535, 536, 544, 545, 551, 562, 564, 583, 584
Reyes, Domingo, 18, 19, 369, 370, 371, 373, 376, 377, 383-396, 483, 584
Reyes, Domitila, 369, 376
Reyes, Doroteo, 369, 373, 582, 583
Reyes, Eloísa, 367, 517-520
Reyes, Eva, 367, 518, 517-520
Reyes, Federico, 376, 377
Reyes, Guadalupe, 367, 517-520
Reyes, Juana Macedonia, 371, 376, 377, 560, 562, 575
Reyes, León, 20, 377, 518, 519, 588
Reyes, Manuel, 115
Reyes, Margarita, 371, 376, 377
Reyes, María, 99, 367, 517-520
Reyes, Miguel, 371
Reyes, Onofre, 369, 375
Reyes, Otilia, 367, 517-520, 528, 562, 564
Reyes hijo, Ramón, 517-520
Reyes, Roberto, 367, 369, 376, 517-520
Reyes, Rodolfo, 45, 65, 74, 188, 367, 412, 446*n.*, 493-499, 505, 517-520, 534, 573, 575
Reyes, Trinidad, 373
Reyes Aguilar, Francisco, 582
Reyes Amaro, Alfonso, 587
Reyes Aurrecoechea, Alfonso, 587
Reyes Mota, Alfonso, 7*n.*, 12, 20, 46, 52, 171
Reyes Ochoa, Bernardo, 67, 367, 425, 461, 494, 505, 518
Reyes Ochoa, Rodolfo, 506-509

Riba Cervantes, 47
Richet, Charles, 543
Rimbaud, Arthur, 532
Ríos, 380
Riva Agüero, José de la, 271, 273
Riva Palacio, Vicente, 195, 272
Rivas, Carlos, 476
Rivas Cheriff, Cipriano, 241, 286, 298, 332, 402
Rivera, Diego, 164, 172, 176, 177, 178*n.*
Roa Bárcena, José María, 202
*Robinsón, Samuel* (*ver* Mier, Fray Servando Teresa de)
Robledillo (trapecista), 570
Robles, Mariano, 575
Rocha, Sóstenes, 392, 394, 411, 430, 456
Rodenbach, Georges, 67
Rodin, Augusto, 41
Rodó, José Enrique, 256, 318
Rodríguez, César, 199
Rodríguez, Emilio, 341
Rodríguez, Simón, 212
Rodríguez Marín, Francisco, 199, 314, 315
Rodríguez-Moñino, A., 269
Roig de Leuchsenting, Emilio, 79
Rojas González, Francisco, 304
Romains, Jules, 280
Romanones, Conde de (Álvaro de Figueroa y Torres), 79, 306, 310
Romero, Macario, 440
Romero Calvet (dibujante), 266
Rómulo (maestro), 47
Rosales, Andrés, 446
Rosas de Oquendo, Mateo, 16, 208, 209
Rosenzsweig Díaz, Alfonso de, 504
Ross, María Luisa, 274, 298
Rousseau (tío de), 18
Rousseau, Jean-Jacques, 366
Rouveyre, André, 343, 347, 348
Rubens, Petrus Paulus, 47
Rubio y Moreno, 270
Ruelas, Julio, 150, 151, 152
Ruiz Castillo, José, 249, 267, 298, 304
Ruiz Contreras, Luis, 171, 188
Ruiz Morcuende, Federico, 588

Saci, M. de, 122*n.*
Sacristán, 328
Sada, Francisco, 531
Sada, Indalecio, 562
Sáenz, Aarón, 339, 340, 342
Saint-John Perse, 184, 185
Saint-Pol-Roux, 142
Sáinz de Robles, Federico Carlos, 298
Salado Álvarez, Victoriano, 268
Salas, Gustavo, 421
Salas, José Mariano, 384
Salas, Juan Nepomuceno, 280
Salazar, Adolfo, 180
Salazar, Toño, 179
Salinas, Pedro, 170, 181, 249
Salomón, rey, 18, 87
Sánchez, Guadalupe, 333
Sánchez, María, 372*n.*
Sánchez Azcona, Juan, 173, 272, 281, 290
Sánchez Cuesta, León, 328
Sánchez de Toca, Joaquín, 292
Sánchez Guerra, José, 307
Sánchez Mármol, Manuel, 150, 151
Sánchez Rivero, Ángel, 204
Sandoval (fotógrafo), 341
Sandoval Vallarta, Manuel, 380
Sanín Cano, Baldomero, 266
San José, Diego, 51, 176
Sanromán, Juan, 436
Santa Anna, Antonio López de, 383-385, 387, 426, 597
Sapién, Josefina, 18, 364
Sarmiento, Domingo Faustino, 266, 285
Sarrailh, Jean, 213
Schelling, F. W., 285

Schevill (médico), 110
Schmoll, Henry, 47, 48
Sepúlveda, Anastasio, 550, 551
Serna, Francisco, 467, 476
Serralde, 46
Serrano, Pedro, 334
Serrano Poncela, Arturo, 179
Shakespeare, William, 280, 302, 402
Shaw, Bernard, 143, 192, 316
Sierra, Julián, 67
Sierra, Justo, 96, 155, 161, 183, 266, 299, 385, 386, 594
Silva y Aceves, Mariano, 67, 559, 573
Silverio *Chico*, 523
Silvestre, Gregorio, 198
Simón, 371
Sinesio, 281
Smíd, Zdenék, 184, 314
Smiley, E., 287
Sócrates, 144, 200
Sófocles, 135
Solalinde, Antonio G., 110, 111, 192, 211, 218, 220, 239, 303
Solís (general), 427
Solís, Leopoldo, 408
Sosa, Francisco, 252
Soupault, Philippe, 242
Spence, Lewis, 263
Sproul, Robert G., 96, 97, 106, 112
Sproul, señora de, 97
Steel (médico), 62
Sterne, Laurence, 195, 253
Stevenson, Robert Louis, 51, 164, 169, 195, 223, 313
Suárez, Eduardo, 127
Suárez Calimano, E., 320
Supervielle, Jules, 166, 174, 243, 328

Tablada, José Juan, 108
Tacho, 551
Tagle, Protasio, 430
Tagore, Rabindranath, 316, 511
Tames, Ramiro, 307, 341
Taub, Roberto, 195
Taylor, Zacharias, 597
Tedeschini, 306
Teresa, 521
Teresa, Santa, 42
Tharaud, Jean y Jerome, 18
Thomas, Lucien-Paul, 233
*Tigre de Álica* (*ver* Lozada, Manuel)
Timperi, Atilio, 47, 48, 597
Timperi, David, 597
Timperi, Rómulo, 46
Tirso de Molina (Fray Gabriel Téllez), 235, 246
Tiziano Vecelio, 281
Tobías, 444
Tolentino, Francisco, 427, 428, 484
Tolstoi, León, 142
Toribio (sacerdote), 538
Torre, Guillermo de, 286
Torres, Adolfo, 564, 565
Torres, Luis E., 467, 476, 562
Torres Bodet, Jaime, 126, 161
Torres Lanzas, Pedro, 270
Torres Quevedo, Leonardo, 334
Torres-Rioseco, Arturo, 107
Torri, Julio, 11, 154, 156, 174, 238, 251, 279
Tostado, Carlos, 425
Toussaint, Manuel, 174, 293, 294, 322
Trend, J. B., 313
Treviño, Jerónimo, 430, 431-432, 433, 494, 496
Treviño, Juan, 569
Treviño, Ramón, 151
Treviño Arreola, Porfirio, 341
Trigo, Felipe, 224
Tudela, José, 269

Ubaldo Elonense, 281
Unamuno, Miguel de, 192, 224, 225, 271, 277, 288, 324, 343, 346
Urabayen, Félix, 328
Uranga (familia), 498, 499

Urbina, Luis G., 109, 151, 160, 189, 194, 222, 238, 252, 253, 269, 270, 272, 291, 299, 309, 332, 482
Urbina, Tomás, 37
Urquizo, Francisco L., 477, 534
Urrea (general), 383
Urrutia, Aureliano, 10, 66, 67
Urueta, Jesús, 160, 594

Valdés, Ignacio, 341
Valdés, Pedro, 472
Valencia (general), 384
Valenzuela, Emilio, 115, 153
Valenzuela, Jesús E., 115, 153
Valera, Juan, 32, 349
Valéry, Paul, 144, 242
Vallarta, Ignacio Manuel, 379, 456, 457, 459
Valle, José del, 497, 521
Valle, Rafael Heliodoro, 285, 288, 334
Valle-Arizpe, Artemio de, 173, 230, 254, 262, 269, 270, 273, 274, 290, 293, 294
Valle-Inclán, Ramón María del, 129, 175, 192, 275, 278, 282, 307, 317, 324
Vallejo, Francisco, 370
Valles, Antonio, 521
Van Dyck, Antoon, 371, 584
Varcass, Madame, 47
Vargas Huerta (mayor), 521
Vargas Vila, José María, 11, 83-86, 521
Vasconcelos, José, 11, 158, 225, 226, 251, 256, 271, 328, 337, 346, 347, 468
Vasconcelos, Serafín de, 226
Vázquez (cónsul), 342
Vegue y Goldoni, Ángel, 236
Vela, Fernando, 328
Velázquez, Diego, 214, 350
Velázquez, Juan María, 372*n.*
Velázquez, Rafael, 372*n.*
Velázquez y Delgado, Josefa Macedonia, 372*n.*
Vélez de Guevara, Luis, 556
Veloz González, Vicente, 323
Vercingetórix, 149
Verea y González de Hermosillo, Francisco de Paula, 379
Vergés, J. Miquel i, 213
Verhaeren, Émile, 328
Verlaine, Paul, 153, 283, 414
Vermeer, J., 325
Vicente, San, 18, 376
Victoria, Guadalupe, 383
Vidaurri, Santiago, 388, 395, 474
Videgaray (familia), 495
Vigil, José María, 435*n.*
Villa, Pancho, 37
Villaespesa, Francisco, 188, 222
Villamediana, Conde de (Juan de Tasis Peralta), 197, 304
Villanueva, Aquilino, 98
Villaseñor, Clemente, 419
Villaseñor, Eduardo, 127
Villaurrutia, Marqués de, 262
Villaurrutia, Xavier, 320
Villaverde, Felipe, 241
Villegas (director del Museo del Prado), 188
Virgilio, 281, 313, 523, 600
Vizcaíno, Faustino, 457, 485
Voltaire (François Marie Arouet), 142

Walsh, Thomas, 312
Washington, George, 149
Wellington, A. W., 369, 584
Wells, M. G., 253
Wheeler, Benjamin I., 96
Wheeler, Charles S., 112
Widor (músico), 255
Wilbur, R. L., 108
Wilson, Thomas W., 215, 340

Yáñez, José María, 384, 385, 387
Yarnell, H. E., 112
Yver, Colette, 163

Zaïtzeff, Serge I., 11
Zambrano, Eduardo, 494
Zapata, Emiliano, 446
Zaragoza, Ignacio, 526
Zárraga (médico), 65
Zárraga, Ángel, 50, 164, 169, 170, 328
Zárraga Fombona, Alberto, 322
Zavala, Silvio, 269, 270
Zeeman, Pieter, 342
Zezé, 86
Zubieta (profesor), 153
Zúñiga, Jesús L., 25, 497, 524-525, 555
Zurbarán, Francisco de, 271

*Error:* En la página 426 dice:

Véase al final el desarrollo de su firma en tres etapas [p. 490].

Debe decir:

Véase, en pp. 31-32, el desarrollo de su firma en tres etapas.

## ÍNDICE GENERAL

*Introducción* por José Luis Martínez . . . . . . 7

I

ORACIÓN DEL 9 DE FEBRERO

[23]

Días aciagos . . . . . . . . . . . . . 40
1912-1914 . . . . . . . . . . . . . 45

II

MEMORIA A LA FACULTAD

[53]

III

TRES CARTAS Y DOS SONETOS

I. Carta a Filomeno . . . . . . . . . . 79
II. Dos cartas a Fabio . . . . . . . . . 83
III. Dos sonetos . . . . . . . . . . . 90

IV

BERKELEYANA

I. Antecedentes y generalidades . . . . . . 95
II. La jornada ascendente . . . . . . . 99
III. Estancia en Berkeley . . . . . . . . 105
IV. La jornada descendente . . . . . . . 113

V

CUANDO CREÍ MORIR

I. Los cuatro avisos *(Andantino)* . . . . . 119

II. Cuando creí morir *(Maestoso)* . . . . . 125
III. Una enseñanza *(Rubato)* . . . . . . . 138

VI

HISTORIA DOCUMENTAL DE MIS LIBROS

I. "Cuestiones estéticas" . . . . . . . . 149
II. De las conferencias del Centenario a los "Cartones de Madrid" . . . . . . . . . . 160
III. "Visión de Anáhuac" . . . . . . . . . 178
IV. Los días heroicos . . . . . . . . . . 187
V. Resumen de dos años . . . . . . . . . 197
VI. El año de 1917 . . . . . . . . . . 208
VII. "El suicida" . . . . . . . . . . . 222
VIII. El año de 1918 . . . . . . . . . . 228
IX. El año de 1919 . . . . . . . . . . 241
X. El año de 1920 . . . . . . . . . . 259
XI. "El plano oblicuo" . . . . . . . . . 275
XII. El año de 1921 . . . . . . . . . . 290
XIII. El año de 1922 . . . . . . . . . . 306
XIV. El año de 1923 . . . . . . . . . . 322
XV. El año de 1924 . . . . . . . . . . 329
XVI. Misión confidencial . . . . . . . . . 339
XVII. París y Roma (1924-1925) . . . . . . 346

VII

PARENTALIA

I. Primeras raíces

1. Raíces . . . . . . . . . . . . . . 357
2. Pueblo americano . . . . . . . . . . 361
3. El orden materno . . . . . . . . . . 363
4. El Dios Amarillo . . . . . . . . . . 365
5. Doña Aurelita . . . . . . . . . . . 367
6. Bustos de los abuelos . . . . . . . . 369
7. ¡Tanto monta! . . . . . . . . . . . 373
8. Otras sombras . . . . . . . . . . . 375
9. El fondo del cuadro . . . . . . . . . 379

II. Milicias del abuelo

1. De Cuernavaca a Ayutla . . . . . . . . 383
2. La Constitución del 57 . . . . . . . . 387
3. La agonía constitucional . . . . . . . . 391
4. Los últimos pasos . . . . . . . . . . 394

III. Enseña de Occidente

1. Charlas de la siesta . . . . . . . . . . 399
2. Cosas pueriles . . . . . . . . . . . 404
3. Olor de pólvora . . . . . . . . . . 407
4. Correo militar . . . . . . . . . . . 411
5. Los dos pavores . . . . . . . . . . 414
6. Las siete llagas . . . . . . . . . . 419
7. De Tolentino a Corona . . . . . . . . 427
8. La Noria . . . . . . . . . . . . . 430
9. La sombra de Lozada . . . . . . . . . 434
10. Grandeza y miseria del soldado . . . . . . 440
11. Demonios y endriagos . . . . . . . . 446
12. Con los del Sexto . . . . . . . . . . 452
13. De Tuxtepec en adelante . . . . . . . . 456
14. La eterna historia . . . . . . . . . . 462
15. "¡Cuánto apache!" . . . . . . . . . . 467
16. Fieras del Norte . . . . . . . . . . 471
17. De Sonora a Nuevo León . . . . . . . . 476
18. *Incipit vita nova* . . . . . . . . . . 479

Apéndices

1. A propósito de la Intervención francesa . . . 481
2. Guión biográfico del general Reyes . . . . 483

VIII

CRÓNICA DE MONTERREY

Albores

Proemio . . . . . . . . . . . . . . . 493
1. Noche de mayo . . . . . . . . . . 500
2. Onomástico y santoral . . . . . . . . 502

3. La casa Bolívar . . . . . . . . . . . . 505
4. La casa Degollado . . . . . . . . . . 511
5. Paula Jaramillo . . . . . . . . . . . 515
6. Los hermanos . . . . . . . . . . . . 517
7. La familia Guerrero . . . . . . . . . 521
8. Zúñiga . . . . . . . . . . . . . . . 524
9. El cocinero de mi niñez . . . . . . . . 526
10. La abominable Carmen . . . . . . . . 528
11. Delirios y pesadillas . . . . . . . . . 530
12. La vuelta de Coahuila . . . . . . . . 534
13. Bautizo de invierno . . . . . . . . . 537
14. El Napoleón de los niños . . . . . . . 539
14 *bis*. La mascarilla de Napoleón . . . . . 541
15. El equilibrio efímero . . . . . . . . . 544
16. Aire y tierra en las montañas del Norte . . . 547
17. El pequeño vigía y su alma . . . . . . . 552
18/19. Servidores . . . . . . . . . . . . 558
20. El salto mortal . . . . . . . . . . . 566
21. El Circo Orrin . . . . . . . . . . . 569
22. Diversiones al aire libre . . . . . . . . 572
23. Diversiones bajo techado . . . . . . . . 575
24. Entre la leyenda y la historia . . . . . . 578

### Apéndices

I. Nuevos datos genealógicos . . . . . . . . 582
II. Salva de recuerdos . . . . . . . . . . 582

## IX

## PÁGINAS ADICIONALES

"Toga Pretexta" . . . . . . . . . . . . 593
Porfirio Parra . . . . . . . . . . . 594
Soledad . . . . . . . . . . . . . . 596
Teoría del sable . . . . . . . . . . . 597

Índice de Nombres . . . . . . . . . . . 601

*Obras completas de Alfonso Reyes*

Este vigesimocuarto tomo se terminó de imprimir el día 30 de mayo de 1990 en los talleres de Gráfica Panamericana, S. C. L., Parroquia 911, 03100 México, D. F. En su composición se utilizaron tipos Bodoni de 14, 12, 10 y 8 puntos. Se tiraron 3 000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de *José C. Vázquez.*

Nº 230

## OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

I. CUESTIONES ESTÉTICAS / CAPÍTULOS DE LITERATURA MEXICANA / VARIA

II. VISIÓN DE ANÁHUAC / LAS VÍSPERAS DE ESPAÑA / CALENDARIO

III. EL PLANO OBLICUO / EL CAZADOR / EL SUICIDA / AQUELLOS DÍAS / RETRATOS REALES E IMAGINARIOS

IV. SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS / LOS DOS CAMINOS / RELOJ DE SOL / PÁGINAS ADICIONALES

V. HISTORIA DE UN SIGLO / LAS MESAS DE PLOMO

VI. CAPÍTULOS DE LITERATURA ESPAÑOLA / DE UN AUTOR CENSURADO EN "EL QUIJOTE" / PÁGINAS ADICIONALES

VII. CUESTIONES GONGORINAS / TRES ALCANCES A GÓNGORA / VARIA / ENTRE LIBROS / PÁGINAS ADICIONALES

VIII. TRÁNSITO DE AMADO NERVO / DE VIVA VOZ / A LÁPIZ / TREN DE ONDAS / VARIA

IX. NORTE Y SUR / LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS / HISTORIA NATURAL DAS LARANJEIRAS

X. CONSTANCIA POÉTICA

XI. ÚLTIMA TULE / TENTATIVAS Y ORIENTACIONES / NO HAY TAL LUGAR...

XII. GRATA COMPAÑÍA / PASADO INMEDIATO / LETRAS DE LA NUEVA ESPAÑA

XIII. LA CRÍTICA EN LA EDAD ATENIENSE / LA ANTIGUA RETÓRICA

XIV. LA EXPERIENCIA LITERARIA / TRES PUNTOS DE EXEGÉTICA LITERARIA / PÁGINAS ADICIONALES

XV. EL DESLINDE / APUNTES PARA LA TEORÍA LITERARIA

XVI. RELIGIÓN GRIEGA / MITOLOGÍA GRIEGA

XVII. LOS HÉROES / JUNTA DE SOMBRAS

XVIII. ESTUDIOS HELÉNICOS / EL TRIÁNGULO EGEO / LA JORNADA AQUEA / GEÓGRAFOS DEL MUNDO ANTIGUO / ALGO MÁS SOBRE LOS HISTORIADORES ALEJANDRINOS

XIX. LOS POEMAS HOMÉRICOS / LA ILÍADA / LA AFICIÓN DE GRECIA

XX. RESCOLDO DE GRECIA / LA FILOSOFÍA HELENÍSTICA / LIBROS Y LIBREROS EN LA ANTIGÜEDAD / ANDRENIO: PERFILES DEL HOMBRE / CARTILLA MORAL

XXI. LOS SIETE SOBRE DEVA / ANCORAJES / SIRTES / AL YUNQUE / A CAMPO TRAVIESA

XXII. MARGINALIA / LAS BURLAS VERAS

XXIII. FICCIONES